HABLAR CON JESÚS
DESDE LOS SALMOS

-Para una oración personal y actual desde la espléndida belleza de los Salmos-.

Juan Manuel del Río Lerga, CSsR.

“La Palabra se hizo carne
y acampó entre nosotros”.
(Jn 1,14)

DE ENTRADA

Estimado lector/a: Este libro presenta un modo de orar en la actualidad, de hablar con Jesús, desde la espléndida belleza de los Salmos. Es, al mismo tiempo, una reflexión bíblica, cristiana y personal, que puede resultar muy útil a muchas personas, tanto creyentes, como no creyentes.

No es un libro de exégesis bíblica, ni un estudio o tratado de teología. Intenta solamente transmitir el modo y lenguaje (llámese si se quiere oración) que a diario emplea el autor al dirigirse a Jesús.

Jesús es el Hijo de Dios hecho Hombre. Es el Redentor. Su comunicación con el Padre era continua. Hablaba con él. Constantemente nos hablaba del Padre. Porque la oración consiste precisamente en hablar con Dios. Jesús es, pues, modelo y ejemplo de oración. Nos dijo que también nosotros debemos orar, sin desfallecer. Y, hasta nos enseñó la preciosa oración del *Padrenuestro* para dirigirnos al Padre-Dios.

También nosotros necesitamos hablar con Dios. ¿Cómo? Vemos, a través del Evangelio que Jesús, en su oración y en su predicación, continuamente aludía a los Salmos. Es maravilloso y sintomático. Porque Jesús, en cuanto hombre pertenecía al Pueblo judío. Y los Salmos son patrimonio, histórico-cultural y religioso-vital, del Pueblo judío. También del Pueblo cristiano, por preciosa herencia del judaísmo. Jesús fue un judío practicante. Pero nunca alardeó de ser el Hijo de Dios. Por el contrario, se autodefinía como el *Hijo del Hombre.*

Pues bien, siendo los Salmos alabanza al Dios de la Creación, y al tiempo que describen la realidad del ser humano con sus luces y sombras, y su urgente necesidad de acudir a Dios, es lógico que echemos mano de los Salmos, no en plan de exégesis o estudio bíblico, sino de dar sentido real y vivencial a la oración personal.

Para *hablar con Jesús*, Dios y Hombre verdadero, qué mejor cosa que hacerlo desde la espléndida belleza de los Salmos.

DESDE EL SALMO 1

ANDAR LOS CAMINOS DE DIOS

Jesús, enseñaste a tus discípulos a orar. Y, en ellos, a todos nosotros. Te pasabas noches enteras en oración, en comunicación con el Padre. Muchas veces echaste mano de ese Libro precioso, como es el *Libro de los Salmos*. Hoy, también yo me acerco a ti para hablar contigo y alabar al Padre. Y quiero hacerlo valiéndome del *Libro sagrado de los Salmos*. Ellos brindan una buena ayuda para moverse por los caminos de Dios.

Mira, Jesús, hay algo que de inmediato salta a la vista en el Evangelio: tu comunicación, tu identificación y tu sintonía perfecta con el Padre. Esa comunicación la llamamos oración. Hablabas constantemente con el Padre, que eso es orar. Y lo hacías con la misma naturalidad y confianza con que un niño habla con su padre.

Tú orabas constantemente. A la vez, nos mandas que también nosotros oremos sin desfallecer. Y, para que lo entendamos mejor, lo ilustras con una parábola, que San Lucas recoge expresamente en su evangelio: *"Y les refería Jesús una parábola para enseñarles que ellos debían orar en todo tiempo, y no desfallecer".* A continuación, nos relata la ilustrativa parábola del juez injusto que no hacía caso ni a Dios ni a nadie. Tampoco a una pobre viuda que acudía a él en busca de justicia. Esta mujer fue perseverante en pedir justicia, tanto, que el juez terminó por atenderla (Lc 18, 1-8).

Jesús, en cierta ocasión, alguien te buscaba. Eran dos, querían conocerte. Te preguntaron que dónde vivías. Les dijiste que te siguieran. Vieron dónde vivías y se quedaron contigo aquella tarde. Y no sólo aquella tarde, se quedaron para siempre.

***

También yo, Jesús, me quedo contigo. He traído para la oración el *Libro de los Salmos*. Abramos, si te parece, y comencemos por el *Salmo 1*. Quiero imaginarme que amanece el día. Abro las ventanas de mi alma, para que se oree, y que todo mi ser se llene de ti. Miro el paisaje. Y encuentro, en un horizonte sin fin, el campo inmenso de la Creación de Dios, todo sembrado de la espléndida belleza de su Amor. De pronto, como si todo fuera un inmenso trigal en sazón, veo que las espigas se juntan formando una preciosa gavilla. Qué maravilla, Jesús, es el Libro de los Salmos. Ellos pregonan las alabanzas del Padre, que son tus alabanzas. También nuestra acuciante necesidad de alabar, bendecir y glorificar a Dios por tu medio.

Me imagino también ver un camino que se alarga sin fin y que atraviesa el inmenso trigal de la Creación. Un Hombre va caminando, el

mismo que existía antes de que el mundo fuera hecho. Es el Verbo, la Palabra, Voz de Dios. Eres tú, Jesús. Vas caminando. Oigo tu voz a través del Salmo. Dice: *"Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos"* (Sal 1,1). La gavilla, cósmica y universal, copiosa de espigas se dobla ante ti. Y tú tomas las espigas entre tus manos. Las aprietas y acaricias con mimo y cariño, hasta hacer de ellas harina candeal, para amasar el Pan, ampo de Eucaristía, que trasciende el tiempo en alimento de Vida.

Cómo no seguirte, Jesús. Hombres y mujeres, la Creación entera, todos te siguen. Y al unísono, todos juntos, alzan en ofrenda agradecida, el Pan eucarístico, el Pan de Vida.

Ciento cincuenta salmos, Dios mío, síntesis agradecida, y poética, del gran Salmo de tu infinita Creación. Ciento cincuenta salmos, como una gavilla de espigas, para que los hombres, tus hijos, aprendamos a balbucir y bendecir tu nombre: Padre.

Dios no tiene nombre. Jesús, jamás llamaste a Dios con un nombre personal. Tu lenguaje fue más íntimo, más cariñoso, más cercano, más real. Lo invocaste siempre con el vocablo más tierno: Padre. *Abbá*, Padre.

Jesús, hay algo que me preocupa. Veo que a veces el camino, de pronto, se bifurca. Un ramal llega hasta la gavilla. Por él caminan todos los hombres y mujeres hacedores del bien. *"Su gozo es la ley del Señor"* (Sal 1,2). Hay otro ramal, en cambio, que se aleja de la gavilla. Por él caminan los hombres hacedores del mal, envueltos en la inmensa polvareda del revoltijo que forman sus ideas torcidas. Vuela la paja arrebatada por el viento. Lo dice el Salmo: *"El camino de los impíos acaba mal"* (Sal 1,6).

Jesús, a veces nuestros caminos se tuercen. Nos desviamos, hacemos atajos que no llevan a ningún sitio. Imploremos al Padre para que no nos alejemos del único Camino de Salvación. Ese Camino eres tú, Jesús. Ni que nos falte nunca el Pan del amor de Dios.

DESDE EL SALMO 2

LA FIGURA DEL MESÍAS

Jesús, Dios nos desborda absolutamente y al mismo tiempo condiciona todo el significado humano de nuestra vida. Solemos decir: Dios es un misterio, entendiendo aquí por misterio lo inefable. Y es que, Dios nos ha dado la capacidad de intuir su existencia y sentir su presencia envolvente. El problema está en olvidar esto y, por querer abarcar a Dios, cosa imposible, recurridos a los sucedáneos, haciéndonos falsas imágenes de Él. Pero tú, Jesús, eres quien nos ha revelado la realidad de Dios. Tú nos has hecho cercano a Dios, cuando tal vez lo habíamos imaginado lejano, mucho más allá de la estratosfera. Y nos has dicho que es un Padre. Nuestro Padre, lleno de ternura y amor.

Entonces, ver a Dios y sentirlo como Padre, no es una caricatura. Por el contrario, es adentrarnos en su mismo amor, en su ternura y misericordia. Dios es el Padre por excelencia. San Pablo exclamará: *"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo"* (2 Cor 1,3; Ef 1,3). Dios es también nuestro Padre. Y este Padre es Señor de cielo y tierra. Todopoderoso, misericordioso, omnipotente... Es el Creador. Términos acuñados ya en el Antiguo Testamento, sobre todo en los Salmos.

Pero tú, Jesús, nos has descubierto en el Nuevo Testamento una faceta primordial. Nos has presentado a Dios como Padre misericordioso. El apóstol Santiago puntualiza: *"Jesús revela el rostro de Dios Padre 'compasivo y misericordioso'"* (Sant 5, 11).

Compasivo y misericordioso. Pues bien, cuando nos dejamos envolver por él experimentamos una total seguridad, sabedores de que se manifiesta constantemente en la Historia, en cuanto tal, y en la nuestra personal. Por consiguiente, Dios no es un Dios ausente, sino que está presente en la Historia de la Humanidad, y se nos da a conocer en cada momento en lo que, sobre todo los últimos papas, han llamados *los signos de los tiempos*. Y el mayor signo de los tiempos es el amor. Por más que los humanos muchas veces nos empeñemos en ir contra el amor.

***

Cuánta gente hay, Jesús, que se aparta de ti. Para ir, ¿a dónde? A ningún sitio. Porque, ¿a dónde podemos ir sin ti? Alejarse de ti es esconderse de Dios. Pero hacer del alejamiento, o del despiste, bandera partidista, es negarnos a nosotros mismos. La mayor ofensa que podemos hacer a Dios es alejarnos de él, sublevarnos contra él. Qué pena.

Y bien, estamos en el Salmo 2. Este Salmo presenta a un rey davídico, que es figura del Mesías. Ahora bien, el Mesías eres tú, Jesús. El bueno del santo anciano Simeón te presentará como *"signo de contradicción"* (Lc 2,34). Unos estarán a tu favor, otros contra ti. La consecuencia resultante será un bumerang que se vuelve contra nosotros mismos. Y, de este modo, lo único que se nos ocurre es inventamos las guerras, que sólo traen muerte, destrucción y desolación. Todo es aras de un sucio negocio económico. El ídolo de la economía, que es lo que mueve las guerras.

Ya ves, Jesús, el salmista se pregunta: *"¿Por qué se amotinan las naciones, y los pueblos planean un fracaso?"* (Sal 2,1). Buena pregunta, cuya respuesta es, a buen seguro, el egoísmo, la ambición, la estupidez, y el fracaso existencial.

Pero Dios, *"el que habita en el cielo sonríe, el Señor se burla de ellos"* (Sal 2,4). El hombre ha respondido al infinito amor con insolencia. Pero a nada que Dios mueva un dedo, el hombre tiembla. El hombre es miedoso por naturaleza. Y para colmo, su conciencia, que jamás se aleja de uno, se convierte en un juez implacable.

Pero Dios no es Dios de venganza. No responde con un intercambio de golpes. Todo lo contrario. Nos muestra un amor sin límites. Nos muestra lo que es: un Dios Amor, un Dios Compasivo, un Dios que nos promete la salvación. Y la realiza en ti, Jesús. Tú eres el Mesías en lontananza. El Mesías que pone orden a nuestro desorden. Por eso nos dijiste que tenemos que amarnos unos a otros. Que este es tu mandamiento, por el que se nos conocerá que somos seguidores tuyos.

El mundo se gobierna desde la base del amor. Es el amor el que hace posible la liberación de nuestros odios. *"Yo mismo he establecido a mi Rey en Sión, mi monte santo"* (Sal 2,6).

De nada sirven, pues, nuestras rebeliones y conspiraciones. Mientras el hombre se arrastra por un mendrugo de pan, ¿qué otra cosa, si no, son las guerras, más que arrastrarse por un vil botín, una efímera economía, o una estúpida ansia de poder y dominio? Dios nos invita a ser sensatos. *"Y ahora, reyes, sed sensatos; escarmentad, los que regís la tierra: servid al Señor con temor, rendidle homenaje temblando"* (Sal 2,10-12). Y termina el salmo: *"¡Dichosos los que se refugian en él!"* (Sal 2,12).

Cuánta sabiduría tiene este salmo. Dios es nuestro refugio. Y tú, Jesús, el Mesías que viniendo al mundo nos acercas a Dios, el Padre misericordioso.

DESDE EL SALMO 3

LA CONFIANZA EN DIOS ES SEGURIDAD

Jesús, hacia el final de tu estadía en esta tierra, dijiste a tus discípulos: *"Ahora me voy a Aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas?" (Jn 16,5).* El no preguntar, era la más clara evidencia de que no tenían las ideas muy claras con respecto a ti. Con razón el Evangelio dice que fue a partir de la Resurrección cuando comenzaron a entender. De todos modos, se lo aclaraste: "*Me voy a Aquel que me ha enviado"* (Jn 16,5).

Quien te envió es el Padre. El Dios que creó cielos y tierras, que dio vida al universo, palpitación a las estrellas, y sembró de flores los campos. El mismo que puso la sonoridad alegre en los trinos de los pajarillos, y la sonrisa angelical en los niños. El Dios que es Amor y nos creó por amor. El Dios que te envió para decirnos con claridad, y al costo de tu vida, que nos tenemos que amar unos a otros. Que el amor está por encima de todas las religiones que los humanos hemos fabricado a nuestro gusto y conveniencia.

Pero, ya ves, Jesús, qué modo tenemos los humanos de actuar. En vez de amarnos, nos odiamos. En vez de construir la paz, construimos la guerra. En vez de respetar la vida, legislamos leyes que despenalizan el aborto. Hasta ahí llega nuestra estupidez mental.

De otro lado, esquilmamos los recursos del planeta. Estrujamos, inmisericordes, sin pensar en sus consecuencias, las entrañas de la tierra sacándole hasta la última gota de petróleo, en vez de aprovechar la sonrisa del sol que nos llega en forma de luz y calor, y se nos da gratuitamente para que progresos.

Tú, Jesús, no viniste a implantar religión alguna. Viniste al mundo a interesarte por la persona humana, a sanar sus dolencias, a atender sus penurias, a poner en cada ser humano una gota de esperanza, a indicarnos el camino de la autorrealización en el amor, el respeto, y la fe. A que creamos en Dios y en nosotros mismos. Nos dijiste que Dios reparte el sol y la lluvia sobre buenos y malos. Porque a todos nos ama.

***

Con lo dicho nos adentramos, Jesús, en el *Salmo 3*. El salmista se ve rodeado de adversarios. Estos le dicen que Dios no lo quiere salvar, ni a él ni a sus partidarios. Pero el salmista acude a Dios: *"Señor, sálvame"* (Sal 3,8).

No podía ser de otra manera. Desde el amanecer nuestra alma clama a Dios, suspira por Dios. A veces las cosas se tuercen, tanto, que hasta los hijos conspiran contra sus padres. Se vuelven enemigos. ¿Quién lo puede entender? Pero así es. Incomprensible, pero cierto. Se tiene entonces la impresión de estar rodeados de enemigos. Abundan los adversarios. Brotan por todas partes. *"Señor, cuántos son mis enemigos, cuántos se levantan contra mí"* (Sal 3,2). Y si es mala la impresión de estar cercados, es todavía peor oír: *"Ya no lo protege Dios"* (Sal 3,3). Fue la argucia de los enemigos del salmista.

Pero Dios está siempre con nosotros. Tú, Jesús, eres la certeza de que Dios está siempre con nosotros. Somos sus hijos. Unos mejores, otros peores. Pero hijos suyos, a fin de cuentas. Y tú, Jesús, nuestra única y firme seguridad. Nadie podrá nada contra ti. Por eso, yo también te digo, tomando las palabras del salmo: *"Tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria"* (Sal 3,4).

Nuestra oración se convierte a veces en murmullo interesado. Murmullo que confundimos con oración. Es nuestra manera, tan humana, tan primitiva también, de invocarte, desde nuestra pequeñez. Pero también, por qué no decirlo, desde nuestra confianza. Por imperfecta que pueda ser nuestra oración, no deja de ser un desahogo, indicador de la distancia infinita que nos separa de Dios. Y, sin embargo, tú, Señor, estás siempre con nosotros, cuidándonos, sosteniéndonos. De este modo, bien podemos decir: *"Puedo acostarme y dormir y despertar. El Señor me sostiene"* (Sal 3,6).

Por muchos que sean nuestros adversarios, acampados en torno o dentro de nosotros mismos, nada debemos temer. Nuestros enemigos, casi nunca son seres de carne y hueso, sino espíritus del mal en sus distintas presentaciones, como son: la soberbia, el orgullo, la vanidad…, y una larga serie de pajes que les acompañan. Pero tú, Señor, *"rompiste los dientes de los malvados"* (Sal 3,8). Porque nadie puede contra ti. Tú eres; Jesús, el Hijo de Dios. Un Dios de Bondad, de Clemencia y de Misericordia. El Dios que escucha nuestras plegarias balbucientes.

Jesús, mi confianza está puesta en ti. Eres el Dios que no defrauda. El Dios que, desde el amanecer hasta el ocaso, escucha nuestra oración. Porque *"De ti, Señor, viene la salvación y la bendición sobre tu pueblo"* (Sal 3,9).

Nuestra confianza en Dios es seguridad de salvación.

DESDE EL SALMO 4

TENER CONFIANZA

Jesús, los últimos y mejores años de tu vida, los años de tu vida misionera directa, por así decir, los pasaste proclamando la Buena Nueva junto al Lago de Genesareth. Allí vivía gente humilde, gente buena. La mayoría, pescadores. Pronto los ibas a convertir en *"pescadores de hombres"* (Mt 4,19).

Hablar del Lago trae recuerdos entrañables. Escenas evangélicas preciosas. Lo conozco bastante bien. En sus orillas no hay arena, al menos como en las playas de los mares. En éstas, he visto muchas veces a los niños jugar a construir castillos de arena. Los hacen muy bonitos. No permiten, naturalmente, que nadie los destruya. Son el producto de su imaginación, de su laboriosidad, de sus juegos infantiles. Y de su personalidad. Los niños tienen personalidad.

¿Por qué te digo esto? Por lo siguiente. Cuando viniste al mundo, enviado del Padre, viniste a instaurar el Reino de Dios. Tu gran preocupación fue la persona humana. Cada persona, real y concreta. No buscabas utopías, sino realidades. Fue tu primera preocupación. No sé si dormías mucho o poco. Supongo que poco. El Evangelio dice que pasabas muchas noches en oración. A ti te quitaba el sueño la preocupación por las personas. Su salud, su hambre. Querías que todos vivieran y fueran felices. Pero resulta que la felicidad se evapora cuando se mete de por medio el odio, la indiferencia, las malas relaciones personales. Pero, vienes tú, Jesús, y nos dices, no sólo que hay que amar a quienes nos aman, sino también que hay que amar a nuestros enemigos. ¡Casi nada! Es decir, tú defiendes y proteges, valga la metáfora comparativa, ese castillo de arena que los niños construyen sobre la arena. Ese castillo, en la realidad existencial, es la persona. Nadie debe destruir a la persona. Más, hay que amarla.

Jesús, sé que amar significa también proteger. El que ama no destruye. ¡Y hay tantos modos de destruir! Por ejemplo, la calumnia, la injusticia, el egoísmo. Cuántas personas destruidas por culpa del egoísmo de otros.

Y fuiste derecho al punto que más duele, el odio. Abiertamente, nos dijiste: *"Amad a vuestros enemigos"* (Mt 5,44). Sólo así se destruye el odio. Y por si nos hacíamos los desentendidos mirando para otro lado, nos pusiste una comparación que hasta el más tonto entiende: *"Vuestro Padre celestial hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos"* (Mt 5,45). ¿Qué sería nuestro mundo sin sol, o sin lluvia? Pero, ¿nos merecemos el sol o la lluvia? Y, sin embargo, nuestro Padre celestial nos da el sol y la lluvia, sin tener en cuenta de si somos buenos o malos. Nos quiere felices.

***

Jesús, barrunto que la felicidad es mayor cuando tenemos confianza, cuando vemos positivamente cuanto nos rodea. Es cierto que la vida está llena de sobresaltos. Es cierto que hay quien busca falsedad y se rodea de engaños. Pero hay también quien busca verdades. La Verdad eres tú, Jesús.

Cuando cae el día y el yo personal queda en silencio, al hacer un balance sincero del actuar que hemos tenido a lo largo del día, nos encontramos con un haber y un déficit. A veces, en el libro de nuestro diario vivir predomina el déficit. Es todo aquello en que hemos fallado. Y nuestros fallos van en tres direcciones: le fallamos a Dios, le fallamos al prójimo, y nos fallamos a nosotros mismos. Es el momento entonces de acudir con sinceridad a ti. Porque sólo tú, Jesús, puedes poner remedio a nuestras malas actuaciones.

Cuando nuestra balanza personal anda desequilibrada, cuando no logramos ser justos, y cuando, en consecuencia, no somos felices, sólo tú puedes arreglar nuestra situación. Sólo tú, Jesús, puedes resarcir los males que hemos hecho. Por eso, con el *Salmo 4*, te decimos: *"Escúchame cuando te invoco, Dios de mi justicia, tú que en aprieto me diste anchura, ten piedad de mí y escucha mi oración"* (Sal 4,2).

Tú, Señor, vienes siempre en nuestra ayuda. No te cansas de perdonarnos. Y, sin embargo, cuántas veces volvemos a las andadas. Volvemos a olvidarnos de Dios. Nos olvidamos de ti. Una y otra vez. Es entonces cuando tu queja de Padre, por las ofensas que te hacemos, se deja oír. *"Hasta cuándo ultrajaréis mi honor y amaréis la falsedad?"* (Sal 4,3).

Reconocemos nuestros errores. Y desde el silencio del lecho, cuando el día ha caído, te invocamos. Yo te invoco, mi Dios y Señor. Y lo mismo que un niño, al recibir un beso de su padre antes de dormirse, sabe que ese ese beso es de amor, de cariño y de perdón, nosotros sentimos igualmente tus caricias de Padre. Y si tratamos de decir una excusa, algo, aunque nos sabemos culpables, y porque en el fondo reconocemos nuestros errores, tú, Jesús, estás a nuestro lado. Estás junto a mí.

Al caer el día, y en la sinceridad de nuestro yo escueto, sentimos el roce cariñoso de tu mano sobre nuestro rostro. Es entonces cuando nos entregamos al descanso, porque nuestra conciencia queda en paz. Qué bien lo expresa el salmo: *"En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo"* (Sal 4,9).

DESDE EL SALMO 5

UN DIOS BONDADOSO Y JUSTO

Jesús, déjame decirte lo siguiente: tengo la impresión de que los niños son quienes saben rezar más y mejor. Y eso, sin saberlo, ni pretenderlo. Me explico. En la oración también se pide, ¿no? Pues bien, los niños se pasan el día *"pidiendo"*. Por ejemplo: ¡Mami, dame esto, mami, dame aquello, mami, cómprame lo de más allá...! Vale. Cierto es que, ese modo de pedir no puede confundirse con la oración-oración. De acuerdo. Pero es que, tú mismo dijiste en cierta ocasión: *"Pedid y recibiréis"* (Lc 11,9). Los niños piden y reciben. En tal sentido, los niños son una pista a seguir en la oración. Orar es pedir.

Tus discípulos, a diferencia de los de Juan el Bautista, no sabían rezar. Te piden que les enseñes. Con pedirte que les enseñaras a rezar, ya estaban iniciando una oración, aunque ellos, y nosotros, entendamos por oración otra cosa. Se referían, lógicamente, a la actitud y relación espiritual que hemos de tomar ante Dios. Y tú, Jesús, tranquilizándolos, y al mismo tiempo catequizándolos, les enseñaste la oración del *"Padre nuestro"* (Lc 11,2-4). Pues mira, resulta que el *Padrenuestro* es una oración de petición: danos. O sea, como hacen los niños: mami, dame… Porque pedir es, al mismo tiempo, tener confianza. Es que, en el fondo todos somos niños.

En el *Padrenuestro* alabamos a Dios, por supuesto, pero también expresamos una serie de deseos. Deseos que no se refieren únicamente a la parte espiritual del ser humano, sino a la persona en cuanto tal.

Ciertamente, si pedimos algo a Dios es porque confiamos en él. Bien conoce Dios nuestra indigencia. Pedimos desde nuestra indigencia. Por lo mismo, tú mismo nos advertiste, Jesús: *"Cuando recéis no uséis muchas palabras como los paganos: ellos creen que por mucho hablar les harán caso"* (Mt 6,7). En la oración, más que la boca, o las palabras, hay que poner el corazón.

Al enseñarnos a orar, nos enseñas también a reconciliarnos. A que seamos capaces de perdonarnos. Que no se trata de tranquilizar la conciencia pasando de vez en cuando por el confesonario. Que los pecados, antes que en el confesonario, se perdonan en la sinceridad de una reconciliación personal. En ese cara a cara, donde al reconciliamos con el hermano, encontramos la auténtica alegría de sabernos reconciliados.

***

Jesús, vemos que el *Salmo 5* comienza con estas palabras: *"Señor, escucha mis palabras, atiende a mis gemidos"* (Sal 5,1). Pide. Suplica. En definitiva, oración. Oración que me ayuda, y nos ayuda, a hacer oración.

Amanece. Como si acabara de despertar, se va el sueño; igual que se van, poco a poco, las sombras de la noche. Despunta el día, y lo siento como un canto a la vida, por la armonía que forman las últimas, rutilantes, rezagadas, estrellas, con el susurro del agua entre la hierba y el trinar de los pájaros del bosque. Todo amanecer es poético.

A la vez, despierta también mi estructura de hombre, sorbiendo incertidumbres, y echándose a cuestas la nueva alborada. En cuanto comienza la claridad del día, también yo hago mías las palabras del Salmo: *"Señor, escucha mis palabras, atiende a mis gemidos"* (Sal 5,2).

Veo, al despertar, flotar la niebla en la montaña, perezosa y prendida del relente. El olor a leña que deja el humo saliendo por las chimeneas, va subiendo, sugerente. Se me antoja ser como oración matinal. Siento la presencia de Dios en todas partes, arriba en la montaña, abajo en el llano, en la pradera. Y, sobre todo, en el corazón anhelante de los hombres.

Y en mi pobre corazón. Sé que Dios escucha mi voz. Por eso, Jesús, desde temprano me acerco a ti. Te veo, desde las páginas del Evangelio, pasear por los campos de Palestina, cuajados de trigo en sazón. Y acercarte a las majadas contemplando el candor de los corderitos. Déjame, pues, que con mi voz, cansada, reseca, tibia, como si fuera el balido de una oveja tuya, te diga: *"Por la mañana te expongo mi causa, y me quedo aguardando"* (Sal 5,4). Porque sé que Dios a nadie desoye. Por eso, te pido, mi Dios, desde el amanecer, que mis pasos sean firmes como el tronco y la raíz del roble, y que mi boca diga en cada palabra, la verdad escueta, y simple. Dame la alegría serena y noble, y el silencio elocuente del bosque, el canto bravío y suave de la quebrada y la fuente. Y quedarme contigo, Jesús. *"Yo por tu gran bondad, entraré en tu casa, y me postraré en tu templo santo"* (Sal 5,8). Al tiempo que tu bendición imploro. Contigo, Jesús, quiero adorar al Padre al comenzar el nuevo día. Y siempre.

Y con el salmo, también diré: *"Que se alegren los que se acogen a ti, con júbilo eterno; protégelos, para que se llenen de gozo los que aman tu nombre"* (Sal 5,12).

Ciertamente, este salmo rezuma la bondad del Dios bueno y justo. Por eso, desde el amanecer hasta el ocaso, por tu medio, Jesús, pido al Padre que mi vida sea un canto de alabanza. Que sepa estar en sintonía con la hermosa Creación. *"Porque tú, Señor, bendices al justo, y como un escudo lo rodea tu favor"* (Sal 5,13). Seguramente, de justo no me las podré dar. En cambio, Dios es bondadoso y justo.

DESDE EL SALMO 6

SÚPLICA DESDE LA ENFERMEDAD

Jesús, no deja de ser sorprendente un detalle que veo en el Evangelio. ¡Qué cosas pasan en la vida! Me refiero a lo siguiente. ¡Cuánta gente te seguía! Era natural. La gente capta enseguida dónde hay grano y dónde hay sólo paja. Vieron que no eras un mitinero político. Sino que hablabas con sinceridad. Hablabas de Dios. Transmitías esperanza. Hacías el bien. Curabas a los enfermos... ¡Cómo no te iban a seguir! Pues bien, el detalle al que me refiero es éste: ¡Cuánta gente siguiéndote, y qué poca comida llevaban! Ese es el detalle ¡No llevaban comida! ¿Sería por ser pobres? Que eran pobres, a la vista está. Muchos de ellos vivían al día, y a duras penas. ¡Qué podían llevar! ¡Pobre gente! Alguien, no obstante, se había preocupado de llevar algo para el camino: cinco panes y dos peces. Que no deja de ser un símbolo. Mucha gente y poca comida.

Miraste sus caras, y sentiste la pena que llevaban por dentro: estómagos vacíos. Tenían hambre, aunque se lo aguantaran. Entonces, tú, Jesús, compadecido: *"¿Cuántos panes tenéis? Id a ver". Cuando lo averiguaron le dijeron: "Cinco y dos peces" (Mac 6,38).* Y la gente comió, hasta quedar saciados. De otro modo, hubieran enfermado, o hubieran desfallecido. El hambre es terrible. Y más terrible cuando se produce como resultado de tantas injusticias como hay en el mundo. Acaparamiento, egoísmos, mala distribución. Así se forma la espiral del hambre. Espiral que, igual que en un tornado, engulle a la gente. Ante esta situación, ¿nos quedaremos de brazos cruzados?

Jesús, tú nos diste una buena clave de solución: *"Dadles vosotros de comer"* (Mc 6,37). Fue tu llamada a que pongamos manos a la obra y comencemos a repartir y compartir entre todos la riqueza más que suficiente que hay en el mundo. Ese fue otro gesto tuyo, Jesús, profundamente humano, y real. Quieres ver a la gente sana y feliz.

***

De esta manera, Jesús, entramos en el *Salmo 6: "Ten piedad de mí porque me faltan las fuerzas"* (Sal 6,3). En cuanto el hombre se siente desfallecer, acude a Dios implorando misericordia. Como una espada pendiente sobre la cabeza, la muerte nos acecha por doquier. El salmo señala: *"Tengo el alma en delirio"* (Sal 6,4). La muerte nos preocupa, y mucho, por más que intentemos olvidarnos de ella.

Te pregunto, Jesús: ¿Por qué la vida se nos va tan pronto, si el vino nuevo de la vida no ha tenido tiempo aún de fermentar en el lagar? ¿Por qué

el silencio rebota en cada golpe, en cada paso, en cada piedra, de nuestro caminar de hombres? Como reafirmando estas preguntas, el salmo dice: *"Estoy agotado de gemir: de noche lloro sobre el lecho, riego mi cama con lágrimas"* (Sal 6,7). Son muchas las cosas que se nos agolpan en la cabeza. El bien que pudimos hacer y no hemos hecho. Y lo que es peor, el mal que sí hemos hecho, y que ya no tiene vuelta atrás. El remordimiento, en suma, de nuestras maldades. Así, entre lágrimas y remordimientos, vamos envejeciendo sin remedio: *"Mis ojos se consumen irritados, envejecen por tantas contradicciones"* (Sal 6,8).

Jesús, quiero que mi llanto sea un llanto compungido, que mi dolor, cuando llegue, sea un dolor de arrepentido, hasta merecer tu perdón universal. ¿No será ya hora de escanciar el vino nuevo de una nueva humanidad? Jesús, quiero recordar día y noche, y en mis sueños, tu mirada compasiva. La misma con que miraste a la pobre gente hambrienta. Aparta de mí toda maldad: *"Porque el Señor has escuchado mis sollozos, el Señor ha escuchado mi súplica, el Señor hay aceptado mi oración"* (Sal 6,9-10).

Sí, Jesús, con amor miraste a la gente, y con amor me has mirado. Tu mirada es siempre de amor. Por eso, en la penumbra de la noche, al rezar, quiero seguir evocando siempre tu mirada compasiva. Así quiero que me alcance la alborada. Y con tu perdón grabado en mi alma, seguir encendiendo los cirios de la fe y de la esperanza para desandar, aunque sea a tientas en la niebla, mis sendas torcidas, hasta encontrar el perfil de la inocencia primera que un día lejano perdí. Pondré, si es preciso, por aliado el silencio para poder escuchar tu voz y tu Palabra, que es Palabra de perdón.

De este modo, antes que llegue la muerte, y siempre, a ti clamaré, diciendo: "Vuélvete, Señor, liberta mi alma, sálvame por tu misericordia. Porque en el reino de la muerte nadie te invoca" (Sal 6,5-6).

DESDE EL SALMO 7

EL INOCENTE ES PERSEGUIDO

Jesús, lo mismo que te dijo aquel funcionario, *"No soy digno de entres en mi casa"* (Mt 8,8), te digo yo. ¡Pero te necesito! Tú sí eres un amigo de verdad. Bien, me gustaría comentar contigo algunos de los elocuentes hechos que registra el Evangelio. Entre tus discípulos, tuviste dos, muy señalados, muy majos, intrépidos ellos. Eran de carácter recio. Tanto, que los apodaste *"boanerges", "hijos del trueno"*. Eran Santiago y Juan.

En mis lejanos años de la adolescencia, solían predicarnos los *"retiros espirituales"* sacerdotes estupendos, algunos de renombre. Solían ser misioneros curtidos en mil batallas. Había algunos que al tocar determinados temas elevaban la voz. En tal caso decíamos que *"tronaban"*. Hasta las telas de araña se cimbreaban en las esquinas del techo gótico de la iglesia. Cargaban mucho las tintas. Por ejemplo, en la parábola del *"Hijo pródigo"* (Lc 15,11s). Más que resaltar la *misericordia* del padre y la alegría por el regreso del hijo descarriado, cargaban las tintas en el mal comportamiento del pobre *hijo pródigo*. Un pecador empedernido. Ese pecador, lógicamente, éramos cada uno, empecatados de pies a cabeza.

Se dramatizaba tanto el pecado que no había lugar a la misericordia. Así que la *conversión* era por derribo, llámese miedo. La misericordia hacía mutis por la tangente.

Pero tú, Jesús, por el contrario, no pones como protagonista al hijo, por malvado que fuera, sino al padre. *Un Padre misericordioso*. Ese Padre es Dios. ¿Dónde quedaban el amor y la ternura? ¿Dónde la misericordia? Pero los tiempos han cambiado. Y si no, que se lo digan al Papa Francisco.

Jesús, esta impresión personal de tiempos idos que te cuento, sirva como episodio anecdótico. Vayamos, pues, a la parábola del *"Padre misericordioso"* que describe san Lucas. En un ambiente naturalmente judío, vemos tres personajes. Los tres varones. Un padre y sus dos hijos. No aparece una madre, ni alguna hermana. El tema, por consiguiente, no se dirige a la familia, sino a resaltar el comportamiento de Dios. Y no un Dios que gobierna y domina todo, que nos somete al cumplimiento de unas determinadas leyes. No. Sino un Dios, tal como tú, Jesús, nos lo presentas: *Dios-Padre-Misericordioso*. Dios-Amor. Esto hace que las cosas que se vean con otra perspectiva. No bajo el prisma del miedo, sino desde una profunda esperanza cristiana. Porque el amor y la ternura vencen siempre al pecado.

Jesús, tú apuntas al centro de la diana. Y el centro es *el Padre*. Tú no yerras el tiro, como nos pasa a nosotros. Tú das en el mero centro de la diana. Porque querías que se nos metiera esto bien metido en la cabeza. Que no es

el miedo al pecado, ni al infierno, lo que nos debe hacer cambiar, sino *la ternura y la misericordia de Dios.*

Bien lo expresó el poeta: *"No me mueve, mi Dios, para quererte / cielo que me tienes prometido, / ni me mueve el infierno tan temido / para dejar por eso de ofenderte. / Tú me mueves, Señor, muéveme el verte / clavado en una cruz y escarnecido, / muéveme ver tu cuerpo tan herido, / muévenme tus afrentas y tu muerte. / Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera, / que aunque no hubiera cielo, yo te amara, / y aunque no hubiera infierno, te temiera. / No me tienes que dar porque te quiera, / pues, aunque lo que espero no esperara, / lo mismo que te quiero te quisiera".*

Jesús, cuánta confianza inspiras en todo el Evangelio. Ese Padre misericordioso respeta la libertad de sus hijos, por más que le duelan las decisiones, tantas veces equivocadas, de éstos. Ese Padre que continúa amándonos. Que está siempre preparado para abrazarnos. Que nos acoge con amor y nos reintegra a la comunidad. Y que celebra con una gran fiesta la alegría del regreso.

***

Pues bien, Jesús, vamos al *Salmo 7*: Un inocente es perseguido. Más de una vez, hablando para mí mismo, me he preguntado: Dios mío, ¿dónde te escondes? Y antes de escuchar la respuesta, reflexiono y me respondo a mí mismo: Dios no se esconde.

Gran verdad, Jesús. Dios no se esconde. Está en las flores, en los cielos, en la tierra, y en los mares. Está en el frío de los indios esquimales y en el rostro ajado de los ancianos. Dios está en el universo, allá arriba en las estrellas, y está acá abajo en los hombres, mis hermanos. Dios está en el lloro del niño inconsolable, por haber perdido a su madre.

¿Dónde te escondes? Es la pregunta que surge cuando uno cree estar solo o abandonado. O cuando, a causa del pecado, uno mismo se ha alejado de Dios. Pero Dios no abandona a nadie, no deja solo a nadie. Y de inmediato, el corazón, como el salmista, se vuelve a Dios para decirle: *"Señor, Dios mío, a ti me acojo, líbrame de mis perseguidores y sálvame; que no me atrapen como leones y me desgarren sin remedio"* (Sal 7,2-3).

El mal que uno hace se convierte en perseguidor de uno mismo. Es el hombre el que persigue al hombre. Pero el hombre es uno mismo. No es el otro. El vecino. Sino uno mismo.

Verdad es que, el otro, el vecino, el prójimo, también es, a veces, perseguidor. Aunque muchas más veces es amigo. Y, como puedo hacer yo, él también ora con los salmos, o quizá de otra manera, porque busca a Dios. Todo hombre, varón y mujer, busca a Dios. Y con el corazón puesto en Dios, hombres y mujeres madrugan temprano para ir al trabajo, ganar el salario, y llevar el pan a sus hijos. Esos hombres y mujeres que, cuando te han

ofendido, Dios mío, te piden perdón. *"Si soy culpable, si hay crímenes en mis manos, si he devuelto el mal a mi amigo, si he protegido a un opresor injusto, que el enemigo me persiga y me alcance, que me pisotee vivo por tierra, aplastando mi honor contra el polvo"* (Sal 7,4-6).

Dios está en todas partes. Así es. Y está sobre todo en la gente. En cada persona. Lo mismo en el ateo que en el creyente. Es así como podemos acudir a él por tu medio, Jesús, y decirle: *"Señor, Dios mío, a ti me acojo"* (Sal 7,1). Siempre eres nuestro refugio. *"Mi escudo es Dios, que salva a los rectos de corazón. Dios es un juez justo"* (Sal 7,11-12).

Efectivamente, con el salmo también yo diré, Jesús: *"Señor, Dios mío, en ti me refugio"* (Sal 7,1). En las buenas y en las malas. Cuando somos, soy, o creemos serlo, buenos. Y cuando nos hemos equivocado y alejado de ti. Sólo Dios sabe lo que hay en el corazón de cada quien. Y Dios es un Juez justo.

DESDE EL SALMO 8

GRANDEZA DE DIOS Y DIGNIDAD DEL HOMBRE

Jesús, esto es la mar de interesante. Tenías la habilidad de dejar a la gente desconcertada. A cuantos te rodeaban, te veían, o te seguían, no les podía entrar en la cabeza que tú fueras el Verbo, Dios hecho Hombre. No les podía entrar eso en la cabeza. Bueno, ni se lo imaginaban. Y humanamente hablando, tampoco había por qué. En primer lugar, nunca dijiste explícitamente que eras Dios. En cambio, sí, por si querían enterarse, que tú y el Padre erais uno: *"Yo y el Padre somos uno"* (Jn 10,20).

En ti, Jesús, veían la parte humana. Es decir, un hombre como otro cualquiera. Está claro que la divinidad no se ve. *"A Dios nadie lo ha visto jamás"* nos recordará san Juan (1Jn 4,12). Pero algo había en ti, algo veían en ti, que los dejaba desconcertados. Tu comportamiento, tu modo de actuar, y de tratar a la gente, era visiblemente diferente a los demás hombres. En cierta ocasión, te preguntaron: *"¿Dónde está tu Padre?"* Jn 8,19). Tu contestación: *"Ni me conocéis a mí ni a mi Padre; si me conocierais a mí conoceríais también a mi Padre"* (Jn 8,19). La pregunta que te hacen indica a las claras el desconcierto que tenían. A lo que cabe añadir que habían algunos que se dirigían a ti con bastante mala fe. No indagaban con nobleza. Habían fijado su postura, y de ahí no salían. Así que, les hiciste ver por dónde andaban. *"Vosotros sois de aquí abajo; yo soy de allá arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo"* (Jn 8,23). Es la diferencia. Aunque, en este caso, la diferencia no se refiere tanto a la distancia entre divinidad y humanidad, cuanto al empecinamiento que tienen, o tenemos, para no abrir su corazón a la fe.

Y lo mismo que en el pasaje del Éxodo, cuando el episodio de la zarza que ardía a la vista de Moisés, Dios no revela su entidad, es decir, cómo es, sino su modo de actuar. Simplemente dice: *"Soy el que soy"* (Ex 3,14). Dios no tiene nombre. Está por encima de todo nombre. Así, igualmente tú, Jesús, te remites a las obras. *"Por las obras los conoceréis"* (Mt 7,16).

Llegó un momento en que te cansaste de perder el tiempo hablando con gente que no quiere entender. Les dijiste: *"Después de todo, ¿para qué seguir hablándoos? Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz y yo comunico al mundo lo que he aprendido de Él"* (Jn 8,26).

Jesús, comprendo que necesitamos hacer una revisión seria de nuestros comportamientos, y de nuestra fe en Dios. Es claro que Dios no es evidente. No se deja ver. *"A Dios nadie lo ha visto jamás"* (1Jn 4,12). Pero tú te has encargado de revelárnoslo. *"Dios es Amor"* (1Jn 4,8). Lo cual no

significa que nos hayas revelado la esencia de Dios. Pero con tu comportamiento, con tu vida, con tus hechos, nos has dicho, más que suficientemente, cómo es Dios. Verte a ti es ver al Padre. Al Dios que ha creado todas las cosas. Y es ver, en ti, la dignidad de la persona humana.

***

Jesús, es precioso el *Salmo 8*: *"Señor, Dios mío, qué admirable es tu nombre en toda la tierra"* (Sal 8,2). Una oda de alabanza al Creador. Y al mismo tiempo, oda que ensalza la dignidad del hombre.

Dios no sólo ha creado al hombre. Lo ha elevado a cotas magníficas de dignidad. *"¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?"* (Sal 8,5). Dios ha magnificado al hombre, varón y mujer, al tiempo que desplegaba su majestad por sobre todas las cosas. *"Ensalzaste tu majestad sobre los cielos"* (Sal 8,2).

Jesús, presiento y siento que estamos ante uno de los salmos más hermosos. Si nos ponemos a contemplar el firmamento en una noche copiosa de estrellas, quedamos anonadados, maravillados, extasiados. *"Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?"* (Sal 8,4-5). Por eso, yo quiero hablarte, Jesús, aunque sea con el lenguaje áspero y pobre de mi voz balbuciente, insegura y humana, para dar por ti gracias al Padre por la excelsa Creación. Y por la dignidad que el ser humano ha recobrado en ti.

Me pongo en oración, uniéndola a la tuya y, desde la desafinada afonía de mi alma, de indigencia manifiesta, quiero dar gracias al Padre por la espléndida, fascinante, inacabada, sinfonía de su magnífica Creación. *"Todo lo has sometido bajo tus pies"* (Sal 8,7). Desde la estructura frágil de mi ser, alzo a lo alto la mirada, porque quiero recobrar la tibia ingenuidad de la inocencia. Y me imagino a Dios asomado al pretil del Universo, donde las galaxias, ebrias de luz, y de belleza estremecidas, son un canto eterno a la vida. *"Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra"* (Sal 8,2).

En ti, Jesús, veo a Dios como el Padre cariñoso, cercano y sereno, que juega a ser niño, como cualquier padre con su niño pequeño. Ese niño que comenzar a andar apenas intenta, y hasta correr quisiera. Y mientras ríe, da un paso, trastabilla. Pero tú no dejas que caiga. Lo sostienes, lo acaricias, lo besas, lo abrazas, lo meces. Porque sigues jugando a ser Padre con tus hijos pequeños. *"De la boca de los niños de pecho has sacado una alabanza contra tus enemigos para reprimir al adversario y al rebelde"* (Sal 8,3).

Verdaderamente, Jesús, qué grande es Dios y cuánta dignidad ha puesto en el hombre. Cómo no exclamar con el salmo: *"Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu Nombre en toda la tierra*" (Sal 8,10).

DESDE EL SALMO 9

EL JUEZ DE LAS NACIONES

Jesús, en la actualidad, se habla mucho de crisis. Con esta expresión solemos referirnos a que algo se tambalea, a que algo no marcha bien. Es una palabra muy manida, muy socorrida. Ciertamente, muchas cosas están hoy en crisis; particularmente los valores que deben regir a las personas y a la sociedad. Incluso, esta palabra la aplicamos hoy a Dios. Y así, decimos: *Hay crisis de Dios*. De tanto repetirlo, casi llegamos a convencernos de que sí, de que hay crisis de Dios.

Yo, Jesús, me pregunto: ¿Hay crisis de Dios? De verdad, ¿alguien se lo cree? Me atrevo a disentir de quienes así piensan. Creo que la crisis es más bien del hombre. Hoy hay crisis de humanidad, y de humanismo. Muchos valores nos están fallando, se nos tambalean. Y me pregunto, ¿crisis porque los tiempos son difíciles? ¿Cuándo no lo han sido? Pensar que los tiempos pasados fueron mejores, resulta ser una exageración semítica.

San Pablo, tu gran apóstol, él sí que tuvo una enorme crisis. No de fe, que como judío bien creyente era, sino de paradigma. Una crisis para bien. Su sentido religioso evolucionó, cambió. De llamarse Saulo, de religión judía, pasó a llamarse Pablo, de religión cristiana. Se decantó por ti, Jesús. Cuando escribe a los romanos, les dice que ya es *"hora de espabilarse"* (Rom 13,11). Y lo más curioso, que *"no se acomoden al tiempo presente"* (Rom 12,2). *El tiempo presente* de entonces, igual que el tiempo de hoy, era tiempo de paganismo. Había muchas religiones, como hoy. Pero, ¿había sentido de pertenencia y de respeto a Dios? Lo dicho, Jesús, el tiempo actual parece una copia del antiguo paganismo.

El desafío actual de los cristianos, y de la Iglesia en primer lugar, es evangelizar. Es decir, anunciarte a ti, Jesús. Anunciar tu Resurrección, que es el sentido total de la vida. Tú nos dijiste: *"Id y proclamad la Buena Nueva"* (Mt 28). Siendo tú la luz que nos va abriendo paso entre las tinieblas, necesitamos dejarnos iluminar por tu luz. Como Saulo de Tarso. Tu luz lo derribó, lo transformó para dejar de ser él y convertirse a ti. Es más, nos dices: *"Vosotros sois la luz del mundo"* (Mt 5,14). La crisis que comentamos desaparecerá, cuando seamos capaces de poner en acción tu señalamiento. Somos la luz. Y la función de la luz es iluminar. Los cristianos estamos para iluminar.

Jesús, creo que cualquiera que tenga un poco de buena voluntad puede darse cuenta de que la crisis, en sentido peyorativo, acabará si somos capaces de hacer un cambio de paradigma. Quiero decir, nos urge pasar de un mundo centrado en la economía a un mundo centrado en los valores de la persona. Y entre esos valores están la libertad individual, la participación en todo lo

relacionado con el mundo laboral, la participación real en el gobierno de los pueblos. Sí, la luz del Evangelio debe iluminar el mundo precioso de la cultura, tan distinta, tan plural, tan rica. Porque la riqueza de los pueblos no está en la Banca. Está en las personas y su dignidad.

Ya ves, Jesús, cómo está, por ejemplo, el tema de los emigrantes y refugiados. Cuántas absurdas e inhumanas barreras y fronteras ponemos. Cuánta guerra y cuánta explotación. Esa es la crisis mala, y que necesitamos erradicar. No hay, pues, crisis de Dios. La crisis es del hombre que, en vez de mirar hacia Dios mira hacia otro lado.

***

Y así, tras esta reflexión, Jesús, tomemos el *Salmo 9*. Hay un gran sentido de agradecimiento en el salmista: *"Te doy gracias, Señor, de todo corazón y proclamaré todas tus maravillas. Quiero alegrarme y regocijarme en ti, cantar himnos a tu Nombre, Altísimo"* (Sal 9,2-3).

Jesús, yo me pregunto: ¿Con qué salmo de inocencia, léase, con qué actitud de honestidad, podré rezar yo, que amasado he sido a la intemperie de los fríos luceros? Hombre soy, y por lo mismo, fabricador de todos los ídolos chicos de la conveniencia y de la comodidad. ¿No es ésta una enorme crisis que quizá hasta me pasa desapercibida?

Cierto es que, urgido estoy de buscar tu rostro, Dios mío, más acá o más allá de las estrellas. Y por lo mismo, *"proclamando todas tus maravillas, me alegro y exulto contigo"* (Sal 9,2). Al tiempo que me siento nómada en el misterio de la noche del tiempo. Centinela alerta me sé para no perder de vista la esperanza. Porque la vida es un grito irreprimible de verdad. *"Defendiste mi causa y mi derecho, sentado en tu trono como juez justo"* (Sal 9,5). Sin embargo, ¿qué puedo aducir a mi favor? ¿Qué causas tengo yo que sean defendibles? ¿Qué derecho me asiste? Sólo tu bondad, Dios mío.

Deja que, desde mi inspiración te diga, Jesús: Oteador de tu rostro, en el desierto de mi soledad, soy, mi Señor. Aunque, al mismo tiempo, estoy infatuado de soberbia y miedo. Llevo tatuado el rostro de los ídolos sombríos, que tantas veces me han acompañado. *"No abandonas a los que te buscan"* (Sal 9,11). ¡Gran verdad, mi Dios! Aunque debo confesar que he sido mercader de ambigüedades. He estado sobreseído de ausencias y vacíos. También me sé amasado a la intemperie eterna de tu voz. Tu voz, que es zarza y arde, abriendo surcos de vida en la arena, en el páramo, el desierto y la estepa.

"Vuelvan al abismo los malvados, los pueblos que olvidan a Dios" (Sal 9,18), grita el salmista. Mas yo, Señor, aunque no sé hablar, tartamudo soy, y cautiva tengo la voz, te diré: *"Piedad, Señor, mira cómo me afligen mis enemigos; levántame del umbral de la muerte"* (Sal 9, 14). Que pueda

cruzar, de orilla a orilla, este mar de la vida, al compás carismático del cayado de la fe y de la esperanza. Bien sé que la noche acompaña a la fe. Por eso estampo mi silencio en tu silencio, mi palabra en tu Palabra, mi amor en tu amor, oh diáfana verdad de mi Dios. *"Confiarán en ti los que conocen tu nombre, porque no abandonas a los que te buscan"* (Sal 9,11).

En definitiva, que siendo Dios quien ha de juzgar a todos, necesitamos, necesito, buscar a Dios. Ponerlo en el centro de la vida, personal y social. Superar todo tipo de crisis. Y así, exclamar con agradecimiento: *"Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando tus maravillas" (Sal 9,2).*

DESDE EL SALMO 10

MOTIVO DE CONFIANZA

Jesús, en la tierra que elegiste para encarnarte hay mucho desierto. Entiendo que el desierto, más allá de la orografía, puede ser símbolo de muchas cosas. En primer lugar, de lo inhóspito, aparentemente al menos. También de lucha, de esfuerzo, de soledad, de supervivencia. De tantas cosas más. ¡Y de encuentro consigo mismo! ¡Y de encuentro con la vida! El desierto está lleno de vida.

El Evangelio constata que te retiraste al desierto. Tu retiro fue un retiro voluntario. Fue una toma de conciencia de tu propia personalidad; también de la responsabilidad que adquirías ante Dios, ante el mundo y ante ti mismo, al asumir libremente la voluntad del Padre. Fue el modo de comenzar tu vida pública, con la proclamación de la Buena Nueva, o Evangelio. Y lo primero que hiciste fue ponerte en actitud de oración, que es mirar hacia dentro de uno mismo y al mismo tiempo mirar a Dios. Eras muy consciente de la responsabilidad que adquirías. A continuación, quisiste someterte a las tentaciones. La verdad es que no fueron distintas de las nuestras. Eso sí, seguramente más espectaculares. Era la representación de un drama en un escenario ideal, no exento de un ambiente un tanto bucólico. Lo agreste del lugar geográfico no se diferencia mucho de lo agreste que puede resultar nuestra vida.

Jesús, tu confianza con el Padre era total. Lo mismo que tu identificación con él. Pues bien, en la pedagogía de la exposición catequética de este pasaje entablas un diálogo muy serio, contigo mismo, sobre las cuestiones que realmente preocupan y cuestionan al ser humano. Cuestiones que le pueden llevar a la realización plena como persona o al fracaso más estrepitoso. La Sagrada Escritura te sirvió de base. En la escenificación, hay dos interlocutores: Tú y Satanás. Lo importante en este proceso en el que se desenvuelve la conciencia personal es la revelación que encierra este episodio. Los narran los tres evangelios sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas.

En síntesis, es un drama que trascurre en tres actos:

Acto 1º: Tentaciones de Jesús

Acto 2º: Identidad de Jesús y su función mesiánica.

Acto 3º: Vencimiento de las tentaciones.

Es correcto, ¿no? Pues bien, si decoramos el escenario, veríamos el desierto; como marco ideal del drama que se desarrolla. Reina un ambiente de soledad y silencio. En medio de la escena, tú, Jesús, a solas consigo mismo. Tienes por delante todo el tiempo del mundo para la toma de ciencia que hace de ti mismo. Mil caminos posibles se te abren en un horizonte infinito. En pie, firme como una estatua identificada contigo mismo, tu libre

albedrío. Al frente, en colores muy vivos, tu vida. ¿Qué vas a hacer de tu vida? Esta es la cuestión. Cualquier decisión que tomes será tuya y sólo tuya. Esa es la prueba. Ese el sentido de la tentación. La vida está llena de posibilidades. Hay muchas voces de sirena. Peligro.

En el acto 2º contemplamos tu identidad. Haces que Dios ocupe el primer plano en tu vida y en la de los demás. No será la ambición, el poder, la riqueza, o los ídolos del honor, etc. Junto a las falsificaciones que de Dios nos pueden hacer otros, hasta las mismas religiones, tú nos presentas a Dios como el Padre cercano y amigo, al que hay que adorar *"en espíritu y verdad"* (Jn 4,23). Dios no es el Dios manipulable, que termina desapareciendo paulatinamente del horizonte de nuestra vida. No te dejas manipular, y aceptas tu misión mesiánica. Y en esa misión está la dignidad y grandeza de Dios; y también del hombre. Y Satanás, en el esplendor fatuo de toda su soberbia, es derrotado apabullantemente.

En el acto final, te vemos, Jesús, concluyendo exitosamente tu toma de conciencia, tras la experiencia de las tentaciones a las que te has sometido como hombre, dándonos ejemplo, y enseñándonos a vencer las nuestras propias. En la apoteosis del triunfo definitivo y final, con voz espléndida, se alza tu grito: *"¡Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto!"* (Mt 4,10).

***

Tras esta exposición, tomemos ahora, Jesús, el *Salmo 10*. Está cayendo la tarde, el día se aleja. Ya se han callado las aves, ya se han dormido los campos. Todo es silencio. Pero mi corazón no duerme. Es en este momento cuando, desde el silencio de mi corazón, elevo a ti mi plegaria, Jesús. Eres el Dios-con-nosotros, el *Enmanuel*, que pone música al agua brava en las quebradas, y al agua mansa en los lagos. Eres el Dios que regala acuarelas a las flores para que inunden de colores los campos. ¿Cómo puede alguien decir que Dios está lejos, que se desentiende de las cosas? Esa puede ser la sensación del salmista. Dice así: *"¿Por qué, Señor te quedas lejos y te escondes en el momento del aprieto?"* (Sal 10,1). Y, sin embargo, nada más lejos de la realidad.

Tú, Jesús, que te presentaste como el Buen Pastor, cuidas de la majada, ovejas y pastores. Y bendices la hermosura de los campos, el verdor de la hierba, los rayos del sol, la lluvia, la niebla, todo. Eres, Jesús, un perenne salmo de alabanza a Dios por toda la Creación.

Quiero contigo, Jesús, dirigirme al Padre y decirle mi oración: ¡Oh, mi Dios!, igual que escuchas la melodía del agua clara y bravía, que con prisa desciende de la montaña al valle, dejando quejidos en las rocas, escucha mi voz. Y con el salmo: *"Levántate, Señor, extiende tu mano, no te olvides de los humildes"* (Sal 10,12). No soy la voz silbante del pastor que alegre lleva el rebaño a la majada. Soy apenas el mudo balar de una oveja tuya, perdida

y enredada a veces en la noche oscura del tiempo. *"Porque tú, Señor, escuchas los deseos de los pobres"* (Sal 10,17).

Jesús, acerca, si quieres, tu oído a mi clamor, te ruego; y plántame de raíz, como un árbol, a la vera de tu cauce, para que mi corazón no se reseque por andar trasegando por la vida. *"Tú ves las penas y los trabajos, tú miras y los tomas en tus manos. A ti se encomienda el pobre, tú socorres al huérfano"* (Sal 10,14). Yo soy pobre, porque ando escaso de humildad y de bondad; escaso de amor. Pero Dios es mi seguridad.

Cierto, *"Tú escuchas los deseos de los humildes, les prestas oído y los animas"* (Sal 10,17). Por eso, mi Dios, déjame abrevar mi sed de ti en la fuente de tu cielo, donde cabe el ciervo herido, el rico arrepentido, y el mendigo. Déjame refrescar mi llanto acongojado en la fuente del perdón. En Dios he puesto mi confianza. Y en esta confianza, Jesús, sé que estarás conmigo en el desierto metafórico de mi vida para vencer las tentaciones. Contigo no fallarán los cimientos.

Quiero terminar esta plegaria diciendo con el salmista: *"Tú defiendes al huérfano y al desvalido; que el hombre hecho de tierra no vuelva a sembrar su terror"* (Sal 10,18).

DESDE EL SALMO 11

ENFRENTAR A LA MENTIRA

Jesús, si te parece, hablemos hoy del tiempo. No del meteorológico, sino del histórico. Si hiciéramos un sondeo, haciendo la misma pregunta, a personas que han vivido en distintos siglos, a buen seguro que nos dirían que su tiempo fue muy bonito. Normal, porque todo tiempo tiene su encanto. Lo que cambia es el decorado. Por ejemplo, en tu tiempo, Jesús, sin ir más lejos, no había satélites, ni televisión, ni, por consiguiente, salía el hombre o la mujer del tiempo, a informarnos si va a llover, si va a nevar, o si va a hacer buen tiempo. No hablaban de isobaras. La gente barruntaba el tiempo mirando al horizonte. Y solían tener ojo clínico.

Hoy, a diferencia de los antiguos, si queremos saber qué tiempo va a hacer, en vez de mirar al cielo o al horizonte, miramos el parte meteorológico. Pero bueno, son cosas distintas. Con esto quiero decir que una cosa es el tiempo que a cada quien le ha tocado vivir, y otra muy distinta el tiempo-meteorológico. Tú, Jesús, aludiste a este último cuando echas en cara a los fariseos que, sabiendo interpretar el estado meteorológico del tiempo, no saben interpretar el tiempo real en que viven. Los llamaste hipócritas, como consta en Lucas 12, 54-56.

Hay que saber ver e interpretar, no tanto el tiempo, cuanto los *"Signos de los tiempos",* esa expresión tan socorrida por el Papa san Juan XXIII. También por el Concilio Vaticano II, que él mismo promovió y convocó. El mismo Concilio en los Decretos sobre la Iglesia, sobre la Liturgia, sobre la Relación con el mundo actual, hace hincapié en el tema. Predominaba en los obispos reunidos en el Concilio la convicción de que la salvación a la que nos convoca Dios a todos, nos lleva a un dinamismo necesario para construir la Historia.

Efectivamente, Jesús. Porque si hay algo realmente dinámico, es precisamente la Historia. Así, con mayúscula. Es decir, la Historia, tomada como vida. Pues la vida es dinámica; se desarrolla y crece. Por poner un ejemplo, podríamos decir que es como un árbol. Las flores nacen, las hojas van creciendo en las ramas, hasta que cumplen su ciclo, y caen. Es decir, lo que ayer valía, puede que hoy ya no valga. Pero la Vida sigue, el árbol ahí está, en pie.

Es claro, Jesús, que el Vaticano II lo tuvo muy claro. Supieron bien los obispos que aquello que ayer era actual, podía no serlo hoy. Lo cual, aplicado a la Iglesia, tiene una fuerza y una exigencia vitales. Porque resulta que la Historia de la Iglesia se plasma desde la Historia bíblica. Los fariseos, como nosotros, leían a los profetas, pero no siempre los comprendieron. Les

echaste en cara el no saber interpretar los signos de los tiempos, es decir, los signos de Dios.

El tiempo de Dios es dinámico. La Iglesia sabe que no puede caer en el mismo error de los fariseos. Y se puso a estudiar su pasado, para poder entender su presente, sabiendo que es preciso respetar la tradición, léase la Historia, rica de la presencia de Dios, y de los hijos de Dios.

Este fue el cometido del Concilio. Dios habló, habla y seguirá hablando, a los hombres y mujeres de todos los tiempos. ¿No es así, Jesús? Por consiguiente, Dios habla hoy también. Que Dios también tiene su propia Historia. Siendo eterno, su Historia es de Amor. Y así, de pronto, Dios se ha metido en la historia del ser humano haciéndose hombre en ti, Jesús, para conducirnos a la salvación.

En consecuencia, eres tú, Jesús, quien conduce la Historia. Esta Historia preciosa que llamamos de la Salvación. Y que abarca a todos. Porque Dios no es patrimonio de nadie en particular. Nadie tiene la exclusiva de Dios. Ni judíos, ni cristianos, ni musulmanes. Nadie. Dios es el mismo para todos. "*Dios es Amor"* (1Jn 4,8).

En el mundo actual, tan lleno de ruidos, y de voces incoherentes; tan lleno de relativismo moral, cuánto vacío de valores humanos y espirituales existe. No es fácil escuchar o distinguir la voz de Dios. La Iglesia lo sabe muy bien. Y sabe que se necesita, por consiguiente, un esfuerzo grande y continuo para atisbar los signos de los tiempos y conocer la voluntad de Dios.

Sabemos, Jesús, que hay tres tipos de personas particularmente sensibles para captar los signos de los tiempos: son *los pensadores*, *los poetas* y *los santos*. No importa el orden en que los coloquemos. Estos tres pertenecen al selecto grupo de la gente sensible, capaz de captar los signos de los tiempos.

El Espíritu de Dios, tu Espíritu, Jesús, es el que conduce la *Historia de la Salvación*. Por lo mismo, sigues revelándote en el mundo y en la Iglesia. De ahí que el Concilio Vaticano II intentara identificar los problemas principales del mundo actual; y los haya traducido en Constituciones y Decretos. Otra cosa es si el mundo, tan lleno de ruidos y voces inconexas, quiere enterarse. O si la misma Iglesia quiere poner manos a la obra.

***

De esta manera, es el momento, Jesús, de asomarnos al *Salmo 11*. Curiosamente, comienza con estas palabras: *"Al Señor me acojo, ¿por qué me decís: escapa como un pájaro al monte?"* (Sal 11,1). Así se expresa el salmista. ¿Por qué tiene que huir? Su corazón está anclado en Dios. ¿A dónde huir? Desde luego, hay que huir de la hipocresía, de la mentira, y del desentendimiento de los signos de los tiempos. Hay que enfrentar a la mentira.

El salmista no huye. Se acoge a Dios. Todos necesitamos acogernos a Dios. Por eso, Jesús, permíteme acercarme a ti y asomarme, desde el pretil de mi vida, a tu corazón redentor, para contarte mis cuitas. *"El Señor está en su templo santo, el Señor tiene su trono en el cielo"* (Sal 11,4). Así es. El universo es el trono de Dios. Por eso, a tu cielo me asomo, para rendirte mi humilde plegaria, que sube desde las raíces vitales de mi ser hasta hundirse en tu corazón de Padre.

"Sus ojos están observando, sus pupilar examinan a los hombres" (Sal 11,4). Exactamente. Y porque ves mi debilidad, porque me conoces tal cual soy, porque de ti no puedo, ni quiero, escapar, a ti acudo. De ti, Jesús, Hijo del Padre, no me puedo ocultar. Como tampoco el olivo, por frondoso que sea, puede ocultar su cosecha de olivas. Y ese olivo, de balsámico aceite, eres tú, Jesús.

El salmo dice: *"El Señor examina a inocentes y culpables"* (Sal 11,5). Sin duda que habrá más culpables que inocentes. La suma se decanta por los culpables. Así es. Pero tú tienes el aceite del perdón, de la misericordia, y de una nueva oportunidad de recobrar la inocencia perdida. Por eso, mi plegaria es para contarte mis cuitas. La primera, que apenas soy aprendiz de hombre. Nunca aprende uno la tarea de ser hombre. Por amor, Dios mío, me creaste, a tu imagen me hiciste. Y en tu Ser de Padre, hijo tuyo me sé. La segunda, para decirte que siento el alma taladrada del paisaje por donde tantas veces hui de ti, para errar como un vagabundo. La tercera, al salmo me acojo: *"Porque el Señor es justo y ama la justicia, los buenos verán su rostro"* (Sal 11,7). Tu rostro quiero ver, mi Dios. Tu rostro quiero ver, Jesús. Porque, *"Cuando fallan los cimientos"* (Sal 11,3), sólo tú permaneces, mi Dios.

DESDE EL SALMO 12

CLAMOR DE LOS JUSTOS

Jesús, leyendo la *Didajé* me llama la atención cuando dice: *"Hay dos caminos, el de la vida y el de la muerte, y grande es la diferencia que hay entre estos dos caminos. El camino de la vida es éste: 'Amarás en primer lugar a Dios que te ha creado, y en segundo lugar a tu prójimo como a ti mismo. Todo lo que no quieres que se haga contigo, no lo hagas tú a otro'..."*. (I,1-2). Es decir, dos caminos que convergen en el mismo punto: el mandamiento del Amor, como expresaste en el Evangelio. Separar el camino de Dios, del camino del prójimo, es un rompimiento. Es romper el Amor.

La *Didajé* apunta directamente al corazón: hay que amar. ¿Dónde radica la fuerza para amar? En la eucaristía. Es el sacramento de vida. Y concretiza situaciones que son de acuciante actualidad. Dice: *"Segundo mandamiento de la doctrina: No matarás, no adulterarás, no corromperás a los menores, no fornicarás, no robarás, no practicarás la magia o la hechicería, no matarás el hijo en el seno materno, ni quitarás la vida al recién nacido"*.

Entiendo, Jesús, que, al fijarse en cosas tan puntuales, es porque el problema existía entonces, como existe hoy. Por ejemplo, con qué facilidad, e impunidad muchas veces, se mata, absurda e indiscriminadamente. Ahí tenemos la horrenda monstruosidad de las guerras. Pero se mata, y sólo pensarlo da vértigo, a criaturas inocentes en el seno materno, de modo impune e inmisericorde. Me pregunto, ¿qué le pasa a nuestra sociedad actual?

Veo, Jesús, que es necesario tener espíritu de discernimiento, para saber distinguir, para saber optar. La guerra, o la muerte violenta, no tienen justificación alguna. La Didajé prosigue: *"No codiciarás los bienes del prójimo, no perjurarás, no darás falso testimonio. No calumniarás ni guardarás rencor. No serás doble de mente o de lengua, pues la doblez es lazo de muerte. Tu palabra no será mentirosa ni vana, sino que la cumplirás por la obra. No serás avaro, ni rapaz, ni hipócrita, ni malvado, ni soberbio. No tramarás planes malvados contra tu prójimo. No odiarás a hombre alguno, sino que a unos los convencerás, por otros rogarás, a otros los amarás más que a tu propia alma..."*.

¡Vaya lista a la hora de hacer examen de conciencia! Me pregunto, Jesús, si no será esta una de las claves de por qué hay, en tantos cristianos, una especie de deserción de la Eucaristía. Muchos se auto-justifican diciendo: "Soy creyente, pero no practicante". O sea, paja que lleva el viento. Triste modo de claudicar.

Entiendo que para quienes no tienen fe, poco o nada les pueda decir la Eucaristía. Y entiendo que, siendo la Eucaristía el centro de la comunidad cristiana, poco les pueda decir también la comunidad. Con lo cual se produce un vacío espiritual interior de difícil solución.

La fe hay que alimentarla. Al mismo tiempo, la fe se manifiesta con hechos, como se expresa el apóstol Santiago: *"Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe, si sus hechos no lo demuestran? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Supongamos que a un hermano o a una hermana les falta la ropa y la comida necesarias para el día; si uno de ustedes les dice: «Que les vaya bien; abríguense y coman todo lo que quieran», pero no les da lo que su cuerpo necesita, ¿de qué les sirve? Así pasa con la fe: por sí sola, es decir, si no se demuestra con hechos, es una cosa muerta"* (St 2,14-26).

Jesús, leo también en la *"Epístola de Bernabé",* así denominada por Clemente de Alejandría a principios del siglo III: *"Dos caminos hay de doctrina y de poder: el de la luz y el de las tinieblas".* Y señala: *"Pero grande es la diferencia entre los dos caminos, pues sobre uno están establecidos los ángeles de Dios, portadores de luz, y sobre el otro, los ángeles de Satanás. Uno es Señor desde siempre y por siempre, y el otro es el príncipe del tiempo presente de la iniquidad. El camino de la luz es éste. Si alguno quiere seguir su camino hacia el lugar fijado, apresúrese por medio de sus obras. Ahora bien, el conocimiento que nos ha sido dado para caminar en él es el siguiente: Amarás al que te creó, temerás al que te formó, glorificarás al que te redimió de la muerte. Serás sencillo de corazón y rico de espíritu. No te juntarás con los que andan por el camino de la muerte, aborrecerás todo lo que no es agradable a Dios, odiarás toda hipocresía, no abandonarás los mandamientos del Señor".*

Incide también la *"Epístola de Bernabé"* en tres aspectos concretos: *"No fornicarás, no cometerás adulterio, no corromperás a los jóvenes".* Ya ves, Jesús, está claro que el tema de la pederastia no es sólo de hoy, por desgracia.

Pero lo bueno de esta carta está en que, lejos de ser una doctrina moralizante, es un juicio crítico de valor; un discernimiento de los valores y de los contravalores. Para lo cual, parte de la Eucaristía, por ser la Eucaristía sacramento de perdón, de misericordia, de amor, de comunión.

Jesús, verdaderamente hay que darte gracias porque has hecho de la *Eucaristía* tu espléndida *"Acción de gracias"* al Padre, en nombre de toda la Creación. Con lo cual, la Eucaristía es al mismo tiempo sacramento de alegría y de fiesta. Y es que, los caminos de la fe convergen en la Eucaristía.

***

Así es, Jesús, los caminos de la fe convergen en la Eucaristía. La máxima acción de gracias. Pienso, Jesús, que nunca podremos darte

suficientemente las gracias por haberte quedado con nosotros. Ni por muy larga que fuera nuestra vida. Pero, además, resulta que en verdad es corta nuestra vida. Solemos decir: ¡Dios mío!, ¡qué rápidamente se nos va la vida!

Ciertamente, la vida es un soplo. Una flor que se abre al amanecer y fenece al caer la tarde. Pero, en fin, vayamos ahora al *Salmo 12*.

Conscientes de esta realidad, la brevedad de la vida, te pregunto: ¿Realmente, tenemos tiempo para llevar a cabo tantas cosas como vemos que hay que hacer? ¿O tantas que nos preocupan? El salmista clama: *"Sálvanos, Señor, que se acaban los buenos, que desaparece la lealtad entre los hombres"* (Sal 12,2). Es como si dijera, se acaba el tiempo de hacer el bien, puesto que se acaban aquellos que son hacedores del bien. Pero la inquietud del salmista tiene respuesta: El bien, hacer el bien, no depende del hombre. El hombre sigue siendo como la hierba que fenece. El bien, y todo lo que de él se deriva, tiene un dueño. Ese Dueño es Dios.

Y, sin embargo, hay veces el hombre piensa que las cosas dependen de él mismo. Ve la lucha constante, el enfrentamiento diario entre el bien y el mal. Ve que los malos triunfan. Y, sintiéndose bueno, porque cuando nos miramos a nosotros mismos pensamos que somos los buenos de la película, ve que lo buenos van quedando en minoría. Y se asusta.

Estoy convencido, Jesús, que el error del hombre consiste en olvidarse de Dios. Tremendo error, olvidarse de Dios. Sólo cuando reflexionamos con nuestra pobre inteligencia, nos damos cuenta de que el bien no desaparece. No puede desaparecer. Lo mismo que Dios no termina. Dios permanece. Lo acabamos de ver: Tú, Jesús, te has quedado con nosotros, en la Eucaristía. La fatuidad del hombre consiste en decir: "soy creyente, pero no prácticamente". Lo que no deja de ser un alejamiento de Dios.

El hombre se olvida de Dios, para confiar en sus propias fuerzas. Estamos infatuados de nosotros mismos. Del poder de la técnica y de la ciencia. Anclados en nuestras propias seguridades, hasta somos capaces de lanzar bravatas al viento. El salmista dice: *"La lengua es nuestra fuerza, nuestros labios nos defienden, ¿quién será nuestro amo?"* (Sal 12,5). ¡Ingenuidad y soberbia!

¿Acaso el hombre se conoce a sí mismo? ¿De verdad? ¿Sabe de verdad quién es? Menos mal, Jesús, que siempre estás al quite. Que tú sales a echarnos una mano. Que sales en defensa de todos. Escucha, pues nuestro clamor. Te diré con el salmista: *"Por la opresión del humilde, por el gemido del pobre, yo me levantaré, y pondré a salvo al despreciado"* (Sal 12,6). Puesto que, *"Las palabras del Señor son palabras auténticas"* (Sal 12,7), líbranos, Señor, de todo mal, y ayúdanos a buscar siempre el bien.

DESDE EL SALMO 13

SÚPLICA EN LA ANGUSTIA

Jesús, cuando uno, yo mismo, se pone a contemplar la Creación, maravillosa, inmensa, inabarcable, inmediatamente la mente nos lleva hasta Dios. Él es el Creador de todo cuanto existe. Uno queda anonadado. ¡Qué grande es Dios! Es lo primero que pienso. ¡Y qué frágil!, pienso al mismo tiempo. ¿Por qué? Pues mira. ¡Todo un Dios, inmenso, maravilloso, indescriptible, inabarcable, que no cabe en el universo, va, y de pronto, se hace Niño! ¡Dios se hace Niño por y para nosotros!

Jesús, ¿hay algo más bello y más frágil que un niño? Al llegar la Navidad, ¡cuánta ternura, y cuánta fragilidad a la vez!, te contemplamos en el belén. Desde el más niño al más anciano, todos quedamos embelesados contemplando la figura del Niño. Cuánta ternura. De veras, ¿puede haber cosa más encantadora que un niño? Y, sin embargo, la cosa más frágil. Un niño no se vale por sí mismo. Necesita de los demás.

Tú, Jesús, todo un Dios, al hacerte Niño necesitaste de los demás. En primer lugar, de tu madre. Como cualquier y todo niño. De modo que, siendo todo un Dios, eres frágil. Voluntariamente frágil. Por y para nosotros. Y al mismo tiempo, fuerte. Has asumido sobre tus hombros el tremendo compromiso de la Redención.

Quiero meditar hoy sobre tu muerte. Y no acierto. Quizá porque la muerte no es lo tuyo. Bueno, ni lo de nadie. Tuviste que pasar por ella, como todos tendremos que pasar. La muerte no fue tu destino. Tu destino era, es, y será siempre la Vida. Dios nos ha creado para la Vida. A pesar de que tengamos que pasar por el trago amargo de la muerte.

En tu caso, Jesús, la muerte fue dramática. Y, al mismo tiempo, necesario acontecimiento para que la Vida triunfara sobre la misma muerte. Y sobre el pecado. Libre y voluntariamente te ofreciste a la muerte. Sabías que anunciar la Buena Nueva a los pobres y proclamar la libertad a los oprimidos, te iba a costar caro. En pos de la realización de este proyecto recorriste los caminos polvorientos de la Palestina. Pasaste *"haciendo el bien y curando a todos los que habían caído en poder del demonio"* (Hch 10,38). Anunciaste un Mundo nuevo, de vida, de libertad, de paz y de amor para todos.

Nos enseñaste que Dios es Amor, que no excluye a los pecadores; que los marginados son los preferidos de Dios. Al mismo tiempo, previniste a los poderosos de que el egoísmo conduce al fracaso, cuyo fin es la frustración total del ser humano. Por eso, tu designio liberador entró en contradicción con las autoridades, que se sintieron incómodas con la denuncia que hacías.

No estaban dispuestas a renunciar al poder, a la influencia, al dominio, a los privilegios. Y te prendieron, te juzgaron, y te condenaron en un juicio sumarísimo donde no reinó la equidad ni la justicia, sino el odio, fruto del resentimiento. No te dieron ni un abogado de oficio. Por el contrario, te odiaron, tanto los judíos como los romanos. Todos. Y te clavaron en la cruz. Fue la consecuencia del anuncio abierto que hiciste del Reino.

Pero antes del desenlace fatal en la cruz quisiste asegurar tu presencia en medio de nosotros, e instituiste la Eucaristía, en la forma familiar de un banquete, bajo las especies familiares del pan y del vino. Y nos mandaste: *"Haced esto en memoria mía"* (Lc 22,19). Fue la donación de tu vida por Amor. Jamás hubiéramos podido soñar cosa igual. Y una vez en la cruz, tu fragilidad se convirtió en la fuerza que es capaz de gritar: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* Lc 23,34). Tu fragilidad consiste en la fuerza de tu amor. Y el Amor lleva a la Vida.

***

Jesús, oramos ahora con el *Salmo 13*. Dice: *"¿Hasta cuándo va a triunfar mi enemigo?"* (Sal 13,3).. Los salmos reflejan repetidas veces situaciones de miedo, de angustia, de persecuciones. Hay enemigos por fuera y hay enemigos por dentro. Pero el recurso, siempre es el mismo: acudir a Dios. Hay veces en que, cuando se ve rodeado de enemigos, el salmista piensa incluso en que Dios lo ha abandonado. Y exclama: *"¿Hasta cuándo Señor seguirás olvidándome?"* (Sal 13,2). Pero se acuerda de Dios, clama a Dios, hasta casi con exigencia. *"Atiende y respóndeme, Señor, Dios mío"* (Sal 13,4).

En los momentos más difíciles, hasta el más alejado, acude a Dios. Sé, Jesús, que esa actitud es egoísta. Pues una cosa es acudir a Dios, con humildad y respeto. Siempre. Y otra muy distinta, acudir cuando nos conviene. Egoísmo.

La humildad es fundamental. Porque, quien exige se pone por encima del demandado. No por exigir se tiene razón. Se puede exigir, y estar equivocados. Se puede exigir, y no ser justa nuestra demanda. Cuántas veces, Jesús, la falta de humildad crea oscuridad en la mente, y nos confunde. De ahí que el salmista diga: *"Da luz a mis ojos para que no me duerma en la muerte"* (Sal 13,4).

Bien. Pero además de los enemigos externos, tenemos también enemigos internos. Son los peores. Primero, porque cuesta descubrirlos. Segundo, porque cuesta erradicarlos. Son los demonios internos de la falsa modestia, de la soberbia y el orgullo. Y del olvido. Sí, del olvido. Nos olvidamos de Dios. Pero si algo nos va mal, corriendo acudimos a pedirle auxilio. Hasta con exigencia, a veces. Y si nos va bien, entonces ni nos acordamos de él.

Por eso, el olvido es también otro de los muchos y solapados enemigos internos. El salmista, y yo con él dice: *"Porque yo confío en tu misericordia, mi alma gozará con tu salvación"* (Sal 13,6).

Urge, pues, Jesús, descubrir los demonios internos, para erradicarlos. Como urge también descubrir los bienes que Dios ha puesto en nuestro corazón. Por ejemplo, la bondad, la generosidad, el altruismo. Son dones que pertenecen a Dios. Y Dios quiere que los pongamos en práctica. Entonces podremos decir, igual que el salmista, *"Cantaré al Señor por el bien que me ha hecho"* (Sal 13,6).

Jesús, con nuestra confianza depositada en ti, podremos también decir: *"Mi alma gozará con tu salvación"* (Sal 13,6). Tu salvación, Dios mío, es el triunfo sobre todos nuestros enemigos. Internos y externos. Así, nuestra confianza superará toda angustia. Y nuestra debilidad se trasformará en fuerza que vence el mal.

DESDE EL SALMO 14

ES INSENSATEZ OLVIDAR A DIOS

Jesús, hablemos hoy del Padre. Sé muy bien que, de la idea o imagen que uno tenga de Dios dependerá el comportamiento en su vida. Se puede pensar en Dios tal como tú muestras en el Evangelio, un Dios siempre presente y cercano. Un Padre al que con ternura se le invoca llamándole *"Abbá"*. La expresión que tú empleabas. Pero también se puede pensar en un Dios lejano, que está más allá de la estratosfera. Sería un Dios, en definitiva, desentendido. Un Dios así no interesa. Pero se puede pensar en un Dios omnipotente, al que podemos añadirle otros adjetivos grandilocuentes. Creo que en tal caso la relación con él será fría, distante o, en el mejor de los casos, aseada y educada. Si, por el contrario, pensamos en Dios, tal como tú nos lo revelaste, como *Dios-Amor*, como Dios-Padre, las cosas cambian.

Efectivamente, Dios es Amor. San Juan, sin intentar dar una definición de Dios, porque Dios no cabe en una definición, no encontró expresión mejor para la comprensión de Dios que decir: Dios es Amor. De Dios decimos también que es Trinidad. Y mira, Jesús, que esto nos resulta complejo. No importa. Las cosas más sublimes nos desbordan. El que superen nuestra capacidad de entender no significa que no sean así.

Pero, fuiste tú, Jesús, quien nos revelaste que Dios es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo. Eso sí, no nos dijiste cómo es que, siendo tres, no son tres sino Uno. Un solo Dios. No nos revelaste el misterio. Misterio, por lo demás, que no cabe en nuestra cabeza. Pero Dios sí cabe en el corazón.

Querer acercarse a Dios con la cabeza es perder el tiempo. A Dios se le entiende con, y desde, el corazón. Precisamente porque Dios es Amor. Sobran los esquemas intelectuales. Y todas las teodiceas. Las razones del corazón están más cerca de la fe. Cuando nos acercamos a Dios con el corazón estamos dando pasos agigantados hacia el Dios gozosamente adorado y vivido. La diferencia entre la cabeza y el corazón, empleados estos términos metafóricamente, es que la cabeza, léase la razón, sabe de leyes. El corazón sabe de Amor. Los humanos nos empeñamos en implantar leyes y más leyes. Llenamos la vida de leyes. Pero a las leyes suele faltarles corazón. Esto es cabalmente lo que sucede habitualmente con la política. La política tiene cabeza, no siempre, pero le falta el corazón. El poder se sostiene en la ley. Las leyes avalan el poder. Hasta en la Iglesia abundan las leyes. ¡Con lo diáfano que es el Evangelio!

Las leyes norman, regularizan. Son necesarias, siempre y cuando sean justas, éticas, y para el bien común. Ayudan al buen funcionamiento de la sociedad. Como los semáforos ayudan a hacer más segura la viabilidad de

vehículos y personas. Cierto. Pero si una religión se regulara sólo por las simples leyes, no tendría sentido. Sería un supermercado de ídolos, o una fábrica de magia.

A Dios no podemos acercarnos por la fuerza del miedo. Dios no quiere ni necesita esclavos. La fe es libertad. La fe cristiana nos lleva al encuentro amoroso con Dios. Sí, Jesús, porque Dios es Amor. Con razón nos has dicho que hay que adorar a Dios *"en espíritu y verdad"* (Jn 4,24). Es decir, desde la libertad y el amor. Por lo cual, alejarse, u olvidarse de Dios es una estupidez.

***

Y hablando de estupidez, el *Salmo 14* lo acentúa. Ya ves, Jesús, es enormemente significativa la primera frase: *"Dice el necio para sí: 'No hay Dios'"* (Sal 14,1). El salmista ha empleado una palabra muy adecuada para referirse al autor de dicha frase: *Necio*. Efectivamente, sólo un necio puede negar a Dios. Basta abrir los ojos, incluso sin abrirlos, y nos encontramos con un mundo maravilloso, fascinante. Un mundo que por todas partes respira Vida. ¿Cómo no creer en Dios ante tanta maravilla?

La Creación alaba a Dios. Contemplar, por ejemplo, una noche copiosa de estrellas, ¿no es para alabar al Señor? Yo diría, Jesús, que es oración. Oración contemplativa. Y es que, Dios es el Artista divino que ha trazado con pinceles de luz la belleza de cuanto nos rodea. Una maravillosa sinfonía de luz y color.

Dice el salmo: *"El Señor observa desde el cielo a los hijos de Adán, para ver si hay alguno sensato que busque a Dios"* (Sal 142). Permíteme, Jesús, que aventure mi respuesta: Sí, los hay. ¿Cómo no va a haber alguien que busque? Todos buscamos. Pienso que hasta los más ateos buscan a Dios. Y no sólo porque te necesitamos. Eres maravilloso. ¿Cómo no buscarte Dios mío, si eres tú quien nos ha creado? Tú, quien has puesto en nuestras manos los pinceles para que, como niños pequeños, juguemos a colorear el mundo con los colores de la alegría y el agradecimiento sobre el lienzo espléndido de la Creación.

Jesús, de las manos creadoras de Dios surgió la sinfonía de luz y color que nos envuelve. El más grandioso Salmo de la Creación es la Creación misma. ¿Puede haber alguien tan ciego, tan insensible, que no sea capaz de verlo? Y, sin embargo, hay que decirlo con tristeza, muchas veces nos ofuscamos. Y no vemos. O no queremos ver. Lo cual es peor. *"Se han corrompido cometiendo execraciones, no hay quien obre bien"* (Sal 14,1). Eso es caer en la estupidez de la soberbia y de la fatuidad. Pero el paisaje, los colores, la luz, la música, todo está ahí. Jesús, que nunca cerremos los ojos de la fe y podamos verte sin fin, junto al Padre y el Espíritu de Amor.

DESDE EL SALMO 15

PARA ACERCARSE AL SEÑOR

Jesús, San Marcos, en el Evangelio (10,46-52) habla de un ciego. No dice cómo se llamaba. Lo llamaban Bartimeo, es decir, el hijo de Timeo. No sabemos, pues, su nombre personal. Y sí que quería verte. ¡Es tan maravillosa la vista! Me imagino el sufrimiento que debe suponer el no ver, en alguien que carece del don de la vista. Pero, mira por dónde, dio la casualidad, no tan casual, seguro, de que tú, Jesús, pasabas por allí. No sé qué tienes, pero siempre te haces encontradizo con la gente para hacer el bien. Cuando el tal Bartimeo se entera de que eras tú el que pasaba por el camino, se pone a gritar con fuerte voz: *"Jesús, Hijo de David, ten piedad de mi"* (Mc 10,47). Te detuviste, forzando la situación, pues resulta que ni la gente ni los discípulos querían saber nada del ciego. ¿Por qué? Porque gritaba, y eso les molestaba. ¡Pobre! De su situación nadie se preocupó. Sólo tú. Lo llamaste, y se hizo el milagro.

Jesús, quiero fijarme en algunos detalles. El ciego gritaba, imploraba. Porque quería ver. Tú te detuviste. Mandaste llamarlo. Mandaste. ¡Ojo al dato! Al poner intermediarios, estabas implicando a todos. Bien, el ciego, en cuanto supo que lo llamabas, arrojó el manto y las posibles monedas que tal vez le habían caído como limosna, y *"saltó",* corriendo hacia ti.

Podía haberse caído y romperse la crisma. No le importó. Corrió hasta ti. Con inmenso cariño le preguntaste: *"¿Qué quieres que haga por ti?"*. De sobra sabías lo que quería. Y él: *"Maestro, que pueda ver"*. Para eso lo llamaste: *"Anda, tu fe te ha curado"* (Mc 10,51-52).

Jesús, me imagino la escena. Aquel hombre, de pronto, pudo ver. Debió quedar fascinado. Ver de golpe cuanto le rodeaba. Ver la luz. Ver a la gente. Y verte a ti. Aquel ciego, ahora ex-ciego, quedó doblemente "iluminado", por dentro y por fuera. A buen seguro que se convirtió en un fiel seguidor tuyo, Jesús. Había encontrado la luz de los ojos y la luz del Reino de Dios.

Este episodio, más que una crónica de algo real, que aconteció, es sobre todo de acuciante actualidad. Bartimeo somos todos. Y tú, Jesús, pasas a diario por nuestro camino. Hay quien percibe de golpe tu presencia. Seguramente porque se sabe ciego, necesitado de ti. Otros quizá nunca se enteran de su ceguera espiritual. En tal caso no hay encuentro. Ni curación. No es suficiente ser "ciego", hay que estar convencido de serlo.

Esto aconteció, acontece, "a lo largo del *camino*". Todo un símbolo. La vida está cruzada de caminos. Pero el verdadero Camino eres tú. Dijiste: *"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"* (Jn 14,6).

En la Iglesia primitiva, *"el Camino"* designaba al cristianismo. Es verdad, podríamos pensar metafóricamente hablando, que el ciego no estaba en el Camino, sino al margen de la religión y de la vida. No lo sé. Es sólo un pensamiento ilustrativo, porque quizá fuera un santo. Tú sí estabas. Siempre estás. Por eso, la curación de Bartimeo es más que la historia de un ciego. Puede ser la historia de todos nosotros, hombres y mujeres. Es la historia del camino de la FE, de los que queremos ver y seguirte.

Otro detalle. ¿Qué hizo el ciego? Ante todo, estar atento a tu paso. Tomar conciencia de su situación, y decidir salir de ella. Que es lo mismo que superar el miedo, la vergüenza, y comenzar a gritar, y pedir ayuda. No se desanimó ante las contrariedades. Buscaba la luz y la encontró. Arrojó lejos el manto con que se cubría, y en el que recogía las limosnas.

Y todavía hay que añadir: ¿Con qué personas se encontró? Las primeras, aquellas que le impiden llegar a ti. Gritaba, molestaba. Sólo que, su grito era un grito de fe y esperanza. Curiosamente, de estas mismas personas haces cómplices de tu llamada. "Llamadlo". Y hasta cambian su hostilidad en gesto amable: *"Ánimo, levántate, que te llama..."* (Mc 10,49).

***

Pues, Jesús, tras haber recordado a Bartimeo, pidiendo limosna a la orilla del camino, vale decir, a la intemperie, entremos en la Tienda del Señor, esa Carpa universal donde todos cabemos. Me refiero al Cielo. Al mismo donde todos anhelamos entrar un día, y para siempre. Lo hacemos a manos del *Salmo 15*.

No entraremos como huéspedes. Entraremos como hijos de Dios, que es Padre de todos. El salmista pregunta: *"Señor, ¿quién pude hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?"* (Sal 15,1). Y la respuesta llega a renglón seguido: *"El que procede honradamente y practica la justicia"* (Sal 15,2).

La Salvación es obra de tu amor. Pero al mismo tiempo nos pides que llevemos una vida honrada, que tengamos *"intenciones leales, que no calumniemos con la lengua, que no hagamos mal al prójimo"* (Sal 15,3). Lo que nos pide el Padre es algo totalmente razonable, algo que se cae de su peso.

Los ángeles y arcángeles, todos los coros celestiales, adoran a Dios en el cielo. También nosotros, en la tierra, hemos de adorar contigo al Padre. Todos tenemos sed de lo infinito. Necesitamos encontrarnos, día a día, primero contigo, Jesús, y por tu medio, con el Padre. Y adorarlo, orando desde el templo íntimo de nuestro corazón.

Y bien, Jesús, hablando del templo que somos cada uno, hay también otros templos, construidos por nosotros. Cierto. Son lugares de encuentro. De oración. De adoración.

A los templos acudimos desde todas las religiones. Desde el amanecer. Al llegar el mediodía. Al llegar la tarde y la noche. Los templos materiales son también lugar de encuentro con tu infinita santidad. En ellos rezamos, en ellos pedimos perdón. Y si hay que llorar, se llora. Se llora sobre todo de alegría. Nos sabemos amados. Nos sabemos perdonados. Al templo llevamos, como un ramillete de flores frescas, la ofrenda de nuestro corazón.

Jesús, hoy quiero presentarte, como si fuera un manojo de espigas, los anhelos propios, y de tantas personas, que deambulan por la vida. Cada quien tiene sus cuitas y problemas, sus alegrías y esperanzas. Y así, lo mismo que en el firmamento parpadean de luz agradecida las estrellas, también en la tierra parpadean las pequeñas luces de nuestras plegarias.

¿Quiénes son los que entran en tu templo y son acogidos por ti, Dios mío? *"El que tiene intenciones leales, y no calumnia con su lengua, el que no hace mal a su prójimo ni difama al vecino"* (Sal 15,2-3). No nos cierres, Jesús, las puertas del Templo de tu corazón.

Y, finalmente, que no olvidemos que para llegar a ti contamos también con la mediación de los demás. Como Bartimeo.

DESDE EL SALMO 16

EL SENDERO DE LA VIDA

Jesús, estabas enseñando en el templo. Y, como siempre, los escribas y fariseos andaban fiscalizándolo todo. Te tenían ganas. Como siempre, buscaban pretextos para acusarte. ¿De qué? De lo que fuera. Te tenían manía. Y en esto, con gran estrépito, se te acercan trayendo a una pobre mujer sorprendida en el pecado de adulterio. Sorprendida. Pillada. No era *sospechosa* de adulterio, no, sino que *la pescaron in fraganti*. A ella sí, ¿y al adúltero no? Para que haya adulterio hacen falta dos. Entonces, ¿por qué no trajeron también al cómplice? ¿Logró escapar? Tal vez. ¿O no sería más bien porque en una sociedad hipócrita y machista, el fiel de la balanza se inclinaba siempre del mismo lado?

Te argumentaron: *"Según la ley de Moisés tales personas deben ser apedreadas. Y tú, ¿qué dices?"*. (Jn 8,5). Debieron quedar un tanto desconcertados cuando les viniste a dar a entender que, puesto que Moisés lo dice, pues que por ti no había inconveniente en apedrearla. ¡Vamos!, que estabas de acuerdo con Moisés… ¡Qué sorpresa se llevaron! ¡Qué extraño…! No se lo esperaban. ¿No es éste el que anda siempre defendiendo las causas perdidas?, debieron pensar. Esperaban, sin duda, que te opondrías rotundamente al apedreamiento. Que suponía al mismo tiempo oponerse a Moisés. Con lo cual, estabas contra la ley. Cometías delito. Y podían llevarte a juicio de inmediato. Pero se equivocaron, los muy pardillos.

Resulta que, ¿tú también "estabas de acuerdo"? ¡Vaya por Dios! No se lo esperaban. Pero es, precisamente en este momento, cuando tomas la sartén por el mango. Dándoles tiempo a que desembuchen todo el rollo que traen sobre la ley, te pones a hacer no sé qué garabatos en el suelo. No salen de su asombro. En esto, te levantas y les sueltas a bocajarro: *El saque de honor*, es decir, *"la primera piedra"*, va a lanzarla aquel de vosotros que esté sin pecado. ¡¿Qué…?! Los pillaste tan desprevenidos que se quedaron sin habla. Les salió el tiro por la culata, como se dice vulgarmente. *"El que esté sin pecado, que tire la primera piedra"* (Jn 8,7). Ahí terminó el sainete. Comenzando por los más viejos, se fueron todos. No quedó ni el apuntador.

Te habían puesto en una situación embarazosa. Así debieron pensar. *"Maestro, ¿qué vamos a hacer de esta mujer, perdonarla o apedrearla, como manda nuestra ley?"* ¡La ley…! La ley inmisericorde, la única que ellos saben aplicar.

Escribas y fariseos, de ayer y de hoy, buscaban una oportunidad para probar tu fidelidad, o no, a las exigencias de la Ley. Salieron trasquilados. Pero para ti, Jesús, fue una excelente oportunidad para revelar la actitud de Dios frente al pecado y frente al pecador. No podías aceptar una ley que

engendra muerte en nombre de Dios, a saber, de qué dios. Desde luego, del verdadero, no. Porque resulta que *"Dios no es Dios de muertos sino de vivos"* (Mc 12,27). Y les lanzaste un dardo muy acerado: *"El que esté sin pecado, que tire la primera piedra"* (Jn 8,7).

Jesús, la lección fue para ellos, y también para nosotros. Cuántas veces nos contentamos con ser *cumplidores* fríos de la ley, olvidándonos de que las leyes están al servicio del hombre, y no al revés. Y que el pecador, por pecador que sea, sigue siendo hijo de Dios, amado de Dios, y sujeto de salvación. A la mujer le dijiste: *"Mujer, ¿dónde están tus acusadores?, ¿ninguno te ha condenado? Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más..."* (Jn 8,11). De este modo, abriste para ella un camino nuevo de libertad y de salvación.

En el Sacramento de la *Reconciliación,* continúas diciéndonos: *"Tus pecados quedan perdonados. Vete en paz y no peques más..."*. No peques más. Porque el pecado ofende a Dios, ofende a la comunidad y ofende a la propia dignidad personal.

Dios no cambia, sigue siendo el mismo, el Dios misericordioso; no el Dios justiciero, o vengativo, como a veces lo presenta el Antiguo Testamento, sino el Dios Padre que tú, Jesús, nos has mostrado. Dios es Amor.

Así que, entonces, como hoy, nadie podemos hacer *el saque de honor,* lanzando la primera piedra. Bueno, ni la primera ni la última. Todos somos pecadores, por eso, Jesús, sigues invitándonos a que cambiemos. Estamos urgidos de conversión, porque también hoy la intransigencia, la violencia, la hipocresía, está hablando más fuerte que el amor. Se mata, se oprime, se esclaviza en nombre de Dios, ¿de qué dios?, con minúscula. Del verdadero, no.

***

De esta manera, abrimos ahora el *Salmo 16*. Es un salmo, Jesús, que nos habla de que no hay nadie superior a Dios: *"Señor, tú eres mi bien, no hay nada superior a ti"* (Sal 16,2). Dios es la herencia de sus amigos. El hombre es consciente de haber sido creado por Dios, y dice: *"Tú eres mi Dios"* (Sal 16,2).

Jesús, ¿Cómo no creer en Dios? ¿Cómo no adorar a Dios en el trono excelso de su infinita majestad? *"No hay bien para mí fuera de ti"* (Sal 16,2).

Por eso, desde tu regazo amoroso invoco al Padre: ¡Dios amado de mi vida, deja que traiga hoy a tu presencia todo el gozo y la alegría que quepa en mi corazón! Tú creaste el mundo e inventaste los días, troceándolos en horas, sin más reloj que el sol y la luna. Hiciste surgir la noche para dar tregua al descanso. Todo lo hiciste bien. Acepta mi oración agradecida, que quiere

ser acción de gracias, por tu preciosa Creación, y por cuanta gente buena puebla la tierra. Porque *"para mí no hay bien fuera de ti"* (Sal 16,2).

Acción de gracias también, Jesús, por *"los santos que hay en la tierra, varones insignes*, (y mujeres) *donde pones tu complacencia"* (Sal 163). Esos santos anónimos, *de andar por casa*, como nos viene a decir el papa Francisco en la Exhortación apostólica "*Gaudete et exsultate"*.

En cambio, *"se multiplican las desgracias de quienes van tras dioses extraños"* (Sal 16,4). Lo cual significa que es necesario volver al buen camino, el camino del bien. Sólo *"el Señor es el lote de mi heredad y mi copa"* (Sal 16,5). Es la Copa para brindar por el regreso de cuantos un día estuvimos alejados de Dios. O hemos sido sorprendidos en *flagrante adulterio*, como aquella pobre mujer. Pero, de pronto, hemos tenido la suerte de encontrarnos contigo, Jesús, para librarnos de la primera y de la última piedra.

Somos los más afortunados, al poder decir con el salmista: *"Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad"* (Sal 16,6). Que podamos seguir por siempre bendiciendo tu Nombre, Dios mío. *"Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente"* (Sal 16,7).

¿Cómo no estar, pues, agradecidos? Con el salmista, también yo quiero gritar a los cuatro puntos cardinales: *"Me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha"* (Sal 16,11). ¡Cómo no estar agradecidos, reitero, si eres tú quien nos ha enseñado el sendero de la vida que lleva a ti! *"Me enseñarás el sendero de la vida".* Sal 16,11).

DESDE EL SALMO 17

INVOCACIÓN A DIOS

Jesús, ¡mira que somos! ¡Ay, cómo somos la gente! Ya ves, un día se pusieron a comparar y confrontar el perfil de dos personajes de moda. Uno de esos personajes era Juan el Bautista. El otro eras tú. Al parecer, bien diferentes uno de otro. Juan, austero, penitente, serio. Tú, en cambio, cercano a todos, de trato social agradable, atractivo, campechano, alternabas con todos, aceptabas las invitaciones a comer, sin importarte quién o cómo fuera el que te invitaba.

En definitiva, perfiles diferentes. Y la conclusión al canto: por penitente, Juan estaba endemoniado. Y tú, por comer y beber con la gente, eras un glotón y un borracho. ¡Vaya por Dios! Nunca llueve a gusto de nadie.

Pero cómo te iban a entender… La gente estaba acostumbrada a sus rezos, a su rutina religiosa, hoy diríamos a su "misa diaria", sin importar todo lo demás. Tú, en cambio, querías menos religión y más humanidad. Querías menos rezos, y más Dios en el corazón de cada persona. Quería una humanidad más humana.

Tu predicación fue siempre en la línea de que la gente entendiera que Dios es un Padre y no un tirano. Que la religión no puede esclavizar a nadie con leyes, preceptos, ayunos y masoquismos. Que lo que Dios quiere es gente feliz. Que el ayuno debe hacerse desde la gratitud y no desde el miedo. Que Dios viene a salvar, no a condenar.

¿Por qué, Jesús, somos tan masoquistas? Lo había dicho Dios por medio del profeta Isaías: *"Harto estoy de holocaustos de carneros, y de sebo de ganado cebado; y la sangre de novillos, corderos y machos cabríos no me complace"* (Is 1,11). Y Samuel alertaba: *"¿Se complace el Señor tanto en holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la voz del Señor? He aquí, obedecer es mejor que un sacrificio, y prestar atención, mejor que la grosura de los carneros"* (1Sam 15,22).

Siendo Dios Amor, nuestra relación con Él ha de ser de amor. Esa es la verdadera religión. Pero donde el punto de unión con Dios es a través del miedo, ahí es donde todo chirría. El ayuno, las penitencias, o la misma oración, hechos desde el miedo no puede unir con Dios. Porque el Dios del miedo no existe. Existe el Dios del Amor, el Dios-Padre, del que tú, Jesús, nos has hablado con tanto cariño. Aunque me temo que aún no hemos asumido tu doctrina. Siendo tan diáfano el Evangelio, lo hemos embarullado con leyes, preceptos y normas que no nos distinguen, muchas veces, del Antiguo Testamento.

Por eso, Jesús, fuiste tan explícito: *"A vino nuevo odres nuevos"* (Mc 2,22). Y lo nuevo es la alegría, el gozo, la esperanza, porque nos has abierto

el camino del encuentro con Dios y con los hermanos en una humanidad unida por la tolerancia, la comprensión, el amor. Nos quieres felices. De ahí que, en tu lenguaje entendible para todos, emplearas tantas veces el símil del banquete. Un banquete es motivo de unión, de alegría, de confraternización. Y así, comparaste el Reino de los Cielos con un banquete de bodas.

***

Pues bien, tomemos ahora el *Salmo 17*. Pero, antes de nada, Jesús, deja que te diga lo siguiente. Sé que hacer oración es mirarse en los ojos de Dios. Es el mejor espejo donde nos vemos tal como somos. Pues bien, cuando me miro en los ojos de Dios, siento que la atávica esencia de mi ser funde mi silencio en su palabra. *"Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño"* (Sal 17,1). Mi ser está esculpido en el barro. ¿No es en el barro donde se han esculpido bellísimas obras de arte? Yo soy barro. Barro trabajado y moldeado en las manos del Divino Alfarero. Me sé, pues, obra de Dios, acariciada por sus manos. Mas, cuántas veces me he quebrado. ¿Es verdad, Jesús, que en mis labios no hay falsedad, como dice el salmista? En los míos, sí la hay. Muchas veces no han dicho la palabra justa. O han callado cuando debían hablar. Y al revés. Diré, en consecuencia: *"Emane de ti la sentencia"* (Sal 17,2). Que su sentencia me sea favorable. Mis fallos han sido producto de mi ser de barro.

Pero de este modo, he Comprendido que la fe, aun con su tupido velo, jamás podrá ocultar el don sagrado de la libertad. Me hiciste libre, Dios mío. Podía optar por el bien o por el mal. Podía equivocarme. Y muchas veces me equivoqué. Pero comprendo también lo importante que es aprender día a día a amar y querer. Por eso, *"Muestra las maravillas de tu misericordia"* (Sal 17,7). Y su misericordia se apiadó de mí.

No tengo complejo alguno, Jesús, de posar mis ojos de niño en los ojos del Padre. Por eso, porque es Padre, y me ama. Sus ojos reflejaron, siempre, la real pequeñez de mi ser, pero me animan a seguir caminando hasta poder florecer en el jardín de su amor eterno. En ese jardín de amor deseo que mi ser florezca como una flor más. Deseo también aprender a hablar el prístino lenguaje de la libertad. Y a decir contigo, Jesús: *¡Abbá!, ¡Padre!,* con todo el cariño de un hijo. *"A la sombra de tus alas escóndeme"* (Sal 17,8). Y que, finalmente, quede anclado para siempre en su regazo de Padre.

Hay otra cuestión, Jesús. Me refiero a mi propia libertad. Pienso a veces que la libertad no deja de ser una trampa. ¿Por qué? Porque, por ser libertad, presenta dos caminos. El camino limpio de quienes se dejan sondear por Dios. *"Aunque sondees mi corazón, visitándolo de noche, no encontrarás malicia en mí"* (Sal 17,3). No hay opción al mal mientras uno está con Dios. Pero, el mal está en tomar el camino equivocado. *"Me hacen*

guiños para derribarme" (Sal 17,11). Y puede uno tomar el camino equivocado. He ahí el dilema. He ahí la libertad. Ofrece dos caminos. No obstante: Nadie podrá derribarme, nadie podrá hundirme, mientras permanezca en Dios.

Además, Jesús, tú vienes siempre en mi ayuda. *"Levántate, Dios mío, hazle frente, doblégalo; que tu mano me libre de los malvados"* (Sal 17,13). Siempre vienes en mi ayuda. Cuantas veces me he sentido perseguido y he acudido a ti, he encontrado tu ayuda. Y en ti he encontrado el rostro lleno de ternura del Padre. *"Al despertad me saciaré de tu semblante"* (Sal 17,15). De este modo, mi barro sigue floreciendo en sus manos como una obra de arte. Por eso, ¡Gracias, Dios mío!

Jesús, que sepamos echar el vino nuevo en odres nuevos, y que todos tengamos parte en ese banquete eterno de bodas donde el Novio eres tú y nuestro barro se transforma en luz de eternidad.

DESDE EL SALMO 18

CONFIAR EN DIOS

Jesús, nos lo cuenta san Marcos: "*Dijo Jesús: "Éfeta", "¡Ábrete! Se abrieron sus oídos y, al instante, se soltó la atadura de su lengua y hablaba correctamente"* (Mc 7,34-35). Me pregunto: ¿Qué es hablar correctamente? Sé que no se trataba de hablar con corrección en razón del grado de cultura, educación, ambiente, etc. Era que podía hablar sin dificultad, sin problemas. Hablar y oír. Quiero responderme a mí mismo: Hablar correctamente, en este caso, es comunicarse.

El don del habla es una maravilla. Articular palabras para comunicarse. Pero la palabra, esa *vox ad libitum*, como nos decían en el colegio, va mucho más allá de unos simples sonidos conscientemente articulados para hacernos entender. La palabra traspasa fronteras, razas, culturas, religiones, para llegar al corazón mismo del ser humano, el cual necesita estar en constante comunicación. Quien se aísla y no se comunica con nadie pronto verá alterado su psiquismo. La comunicación es un modo de salir de la soledad, del aislamiento. Hemos nacido para estar interrelacionados. De ese modo, la palabra es bendición. Es solidaridad. Es un puente.

Con esto, Jesús, quiero decir que, siendo tú el Verbo eterno, te hiciste Palabra, comunicación. Palabra en el tiempo y para el tiempo. Palabra para arrancarnos de nuestra soledad y aislamiento. Para sacarnos de nosotros mismos y elevarnos hasta Dios. Palabra que interrelaciona toda la Creación.

Por otro lado, la palabra, siendo comunicación, nos lleva al diálogo. A la empatía de todos con todos. La palabra rompe barreras. Sin embargo, Jesús, qué difícil es a veces la comunicación. Y no me refiero tanto a la personal. Me refiero a que uno de los puntos candentes y urgentes en cuestión de comunicación señala a las mismas religiones. Las religiones, todas, están urgidas de más y mejor intercomunicación. No es posible que, pretendiendo hablar, o comunicarnos con Dios, nos olvidemos del hombre, varón o mujer. O que, peor aún, que en razón de las diferentes religiones rechacemos al hombre, en cuyo caso no podemos fichar por ninguna religión. Porque si rechazamos al hombre estamos rechazando a Dios. En tal situación no podemos pretender ser gente religiosa. El fanatismo religioso mata la comunicación y degrada a la religión, sea cual sea. Además, el fanatismo engendra violencia, y si ésta es de índole religiosa, se convierte en la peor blasfemia. La violencia rompe la comunicación. Rompe la palabra.

Por eso, y por mucho más, Jesús, te pido que nuestra palabra, vehículo maravilloso de comunicación, la empleemos para anunciar tu Evangelio, que transmite bondad, paz, amistad, respeto. Que empleemos la palabra para

cantar alabanzas en tu honor. Y para resaltar los valores que cada persona posee. Abre, Jesús, nuestros labios. Y que nuestra boca proclame la gloria de Dios.

Jesús, que toda persona encuentre en nuestra palabra aliento, fortaleza, ánimo, comprensión, acogida, cariño y amor. Que aprendamos a hablar correctamente el lenguaje de una verdadera fraternidad a partir de tu Evangelio.

***

Jesús, cuando el niño comienza a dar sus primeros pasos, lo hace con confianza. Sabe que sus padres están pendientes de él para que caiga. Lo mismo sucede cuando comienza a hablar. Siente el estímulo de sus padres. La confianza es elemental. Es necesaria.

Pues ya ves, el *Salmo 18* nos habla también de confianza. Confianza en Dios. Sí, porque hay peligros por tierra y por mar. Peligros por todas partes. El salmista mira a su alrededor y se aterra. Recuerda: *"Me cercaban olas mortales, torrentes destructores me aterraban, me envolvían las redes del abismo"* (Sal 18,5). Un panorama desolador.

Sin embargo, y por encima de tanta tempestad, acude a Dios: *"Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza; Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador"* (Sal 18,2). El amor supera el miedo, desplaza al miedo. Sí, Jesús, yo te amo. Que en el peligro mi grito sea un grito, ante todo, de amor. Yo te amo, mi Dios y Señor.

Así, desde el amor, es cómo en el cielo resuenan cantos de triunfo. Cielo y tierra se unen en una perpetua alabanza a Dios. Una alabanza que sube desde este valle de abrojos, desde este mar embravecido. *"En el peligro invoqué al Señor, grité a mi Dios; desde su templo él escuchó mi voz y mi grito llegó a sus oídos"* (Sal 18,7).

Jesús, tú siempre escuchas el grito de auxilio de tus hijos. Ya puede temblar y retemblar la tierra, y hundirse los abismos. Tú estás con nosotros. *"Desde el cielo alargó la mano y me agarró, me sacó de las aguas caudalosas, me libró de un enemigo poderoso, de adversarios más fuertes que yo"* (Sal 18,17). Cuidas de todos los hijos de Dios. Pero en especial, de quien se esfuerza por seguir tu camino y guardar tus mandamientos. De quien trata de no caer en la mediocridad. *"El Señor retribuyó mi justicia, la pureza de mis manos, porque seguí los caminos del Señor y no me rebelé contra mi Dios"* (Sal 18,21). De quien tiene en su corazón y en sus labios palabras de bendición.

No es nuestra fragilidad lo que ofende a Dios, sino nuestra soberbia, que nos lleva a ser contumaces en el pecado. Por eso, el salmista reconoce: *"Salvas al pueblo afligido y humillas los ojos soberbios"* (Sal 18,28). Con el salmista, también yo te digo: *"Señor, tú eres mi lámpara; Dios mío, tú*

alumbras mis tinieblas" (Sal 18,29). Y con el salmista, añadiré también: *"Viva el Señor, bendita sea mi Roca, sea ensalzado mi Dios y Salvador"* (Sal 18,47).

Por todo eso, y mucho más, Jesús, yo te amo, y *"te daré gracias entre las naciones, y tañeré en honor de tu nombre"* Sal 18,50).

DESDE EL SALMO 19

ALABANZA DE LA CREACIÓN A DIOS

Jesús, tu alegría fue, además de hacer la voluntad del Padre, ser transmisor del amor que el Padre nos tiene: *"Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor… Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud"* (Jn 15,9.11).

Nos has trasmitido fielmente su voluntad. Y la voluntad del Padre es que nos amemos, bajo la fuerza del Espíritu Santo. Tú, con el Padre y el Espíritu Santo, sois una maravillosa unidad en el Amor. Y fiel a la misión encomendada por el Padre nos has amado hasta dar la vida por nosotros. Amarnos ha sido tu gozo y alegría.

El amor produce alegría. Y la alegría es contagiosa. La gente te veía alegre, y se contagiaba de tu alegría. Se te acercaba. Y en ti encontraban una paz que en nadie más podían encontrar. Contigo se sentían felices. Todos se sentían felices.

Mira, Jesús, todos aspiramos a ser felices. Sólo que a veces olvidamos que la felicidad no consiste esto o aquello, sino en amar. Cuántas veces nos falta amor. No sabemos amar. Unas veces porque parcializamos el amor. Otras porque lo desenfocamos. Es lo mismo que sucede con las fotografías. Una fotografía desenfocada no sirve. Un amor desenfocado, tampoco.

Nos dijiste que tú y el Padre sois lo mismo. Por eso estás lleno de amor. Porque Dios es amor. Es la causa y raíz de tu felicidad. Pero también el no haberte guardado para ti solo esa felicidad. Hiciste felices a los demás. A cuantos te rodeaban. Y si les diste de comer, o les devolviste la vista, el oído, la salud en general, y hasta la misma vida, lo hiciste para fueran felices. Te complacías en ver a la gente feliz. Y reías y jugabas con los niños por lo mismo. A tu lado se sentían contentos, confiados. Tanto que una vez tuviste que llamar la atención a los apóstoles, para que no impidieran que los niños se te acercaran. A los niños les gusta jugar. Ya sabes, los niños juegan a todas horas. Bien te conocían, y te buscaban para que jugaras con ellos. Te lo pasabas en grande con ellos, viéndolos felices. Hasta nos diste un toque de atención a los mayores, diciendo que teníamos que ser como los niños.

Es curioso, Jesús. Vamos a la farmacia y encontramos recetas para innumerables enfermedades. Claro, unas se curan, otras no. En los supermercados encontramos de todo. Pero nunca hemos encontrado en las estanterías de las grandes superficies un producto llamado amor. Ni en las farmacias una medicina llamada felicidad. Amor y felicidad no son productos derivados del petróleo, tampoco se cultivan en tierra, al estilo de cualquier hortaliza. El amor nace del corazón. Y si es amor verdadero, nace

de un corazón unido a Dios. El amor viene de Dios. Y la alegría es producto del amor. Alegría y amor se transmiten por contagio. Toda persona buena nos ayuda a acercarnos a Dios.

Con qué razón nos dijiste que quienes estuviéramos *"cansados y agobiados"* (Mt 11,28), nos acercáramos a ti. Bien sabías cuales son nuestras carencias. Bien sabías la necesidad que todos tenemos de amor. Y nos enseñaste dónde encontrarlo.

Me pregunto, ¿por qué hay tanta tristeza, a veces, hasta en nuestras celebraciones religiosas, tanto hieratismo? Eso empobrece el Evangelio. Nos dijiste: *"Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a su plenitud"* (Jn 15,11). Pero la alegría, no solamente no ha llegado a plenitud, es que, a veces no llega ni a la mitad.

Por eso, Jesús, hoy te ruego que nos ayudes a arreglar nuestras rupturas, nuestras deformaciones del Evangelio, y que volvamos a la alegría del Evangelio, que tú nos predicaste.

***

Ya ves, Jesús. Tú nos hablas de alegría, y el *Salmo 19* nos dice algo tan bonito como esto: *"El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos"* (Sal 19,2). Qué palabras más hermosas. Una alabanza magnífica, emocionada, a inter-cósmica e infinita Creación de Dios. Por consiguiente, una profunda acción de gracias al Creador.

Cuando miro a los cuatro puntos cardinales, al mismo tiempo que quedo anonadado ante tanta belleza, me siento insignificante ante tanta e inconmensurable grandeza. Y siento necesidad de expresar mi gratitud infinita ante tanta magnificencia. Pero no encuentro palabras. Todo me supera. Diré, pues, con el salmo: *"Que te agraden las palabras de mi boca, y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón, Señor, roca mía, Redentor mío"* (Sal 19,15).

Me hubiera gustado escribir, y condensar, en un poema la biografía cósmica del tiempo para guardarla en el bajel de mis recuerdos y vivencias, ese bajel fondeado en el río breve de la vida, pero no encuentro palabras adecuadas. No obstante, me imagino, eso sí, los días y las noches, los años, los siglos y siglos de la existencia, acampados al relente de los siglos. *"A toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje"* (Sal 19,5). Y desde mi pequeñez, intento leer los jeroglíficos que la lluvia deja en la palma abierta de la mano. Me imagino estar escribiendo la primera letra miniada que inicie un libro donde guardar los recuerdos ignotos de mi vida. Pero, se me paraliza la mano y la mente. No sé escribir. Todo me sobrepasa. Sólo acierto a decirte: ¡Dios mío, ¡gracias!, ¡qué grande eres!

Todo lo que Dios ha creado *"es más precioso que el oro, más que el oro fino; más dulces que la miel de un panal que destila"* (Sal 19,11). Es

como ver descender la luz inteligente, emergida de la nada, sobre mis manos de barro, hasta formarse un revuelo alborotado de libertad. Pues, desde esa mi libertad, quiero seguir dándote gracias *"por el firmamento que pregona la obra de tus manos"* (Sal 19,2). *"Por el día que al día le pasa tu mensaje, y por la noche que a la noche se lo susurra"* (Sal 19,3).

Sólo te pido, Jesús, que *"preserves a tu siervo de la arrogancia"* (Sal 19,14). Que pueda adorar contigo al Padre eternamente en compañía de tus santos y santas. Y de las miríadas de ángeles que adoran a la Divina Majestad. "Q*ue llegue a tu presencia el meditar de mi corazón"* (Sal 19,15). Gracias, Jesús.

DESDE EL SALMO 20

SÚPLICA PARA TRIUNFAR

Jesús, hay una cosa que me intriga. Miro a un lado y a otro, repaso la historia, me adentro en la sociología, veo a la gente y, por último, me veo a mí mismo. Y llego siempre a la misma conclusión: la gente es religiosa por naturaleza. Así, por naturaleza. Es decir, la cuestión religiosa la tenemos configurada genéticamente. Con lo cual, me pregunto: El fenómeno religioso ¿parte de la fe en Dios, imagínese cada quien a Dios como se lo imagine, o es una cuestión de mimético comportamiento ritual? ¿No será que el hombre ha centrado su fe más en ritos sacros que en Dios? Con lo cual, la religión, dicho en el argot popular, sería una cuestión "de tejas para abajo".

Sólo así cabe en la cabeza, a mi humilde entender, el fenómeno, por desgracia tan de moda actualmente, del fanatismo religioso, llevado hasta el extremo del terrorismo. Fanatismo convertido en terrorismo es, a todas luces, criminal. Tanto a nivel sociológico, político, como religioso.

¿En nombre de qué Dios, cualquiera sea el nombre que le demos, Alá, Jehová, etc., puede el hombre disponer de la vida de sus semejantes? Y, para colmo, de modo criminal. A parte que ningún nombre le cuadra a Dios. Dios no tiene nombre, está por encima de todo nombre y de toda religión. *"Soy el que soy",* nos dice en el *Éxodo* (Ex 3,14).

La palabra *"Dios"* es una palabra convencional para dirigirnos, con respeto, adoración y amor, a quien está por encima de todo nombre. A quien es una realidad, que está por encima de toda otra realidad.

Has sido tú, Jesús, quien nos ha revelado y dado a conocer a Dios como Padre. Y como Padre, es un Padre que nos ama a todos por igual.

El fanatismo religioso corresponde a actitudes, también religiosas, de índole ritual que nada tienen que ver con la esencia religiosa y sagrada de cualquier religión. Los comportamientos religiosos y personales que no acercan a Dios no corresponden a ninguna religión.

De otro lado, Jesús, hay que resaltar que Dios es el Dios de la Vida. Cuántas observancias de tipo ritual existen que sirven sin duda para tranquilizar la conciencia, o para llenar el vacío de la misma, pensando que *cumplimos* con Dios. Cierto que el ser humano necesita llenar el vacío que a veces siente por dentro. Pero su relación con Dios no puede quedarse en ritos. Es cuestión de amor.

Jesús, al humanizarte, de algún modo nos has divinizado a nosotros. Has venido al mundo *"para que todo aquel que cree en Dios no se pierda, sino que tenga vida eterna"* (Jn 3,16). Dios se hizo Hombre en ti porque ama al mundo. En consecuencia, nuestra relación con Dios necesariamente tiene

que ser una relación de amor. No son los ritos religiosos los que nos salvan, sino sólo tú, Jesús.

***

Una relación de amor, y que tengamos vida eterna. Es el triunfo del amor. De tu amor por nosotros, Jesús. Precisamente, el *Salmo 20* es un salmo de súplica. Y se entiende muy bien partiendo de algo tan sencillo como esto: Las naciones, al igual que tantísimas cosas, necesitan de una estructura, de un andamiaje, o columna vertebral, sobre la que sostenerse. Esa estructura llamémosla autoridad. La sociedad para poder organizarse bien, necesita de la autoridad. De este modo, se construye un orden en bien de todos. Un orden necesario a todas luces. Al frente de ese orden están, pues, las autoridades, o gobernantes. Su función es altamente importante. Para que todo marche bien, debemos velar unos por otros. Y orar. Esto es fundamental. Y así poder decir con el salmista: *"Que te escuche el Señor el día del peligro, que te sostenga el nombre del Dios de Jacob"* (Sal 20,2).

Ahora bien, cabe distinguir, no obstante, entre *gobernantes*, en término general, y *las personas que gobiernan*, en térmico particular. Porque puede haber gobernantes que, incumpliendo su obligación de gobernar, se aprovechen del cargo para lucrarse. Pero están los que sí gobiernan. Los que están al pie del cañón. Los que están al servicio de los demás. Que eso es gobernar, estar al servicio de los demás. Por quienes así lo hacen, con el salmo decimos: *"Que el Señor te conceda todo lo que pides"* (Sal 20,6). *"Es el Señor el que da la victoria a su Ungido"* (Sal 20,7).

Dicho esto, y mirando hacia dentro de mí mismo, debo preguntarme: Y yo, ¿cómo gobierno mi vida? ¿Cumplo con responsabilidad la obligación de gobernar mi propia vida? ¿O es mi vida un barbecho improductivo? El salmo advierte: *"Unos confían en sus carros, otros en su caballería"* (Sal 20,8). Y yo, ¿en quién confío? ¿Puedo decir con la gente de bien, *"nosotros invocamos el nombre del Señor"?* (Sal 20,8).

Jesús, que me conoces, ponme en tus manos y déjame asumir mi propia responsabilidad para poner en orden mi vida. Necesito saldar bien las cuentas, antes que la orfandad inapelable de la edad me incapacite. Que yo también pueda gritar agradecido, si he gobernado bien mi vida, el grito eterno de la vida, que se eleva más allá del espacio inconsútil del cosmos donde tú, junto al Padre estarás esperándome. *"Señor, da la victoria al rey y escúchanos cuando te invocamos"* (Sal 20,10).

DESDE EL SALMO 21

ALEGRÍA DEL TRIUNFO

Jesús, fuiste muy valiente. Te lanzaste a proclamar el Evangelio comenzando por Galilea, tierra difícil, tierra contestataria. Muchos se rebelaban contra el proceder de las autoridades que, por muy legítimas que fueran, no dejaban de ser despóticas. Herodes era un peligro para quien levantara la voz. La religión oficial, aunada con el poder político, se convertía en opresora. Difícil situación. Y comienzas con un rotundo: *"Convertíos"* (Mc 1,12). ¿Razón? *"Porque se acerca el reino de Dios"* (Mt 4,17).

La conversión era una invitación extendida a todos. Desde el primero, al último. Desde el rey, hasta el último ciudadano. Desde los entendidos, a los más humildes. Es que, todos necesitamos convertirnos.

Convertirse es dar la vuelta. Volver atrás. Regresar, porque hemos equivocado el camino. Cuando nos salimos del camino de Dios vamos mal. Resulta que Dios quiere una cosa y nosotros nos empeñamos en hacer la contraria. De la liberación hacemos opresión. De la religión, que debería ser lugar de alabanza y encuentro con Dios, hacemos una amalgama de ritos y liturgias, cuando no, exhibicionismo.

De modo que, Jesús, a todos pediste conversión. A unos, por manipuladores. A otros, para que no se dejaran manipular. En fin, a todos, nos sigues pidiendo conversión, cambio. Desde la cima del mismo Vaticano, a la más humilde parroquia.

Cuando en cierta ocasión, al comienzo mismo de tu labor misionera, algunos quisieron saber de tu vida, tú, Jesús, les respondiste directamente: *"Venid y lo veréis"* (Jn 1,39). Fue como decirles, que no os lo cuenten otros, sed vosotros mismos testigos directos de mi modo de vivir y actuar. Realizad vosotros mismos la experiencia personal de actuar como actúo yo. Entonces podréis decir si vale la pena, o no, orientar la vida tal como yo os indico.

Bien sabemos que el paso a la conversión, es audaz, difícil, nada cómodo, pero decisivo. Entiendo, Jesús, que necesitamos retomar las líneas maestras del cristianismo. Nos hemos masificado. Los comienzos tienen siempre la fuerza apasionante de la novedad, de la mística inicial. Hasta estar dispuestos a dar la vida por la causa. De hecho, miles de cristianos dieron su vida por seguirte, por ser fieles a tu Evangelio liberador. Pero su sangre fue *"semilla de nuevos cristianos"*. Y también hoy sigue habiendo mártires cristianos. Seguidores tuyos. Testigos de tu Evangelio.

Hoy nos encontramos también con un problema serio. Muchos se llaman cristianos, pero no te siguen. ¿Por qué? Porque no te conocen. Ha faltado evangelización. Ha faltado catequesis. No han experimentado un

verdadero contacto contigo. No saben cómo viviste, cuáles eran tus proyectos. No han experimentado el gozo de la Resurrección.

Cuánta gente hay, sin duda de buena fe, pero necesitada del pan de la Palabra, que no te sigue. Si acaso, siguen a predicadores de turno, a telepredicadores arribistas. A falsos pastores, en definitiva, que engordan a costa de las ovejas. *"Asalariados, como bien claro lo dijiste, a los que no les importan las ovejas"* (Jn 10,13).

Lo tuyo, Jesús, fue anunciar el Reino de Dios, lo primero, con el testimonio de los hechos: *"Curando las enfermedades y dolencias del pueblo"* (Mt 4,23). No viniste a fundar o inculcarnos una religión sino enseñarnos que Dios es un Dios profundamente humano, y que se preocupa por sus hijos, porque los ama.

***

Jesús, todo triunfo es motivo de regocijo. Los éxitos que los judíos cosechaban en las guerras, se los atribuían a Dios. En las batallas, unos ganan y otros son derrotados. El salmista dice en el *Salmo 21*: *"Señor, el rey se alegra por tu fuerza, ¡y cuánto goza con tu victoria!"* (Sal 21,2). Invocaban a Dios. Él los sostenía. El triunfo de ellos era de Dios. Y se alegraban. Hay que saber ser agradecidos. Y hay que confiar en Dios. *"El rey confía en el Señor, y con la gracia del Altísimo no fracasará"* (Sal 21,8).

Es verdad que los instintos thanáticos del ser humano, por un lado, y el afán de riqueza por otro, crea las despiadadas e inhumanas guerras que asolan a la humanidad constantemente. Cuando no es un país, es otro. U otros, en plural, que están en guerra. Por desgracia, hoy no se lucha con lanzas y espadas. El poder destructivo de las armas de guerra en la actualidad, es terrorífico. No hay piedad. Seguimos deshumanizándonos. El mundo está siempre en guerra. No logramos vencer el odio. No logramos amarnos. Fabricamos guerras con pretextos hipócritas. Falsos pretextos, de raza, de cultura, de religión.

Pero la realidad, Jesús, es muy otra. Las guerras se producen por razones económicas. Por puro negocio. Es el ansia desmedida de dominar a los demás. Contra más riqueza, más poder. Contra más poder, más injusticia. La guerra no deja de ser una maldición.

Pero existen también otras guerras. Y esas sí que hay que afrontar. Las guerras contra los enemigos que cada quien llevamos dentro de nosotros mismos. Todo lo que nos aparta de ti, Dios mío, es un enemigo a la vista. Ese enemigo se llama el pecado. Enemigo que hay que derrotar. *"Borrarás de la tierra su fruto, y su semilla de entre los humanos"* (Sal 21,11). Cada vez que derrotamos el pecado es un triunfo a favor de la Vida.

Hay que cantar a la vida. Cantar a la vida sin que se apague nunca nuestra voz. Y llorar por el bien que hemos dejado de hacer. Hay que cantar

el triunfo del bien a nivel personal y social. La amistad une los corazones en hermandad y agradecimiento. Pero necesitamos aprender a vivir. Y a ser agradecidos. Para amar y ser agradecidos, no hay edad.

Jesús, que sepamos ir por la vida haciendo bien. Que seamos agradecidos también por el triunfo de los demás. *"No le has negado lo que pedían sus labios"* (Sal 21,3).

DESDE EL SALMO 22

LLAMANDO AL SEÑOR

Jesús, cuando una religión, ninguna en particular, cualquiera, se reduce o se contenta con normas, leyes, dogmas, no deja de ser religión, ya que conserva toda su estructura como religión. Pero una religión así, ¿para qué sirve? ¿A qué conduce?

Traigo esto a cuento por aquello que dijo el profeta Oseas: *"Misericordia quiero y no sacrificios"* (Os 6,6). Es decir, quien lo dice es Dios. El profeta transmite. Se refería a la religión judía, naturalmente. Pero su axioma vale para toda cualquier otra religión.

De ahí que, cuando tú, Jesús, dices que no has venido a abolir la Ley y los Profetas, entiendo que aceptas y estás de acuerdo con la religión, con su andamiaje y estructura. Pero que no es suficiente. Que hay que ir más allá de lo ritual y normativo. Es decir, que la religión no puede contentarse con una serie de leyes y normas. Que es necesario algo más.

Jesús, lo dijiste con total claridad. Puesto que la religión es para unirnos a Dios, ¿en qué consiste esa unión? Fuiste muy claro: En el amor. Es el amor lo que nos une verdaderamente con Dios. Y con los demás. *"Todo lo que quisierais que los demás hicieran por vosotros, hacedlo vosotros por ellos"* (Mt 7,12). ¿Y qué es lo que queremos para nosotros? ¡Hombre!, pues queremos siempre lo mejor. Por ejemplo, que se nos respete, que se nos trate con bondad, que no ser esclavos de nadie...

Entendemos que la libertad es un don sagrado, queremos que haya justicia. Y, en fin, una serie interminable de cosas buenas. Todas las buenas del mundo. Todo lo bueno es lo propio y lo medular de la religión. Y para que se dé efectivamente lo bueno, tú, Jesús, insististe en la misericordia.

No viniste a abolir, o suprimir, ninguna religión: *"No vayáis a pensar que he venido a abolir la Ley y los Profetas. Yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento". (Mt 5,17)*, sino a decirnos qué es lo fundamental en una religión: el amor. Y, por consiguiente, a que se ponga en práctica, que se cumpla. Sólo el amor a Dios y al prójimo nos posibilita ser religiosos de verdad. Que hacen falta leyes, sí. Pero a sabiendas de que las leyes son buenas en cuanto nos espolean hacia metas superiores de perfección. Si una religión consistiera en el cumplimiento de una serie de ritos, tendríamos pura arqueología ritual, pero sin vida. Y la religión no es arqueología, sino vida. Vida en Dios y para Dios. Vida con y para los demás. *"Sed santos como vuestro Padre celestial es santo"* (Mt 5,48).

Está claro, pues, Jesús, que lo fundamental es la santidad. Fue la llamada constante de los profetas a lo largo y ancho del Antiguo Testamento. Fue tu llamada apremiante a que seamos santos. Y como ejemplo, y meta a

conseguir, nos pusiste, ¡nada menos!, que al Padre Celestial. Insististe, además, en algo fundamental: nuestra relación con los demás. Una relación de amor. *"Amaos como yo os he amado"* (Jn 15,9).

La religión, cualquier religión, sólo desde el amor tiene sentido y consistencia. El amor no es sumisión, sino la puesta en práctica de la verdadera libertad. De ahí que justificaras plenamente la labor de los profetas. Ellos predicaron la libertad, desde su propia libertad, a sabiendas que se jugaban el tipo. Como te lo jugaste tú, Jesús. Si bien, muy claro lo anunciaste: *"Nadie me quita la vida, yo la doy libremente"* (Jn 10,18). Fuiste libre de verdad.

***

Jesús, en los momentos duros de la vida, en la noche oscura de la fe, cuando parece que el mundo se nos viene abajo, nuestra oración corre el peligro de ser una impertinente queja y reproche. Sí, Dios mío, hasta ahí llega nuestra osadía. Gritamos: *"¿Por qué nos has abandonado?"* (Sal 22,2), pero no lo hacemos con un mohín de cariño, sino de exigencia. Nuestra postura entonces se transforma en soberbia. ¿Es ésta una actitud de amor, del que venimos hablando?

De este modo, tomamos ahora el *Salmo 22*. Nos quejamos a veces de que nuestra oración no es escuchada. *"Dios mío, de día te grito y no me respondes; de noche, y no me haces caso"* (Sal 22,3). Dicho lo cual, tratamos de suavizar nuestra actitud, y de un modo zalamero acudimos a un argumento de historia: *"En ti confiaban nuestros padres; confiaban, y los ponías a salvo; a ti gritaban, y quedaban libres; en ti confiaban, y no los defraudaste"* (Sal 22,5). ¿No tendremos que pensar que ellos eran mejores que nosotros? ¿No tendremos que pensar que ellos eran personas de más fe que nosotros? ¿No tendremos que pensar que ellos eran más y mejores creyentes de lo que nosotros somos?

Ya ves, Jesús, cuántas preguntas. Una cosa queda muy clara: *"Desde el vientre materno tú eres mi Dios"* (Sal 22,11). En favor nuestro habrá que decir que, en cuestión de fe al menos, no hemos claudicado. Y que recobrada nuestra fe y nuestra confianza, justo es que entonemos el canto de la gratitud. Que sea como un canto a la vida, mientras tenemos vida. Me imagino alguien, que mientras camina descalzo por la arena de la playa, va cantando, arrullado por la cadencia melodiosa de las olas.

La vida es caminar, siempre caminar hacia Dios, asomados al mar tenebroso de tantas situaciones difíciles como se nos presentan. Es andar descalzos por la arena, sin sandalias ni cadenas. Es caminar bendiciendo a Dios con alma y corazón. Y es proclamar: *"Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré"* (Sal 22,23).

Jesús, que, en mis momentos buenos, y en mis momentos de quiebra, sepa acudir a ti con cariño y amor. *"Alabarán al Señor los que lo buscan"* (Sal 22,27). Y, reconfortada nuestra fe: *"Te recordarán y volverán a ti hasta de los confines del orbe"* (Sal 22,28).

DESDE EL SALMO 23

EL SEÑOR ES MI PASTOR

Jesús, en tus parábolas hay una vena poética y un tono idílico que las convierte en una auténtica delicia. Al abrir hoy el Evangelio me he encontrado la Parábola del Sembrador (Mt 13,1-23). Y se me han ocurrido tres cosas. La primera, que es una parábola, como digo, muy poética; la segunda, que es muy real; la tercera y más importante, que se trata de un serio examen de conciencia. Porque las parábolas no son cuentos para entretener a los oyentes. Son catequesis que llegan al alma, y que hacen que uno se tenga que cuestionar muchas cosas. Te cuento, y permíteme un recuerdo personal.

Sí, Jesús, ¿cómo no recordar aquellos años idos, de la infancia, cuando las faenas agrícolas se parecían a las de tu tiempo? Era yo muy niño. Apenas comenzaban a hacer acto de presencia las máquinas sembradoras. Por lo cual, los sembradores que aún no estaban en posesión de alguna de ellas, se echaban al hombro una especie de alforja, llena de trigo. Según caminaban, iban esparciendo el trigo a voleo, con la mano. ¡Oh tiempos idílicos, al menos para la mente de un niño! Lo mismo que en tu tiempo. Esa es la parte poética, podríamos decir, que empalma con la segunda parte: la realidad. ¿Con qué realidad? Está, en primer lugar, la tierra donde se siembra. Pero resulta que tú, Jesús, distingues distintas calidades de tierra en la misma pieza. Sin olvidar que a la vera de la finca hay un camino. Y, a los lados hay piedras amontonadas. Y maleza. Normal.

Luego describes, tan gráficamente, que parece que uno lo estuviera viendo en directo. Dices: *"El Sembrador salió a sembrar... la simiente*". Normal. Pero viene el detalle: *"Parte cayó en el camino..., los pájaros vinieron y la comieron..."* (Mt 13,1-23). ¡Vaya, cómo disfrutarían los familiares gorrioncillos! No te olvidas de las avecillas. Ya lo dices en otra parábola, que el Padre celestial las alimenta... Pero, sigamos. Junto al camino, está el pedregal, las zarzas... También allí fue a parar algo de la semilla. *"Brotó y luego se secó".* A continuación, la parte positiva: la tierra. Toda es buena. Pero no toda produce por igual. Está la que produce el treinta, está la que produce el sesenta, y está la que produce el ciento por uno.

Bien, esto me lleva a pensar que se trata de hacer un examen personal de conciencia. ¿Qué es lo que yo produzco? Efectivamente, Jesús. Partiendo de que tú eres el sembrador, la conclusión es que la tierra somos nosotros. Eso en el mejor de los casos. Porque está el camino. No es lugar de siembra. Pero doy por hecho que nadie quiere ser camino, donde la semilla es pisoteada y se malogra. Lo mismo pasa con las piedras y la maleza. Entonces, y con alegre optimismo, hay que concluir que nosotros somos tierra buena.

Pero, y éste es el detalle para el examen de conciencia: no toda la tierra produce lo mismo. Me pregunto: ¿por qué? ¿Es porque cada quien es diferente? El asunto va más allá. Es decir, si yo puedo producir el ochenta por ciento, pongamos por caso, no puede contentarme con producir el cincuenta. En conclusión, y tras el examen de conciencia, si puedo, pero no he rendido lo que puedo, es que he claudicado. ¿En qué? Hablando en cristiano, en el amor. Toda claudicación es claudicación en el amor.

De otro lado, me figuro, Jesús, que con esta parábola quisiste también salir al paso de aquellos que tal vez encontraban dificultades para seguirte. Eso, entre los que te veían con simpatía. Porque, los que definitivamente te rechazaban, es claro que se situaban como camino. Pura esterilidad, a todos los niveles. Otros, oscilando entre ser piedras o tierra entre zarzas, es que optaban por la mediocridad. No hay nada que hacer. Tiempo perdido.

Jesús, otro punto de reflexión es la simiente misma. Siendo tú el Sembrador, has elegido simiente de la mejor calidad. Y siembras a voleo. La semilla cae sobre buenos y malos. No rechazas, ni a los constituidos en camino, ni a los del borde del camino. Respetas la libertad de cada quien. Abundan las personas buenas, y abundan las superficiales. Y están las personas que viven inmersas en las preocupaciones del mundo. ¡Qué difícil es que la simiente pueda germinar en su corazón! Y es que, el materialismo nos envuelve. La riqueza nos sofoca. La hipocresía nos hace ser mentirosos y tramposos. El poder nos convierte en ídolos con pies de barro. Y nuestra religiosidad, tantas veces, no pasa de ser puro maquillaje.

Con la Parábola del Sembrador nos indicas también que quieres que también nosotros seamos sembradores. Por eso nos has dicho que vayamos por el mundo entero a proclamar la Buena Nueva, el Evangelio. En conclusión, que además de preguntarnos a nosotros mismos qué tipo de tierra somos, tendremos que preguntarnos qué sembradores somos.

Jesús, las Parábolas son catequesis didácticas, tan hermosas y certeras, que llegan al corazón. Otra preciosa Parábola es la del Buen Pastor (Jn 10). Te presentas en el Evangelio, no como un pastor de tantos, sino como el Buen Pastor. Idílica imagen que tomas del Salmo 23. Lo tomamos a continuación.

***

Efectivamente, el *Salmo 23* es precioso. Qué bella imagen emplea el salmista.

Un día, me imagino, Jesús, que estabas haciendo oración con él, tomaste este salmo en las manos, lo leíste una y otra vez. Y, de pronto, lo viste todo muy claro. Era la imagen perfecta que te identificaría para siempre. Tú eras el *Buen Pastor* asignado por el Padre para guiar al Pueblo. Tanto te

identificaste e implicaste con esta imagen del Salmo, que nos implicaste también a nosotros. Siendo tú el Buen Pastor, y nosotros somos tus ovejas.

Con bellísimo sentido idílico, dice el salmo: *"El Señor es mi Pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas"* (Sal 23,1-3). Idílico, sí, tranquilizador, y muy real. Es un salmo que invita a soñar.

Y hablando de soñar, a mí se me ocurre, Jesús, que podríamos pintar la noche toda de azul, como en el mejor de los sueños. Sobre ese fondo azul, yo grabaría un corazón universal. El planeta tierra olería a libertad, a lluvia, a madreselva, a manzana, y a tierra recién llovida.

Bajo ese lienzo, de universal fraternidad, colocaría una mesa inmensa, donde cupiera toda la humanidad. *"Preparas una mesa ante mí"* (Sal 23,5). Un gran banquete. Todos invitados. Habría desaparecido todo odio y todo rencor del mundo. Nadie sería enemigo de nadie. *"Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan"* (Sal 23,4).

A esa noche, Jesús, le añadiría también los colores del alba, bordados de esperanza. En esa esperanza pondría la ternura de los niños, acariciada de inocencia. Y pondría el corazón amante de sus padres. Porque a nuestro mundo le falta ternura. La ternura la envolvería con los celajes de la sonrisa de la luna y el latir luminoso de los luceros. Que a nuestro mundo no le falte vida.

La Vida eres tú, Jesús. Pero al mundo le faltas tú. Hay mucha gente que pasa de ti. No te conocen. Sin ti, nada tiene sentido. Con el salmo te diré: *"Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida"* (Sal 23,6).

Así, y de este modo, la vida tendría el color de la vida. Todo se llenaría de cantos. Cantos de primavera. Cantos de vida, al ritmo del balido acompasado de las ovejas que van siguiendo al Pastor, durante el día y de regreso a la majada. Jesús, *"Tú me guías por el sendero justo"* (Sal 23,3).

DESDE EL SALMO 24

DEL SEÑOR ES LA TIERRA Y EL CIELO

Jesús, hay gente que dice no creer en Dios. Y con esa afirmación se cierran en banda. Otros preguntan: *¿Quién es Dios?* A quienes lo niegan, ¿qué se les puede decir? Seguramente nada. La opción que cada quién toma es responsabilidad personal. Cada quién responde de sus actos, y de su vida toda.

¿Cómo entrar en el corazón de nadie cuando se tiene trancada la puerta del corazón? Pero, aun a quienes preguntan con honestidad, es difícil responderles. El apóstol san Juan se adelanta a la posible respuesta cuando afirma: *"Nadie ha visto jamás a Dios"* (Jn 1,18).

De este modo, es difícil definir a alguien que no se ha visto, que no se conoce. Sin embargo, como queriendo de algún modo dar respuesta, Juan dice: *"Dios es amor"* (1Jn 4,8). Es una definición muy bonita, pero imperfecta. ¿Por qué? Porque Dios no cabe en una definición. Como tampoco cabe en una definición la vida. O el amor. Las cosas más sublimes no caben en una definición. Es, pues, una definición lo más aproximada posible. Dios está por encima de toda definición. Lo Inefable nos desborda.

Ahora bien, que no podamos definir a Dios no significa que no podamos llegar a Él. A Dios se llega desde el corazón, desde el amor, más que desde la mente. Y sobre todo se llega desde ti, Jesús, porque tú eres el rostro vivo de Dios. Más: tú eres Dios. El Dios hecho Hombre. Tú eres *"el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí"* (Jn 14,6). Desde ti, sí podemos saber quién es Dios.

Jesús, poco a poco nos fuiste haciendo la revelación progresiva de Dios. Nos hiciste cercano, comprensible y presente el misterio de Dios. Nos hablaste del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Es decir, nos has manifestado la realidad de Dios. Realidad que, no obstante, sigue siendo incomprensible, por inabarcable, para los humanos.

Me surge una pregunta: ¿Qué imagen tenemos de este Misterio, que no tiene Nombre, y que llamamos Dios? Doy vueltas en mi cabeza, y la referencia obligada, una vez más, eres tú. Sin ti, Jesús, seguiríamos hablando de un Dios lejano e impersonal, que, por último, se diluye en la nada. Pero Dios es un Dios personal.

Has hecho de Dios un Dios cercano, que da sentido a nuestra vida. Así que, aunque no podamos entender racionalmente el Misterio de Dios, sí podemos captar que Dios es el fundamento de todo nuestro ser. De nuestra esperanza. Es la fuerza de nuestro caminar por la vida. Una vida que sentimos corta, sí, pero que tiene un sentido, una dirección, una proyección, y una razón de ser, en sí misma, desde el Misterio cercano y envolvente de Dios.

Hay más. No sólo nos has acercado a Dios. Nos has dicho que somos hijos de Dios. He aquí nuestra grandeza y dignidad. *"Somos hijos de Dios, por tanto, herederos también, y coherederos con Cristo"* (Rom 8,17). Ahora bien, el ser hijos de Dios no depende de nosotros. Es fruto, únicamente, del amor que Dios nos tiene. Dios actúa dinámicamente en nuestra vida. De esta manera, el cristiano está llamado a ser santo, testigo de la experiencia profunda, gozosa y maravillosa del Dios posesionado en nosotros.

***

Hay trasunto de Ascensión en el *Salmo 24*, y eso que estamos aún en el Antiguo Testamento. Sus primeras palabras: *"Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes; él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos"* (Sal 24,1-2).

Dios mío, Señor de cielo y tierra. Nadie es digno de ti. Nadie como tú. Y, sin embargo, has querido invitar a muchos a que te acompañen en el triunfo de la Salvación por medio de tu Divino Hijo. Es el triunfo del bien sobre el mal. Es el triunfo de tu Amor, Dios mío.

Jesús, ¿quiénes acompañan al Señor? Continúa el salmo: *"¿Quién puede subir al Monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro?"* (Sal 24,3). ¿Quién? *"El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos ni jura con engaño"* (Sal 24,4).

Los ídolos. Cuántas veces, Jesús, aparecen los ídolos a lo largo de la Biblia. A lo largo de la historia humana. A lo largo de la experiencia personal. El hombre es un fabricante de ídolos. El hombre se crea sus ídolos, sus dioses de conveniencia personal. Pero, como señala el salmo, quien sabe mantenerse en el camino verdadero, en el camino de Dios, *"Ese recibirá la bendición del Señor"* (Sal 24,5).

Para poder acompañar a Dios es necesario vencer la tentación de la idolatría. No dejar que el corazón se vaya hacia dioses extraños. De este modo, *"le hará justicia el Dios de salvación"* (Sal 24,5).

Qué reconfortante es saber, Jesús, que hay mucha gente que busca a Dios. Gente que no se ha apartado de Dios. Gente que no ha caído en la tentación del deshonor que supone implantar la violencia. Gente que tiene un corazón humilde. *"Esta es la generación que busca al Señor, que busca tu rostro, Dios de Jacob"* (Sal 24,6).

Para esta gente has abierto, de par en par, las puertas de la eternidad gloriosa. Gente que te acompaña sin claudicar. Gente que se ha mantenido fieles a tu mandato de Amor. Gente que ha ido, a su vez, sembrando el mundo de amor. Para estos: *"¡Portones!, alzad los dinteles, que se alcen las puertas eternales: va a entrar el Rey de la Gloria"* (Sal 24,7).

Pregunta el salmista: *"¿Quién es ese Rey de la Gloria?".* Y él mismo responde: *"El Señor, Rey del Universo, él es el Rey de la Gloria"* (Sal 24,10).

Jesús, ya ves, con razón vale lo dicho de que en este Salmo 24 hay trasunto de Ascensión. Tú has subido, has ascendido, a los cielos. Haz que seamos dignos de poder acompañarte un día y estar para siempre contigo en la Gloria.

DESDE EL SALMO 25

CONOCER LOS CAMINOS DE DIOS

Jesús, los cristianos tenemos un punto candente. Es la división existente entre los diversos grupos cristianos. Cierto es que, desde Juan XXIII, y mucho antes, se han hecho, y se siguen haciendo, grandes esfuerzos en pro de la unidad. Ahora bien, conviene distinguir entre *unidad* y *uniformidad*. Tengo la sensación de que a veces hemos confundido estos dos términos y los hemos convertido en sinónimos. Nada más lejos. O bien que, al hablar de unidad, lo que en el fondo se pretendía era que todos se hicieran católicos. En tal caso, los protestantes podrán decir lo mismo. ¿Por qué no hacerse todos protestantes? Craso error buscar la uniformidad. Tú nos pides unidad, no uniformidad. La diversidad es riqueza. La unidad es necesaria en lo fundamental. Ese es el camino que recorre el ecumenismo.

Por desgracia, la historia del cristianismo ha conocido muchas rupturas. Desde los comienzos. Ha habido rupturas de pensamiento, de interpretación de la doctrina, de ideas, etc. Todo ello ha golpeado con fuerza el sentido de la unidad de los cristianos. En tiempo de los apóstoles, surge la primera discrepancia: los judaizantes. Da lugar al primer Concilio de la Iglesia, el de Jerusalén. El problema se soluciona. Viene luego una serie interminable de herejías.

Pero hay varios momentos muy señalados en la ruptura de los cristianos: En primer lugar, el Cisma de Oriente en el siglo XI, con Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla (1043-1059). Al no aceptar la primacía de Roma, fue excomulgado por los legados de León X el 16 de julio de 1054. En un sínodo que él mismo convocó, anatematizó la bula pontificia. Y el cisma, que ya venía de atrás, se consumó el 25 de julio de 1054, dando origen a la Iglesia ortodoxa. El Concilio Vaticano II le levantó la excomunión.

En segundo lugar, el Cisma de Occidente. Tuvo lugar en 1.378, durante los la Guerra de los Cien Años. A la muerte del Papa Gregorio XI son elegidos para sucederle, no uno, sino dos pontífices: Urbano VI en Roma y Clemente VII en Aviñón. Durante 36 años, la Iglesia estuvo dividida en facciones seguidoras de dos y hasta de tres papas. El Concilio de Constanza, en 1.414, pone fin al Cisma depositando la tiara papal sobre Martín V.

En el siglo XVI, con Martín Lutero, en Alemania (1517) tiene lugar la peor de las rupturas dentro del cristianismo. Es la llegada del protestantismo. Sin olvidar a Enrique VIII en Inglaterra (1539), que dio lugar a la Iglesia anglicana. Lutero hace su ruptura oficial con la Iglesia en 1520, cuando desarrolla sus teorías reformistas. El papa León X le condena y excomulga como hereje mediante una bula que Lutero quemó públicamente. Carlos V

lo declara proscrito tras escuchar sus razones en la Dieta de Worms (Alemania), en 1521.

Mientras tanto, Lutero permaneció escondido bajo la protección de Federico III de Sajonia. Pero el mal estaba hecho. Sus ideas no quedaron en el ámbito de la teología y de la Iglesia. Pasaron al campo político y civil. Lo que fue aprovechado por algunos príncipes deseosos de afirmar su independencia frente al Papa de Roma y frente al emperador. Con todos los apoyos recibidos, Lutero se convierte en dirigente del movimiento protestante, conocido como La Reforma. Movimiento que, lejos de guardar una unidad, se fracciona en distintos grupos o iglesias, dando lugar a las sectas protestantes.

Así las cosas, y aunque visto todo a vuelo de pájaro, es claro que hoy, a pesar del gran esfuerzo ecuménico que se lleva a cabo entre las distintas Iglesias, resulta imposible unir lo roto. El jarrón de la unidad se hizo trizas. Imposible volverlo a su estado primigenio. En cambio, sí se puede lograr, al menos, un mínimo de unidad dentro de la pluralidad. Arreglar lo roto es imposible. Un jarrón que se rompe, ya no es lo mismo que antes de romperse. Pero siempre hay opción a pegar y juntar los trozos rotos.

Ahora bien, para conseguir la unidad convendremos, Jesús, en que nos hace falta conversión. Todos cuantos creemos en ti, Jesús, tenemos que estar bajo el gran signo de la unidad. Nunca de la uniformidad. Por esa unidad, aunque en una escala muy diferente, luchó san Pablo en Corinto, cuando descubre una situación poco ejemplar en la primitiva comunidad. No era una comunidad de perfectos e impecables. A parte de que una comunidad perfecta no existe. Pero la fuerza del Espíritu que es más grande que nuestra debilidad, hace posible ponerse de acuerdo y que no anden divididos, sino unidos en un mismo pensar y sentir. Pablo les dice que tú, Jesús, no puedes estar dividido. Y apela a la necesidad de conversión. La unidad se produce cuando previamente hay una actitud de conversión. La conversión se realiza cuando, tras el encuentro contigo, nos dejamos moldear por ti, Jesús.

Por eso rezaste al Padre: *"Que todos sean uno, como nosotros somos Uno, para que el mundo crea que tú me has enviado"* (Jn 17,21).

Pero, mira, poco a poco, vamos madurando, y al hacer una revisión histórica y doctrinal, vemos que cada día se hace en un clima más fraterno y ecuménico. Es natural. Hay muchos puntos comunes de unión, porque *es mucho más lo que nos une que lo que nos divide,* como bien decía Juan XXIII. Por otro lado, el autor de la carta a los Efesios expresa: *"Un solo Señor y un solo Espíritu, como una sola es la meta de la esperanza en la vocación a la que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos"* (Ef 4,4s).

Cabe preguntarse: ¿Y cuáles son los puntos básicos de unidad? Entiendo que fundamentalmente son tres:

-Fe en un solo Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro.

-Fe en Jesucristo, hijo de Dios y Redentor de la Humanidad.
-Fe en el Espíritu Santo que santifica y guía la Iglesia.
Alimentados, básicamente, por la Palabra de Dios, la Biblia, es fácil llegar a la unidad. El problema está en los Sacramentos. Con la Iglesia ortodoxa no hay problema. Y tampoco sería problema con la Iglesia anglicana. El problema está, hoy por hoy insalvable, con determinadas Iglesias protestantes escoradas, o convertidas en sectas. Ese es punto aparte. En cambio, en cuanto a ortodoxos, católicos y protestantes, es cuestión de seguir creciendo en la unidad desde la diversidad. Es lo que yo te pido hoy. Que, en pro de la unidad, podamos amarnos de verdad.

***

De este modo, entramos en el precioso *Salmo 25*. Confianza. Súplica. Alabanza. Invocación. Todo eso, y más, hay en este Salmo, transido de liturgia, de rezo, de oración. *"A ti, Señor, levanto mi alma; Dios mío, en ti confío"* (Sal 25,1-2). Sí, Dios mío, sí. En ti confío. Yo, que me siento hombre en éxodo. Permíteme, Jesús, la licencia poética. Hombre que, un día, lanzó su grito a los oídos del viento para que escuchar pudieran su eco las riberas azules del infinito universo. ¿Me encontraba perdido? ¿Desorientado? ¿Solo? Quizá todo a la vez. Por eso, Jesús, con el Salmo te digo: *"Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas: haz que camine con lealtad"* (Sal 25,4).

¿Quién soy? Mira que habrán sido veces las que me he hecho esta pregunta. Y en actitud silente, me parece escuchar el eco de mi propia voz que responde: Apenas un suspiro de hombre soy.

Es entonces cuando *"Señor, a ti levanto mi alma"* (Sal 25,1), he clamado. Y me he sentido confortado. Otras veces me he preguntado: ¿De dónde vengo? Y me imagino que el mismo eco me responde: Sólo Dios lo sabe. Pero también yo sé que: *"Tu ternura y tu misericordia son eternas"* (Sal 25,6).

Otras veces me he preguntado: ¿A dónde voy? Y mis ojos se pierden al adentrarse en tu augusta claridad: *"No te acuerdes de los pecados ni de las maldades de mi juventud"* (Sal 25,7).

Atrás dejé un mundo sin sentido. Sólo mi palabra permanece en el laberinto inconsútil del viento, atrapada hasta que llegue por fin a tu regazo, mi Dios Creador. *"Por el honor de tu nombre, Señor, perdona mis culpas, que son muchas"* (Sal 25,11).

Agradecido, porque has sacado mis pies de la red, en ti, Jesús, he puesto mi corazón y todo mi ser. *"Tengo los ojos puestos en el Señor, porque él saca mis pies de la red"* (Sal 25,15). Porque en ti todo es misericordia, todo es amor. *"Las sendas del Señor son misericordia y lealtad"* (Sal 25,10).

Por esas sendas quiero caminar. *"La inocencia y la rectitud me protegerán, porque espero en ti"* (Sal 25,21). Quiero que mi caminar sea con lealtad. Y con gratitud. Quiero seguir la senda de tus mandatos, Jesús. Ayúdame a caminar siempre según tu voluntad. Que sepa ser fiel a tu infinito amor. *"Mírame, oh Dios, y ten piedad de mí"* (Sal 25,16). Sí, ten piedad de mí, Jesús, mi Señor.

DESDE EL SALMO 26

PROCEDER CON INTEGRIDAD

Jesús, varias veces aludes en el Evangelio a un árbol, muy común en tu tierra: la *higuera*. Y con esta alusión a la higuera nos dices cosas estupendas. Nosotros empleamos la expresión *"estar en la higuera",* que significa andar despistado. No es lo mismo que *"estar bajo la higuera",* tomando la sombra, o quizá más acertadamente, andar rebuscando higos. Tan sabrosos como son. En esta ocasión, no se trata de ninguna de las dos acepciones. Con este símil de la higuera nos hablas de *conversión*. Lo que son as cosas. Las cosas no son siempre lo que parecen.

Bien. Lo cuenta san Lucas (Lc 13,1-9). Y es que, tú, Jesús, como siempre, vas por lo derecho. Nuestra tendencia habitual, cuando algo sale mal, suele ser echar la culpa a los demás. Porque siempre, oh casualidad de nuestra miopía espiritual, los malos, son los otros. Los culpables, son los otros. Y si algo malo les acontece, hasta nos atrevemos a decir: *"Por algo será".* O bien, *"castigo de Dios".* Y de esta manera metemos a Dios donde no debemos. Y nos equivocamos de parte a parte, igual que los judíos de que habla este pasaje del Evangelio.

Los judíos estaban convencidos de que aquellos dos acontecimientos trágicos, acontecidos por aquellos días, la matanza que hizo Pilatos y la caída de la torre de Siloé donde hubo 18 muertos, les había sucedido porque los damnificados eran malos.

Tú les hiciste ver, en primer lugar, que no estabas de acuerdo, para nada. Que las desgracias no son una señal de castigo de Dios. Al contrario, esos hechos sirven para hacer una llamada a la conversión: *"¿Pensáis que estos galileos eran más pecadores que los demás galileos?".* Y es entonces cuando acudes al símil de la higuera. Pero muy intencionadamente matizas que es una higuera estéril.

Dicha esterilidad la aplicas a la resistencia de Israel a la conversión; a la bondad, y a la paciencia de Dios, que siempre está dispuesto a esperar: *"Señor, déjala todavía este año. Yo cavaré alrededor y le echaré abono, a ver si da fruto...".* Y añades: *"Si no os convertís, todos moriréis de la misma manera...".*

Pero la espera no es indefinida. ¿Por qué? Porque cuando no hay voluntad de conversión se produce la esterilidad. Y ésta no da frutos. Ahí no hay más que hacer. De modo, Jesús, que la higuera es una metáfora aplicable a nosotros, porque tú no hablabas sólo para la gente de tu tiempo. Hablas para todos los tiempos.

Entonces, me pregunto, personalizándola: ¿Qué, o quién, es esa higuera? La respuesta es obvia: Soy yo, somos todos nosotros. Nuestra

familia, la Iglesia, la sociedad. Porque, dicho sea, sin paliativos: hay cristianos que hemos sido educados en la fe del Evangelio. Hemos recibido de nuestros padres una buena, o al menos, razonable educación en la fe. Y, sin embargo, ¿dónde están los frutos?

También es preocupante que haya grupos de cristianos, de movimientos y comunidades de Iglesia, muy mimados, con celebraciones, misas especiales, encuentros multitudinarios… ¿Y los frutos? ¡Ay, Jesús, con lo ricos que son los higos! Pero de otra higuera.

***

Al tomar el Salmo 26, leo: *"Tengo ante los ojos tu bondad, y camino en tu verdad"* (Sal 26,3). Camino en la verdad. Jesús, ojalá pudiera decir esto aplicándomelo a mí, sin ambages.

Tú respiras bondad. Tú eres la bondad. Quien te sigue camina en la verdad. Qué difícil es no desviarse de las sendas de Dios. Estamos rodeados de gente falaz. Toman el nombre de Dios en vano. Incluso, en nombre de Dios se profana la dignidad del ser humano cometiendo auténticas burradas con injusticias, torturas y guerras. En nombre de Dios se masacra a personas inocentes.

Quienes así actúan, se equivocan. Piensan que están hablando en nombre de Dios, y no es verdad. Son simples usurpadores. Blasfemos ofuscados. Criminales. Idólatras a sueldo. Esta es gente rechazable. Bien dice el salmista: *"No me siento con gente falsa, no me junto con mentirosos; detesto las bandas de malhechores, no tomo asiento con los impíos"* (Sal 26,4-5).

Jesús, qué poco cuesta ser bueno cuando se es niño. Luego las cosas cambian. Pasó la infancia, y llegaron los primeros olvidos de las cosas buenas, de las cosas santas. Menos mal que siempre queda tu amor misericordioso.

Hoy, repasando este Salmo, y al relente de los años, han aflorado los recuerdos de los años idos, de las cosas santas, que uno vio y vivió en la infancia. Desde la infancia puedo decir con el salmista: *"Hazme justicia, Señor, que camino en la inocencia"* (Sal 26,1). Pero, ¿puedo decir lo mismo una vez terminada la infancia? *"Confiando en el Señor, no me he desviado"* (Sal 26,1). ¿He confiado siempre en Dios? ¿No habré confiado más en mis propias fuerzas?

Jesús, desde el reconocimiento sincero de mi propia fragilidad, no me puedo sentir inocente. ¿Quién puede haber inocente en este mundo?

Dicho esto, quisiera poder retrotraerme a la inocencia propia de la infancia. Sólo así podría decir que soy inocente. Mas siendo tú, Jesús, quien devuelve la inocencia a quien la ha perdido, una vez vuelto a ti, diré: *"Lavo*

en la inocencia mis manos, y rodeo tu altar, Señor, proclamando tu alabanza, enumerando tus maravillas" (Sal 26,6-7).

Al rememorar la infancia, mis ojos han vuelto a encontrarse con tu imagen bella, de aquel cuadro que había en mi habitación. Sí, señalabas la higuera. No había caído en la cuenta. Lo comprendo ahora. Era una invitación a la conversión, no del niño que fui, sino del niño que no soy.

Con el cariño de un hijo, que se sabe amado por su Padre, te digo: *"Señor, yo amo la belleza de tu casa, el lugar donde reside tu gloria"* (Sal 26,8). Y que pueda proceder siempre con integridad.

DESDE EL SALMO 27

EL SEÑOR ES MI LUZ Y MI SALVACIÓN

Jesús, instituiste la Eucaristía como eje central de la Iglesia y te quedaste con nosotros. Sin Eucaristía no hay Comunidad cristiana. La Eucaristía constituye el centro de la Comunidad creyente. Tú prometiste tu presencia permanente en medio de nosotros. Es verdad que de muchas maneras te haces presente en cada uno de nosotros. Pero en la Eucaristía te haces Pan de Vida para toda la Comunidad cristiana.

La Comunidad cristiana se forma a partir de tu Resurrección; si bien toma carta formal a partir de Pentecostés, con la venida del Espíritu Santo. La Eucaristía es celebrar tu Resurrección. Gozosamente. Y con la sorpresa refrescante de un amor vivificador, como le ocurrió a María Magdalena al encontrarse contigo en la mañana de la Resurrección. O con el fuego florecido en fe, de los discípulos de Emaús. Y con el ánimo renovado y fortalecido de los demás discípulos tras tu aparición en medio de ellos.

Jesús, tu presencia, ya resucitado, en medio de los tuyos, no fue un sueño, o imaginación de los discípulos, alertada por el deseo anhelante de seguir a tu lado. Tu presencia fue real, gozosa, y trasformadora. Y así sigue siendo, y para siempre será. Cuantos se encuentran contigo su vida cambia. Tu presencia comunica vida. Tu vida. La misma que entregaste en la cruz por nuestra salvación. Qué bien captaron esto los cristianos desde el principio. Puntualiza el Evangelio que esto lo entendieron "a partir de la Resurrección". *"Todavía no habían comprendido que, según la Escritura, él debía resucitar de entre los muertos"* (Jn, 20,9).

Las primeras Comunidades cristianas comprendieron la necesidad de vivir la fe en, y como, Comunidad. Y supieron que la Comunidad se construye desde ti, Jesús, cuya presencia está garantizada en la Eucaristía. Y supieron también que el punto de encuentro contigo Resucitado es en la Eucaristía. De modo que la Eucaristía es Sacramento de Resurrección y corazón de la Comunidad creyente.

Ahora bien, la Iglesia sabe perfectamente que es una Comunidad formada, no por gente santa y maravillosa, sino por pecadores. Elegiste a los apóstoles no por ser personas mejores ni peores que los demás; sino por ser gente normal y corriente. Que es nuestro modo de ser. Pero la gente normal y corriente, tenemos la conciencia clara de nuestra condición de pecadores. Pecadores, sí, pero en camino de salvación. De ahí que, y como, la definió el Concilio Vaticano II, la Iglesia es *"Sacramento de Salvación"* (LG 1,2; 48,2; 59,1; GS 45,1; AG 1,1; 5,1).

Jesús, cuando nos acercamos a la Eucaristía, recibimos el abrazo de tu misericordia, de tu ternura y de tu perdón. La Eucaristía es al mismo tiempo

sacramento de unidad, centro de la Comunidad. Lo expresó muy bien San Pablo: *"Formamos un solo cuerpo los que comemos un mismo pan"* (1Cor 10,16-17). Con lo cual, quienes participan en la Eucaristía, no lo hacen única y exclusivamente a nivel individual. Lo hacen como miembros de tu Cuerpo total, que es la Iglesia, cuya Cabeza eres tú. Como miembros de la Comunidad.

Es verdad, por otra parte, que, incluso dentro de los cristianos, hay tensiones, divisiones. Somos humanos. Pero también es verdad, y bien lo sabemos, que por encima de nuestras divisiones estás tú, Jesús. La fuerza de nuestra unión como cristianos eres tú. Estamos llamados a ser señal inequívoca de tu presencia en medio de nuestro mundo, por ser la Eucaristía el sentido pleno de tu Resurrección, y la fuente perenne de Vida.

Dijiste: *"Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo. El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él. El que come de este Pan, vivirá para siempre".* (ver Jn 6,51-58). *"Esto es mi Cuerpo que es entregado por vosotros, haced esto en memoria mía".* (Lc 22,19). Y te quedaste con nosotros.

***

El *Salmo 27* comienza así: *"El Señor es mi luz y mi salvación* (Sal 27,1). Y luego: *"Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida"* (Sal 27,4). Habitar en la casa del Señor.

Sí, Jesús. Desde mi limitación manifiesta, me pregunto: Si Dios no cabe en el Universo, ¿cuál es la casa del Señor? Si respondo que el Universo es tu Casa, a buen seguro que estoy en lo correcto. Si digo que Dios no tiene casa, también estoy en lo cierto. Y si digo que el corazón del hombre es la morada de Dios, seguro que mi respuesta es muy válida.

Tú, Jesús, habitas en el corazón de cada hombre y de cada mujer. Cierto. Pero quiero fijarme ahora en otro lugar muy apto como casa: el desierto. Sí, el desierto es un lugar especial de encuentro con Dios. El Pueblo de Dios tuvo su encuentro con Dios en el desierto. El desierto es también un lugar privilegiado de oración. *"Él me protegerá en su tienda el día del peligro, me esconderá en lo escondido de su morada"* Sal 27,5). Tu tienda de acampada en el desierto.

Llévame, pues, Señor, al desierto a purificar mi pasado. Libérame del lastre del apego a las cosas triviales y bórrame la memoria de los rincones donde guardé la nostalgia de otros días, de otras circunstancias. Te digo: *"Escúchame, Señor, que te llamo, ten piedad, respóndeme"* (Sal 27,7). Y pon más arcilla en las grietas de mi barro para que no se desmorone mi estructura de hombre antes de tiempo.

Sí, Jesús, llévame al desierto a escuchar tu Palabra. Tu Palabra que no es silencio, sino voz desde el silencio, que señala cómo desenredar el hilo y

también la trama de los días vividos con hastío y vacío. *"Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla"* (Sal 27,3).

En la quietud del desierto, en su soledad detenida, hay lugar para reflexionar, rezar, y hacer penitencia. Al estilo d los profetas. Hay lugar para enderezar los desaciertos y equívocos de la vida. Quiero encontrarte, Dios mío, en la universal tienda del desierto. Quiero, esta es mi plegaria, que me ayudes a encontrar el camino por donde llegar al brocal del pozo que mana el agua que salta hasta la Vida eterna. Diré con el salmista: *"Oigo en mi corazón: Buscad mi rostro"* (Sal 27,8). Tu rostro busco, Dios mío. Quiero estar en sintonía con Dios. Y quiero estar en sintonía con los demás, porque quiero estar en sintonía conmigo mismo. *"No me escondas tu rostro"* (Sal 27,9), Jesús, tú que estás en medio de nosotros, hecho Pan de Eucaristía y eres mi luz y mi salvación.

DESDE EL SALMO 28

CORAZÓN AGRADECIDO

Jesús, igual que un centinela, nuestra libertad permanece en pie. Eso es. Nuestra libertad. Con lo que tiene de sublime y de dramático. Pero junto a ella, en pie siguen también los falsos dioses, los ídolos cotidianos, y su tiranía inexorable. Los ídolos, casi sin que nos demos cuenta, nos alejan del verdadero Dios. Nos presentan quimeras, revestidas de falsas necesidades y apetencias, como pueden ser el confort desmedido, el hedonismo egoísta, el apego irracional al dinero, etc. El paulatino descenso del número de los creyentes en el Dios verdadero, va en proporción directa al aumento de los que creen en los falsos dioses, o ídolos, como algunos de los enumerados. Y, sin embargo, resulta curioso que el ser humano no puede vivir sin Dios o, a falta de él, de los sucedáneos correspondientes.

En definitiva, Jesús, el ser humano, o bien opta por el verdadero Dios, o bien tiene que elegir entre el número ingente de los sucedáneos de conveniencia: poder, dinero, producción, consumo, culto al cuerpo y a la belleza física, como sublimación del mito de la eterna juventud, o el placer, como aspiración prioritaria, manifestado en el sexo, el erotismo, las drogas...

Ahora bien, la libertad, también necesita aprendizaje. Cuando san Pablo preguntó a un grupo de personas que estaban siendo evangelizadas, si habían recibido el Espíritu Santo, respondieron: *"No hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo"* (Hch 19,2).

Sin duda que aquella gente tenía una excusa razonable. Era los comienzos de la evangelización. Era pues razonable su desconocimiento. El desconocimiento tiene sus causas: falta de formación y catequesis, inexperiencia vivencial de la presencia y acción de Dios, y abuso de las supuestas aplicaciones de una eficacia mecánica de los sacramentos.

Dios actúa constantemente, en la Creación y en el ser humano. La actuación de Dios la entendemos mejor como *don*, como regalo. Por ejemplo: el don de sabiduría, de inteligencia, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad, de temor de Dios, etc. Dones todos del Espíritu Santo.

Los dones o regalos que Dios nos hace son infinitos. Esta actuación de Dios produce abundantes frutos, como son el Amor, la Alegría, la Paz, la Comprensión, la Servicialidad, la Bondad, la Lealtad, la Amabilidad, el dominio de sí, etc. Porque Dios sigue actuando en nosotros. Sigue amándonos.

No cabe duda, Jesús, de que la manida expresión *"Es la Hora de Dios",* es de acuciante actualidad. El Espíritu de Dios sigue actuando en nosotros, los hombres y mujeres de todos los tiempos, porque Dios es inmensidad de amor.

Naturalmente que, de la idea o imagen que se tenga de Dios, dependerá el comportamiento o desenvolvimiento de la vida en cada quién. Si, por ejemplo, pensamos en un Dios que está en la estratosfera, o sea, lejano, fácilmente nos desentenderemos de él, no interesará. Si pensamos en un Dios omnipotente, posiblemente nuestra relación con Él será fría, distante o, simplemente, aseada y educada. Si, por el contrario, pensamos en un Dios que es Amor, nuestra relación será cercana, confiada, filial, cálida; en una palabra, de Amor. Porque *Dios es Amor* (1Jn 4,8).

Los humanos nos empeñamos en implantar leyes y más leyes. Llenamos la vida de leyes. Igual que podríamos llenar un pizarrón de números. Pura aritmética. Pero los números, como las leyes, carecen de corazón. Lo que hacen muchas veces es delatar nuestros complejos de inferioridad, sublimados por la paranoia del poder o la prepotencia. Pero la vida es cuestión de amor. La vida se sostiene en el amor. Y la libertad, si está bien utilizada, se escora siempre hacia el amor.

***

Jesús, casi no sé por qué, pero me gustaría, aunque fuera sólo por un instante, regresar a los días aquellos de mi infancia, y volver a ver los árboles, los prados y los montes, los rebaños y pastores. Cómo me gustaba ver correr las nubes por el cielo, con la alegría y la ingenuidad con que un niño ve las cosas. Sé que no es posible. Quede, pues, este deseo en pura ensoñación. Pero sí hay algo que sí es posible. Verte a ti, Jesús, con el mismo candor de entonces. Porque tú no has cambiado. Yo sí he cambiado. En la vida hay aciertos y hay errores. Son los errores lo que hay que cambiar. De ahí que, tomando el *Salmo 28* diré: *"Bendito el Señor, que escuchó mi voz suplicante"* (Sal 28,6). Y porque sigues siendo el mismo, escuchas mi súplica, y me ayudas a cambiar.

No quiero presentarme solo ante ti, Jesús. Deseo traerte también al resto de la gente, con sus penas y llantos, con sus cuitas y amores, con las incógnitas de cada día y la esperanza a flor de piel por ir mejorando sus vidas. *"El Señor es mi fuerza y mi escudo, en él confía mi corazón; me socorrió, y mi corazón se alegra y le canta agradecido"* (Sal 28,7).

Dios es nuestra fuerza. Lo dice el salmista: *"El Señor es fuerza para su pueblo"* (Sal 28,8). Por eso, Jesús, la gente que hoy te traigo, es esa gente que viene con hambre. Por tierra y por mar. En pateras. Vienen mendigando un poco de esperanza. También a ellos les ha dado la espalda la oligarquía de los poderosos. Y claman: *"Roca mía, no seas sordo a mi voz"* (Sal 28,1). Han perdido la inocencia, y quien sabe si hasta la dignidad, porque han tenido que vivir entre aquellos *"que hablan de paz con el prójimo, pero llevan la maldad en el corazón"* (Sal 28,3).

Cómo me gustaría, Dios mío, traerte un mundo bonito. Me lo imagino como un manojo de rosas cortadas al alba. Sin embargo, ya ves, hoy el mundo sigue al revés. Está envuelto en la niebla del resentimiento, del odio y la envidia. Así que, en mi oración te digo: *"Salva a tu pueblo y bendice tu heredad"* (Sal 28,9). Y que amanezca cuanto antes la paz, la justicia, el amor, la esperanza, sobre este mundo que yace en tinieblas. *"Sé su pastor y llévalos siempre"* (Sal 28,9).

Esta es, pues, la realidad que hoy te presento, Jesús. Sé que no hay marcha atrás. Que no se puede volver al paraíso perdido. Que no se puede regresar a la infancia perdida. Pero se puede hacer el esfuerzo por mejorar. El bien también se contagia. Y con tu ayuda, Jesús, todos podemos mejorar. Por eso, y por tu gracia, *"mi corazón se alegra y te canta agradecido"* (Sal 28,7).

DESDE EL SALMO 29

EL SEÑOR SOBRE LAS AGUAS TORRENCIALES

Jesús, es maravilloso acercarse y sentirse acogido, sentirse amado. En el Evangelio de san Juan (Jn 4,46s) se nos dice algo muy importante. Acababas de regresar de Judea a Galilea. Y lo primero que haces al llegar a Cafarnaúm es librar de la muerte a un pobre niño que estaba a punto de morir. Lo curas. Se trata del hijo de un funcionario real. Es decir, alguien al servicio del rey. El rey era nada menos que Herodes Antipas, ¡vaya pieza!, el mismo que había asesinado a Juan el Bautista. Pero tú, Jesús, no haces acepción de personas. Buscas hacer el bien sin mirar a quién.

¡Pobre chaval! Todavía niño, y se moría. Hay que ponerse en la piel del padre. ¿Tendría más hijos? ¿Sería hijo único? ¡Pobre padre! El hijo se le está muriendo. Y acude a ti. Lo hace con la desesperación de lo inevitable. Pero también con fe y esperanza. Ha oído hablar de ti. Quizá te conoce personalmente. Sea como sea, tiene fe. Y tú, que cuando se trata de hacer el bien no te haces de rogar, lo curas de inmediato. A control remoto, porque no llegaste a ir a su casa. *"Vete tranquilo, que tu hijo está curado".* En Evangelio certifica *"El hombre creyó en la palabra de Jesús"* (Jn 4,43-54).

Según regresaba a su casa, los criados le salen al encuentro. Seguro que dando gritos eufóricos de emoción y alegría. ¡El niño está curado! El padre pregunta sobre qué hora era cuando la curación. *"Hoy a la una lo dejó la fiebre"* (Jn 4,52). Podemos imaginar la alegría del padre. Y su corazón agradecido. Como agradecidos quedaron sin duda aquellos novios a los que sacaste de un serio apuro al convertir el agua en vino, en aquella aldea, Caná de Galilea. Fue tu primer "signo". Pero ahora, en este pasaje, se nos dice que esta curación fue tu segundo "signo".

Toda la Biblia está llena de signos, de señales. Y los signos nos remiten a realidades más hondas que no siempre somos capaces de captar. También tu vida está llena de signos, de señales. ¿Por qué y para qué? Para que creamos, *y creyendo tengamos vida*. (Jn 20,31). Maravilloso: para que tengamos Vida.

¡Ay que ver! ¡Cómo amabas la vida! Y precisamente, porque la amabas fuiste capaz de dar tu vida terrena para que nosotros pudiéramos tener Vida eterna.

Tú fuiste el signo de Dios. Identificado con el Padre Dios quisiste que también nosotros nos identificáramos con Dios. Dios es la Vida, y nos metiste en la Vida.

¡Qué hermosa es la vida! Este pasaje nos habla de vida. No quieres la muerte. Ni quieres el dolor de un padre viendo morir a su hijo. Quieres la vida, la alegría, la felicidad de la gente.

Este pasaje, Jesús, no obstante, me lleva a una reflexión dolorosa. Me refiero a la contra-vida. Siendo tan hermosa la vida ¿por qué nos empeñamos en destruirla? Despiadadamente, hoy se mata por millares a seres inocentes por el aborto criminal. Pecado de lesa humanidad. Y encontramos gente que en el colmo del cinismo defiende el derecho a matar, gente que grita a favor del aborto. ¿Qué les han hecho esas criaturas inocentes? ¿Acaso no tienen derecho a nacer, a gozar de la vida? ¿A ver la luz del sol que nos alumbra, o contemplar la belleza de las flores?

En vez de gritar contra el pecado, se grita contra la vida. También esto es un signo, terriblemente negativo, de que nuestra sociedad está enferma. Seriamente enferma. ¿Qué nos pasa que tenemos tal pérdida de valores humanos, cívicos, morales y espirituales? ¿Por qué nos deshumanizamos de este modo?

Jesús, ayúdanos a poner unas gotas de ternura y humanismo y ser capaces de defender la vida.

***

Igual que en una marcha triunfal, que avanza al ritmo de trompetas y timbales, precedida por la voz potente del pregonero, el *Salmo 29* dice: *"Hijos de Dios, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor"* (Sal 29,1), así quiero yo también, Jesús, aclamarte. Con toda la fuerza de mi voz. Con la plenitud de amor de mi corazón: *"Aclamad la gloria del nombre del Señor, postraos ante el Señor en el atrio sagrado"* (Sal 29,2).

Hoy quiero desnudar mi palabra, y lanzarla, sutil y rauda, a los cuatro vientos. Quiero unirla a cuantas voces desde el confín de la tierra aclaman con brío: *"La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica"* (Sal 29,4). Para que escuchen los montes tu voz, mi Dios, y llegue a todos los mortales. Porque: *"La voz del Señor descuaja los cedros"* (Sal 29,5).

Jesús, me pregunto ¿cuántos, hoy en día, somos capaces de oír la voz de Dios? Estamos prestos a escuchar voces insignificantes, en cambio, somos sordos para oír la voz de Dios. Voz potente, voz magnífica, *"que lanza llamas de fuego"* (Sal 29,7).

Un día, conviene recordar esto, el Diluvio arrasó universalmente la tierra. Metáfora, imagen, catequesis. Vale. Pero una real advertencia para todos los pueblos. Con Dios no se juega. La humanidad quedó humillada. Pero Dios prometiste que no volvería a suceder. Apenas una familia, símbolo de una nueva humanidad que resurgía, se salvó.

Ahora, y aquí, en el salmo, es otra cosa. No se trata de que las aguas torrenciales arrasen la humanidad. Se trata de que todos entendamos que Dios mío está por encima de todo y de todos. *"El Señor se sienta sobre las aguas del diluvio, el Señor se sienta como rey eterno"* (Sal 29,10).

Y hay una imagen preciosa: *"La voz del Señor retuerce los robles, el Señor descorteza las selvas"* (Sal 29,9). Y siguiendo con la marcha triunfal, estalla en potente clamor: *"¡Gloria!"* (Sal 29,9). Un ¡gloria! triunfal.

Dios que está por encima de toda tormenta. Es el Dios *"que da fuerza a su pueblo, el Señor que bendice a su pueblo con la paz"* (Sal 29,11). ¡Gracias, Jesús, por poder alabar a Dios que está por encima de las aguas torrenciales! Y en ti, Jesús, por las orillas del lago, en Cafarnaúm.

DESDE EL SALMO 30

CON DIOS NO HAY SOLEDAD

Jesús, de modo dolorosamente personal, tocaste el tema de la soledad en este pasaje del Evangelio. Le dijiste a Pedro: *"¿Tú darás la vida por mí? ¡De veras te aseguro que antes de que cante el gallo, me negarás tres veces!" (Jn 13,38).*

Nos habías hablado del Pastor que apacienta a sus ovejas, que cuida y reúne a sus ovejas. Y de pronto, tú, el Buen Pastor, te quedas solo. Te prodigaste en amistad. Tus gestos fueron siempre de amistad. Y de pronto, ves cómo quienes más agradecidos deberían estar por haber gozado de tu amistad, te traicionan. Es muy duro eso de que sean los mismos amigos los que te traicionan.

Nos hemos acostumbrado a aplicar el sambenito de traidor a Judas Iscariote. Su traición son palabras mayores. La ambición del dinero lo llevó a la peor de las vilezas. Judas no buscaba poder, buscaba dinero. Pero todo le salió rematadamente mal. Planeó la traición contra ti y se traicionó a sí mismo. No contaba con ese juez implacable que es la propia conciencia. No llegó a ver tu muerte en el Calvario. No pudo con los remordimientos y se quitó del medio.

Pero, Jesús, hubo otra traición. Digamos que a escala menor. La de Pedro. No fue la traición por la traición. Hasta podría decirse que no traición. Fue el miedo. Fueron los nervios. Estaba nervioso, como lo estuvieron los demás compañeros, que terminaron por huir y esconderse. A saber, dónde. Pedro y Juan tuvieron más entereza y se acercaron al lugar donde te habían conducido. Parece que de Juan no sospecharon que era discípulo tuyo. De Pedro, sí. Enseguida. Nuevo en aquel escenario. Y aquel acento galileo…Si se hubiera quedado alejado de la hoguera donde se calentaban los soldados, quizá hubiera pasado desapercibido. En cuanto se metieron con él, los nervios terminaron por estropearlo todo. Muerto de miedo, optó por la salida de emergencia: la mentira. Te negó. Aunque en descargo del bueno de Pedro, habrá que decir que te negó con la boca, nunca con el corazón. Pedro era un buenazo. Bien lo sabes, Jesús. De hecho, era el que siempre sacaba las castañas del fuego cuando había algún problema en el grupo.

A todos les tomó por sorpresa, Jesús, que te apresaran. Esto no se lo esperaban, salvo Judas. De pronto se sintieron huérfanos, en la más cruel orfandad. Es verdad que no te conocían bien. De hecho, algunos incluso después de la Resurrección, te preguntan: *"¿Es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel?"* (Hch 1,6). No habían entendido aún que tu Reino no es de este mundo. Si sus miras eras terrenales, como parece ser, se comprende el descontrol y nerviosismo que se apoderó de ellos.

Les pasó a tus discípulos como nos pasa a tanta gente. Entusiasmados al ver las curaciones y milagros que realizabas, andaban como en una nube. No estaban preparados para la prueba. No estaban vigilantes. Y sucumbieron. Y es que, el éxito popular es efímero. Tú hablaste de otro Reino, bien distinto a los reinos de la tierra. Los apóstoles, en cambio, se habían establecido en el áureo: *"¡Qué bien se está aquí!"* (Lc 9,33).

Pero, y como no podía ser de otra manera, a partir de la Resurrección abrieron bien los ojos. Entonces entendieron que tu Reino es Reino de justicia, de paz, de amor, de verdad, de salvación.

Jesús, gracias porque al asumir la profunda soledad en que dejaron, has asumido también la nuestra. Ayúdanos a comprender que después de la Pasión, máxima expresión de soledad y abandono, aguarda la Resurrección. Haznos dignos de resucitar contigo.

***

Jesús, nos hiciste para amar. Nuestro destino es vivir. Vivir eternamente contigo. Nuestra meta está más allá. Nos toca, pues, caminar. Caminar hacia la eterna Verdad. Tú eres la Verdad. Y la Vida. No vamos solos al caminar. Tampoco podemos sentirnos seguros de nosotros mismos. Lo expresa muy bien el Salmo 30: *"Yo pensaba muy seguro: No vacilaré jamás"* (Sal 30,7). Equívoco al canto. ¿Cómo puedo estar seguro de no vacilar, de no caer? *"Sólo "tu bondad, Señor, me aseguraba el honor y la fuerza"* (Sal 30,8). Sólo Dios es nuestra seguridad.

Cuántas veces, te lo digo con el corazón, Jesús, me quedo a oscuras en este andar liviano en mi oficio de hombre. Y tropiezo a diario con preguntas cuyas respuestas no sé. *"Escondiste tu rostro y quedé desconcertado"* (Sal 30,8).

Nuestra luz se apaga en cuanto tú no estás, Jesús. Y si tú desapareces del panorama de mi vida, ¿a dónde acudiré? Cuando tú faltas, mi palabra de hombre queda vacía. Mis preguntas no tendrían sentido, porque quedarían sin respuesta. Por eso, te diré con el salmo: *"A ti, Señor, llamé, supliqué a mi Dios"* (Sal 30,9).

Desnuda está mi palabra ante ti. *"¿Qué ganas con mi muerte, con que yo baje a la fosa?"* (Sal 30,10). Pero Dios es Dios de vida. Si nos castiga o reprende, lo hace con el amor y cariño de un Padre que vela por sus hijos. *"Su cólera dura un instante; su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo"* (Sal 30,6).

Es más. Tú, Jesús, nos salvas de la muerte. Tu ternura es eterna. Esto es tan claro, que me pregunto: ¿Cómo es posible que seamos tan ciegos para no darnos cuenta que sin ti nada tiene sentido? No somos flor de un día, que se abre por la mañana y se marchita al caer la tarde. Somos seres dotados de

inteligencia, sí, pero necesitados de tu amor infinito. ¿A dónde puede ir sin ti? *"Señor, socórreme"* (Sal 30,11).

Todo dolor, incluida la muerte, son pasajeros. Nos queda la Vida. Tú cambias nuestro sayal de luto por el vestido de fiesta. Gracias, Jesús. *"Cambiaste mi luto en danzas, me desataste el sayal y me has vestido de fiesta; te cantará mi alma sin callarse. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre"* (Sal 30,12-13). Y, sobre todo, porque tú, Jesús, rompes nuestra soledad. Con Dios no hay soledad.

DESDE EL SALMO 31

DIOS ES MI LIBERTAD

Jesús, fue el mismo día de la Resurrección. Sorpresas, alborotos, sobresaltos. Todo. Y flotando en el ambiente, la gran noticia. La exclusiva por los siglos sempiternos: ¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado!

¡Válgame Dios…!, permíteme la popular expresión. Es la más jubilosa noticia. Y han sido las mujeres las primeras en dar la voz de alerta. Se han movilizado a todo correr Pedro y Juan. Se han producido diversos encuentros con el Resucitado. Y ellos que se van. Me refiero, naturalmente, a los dos discípulos de Emaús. ¿A dónde van? ¿Qué prisa tienen? Van a su aldea, por supuesto. A su rutina diaria. Pero digo yo, ¿tanto apremiaban las labores que tuvieran que realizar? Se ve que sí.

Pero tú, Jesús, que habías hablado del pastor que busca a la oveja perdida, descarriada, viste que aquí había, no una, sino dos. ¿Descarriadas? Más bien, despistadas. Nada, que, a pesar de la gran noticia, ellos se han largado. Y tú, que no pierdes detalle, que sabes el lado flaco de cada uno de nosotros, corres tras ellos. Te haces encontradizo en su mismo caminar. Y para terciar en la conversación, preguntas: *"¿De qué habláis?"* (Lc 24,17). La pregunta era intencionada. Querías meter cuchara en la conversación. Es más, querías monopolizar la conversación. Era urgente volverlos al redil a las dos ovejas descarriadas. Y para eso, nada mejor que una buena catequesis.

Entonces, te liaste entonces al hombro la túnica de la paciencia y con infinito tacto, y el más hábil dominio de la persuasión, los fuiste catequizando. Fuiste directo al grano. Ellos iban hablando de la Resurrección. Tú también, por supuesto. Pero para que comprendieran, les diste una catequesis exhaustiva. Y, *"Comenzando por Moisés y continuando por todos los profetas"* (Lc 24,27), les diste una lección magistral de Historia bíblica. Y de fe. Que, de eso se trataba. Traerlos de nuevo a la fe.

El acto final de esta catequesis supuso el broche de oro. Llegando a la aldea, Emaús, hiciste además de continuar el camino. Estaba cayendo el sol, y ellos: *"Quédate con nosotros, que ya es tarde y está anocheciendo"* (Lc 24,29). Vaya que si te quedaste. Pero sólo un momento. El suficiente para cenar que, en realidad no fue cena. Sino una Eucaristía radiante. En tu habitual gesto de bendecir el pan, se les abrieron los ojos. Tú desapareciste. Eso sí, dejándolos llenos de luz. Habían recobrado la esperanza. Habían recobrado la fe. Habían vuelto a la realidad.

Está claro, Jesús, que también éstos eran de los que creían que ibas a arreglar el mundo con cuatro recetas sacadas de la chistera, al estilo de los políticos de turno. Qué equivocados estaban. Pero también ellos, los de

Emaús, entendieron "a partir de la Resurrección". Y llenos de alegría, desandan el camino, mensajeros de la Buena Nueva.

El camino de Emaús es todo un símbolo. De un lado, es el camino de la desesperanza, de la gente frustrada en sus expectativas. De otro, es también camino de Encuentro. Del encuentro contigo, Jesús. Y con los demás. Camino que desemboca en la Eucaristía, donde todo cobra sentido. Camino también de ida y vuelta. Porque la Eucaristía es sacramento y centro de encuentro. Sacramento de evangelización. No es para quedarse flotando en una nube, sino para ponerse en marcha. *"Volvieron a Jerusalén"* (Lc 24,33), donde estaban los demás. Donde estaba la comunidad.

Jesús, que nuestras eucaristías no sean simples actos cultuales, sino encuentro en la fe y en la esperanza, contigo y con los hermanos. Que sepamos invitarte a quedarte con nosotros "porque atardece". *"Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba"* (Lc 24,29).

***

Jesús, me imagino la libertad, esta expresión tan amplia, que tanto abarca, como una casa de puertas abiertas. En una casa de puertas abiertas se puede entrar y salir. Más de una vez, la tentación no ha consistido en salir, como quien sale al jardín. Sino en aprovechar que la puerta está siempre abierta, para alejarse de la casa. Y caminar sin rumbo. Pienso que la casa de cada ser humano debería llamarse *Casa de la Libertad*. De puertas abiertas, pero donde nadie se aleje. A veces, para no volver.

En el *Salmo 31* hay una frase que yo emplearía a este respecto: *"Sácame de la red que me han tendido, porque tú eres mi amparo"* (Sal 31,5). ¿No se oyen a veces falsas quimeras, que seducen, que atraen, pero que alejan de la verdadera libertad? La vida está llena de redes, de trampas.

Jesús, estoy ahora mismo pensando en este tema de la libertad. Pero, como te digo, en un sentido muy amplio, incluso diferente, pero muy actual. Estoy pensando en tanta gente que, en aras de libertad, salen de sus humildes casas, o países, y se lanzan a la aventura de cruzar el mar. Muchos no logran atravesarlo. Se ahogan. Buscaban una libertad a nivel humano, con la que poder vivir con dignidad.

Sin querer quitar dramatismo al tema, pero bajo otro enfoque muy distinto, diré, en plan más positivo. Casi con un tinte poético: Hoy vuelvo a casa, casi como un desconocido, indocumentado, sin papeles que acrediten mi identidad, sin nada. Pero con el aval de la libertad recobrada. Esa es mi credencial. Jesús, sé que no me preguntas quién soy. Tú me conoces. Conoces mi nombre y mi apellido. He nacido en las llanuras donde el viento silabea canciones a dúo con los trigales en flor y el pan no falta en cada hogar. Nada jamás me ha faltado en tu Casa. No me preguntes, por favor,

por qué me fui. Porque no sabré responder. Tan sólo te diré: *"A ti, Señor, me acojo"* (Sal 31,1).

Cómo me cuesta entender que el mundo entero es mi casa, donde no hacen falta puertas, balcones ni ventanas, para que la brisa entre, y escriba, desde el alba, páginas de libertad. Tú eres la Libertad, Jesús. *"Enmudezcan los labios mentirosos, que profieren insolencias contra el justo"* (Sal 31,19).

Reconozco que necesito urgentemente, Jesús, abandonar toda tentación de fuga. Te repito: *"A ti, Señor, me acojo"* (Sal 31,1). Necesito volver al júbilo de sentirme salvado. Sólo tú, Jesús, eres mi Salvación. *"Tú eres mi Dios. En tus manos están mis azares; líbrame de mis enemigos que me persiguen; haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia"* (Sal 31,15-17).

Tú eres mi refugio. Mi salvación. Mi libertad. Con palabras del salmista, también yo te digo y te diré: *"A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás; tú aborreces a los que veneran ídolos inertes, pero yo confío en el Señor; tu misericordia es mi gozo y mi alegría"* (Sal 31,6-8). Y quien bendice el pan en la casa de la libertad.

DESDE EL SALMO 32

LA ALEGRÍA DEL PERDÓN

Jesús, deseo comunicarte hoy que tengo la impresión de que los seres humanos hemos metido a Dios en los templos. De que lo hemos encerrado en los templos. Ya ves, Dios, que no cabe en el Universo, cabe en un templo. Voy a intentar explicarme. Así que echaré mano de la Biblia. Vale.

Cuando uno se adentra en el maravilloso mundo que nos presenta la Biblia, una de las cosas que, al menos a mí más me llaman la atención es encontrarse con la figura de Abraham. Dios le dice que se ponga en movimiento: *"Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré"* (Gn 12,1).

Abraham, que en ese momento todavía se llamaba Abrán, era sin duda un hombre bueno, piadoso, religioso. Buen ciudadano. La vida le sonreía. ¿Qué necesidad tenía de complicarse la vida, de convertirse en nómada? Con lo bien que se está en casa. Pero…, obedeciendo a Dios se pone en camino. Se convierte en nómada. Deja el sedentarismo de la ciudad, el confort de la ciudad, y comienza una vida trashumante. Sigue y se deja guiar por la voz de Dios.

Es evidente que Abraham no va solo. Dios va con él. Y esto es lo maravilloso y significativo. Porque equivale a decir que también Dios se hace nómada. Y aquí está, Jesús, el punto central de mi reflexión, de que a Dios lo hemos encerrado en los templos. Sin embargo, el pasaje del Génesis nos dice lo contrario. Dios, con Abraham, se vuelve nómada. No se queda en el templo esperando que la gente llegue a adorarlo. Dios sale a los caminos todos del mundo y se hace compañero de viaje de todos los humanos.

Bien claro lo dijiste, Jesús, hablando con la samaritana. Ella preguntaba que dónde hay que adorar a Dios, si en su tierra natal de Samaría, como habían hecho sus antepasados, o en el templo de Jerusalén, como afirmaban los judíos. Esto le creaba a ella confusión. Pero una cosa queda clara en su pregunta: Dios está localizado. Donde ella no ve claro, de momento, si es en el monte Garizim, el "Monte de las bendiciones" de su samaritana tierra, o si es en Jerusalén. De ahí la pregunta. Te pide que se lo aclares.

Tu respuesta, Jesús, no deja lugar a dudas. Ni en un sitio ni en otro hay que adorar, sino que: *"Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad"* (Jn 4,23). Empleaste la palabra *"Padre",* no el genérico *"Dios".* Dios es un término muy abstracto. Tú, Jesús, lo personalizas y dices *"Padre".* ¿Por qué? Muy sencillo. Dios, empleado de modo genérico, se diluye. En cambio, el término Padre es personal, y además nos implica a nosotros en esa paternidad de Dios, puesto que somos sus hijos.

Le fue más fácil a la samaritana comprender esto que a los sabiondos teólogos del templo de Jerusalén., a los cuales, en un interesantísimo juego de palabras les hablaste de un doble templo. En sentido metafórico y en sentido real. Aunque no llegaran a comprenderlo, les dijiste que el templo material no es tan importante como ellos se pensaban. Que vale más el templo que somos cada uno. Y les hablaste del templo de tu propio cuerpo, que pronto iba a ser destruido por la muerte, pero reconstruido por la resurrección. *"Destruid este Templo, y en tres días yo lo volveré a levantar"* (Jn 2,19).

Bien están los templos para el culto. Son lugar de reunión, donde la comunidad cristiana puede expresar su espiritualidad. Son necesarios. Tú mismo, Jesús, acudías al templo, lo mismo que a las sinagogas, para orar. El templo es lugar de oración. Nos diste ejemplo. Al tiempo que nos pides que transcendamos la materialidad del templo y del culto. Que no nos quedemos sólo en hermosas liturgias. Y, siendo el templo lugar sagrado que hay que respetar, nos pides al mismo tiempo que respetemos el otro templo: nuestro cuerpo. Y el de los demás. Porque somos templos de Dios. *¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?* (1Corintios 3,16). Pues a esas palabras de san Pablo, añades una razón más: *"Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él"* (Jn 14,23). Somos, pues, templos de Dios. Y, añado, Jesús, templos nómadas, habitados por el Padre que, a su vez, se hace nómada con nosotros.

***

Cuando me presento ante ti, Jesús, ¿qué podré decirte yo, que pecador soy de pies a cabeza? Ante ti me presento, más tembloroso que un junco, que no deja de ser agitado por la corriente. Porque roto y quebrado ando yo. Y, no obstante, igual que el junco, que se mueve, pero no es arrastrado por la corriente, así estoy yo. Ando como un vagabundo. Pero anclado estoy en tu amor. Así que, acudo al *Salmo 32*. Tomando prestadas sus palabras, diré: *"Mi savia se había vuelto un fruto seco como en los calores del verano"* (Sal 32,4).

El miedo me ha vuelto vacilante, y mis pobres huesos se deshacen como un grito errante. Así me siento. Pero aquí estoy. *"Mientras callé se consumían mis huesos, rugiendo todo el día, porque día y noche tu mano pesaba sobre mí"* (Sal 32,3-4). Mis ojos son dos fuentes manantiales; no se cansan, día y noche, de llorar. A veces corro como perro sin dueño. Por todas partes veo, toco y siento, la tristeza; y en cada tropiezo envejezco como un roble viejo y seco. *"Había pecado, lo reconocí, no te encubrí mi delito"* (Sal 32,5).

Pero quiero hacer de mi llanto plegaria, de cada lágrima un rezo, y del gemido que me quiebra un poema, clavado como una estaca en la arena. *"Confesaré al Señor mi culpa, y tú perdonaste mi culpa y mi pecado"* (Sal 32,5).

Jesús, escucha mi llanto, como si fuera una oración o un canto, para que una y otra vez brote en mi alma la confianza, la fe, la templanza. No te alejes de mí; y en cambio, haz que retroceda prontamente, como adverso hado, todo lo que pueda contristar mi alma. *"Que todo fiel te suplique en el momento de la desgracia"* (Sal 32,6).

Porque, Jesús, *"Tú eres mi refugio, me libras del peligro, me rodeas de cantos de liberación"* (Sal 32,7). Tú eres quien triunfa y me hace triunfar sobre el mal. Tú me sacas del abismo. Tú perdonas mis pecados. Tú me haces sentir la alegría del perdón. *"Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dicho el hombre a quien el Señor no le apunta el delito y en cuyo espíritu no hay engaño"* (Sal 32,1-2).

Qué verdad debe ser aquello de que hay más alegría en dar que en recibir. Pero yo, pecador que recibe el perdón, me siento inmensamente feliz. Feliz y agradecido, Jesús, porque me haces sentir templo de Dios. Por eso, veo el sentido de este verso: *"Alegraos, justos, y gozad con el Señor"* (Sal 32,11). Alegría, porque somos templos nómadas de Dios.

DESDE EL SALMO 33

ALABANZA A DIOS

Jesús, ¡qué hermosa catequesis la que presenta el Génesis en sus once primeros capítulos! Nos habla de la Creación. Nos habla de un paraíso idílico. Nos plantea el tema de la libertad y la responsabilidad personal. Nos habla de la caída del hombre, el pecado, y su herencia de muerte. Y lo hace con imágenes sugerentes, casi infantiles, en apariencia, y sin embargo de una enorme profundidad reflexiva a nivel filosófico y teológico.

Quiero fijarme hoy en el tema de la Creación. Hay una metáfora sublime. Ésta: Dios creó el mundo en seis días. Ni uno más ni uno menos. Pero como si se hubiera cansado, al séptimo descansó. *"Y habiendo concluido el día séptimo la obra que había hecho, descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho"* (Gn 2,2).

Dios aparece, pues, como el *Alfarero divino*. Al decir la Biblia que Dios hizo el mundo, no dice cómo lo hizo. Tampoco la ciencia sabe cómo comenzó el mundo. Sí nos dice la Biblia que el mundo no se hizo por sí mismo. Que hay una Inteligencia infinita anterior y por encima de él. Se llega también a otra conclusión en el hecho de la Creación. Y es que Dios echa a andar el mundo, por así decir, pero quien tiene que llevar las riendas de la Creación es el hombre.

Así es, Jesús. Dios ha dotado al hombre, varón y mujer, de suficiente inteligencia para saber llevar el mundo adelante. Sin olvidar que el mismo hombre es el responsable de lo que pueda acontecer en todo aquello que depende de él. Por eso Dios dotó al hombre de inteligencia, libertad, y voluntad.

La Libertad. Cuántas veces, Jesús, como ves, sale a relucir este tema. Porque es el don más grande que Dios nos ha dado después de la vida misma. Eso, sí, la libertad es peligrosa. ¿Por qué? Pues porque, por la libertad, podemos ser santos o diablos. Con ella, podemos crear estructuras elementales para que todos puedan ser felices; o, por el contrario, abocar el mundo a una conflagración universal. Es tremendo. En cuestión de libertad, el hombre juega con fuego.

Otra cosa, Jesús. Es referente al *sábado*. En el Evangelio aludes a un determinado comportamiento establecido por los teólogos y dirigentes de la religión en tu tiempo, y anterior al mismo como es lógico pensar, en cuanto al descanso sabático. Habían tabulado y cosificado, por así decir, el descanso. La gran metáfora del descanso de Dios al séptimo día, según el Génesis, lo habían tarifado en minucias preceptivas. De tal manera que, prácticamente no se podía hacer nada en sábado. Pusieron las leyes por encima del hombre. Este pasa a un segundo lugar. Pero tú les adviertes que

Dios sigue trabajando. Y que se dejen de pamplinas. Que *"El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado. Así que el Hijo del hombre es Señor incluso del sábado"* (Mc 2,27-28). ¡Qué pena! Un día tan señalado y festivo para glorificar a Dios, como era el sábado para los judíos, lo habían convertido en un día oprimente y de preocupación. Había que estar más atento a no quebrantar minucias de la ley que en glorificar a Dios.

A Dios se glorifica no sólo con la adoración, también haciendo el bien, como es atender y curar a los que sufren. Hacer el bien. Esa es la clave. El bien está por encima de toda ley.

A nivel psicológico y práctico, el descanso semanal, sábado para los judíos, domingo para los cristianos, o viernes para los musulmanes, tiene una dimensión, no sólo festiva, sino además racional y humana muy a tener en cuenta. El cuerpo no es una máquina. Necesita sus horas de descanso, de ocio, de relax. Que, por otra parte, tiene una derivación importantísima. Significa que el día de descanso queda más tiempo para dedicarlo a la familia, para dedicarse a otras actividades que no sean las de la rutina diaria. Aquí podemos aplicar también aquello de que *"el Padre sigue actuando"* (Jn 5,17). Y el hombre con él.

***

Jesús, en nuestro modo de pensar, solemos decir: cuando el Señor se presenta, es porque siempre está presente. La verdad es que Dios está siempre presente. Pero a veces pensamos que se ausenta. Qué equivocados estamos. Dios no se ausenta. Somos nosotros los que nos ausentamos de Dios. Lo acusa el *Salmo 33*. Los planes de Dios no son nuestros planes. Dice: *"El Señor deshace los planes de las naciones, frustra los proyectos de los pueblos"* (Sal 33,10).

Dios es bueno. Y eso es motivo de felicidad y alegría infinitas. Diré, pues, con el salmista: *"Aclamad, justos, al Señor, que merece la alabanza de los buenos"* (Sal 33,1).

Al hablar de ser bueno. Me pregunto: ¿Quién es bueno? La respuesta al canto: Sólo Dios es bueno. Así es. Por lo mismo, tú has querido llamar bueno a todo aquel que trata de seguir tus huellas. A todo aquel o aquella que te busca. También a quien sabe ser agradecido.

Cuando el amor aflora en nuestro corazón, aparece tan de repente que parece nuevo, como de estreno. Y no es así. Aunque no lo hubiéramos advertido, el amor nunca estuvo ausente. A pesar de todos mis despistes, tú Jesús, siempre has estado en mi corazón, y en el corazón de todas las personas. Por eso, quiero darte gracias sin fin. *"Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico nuevo, acompañando los vítores con bordones"* (Sal 33,2-3).

A medianoche, si despierto, quiero que mi pensamiento esté en ti. Lo mismo de madrugada, y al mediar el día, o al anochecer. Que a toda hora mi alma te cante agradecida. Porque Dios es el Dios fuerte y bueno que ha creado todas las cosas. Que ha dado la inteligencia a los humanos para que no nos extraviemos ni nos alejemos de ti. *"La palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos"* (Sal 33,6).

Sé que la oración consiste en dialogar contigo, Jesús. De ahí que mi alegría sea hablar contigo. Aunque sé que apenas sé hablar. Aunque mi lengua no acierte a decirte las palabras adecuadas, me basta con saber que me conoces, que me escuchas. Que me entiendes. Porque conoces mis pensamientos más secretos, y mis deseos más fervientes. El salmista se dirige a Dios, porque *"que encierras en un odre las aguas marinas, y metes en un depósito el océano"* (Sal 33,7).

Jesús, déjame ser como el olivo que produce el rico aceite que suaviza y cura las heridas. Modela mi corazón según tu voluntad. *"Él modeló cada corazón y comprende todas sus acciones"* (Sal 33,15).

DESDE EL SALMO 34

QUÉ BUENO ES EL SEÑOR

Jesús, entre las personas que se acercaba a ti para hacerte alguna pregunta, unas iban con torcidas intenciones, buscando cazarte en algún desliz. Y las había bienintencionadas. Los fariseos y escribas trataban, casi siempre, de ponerte zancadillas. Hubo también gente de buena fe. Pienso, por ejemplo, en Nicodemo que, como todo aquel que se tome la vida en serio, se plantea un problema serio, como es su salvación. ¿Me salvaré o no? En realidad, es la pregunta que todos nos hacemos. Él acude directamente a ti buscando orientación (ver Jn 3; ver también: Hch 16, 22-34). Le dices que tiene que volver a nacer. Esto significa, que hay que hacer un cambio de vida radical.

Otro caso es el del letrado que te pregunta sobre el orden en importancia de los mandamientos. También fue de buena fe. La pregunta era interesante. Había tantos mandamientos que hasta los profesionales del derecho tenían dificultades a la hora de hacer una escala de valores. *"¿Qué mandamiento es el primero de todos?"* (Mc 12,28). Va al grano. Quería poner una escala de valores en orden de importancia. La pregunta es directa. Tú, por tu parte, Cristo, te remontas, con calma, a los viejos tiempos. Es decir, a las raíces. Quedarte en el presente no hubiera aclarado las dudas del interlocutor, y la discusión se podría alargar sin llegar a ninguna conclusión clara.

¿Por qué te fuiste a los viejos tiempos, a las raíces? Para poner las cosas en su sitio y dejar las cosas claras.

Al principio estaba todo claro. Por medio de Moisés, Dios había promulgado los diez Mandamientos. Ley universal. Que, por lo demás, son de ley natural. Pero con el correr del tiempo, los *sabios y entendidos*, permítaseme la ironía, habían aumentado hasta completar 613 mandamientos. Los mandatos habían crecido como la espuma. En tal situación, ¿quién podía estar al día? Y lo que es más importante ¿quién podía cumplirlos? Y para la gente buena y sencilla, ¿no les creaba esto un problema de conciencia?

Respondiste con el *'Shemá, Israel'* (Escucha, Israel): *"Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas".* ¡Ése es el primero, y fundamental! Pero de inmediato, sin solución de continuidad, añades: *"El segundo es: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'. No hay otro mandamiento más grande que éstos".* (Mc 12,29-31).

De modo que no son dos. Es un solo mandamiento partido, igual que una naranja, en dos: Porque el amor a Dios y el amor al prójimo van unidos. Son inseparables.

¿Por qué nosotros los separamos? ¿Por qué vamos al culto, a misa, por ejemplo, si estamos seriamente enemistados con el hermano? Lo dejaste bien claro, Jesús, cuando dijiste: *"Si cuando vas a presentar tu ofrenda ante el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano"* (Mt 5,23-24).

El amor está por encima y antes que la religión. ¿Qué espiritualidad, que es la base de la religión, puede haber sin amor?: De ahí que Dios, por medio del profeta Oseas diga: *"Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios más que holocaustos"* (Os. 6,6). Y todavía es más fuerte el relato de *Isaías*: *"Apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien".* (Ver: Is 1,10-20).

"*Sin santidad nadie verá a Dios"* (Heb 12,14). ¡Cuántas veces lo hemos escuchado! Y es que, "*obras son amores y no buenas razones"*, decía el refranero. El amor como la fe, se traduce en obras. El amor a Dios pasa por el amor al prójimo. Religión que no asuma como prioridad el amor, no es verdadera religión. Y una religión sin amor no deja de ser un peligro.

***

Recoge el Libro de los Hechos de los Apóstoles el discurso de Pablo en el areópago de Atenas. Entre otras cosas les dice a los atenienses, hablando de Dios: *"En Dios vivimos, nos movemos y existimos"* (Hch 17,27).

Traigo esta cita a colación, Jesús, porque es muy gratificante es el momento de contactar contigo por medio de la oración. El momento de la oración siempre resulta gratificante. El *Salmo 34* da cuenta de ello: *"Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a él" (*Sal 34,9).

Quien haya experimentado tu amor nunca más se apartará de ti. Además, el amor es progresivo. Cuando el amor empieza es porque ha habido conciencia de la necesidad del mismo, un tiempo de espera, un tiempo de maduración. Y en el encuentro de quienes se aman, el amor florece.

A la vera de nuestra realidad personal, tú siempre nos aguardas. Eres tú quien nos sale al encuentro. Quien nos aviva por dentro la llama del amor. Por eso, *"bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca, mi alma se gloría en el Señor"* (Sal 34,2-3). Bajo tu protección estamos. *"El ángel del Señor acampa en torno a quienes lo temen y los protege"* (Sal 34,8).

La oración, tiempo de encuentro contigo, Jesús. Tiempo de que cada quien te cuente sus alegrías y tristezas, sus problemas cotidianos, sus grandes esperanzas. Pero hay algo que se palpa en el ambiente. No se ve a muchos

ricos acudir a ti, salvo que yo ande muy despistado. Más bien son los pobres quienes acuden a ti. En el salmo se dice: *"Los ricos empobrecen y pasan hambre, los que buscan al Señor no carecen de nada"* (Sal 34,11). Los ricos pasan hambre. No de pan y alimento cotidiano, está claro, sino de ti. Les bastan sus bienes materiales. En ellos han puesto su corazón. De ellos viven. Y digo yo, ¿no habrán acumulado mandatos, como los sabios y entendidos a los que hemos aludido, para luego no cumplir ninguno? Si las riquezas les copa todo su tiempo ¿qué les queda para la oración?

La riqueza tiene un peligro, y es aplastar con ella a los pobres. Esclavizarlos. Por el contrario, ¿qué hacen los pobres? Acuden a ti. Saben que sólo tú eres su riqueza. Su única esperanza. Y tú, Jesús, no defraudas.

"El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos" (Sal 34,19). Conscientes de esto, a tu protección nos acogemos. Cuánto consuelo experimentamos al poder decir con el salmista: *"Aunque el justo sufra muchos males, de todos lo libra el Señor; él cuida de todos sus huesos, y ni uno solo se quebrará"* (Sal 34,20-21).

Jesús, tú tienes predilección por los pobres. Porque han puesto su corazón en ti. Y por cuantos se acercan a ti con buenas intenciones.

DESDE EL SALMO 35

ME ALEGRARÉ EN EL SEÑOR

Jesús, estaba leyendo el pasaje del Evangelio, cuando les dices a los apóstoles: *"Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis"* (Jn 21,6). Y se me ha ocurrido lo siguiente: ¿Quién jugaba con quién? ¿Eran los peces alrededor de la barca, poniendo nerviosos a los pescadores, pues no se dejaban atrapar por la red? ¿Se habían vuelto inteligentes aquel día los peces? ¿Era una broma que querías gastar a los discípulos? Un cardumen de peces suele moverse de aquí para allá de modo sincronizado. Pero es que llevaban toda la noche echadas las redes. Y nada. Ni un pez. Nada.

De broma, nada, está claro. Por el contrario, les estabas dando una señal inequívoca a los discípulos: deben seguir tu voz si quieren andar siempre por el camino seguro. Suele decirse que cuando menos se piensa salta la liebre. Hay que estar atentos.

Así, pues, una vez más sorprendes a los discípulos. Por partida doble. Primero porque te apareces en la orilla, así, tal cual. ¿O no tan tal cual? Esta aparición junto al lago ocurre después de la Resurrección. Y en principio no están tan ellos tan seguros de que seas tú, Jesús. Algo habías cambiado. Lógico. Ahora eres el Resucitado. Tu cuerpo es glorioso, inmaterial. Total, que sí, que no, al fin se convencen de que sí, de que eres tú. ¡Vaya! Les costó reconocerte.

En segundo lugar, sorprende que habiendo pasado toda la noche bregando no hayan capturado ni un pez. Ni para el desayuno. ¿O tocaba ayunar ese día? Pues, no. Y llegas tú, oh ironías de la vida, y les dices que echen la red a la derecha. ¿Qué distancia puede haber de parte a parte por debajo de la barca, para que a la derecha sí y a la izquierda no? La distancia de la comprensión. Llevabas la idea, Jesús, de hacerles comprender muchas cosas. Por ejemplo, hacerte reconocer en tu realidad nueva, de resucitado. A partir de aquí entraba de por medio la fe. Pero que, aunque estabas en otra dimensión, sin embargo, seguías estando tan cercano como siempre. Tú siempre estás presente. Pero debían ejercitarse en la fe. Y seguir, al mismo tiempo, en sus faenas diarias normales. Necesitaban ganarse el pan de cada día. Para lo cual, es preciso trabajar.

En cuanto a los peces. No importa si el cardumen estaba a un lado u otro. Entiendo que se trataba de una lección de fe y de perseverancia que querías dar a los discípulos. Las cosas no se consiguen sin esfuerzo, sin trabajo. Ser bueno no es cuestión de un día. Ni de un fervor pasajero. Salimos de un retiro espiritual, y salimos llenos de entusiasmo y buenos propósitos. ¿Cuánto nos dura? La razón es que, sin darnos casi cuenta, ponemos nuestra

confianza en nuestras propias fuerzas. Nos olvidamos de ti, Jesús, y así nos luce el pelo. Así nos va.

"Echad la red a la derecha y encontraréis" (Jn 21,6). Y entre la incertidumbre de si eras o no eras tú, la echaron. Mientras tanto, el más avispado de los discípulos, Juan, grita: *"Es el Señor"* (Jn 21,7). Y Pedro, al oír que eras tú, se lanza al agua. Pedro, todo corazón, intrépido, valiente, gana la orilla a nado. Quiere abrazarte. Y en ese abrazo, agradecerte. Te había traicionado al negarte en la noche del Jueves Santo, aunque él nunca tuvo esa intención. El miedo y los nervios le traicionaron. Pero él te amaba con sinceridad. Tú lo sabías. Por eso, tu mirada al pasar cerca de él momentos después de haberte negado, fue de comprensión, de ternura, de perdón. De cariño verdadero. Y Pedro se sintió perdonado. Y lloró. Sus lágrimas eras de arrepentimiento. También de agradecimiento.

En cuanto los demás llegaron a la orilla arrastrando la red repleta de peces, los invitaste a desayunar. Tenías preparado el fuego. Asaron los peces necesarios. Fue sin duda el desayuno más sabroso de su vida.

Aquel fue un encuentro en la fe. Y es que, los caminos de Dios pasan por la fe. Los caminos de los hombres llevan otra deriva. En ese momento, a buen seguro que comenzaron a entender aquello de *"Os haré pescadores de hombres"* (Mt 4,19). Tarea nada fácil. Toda la noche habían estado pescando. Pero faltabas tú. Y si tú no estás, no hay pesca que valga.

Por eso, Jesús, te pido que se nos meta bien en la cabeza la labor que nos encomiendas. La pesca, la evangelización, no es fácil. Y no es fácil porque no es cosa de hombres. Sin ti no podemos nada. Que sepamos descubrirte a la orilla del lago para que la pesca sea éxito asegurado.

***

En la clase de literatura nos hacían aprender de memoria algunos poemas. De esos que quedan en el remanente de la historia para la posteridad. Hermosos poemas. Aún memorizo el del *Olmo seco* (de Antonio Machado). No sé si fue estando dormido. Me quedé observando un árbol en particular. Era un árbol verde, lozano y frondoso. De repente, sin saber por qué, se secó. Quedó como un pergamino áspero, pero en el que no se puede garabatear ni siquiera un nombre. Nada se podía escribir en él. Era como un poema sin letra. Pero donde cabía, al menos, un sentimiento, transido de abandono y muerte. De pronto, caí en la cuenta de que ese árbol podía ser yo mismo. En el monte los árboles son abatidos por el rayo. En la ciudad, son comidos por el asfalto caliente, el smog, y el aburrimiento de la gente indolente. También los árboles están amenazados de muerte, aun en plena juventud.

Ya despierto, repasé el *Salmo 35*. No sé qué relación podría haber con el poema, o con mi sueño. El salmo no es un sueño, dice: *"Me golpearon por sorpresa; me laceraban sin cesar" (*Sal 35,15).

Tras leer el salmo, acudo a ti, Jesús, como siempre. Oigo que me dices: *"Yo soy tu salvación"* (Sal 35,3). Es pues lógico que acuda a ti. Eso sí, no quiero acudir, como el salmista manifiesta, pidiendo venganza. ¿Contra quién tendría yo que pedir venganza? Dice el salmo: *"Que les sorprenda el desastre imprevisto, que se enreden en la red que escondieron, y caigan dentro de la fosa"* (Sal 35,8). Acudo a ti, Jesús, pidiendo, si acaso, justicia. Que es cosa muy distinta. La venganza no casa con el amor. La justicia sí.

La justicia va en el orden de la salvación. Y la salvación se realiza cuando todo está en orden. Cuando cada quien se apresta a percibir aquello que previamente ha sembrado. Para bien o para mal. Si hemos sembrado el bien, podremos, agradecidos, decir: *"Yo me alegraré con el Señor, gozaré de su salvación"* (Sal 35,9).

Pues bien, siguiendo con el símil de aquel árbol seco. En plena lozanía fue arrancado de cuajo. Fue apartado de entre la gente. Nada de él quedó reconocible.

Me doy cuenta de que el árbol seco, como una metáfora en el tiempo, eres tú, Jesús. Sí, tronchamos tu vida colgándote de la cruz. Pero de pronto, tú, Señor, *"que defiendes al débil del poderoso, al pobre y humilde del explotador"* (Sal 35,10), has resucitado. Has recobrado toda tu lozanía. Y te has presentado en la orilla. Por eso, *"Mi lengua anunciará tu justicia, todos los días te alabará"* (Sal 35,28). Todo mi ser te alabará, Jesús, mi Señor. Eres tú quien, desde la orilla, reverdecido como Árbol en toda su lozanía, nos dices que echemos la red a la derecha. Eres *el Señor*.

DESDE EL SALMO 36

LUZ QUE ILUMINA

Jesús, una vez más, veo a saduceos y fariseos a la greña. Clase media y piadosa, de ahí el nombre, los fariseos. Clase alta, los saduceos. Ambos gremios no se llevaban bien. Para colmo, los saduceos eran una constante mortificación de índole religiosa para los fariseos. Los saduceos no aceptaban la *resurrección de los muertos* (Mt 12,18). Es difícil creer que una persona sea religiosa, esté adherida a una religión, y no crea en la resurrección, es decir, no crea en otra vida después de la presente. Si no hay otra vida, apaga y vámonos, que diría San Pablo. Textualmente dice: *"Si Cristo no resucitó vana es nuestra predicación y vana vuestra fe"* (1Cor. 15,14). Es decir, si no hay resurrección, la muerte es el final. Eso, permíteme, Jesús, la expresión vulgar: eso "no se lo cree ni el que asó la manteca".

Me parece, con todo respeto, que andaban un poco, o un mucho, despistados los ilustres saduceos. No sé, por supuesto, cómo se llevaban con sus respectivas parejas. Si funcionaba bien o mal su matrimonio. El caso es que fue tema de debate con los fariseos. Y entonces no se les ocurre otra cosa, Jesús, que acudir a ti. ¡Vaya por Dios! Te ponen de árbitro en su contienda. Quieren dejar fuera de combate a los fariseos, y de paso también a ti. Y va y te cuentan una historia peregrina, basándose, en versión libre, en un pasaje del Deuteronomio (Dt 25, 3-10). Se trataba de la ley del levirato. Es decir, si muere el hermano mayor, el siguiente debe casarse con la viuda. Y así sucesivamente, si los hermanos van muriendo. El hijo, en el caso y supuesto de venir al mundo, por cualquiera de los seis hermanos restantes, pertenecerá legalmente, que no biológicamente, al primero de los hermanos. En realidad, la ley del levirato lo que trata es de mantener el patrimonio familiar dentro de una sociedad piramidal o patriarcal.

Pero los saduceos cambian el chip, dando media vuelta de tuerca, y aplican el caso a la resurrección. Una aplicación por peteneras: *"Había siete hermanos, el primero se casó y murió sin hijos, y el segundo y el tercero…"* (Mc 12,20s). En plan jocoso, irónico, preguntan que de quién será mujer la infortunada viuda. Les respondiste: *"Estáis equivocados, porque no entendéis las Escrituras ni el poder de Dios"* (Mc 12,24). Fue un modo suave de llamarlos ignorantes. ¡No entendéis las Escrituras! Y eso que venían al debate con citas bíblicas. Les dices que en el cielo seremos como ángeles. Pero vas más allá. Y los conduces hasta Moisés para que entiendan que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.

Y metidos ya en harina, y tal como lo recoge san Mateo, no te contentas, Jesús, con hablarles sólo de la resurrección. Que era más que suficiente. Ellos se fueron como habían venido. Su actitud no era de gente

que pregunta porque quiere saber, sino de gente que viene en plan de armar polémica. ¿Y qué hiciste? Fuiste aún más lejos. Hasta donde les dolía el callo. Y les dijiste abiertamente que no puede uno divorciarse, así como así. Que el matrimonio es cosa santa. Que no se puede jugar con él.

Qué fácil resulta dejar de lado lo que no nos gusta, o que, habiéndonos gustado, nos hemos aburrido. Nos casamos, nos descasamos, ¡y ya! Tú les dijiste que ¡nanay! Como nos decían de chicos: con las cosas de comer no se juega. Aquí hay que decir: con el matrimonio no se juega. Está en juego la dignidad de la persona. De las dos personas que forman la pareja.

La institución del matrimonio, base de la familia y de la sociedad, tiene una referencia muy directa a Dios. Lo mismo que Dios, siendo Uno es Trinidad, así es el matrimonio. Unidad en la pareja, trinidad en la fecundidad del amor. Porque el matrimonio es cuestión de amor. De ahí el respeto, de los esposos entre sí, de los padres a los hijos y viceversa.

Jesús: tú que has defendido abiertamente la vida y la familia, ayuda a todas las parejas a amarse y respetarse de verdad.

***

Jesús, ya que he tenido la suerte de misionar en países tropicales, donde abundan los volcanes, te digo que se queda uno sorprendido y maravillado ante tanta belleza y magnificencia. Enhiestos, verticales, majestuosos. Espectáculo dantesco y maravilloso según va cayendo la lava hecha fuego por las laderas. Ver los volcanes, altos, centinelas del paisaje, resulta fascinante.

Pues bien, y casi no sé por qué, pero me ha venido a la memoria el *Salmo 36*, cuando dice: *"Señor, tu luz nos hace ver la luz"* (Sal 36,10). La naturaleza es radiante, está llena de luz. Los volcanes en erupción iluminan la noche. Pues si arrobados nos quedamos ante los imponentes volcanes, algunos muy altos, ¿qué no habrá que decir de la inconmensurable altura de tu misericordia? *"Señor, tu misericordia llega al cielo, tu fidelidad hasta las nubes; tu justicia es como las altas cordilleras"* (Sal 36,6-7). Así es, Jesús. La misericordia de Dios no tiene límites.

Hermosa palabra, misericordia. Como hermosa es la palabra, fidelidad. Y palabra, justicia. No son palabras para extraerlas de un diccionario, sino para meterlas en el corazón. Porque son palabras nacidas de tu corazón, Jesús. *"¡Qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!* (Sal 36,8). Dice el salmo.

Misericordia, fidelidad, justicia. ¡Qué tres palabras! ¿Seré yo capaz de hacerlas mías, de asimilarlas?

Hay otras palabras que significan todo lo contrario, como son: maldad, traición. *"Las palabras de su boca son maldad y traición"* (Sal 36,4). Y lo

justifica el salmista: Porque *"el malvado no tiene temor de Dios, ni siquiera en su presencia"* (Sal 36,2).

Estamos llamados, como el árbol, a dar frutos buenos. Me pregunto en tu presencia, Jesús: ¿Por qué en mi vida brota tanta zarza? ¿Por qué, más allá del invierno, este árbol sigue sin hojas, sin piel, sin fruto? Mira, me fascinan, por ejemplo, los olivos. Siempre con hojas, y ofreciendo su sombra a quien está agobiado por la canícula del verano. ¡Oh sombra bendita de los olivos! Mudos, silentes igual que un rezo que brota de dentro, siempre lozanos, manantial seguro de aceite. Aceite para curar las heridas, del cuerpo y del alma. Para ser alimento de nosotros los mortales, y de la lamparilla, poema de la noche, y del día, convertida también en rezo junto al Sagrario donde tú estás siempre, aguardándonos. Con el salmo te digo: *"Señor, tu luz nos hace ver la luz. Prologa tu misericordia con los que te reconocen, tu justicia con los rectos de corazón"* (Sal 36,10-11).

Dios mío, lo mismo que el aceite brota de la aceituna triturada en el trujal, quisiera que mi vida fuera digna de emular al benefactor olivo, y que producir pudiera el aceite de la misericordia, de la fidelidad, y de la justicia. Para eso te pido, Jesús: *"Que no me pisotee el pie del soberbio, que no me eche fuera la mano del malvado"* (Sal 36,12). Porque tú, Jesús, eres la luz que ilumina mi vida.

DESDE EL SALMO 37

EL BIEN Y EL MAL COEXISTEN

Jesús, tus sentimientos para con las personas, sobre todo las más necesitadas, fueron siempre de compasión y ternura. Querías que nadie sufriera. Por eso tratabas de suprimir, o al menos, aliviar el sufrimiento, y el dolor.

San Pablo escribió que *"la muerte,* y por consiguiente el dolor, *entró en el mundo por el pecado"* (Rom 5,12). Desde el enfoque y contexto que el apóstol le da, no hay duda alguna. Teológicamente, la muerte entra en el mundo por el pecado. Pero entiendo que, a nivel humano y físico, por el contrario, incluyendo aquí también el dolor, y en total acuerdo con la teología de Pablo, sin duda que el dolor y la muerte son anteriores al pecado. El dolor es constitutivo de la naturaleza. Y la muerte también. Si tomamos prestada la metáfora bíblica, y catequética de Adán y Eva, vamos a imaginarnos que un día les da por columpiarse en las ramas de algún árbol en el paraíso terrenal; y en un descuido se caen. No me cabe duda de que en el golpetazo "verían las estrellas", como suele decirse.

Pero ese es un dolor físico. Está el otro dolor, el moral (llamémoslo teológico). Nadie mejor que tú, Jesús, para saberlo desde tu experiencia personal. Sentiste el dolor físico al estar clavado en la cruz, que te llevó a la muerte. Pero experimentaste, en lo más profundo de tu corazón, el otro dolor, el moral, al sentirte abandonado. Fue un dolor a plenitud.

Trataste de aliviar, tanto uno como otro, en la gente. Por eso perdonaste los pecados (dolor moral), de quienes acudían a ti. Curaste a los leprosos, paralíticos, etc., (dolor físico). De ahí que la compasión no es una virtud más en nuestra vida, sino una manera de parecernos a Dios. Nos dijiste: *"Sed compasivos como vuestro Padre Dios es compasivo"* (Lc 6,36).

La compasión es una actitud que ha de configurar tanto al creyente, en lo individual, como a la Iglesia en su globalidad. ¡Con qué claridad lo manifiesta constantemente el Papa Francisco! Cualquier obra hecha sin el aval de la misericordia, de poco o nada sirve. Terminarán siendo obras buenas, altruistas, propias de una ONG, pero no de una Iglesia que, para serlo, necesita ser una prolongación de ti en el mundo.

Cuántas obras, y cuántas "revisiones de vida" no habré, o habremos, hecho en la vida. Me pregunto si, a pesar de todo, esas obras han alcanzado la línea de flotación de, por ejemplo, la compasión, la misericordia. Ocurre que, aun las obras buenas, por ejemplo, dar una limosna, que está al alcance de todos, pueden ser, a veces, más una forma de aquietar la conciencia que una obra de "compasión evangélica". Estamos urgidos, pues, de ser signos de la misericordia de Dios.

Si por algo te distinguiste, Jesús, fue sobre todo por tu infinita misericordia. De ahí tu sentencia: *"No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"* (Mt 9, 12).

***

Jesús, me gusta ver llover. A veces, la lluvia cae suave, mansa, y en tiempo oportuno. Los campos lo agradecen. Y las cosechas son abundantes. Otras, la lluvia llega en forma de huracán, y hace destrozos. Hay países que sufren grandes y pertinaces sequías. Quiero fijarme en el *Salmo 37*. Lo dice como si fuera una sentencia: *"No te exasperes por los malvados, no envidies a los que obran el mal: se secarán pronto como la hierba, como el césped verde se agostarán"* (Sal 37,1-2). La hierba se seca por falta de agua. Y las personas por falta del agua de la Gracia. Por obrar el mal. En cambio: *"El Señor vela por los días de los buenos, y su herencia durará siempre; no se agostarán en tiempo de sequía, en tiempo de hambre se saciarán"* (Sal 37,18-19).

Jesús, cuando podemos disfrutar de un día de campo, qué delicia es mirar al cielo, ver las nubes correr por el azul del cielo. Van columpiándose, lo mismo que una barca se columpia en el mar. Es como si tuvieran el don de la palabra, o el de la música y trazasen pentagramas para un álbum lleno de canciones. Y si otro día podemos caminar descalzos, dibujando sendas en la arena de la playa, que la marea luego borrará, es otra delicia. Hace que el corazón se eleve a Dios, para agradecerle sin fin, la belleza de la Creación, y la gracia de existir.

Me pregunto, Jesús: ¿Por qué tenemos tanta sensibilidad para unas cosas, y en cambio nos falta para otras? Qué fácilmente sintonizamos con la naturaleza, y cómo nos cuesta a veces sintonizar con Dios.

Es evidente, el mundo oscila entre el bien y el mal. El mundo, que somos cada uno de nosotros. *"El malvado intriga contra el justo, rechina sus dientes contra él"* (Sal 37,12). Con lo bonito que sería un mundo donde los seres humanos estuviéramos en sintonía con la misma naturaleza. Y en paz unos con otros. Donde todos pudiéramos decir: *"Mejor es ser honrado con poco que ser malvado en la opulencia"* (Sal 37,16).

Cómo ayudan los salmos a ver esta dualidad del bien y del mal. En vez de cantar salmos a Dios, a dúo con la brisa, y enhebrar cantos de libertad desde el amanecer, por el contrario, nos masacramos de mil maneras. Por eso, con el salmista, también yo diré: *"El malvado espía al justo e intenta darle muerte; pero el Señor no lo entrega en sus manos, no deja que lo condenen en el juicio"* (Sal 37,32-33). Porque Dios es misericordioso.

DESDE EL SALMO 38

EN TI SEÑOR ESPERO

Jesús, hay un detalle que me resulta conmovedor. Resulta que los apóstoles han estado misionando, les ha ido todo muy bien, y vienen muy felices. Cansados, sí, pero muy felices. Y comienzan a contarte sus hazañas, sus experiencias, sus vivencias. Están que no caben de gozo. Y tú les dices: *"Vamos a un lugar tranquilo para descansar un poco"* (Mc 6,30). Bonito detalle. No eres el jefe que pide cuentas de la gestión de sus subordinados. Eres el amigo, más, el padre lleno de ternura que lo primero que hace es preocuparse de que sus hijos disfruten, estén felices y contentos. Y se tomen un merecido descanso. Eso se llama ternura.

Eres el Pastor, que conoce una a una a sus ovejas, las quiere y las mima. Qué contentos debieron sentirse, tras la "experiencia pastoral", sentirte acogidos como lo que eran, amigos. Y volver a estar reunidos junto a su amo y Pastor. Hay ambiente de alegría, de paz. Y te transmiten con alegría y entusiasmo las maravillas que han realizado y han visto. Con qué atención les escuchas, Jesús. Lo mismo que un padre escucha a su hijo pequeño relatar su experiencia en su primer día de escuela, los amigos que ha hecho, etc. Feliz el niño, feliz el padre. Y aquí, diremos, feliz el Pastor, felices las ovejas.

Ahora bien, entiendo, Jesús, que quieres que graben bien en sus mentes esta experiencia, y que la interioricen. Porque en el apostolado tendrán días buenos, pero habrá también días grises, difíciles. No todo será miel sobre hojuelas. También experimentarán persecuciones, cárceles, azotes. Aunque, valientemente, dirán con Pedro: *"Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres"* (Hch 5,29).

Como Pastor, comprometido con ellos en el éxito de la misión encomendada, los has llevado a un lugar tranquilo. Ahí, no sólo cuentan éxitos, toman también fuerzas para la tarea que les aguarda en adelante. Pero la ternura que están experimentando por parte tuya será sin duda la imagen que mejor les quedará grabada. Esa será la imagen que, a su vez, transmitirán. Será el mejor modo de revelar el amor del Padre. Porque no los envías como funcionarios a desempeñar un trabajo. A tus discípulos no los quieres obreros de lo sagrado. *Pescadores de hombres*, que deberán mostrar al mundo el rostro compasivo del Padre.

Jesús, cuando al terminar el día me dispongo a hacer el balance del día, sabes que muchas veces tengo que terminar pidiéndote perdón porque la tarea realizada tiene más de activismo que de afán misionero. A poco que me examino, descubro que he hablado poco contigo a lo largo del día. ¿Dónde ha quedado la oración? ¿No habrán sido rezos, en vez de oración, lo que he

hecho? La oración es hablar contigo. Los rezos hay veces que no pasan de ser una rutina. Y hay tanto peligro de convertir en rezos la misma oración litúrgica de *las horas*… O sea, que casi sin darme cuenta, me he convertido en una oveja un tanto distante del Pastor. Menos mal que tú siempre estás conmigo. Tu presencia es como la luz ámbar, intermitente, indicadora de un peligro.

Jesús, no dejes que mis ocupaciones diarias me alejen de ti.

***

Pienso a veces, Jesús, ¿por qué se nos va la vida, tan de repente, si aún no ha fermentado el vino de aquel amor primero que en el lagar de tu mesa nos serviste? No es una queja contra ti, no tendría sentido. Es un lamento contra mí mismo. Lejos de aprovechar el breve espacio de la vida para hacer el bien, *"mis culpas sobrepasan mi cabeza, son un peso superior a mis fuerzas"* (Sal 38,5). Así se expresa el *Salmo 38*.

Siguiendo con mi lamento, añado: ¿Por qué retoña insensible el silencio, en vez de la palabra? Con mis labios y con mi corazón debo decirte: te quiero. ¿Por qué se nos va el alma, tan pronto, por los raíles del tiempo, si aún mis ojos no han fundido el temblor de mis lágrimas en el paisaje de los ríos hondos de tus ojos amigos, Jesús? ¿Por qué? *"Voy encorvado y encogido, todo el día camino sombrío"* (Sal 38,7). Acierta el salmo. Pretendo ser de una manera, y veo que soy de otra. Pretendo hacer el bien, y no doy pie con bolo. Qué tiene de extraño entonces que *"mis amigos y compañeros se alejen de mí, que mis parientes se queden a distancia"* (Sal 38,12). Todo desamor produce distancia. En cambio, el amor acerca.

Jesús, ¿por qué cuesta comprender algo tan sencillo, como es que el amor acerca? En cambio, ya ves, optamos por la distancia. Menos mal que tú nunca te alejas de nosotros, de mí. Siempre estás a mi lado. Hago mías las palabras del salmo: *"En ti, Señor, espero, y tú me escucharás, Señor, Dios mío"* (Sal 38,16). Porque sé que me escuchas, aquí me tienes, Jesús, para decirte, compungido: *"Yo confieso mi culpa, me aflige mi pecado"* (Sal 38,19). Lamento mis culpas. Y, *"Siento palpitar mi corazón, me abandonan las fuerzas, y me falta hasta la luz de los ojos"* (Sal 38,11). Pero junto a ti, me siento a gusto. Eres el amigo de verdad. Eres el Pastor que reúnes a tu lado a las ovejas de tu rebaño.

Qué bien se sintieron los apóstoles a tu lado, contándote sus experiencias. Mientras yo te cuento las mías, esta es hoy mi plegaria: *"No me abandones, Señor, Dios mío, no te quedes lejos, ven aprisa a socorrerme, Señor mío, mi salvación"* (Sal 38,22-23).

DESDE EL SALMO 39

LA VIDA ES BREVE

Jesús, eres modelo, meta y plenitud de valores para la persona humana. La carta a los hebreos te llama *el sumo pontífice*. Es decir, puente. Efectivamente, eres el puente de unión entre Dios y el Hombre.

Cuando cualquier persona se incorpora a ti por el bautismo, y es consciente de ser seguidor tuyo, representa y lleva en sí mismo la síntesis más hermosa de lo humano con lo divino. En realidad, el cristiano es ciudadano simultáneo de dos reinos. Pertenece a la temporalidad, y pertenece a la eternidad. De un lado, el cristiano pertenece a la *"ciudad terrena",* empleando el símil agustiniano, pero pertenece, al mismo tiempo, a la *"ciudad celestial".* En el hermoso término del Apocalipsis.

El cristiano, hombre, o mujer, es de la temporalidad, y es de la realidad celeste. Su tarea es construir la ciudad eterna desde la ciudad terrena, que consiste en llevar a cabo el mandato de Dios, señalado ya en el primer capítulo del Génesis: gobernar la creación. Para llevar a cabo esta empresa, magnífica y colosal, la persona humana necesita estar en armonía consigo mismo. Por lo cual, es preciso conjugar la vida espiritual con la acción. Tal conjunción es posible desde la fuerza y gracia del Espíritu Santo. La misma con la que tú mismo actuabas. Sin la experiencia de Dios, el hombre no va a poder tener la experiencia del hombre mismo. Necesita sintonizar con Dios y sintonizar con los demás.

De ahí, Jesús, que el cristiano, por vocación como seguidor tuyo, está llamado a trabajar para hacer posible un humanismo pleno. El salmo 8 dice del hombre: *"Lo hiciste apenas inferior a un dios"* (Sal 8,4). Su meta es la divinización. No en el sentido de que el hombre se vaya a convertir en Dios, sino en el sentido de que la Gracia que el mismo Dios le ha otorgado actúa en él. Dios ha convertido al ser humano en imagen y semejanza suya. Individual y socialmente el hombre tiene que impulsar un humanismo tal que todo adquiera una transcendencia que revalorice no sólo al mismo hombre sino al resto de la creación.

La creación está sometida al hombre. Esto es un gran honor para la persona humana, pero también su responsabilidad. Y, por qué no decirlo, su peligro. No llevar a cabo esta misión sería lo mismo que frustrar el plan de Dios sobre la creación. ¿No es así, Jesús? Por eso, siempre habrá que mirarte a ti como el modelo perfecto de hombre. Hombre-puente que ha unido a Dios con toda la creación.

Tú, Jesús, eres la síntesis de la Creación. De ahí que el cristiano no puede salirse del modelo único que tú eres, si de verdad quiere cumplir con su cometido de dar sentido al mundo.

En ti, Jesús, reside la plenitud del Espíritu. En ti se une lo divino con lo humano bajo la soberanía y la fuerza del amor de Dios. El cristiano, unido a ti, es un comunicador y dador de vida. La misma que Dios le ha dado, para que, a su vez, la comunique a los demás. El cristiano sabe que sin santidad de vida no se es cristiano. La santidad no consiste en andarse vegetando y flotando por encima de alguna nube, sino en imitarte y seguirte a ti, Jesús.

No hay verdadera santidad si el hombre no lucha por salir del subdesarrollado, o sacar a los demás del mismo. Porque el hombre es el responsable de llevar las riendas de la creación para conducirla a buen término. Para eso Dios le ha dotado de inteligencia, la libertad y la voluntad.

Cuanto más plenamente humano sea el hombre más cerca estará de Dios. El cristiano está llamado a mantener viva la esperanza, y trabajar por un mundo más humano, donde todos puedan vivir, al menos, mínimamente bien. El cristiano es un testigo de la Verdad. Dios es la Verdad. Está llamado a tener encendida la luz de la fe, a pesar de vivir en un mundo atormentado por los conflictos y la violencia.

Precisamente por eso, porque hay tanto desorden, se necesita un esfuerzo mayor. A la agresividad hay que responder con la paz. Y al odio con el amor.

Así veo yo las cosas, Jesús. Ayúdanos a llevar adelante nuestra tarea de hombres, creados por Dios a su imagen y semejanza.

***

Jesús, la caducidad de la vida nos ayuda a reflexionar sobre ciertos comportamientos que tenemos; decisiones y caminos que tomamos. La vida es breve. Se trata, en consecuencia, de vivirla con dignidad. Para lo cual, necesitamos vigilarnos a nosotros mismos. El *Salmo 39* nos indica: *"Vigilaré mi proceder, para no pecar con mi lengua"* (Sal 39,2).

Creo que puede ayudarnos a reflexionar sobre la caducidad de la vida ver el fuego crepitar en la hoguera. Las llamas agitan la danza del fuego. Y las llamas se convierten en trenzas, que el fuego peina en tirabuzones de oro. Al rato los troncos se queman. La hoguera se apaga. No hay más llamas. No hay más danzas. Sólo quedan las cenizas. La vida de la llama es corta. La hoguera se apaga pronto, demasiado pronto. Algo así sucede con la vida. *"Me concediste un palmo de vida, mis días son nada ante ti, el hombre no dura más que un soplo"* (Sal 39,6).

Sin embargo, misterio hondo es la vida. El hombre no necesita saber cuánto tiempo va a crepitar la hoguera de su vida. Necesita saber si su hoguera arde bien. Si sus llamas iluminan, calientan. La vida de la hoguera es corta. *"El hombre pasa como una sombra, por un soplo se afana, atesora sin saber para quién"* (Sal 39,7). La vida es breve, conviene recordar una y

otra vez. Por lo mismo, hay que vivirla con intensidad y dignidad. A más dignidad, más intensidad.

Jesús, el salmista hace esta petición: *"Señor, dame a conocer mi fin, y cuál es la medida de mis años, para que comprenda lo caduco que soy"* (Sal 39,5). Es sin duda una reflexión sobre la brevedad de la vida. Queda, sacar las consecuencias. Vivir en consecuencia.

Efectivamente, no se trata de saber cuánto tiempo tendremos de vida. Precisamente, porque no lo sabemos, hay que programarla bien, pensando no en nosotros mismos, sino Dios. Quizá por eso mismo no has querido revelarnos la duración de nuestra vida en este mundo. ¿Entonces? Me uno al salmista: *"Qué esperanza me queda? Tú eres mi confianza"* (Sal 39,8).

Sólo te pido, Jesús: *"Líbrame de mis inquietudes, no me hagas la burla de los necios"* (Sal 39,9). Porque, *"El hombre no es más que un soplo"* (Sal 39,12). Pero un soplo divino.

DESDE EL SALMO 40

ROSTROS DE DIOS

Jesús, en el mundo de hoy, y me figuro que en el de siempre, hay gente que se autoafirma y manifiesta como creyente; por el contrario, otros se declaran increyentes. No deja de ser un misterio esta polaridad. ¿Por qué unos tienen fe y otros no? ¿O no es cuestión de fe? Aquí lo personal es primordial. Desde luego, si no se tiene fe no se es creyente. Con lo cual, la fe misma, pasa a ser también un misterio. Entonces, me pregunto, ¿qué es la fe? Si busco una definición, me encontraré con que la fe es seguridad, o cuando menos confianza. Vale. Pero las definiciones, a veces claudican. De hecho, las cosas más sublimes no caben en una definición. Por ejemplo, Dios, la vida, el amor. No caben en una definición, como varias veces lo hemos comentado. La Carta a los Hebreos dice: *"La fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven"* (Heb 11,1).

Me gusta, Jesús, la interpretación que de la fe da la Carta a los Hebreos: *Una garantía de los bienes que se esperan*. No estamos pues en el vacío existencial. *La plena certeza de las realidades que no se ven*. No estamos tampoco ante una lotería, que te puede tocar o no. Aquí estamos ante una certeza.

La primera certeza eres tú, Jesús. Cierto que no te vemos *físicamente* en la actualidad. Pero la actualidad tiene un presente, un pasado, y un futuro. El pasado de nuestra actualidad fueron los apóstoles. Ellos sí te vieron, estuvieron contigo, evangelizaron contigo. Fueron testigos directos de tu muerte, y partícipes de las consecuencias de la resurrección. Tú les infundiste una nueva vida, como creyentes. Y la fe que les transmitiste, les dio alas para ir al mundo entero a proclamar el Evangelio.

Bien sabemos, Jesús, que la fe cristiana parte de tu Resurrección. Esa fe es la que diste a la Iglesia. Y esa fe, recibida y vivida en la Iglesia, contenida y transmitida también en la Sagrada Escritura, celebrada en la Sagrada Liturgia, sobre todo en la celebración de la Eucarística y en los demás Sacramentos, como la Reconciliación, o en la Oración personal y comunitaria, y hecha realidad viva y permanente en la Comunidad, sobre todo por el amor fraterno, nos remite directamente a ti. De modo que la fe no es una entelequia. Por el contrario, nos hace descubrir la alegría y el gozo de servir, amar, y perdonar, siguiendo tu ejemplo y mandato.

Ahora bien, Jesús, por lo mismo que la fe no es una entelequia, sino, como dice Santiago, *"De la misma manera que un cuerpo sin alma está muerto, así está muerta la fe sin obras"* (Sant 2,26), me viene a la mente aquel certero mensaje del *Documento de Puebla,* (México) *(III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano)*. Es bueno rememorarlo. En el

Capítulo II: *Visión socio-cultural de la realidad de América Latina*, se dice, y permítaseme la larga cita, números 31 a 39:

"31. La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela: 32. —rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar; 33. —rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación; 34. —rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que, viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres; 35. —rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan; 36. —rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos; 37. —rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos; 38. —rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales; 39. —rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen".

Sí, Jesús, son *tus rasgos sufrientes.* Es decir, no sólo te encarnaste en nuestra realidad humana al hacerte hombre. Te encarnas también en cada hombre y en cada mujer mencionados en el *Documento de Puebla*, tan vivo, tan de actualidad, y quizá tan olvidado. Por eso, cuando alguien dice que no tiene fe porque sólo cree en lo que ve, pues que mire y vea. Y vaya que sí se ve. Se ve la realidad, y tú estás, Jesús, encarnado en la realidad. Qué examen, pues, de conciencia nos toca hacer a cada uno partiendo de la realidad. Es ahí donde te vemos, si no miramos para otra parte.

Gracias, Jesús, por encarnarte y encarnar cada uno de tus gestos en el rostro de cada persona humana con la que nos encontramos en nuestro diario caminar.

***

Jesús, podemos quejarnos, y de hecho nos quejamos, quizá demasiadas veces, de los males que nos aquejan. Muy claro lo dice el *Salmo 40: "Me cercan desgracias sin cuento"* (Sal 40,13).

Tal vez no son tantas las desgracias. En fin, solemos llamar desgracias a los infortunios materiales. Entiendo que por ahí va el salmo. Pero la verdad es muy otra. Las auténticas desgracias son el pecado, y sus consecuencias. *"Se me echan encima mis culpas, y no puedo ver; son más que los pelos de mi cabeza, y me falta el valor"* (Sal 40,13). Las culpas, Jesús, las culpas tienen la culpa. Valga el juego de palabras.

La cosa es que, cuanto más nos encerramos en nosotros mismos, pensando y dando vueltas a las desgracias que nos rodean, más perdemos el tiempo. ¡Cuánto mejor nos iría si saliendo de nosotros mismos, tratáramos de sintonizar con la belleza de la Creación!

Sintonizar con esa acuarela de colores que es, por ejemplo, la primavera. O con la luz musical de las aves que desgranan canciones sobre una alfombra de flores. O escanciar el relente de la noche en las tinajas del tiempo, para brindar por la vida con el vino nuevo que aún hierve en el lagar. ¿Razón? Porque, *"Grande es el Señor"* (Sal 40,17). Y añade el salmista: *"Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios"* (Sal 40,4).

Qué hermosa es una montaña nevada. Mientras se va deshaciendo en ella la nieve, hasta convertirse en manantial de agua fresca que baja por múltiples quebradas, y ser río que canta baladas de espuma sobre las rocas, hay un proceso de ida y vuelta. De la tierra se ha evaporado el agua que luego vuelve a caer benéfica sobre la tierra en sequía. O en forma de nieve. *"Cuántas maravillas has hecho, Señor Dios mío, cuántos planes en favor nuestro"* (Sal 40,6). Sí, Jesús, un proceso de ida y vuelta.

Tú has elevado al hombre, desde el barro de la tierra, hasta Dios. Y transformado por ti, el hombre debe ser, como la lluvia, bendición para los demás.

Bendición, sí. Con razón advierte el salmo: *"Tú no quieres sacrificios ni ofrendas. No pides holocaustos ni sacrificios expiatorios"* (Sal 40,7). Efectivamente, Dios quiere nuestro corazón transformado por tu amor. Un corazón que sea capaz de amar. La tentación consiste en decir: *"Yo soy pobre y desgraciado"* (Sal 40,18). Vale. Pero hemos de tener claro que Dios cuida de todos. Porque, *"Tú eres mi auxilio y liberación"* (Sal 40,18). Jesús, ayúdanos, para que nunca dejemos de poner nuestra confianza en ti, que eres el Hijo amado del Padre.

DESDE EL SALMO 41

CUIDAR NUESTRO TEMPLO

Jesús, fuiste audaz y provocativo. Aquel gesto tuyo dentro del recinto del Templo de Jerusalén, fue valiente, comprometedor y tremendamente arriesgado. Arrojaste del mismo tanto a vendedores de novillos, como de corderos y palomas. Y al volcar las mesas de quienes cambiaban moneda extranjera por nacional, es decir, de los banqueros, eso te supuso un enfrentamiento frontal con la oligarquía dirigente y dominante del país. Habían hecho del Templo, principal símbolo religioso y unificador, el cuartel general de la política y de la economía. Negocio asegurado.

Tu gesto valiente, pero inusitado, iba más allá de la provocación. El abuso de poder de los dirigentes había sobrepasado los límites tolerables. Y denunciaste al mismo tiempo que la religión, por sí misma, no es sinónimo de santidad, ni el acudir al Templo garantía de salvación personal.

Naturalmente, la fuerza profética con que actuaste desencadenó tu detención, y rápida ejecución. Atacar al Templo suponía, según la élite gobernante, atacar el corazón mismo del pueblo. Mentira. Fue todo lo contrario. Tú, Jesús, jamás atacaste la vida religiosa de nadie. Atacaste, sí, la política corrupta, escudada tras la religión, por quienes detentaban el poder. Y de paso, dejaste bien claro que el Templo no es patrimonio de nadie. Dejaste también en evidencia a quienes manipulan para sus intereses a Dios, reduciéndolo a ocupar un lugar geográfico concreto.

Jesús, buscabas signos del Reino de Dios y su justicia. El templo de Jerusalén, como cualquier otro templo, debía ser casa de oración, no almacén de negocios; ni banca de divisas, donde los diezmos y primicias ofrecidas a Dios se convertían en el más lucrativo negocio. Allí había de todo, menos signos del Reino de Dios. Esto es lo que no encontraste.

A saber por qué universal mecanismo psicológico del complejo de poder, quien se instala en el mando tiende, y de hecho pronto lo consigue, a separarse del pueblo. Y el pueblo queda en un teledirigido e irrelevante segundo plano. La religión, así practicada, puede llegar a tapar muchas miserias. De hecho, mientras en el entorno del Templo de Jerusalén se acumulaba la riqueza, en el pueblo, sobre todo en las aldeas, crecía la miseria. Todo aureolado bajo la bandera de la religión, cuyo símbolo era el templo.

Naturalmente, tú, Jesús, no podías legitimar una religión como aquella, creadora de las clases sociales, compuesta de dominados y dominadores. Como no se puede legitimar una religión que proclame la guerra santa como sistema y método de avasallamiento, dominio y conquista. ¿De cuándo acá las guerras son santas? ¿Quién lo ha dicho?

Ante tu actuación, cabe preguntarse, Jesús, por el papel que desempeñan las religiones. ¿Una religión de puros? No existe una religión para los puros. En primer lugar, porque no los hay. Y en segundo lugar porque tú viniste a salvar a los pecadores. Eso sí, nos dijiste que tenemos que *"ser santos como el Padre celestial es santo"* (Mt 5,48). La religión tiene sentido y vale en la medida que ayuda a sus seguidores a llevar un estilo de vida en consonancia con la santidad de Dios y con el respeto que todo ser merece.

Lo primero no es la religión, sino la santidad que nos ayuda a adentrarnos en el reino de Dios. Cuántas veces, ritualismos y prácticas religiosas no pasan de ser simples sucedáneos de la realidad ideal. Y, aun peor si se mezcla con la magia, o con las supersticiones.

La magia es todo lo contrario de la religión. Mientras la religión acerca el ser humano a Dios, la magia lo aleja. La religión va en la línea del amor. La magia, por el contrario, va en la línea del miedo o del interés. El miedo nos lleva a buscar toda clase de medios de defensa, para defendernos de un poder amenazador. Desde la magia, Dios es alguien que amenaza, o estorba. Desde la religión, Dios es alguien que ama. Cercano. Que crea confianza.

Dios es un Padre que nos ama, y nos ama de verdad. Esto es lo que tú, Jesús, nos has revelado. Y nos has indicado cuál es el camino para llegar a Dios. En el desierto de la vida, donde los caminos se diluyen y es fácil perderse, tú nos dices: *"Yo soy el Camino"* (Jn 14,6).

***

Jesús, me parece que el bien más valorado entre la gente es la salud. ¡Cómo apreciamos la salud! Las cosas suelen valorarse más cuando carecemos de ellas. Por ejemplo, la salud. Si enfermamos, si algo nos duele, enseguida corremos tras el médico. Buscamos estar sanos. Y, si somos pobres, malamente nos contentamos con serlo, pero decimos: Una por una, que haya salud.

Otro medio de valorar la salud es cuando vemos a alguien pobre o enfermo. Al ver el sufrimiento ajeno nos damos cuenta del tesoro que supone tener salud. Y mejor aún lo experimentaremos si entramos en contacto directo con el necesitado para ayudarle. El *Salmo 41* dice expresamente: *"Feliz el que se ocupa del débil y del pobre"* (Sal 41,2).

Hay quien lleva muy mal la enfermedad. Hay quien la lleva en silencio. Y hay quien aprovecha esa situación de postración para acercarse más a Dios. Cuando llega la enfermedad, y con ella tal vez la soledad, el silencio nos rodea. Callan las palabras. Habla el corazón. Atrapada queda entonces la palabra en el silencio. Pero desde el silencio, muchas veces más

elocuente que la palabra, podemos recordar: *"El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor, calmará los dolores de su enfermedad"* (Sal 41,4).

Jesús, si desde el lecho del dolor, somos capaces de decir a Dios: "te quiero", es que lo decimos de verdad. Pero hay también veces en que no estamos enfermos, ni necesitados de algo, pero nos duele el alma. Qué buen momento para decir: *"Señor, ten misericordia, sáname, porque he pecado contra ti"* (Sal 41,5).

De tantas maneras pecamos… Pecamos, Jesús, cuando sintiendo que pasas a nuestro lado, preferimos quedarnos a la vera del camino, en vez de seguirte. Pecamos cuando cauterizamos tu ausencia poniendo sucedáneos de ti. Y sucedáneos de ti son, por ejemplo, las falsas devociones que nos inventamos para paliar tu ausencia. Pecamos cuando fabricamos o esculpimos, como mediocres orfebres, imágenes de ti ante las que nos arrodillamos, pero con un corazón vacío. Pecamos cuando, templos como somos de Dios, nos parecemos al templo de Jerusalén en el estado en que lo habían convertido.

Jesús, por todo esto que comentamos, te pido que, como aquel día en Jerusalén, purifiques también nuestro personal templo, a fin de que sea de verdad *Casa de Dios*.

DESDE EL SALMO 42

NOSTALGIA DEL EMIGRANTE

Jesús, casi desde que yo tenía uso de razón vengo observando que los acontecimientos en general, por ejemplo, lo de la naturaleza, son rotativos, o cíclicos. Por ejemplo, se va la primavera. Pero vendrá otra nueva primavera. En cambio, la vida es lineal. Tan estirada como la vía del tren. Pero la vida, se nos va y no retorna.

Con esto, me fijo en que las religiones tienen ritos iniciáticos que marcan la entrada y pertenencia de sus nuevos adeptos. Uno de estos ritos más universalmente empleados, es el Bautismo. Es anterior al cristianismo. También los judíos lo empleaban. De hecho, tú, Jesús, te hiciste bautizar a manos de Juan. Con ello estabas indicando públicamente tu pertenencia al pueblo judío. Es decir, como hombre, te sometiste a las leyes y normas de tu pueblo. Pero siendo Dios al mismo tiempo, el Padre se encargó de darte a conocer. Expresamente lo dice el Evangelio: *"Jesús llegó desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y al salir del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu Santo descendía sobre él como una paloma; y una voz desde el cielo dijo: "Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección"* (Mc 1,9-11). Tú eres mi hijo muy querido. ¡Qué maravilla! Pero el bautismo es mucho más que un rito de iniciación.

El Bautismo va más allá de un rito. Es un Sacramento. De esta manera, la vida cristiana se inicia por la Fe. Y la fe, en general, se transmite, fundamentalmente, de padres a hijos. Pero no sólo. Cuenta también el ambiente geográfico y cultural. O sea, si uno nace en un país cristiano, lo lógico es que sea cristiano; si nace en un país que tenga otra religión, lo lógico es que pertenezca a esa determinada religión.

El ambiente absorbe. Para bien y para mal. Hasta que llegue el momento en que cada uno deba personalizar y responder de su fe. Esto conlleva un proceso. La fe, como tantas otras cosas, está sometida a un proceso de profundización. Cuando nacemos no se nos pregunta si queremos nacer. Ni dónde. Nos dejamos llevar por otros, generalmente los padres. Hasta que llegue el momento en que cada uno ha de buscarse la vida por su cuenta.

Sabes, Jesús, que hace años los obispos vascos, en la Carta que cada año suelen publicar en la Cuaresma, publicaron la que titularon *"Transmitir hoy la Fe"* (Cuaresma-Pascua 2001). Decían: *"La catequesis es un proceso de profundización en el conocimiento y vivencia de la fe, que se desarrolla a partir de una adhesión fundamental a Jesucristo, a quien se ha llegado a descubrir al menos inicialmente como revelación de Dios y centro de*

unificación para nuestra vida...". Gran verdad. La catequesis un proceso de profundización.

Para cualquier cristiano, hombre o mujer, que se plantee de verdad su fe, es bueno, más, es necesario, reflexionar en la famosa pregunta que un día lanzaste a los discípulos: *"¿Quién dice la gente que soy yo?"* (Mc 8,27). De sobra sabías, Jesús, lo que la gente opinaba de ti, estando, como estabas, todo el día en medio de ellos. Pero querías ir más lejos. Querías implicar personalmente a los discípulos en la respuesta. Y les dices, directamente: *"Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?"* (Mc 8,29).

Me figuro que hubo un momento de perplejidad y silencio. Seguramente no se esperaban la pregunta tan directa y con tanta puntería. Quedaron callados. Hasta que, como siempre, el bueno de Pedro, responde por él y por los demás: *"Tú eres el Mesías"* (Mc 8,29).

Jesús, sé que la Fe debe personalizarse. De lo contrario, no sería fe; sería otra cosa. Lo mismo que cuidamos nuestra vida corporal, debemos cuidar nuestra vida sobrenatural. Y si convenimos, como es obvio, en que la vida es lineal, es decir, no retorna, nacemos y vamos en línea recta hasta que morimos, esto significa que no hay retorno.

La vida es de una pieza, toda seguida. No importa si es larga o es corta. Es la vida. Lo mismo acontece con la vida de Fe. También es lineal. Comienza en el Bautismo y llega hasta el encuentro amoroso con el Padre, en la eternidad. El camino para llegar al Padre eres tú, Jesús. Y la Fe es adhesión total a ti. Por eso, el que se bautiza y es fiel a su compromiso bautismal, resucitará contigo en la vida nueva de la Gracia.

***

Jesús, al rebobinar la vida, al dar rienda suelta a los recuerdos, cuántas cosas van surgiendo. Tantas vivencias. Son sueños incumplidos, muchas veces; otras, esperanzas que no llegaron a pasar la puerta de su realización. Pero hay también gozos y alegrías. La vida es compleja. La vida está entrelazada de sueños. Unos se cumplen, otros no. De ahí que el *Salmo 42* diga: *"Recuerdo otros tiempos y desahogo mi alma conmigo*" (Sal 42,5). Es la vida.

Pero si una persona ha tenido que emigrar, dejando país, familia, amistades, todo, la cosa se complica. Y se complica, no sólo por las circunstancias y situaciones a las que tendrá que hacer frente, sino también a la nostalgia que con toda seguridad le sobrevendrá, tarde o temprano. El alma está hecha de sentimientos. Y en el emigrante, nostalgia. *"Las lágrimas son mi pan noche y día"* (Sal 42,4).

El emigrante, qué duda cabe, recordará viejos tiempos, momentos felices de su infancia, tiempos que volaron rápidamente y para siempre.

Recordará cuando, siendo niño, iba agarrado a la mano de su padre, o de su abuelo. Recordará la sonrisa de uno y de otro. Días felices. Recordará: *"Cómo entraba en el recinto santo, cómo avanzaba hacia la casa de Dios entre cantos de júbilo y alabanza"* (Sal 42,5). Felices tiempos.

Jesús, ver a un niño con su padre, es como un poema en el recuerdo. Un poema inacabado. Pero, entre el hijo y el padre hay un abismo de por medio: la edad. En realidad, son dos vidas paralelas, que ni el recuerdo puede juntar. *"Cuando mi alma se acongoja, te recuerdo desde el Jordán y el Hermón y el monte Misar"* (Sal 42,7).

Y bien, recordando aquellos días, aquellos tiempos idos, conviene, Jesús, no dejarnos arrastrar por la nostalgia. Que tomando lo mejor de lo que hayamos vivido, no olvidemos que nuestra alma tiene sed de ti. *"Como busca la cierva corriente de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo"* (Sal 42,2-3).

Jesús, si la nostalgia nos invade, nostalgia del emigrante, que sepamos preguntarnos: *"¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué gimes dentro de mí? Espera en Dios, que volverás a alabarlo"* (Sal 42,12).

DESDE EL SALMO 43

ESCUCHAR TU PALABRA

Jesús, me gustaría comenzar esta charla contigo citando un párrafo de un conocido escritor. Doctorado en no sé cuántas cosas, a mí me gusta por su sensibilidad al escribir. Verás, es todo un poema: *"Bajaba de escuchar el silencio de la nieve cuando los castaños me salieron al encuentro y me dijeron: Dimos castañas a generaciones y generaciones. Mientras nos asaban escuchamos leyendas, cuentos, aprendimos la genealogía de todas las casas, la historia de cada pedazo de tierra y hasta de las vacas. En nuestras ramas anidaron los pájaros, hasta pájaros que ya no vienen por aquí. Hemos visto desaparecer costumbres, palabras. Hemos asistido a nacimientos, a muertes de gentes en plena juventud. A nuestra sombra pastaron vacas y muchos burros cargaron con sacos de nuestras castañas. Ya no vemos vacas ni burros. Con nuestras ramas ya no hacen vigas porque las utilizan de hierro y cemento. Ahora vienen por aquí gentes que no son de aquí y dicen: "Parece una escultura", cosas bonitas, pero no saben nuestra historia y muchos ni siquiera saben que las castañas asadas son nuestras lágrimas y nuestras sonrisas".* (M. Mandianes*).*

Bonito, ¿verdad? Me imagino un grupo de personas en torno a unas brasas donde se asan las castañas. Aquí lo interesante no es lo las personas dicen, sino el comentario-queja de las castañas. Estamos tan concretados en nosotros mismos que no ponemos oídos a lo que otros dicen. Y dicen, a veces, tantas verdades que convendría las escucháramos. En fin.

Tú, Jesús, el Hijo eterno de Dios, eres el Poeta por antonomasia. Con qué cautivadora sencillez nos hablas de los lirios del campo, de las aves del cielo. Nadie como tú ha sido capaz de manifestar y tener tanta sensibilidad, tanta capacidad de admiración ante la maravillosa obra de la Creación. Esa Creación salida de las manos del Padre Dios. La Creación, es el Poema de Dios.

La Biblia recoge el poema sinfónico de la Creación. La Biblia recoge, sobre todo, la Buena Nueva de la Salvación. Tú, Jesús, eres *el centro del Cosmos y de la Creación*. Has traído al mundo esperanza y alegría. Lo demostraste fehacientemente aquel día en la sinagoga de Nazaret. Queda de manifiesto tu asistencia asidua a la sinagoga. De no ser así, nadie te hubiera invitado a hacer la lectura bíblica.

Bien, hiciste la lectura, pausada, proclamada. Y luego les hablaste. Fue una homilía brillante. Entre otras cosas, les dijiste que todo eso se cumplía *"aquí y ahora*". La Palabra de Dios no es para archivarla en los anaqueles de una biblioteca. Y, personalizando las palabras del profeta Isaías, dijiste a

tus paisanos: *"Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura…"* (ver Lc 4,18-22).

Estoy más que seguro de que más de una lágrima corrió por aquellos rostros curtidos por el sol y la arena del desierto. En tus palabras, los pobres encontraron los brazos abiertos de Dios. Los presos por la miseria material y espiritual se sintieron liberados de sus vicios, y de las injusticias del pecado. Los ciegos pudieron ver por dentro y por fuera. Les diste las claves para erradicar la miseria, la explotación, y las estructuras anti-humanas. Los oprimidos comprendieron que también ellos eran sujeto y dueños de sus derechos.

Y es que, efectivamente, Jesús, la Biblia es la Palabra, el Mensaje de Dios para nosotros, hombres y mujeres de todos los tiempos. Te serviste de la Palabra de Dios escrita, como base referencial, para comenzar tu Misión evangelizadora.

Este bellísimo y conmovedor pasaje que recoge san Lucas (Lc 4,18-22) fue tu punto de arranque, y el programa a realizar. Bien podemos concluir que la Biblia es el Libro que tiene una sola hoja. No hace falta pasar páginas. En esa sola Hoja, diáfana y transparente, está contenido todo el Mensaje de Dios a la Humanidad. Aquel día todos lo entendieron en la sinagoga de Nazaret.

***

Jesús, nuestra vida, deja flotar mi imaginación, es como un barco de vela que sale a altamar. La misma brisa lo empuja, lo lleva. Flota sobre las aguas como si fuera un barquito de vela. El barco frágil de nuestra vida tiene también que sortear olas bravas. El mar nunca está quieto. Nos sentimos rodeados de peligros. Al sentir el peligro el peligro, de inmediato acudimos a Dios. Con el *Salmo 43* le decimos: *"Tú eres mi Dios y protector"* (Sal 43,2). Pero si, de pronto nos da por pensar que Dios no está con nosotros, que nos ha dejado solos, gritamos despavoridos: *"¿Por qué me rechazas?"* (Sal 43,2). Que hasta ahí es capaz de llegar nuestra osadía. Y nuestra desfachatez. Hasta atrevernos a exigir cuentas a Dios.

Por eso, Jesús, lo primero que debemos hacer, que debo hacer, es pedir perdón. Es la manera mejor, más adecuada y digna, de enmendar nuestros yerros. Tú nunca nos dejas solos. Juntos vamos en la misma barca. Y el timonel eres tú. Pero tras la petición de perdón, debe seguir el propósito de la enmienda. Y una confianza renovada. *"Envía tu luz y tu verdad; que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada"* (Sal 43,3).

Una vez puesta al día nuestra confianza en Dios, es justo que sepamos darle gracias. Hay tantas cosas por las que tenemos que estar agradecidos que es imposible poder enumerarlas. Pero, en primer lugar, por el don de la vida. Existimos. Somos. Cuando podíamos no existir. Cómo no estar, pues,

agradecidos. *"Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría"* (Sal 43,4).

Las olas llevan y traen la frágil embarcación de nuestra vida, hasta que al fin queda varada en la arena de la playa. Es el momento de decir: *"Te daré gracias al son de la cítara, Dios, Dios mío"* (Sal 43,4). Mi vida es un frágil barco sobre las olas del mar. Y tú, Jesús, el timonel. Por lo mismo, nada nos debe afligir. Ningún miedo nos puede vencer. *"¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué gimes dentro de mí?"* (Sal 43,5). Nada hay que temer.

Tú, Jesús, eres el Hijo de Dios. Del Dios de mi alegría, de nuestra alegría. El Dios que nos salva, que nos guarda y protege. Por eso: *"Envía tu luz y tu verdad, que ellas me guíen"* (Sal 43,3). Y cuando este barco llegue al puerto definitivo, tras haber escuchado tu Palabra, que tus brazos amorosos, Jesús, me reciban junto al Padre.

DESDE EL SALMO 44

BUSCAR ES HACER HISTORIA

Jesús, el *Evangelio de Juan* (Jn 1,35-42) nos cuenta el *encuentro* que tuvieron contigo los primeros discípulos. *Juan el Bautista* te reconoce en cuanto llegas al Jordán. Les dice a Andrés y Felipe, discípulos de Juan, que eres *"El Cordero de Dios"*. O sea, les está diciendo que eres de más categoría que él. Por consiguiente, que eres tú a quien hay que seguir. Entonces, Andrés y Felipe, no sin cierta timidez, se van tras de ti. Para que no les quepa duda alguna de que no se han equivocado, les preguntas: *"¿Qué buscáis?"* Un tanto azorados como sin duda estaban, ellos a su vez te preguntan: *"Maestro, ¿dónde vives?"* Tu respuesta fue franca, llana y amistosa: *"Venid y lo veréis"*.

Debieron quedar gratamente impactados. Al día siguiente Andrés te trae a su hermano Pedro. Felipe, a su vez, llama a Natanael: *"Hemos encontrado a aquel de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret"* (Jn 1,45).

Jesús, este pasaje es muy sugerente. Cuando alguien nos habla de ti, y nos lleva hasta ti, uno queda encandilado. Y se convierte en discípulo tuyo. ¿Qué tienes, Jesús, que de tal manera arrastras?

El hombre, varón y mujer, de todos los tiempos, se ha caracterizado por ser un buscador. El hombre busca, más allá de sí mismo, algo o *Alguien* que llene su corazón, que dé sentido a su vida. Ese *Alguien* eres tú, Jesús. Tú no eres una entelequia, no eres un sueño, o un espejismo, sino el Dios hecho Hombre. Y lo más sorprendente, es que vives en nuestro propio corazón.

¿Dónde vives…?, te preguntaron aquellos discípulos. La misma pregunta que te han hecho, al correr del tiempo, músicos, poetas, artistas, grandes pensadores, y la gente, en general. A poca sensibilidad espiritual que se tenga la pregunta surge espontánea. *¿Dónde vives?* Y, no solamente te han seguido, sino que, además, te han cantado en brillantes obras musicales. En prosa y en verso. En obras de majestuosa arquitectura. Y en la sencillez de tanta gente cuya vida va transcurriendo con normalidad. Por ti han dado la vida innumerables mártires. Por ti, hombres y mujeres han sacrificado los más nobles instintos, y te han consagrado todo su ser en la vida religiosa y sacerdotal. Por ti, tanta gente anónima, va abriendo surcos de luz y de esperanza con su trabajo callado, con su entrega amorosa y generosa a la familia. Por ti, la vida es bella. Por ti, Jesús, el cosmos infinito se convierte en el gran salmo de la Creación.

***

Jesús, nuestra vida es como un libro que lo vamos escribiendo con la inmaterial prosa de lo cotidiano. Te diría que es como un poema, materialmente inmaterial. Porque hay siempre un algo, más allá de lo literalmente escrito. Más allá de la letra está el espíritu, está la esencia de cada cosa. Aquello que no se ve. Pero ahí está. Porque algo así es también la historia. Lo que va quedando atrás. Lo que ya no se ve. Que también la historia tiene espíritu. Y, hablando de historia, el *Salmo 44*, dice: *"Nuestros padres nos lo han contado"* (Sal 44,2). Es decir, la historia de la que no hemos sido parte, otros la han vivido y nos la han contado.

Sí, Jesús. La vida encierra mucha historia. Y la historia, a su debido tiempo, se transformará en arqueología de sí misma. *"La obra que realizaste en sus días, en los años remotos"* (Sal 44,2). El universo no cabe en la historia, pero llena la Historia. Estamos hechos para la Historia.

Es más, si después de escribir, renglón a renglón, la historia que formará parte del libro de la vida, no somos capaces de superar las páginas negras de la misma, es que no hemos aprendido apenas nada. Es terrible, Jesús, ver la cantidad de cosas negativas que suceden en la historia personal de cada ser humano sobre el planeta tierra. Los salmos lo constatan. Cuánta violencia. Cuánta guerra. Cuánta iniquidad. Con razón el salmista exclama: *"Dios mío, tú mismo con tu mano desposeíste a los gentiles, y los plantaste a ellos; trituraste las naciones"* (Sal 44,3). La última palabra nunca la tendrá el mal. La culminación de la Historia será señalar el triunfo final del bien.

Los padres se han preocupado, a lo largo de los siglos, de contar a los hijos las proezas del Señor en pro de la humanidad. Pero no siempre los hijos han sabido aprender la lección de la historia. Y volvemos a las andadas. No acabamos de convencernos de que no somos nosotros los vencedores sobre el mal, sino Dios. *"Tú nos das la victoria sobre el enemigo y derrotas a nuestros adversarios"* (Sal 44,8). *"Dios ha sido siempre nuestro orgullo, y siempre damos gracias a tu nombre"* (Sal 44,9).

Pero de pronto vemos que las cosas se tuercen. Que no somos capaces de perseverar en el bien. Es entonces lógico que el salmista constate: *"Ahora, en cambio, nos rechazas y nos avergüenzas"* (Sal 44,10).

Ya ves, Jesús, somos malos alumnos que no han aprendido la lección. Por lo mismo, con el salmista también yo quiero decirte: *"Levántate a socorrernos, redímenos por tu misericordia"* (Sal 44,27). Sobre todo, a quienes te hemos seguido.

DESDE EL SALMO 45

UN CÁNTICO DE AMOR

Jesús, viendo caer en el otoño las hojas de los árboles, lo primero que a uno se le ocurre es pensar que la vida es un proceso ininterrumpido. Lo mismo que sucede con el árbol, que para que salgan nuevas hojas han de caer las anteriores, así ocurre con todos los seres.

Bien, dicho esto, fijémonos, Jesús, en el ser humano. Por estar dotado de racionalidad, se supone que es el ser más consciente de que nace, vive y muere. Hay alegría en la transmisión de la vida. La vida es hermosa. Y aunque a nadie le agrada morir, sabiendo que la realidad de la muerte es parte natural de la vida, hace que esta realidad se asuma también con naturalidad.

Jesús, para que lo entendiéramos mejor, nos pusiste el ejemplo del trigo. Un granito de trigo que se siembra en tierra, aparentemente muere. En realidad, no muere, se transforma en nueva vida. De esa aparente muerte brota la espiga. De la espiga, la harina. De la harina el pan. Todo un proceso. Por último, del pan comido en fraternidad brota una humanidad capaz de estrechar lazos de amistad.

A la amistad le ha precedido un proceso, por más que nos haya podido pasar desapercibido. Las cosas no nacen por generación espontánea. Ni siquiera el amor. También el amor tiene un proceso. Sin un Dios Creador no existiríamos.

Jesús, esta realidad del grano de trigo la aplicaste metafóricamente en primer lugar a ti mismo. Pero también a nosotros. Con ello aludías, por supuesto, a tu muerte. Pero para ser más exactos, aludías sobre todo a tu resurrección y glorificación, que está por encima de la muerte: *"Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto"* (Jn 12,24). Y al mismo tiempo nos estabas diciendo que no debemos encerrarnos en nosotros mismos. Quien se encierra en sí mismo es egoísta. Es el grano de trigo que no se siembra. El egoísmo no genera vida.

Caer en tierra, lejos de ser un signo de muerte es un signo de vida, de generosidad, de regeneración. El grano de trigo está destinado a ser pan que alimente, a ser parte del banquete gozoso de la vida. Ser parte de una fraternidad universal. Nada de eso se conseguiría si el grano de trigo se quedara en la vitrina de un museo para ser admirado. En los museos, y dependiendo del tipo de museo que sea, hay, por ejemplo, arqueología. Pero nunca vida. La vida no se conserva en museos.

Es natural sentir miedo ante la muerte. Más que nada, porque es un enigma, algo de lo que no tenemos experiencia. Tú mismo, Jesús, sentiste miedo ante la muerte. También para ti era un enigma, a pesar de ser el Hijo amado del Padre. Y dijiste: *"Si es posible pase de mí este cáliz"* (Lc 22,42).

Es el grito de la naturaleza, que se resiste a morir. Pero, ya ves, para seguir viviendo hay que morir. Gana y prevalece la vida.

Jesús, te hiciste grano de trigo y pan de Eucaristía. Aliméntanos siempre de tu Pan para que tengamos Vida eterna.

***

Jesús, me encanta de modo particular el *Salmo 45*. Es un cántico de amor. En realidad, toda nuestra vida debería ser un cántico de amor. Un poema que se escribe verso a verso, estrofa a estrofa, silabeando la canción que brota fresca de un alma enamorada. *"Mi lengua es ágil pluma de escribano"* (Sal 45,2). Aunque hay cosas que el alma siente, y que a expresar no acierta. Pero tú, Jesús, ves las ventanas de nuestra vida abiertas para atisbar los paisajes del alma.

Cierto es que el salmo, poema donde los haya, está dedicado a una pareja real. *"Eres el más bello de los hombres, en tus labios se derrama la gracia"* (Sal 45,3). Pero la verdadera realeza, y hermosura está en Dios. Por eso, mi oración, como siempre, se dirige en tu compañía al Padre. También yo deseo que mi vida esté siempre abierta al paisaje de la belleza de Dios.

Si en mi alma hay más prosa que poesía, pon tú, Jesús, rima a mis sueños, anclados en las riberas del tiempo. Invéntame paisajes nuevos para amarte. Para amar a Dios sobre todas las cosas. Que pueda yo también *"cabalgar victorioso por la verdad, la mansedumbre y la justicia"* (Sal 45,5). Que nunca me falte tu abrazo de Amigo, un abrazo tan grande como el universo.

Añade el salmo: *"Tu trono, oh Dios, permanece para siempre"* (Sal 45,7). Ese trono está rodeado de ángeles. Hasta él ansía llegar mi alma y quedar para siempre anclada en él. En el mar de la vida hay muchas arenas movedizas, donde es fácil naufragar. De naufragar, Jesús, que naufrague la prosa ordinaria de mi vida. Pero llévate contigo un manojo de los mejores sentimientos que guarda mi alma, para que, al llegar a la presencia del Padre, los pueda presentar, igual que una novia, con su buqué de azahar.

El salmo describe la belleza del cortejo nupcial: *"Ya entra la princesa, bellísima, vestida de perlas y brocado, la llevan ante el rey con séquito de vírgenes"* Sal 45,14).

Mientras tanto, con las palabras del salmo, también yo deseo expresar: *"Quiero hacer memorable tu nombre por generaciones y generaciones"* (Sal 45, 18).

Jesús, te reitero, que en las riberas de mi alma no falte nunca un manojo de versos en busca de eternidad. Cámbialos en ternura de besos. Que por pobres que sean, siempre serán mejor que la prosa llana de mi vida. Y eso. *"Por los siglos de los siglos"* (Sal 45, 18).

DESDE EL SALMO 46

SOMOS OBRA DE DIOS

Jesús, uno de los oficios más hermosos y admirables es el de la carpintería. Un ebanista es capaz de hacer verdaderas obras de arte de un tronco abrupto. No deja de ser fascinante. La madera se puede transformar en una obra de arte. La madera ahí está, pero todo ha cambiado. Podríamos decir que ha evolucionado.

Es la ley del devenir, según mi modo de ver. Incluso añadiría que hoy hay máquinas espectaculares que facilitan la labor del hombre. En tu tiempo, en cambio, Jesús, todo era más artesanal, más rústico, más primitivo. No había las máquinas, ni las herramientas, que hay hoy. Tanto es así, que un oficio tan noble como el de carpintero, parece que no se valoraba mucho. Por lo menos así lo vemos cuando al hablar de ti decían, no sin un deje despectivo, *"¿No es éste el hijo del carpintero?"* (Mt 13,55). Como si ser carpintero fuera una deshonra, o no fuera un trabajo digno. Todo artesano merece todo el respeto del mundo, aunque se trate de una persona sin estudios. Desconozco si san José sabía leer. Me imagino que sabía. Pero, independientemente de eso, la profesión de carpintero era muy digna. Todo oficio conlleva en sí mismo una dignidad. ¿No es así, Jesús?

Más que por ser hijo del carpintero, te menospreciaron por envidia. Ven los milagros que haces, ven que tienes un ascendiente notable ante la gente, ven que tú has prosperado y ellos no, te ven distinto, y sienten envidia. Así de sencillo. Esta envidia la disimularán y camuflarán con mil fatuos argumentos. Que si has tenido o dejado de tener estudios, que si eres de familia humilde. Lo de familia humilde, pase. Y hay que añadir: A mucha honra. Me pregunto, ¿acaso ellos eran de familia de abolengo? Ellos sí que eran ignorantes. Desconocían que tú venías en línea genealógica directa de David. Cosa, por lo demás, de la que nunca hiciste alarde. ¿De dónde venían ellos?

Jesús, no hay cosa peor que hacer acepción de personas. Mientras a unas se valora, a otras se denigra. ¿Con qué derecho? Toda persona, por el hecho de serlo, ya tiene una dignidad. Pero así somos los humanos. A veces se valora a una persona en razón de su apellido, su forma de vestir, o su cuenta bancaria. Pero no en cuanto persona. Está claro que a tu familia no la valoraban por tener cuenta bancaria. No la teníais. Podían haber echado mano a la cuestión del apellido de abolengo. Pero desconocían vuestro entronque davídico.

Estoy seguro, Jesús, que la actitud de tus paisanos te dolía. ¿Cómo no te iba a doler? ¿Cómo no te iba a doler que despreciaran a tu madre y tus hermanos? *"¿No es acaso el carpintero, el hijo de María, hermano de*

Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas no viven aquí entre nosotros? (Mc 6,3). ¿O que despreciaran tu modo de actuar? ¿Acaso no estabas haciendo la voluntad del Padre? Todo esto te dolió profundamente. No podía ser de otro modo. Y con amargura y tristeza les dices, a esa pandilla de incrédulos: *"No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa"* (Mc 6,4). La incredulidad no va con el Evangelio.

De fondo, cabe fijarse en otro detalle que no carece de importancia. Qué difícil resulta luchar contra corriente. Quien se pone a la moda no llama la atención. Quien no se somete a la tiranía de la moda es señalado como un bicho raro. Nada más tirano que la moda. Somos capaces de claudicar en personalidad con tal de que no nos señalen por no ir a la moda. De este modo, con cuánta facilidad triunfan los mediocres, o los ambiciosos.

Jesús, desde tu experiencia de haber sido humillado por tus paisanos, te pido que nos ayudes a valorar a las personas en cuanto tal, pues todos somos hijos de Dios.

***

Jesús, repasando el *Salmo 46* he dicho: Dios mío, eres un Dios singular. Tus manos son inmensas, aunque no tienes manos, pues tus manos son las nuestras. Tus ojos son ojos copiosos de luz; pero tus ojos son los nuestros. Todo lo ves por los ojos de tus hijos. ¿Y qué decir de tu voz? Tu voz ha llenado de sonido y amor el universo. Mas de pronto callas para que podamos oír el latir de tu corazón de Padre. Un corazón que no cabe en el universo. En resumen, te has volcado en nosotros. Nos has hecho tus hijos. Por eso, nos comprendes. Has querido, Dios mío, tú que eres Espíritu puro, que no necesitas manos, ni ojos al estilo humano, que seamos nosotros tus lugartenientes. Con razón dice el salmo: *"El Señor del universo está con nosotros"* (Sal 46,8).

¡Cómo no querer a Dios, si siendo el Eterno, y por eso mismo, es Amor! En sus manos, el frágil barro de nuestra estructura quebradiza se convierte en una magnífica obra de arte.

Jesús, Dios en ti se hace llanto con los que lloran, con los que sufren, con los que aman. *"Venid a ver las obras del Señor, las maravillas que hace en la tierra"* (Sal 46,9).

Dios nos ha dotado de un corazón capaz de amar. Nos has hecho semejantes a él. Por eso, siendo humanos, nos ha hecho casi divinos. *"El Señor del universo está con nosotros"* (Sal 46,12).

Por consiguiente, nada hay que temer. *"Que hiervan y bramen las olas, que sacudan a los montes con su furia: el Señor del universo está con nosotros"* (Sal 46,4). Ni los tsunamis del mar, tras un terremoto, ni los tsunamis del mal, cuando el diablo nos pone en tentación, nos pueden vencer.

"Nuestro alcázar es el Dios de Jacob" (Sal 46,12). *"No tememos, aunque tiemble la tierra, y los montes se desplomen en el mar"* (Sal 46,3).

Pero sí, Jesús, debemos temblar cuando nos alejamos de ti. Tú, que te has quedado para siempre con nosotros en el Sagrario. Pero es justo que me pregunte a mí mismo: ¿Y nosotros, estamos siempre contigo? Necesitamos permanecer junto a ti.

Jesús, para terminar, retomemos el principio de esta charla-oración. Tú, el Carpintero de Nazaret, ayúdanos, para que no destruyamos esta obra de arte que el Orfebre divino ha hecho de nosotros.

DESDE EL SALMO 47

CON GRITOS DE JÚBILO

Jesús, qué lejos se llega con la humildad, esa virtud tan escasa. Entiendo que todos queramos sobresalir, triunfar. Que se nos tome en cuenta. Pero no a costa de nadie, o de humillar y restar méritos a los demás. Sin embargo, vemos cómo la práctica habitual es tratar de ser el primero a ojos cerrados, sin mirar a nuestro alrededor.

Ilustro lo dicho con este ejemplo. Cuando alguien va conduciendo el coche por una autopista, o por una simple carretera, necesita mirar no sólo al frente, también a los lados, y desde luego, no perder de vista el espejo retrovisor. No somos dueños del espacio y la distancia. Compartimos la pista con muchos otros, y en las mismas condiciones. El peligro puede estar al frente, o surgir por detrás. No se trata de llegar al destino dejando el trayecto sembrado de accidentes. Aparte que, seguramente no llegaríamos.

Otra virtud que está emparentada con la humildad es la prudencia. El buen conductor no es el que va provocando accidentes, sino el que no causa ni es causante de ninguno. Entiendo, Jesús, que la humildad es virtud de personas que saben estar donde deben estar. La mejor forma para realizarse como persona. La ambición, las ansias de poder, por el contrario, suelen terminar en descalabros, sobre todo de conciencia.

Jesús, me viene esto a la mente en esta reflexión-oración junto a ti por lo siguiente. Estabas alojado en una casa. Era por la región de Tiro. Querías pasar desapercibido. ¿Pasar desapercibido tú? Lo tenías difícil. Pronto se corrió la voz de que estabas allí.

Resulta que una mujer, pagana ella, de origen sirio-fenicio, y que tenía una hija enferma *"poseída por un espíritu impuro"* (Mc 7,25), te pide que le expulses el demonio. Así solían etiquetar las enfermedades cuya raíz desconocían: un espíritu impuro, o un demonio. Pero no es ése el tema ahora. Total, la pobre mujer acude a ti. ¿Cómo no se va a preocupar una madre por la salud de los hijos? Tú, judío. Ella, pagana, de Siria. Te pide, te suplica, que cures a su hija. Y tú, Jesús, con deliberada y marcada intención pedagógica, señalas diferencias. Para comenzar, le dices una frase que hoy, y fuera de contexto, nos puede sonar fuerte, pero que en aquel tiempo tenía otro significado. Por lo pronto, no se trataba de un insulto.

Le dices que primero están los hijos: *"No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos"* (Mc 7,27). Es decir, hay una prioridad. Era también un modo de decirle que tu campo de acción estaba en tu propia tierra. Que Siria no era tu lugar. Pero, inteligente como ella sola, la mujer te cogió la vuelta. Sabía que para hacer el bien no hay patria, ni fronteras. Bien sabía que tú te dedicabas a hacer el bien. Y te contesta: *"Señor, pero también*

los perros comen debajo de la mesa las migajas que dejan caer los hijos" (Mc 7,28). No niega el orden de los factores, pero sabe que también ella entra en la esfera del bien. O sea, de los hijos de Dios. Sabe que el bien que tú haces también le alcanza a ella. Que también a ella le asisten derechos. Que en la casa nadie se queda sin comer. Ni el hijo, ni el perro, ni el gato.

Es, pues, una mujer que acude a ti en plan humilde y confiado. Y consigue lo que busca.

Es un hecho que los hombres marcamos fronteras. Pero las fronteras son siempre convenienciales. En cambio, para la humildad no hay fronteras. Y la mujer te suplica con inmensa humildad. Entonces tú, también con inmensa ternura, miraste a esa pobre madre que con lágrimas te suplicaba, para de inmediato decirle: *"Anda, vete, que por eso que has dicho, el demonio ha salido de tu hija"* (Mc 7,29).

¡Ay que ver, cuánto puede plegaria de una madre! Y es que, humildad y bondad van juntas. Tú sabías perfectamente, Jesús, lo que ella te iba a pedir, antes que te lo pidiera. Y sabías lo que ibas a hacer. Y, naturalmente, la curación se produjo. ¡Cómo no se iba a producir!

Esto me da también una pista de por qué, cuando acudimos a tu Madre, la Virgen María, pidiéndole que interceda por nosotros, se nos concede lo que pedimos. ¡Cómo no se nos va a conceder si es tu Madre quien te suplica! Y a una madre no se le niega nada.

***

Me imagino, Jesús, la alegría de aquella mujer. ¡Qué himno de acción de gracias debió brotar desde el fondo de su corazón! Pues mira, pensando en la mujer siro-fenicia, nos viene muy propósito el *Salmo 47*. Es todo un himno de aclamación a Dios. Me uno al salmo, con el júbilo de la buena mujer, deseando que también mis manos batan palmas. ¡Hay tanto que agradecer a Dios! Deseo que mi alabanza se agrande en el eco del viento y se esparza a los cuatro puntos cardinales. Que los montes y valles recojan la algarabía de toda la gente agradecida para aclamar a Dios. *"Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo"* (Sal 47,2). *"Nos has escogido por heredad tuya"* (Sal 47,5). Eres el Dios amado.

Jesús, muchas veces he venido ante ti para presentarte mis lamentos. Han sido lamentos que he encaramado sobre las rocas del tiempo como monolitos que guardan la memoria de otras quejas y lamentos. Pero cuántas veces mis lamentos y lágrimas eran sólo puro sentimentalismo. Tú quieres, en cambio, lágrimas de sinceridad. Y la humildad de la mujer sirio-fenicia. Ella pide la salud de su hija. Lo hace con humildad y respeto. Y con una gran esperanza.

De nada serviría que mis lágrimas corrieran como ríos por la estepa reseca si no responden a un cambio sincero de vida. Hoy, sin embargo, acudo

desde la escueta realidad de lo que soy para dar gracias al Padre, no sólo *"Porque Dios es el rey del mundo"* (Sal 47,8), sino porque reparte el pan a buenos y malos por igual.

Jesús, que mi palabra que hoy se pronuncia agradecida, quede atrapada para siempre en el laberinto del viento, para que una y otra vez me recuerde que tú *"reinas sobre las naciones"* (Sal 47,9).

Que los ríos arrastren para siempre las quejas y lamentos, mías y de mis hermanos. Y que el mundo entero se postre en adoración ante Dios. Recuerdo lo que dice el salmo: *"Los príncipes de los gentiles se reúnen con el pueblo del Dios de Abrahán; porque de Dios son los grandes de la tierra, y él es excelso"* (Sal 47,10).

Jesús, esta quiere ser hoy mi oración. Oración de alegría, de aclamación, de reconocimiento, de infinita gratitud. *"Tocad para Dios, tocad; tocad para nuestro Rey, tocad. Porque Dios es el rey del mundo, tocad con maestría"* (Sal 47,7-8). Es mi oración.

Quiero unirme al salmo en gesto de aclamación y, con toda la gente buena del mundo contemplar cómo *"Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas"* (Sal 47,6).

Jesús, tú no defraudaste a la mujer que imploraba la curación de su hija. Que tampoco nosotros defraudemos la confianza que has puesto en mí y en mis hermanos, los hombres y mujeres de este mundo. Que la alegría y agradecimiento que brotó de su corazón sea signo del que debe brotar también en el mío. Y danos siempre, aunque sea sólo las migajas que caen de la mesa.

DESDE EL SALMO 48

PERDONAR Y OLVIDAR

Jesús, con bastante frecuencia se oye esta frase: *"Yo perdono, pero no olvido"*. Singular modo de perdonar, sin perdonar. No deja de ser un modo hipócrita de aparentar que se perdona cuando, en realidad no se perdona. Eso es guardar resentimiento. Es cierto que las cosas no se olvidan, así como así. Las cosas quedan en la memoria. En el corazón debe quedar el perdón. Emplear ese, *pero no olvido*, unido al *yo perdono,* indica que se trata sólo de una tregua. Hasta que llegue el momento: *"Ya me la pagarás".* Actitud vengativa,

Qué difícil resulta superar el *"yo perdono, pero no olvido".* De algún modo corresponde, en parte al menos, a ese instinto thanático, o de muerte, que llevamos en nosotros mismos. Es el polo opuesto al instinto de vida.

Viene esto al caso al recordar el pasaje evangélico cuando Pedro, sintiéndose generoso, y demostrando que lo era, según él, te pregunta que cuantas veces hay que perdonar. Va directo al grano: *"Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?"* (Mt 18,21). Siete, son muchas veces. Pedro es generoso. Pero su generosidad inicial quedó chafada de golpe al responderle tú: *"No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete"* (Mt 18,22). ¡Siempre!

Jesús, más claro imposible. Nos guste o no nos guste: ¡Siempre! Y es que, el perdón está en la base del amor. Si no hay perdón no hay amor. Y al revés.

Si nos sentimos ofendidos y no somos capaces de perdonar, pronto se nos cuela el rencor, la intransigencia. Nos volvemos intolerantes. Puede llegar un momento en que no nos aguantemos a nosotros mismos. Porque perdemos la paz interior. Porque el resquemor nos corroe. Porque nuestras relaciones con los demás se debilitan. Y porque del radicalismo al fanatismo, y a la inversa, hay solo un paso.

Tu galilea tierra, Jesús, tenía mucho de fanatismo. Tierra difícil, de luchas y contiendas, de fanatismos religiosos, de opresiones sufridas por causa de los invasores, había producido gente que hoy llamaríamos *nacionalista*. Los nacionalismos producen intransigencia. Pero la intransigencia hace que veamos las cosas sólo desde un lado. Nada más. El nacionalismo es el árbol que nos impide ver el bosque. De ese modo, la culpa la tienen siempre los demás. Nosotros somos los buenos. ¡Qué casualidad! Si se le pregunta a alguien que va armado con una pistola: ¿por qué llevas pistola? La respuesta, indefectiblemente, será: Para defenderme. Pero si nadie te ataca, ¿de quién te vas a defender? Deja la pistola y sanseacabó.

La intolerancia termina por meterse en todas las capas de la sociedad. Y no sólo civil. También en lo religioso. También en las religiones. Todas las religiones pasan por épocas de intransigencia y de fanatismos. Muchas guerras han tenido un componente religioso de fondo. Una pena. Pero ahí está la historia para constatarlo.

El perdón no corresponde a un momento de fervor, o de misticismo. Los misticismos son peligrosos. Todo lo que se sale de lo normal conviene analizarlo con lupa. El perdón corresponde a una actitud personal, a un convencimiento personal. Debo perdonar por el perdón en sí mismo. Sin condiciones. Sólo así es posible la paz. Pero desde un punto de vista cristiano, el perdón hay que realizarlo porque somos cristianos, seguidores tuyos, Jesús.

Pues bien, Jesús, tú, que supiste disculparnos ante el Padre y le dijiste: *"Perdónalos porque no saben lo que hacen"* (Lc 23,34), ayúdanos a perdonar de verdad, y que también nosotros seamos perdonados.

***

Jesús, pasan los años. Muchas primaveras y muchos otoños han ido desfilando a la vera de mis años. A la sombra de tantos veranos vencidos, he venteado los sueños hibernados en los páramos de la edad. Es la vida, tan corta, o eso es lo que a mí me parece.

Quizá estas palabras, Jesús, imperfectamente expresadas, de algún modo te presentan el sentir de una vida. Mi vida, en concreto. Pero una vida rodeada de tu amor. Me gusta el *Salmo 48*, que dice: *"Oh Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo: como tu nombre, oh Dios, tu alabanza llega al confín de la tierra"* (Sal 48,10-11).

También dice: Una ciudad bien amurallada se siente segura. *"Dad la vuelta en torno a Sión, contando sus torreones"* (Sal 48,13). Sin embargo, se necesita algo y mucho más. Una ciudad, si está sitiada, ni se puede entrar ni salir. Por consiguiente, debe estar bien abastecida, para subsistir. Que no falte alimento. Que no falte agua. No basta tener murallas.

Cuántas veces, Jesús, nos sentimos seguros, amurallados, encerrados, en nuestro propio castillo interior. Y descuidamos el cultivo de nuestros campos exteriores. Dentro de una ciudad no se siembran maizales. No se siembra trigo. No hay cosechas. No brillan las mazorcas, de luz ámbar encendidas en los maizales, en la placidez del otoño. Olvidamos que nuestras murallas personales no necesitan puertas. Tú eres nuestra seguridad: *"Grande es el Señor y muy digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios"* (Sal 48,2).

Para cuando llegue el invierno, para cuando venga el frío, se necesita tener acopio de leña, para que no falte el fuego, para que no falte calor en el hogar. Por eso, no puedo contentarme con recoger, una a una las que he

podido, esas las hojas ocres, caídas de los árboles y sauces llorones. Necesito troncos, leña que caliente, y cuyo humo suba, como el incienso, hasta Dios. *"Porque Dios es nuestro Dios, eternamente y por siempre"* (Sal 48,15).

Mirando ese fuego, permíteme emplearlo como sinónimo de oración, que calienta el hogar, quiero prender mi mirada en tu mirada, Jesús. Quiero que mi sonrisa esté en tu sonrisa, para que mi vida no sea ceniza apagada, sino llama que alumbre los días que aún me queden de vida. Y más allá del tiempo y los recuerdos idos, *"poder decir a la próxima generación: Este es Dios, nuestro Dios eternamente"* (Sal 48,14-15).

Jesús, al valerme de este salmo, estoy pensando en la escena del apóstol Pedro: *¿Cuántas veces tengo que perdonar?* Y oigo tu respuesta: *¡Siempre!* De otro modo, nunca podría decir que Dios es mi Dios eternamente. Porque Dios es amor. Y, ya sabes, Jesús: más ama el que más perdona.

DESDE EL SALMO 49

LA LEY DEL AMOR

Jesús, los humanos tenemos una mala costumbre. Consiste en querer dominar a los demás. El método más fácil y camuflado de dominar es implantar leyes. Las leyes son la anti-razón, cuando son impuestas para dominar. Van amparadas por el castigo si no se cumplen. Esa serie de leyes no benefician a las personas. Quien impone leyes para dominar, lo que hace es manifestar debilidad. Al ser humano se le domina, no por la fuerza de la ley, sino de la razón. Y la razón nos lleva a ser justos y solidarios. La razón descubre la evidencia, y ésta saca a luz la verdad. Con la verdad por delante no se ofende a nadie.

Quien impone la ley se coloca por encima de los demás. Y éstos por debajo. Dos planos, pues, desiguales y prontos a entrar en fricción. La ley, como sistema de dominio, es injusta, *de iure*.

Jesús, la verdad, según mi modo de ver, no humilla, sino que pone a todos en igualdad de circunstancias. Pero el ser humano, repito, en su afán de dominio sobre los demás, va estableciendo leyes. A veces, tantas que amargan la vida. Suele ocurrir que, cuantas más leyes más injusticias.

Quiero hablarte de las leyes referentes a la religión. Para lo cual, acudo al Evangelio. El Evangelio es diáfano. Todo el mundo lo entiende. No oprime a nadie. Ante las situaciones de injusticia que se daban, tú saliste al paso para decir con total claridad y firmeza: *"El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado"* (Mc 2,27). No se puede tener sometido al hombre a base de leyes que, lejos de ayudarle a realizarse como persona en libertad, le pone barreras opresoras a todos los niveles.

Cuánta gente hay que se aleja de Dios, o así piensan, por las leyes, o por el despotismo de los que mandan. En realidad, no se alejan de Dios, sino que ésta es la sensación que les queda cuando ven debilitarse su fe. Se entra en un estado de crisis, con un resquemor de fondo, del que luego resulta difícil salir.

Pues bien, y me remito al Evangelio, tú no estabas dispuesto a tolerar la opresión. No estabas dispuesto a que los discípulos entraran en crisis por culpa de las leyes, y dejaste bien sentado, Cristo Jesús, que el hombre está por encima de las leyes. Incluso citaste un caso que todos conocían: *"¿No habéis leído lo que hizo David cuando él y sus hombres se vieron faltos y con hambre? "Entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes presentados, que sólo pueden comer los sacerdotes y les dio también a sus compañeros"* (Mc 2,25-26).

Maravillosa lección la que nos has dado, Jesús, con este pasaje. Has antepuesto lo profano, si es válido este término, a lo sagrado. ¡Lo sagrado!

¿Y qué más sagrado que el ser humano? ¡Qué herejía cometemos cuando llamamos sagrados a objetos, piedras, templos…, (que no digo que no lo sean), y dejamos al ser humano relegado a inferior categoría! Lo auténticamente sagrado es el ser humano. Cuando lo "sagrado", en el orden de las cosas materiales, deja de estar al servicio del hombre, deja de ser sagrado.

***

Jesús, hay algo enormemente cierto, la inconsistencia del hombre. Inconsistencia en sentido amplio y bajo muchos aspectos. Cuando uno se pone a reflexionar un poco y se pregunta ¿qué es el hombre? La respuesta salta enseguida: apenas una brizna de paja que arrebata el viento. Cierto. Sin embargo, cómo nos aferramos a las cosas materiales. De algún modo lo señala el *Salmo 49*, cuando dice: *"¿Por qué voy a temer en los momentos de peligro, cuando me rodea la maldad de mis opresores, de esos que confían en sus riquezas y se jactan de su gran fortuna?"* (Sal 49,6-7). Muy temerario es confiar en la riqueza que se tiene. Una quiebra bancaria, una devaluación de la moneda, puede echar por tierra toda la jactancia exhibida. Y de otro lado está la seguridad que da saberse en manos de Dios.

A fin de cuentas, ricos y pobres tenemos que morir. *"Los sabios mueren, lo mismo que perecen los ignorantes y necios"* (Sal 49,11). La diferencia está en cómo se ha vivido, en quién se ha puesto el corazón.

Por eso, Jesús, antes que llegue la última tarde, al contemplar el paisaje de mi vida, quisiera adornarla pintando acuarelas nuevas. Pintaría un barco de vela, hábilmente fondeado en el puerto improvisado del cuenco de mis manos que me recordara que la vida es como un frágil barquito en alta mar. Trazaría, en azul y blanco, nubes y cielos sobre las riberas rumorosas de los años para actualizar mi infancia ya olvidada. Hasta me inventaría una senda estrecha, para volver a recorrer mis viejos sueños, que duermen anclados como estatuas otoñales en el panteón caduco de los años.

Me dirás, Jesús, que me he vuelto romántico. Un poco, sí. Pero, ya ves lo que dice el salmo: *"El sepulcro es su morada perpetua y su casa de edad en edad, aunque hayan dado nombre a países"* (Sal 49,12). La muerte es para todos. Es pues razonable que uno quiera reconstruir lo que se ha ido desmoronando, y embellecer lo que se ha deteriorado. Así que, a dúo con el viento y las olas, también me gustaría revivir viejas canciones de siempre, colgando sus pentagramas sobre el musgo de las rocas del acantilado de mi vida. Mientras, dejaré que el relente de la noche vele mis sueños nuevos.

Sí, Jesús, esto sería antes de que el tiempo se me convierta para siempre en eternidad. Por último, y según vaya acercándoseme el final de la vida, escanciaría las ánforas guardadas en el fondo de mi frágil barco, y con el mejor y añejo vino que aún quede de mi vida, así lo espero, poder brindar

contigo, agradecido a Dios, autor de mi vida. *"Dios me salva, me arranca de las garras del abismo"* (Sal 49,16).

Sí, Jesús lo he expresado en forma poética. Pero es la realidad. Hay que brindar dando gracias al Padre por el don de la vida que se va. Aunque el hombre, como dice el salmo, *"cuando muera no se llevará nada, su fasto no bajará con él"* (Sal 49,18), sí se llevará, no obstante, el bien que haya hecho. Y yo me sé amado por ti, Jesús, autor de mi salvación. He sido alimentado por el Pan de Vida. Y aunque muchas veces, y sin duda, haya podido aplicar, o caer bajo la tiranía de leyes y normas no emanadas del Evangelio, sé que por encima de todas esas leyes está la Ley del Amor. A ella me acojo, Jesús. Que esa sea mi última y mejor acuarela, donde quede plasmada para siempre la sonrisa del Padre, que estoy seguro que me acogerá en su regazo.

DESDE EL SALMO 50

EN ESPÍRITU Y VERDAD

Jesús, fuiste fiel cumplidor de las tradiciones y costumbres de tu pueblo. Buen israelita. Pero, además, dice la Carta a los Hebreos que fuiste *"probado en todo como nosotros, excepto en el pecado"* (Hbr 4,15).

Profundamente humano, y al mismo tiempo divino, fuiste enviado por el Padre para salvarnos. Y te encarnaste con todas las consecuencias. No se trata de un espejismo. Acudías al templo en las festividades religiosas igual que los demás. Pero no te faltaron problemas. De tal manera que llega un momento en que casi no podías andar en público. No querías andar por Judea *"porque los judíos trataban de matarlo"* dirá san Juan (Jn 7,1). En cambio, recorrías la Galilea. Vale. Y subes al templo. Eso sí, *"clandestinamente"*. Era la fiesta judía de los Campamentos. ¿Por qué te tenían entre ceja y ceja? ¿Por qué trataban de matarte?

Valientemente, afrontaste el riesgo, a sabiendas de que corrías peligro. Fuiste más fuerte que el miedo. Te fuiste derechito al templo. Y no sólo eso, es que además te pusiste a hablar en público, a voz en grito, que te escucharan bien, que todos se enteraran de tu mensaje. Estaba candente el tema del Mesías. Había corrido sin duda la voz de que el Mesías eras tú. Que sí, que no. División de opiniones. Había confusión al respecto. Viendo la libertad con que hablabas y que nadie te echaba mano, la gente comentaba: *"¿Será que los jefes se han convencido de que éste es el Mesías?"* (Jn 7,26). Qué va. Decían: *"Sabemos de dónde viene éste, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene"* (Jn 7,27).

Sí, claro, sabían de dónde procedías. Sabían que eras de Nazaret. Todo lo demás lo ignoraban. Y gritaste: *"A mí me conocéis y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz: a ése vosotros no le conocéis; yo lo conozco porque procedo de él y él me ha enviado"* (Jn 7,28-29). Imposible que cayeran en la cuenta. Imposible que entendieran. Tan superficialmente te conocían, que no te conocían.

Jesús, algo así nos pasa a tanta gente en la actualidad. Creemos, al menos eso decimos, que te conocemos, y no es verdad. Nos quedamos en la periferia. Nuestra fe no pasa más allá de la epidermis. Basta observar lo que ocurre en muchos templos, sobre todo si hay alguna imagen religiosa, y más si es "famosa". La gente entra al templo, y van derechos a la imagen. Rezan. Se santiguan. Y se van. Pero ni una mirada al sagrario, ni una genuflexión o inclinación ante el Santísimo. Nada. Fe en las imágenes. Pero olvido del Cristo vivo y real. ¿Es eso fe?

Jesús, no sólo fuiste muy valiente para actuar con total aplomo y libertad. Es que eras libre de verdad. Y con esa libertad les hablaste del Padre. Les hablaste de Dios. Y se lo soltaste a la cara que no lo conocían. Que no conocían a Dios. Con lo cual, todo el boato, toda la parafernalia religiosa exhibida, caía por tierra.

Entonces como hoy, y hoy como entonces, resulta peligroso hablar de Dios. Es natural. Si ponemos a Dios en el centro de nuestra vida, como debe ser, por fuerza tendremos que tirar por la borda tanto lastre como arrastramos. Tendremos que hacer otra jerarquía de valores. Tendremos que construir otro tipo de sociedad donde nadie se sienta discriminado, donde todos puedan vivir razonablemente bien. Pero eso trae consigo cambiar muchas cosas. Trae consigo que los traficantes con el bien y la dignidad de las personas tengan que echar marcha atrás.

Ése es el problema, Jesús, echar marcha atrás. Con lo cual, es más rentable "distraer" a la gente. Y acudir al "circo y pan" de la manera más descaradamente profana mientras se va minando la fe verdadera a cambio de sucedáneos religiosos. Mucha fiesta patronal con fundamento religioso en sus raíces. Pero de religión poco, o nada. Y entiendo por religión la práctica de una espiritualidad que nos conecte con la Divinidad.

Jesús, hoy vengo a pedirte que nos ayudes a ser valientes, a testimoniar sin miedo nuestra fe, a que construyamos unas relaciones vivas entre todos, incluso con quienes tienen otras opciones religiosas. Porque *"a Dios hay que dar culto en espíritu y verdad"* (Jn 4,24).

***

Jesús, como digo, fuiste al templo y hablaste alto y claro. Y mira por dónde, tomo el *Salmo 50* y encuentro que dice: *"Viene Dios y no callará"* (Sal 50,3). No podías callar. Eres el Verbo, la Palabra de Dios. Palabra de salvación. Por la Palabra del Padre se hicieron los cielos y cuanto existe. Tú eres la Palabra que nos llama a la existencia. Y esta Palabra nos convocará a juicio, según lo expresa el salmo: *"Desde lo alto convoca cielo y tierra para juzgar a su pueblo"* (Sal 50,4). Por ti, el Hombre, varón y mujer, tiene también el don de la palabra.

La Palabra de Dios, hay veces en que se convierte en reproche. *"Israel, voy a dar testimonio contra ti; yo soy Dios, tu Dios. No te reprocho tus sacrificios, pues siempre están tus holocaustos ante mí. Pero no aceptaré un becerro de tu casa"* (Sal 50,7-9).

El salmo aclara el porqué de la no aceptación de los sacrificios. *"Las fieras de la selva son mías"* (Sal 50,10). Además, no te alimentas de sacrificios. *"¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de cabritos?"* (Sal 50,13). Es otro el alimento que Dios busca. *"Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza, cumple tus votos al Altísimo, e invócame el día del peligro"* (Sal

50,14-15). Tú, Jesús, eres la Alabanza eterna del Padre. Y quieres que nuestra palabra sea también de alabanza. Y de fidelidad. *"Cumple tus votos al Altísimo"* (Sal 50,14).

Todo es de Dios. *"Conozco todos los pájaros del cielo, tengo a mano cuanto se agita en los campos"* (Sal 50,11). Y todo lo ha puesto a nuestra disposición, para que podamos recrearnos con tanta maravilla. A Dios le gusta que lo invoquemos, sobre todo si estamos en apuros. *"Invócame el día del peligro; yo le libraré, y tú me darás gloria"* (Sal 50,15).

Jesús, en mi oración te digo hoy: Alárgame la estructura justa de la vida, como si fuera hiedra que trepa en verde su ascensión vegetal en la piedra, dando cobijo a los pájaros bullangueros del atardecer. Que Dios sea mi refugio en el desmayo de la luz cuando se vaya apagando, inexorablemente, mi vida como una lamita, para dar paso a la Luz que no se extingue. Déjame, Jesús, hundir mis raíces endebles de hombre en las manos amorosas del Padre. Así podré entonces acariciar, igual que la hiedra acaricia la estructura plena de la piedra, el rostro bondadoso del Padre en el encuentro pleno de la Luz.

Esta es mi oración, y mi acción de gracias también. El salmo dice: *"El que me ofrece acción de gracias, ese me honra"* (Sal 50,23). Por lo cual, te pido también, Jesús, que sepa ser valiente a la hora de proclamar la Palabra de Dios, como lo fuiste tú.

DESDE EL SALMO 51

PECADOR DE PIES A CABEZA

Jesús, seguirte no deja de ser un privilegio, pero es fundamentalmente una necesidad. Tú eres la Verdad. Sin ti ¿qué sería de nosotros?, ¿dónde iríamos, a quién acudiríamos? Necesitamos de ti. Ahora bien, para seguirte, la llamada parte de ti. Y lo mismo nos llamas a la hora tercia que a la hora undécima. A toda hora estás listo para llamarnos. Estemos donde estemos.

A los apóstoles Pedro y Andrés los llamaste estando ellos pescando en el lago. Los invitaste a seguirte. Conviene recalcarlo, los invitaste. Tú nunca obligas. Respetas al máximo la libertad personal. Y desde esa perspectiva les dijiste por qué querías que te siguieran. *"Os haré pescadores de hombres"* (Mc 1,17). Buscabas formar un grupo para la misión a que los destinabas. Habrían de ser *doce*, todo un símbolo representativo de las *doce tribus de Israel*. Se llamarían *apóstoles*, porque pensabas *enviarlos* a esparcir la semilla del Evangelio por el mundo entero. Ellos oyeron tu voz. Dejaron redes y todo lo que tenían. Te siguieron. Luego viste a Santiago y Juan. Lo mismo. Te siguieron.

Es curioso. Tú venías de Judea. Habían arrestado a Juan. Las cosas no pintaban bien. Herodes era un peligro latente. Y te marchaste a Galilea *"para proclamar el Evangelio de Dios"* (Mc 1,14). Y la primera proclamación que hiciste fue una llamada en toda regla a la conversión: *"El tiempo se ha cumplido, y se acerca el reino de Dios. Arrepentíos y creed en el Evangelio"* (Mc 1,15).

Jesús, te siguieron. Al hecho de seguirte lo llamamos *seguimiento*. Que no es simplemente ir detrás de alguien, sino que implica una responsabilidad y compromiso personal. En tu llamada no hay acepción de personas. Sólo que con el correr del tiempo hemos caído en el despiste de pensar que el seguimiento es sólo para algunas determinadas personas. Y en esas personas, hemos señalado sobre todo a aquellas que se retiran a un convento o entran en la vida sacerdotal.

A este despiste primero sigue un segundo despiste. Cuando hablamos de *sacerdotes* estamos pensando en aquellas personas que han recibido el sacramento del Orden sacerdotal. Mejor sería llamarlos simplemente *curas*, pues son los que tienen el *cuidado espiritual* de un determinado número de feligreses a ellos asignados, por ejemplo, en una parroquia. En cambio, *sacerdotes* son todos los bautizados, pues el bautismo es participación del único Sacerdocio, el tuyo, Jesús. Tú, que no fuiste sacerdote de ninguna religión ni templo, eres el *Sumo y eterno Sacerdote* (Heb 6,20).

Es verdad que pones una condición para seguirte: *"Convertíos"*. Que significa, si me permites la expresión, como sacar el forro del bolsillo y

vaciarlo completamente. Lo primero que hay que vaciar es el pecado. Este no encaja en tu seguimiento. Tampoco encajan las ambiciones personales. Ni los medros sociales, como pueden ser el prestigio y la fama.

En tu seguimiento no se puede ir buscando un status social. Cuando san Pablo decía, *"Si alguno aspira al episcopado desea una buena tarea"* (1Tm 3,1) lo decía porque ser obispo era un *servicio* a la comunidad, y no un medio de ascender socialmente. Incluso añade san Pablo las cualidades que debe tener el obispo: *"Que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, sensato, ordenado, hospitalario, hábil para enseñar, no dado al vino ni amigo de reyertas, sino comprensivo: que no sea agresivo ni amigo del dinero…"* (1Tm 3,2ss). Los tiempos han cambiado. No todo ha ido en la línea marcada por san Pablo.

Otra razón del seguimiento, es que *"está cerca el Reino de Dios"* (Mc 1,15). Necesitamos, pues, estar en sintonía con él.

***

Jesús, si está naufragando un barco, ¿qué hacen los náufragos sino pedir socorro? Pues hoy oración quiere ser un pedirte socorro para cuando mi barca se vaya hundiendo poco a poco en alta mar. Lo hago desde el *Salmo 51*, el mismo que implora: *"Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa, lava del todo mi delito, limpia mi pecado"* (Sal 51,3-4).

Tú, Jesús, eres la Verdad. ¿Y yo? Apenas un grito suspendido entre el cielo y la tierra, a punto de eternidad. Pecador me sé, y las aspas de mi llanto se han quebrado, los cangilones de mis lágrimas se han secado. Lo malo es nunca las lágrimas podrán borrar mis culpas. Sólo tú, Jesús, puedes otorgar de verdad el perdón: *"Tus pecados quedan perdonados"* (Mc 2,5). Con el corazón te lo pido, tiéndeme, Jesús, tu mano. *"Que yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado"* (Sal 51,5).

Destierra de mis ojos la sal incrustada en ellos por navegar por los mares procelosos del pecado, y que los párpados quema. E impide ver con claridad. *"Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad en tu presencia"* (Sal 51,6).

La indolencia me ciñe a un modo de vivir, que no redime; por el contrario, más me hunde en una mediocridad burguesa. Huérfano hubiera querido ser de todas las codicias, y he caído en todas ellas. Me veo ahora arrojado a las tierras baldías del silencio. Anduve tras la comodidad pasajera del dinero, en vez de ostentar el apellido ingenuo de las cosas: noche, viento, relente, escarcha, ciudad. Y olvidé por completo tu amistad. Por eso, y tanto más, perdón te pido, Jesús, perdón. *"Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría"* (Sal 51,8).

Líbrame, Señor, de las arenas movedizas del confort que llevan derecho al deshonor. Deja que mis ojos se enreden en tus ojos, mis brazos en tus brazos, hasta que un día, en la eternidad, juntos entonemos la canción jubilosa del encuentro. *"Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa"* (Sal 51,11). Y si ves que el amor deserta de mi vida, alárgame, Dios mío, un poco más la vida, hasta llegar sano y salvo a tu Hogar. Ten en cuenta, Dios mío que *"pecador me concibió mi madre"* (Sal 51,7).

Pero, tras el arrepentimiento de mis culpas, aún me queda otra tarea por realizar en tu seguimiento, Jesús: *"Enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti"* (Sal 51,15). Así, *"mi lengua cantará tu justicia. Tú, Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza"* (Sal 51,16-17). Porque seguirte es cuestión de amor.

DESDE EL SALMO 52

NO HAY MÁS SIGNOS

Jesús, el libro de Jonás, en el Antiguo Testamento, es un libro breve. Contiene un precioso relato parabólico. Es un libro didáctico, donde no falta el humor. Una especie de novela, podríamos decir, con una finalidad catequética. Se lee de un tirón, por su brevedad. Y se lee con gusto, mueve la imaginación del lector. Quien lo haya escrito denota un dominio excelente no sólo del bien escribir, también un conocimiento profundo de la psicología humana.

En la ficción cobra relieve el pasaje cuando el cetáceo se traga a Jonás. Este permanece tres días, con sus respectivas noches, viajando en el vientre de la ballena. Entonces, desde el vientre del gran pez, hace Jonás esta reflexión-oración: *"Invoqué al Señor en mi desgracia y me escuchó; desde lo hondo del abismo pedí auxilio y escuchaste mi llamada…"* (Jon 2,2). Así continúa oración de súplica, bellísima, cuajada de bellas imágenes.

Ahora bien, Jesús, más allá del ropaje literario que lo envuelve, este libro lo que en el fondo hace es presentar a Dios como el Dios de la misericordia. Un Dios compasivo y misericordioso. Hay más. Jonás ha sido destinado por Dios a predicar en Nínive, la gran ciudad, símbolo de la opresión contra Israel. Contra todo pronóstico de Jonás, la misión que se le ha encomendado tiene éxito. Los ninivitas escuchan el mensaje de Dios que les transmite el profeta y se convierten.

En este relato parabólico veo además otra intencionalidad. Decimos que Dios es el Dios de todos. Que nadie tiene la exclusiva de Dios. El mundo no se divide en dos: Israel de un lado, y del otro los demás pueblos. No. Dios no establece división entre los pueblos, entre sus hijos. Efectivamente, Dios es el Dios de todos y para todos.

Dios ama a todos los hombres. También a los pecadores. A todos nos invita a la conversión. Vio que los ninivitas se convertían y tuvo piedad de ellos. Esta es la moraleja, esta es la conclusión. Esta es una buena nueva. Es cierto que en este mundo el trigo y la cizaña están revueltos. Crecen juntos. Pero nadie puede atribuirse ser trigo limpio. Por eso Dios nos llama a la conversión.

Jesús, te dolía ver la incredulidad y terquedad de la gente. Te dolía sobre todo ver que muchos se te acercaban no para sacar provecho de lo que decías o hacías. Buscaban, por el contrario, entretenimiento, diversión. Seguramente observaban las curaciones como si fueran un show. Buscaban y exigían, signos. ¿Para qué?, si no creían.

Eso te dolía. Y les dijiste con enfado: *"Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el*

signo de Jonás" (Lc 11,29). Tomaste la hermosa parábola de Jonás, y su situación en el vientre del cetáceo, para aplicártela a ti mismo, en alusión a tu muerte cercana. Tu verdadero signo fue dar la vida por amor. Ellos buscaban milagros, tú nos has dado amor.

Estaba difícil que la gente lo entendiera. Estaba difícil precisamente porque era gente religiosa. Suele ser la gente más difícil de convencer. Creían en los milagros, como tanta gente hoy. Pero ¿dónde quedaba la vida honrada, la bondad, la misericordia, la caridad, la fe…? Esta es la cuestión.

En definitiva, el tema es que se conviertan. Que nos convirtamos. Como hicieron los ninivitas. Allí era un simple profeta el enviado por Dios a pedir la conversión. Aquí eres, nada más y nada menos que el Hijo eterno de Dios, el enviado para pedirnos la conversión y salvarnos.

Jesús, consecuentemente, quiero pedirte que no busquemos milagros, que no busquemos lo espectacular. Que busquemos la sencillez del día a día para vivir en el amor de Dios.

***

Jesús, porque tantas veces, como Jonás, he rehuido mis obligaciones, quiero pedir no defraudarte. Y que, al vaivén pendular de las horas que marcan el límite al tiempo que aún le pueda quedar a mi ser, te pido amarte de verdad. Lo mismo que se expresa el *Salmo 52*, tampoco yo quiero la maldad. Por el contrario, busco hacer el bien. *"¿Por qué te glorías de la maldad y te haces fuerte en el delito?* (Sal 52,3).

Es un aldabonazo, una llamada a la conciencia, este salmo. Pero, me pregunto, ¿por qué sigo haciendo el mal? Cuántos propósitos de enmendar los errores, pero, ya ves, Jesús, vuelvo a caer en ellos. *"Prefieres el mal al bien, la mentira a la honradez"* (Sal 52,5).

Jesús, sobre el rastrojo donde crecieron juntos las rojas amapolas y el trigo, arrodillado espero el momento cuando el reloj se detendrá en silencio, quedará en silencio. Será el aviso de que la hora ha llegado. Pero antes, debo, y quiero, enfilar mis pasos por el camino recto de tus mandatos, para poder llegar más allá de las estrellas, e ir donde los ángeles y arcángeles cantores rasgan laúdes de luz inmarcesible. Y entonar con ellos el *Santo, Santo, Santo*, por eternidad de eternidades. *"Yo, como verde olivo, en la casa de Dios, confío en la misericordia de Dios por siempre jamás"* (Sal 52,10).

Sí, amarte quiero, Jesús, a pesar de los avatares conocidos o ignotos de mi vida, huérfana tantas veces, del amor que te es debido. En caudal de lágrimas furtivas, lavar deseo el remordimiento y las penas por haberte tantas veces ofendido, y tantas, haber robado la luz al día, para tirarla al cauce seco de la maldad y la envidia. *"Al ver esto, los justos sentirán temor y se reirán de él diciendo: Este el hombre que no puso su refugio en Dios, sino que*

confió en sus muchas riquezas, y se envalentonó por su maldad" (Sal 52,8-9).

Lo confieso, Jesús, que muchas veces yo también he preferido *"la mentira a la honradez"* (Sal 52,5). Pero detesto el mal. Busco el bien. Por eso, desde la aurora al ocaso, en la noche y en el día, volar quiero, cual los pájaros pardales, al refugio de las ramas. Tus brazos de Padre son mis ramas. Tú, Jesús, eres el árbol perenne de la Vida. Desde ese Árbol, deseo poder cantar, a ritmo de tus ángeles y arcángeles, el *Santo, Santo, Santo*, en pentagramas celestiales. Y con alegría, enhebrar quiero mi danza a ritmo de esperanza, y que mis ojos puedan contemplarte en compañía de tus santos. Devuélveme la inocencia que un día en mi vida pusiste. Y así, poder decirte con el salmo: *"Te daré gracias porque has actuado. Proclamaré delante de tus fieles: Tu nombre es bueno"* (Sal 52,11).

DESDE EL SALMO 53

SOCIALIZACIÓN DEL PECADO

Jesús, hay una cuestión que me ronda por la mente. Es lo siguiente. Habías sido aclamado por la multitud. En cuanto la gente te veía acudía a ti. Esto ocurría fuera de Jerusalén. Entraste en la ciudad, y no en plan de turista. Te fuiste derecho al templo. Como buen judío, fuiste al templo a orar. Dice el Evangelio (Ver: Mc 11,11) que lo estuviste observando todo. Ojo al detalle, lo estuviste observando todo. Era tarde y te marchaste a pasar la noche en Betania, acompañado de los doce. Vale. Al día siguiente, al salir de Betania sentiste hambre. ¿Habías desayunado? Me figuro que aquí hay intencionalidad de fondo. Viste una higuera y a ella te dirigiste. ¿Fue por calmar el gusanillo del hambre? Pero la higuera no tenía frutos. Y bien lo sabías que no tenía frutos. El Evangelio puntualiza que *"no era tiempo de higos"* (Mc 11,13). Entonces maldijiste la higuera. ¡Pobre higuera! *"Que nunca jamás coma nadie fruto de ti"* (Mc 11,14).

Es claro, Jesús, que lo que pretendes es darnos una lección catequética. Veamos este curioso episodio. El día anterior habías observado lo que acontecía dentro del templo. Ahora vuelves de nuevo y armas la marimorena, hablando en términos castizos. Con un monumental enfado comienzas a echar a los traficantes, cambista de moneda, vendedores de palomas… (Mc 11,15). ¡Ay, madre, la que debió armarse! Y lo sorprendente es que nadie te echó mano. Allí estaba la guardia. Ni se movió. Nadie osó impedir el desaguisado que estabas armando. ¿Por qué?

Como conclusión, les gritaste: *"Habéis convertido la Casa de mi Padre en una cueva de bandidos"* (Mc 11). Ahora es cuando podemos entender por qué observaste lo que pasaba en el templo, de un lado. Y del otro, lo del hambre. Una gran lección expresada en términos simbólicos: El templo estaba hecho unos zorros. Con el *"hambre"* estabas indicando que mientras el templo abundaba en riqueza y ostentación, la gente, fuera, pasaba hambre. Y la higuera, símbolo del templo, sólo tenía hojas. Es decir, la religión estaba vacía, sin frutos. La maldición no era en realidad a un árbol que, cumpliendo con los ciclos de la naturaleza, sólo da frutos cuando es el tiempo de darlos. La maldición iba contra una religiosidad vacía, convertida en negocio.

Al día siguiente de este violento episodio, y al pasar de nuevo junto a la higuera, los apóstoles vieron que estaba seca. Fehaciente símbolo de que una religión sin frutos está seca. A continuación, dijiste a los apóstoles: *"Tened fe en Dios. Os aseguro que quien diga a este monte: 'Quítate y arrójate al mar' y no vacile en su corazón, sino que crea que va a suceder*

lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis" (Mc 11, 22-24).

Nos remites a la oración. No pediste fe en el templo, ni en la religión. Nos dijiste que lo único importante es Dios. En tu lenguaje, lleno de simbología, el monte donde se ubicaba el templo era arrojado al mar.

Cabe preguntarse, Jesús: ¿no se cumplieron tus palabras con creces cuando el año 70 el templo fue destruido por Tito? Arrojado en el mar es una metáfora. La realidad es que el templo desaparece. Y para más inri, el lugar que ocupaba, lo ocupa ahora otra religión.

Y en cuanto a la oración. Lo entiendo muy bien, Jesús. La vinculaste al perdón. Que la oración no consiste en desgranar padrenuestros ni avemarías. Ni en arrobos místicos. Así de claro lo dijiste: *"Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestras ofensas"* (Mc 11,25). O sea, orad en espíritu y verdad. Esa es tu hambre, Jesús.

***

Jesús, dicen que tras la tormenta llega la calma. Una tormenta suele durar poco, aunque puede provocar mucho daño. Hay cosas que duran más. Y son más destructivas. Nada peor que el pecado. Todo pecado es una ofensa a Dios. El peor mal del pecado consiste en socializarse y propagarse. Basta ver el *Salmo 53*. La observación es atinada: *"No hay uno que obre bien, ni uno solo"* (Sal 53,4). Ya no se trata de un simple pecado individual, que queda en uno mismo; aunque, aun así, es contagioso. Pero si el pecador se arrepiente, Dios, en su infinita misericordia, le perdona. Vale.

Se trata del pecado colectivo, generalizado. Este es peor. El pecado es terriblemente social y, por lo mismo, socialmente destructor. El pecado, por lo que tiene de socializante, es terrible. *"Dice el necio para sí: No hay Dios"* (Sal 53,2).

Jesús, líbranos de caer en la red social del pecado. Una red que lo engulle todo, lo abarca todo, lo pervierte todo. La corrupción general es la peor corrupción. *"Todos se extravían igualmente obstinados"* (Sal 53,4).

Dura es la realidad que nos presenta el salmo. No queda más remedio, por consiguiente, que mirarnos, cada uno a sí mismo, y ver si aún es posible poner solución. La conversión comienza por uno mismo. A partir de ahí podemos esperar que *la higuera* tenga frutos.

Pues bien, mirándome a mí mismo, he comenzado, Jesús, por mirar mis propias manos. Las he sentido como una gran Avenida, de cualquier ciudad. Por la avenida de mis manos he visto pasar, de pronto, muchos amigos. Mejor dicho, no pasaban, los llevaban. Un silencio mortuorio los rodeaba. En cada amigo que se iba, se iba también un recuerdo, un abrazo. Eran amigos buenos. Por eso cuesta la separación.

Otras gentes eran llevadas también, en silencio. Sin un triste adiós, sin esperanza. *"¿No aprenderán los malhechores que devoran a mi pueblo como pan y no invocan a Dios?"* (Sal 53,5). La muerte no sabe de buenos y malos. De ricos o pobres.

Quiero fijarme, Jesús, en que también hay gente buena. Por esa gente buena, entrelazar quiero entre mis dedos el canto radial de la alondra que se columpia en la tarde, el gorjeo del gorrión que convierte en algarabía la enramada, el balar querencioso de la oveja que abreva en el río. Y así, formar quiero un pentagrama para escribir la música que nace agradecida de adentro, del alma. Tú, Dios mío, que me diste estas manos para abrazar y bendecir, haz que nunca pierdan la misión que les diste. Gracias, Jesús, por hacerme comprender tu hambre.

DESDE EL SALMO 54

EN EL DETALLE ESTÁ LA SANTIDAD

Jesús, llega un momento en que tus discípulos eran ya multitud. Cuando el líder de un grupo, de una corporación, de un partido triunfa, sus seguidores lo aclaman, gritan, celebran su triunfo. Pasa siempre. Tus discípulos eran multitud. Estás entrando en Jerusalén. Es una entrada triunfal, en olor de multitudes. La masa ingente de discípulos está feliz. Arman un alboroto mayúsculo con sus vivas, gritos, aclamaciones. De tal manera que los fariseos quieren que los hagas callar. Pero tú respondes: *"Os aseguro que, si ellos callan, gritarán las piedras"* (Lc 19,40). ¡Ojo al detalle!

Eres consciente de que tu final se acerca. Y también de lo cambiante que es la gente. ¡Con qué facilidad cambiamos de bando, de actitud, de opinión! Somos como la veleta. Lo sabes perfectamente. Y consciente de esto, permites que se desarrollen los hechos tal como vienen. Primero, la apoteosis del triunfo. Y luego, a los pocos días, el fracaso más estrepitoso. De todo eso eres consciente, Jesús. Y dejas que las cosas se desarrollen tal como están sucediendo. De tal manera, que comenzando por los discípulos y siguiendo por la masa del pueblo, es la gran lección que quieres darles. La lección de lo incongruentes que somos. De lo cambiantes que somos. Hoy gritamos vivas, y mañana pedimos tu muerte. Son las paradojas del ser humano. Cambiamos más que la veleta.

No quieres que callen. *"Si ellos callan, las piedras gritarán"*. Por lo demás, me atrevería a hacer también otras dos lecturas a tu entrada triunfal en Jerusalén.

La primera lectura. Si por un lado hay un vivo contraste entre el Domingo de ramos y el Viernes Santo, de otro, podríamos juntar, como dos extremos de un arco, tu entrada triunfal del Domingo de ramos con la apoteosis final de la Resurrección. De este modo tendríamos como resultado la buena fe, pero masificada fe, de la gente sencilla. Sin embargo, creo que la fe debe personificarse a partir de la Resurrección. Es la diferencia. Es el detalle.

La fe masificada va en sintonía con los sentimientos. Pero la masificación contagia y arrastra los sentimientos y los fervores populares. Su duración es efímera.

La fe personalizada es otra cosa muy distinta. Si estamos en medio de un río, tenemos dos opciones: o dejarnos llevar por la corriente, o luchar contra corriente. Lo popular, lo fácil, es dejarse llevar por la corriente. Falta personalidad y responsabilidad personal. Ir contra corriente significa poner toda la carne en el asador. Jugarlo todo a una sola carta.

Optar por ti, Jesús, significa que hay que ir contra corriente. En primer lugar, contra corriente de uno mismo. De las tendencias negativas que llevamos en nosotros mismos. Contra corriente de los demás cuando en el horizonte de las masas no son los intereses de Dios los que priman. Contra corriente de un pueblo que, en general, no busca primero a Dios, sino otras conveniencias. *"Buscad primero el Reino de Dios y su Justicia"* (Mt 6,33).

La segunda lectura. Dejando que la gente, al acompañarte, participe de una euforia contagiosa, es como decirles, indirectamente, que se afanen también por triunfar en la vida. Pero no masivamente, ni a costa de los demás. Sino con el esfuerzo personal. Con el trabajo personal. Que la vida es hermosa y hay que saber vivirla. Vivirla en el gozo de estar en sintonía con Dios. No desperdiciar este tesoro tan grande como es el don de la vida que Dios nos ha dado.

Como ves, Jesús, cuestión de detalle. Si es cierto que *en el detalle está la santidad*, frase de san Agustín si no estoy mal informado, habrá que tener muy en cuenta los detalles. Son importantes. El mismo papa Francisco nos ha recordado en la Exhortación Apostólica "*Gaudete et Exsultate*" cómo tú mismo, Jesús, invitabas a tus discípulos a prestar atención a los detalles. Y señala: *"El pequeño detalle de que se estaba acabando el vino en una fiesta. El pequeño detalle de que faltaba una oveja. El pequeño detalle de la viuda que ofreció sus dos moneditas. El pequeño detalle de tener aceite de repuesto para las lámparas por si el novio se demora. El pequeño detalle de pedir a tus discípulos que vieran cuántos panes había. El pequeño detalle de tener un fueguito preparado y un pescado en la parrilla mientras esperabas a los discípulos de madrugada".* Como ves, son muchos detalles.

Cabe concluir. No triunfa el que más grita, sino el que más hace, poniendo su vida al servicio de los demás. Eso es lo que tú hiciste, Jesús. Te diste y sigues dándote a los demás.

***

Y hablando de detalles, que no se me pase, Jesús, el de darte gracias, infinitas gracias, en esta oración-conversación, porque, como dice el *Salmo 54*, eres mi auxilio. *"Dios es mi auxilio, el Señor sostiene mi vida"* (Sal 54,6). Mi vida y la de los demás.

Tú sostienes mi vida. Por eso, y por todo, quiero expresarte mi gratitud. Deseo al mismo tiempo expresar, en humilde acción de gracias, mi gratitud por cuantas personas, seres, y cosas, me rodean.

Gracias por la oveja, por la alondra y el gorrión. Por los campos llenos de vida. Por la madre tierra y el pan de cada día. Por el sol que nos alumbra y por cuanta gente, peregrina como yo, recorre el camino de la vida. Que todos podamos llegar felizmente a puerto, una vez atravesado el mar proceloso de la vida.

Gracias, Jesús, porque me libras de tantos peligros, que a diario me rodean. Gracias por escuchar mis súplicas constantes. *"Oh Dios, escucha mi súplica, atiende a mis palabras"* (Sal 54,4).

Al mismo tiempo, deseo, Jesús, pedirte perdón. Perdón, en primer lugar, por mis propios pecados. Perdón también por los pecados de los demás. Perdón, igualmente, por el amor negado a los demás. Perdón, por cuantas veces ha estado a punto de apagarse la lamparilla humilde de mi fe. Y desde luego, perdón por haber dejado abierto un postigo en la puerta de mi alma por donde el viento pestilente de la duda ha podido entrar más de una vez. Menos mal, como dice el salmo: *"Pero Dios es mi auxilio"* (Sal 54,6).

Y menos mal que siempre has estado tú al quite, Jesús. Al quite, cuando me he metido en todos los charcos cenagosos del camino. Al quite, cuando me he juntado con malas compañías. Al quite, cuando he caminado como ebrio en la noche. Al quite, cuando he colaborado, o no he evitado, los escándalos. Hago mías las palabras del salmo: *"Unos insolentes se alzan contra mí, y hombres violentos me persiguen a muerte, sin tener presente a Dios"* (Sal 54,5). Y al quite, finalmente, cuando no he dado testimonio de ti.

A pesar de mis fallos, no has dejado que se apagara la tenue luz de mi lamparilla, ni has dejado que el aceite de la misma se terminara. He de dar, en consecuencia, testimonio de mi fe, Jesús. *"Te ofreceré un sacrificio voluntario, dando gracias a tu nombre, que es bueno; porque me libraste del peligro, y he visto la derrota de mis enemigos"* (Sal 54,8-9). Y gracias, Jesús, por el don de la fe. No dejes que mi fe se masifique. Es imprescindible personificar y vivir la fe. Ese es el detalle. Y, "en el detalle está la santidad".

DESDE EL SALMO 55

VENID Y LO VERÉIS

Jesús, en el Evangelio aparecen dos juanes: uno, *Juan el Bautista*. Está en el ocaso de su vida. Y no por la edad, sino por el insensato Herodes que lo mandó asesinar en la cárcel. El otro, *Juan el Evangelista*. Por el contario que su homónimo, aún tiene por delante una larga vida. De hecho, fue el más longevo de los apóstoles.

Pues bien, él mismo lo cuenta en el Evangelio: *"Estaba Juan con dos de sus discípulos. Al ver a Jesús que pasaba, dijo: "Este es el cordero de Dios". Los dos discípulos, al oírlo hablar así, siguieron a Jesús. Jesús se vuelve y al ver que lo siguen les pregunta: "¿A quién buscáis?". Respondieron: "Maestro, ¿Dónde vives?". Jesús les dijo: "Venid y lo veréis". Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día. Eran como las cuatro de la tarde"* (Jn 1, 35-39).

Resulta que estos dos discípulos de Juan el Bautista, eran Juan y Andrés. A partir de ahora, a partir del encuentro contigo, la vida de los dos va a tomar un rumbo bien marcado, diferente, definitivo.

Te seguían, dice el Evangelio. Pero el impulso para que te siguieran partió de ti. Solo que me serviste de Juan el Bautista. Porque, y esto lo tengo muy claro, Jesús, no es el hombre quien busca a Dios, sino Dios quien busca al hombre. Por lo mismo, cuando se habla de vocación, o llamada, es Dios el que llama. Consiguientemente, no se te puede seguir por intereses o conveniencias personales. Porque quien pone las reglas de juego eres tú. La llamada parte de ti.

Juan y su hermano Andrés oyeron tu llamada. En ese momento no cayeron en la cuenta que era tú, Jesús, quien los llamaba. Algún día, más adelante, se darían cuenta. Si ese día, y a esa hora, pasaste por donde el Bautista, no fue por casualidad. Querías hacer de los dos hermanos discípulos tuyos. Te preguntaron: *"¿Dónde vives?".* Vinieron, vieron, y se quedaron contigo. No se trata de *qué* buscaban, sino de a *quién* buscaban.

Esto me lleva a pensar, Jesús, que responder a la llamada pide un conocimiento lúcido, no tanto de lo que se busca, sino de a quién se busca. Te buscaban a ti. ¿Intuyeron que eras tú quien los llamaba? No lo sé. Pero una cosa está clara: No quedaron defraudados.

Aquí es donde llego yo a una conclusión, Jesús. Los fracasos en la vida no dependen de las cosas, sino de no dar con la persona adecuada. O de confundirse de llamada. Es necesario dar con la persona adecuada. Es necesario dar con la llamada verdadera. El hombre es un buscador. Pero su búsqueda máxima es la eternidad, por ser donde se encuentra la felicidad definitiva.

A partir de encontrarse contigo comenzaron a ver dentro de ellos mismos. Qué y por qué buscaban. Qué necesitaban. Para conocer a una persona se requiere entrar en su propia y personal intimidad. Y se quedaron contigo, no aquella tarde, como dice el Evangelio, sino para siempre. Para siempre. ¡Qué bonito! En el reloj de Dios, *"las cuatro de la tarde",* que significa siempre. Esa es la hora de Dios. Siempre. Fue la hora capital y definitiva en sus vidas. Me temo, Jesús, que en el reloj del mundo no aparecen *las cuatro de la tarde.*

Juan y su hermano Andrés no han sido los únicos en preguntarte dónde vives. La respuesta es diáfana: vives en cada uno de nosotros. Jesús, que sepamos vivir siempre en ti.

***

Jesús, la vida está llena de sobresaltos. De esto ha tomado buena nota el *Salmo 55*. El miedo camina a nuestro lado. *"Se agita mi corazón, me sobrecoge un pavor mortal"* (Sal 55,5). Soñamos con realizar muchos proyectos. Si acaso, apenas si se cumple alguno de ellos. Nos llenamos la cabeza de fantasías. La realidad es otra. *"Me asalta el temor y el terror, me cubre el espanto"* (Sal 55,6). Navegamos entre zozobras. Vemos que no avanzamos, que no escapamos del mal. Entonces quisiéramos volar, por ser el camino más rápido de escape. *"¡Quién me diera alas de paloma para volar y posarme!"* (Sal 55,7).

Jesús, este es el panorama que casi a diario se nos presenta. ¿Qué hacer en tal situación? La única salida: confiar en ti. *"Yo invoco a Dios y el Señor me salva"* (Sal 55,17).

Algo bueno tenemos los humanos. Debo reconocer, Jesús, que todo cuanto nos sucede queda archivado en el disco duro del subconsciente, como si de un ordenador se tratara. El subconsciente, al aflorar a la superficie de nuestro consciente, expone a la luz del día las experiencias vividas, y toda vivencia aparentemente dormida; todo gozo, dolor, y alegría. Y tantas otras cosas, no por calladas, olvidadas. Las cosas realizadas, y las que quedaron sin hacer. Y al recordarlas de golpe, resulta del todo imposible no reaccionar. ¿Cómo olvidar las veces que hemos acudido a ti, implorando tu ayuda? *"Por la tarde, en la mañana, al mediodía, me quejo gimiendo. Dios escucha mi voz: en paz rescata mi alma de la guerra que me hacen"* (Sal 55,18-19). *"Yo invoco a Dios y el Señor me salva"* (Sal 55,17).

La vida da mil vueltas, pero cada quién debe saber cómo ha de guiar su vida. Unos, posiblemente, somos más atolondrados, más imprudentes. Otros, por el contrario, actúan con más prudencia. La vida es un río nacido en el hontanar, para terminar en la mar. Pero, ante todo, Jesús, la vida es un don maravilloso. Lo más grande que nos puede ocurrir. Pero la vida, hay que vivirla con honor. Por más violencia y discordia que veamos a nuestro

alrededor. *"Veo en la ciudad violencia y discordia: día y noche hacen la ronda sobre sus murallas"* (Sal 55,10-11).

El salmo dice: *"Encomienda a Dios tus afanes, que él te sustentará; no permitirá jamás que el justo caiga"* (Sal 55,23). Pues, para terminar, quiero pedirte, Jesús, que todos sepamos oír de tus labios la pregunta: ¿Qué buscáis? Y que sepamos quedarnos contigo para siempre.

DESDE EL SALMO 56

UNA NUEVA PRIMAVERA

Jesús, qué hermosa es la primavera, ¿verdad? La vida resurge a borbotón. Los campos adquieren una belleza fascinante. El aroma ambiente es delicioso.

Tu nacimiento supuso la primavera de los tiempos nuevos. Más, supuso la plenitud de los tiempos. Supuso la eterna Primavera, porque fue el renacer de una nueva Humanidad. Hasta tu querida Madre lo captó y expresó en su más ferviente acción de gracias, en el *magníficat*: *"Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes"* (Lc 1,52).

La traigo a colación no sólo por ser tu Madre, sino por ser también nuestra. Cuando el papa Juan Pablo II escribió *Redemptor Hominis*, comienza así: *"El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia".* Y puntualizó: *"En la voluntad salvífica de Dios, María ocupa un lugar especialísimo"*.

Más tarde, el mismo papa Juan Pablo II, hoy en los altares, en "*Millennio adveniente"*, se dirigió a tu Madre como: *"La mujer de la esperanza…".* Y yo añadiría: La Mujer de la eterna primavera. Porque ¿qué mejor primavera que la esperanza? Y tu Madre es la Mujer que colma toda esperanza.

Bien, detengámonos en esta palabra: *esperanza*. Porque *Esperanza y Primavera* van unidas. No hablo de la primavera climatológica. Hablo de otra primavera. La que se produjo cuando el *Holocausto*. En las paredes de una celda alguien escribió con sangre: *"En cada primavera mis sueños florecerán"*. Efectivamente. La escribió un preso en la pared de su celda. En medio de tanto dolor, en su corazón había primavera. Había esperanza.

Jesús, me permití valerme de la frase para construir este poema: *Le dijeron que ya era primavera y el prisionero sonrió, / le dijeron que ya los campos florecían y él asintió, / le dijeron que si aún soñaba..., y de emoción lloró. / No vio que de pronto el cielo se oscureció, / y que aguanieve muy fría sobre los campos de concentración caía. / Entrecerró los ojos, y una luz en el cielo vislumbró. / Se fue el prisionero apagando, poco a poco, sin rencor, / y sin saber que en el álbum de sus Sueños un Poema / sin terminar quedó. / En grafía martirial, el manuscrito decía: / "En cada Primavera mis Sueños florecerán". / Y así, en silencio, el prisionero al cielo voló / y en Dios floreció.*

Dios es eterna Primavera. En el corazón donde no hay odio, y sí amor, hay primavera. En el sermón del Monte, dijiste, Jesús: *"Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios"* (Mt 5,9).

Pienso que la gente que sufrió el *Holocausto,* hizo posible una nueva *Primavera*. Sólo te pido, Jesús, que desaparezcan todos los holocaustos de la violencia, y florezca una Primavera cuajada de amor.

***

Es verdad, Jesús, que muchas veces decimos, haciendo nuestras las palabras del *Salmo 56*: *"En Dios, cuya promesa alabo, en Dios confío y no temo: ¿qué podrá hacerme un mortal?"* (Sal 56,5). A buen seguro que lo decimos de verdad, con sinceridad. Pero al rato lo olvidamos, y entonces, me pregunto, ¿dónde, o en qué, ponemos nuestra confianza?

Jesús, tú conoces mis pasos, mis intenciones. A ti no te puedo engañar. Sé perfectamente que debo andar en tu presencia. No siempre ha sido así. Siendo tú la luz que ilumina mi caminar, te pido que sepa caminar siempre en tu luz. Esa luz que a veces pareciera estar oculta. Y no lo está. Si uno mira una enramada, da la impresión de que la luz está oculta entre las ramas. Oculta, pero está. La luz es como un ángel con alas de azucena, cimbreándose en el árbol de nuestra vida.

Caminar en la luz es hacer posible que la vida se desarrolle, como germina, se desarrolla y madura, una flor. La vida surge, crece y se desarrolla, en el milagro frágil del amor, esencia inmaterial de un mundo, el mío, y el de todos tus hijos, Dios mío, que soñamos con el mismo candor e inocencia con que sueña, o ríe, el niño. Por lo mismo que el niño es inocente, no se le ocurre pensar que alguien quiera hacerle daño. El niño vive en el paraíso de la inocencia. Sólo más tarde, y una vez alejados de ese paraíso, comprendemos las palabras del salmo: *"Buscan un sitio para espiarme, acechan mis pasos y atentan contra mi vida"* (Sal 56,7).

Hasta que no sabe decir su nombre, el niño es inocente. Cuando, de pronto, adquiere conciencia de su dimensión personal, comienza también a darse cuenta de que es un ser quebradizo, que puede perder las alas del ángel que revolotea por su mundo de inocencia. Pero también adquiere conciencia de tu presencia, Jesús. Y de que puede llamar a Dios: ¡Padre!

Ojalá, Jesús, que mi vida nunca deje de estar siendo sorbida por la luz de tu presencia. Sé que esto depende también de mí. Ojalá que al *"anotar en tu libro mi vida errante, recojas mis lágrimas en tu odre, Dios mío, mis fatigas en tu libro"* (Sal 56,9). Porque quiero vivir en la inocencia de la luz.

Tú eres mi Luz, Jesús. Tú eres la eterna Primavera para que nosotros podamos florecer también en tu Amor.

DESDE EL SALMO 57

EN EL BROCAL DEL POZO

Jesús, la Cuaresma, comenzando en la Iglesia primitiva, además de ser un tiempo de penitencia, es también tiempo de conversión. Si nos preguntamos, ¿por qué de conversión? Tengo entendido que por tratarse del tiempo de preparación para aquellos que en la Pascua iban a recibir el bautismo. O sea, los catecúmenos. El bautismo tenía lugar en la Vigilia Pascual.

Los símbolos propios del bautismo eran, en primer lugar, el agua. Un elemento muy recurrente en la Biblia. Sobre todo, en el Antiguo Testamento. Cuando Dios, en la Creación, separó las aguas. Lo dice el Génesis: *"Y separó las aguas que están debajo de él, de las que están encima de él"* (Gn 1,7). El agua aparece también en otro episodio. Es cuando Moisés golpeó la roca. *"Tú golpearás la roca, y de ella brotará agua para que beba el pueblo"* (Ex 17,6). Este hecho lo cuenta también el libro de los Números: *"Entonces Moisés levantó su mano y golpeó la peña dos veces con su vara, y brotó agua en abundancia, y bebió el pueblo y sus animales"* (Num 20,11).

Jesús, si pasamos al Nuevo Testamento, nos encontramos con un acontecimiento extraordinario, de honda repercusión. Me refiero a la escena en el pozo. Efectivamente, dicha escena tuvo lugar sobre el brocal del pozo llamado de Jacob. Vamos a recordarlo.

Era el mediodía. Tus discípulos y tú mismo habíais estado recorriendo distintas aldeas, proclamando la Palabra. Hacía calor. A esa hora, el estómago pedía comida. Así que los discípulos fueron a comprar comida, mientras tú, Jesús, descansaba un poco de la fatiga acumulada. Estabas sentado en el brocal del pozo. En esto se presenta una mujer, con su cantarillo. Según su costumbre diaria, venía a buscar agua. Ha pasado a la historia como *la mujer samaritana*.

Te pregunto, Jesús, ¿por qué te quedaste en el brocal? ¿Sólo por descansar un poco? Supongo que no. Tu intención iba más allá. En cuanto se acercó le dijiste: *"Dame de beber"* (Jn 4,7). Me imagino la mueca que hizo. Se sorprendió de que tú, siendo judío, le pidieras agua a ella, que era samaritana. Porque judíos y samaritanos andabais a la greña. ¿Te dio agua? Qué va. Comenzó por increparte: *"¡Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?"* (Jn 4,9). Era el momento que esperabas. Le dijiste: *"Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: "Dame de beber", tú se lo hubieras pedido, y él te habría dado el agua viva"* (Jn 4,10).

Interesante diálogo al ataque. ¿Captó el sentido de tus palabras? Para nada. Siguió argumentando, que si no tenías con qué sacar el agua. Que si tú

eras más que Jacob. Y si tal, que si cual. Así que fuiste al grano. Sin que sirva de precedente, como se dice, te metiste en su vida sentimental como quien no hace nada. *"Cinco maridos has tenido…"* (Jn 4,18). Su sorpresa fue mayúscula cuando se dio cuenta de que conocías perfectamente su vida sentimental y sus fracasos matrimoniales. Fue entonces ella la que te pidió agua. Otra *agua*.

Y le diste el agua que salta hasta la vida eterna. *"El que beba del agua que yo le daré, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la vida eterna"* (Jn 4,14). Posiblemente tardó en entender el significado de tus palabras. Pero al fin entendió. Y ese fue el momento y día en que por fin aquella mujer encontró el sentido de su vida.

El agua, pues, representa y expresa, el milagro renovado de la Vida. Y mira, Jesús, si a nadie se niega un vaso de agua, como se suele decir, ¿cómo ibas a negarle a ella el agua de la salvación?

Pero en este precioso pasaje veo algo más, Jesús. Rompiste los prejuicios de raza, de sexo, y de religión. Por eso tomaste la iniciativa: *"Dame de beber"*. Porque la realidad es que, en toda mujer, como en todo hombre, hay una sed profunda de amor. Mucha gente vive, o vivimos, en un gran vacío a todos los niveles. Sobre todo, en el nivel sentimental. Ahora bien, para todo aquel, o aquella, que quiera seguirte, tú te manifiestas como Agua viva, capaz de saciar la sed del hombre.

Creo, Jesús, que, tras un momento de sorpresa, y hasta de escepticismo, todos acabamos por pedirte *"esa agua",* la Salvación.

Es hora de llenar el pequeño cantarillo de nuestras penurias, y de acudir por el agua auténtica. Nadie va a encontrar la felicidad ni no llena su cantarillo del agua que tú, Jesús, ofreces.

Me causa gracias que hasta los discípulos se extrañaron que estuvieras hablando con una mujer. *"Come, maestro"* (Jn 4,31), te dijeron. También ellos andaban fuera de onda. Así que les dijiste: *"Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis"* (Jn 4,32). *"Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra"* (Jn 4,34).

¿Hay un agua más importante que la del encuentro en el pozo? ¡Qué buen signo sacramental, bautismal!

Y así, Jesús, podríamos recordar también otro momento en que sale a relucir el agua. Fue en las bodas de Caná. ¡Portentoso! Fue allí donde convertiste el agua en vino. Y del bueno. Del que da felicidad de verdad. Sin duda, fue otro signo sacramental. Signo eucarístico. Tú eres el Agua viva.

***

Jesús, la salvación sólo de ti nos puede venir. La samaritana lo tuvo claro. Tú eres y das la salvación. He tomado el *Salmo 57*. Dice cosas muy interesantes. Por ejemplo: *"Invoco al Dios altísimo, al Dios que hace tanto por mí. Desde el cielo me enviará la salvación"* (Sal 57,3-4). Siempre estamos rodeados de peligros. Por ejemplo, que se nos rompa el cantarillo, o que se llene solo de agua corriente. Por eso estamos urgidos de encontrarnos contigo.

Nuestra oración, puede que muchas veces, suele ser intimista, y hasta ingenua. No importa. Cuanto más sencilla sea, mejor. A Dios le gusta oír nuestras súplicas. Y nosotros necesitamos decir, expresar, lo que sentimos. La samaritana nunca hubiera expresado los suyos. Pero tú, Jesús, punzaste su conciencia. Y fue una gran liberación para ella.

Por eso la oración se convierte en un gozo profundo al poder sintonizar contigo y expresarte nuestras cuitas, nuestras pequeñas o grandes batallas. Nuestras luchas, éxitos y fracasos. Y si nosotros no lo hacemos, tú nos ayudarás a hacerlo hurgando nuestros sentimientos y nuestra conciencia.

En ti nos refugiamos. *"Mi alma se refugia en ti, me refugio a la sombra de tus alas"* (Sal 57,2). Esto es oración.

La oración, en definitiva, es encuentro de amor. Igual que hablan dos enamorados, que necesitan decirse, más con los ojos que con la boca, cuánto se aman, así la oración se convierte en necesidad de hablar contigo, Jesús. No importa si nuestra primera reacción sea: *"Cómo tú, siendo judío, te atreves…"*. Te atreviste. Y bien que luego te lo agradeció. Se sintió liberada. Se sintió salvada. Y la buena mujer te pidió *"el agua que salta hasta la vida eterna"*. Esa fue, por su parte, una buena oración. Esto fue posible porque quisiste esperarla en el brocal del pozo con un caudal de amor. Como nos esperas a cada uno de nosotros.

Mira, Jesús, en la oración decimos muchas cosas. La mayor parte no valen nada, y, sin embargo, tú las haces valer. Pienso en el niño que dice cosas intranscendentes, pero para sus padres tienen mucho valor. Tras cada palabra incompleta e inconexa el niño expresa amor. Por eso, acudo al salmo: *"Voy a cantar y tocar: despierta, gloria mía; despertad, cítara y arpa; despertaré a la aurora"* (Sal 57,8-9). Y a continuación: *"Te daré gracias ante los pueblos, Señor; tocaré para ti ante las naciones: por tu bondad, que es más grande que los cielos"* (Sal 57,10-11).

En la oración imploramos también perdón, misericordia. Palabra que tan maravillosamente te define, Jesús. *"Misericordia, Dios mío, misericordia, que mi alma se refugia en ti; me refugio a la sombra de tus alas mientras pasa la calamidad"* (Sal 57,2). Y tú nos das la salvación, *"Porque estoy echado entre leones devoradores de hombres"* (Sal 57,5). Esos leones no son sólo las fieras que campan a sus anchas por las selvas o por las sabanas tropicales. *"Sus dientes son lanzas y flechas, su lengua es una espada afilada"* (Sal 57,5). Son también nuestros sentimientos

enquistados. Nuestra afectividad malsana: *"Cinco maridos has tenido…"* (Jn 4,18). Nuestra vida desviada.

Jesús, hazte encontradizo con nosotros en el brocal del pozo de nuestra vida personal.

DESDE EL SALMO 58

ARROGANCIA Y HUMILDAD

Jesús, disfruto escuchando música clásica. Por ejemplo, una sinfonía. La cadencia, la suavidad, toda la musicalidad que encierra una sinfonía, ¡ay que ver!, cómo ayuda a que el alma se serene; y, a su vez, que uno sienta musicalizarse todo su ser. Dicen que la música amansa a las fieras. Yo, más bien creo, que ennoblece al ser humano.

A veces me he parado a escuchar, fíjate, el silencio del cosmos en una noche de verano, en medio del campo. Pues no hay silencio. Te cuento que hay una especie de cadencia finísima, armoniosa y musical, imperceptible apenas. Es como un respirar casi inaudible de todo el cosmos. Indescriptible. Una belleza. El cosmos no guarda silencio. Todo él es música. Pero con tal suavidad que penetra por los poros del alma.

Jesús, te cuento esto porque la música del cosmos se parece a la música del humilde, esa música que va por dentro. Aparentemente, el cosmos guarda silencio. Pero es uno el que debe callar y escuchar para percibir que el cosmos está todo él musicalizado. Una música suave que las almas más finas saben captar. Y disfrutar.

¿Y qué quiero decir con eso de *la música del humilde*? Pues que una persona humilde, sin darse cuenta, transmite paz, y la paz es como una música, imperceptible apenas, que queda en el ambiente igual que la fragancia suave de un perfume. Así es. Las personas humildes transmiten paz. Y la paz es como música relajante. En cambio, una persona soberbia chirría. Una persona soberbia impregna de nerviosismo el ambiente. Por el contrario, una persona humilde transmite vibraciones positivas. Mucha serenidad. ¿Cómo así? Porque está en sintonía con el cosmos, la gran obra sinfónica de Dios.

En cambio, supongamos que entran dos amigos a una cafetería, están hablando mientras se toman un sabroso café. De pronto, alguien que está accionando una máquina tragaperras ha acertado. Comienza entonces a caer un chorro de monedas. ¡Madre mía el ruido que meten!

Pues mira, Jesús, ¿sabes hasta dónde me remonta ese ruido? Pues nada menos que hasta el profeta Amós. Sí, ese ruido se asemeja al que metían los ricos en tiempos del profeta Amós. ¡Con qué valor denuncia a los ricos y poderosos de su tiempo! Y es que, los prepotentes meten mucha bulla. Hasta los lujosos ropajes que visten rompen la tranquilidad al pasar, con el roce que producen.

¿Cómo se han enriquecido tanto? El profeta lo vio muy claro: Explotando a los pobres. Y lo peor de todo. Se vuelven insensibles ante las

miserias y las desgracias ajenas. Son capaces de pervertir hasta la justicia misma, sobornando a los jueces. Etc.

Les dice Amós, el profeta campesino, sin estudios apenas, pero elegido por Dios para ser profeta: *"¿Acaso galopan los caballos por las rocas o se ara con bueyes en el mar? Pero vosotros habéis convertido el derecho en veneno, y el fruto de la justicia en ajenjo"* (Am 6,12). Lenguaje fuerte, ¿verdad? Pues sí. Pero es la realidad.

En la *parábola del pobre Lázaro y el rico epulón* (Lc 16,19-31), has descrito, Jesús, lo que es un humilde. ¿Hay alguien más pobre y humilde que Lázaro? Pobre de solemnidad. Significando epulón organizador de banquetes, se entiende que lo pasara muy bien. Como suele decirse, a cuerpo de rey. Pero, ¿alguna vez se le ocurrió al tal epulón darle siquiera un mendrugo de pan a Lázaro? Jamás. Pero lo que son las cosas. Cuando menos se espera salta la liebre. Cambiaron los vientos. Y Lázaro se murió. De hambre, por supuesto. ¡Qué remedio, si no comía el pobre! Muerto de hambre. El rico jamás se compadeció de él. ¡Ah!, claro, pero es que todos tenemos que morir. Y le llegó el turno al organizador de banquetes, o epulón. Se murió también. ¿De qué? De muerte natural no, desde luego. ¡De un hartazgo!, a buen seguro. Y ahora, a continuación, vienen las lamentaciones. El humilde Lázaro se fue al cielo, a disfrutar con los ángeles la música celestial. Mientras que el epulón dio con sus huesos en el infierno.

El epulón se da cuenta, mejor dicho, sabe que de ahí nunca podrá salir. Entonces se le ocurre una buena idea, ¡a buenas horas!, lo que nunca se le ocurrió en vida: interceder por sus hermanos.

Jesús, permíteme que te diga que eres genial. Qué pedagógicamente insertaste en la parábola el diálogo que se produce de extremo a extremo. En un extremo, el infierno. En el otro extremo, el cielo. Al epulón no se le ocurre dirigirse a Lázaro. Imposible. Le da vergüenza hablar con aquel que había ignorado olímpicamente. Se dirige a Abraham, que hacía de portavoz del cielo. No pide que le envíen un ángel para refrescarle con un poco de agua. Quiere ¡ahora! que sea el mismo Lázaro. ¡Vaya por Dios! ¡Lo que hace una mala conciencia! Le atormenta el remordimiento. Pero ya es tarde. Las suertes están echadas. Se acuerda el epulón de que tiene más hermanos. Tan calaveras como él. Intercede por ellos. Está claro que aún en la persona más abyecta queda, aunque sea, una pizquilla de bondad. Pero el juicio de Dios había puesto a cada uno en su sitio. Epulón insiste. Pide que se les aparezca un muerto a sus hermanos. ¡A ver si con el susto son capaces de convertirse!

Conversión hecha por miedo, no es conversión. La conversión se produce desde la sinceridad. Más, desde la humildad. Cada uno cosecha lo que sembrado. Sentencia justa.

***

Jesús, desde esta hermosa parábola, tomemos hoy el *Salmo 58*. Creo que es una buena pregunta la que hace el salmista: *"¿De verdad, poderosos, emitís sentencias justas?, ¿juzgáis equitativamente a los humanos"* (Sal 58,2).

Las personas nos guiamos por el dictamen de la conciencia. Los jueces deben dar sentencia según le dicte su recta conciencia, tras analizar las pruebas de los hechos presentados. Sentenciar injustamente, es delito. El mal hecho a la parte inocente puede ser irreparable. A dicha pregunta, el mismo salmista responde: *"¡No!, que cometéis crímenes a conciencia imponiendo en la tierra la violencia de vuestras manos"* (Sal 58,3).

Jesús, qué fácil resulta desoír la voz de la conciencia. El chantaje, las conveniencias de cualquier tipo, los intereses personalistas, tantas cosas, hacen que muchas veces pisoteemos nuestra conciencia. Pero una mala conciencia impide la paz consigo mismo. Y cuando el mal se socializa, se extiende, la sociedad tampoco está en paz. Si falta la paz, enseguida salta la violencia. Quienes están enfangados en el mal, porque lo están. Quienes se sienten inocentes, por lo mismo, piden justicia.

Qué difícil es hacer justicia en propia causa. Enseguida se pasa a una situación invivible, de confrontación, de violencia. *"Oh Dios, rómpeles los dientes en la boca"* (Sal 58,7). Pero una imprecación así, suena a revancha, a venganza. ¿Qué se arregla con la venganza? Nada. Urge, pues, buscar la paz. Y la justicia. Ahora bien, el único juez justo de verdad, sólo es Dios.

Tú, Jesús, eres el Justo Juez. El único que hace justicia de verdad. El único que puede sosegar nuestra conciencia. Me imagino la conciencia como una casa bien arreglada. Pero una casa no es una casa si no sabe a hogar. Si no huele a pan tierno, crujiente, recién horneado. Si el vino no es compartido en la mesa familiar. La casa debe ser acogedora, de puertas abiertas. Si mantiene las ventanas cerradas, con las persianas bajadas huele a moho.

Jesús, que mi casa sea de puertas y ventanas abiertas. Que tenga un balcón florecido de geranios, y un salón donde quepa la gente toda del mundo, sobre todo, los más pobres. En una palabra, que quien venga encuentre paz.

DESDE EL SALMO 59

TODO ES BENDICIÓN

Jesús, hay personas que se molestan si los niños alborotan, meten bulla, lloran. A ti no. Disfrutabas jugando con ellos. Las madres veían que no te molestaba que sus hijos jugaran y alborotaran. Y te los traían. Para enojo de los discípulos, que, a diferencia tuya, tenían poco aguante. Los niños te tenían confianza. Disfrutaban conmigo. Y las madres encantadas de ver a sus niños jugando contigo.

Los sinópticos recogen este evento casi con las mismas palabras: *"Le presentaban a los niños pequeños para que los tocara; pero, al ver esto, los discípulos los reprendían. Entonces Jesús los hizo llamar y dijo: "Dejad que los niños se acerquen a mí y no se lo impidáis, porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos"* (Lc 18,15-16; Mt 19, 13-14; Mc 10,13-15).

Pero hoy, Jesús, no vengo a hablarte de los niños, sino de las madres. Madres, en plural. Pero que voy a singularizar fijándome en una en concreto: tu Madre, María. Y es que, también es nuestra. Madre, pues, universal. La Iglesia, en sus dogmas, la ha exaltado. Qué alegría da ver el podio elevadísimo, de honor y cariño, donde la ha colocado. Se lo merece. Por ella. Y porque representa a todas las madres.

De este modo, si te parece, Jesús, veamos brevemente los dogmas. Tenemos el primero: *la Maternidad Divina*, definido por el Concilio de Éfeso (año 431). Y más tarde, por el de Calcedonia y los de Constantinopla. Era papa San Clementino I (422-432). Ya a mediados del siglo XX, el Concilio Vaticano II hará alusión a este dogma al decir: *"Desde los tiempos más antiguos, la Bienaventurada Virgen es honrada con el título de Madre de Dios, a cuyo amparo los fieles acuden con sus súplicas en todos sus peligros y necesidades"* (Constitución Dogmática Lumen Gentium, 66)

Otro dogma importante: el de la *Inmaculada Concepción*. Define que María fue concebida sin mancha de pecado original. Es curioso. Aunque este dogma lo proclamó oficialmente el papa Pío IX, el 8 de diciembre de 1854, ya estaba muy metido en la fe y devoción del pueblo a tu Madre, y Madre de todos nosotros. Ya en el siglo V San Pedro Crisólogo habla de ella como *"madre de los vivientes mediante la gracia".* San Venancio Fortunato, un siglo después, exclama: *"Oh excelente belleza, oh mujer que eres la imagen de la salvación, potente por causa del fruto de tu parto y que gustas por tu virginidad, por tu medio la salvación del mundo se ha dignado nacer y restaurar el género humano que la soberbia Eva ha traído al mundo".* Incontable son los escritores y santos que han escrito sobre María. Entre otros muchos, San Cirilo de Jerusalén, que escribe: *"Por medio de la*

Virgen Eva entró la muerte; era necesario que, por medio de una virgen, es decir, de la Virgen, viniera la vida..." (Catequesis, XII, 15).

Te digo, Jesús, que siento un gozo especial al hablarte de la devoción a tu Madre, por parte de los santos. Porque hay uno que, como comprendes, me llega al corazón: San Alfonso María de Ligorio. Es uno de los santos que ha destacado más por la devoción a María. Sobre todo, hablando de la Inmaculada Concepción. Dice, por ejemplo: *"Pero quiso Dios hacer una excepción y librar de la mancha del pecado original a la Santísima Virgen a la que Él había destinado para ser madre del segundo Adán, Jesucristo, el cual venía a reparar los daños que causó el primer Adán".* A continuación, va desgranando, en tres amplios apartados, el por qué convenía que Dios librara del pecado original a la Virgen María. En resumen. Convenía:

-Al Padre como a su Hija preferida.

-Al Hijo como a su Madre Santísima.

-Al Espíritu Santo como a la que había de ser Sagrario de la divinidad.

Qué tres enfoques más bonitos, ¿verdad? San Alfonso fue un hombre muy erudito, de memoria prodigiosa. Ya ves, Jesús, que no hay personaje o santo que no cite. Sus libros están llenos de citas de los innumerables autores religiosos que se han ocupado del tema de la María.

El tercer dogma para honrar a tu Madre María: Su *Perpetua Virginidad.* El Catecismo de la Iglesia Católica dice en el número 499: *"La profundización de la fe en la maternidad virginal ha llevado a la Iglesia a confesar la virginidad real y perpetua de María incluso en el parto del Hijo de Dios hecho hombre. En efecto, el nacimiento de Cristo "lejos de disminuir consagró la integridad virginal" de su madre. La liturgia de la Iglesia celebra a María como la 'Aeiparthenos', la 'siempre-virgen'".*

Y vamos al cuarto dogma: el de *la Asunción*. Jesús, si un día, en el Tabor, quisiste que tres de tus discípulos pudieran contemplarte transfigurado, fue para que comenzaran a pensar lo que iba a ser la gloria eterna. Incluso el cuerpo, la carcacha que envuelve a la persona, también será glorificado.

Eso es, será glorificado. De este modo, podemos comprender que, tratándose de tu Madre, y Madre nuestra, no iba a esperar para su glorificación que llegara el fin del mundo.

Con lo cual este dogma de la Asunción se refiere a que *la Madre de Dios, luego de su vida terrena fue elevada en cuerpo y alma a la gloria celestial*. Ya que hemos señalado fechas en los anteriores dogmas, pues recordemos que este dogma fue proclamado por el Papa Pío XII, el 1º de noviembre de 1950, en la Constitución *Munificentisimus Deus*.

Jesús, da gusto recordar a tu Madre, la Virgen María. Tuya en la naturaleza. Nuestra en lo espiritual. Gracias, Jesús, por haberla hecho tan hermosa.

***

Jesús, ¿qué te parece si ahora, siguiendo el orden establecido para orar con los salmos, tomamos el *Salmo 59?* Si no nos cansaremos nunca de darte gracias por el regalo de tu Madre, tampoco hay que cansarse de estar agradecidos por algo que te caracteriza y que los salmos repiten a menudo: tu misericordia. De este modo, dice el salmista: *"Por la mañana proclamaré tu misericordia"* (Sal 59,17).

Y a todas horas, Jesús, hemos de proclamar tu misericordia. Y el hecho de tener fe. Los salmos constatan, una y otra vez, la cantidad de enemigos que nos rodean. El verdadero enemigo, el pecado. Del cual libraste a tu Santísima Madre antes de su concepción.

Más de una vez me he preguntado: ¿Qué méritos tengo yo para estar del lado de los que tienen fe, de los que creen en ti, Jesús? Ninguno. Bien podía estar en el lado contrario. Bien podía estar en el bando sobre los que caen toda clase de maldiciones. *"¡Destrúyelos con tu furor, destrúyelos y dejen de existir!"* (Sal 59,14). Y, sin embargo, sin mérito alguno de mi parte, tú me sostienes, Jesús, en tu misericordia y en tu amor.

Este solo pensamiento me lleva a estar infinitamente agradecido contigo. Agradecido por mi vida y por cuanto me rodea. ¡Bendito seas, mi Señor! Bendito seas, también por el trigo y el maíz, sembrados en la tierra buena para ser agricultura fecunda. Bendito por los surcos donde crece el algodón, el árbol de fuego y del paraíso, el puma y el jaguar, el leopardo y el jabalí, y canta alegre el senzonte. *"Tú has sido mi alcázar y mi refugio en el peligro"* (Sal 59,17).

Bendito por siempre seas, Jesús, por el barro que da forma y color a los utensilios en los que compartimos la comida en hermandad. Bendito por las mujeres encinta, redondas como lunas llenas, para henchir de hijos la tierra destoconada por laboriosas manos trabajadoras, encallecidas y abiertas por el trabajo sufrido, manos alfareras, orfebres del machete o el hacha, que lo mismo talan el árbol, que la milpa o el zacate, y parten, a partes iguales, la sandía o la iguana. *"Tocaré en tu honor, fuerza mía, porque tú, oh Dios, eres mi alcázar"* (Sal 59,18).

Bendito seas, Jesús, por el frío de la estepa, o del altiplano, arrodillados a los pies de volcanes enhiestos, altivos, verticales, majestuosos. Bendito seas por el trópico, donde se da el aguacate, crece la marihuana, y el pulque fermenta. Bendito seas, Jesús, por los lagos y las selvas. Bendito, por la música arrancada a la marimba, de noble madera hecha que opaca con su alegría la tristeza endémica de razas indígenas antiguas. Bendito seas, Jesús, por la hermosura del quetzal que vuela, en rojo y verde, en libertad. Bendito seas, por tu Madre y Madre nuestra, María.

DESDE EL SALMO 60

MÁS ROSTROS DE DIOS

Jesús, mucha gente se dedica a estudiar y escribir teología. Está muy bien. Pero me pregunto, ¿qué sabemos de Dios? Estrictamente, lo que nos has contado en el Evangelio. Es verdad que el misterio de Dios nos rebasa, nos desborda. El apóstol san Juan lo dice abiertamente: *"Nadie ha visto jamás a Dios"* (Jn1,18). Cierto, Dios es un misterio. Y completa la frase diciendo: *"El que lo ha revelado es el Hijo único, que es Dios y está en el seno del Padre"* (Jn 1,18). Ahora bien, el Hijo de Dios eres tú, Jesús. Y tú nos has dicho: *"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"* (Jn 14,9).

La Divinidad no se ve. Los apóstoles veían en ti solo la naturaleza humana. Pero les invitabas a poner atención a tu actuar. Eso les daba la pista. Tus actuaciones estaban centradas en la tierra. Esa es otra pista, para que en vez de mirar al cielo miremos a la tierra, donde nos es más fácil encontrar a Dios. A Dios se le encuentra en la tierra, en medio de los hombres. Dios está en nuestro diario caminar.

Esto está avalado por lo que les ocurrió a tus queridos discípulos el día de la Ascensión. Se quedaron mirando al cielo cuando te fuiste. Y así hubieran permanecido *sine die*. Hasta que alguien les dijo: *"Galileos, ¿qué hacéis ahí parados mirando al cielo?"* (Hch 1,11). Como si despertaran de un trance, volvieron a la realidad. Y la realidad es la tierra. Dios no se ha desentendido de nadie. No es un Dios lejano. Luego, no es al cielo a donde hay que mirar. Es verdad que al completar la Redención te fuiste a los cielos. Pero, y al mismo tiempo, te quedaste entre vosotros.

Por eso, Jesús, a la hora de hacer teología hay que mirar a la tierra. A Dios se le encuentra en la tierra. En cada ser humano. Si miramos al cielo no vemos. Bueno, vemos el firmamento, las nubes, o las estrellas. Y poco más. En cambio, la tierra la vemos perfectamente. Solo que nos hacemos los despistados. Somos como hormiguitas alborotadas en un hormiguero, que chocan unas con otras. Nos codeamos con los demás todos los días. Pues bien, Dios tiene rostro humano. Lo tiene en ti que eres su Hijo Unigénito. Y también en nosotros, sus hijos adoptivos. Lo tiene en los más humildes de la tierra, los pobres.

Jesús, estoy seguro que si exceptuamos la gente de iglesia, digamos el clero, y algunos más, poca gente habrá leído el *Documento de Puebla*. (México). Lo hemos comentado anteriormente, en nuestra oración con el Salmo 40. Pero vale la pena volver sobre el tema. Es verdad que desde el año 1979 a la fecha ya ha llovido bastante, como suele decirse. Pero sigue siendo de acuciante actualidad. El Documento se fija en rostros muy concretos en

los que deberíamos *"reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela".*

Permíteme, Jesús, citar algunos rostros con los que te identificas. Por ejemplo:

-*"Rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar;*

-*Rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación;*

-*Rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que, viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres;*

-*Rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan;*

-*Rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;*

-*Rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos;*

-*Rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales;*

-*Rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen".*

Sí, Jesús, todos esos son rostros de Dios. Rostros que están en la tierra, a nuestro lado. ¿Qué hacemos por ellos? ¿Nunca se nos ha ocurrido pensar que son el rostro de Dios? Dios se identifica con ellos. Así que, tendremos que mirar menos al cielo y más a la tierra. Porque, aunque es verdad que vives en el cielo, sigues viviendo en la tierra.

***

Jesús, tras esta reflexión sobre rostros concretos donde podemos *ver* a Dios, quisiera que nos asomáramos al *Salmo 60*. Como en tantos salmos, se habla de ejércitos, de batallas. Pues bien, si en plena batalla, un ejército se deja llevar del miedo, rompe filas y se desmorona, está perdido. Y el salmista se lamenta: *"Oh Dios, nos rechazaste y rompiste nuestras filas; estabas airado, pero restáuranos"* (Sal 60,3). Ese ejército somos nosotros, Jesús,

cuando nos alejamos de ti; cuando olvidamos que nuestra seguridad está en ti. Cuando olvidamos que sin ti nada podemos. En ti está nuestra confianza y nuestra esperanza. Restáuranos.

Haz, Jesús, que, desde nuestra fragilidad de hombres, sepamos acoger tu palabra. En ella encontramos fuerza para amar. El amor salva a la humanidad. Pero es el amor, precisamente, lo que nos ha faltado. Con lo cual: *"Hiciste sufrir un desastre a tu pueblo, dándole a beber un vino de vértigo"* (Sal 60,5). Danos fuerza para amar.

A continuación, el salmista suplica: *"Para que se salven tus predilectos, que tu mano salvadora nos responda"* (Sal 60,7). Tus manos, Jesús, son manos de bendición y de perdón. Bendícenos a todos tus hijos por igual. Danos una fe robusta que sepa amar la vida desde un amor ardiente, ahora, y por siempre jamás. Porque, *"Has sacudido y agrietado el país: repara sus grietas, que se desmorona"* (Sal 60,4). Los terremotos agrietan, desmoronan, destruyen. Causan estragos en las viviendas. Viene luego la obra de reconstrucción.

En la casa de nuestro propio ser ocurren también terremotos que nos agrietan, desmoronan, destruyen. Si tú no estás, si tú, Jesús, te vas, nuestra casa se viene abajo. Así que, *"Que tu mano salvadora nos responda"* (Sal 60,7). Sólo tú puedes reconstruir nuestra casa interior. Cada derrota es, no sólo un rotundo fracaso. Es, sobre todo, un alejamiento de ti.

Necesitamos volver al buen camino. No podemos quedarnos derrotados. Una derrota no supone un final. El mal siempre será derrotado por el bien. Necesitamos volver a ti, Jesús. *"Pero ¿quién me guiará a la plaza fuerte, quién me conducirá a Edón"* (Sal 60,11). Sólo tú, Jesús.

Con el salmista diré también: *"Auxílianos contra el enemigo, que la ayuda del hombre es inútil*" (Sal 60,13). Sólo tú, Jesús, puedes salvarnos. Sálvanos. Porque, *"Con Dios haremos proezas, él pisoteará a nuestros enemigos"* (Sal 60,14). Cierto. ¿Pero de verdad contamos con Dios? ¿Lo buscamos? ¿Dónde? ¿En la estratosfera? Queda claro: si Dios no está no hay nada que hacer. Pero es necesario que estén también todos esos rostros enumerados o por enumerar, del Documento de Puebla. Porque Dios vive en ellos.

DESDE EL SALMO 61

EL PADRE AMA A TODOS

Jesús, tú vives en el Padre. Dios es el Padre de todos. A todos nos ama. Pues bien, en este encuentro de oración, y estando en el año 2.018, no hace falta recordar que desde 1.999 han pasado unos años. Pero voy a lo siguiente. Ese año de 1.999, terminaba el milenio. Pues bien, como preparación al magno evento de cambio de milenio, el papa quiso que el protagonismo lo tuviera el Padre Eterno. Esto suponía una preparación espiritual, moral, humana, cristiana, inmediata y universal, para el Gran Jubileo.

Fue también el año de los Mayores. ¿Coincidencia? No. Sino intencionalidad. ¿No te parece buena analogía, Jesús, con el fin del milenio? Un milenio que acaba es, casi por definición, viejo. Pero como en la sensibilidad actual, esto de *viejo* parece no ser del gusto de todos, se cambió por *mayor*. Así, nadie se da por ofendido. No obstante, no deja de ser un error. Al menos así me lo parece. *Mayor*, es un adjetivo comparativo: mayor que... Viejo, en cambio, es un estado concreto. Lo contrario de ser joven. Así que, no hay por qué maquillar la realidad. Ni andar con eufemismos. Creo que la edad hay que aceptarla con realismo. Y con alegría y agradecimiento a Dios que nos la ha dado.

Pero es que, el tema que quiero abordar hoy contigo, Jesús, no es la edad. Y si nos referimos a Dios, menos. Dios es eterno. No tiene edad. La eternidad transciende los parámetros de la edad, que solo tiene cabida en la temporalidad. Y entiendo que la eternidad es un eterno presente, pero con el dinamismo de la Vida.

Dicho esto, deseo recordar en esta reflexión al papa Juan Pablo II, hoy en los altares. Como preparación al Nuevo Milenio, y con motivo de la XIV Jornada Mundial de la Juventud, se dirigió a los jóvenes bajo el lema: *"El Padre os ama, acoged su amor"* (Jn 16,27). Les dijo: *"Os invito, junto con toda la Iglesia, a dirigiros hacia Dios Padre y a escuchar con gratitud y admiración la sorprendente revelación de Jesús: «El Padre os ama» (Jn 16, 27). Éstas son las palabras que os propongo como tema de la XIV Jornada mundial de la juventud".* ¡Qué acierto centrar el cambio de Milenio en el Padre!

El Padre ama a todos. Y Juan Pablo II, que tenía predilección especial por los jóvenes, creía en los jóvenes. Y creía en ellos porque los veía *necesitados*, carentes de muchas cosas. Los vio, tal como tú, Jesús, lo habías expresado: *"Como ovejas sin pastor"* (Mt 9,36). Sabía muy bien que los jóvenes necesitan comprensión y cariño. Sobre todo, eso, mucho cariño. El mismo que está faltando en gran medida a vuestra sociedad actual.

Cuando andabas predicando el Evangelio, siempre defendiste la familia, contra viento y marea. Te opuse al divorcio, en contra del criterio obligado de Moisés. Criterio que no partió de él. Se vio forzado a admitir el divorcio por la terquedad que había en sus corazones. Por eso digo obligado. Más claro, agua. Y añadiste: *"Pero en el principio no fue así"* (Mt 19,8).

Hay otra razón más, aparte de que la pareja fue constituida así desde el principio, para no separarse. Mucha gente, en cuanto tienen un contratiempo, una desavenencia, optan por la separación. Pues que acudan a la oración, y verán cómo les es fácil la reconciliación.

Te dolía ver familias desestabilizadas, donde siempre salen perdiendo los hijos. Porque les va a faltar el cariño que necesitan. Sufren. Y luego, cuando son jóvenes, arrastran esa carencia. La falta de cariño, muchos lo suplen hoy, inconscientemente, con los móviles. Se pasan intercomunicados las veinticuatro horas del día. Pero, y al mismo tiempo, se sienten solos. Basta verlos cuando van por la calle. Van, por ejemplo, tres chicos o chicas juntos. Y cada uno centra su atención en el móvil. Una pena.

Recuerdo, Jesús, cuando un joven te salió al paso. Buscaba asegurar la salvación. Le propusiste guardar los Mandamientos. ¿Cuáles?, te preguntó. En cuanto se los recordaste, todo lo vio fácil: *"Yo los vengo cumpliendo desde pequeño"* (Mt 19,16-22; Mc 10, 17s; Lc 18,18s)).

Te cayó muy bien. Lo miraste con cariño. La lástima que, cuando le propuse un ideal de vida mejor, y le invité a desprenderse de sus riquezas, quedó descolocado. Dio media vuelta, y se marchó. Adiós muy buenas. No volvió a aparecer.

A los jóvenes hay que exigirles. Que no se acomoden a lo fácil. Que no sean pijos, que no vivan de las rentas que no han sudado ni ganado. Que no se conviertan en parásitos de la sociedad, y menos en déspotas que miran a los demás por encima del hombro. Que se olviden de las drogas.

Pero, hay que dejarlo bien asentado, necesitan cariño. Muchos de ellos no lo han tenido desde niños. El Padre los ama. Y, por supuesto, tú, Jesús.

***

Jesús, después de esta reflexión, ¿qué tal si tomamos el *Salmo 61*? Al final del mismo está esta hermosa conclusión: *"Yo cantaré salmos a tu nombre, e iré cumpliendo mis votos día tras día"* (Sal 61,9).

Cantar salmos, es alabar a Dios, es reconocer su grandeza. Es cumplir los votos, y ser fieles a las promesas y compromisos que ante Dios hemos adquirido. Ahora bien, sin ti, Jesús, no podemos hacer nada. Nuestras fuerzas son endebles, nuestra voluntad frágil. Y nuestras promesas quedan incumplidas la mayoría de las veces. Por eso, diré con el salmista: *"Escucha mi clamor, oh Dios, atiende a mi súplica"* (Sal 61,2).

Hay una frase que me parece muy oportuna, tanto si la pronuncian los jóvenes como los mayores: *"Te invoco desde el confín de la tierra con el corazón abatido"* (Sal 61,3). Dios está en todas partes. Y todo está en su presencia. Pero para los humanos, sí hay distancias. Las que nosotros mismos ponemos. No obstante, hay siempre un camino que acorta distancias. Es el camino del amor, de la fe, y de la esperanza. Las tres forman un todo. Un mismo camino. Camino hecho al andar y recorrido de viejos caminantes. Camino que viene de lejos. Camino que todos tenemos que recorrer. Camino que lo han recorrido los creyentes de todos los tiempos. Camino que han recorrido los profetas. Camino que seguimos recorriendo y haciendo nosotros.

Este camino, Jesús, es un camino seguro, de suelo firme, en piedra cimentado. Lo han recorrido los patriarcas, personajes deslumbrantes. Lo han recorrido los pastores trashumantes, con sus rebaños de ovejas y cabras. Lo han recorrido hombres y mujeres, oteadores de estrellas, testigos en el firmamento de tu presencia.

Todos buscamos seguridad y llegar, sanos y salvos, a la meta. Bien lo expresa el salmista: *"Llévame a una roca inaccesible, porque tú eres mi refugio"* (Sal 61,3-4). Tú eres la roca firme de la fe. Por eso, Jesús, quiero habitar siempre en tu presencia. *"Habitaré siempre en tu morada, refugiado al amparo de tus alas"* (Sal 61,5). Fortalece, Jesús, mi fe, mi amor y mi esperanza.

Esta es hoy mi oración agradecida. En ella te pido, Jesús, que tu gracia y tu lealtad no me falten nunca. Que pueda recibir de tus manos *"la heredad de los que temen tu nombre"* (Sal 61,6). Y así, seguir *"cantando salmos a tu nombre, e ir cumpliendo mis votos día tras día"* (Sal 61,9). Y esto, por los siglos de los siglos, más allá de los milenios. Porque el Padre nos ama a todos.

DESDE EL SALMO 62

HIJO DE ADÁN

Jesús, nos has dicho que guardemos tu Palabra. Es la señal de que te amamos: *"Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él". (Jn 14,23)*. Es decir, Dios vive en nosotros.

Y es que, el amor a Dios pasa por el amor a los demás. No podemos amar a Dios si no amamos a los demás. Así de claro lo dejaste establecido. Ahora bien ¿quién ama a Dios? También lo dejaste claro: *"Quien guarda mis mandamientos, ése me ama"* (Jn 14,21).

El amor, es centro y cohesión de la comunidad. Como lo es la Eucaristía. Ambos son base imprescindible del cristianismo. Sin amor y sin eucaristía es imposible ser cristiano. Al cristiano de verdad se le conoce por el amor. Ni rezos, ni procesiones de semana santa, ni obras altruistas. Sólo el amor es la clave de identificación de un cristiano. Lo demás, son consecuencias.

Humanamente hablando, estuviste poco tiempo entre nosotros, Jesús. Hiciste todo el bien que pudiste. Nos trasmitiste el Evangelio. Catequizaste a los apóstoles. Pero tu vida se truncó en plena juventud. ¿No sería por eso que nos dijiste?: *"Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado; pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho"* (Jn 14,25-26).

Nuestra memoria es frágil. Somos muy olvidadizos. Igual que somos emotivos y emocionables. Como en un chaparrón de verano, nos empapamos en un momento, pero enseguida nos secamos bajo el sol. Por un momento nos emocionamos ante, pongamos por caso, un acontecimiento religioso, y al rato ni nos acordamos de tal acontecimiento.

Pero para refrescar nuestra memoria cristiana nos prometiste enviarnos al Espíritu Santo. *"El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho"* (Jn 14,26). Jesús, de veras, uno queda maravillado al ver lo bien planificado que lo tenías todo.

Cumplir tu palabra es amarte a ti, Jesús. Y es amar al prójimo. Lo que significa que sólo después de cumplir tu palabra podemos hablar de amor. Mas cuántas veces ocurre que no solamente no cumplimos tu palabra, es que ni siquiera la proclamamos. Incluso, hay veces que intercambiamos nuestra palabra por la tuya. En vez de proclamar tu palabra proclamamos la nuestra. Son esos sermones de relumbrón, pero vacíos de tu Palabra.

Eso hace que no seamos creíbles. Y, para colmo, hasta nos justificamos diciendo que el cristianismo está en crisis. No señor, no. No es el cristianismo el que está en crisis. Somos nosotros. Nosotros, que nos hemos apropiado de lo que no nos pertenece. Que hemos proclamado la palabra de Dios como si fuera la nuestra. Que hemos lucrado a base de la palabra de Dios. ¡Qué razón tiene el papa Francisco al decir que *"hay que oler a oveja"!*

Donde está la Palabra de Dios que enmudezca la nuestra. Debemos guardar la Palabra de Dios, no la nuestra. Sin mezclas ni aditivos conservantes. En su exquisita pureza. Por lo cual, necesitamos también una buena dosis de sinceridad, y de autenticidad. Hemos manipulado demasiado el precioso don de la Palabra. Hemos sacado brillo a la nuestra y la hemos presentado como si fuera una joya de gran valor, cuando en realidad no pasa de ser simple bisutería.

Jesús, quiero pedir en esta oración que sepamos valorar tu Palabra, y que sepamos acudir al Espíritu Santo, cuando andemos faltos de memoria en cuestión de amor. Que no nos dejemos arrebatar el don sagrado del Amor por personas que, bajo apariencia cristiana, lo tergiversan, lo denigran, lo difuminan, hasta hacerlo irreconocible.

***

Jesús, el *Salmo 62* dice: *"Sólo de ti viene mi salvación, sólo tú eres mi roca y mi salvación"* (Sal 62,2-3). No es el único salmo que expresa esta verdad. Te cuento. Madrugué por ver subir la niebla al amanecer. Me figuré que era como ver una bandada de palomas en vuelo subiendo por las laderas del monte. Mientras, la luna colgaba en las cumbres de la sierra. Me pareció que sus extremos eran alas de golondrina columpiándose en la altura. Fue un momento muy bello, Jesús. Llámalo si quieres ensoñación. Entonces torné la vista hacia mí mismo, y me pregunté: ¿Quién soy yo? ¿Qué hago yo aquí, en el pretil de un paisaje de ensueño, en este amanecer? Y salmo decía: *"Los hijos de Adán no son más que un soplo, todos los hombres, una apariencia: todos juntos en la balanza subirían más leves que un soplo"* (Sal 62,10). Me quedó muy claro. Fue la respuesta. Se acabó de disipar la niebla.

Todos los días amanece. Lo mismo en la estepa, en el desierto, en la selva, en la arena. Cada día trae su sinfonía inocente de luz, de vida. Pero la brisa pone alas a la mañana para comenzar a templar la algarabía del trabajo. Es hora de encomendarse a Dios, porque *"Dios tiene el poder y el Señor tiene la gracia"* (Sal 62,12-13).

Jesús, qué pequeño se siente uno ante un simple amanecer. Y al mismo tiempo, qué agradecido a Dios que nos lo concede. Cada nuevo día, con sus tareas, trabajos, y afanes correspondientes, es para ofrecérselo al Señor. Por eso, Jesús, a la par que transcurre el día, debe también brotar mi oración,

como brota el agua en la fuente para apagar la sed de la alondra, del buey y la oveja.

Termina el día y llega la noche. La noche es para el descanso. El día para el trabajo. pero todo el tiempo debe ser para Dios. *"Descansa sólo en Dios, alma mía, porque él es mi esperanza"* (Sal 62,6).

En el paraíso Dios nos puso como tarea el trabajo, para ganar el pan de cada día, sin egoísmos ni avaricia. *"Aunque crezcan vuestras riquezas, no les deis el corazón"* (Sal 62,11). El corazón es para Dios.

Jesús, lo mismo que amanece en la naturaleza, cada día debe amanecer en mi alma el gozo y la alegría. Por eso te suplico que sepa recibir, de par de mañana, tu sonrisa de Amigo. Esa sonrisa, estampada en la naturaleza, en cada amanecer, como un beso de la Creación.

Por último, Jesús, te pediría yo, hijo de Adán, y en compañía de todos los demás hijos de Adán, mis hermanos, saber esculpir en cada piedra del camino, en las arenas del desierto, en cada corazón creyente, o no, en cada amanecer, esta oración: *"Sólo en Dios descansa mi alma, porque de él viene mi salvación"* (Sal 62,2).

DESDE EL SALMO 63

EL HOMBRE BUSCA, DIOS ENCUENTRA

Jesús, deseo expresarte un pensamiento reincidente en mis reflexiones. Es el siguiente: Dios ha creado todo. Vale. Ha creado al hombre, varón y mujer. Vale. Ha hecho al hombre semejante a él. Vale. Esto es sublime. Que una criatura, como es el hombre, esté a tal altura de dignidad, es increíble. Es maravilloso.

Por desgracia, el hombre no supo estar a la altura de la dignidad concedida por Dios. Pecó. Se apartó de Dios. Y una vez apartado de Dios, trata de sintonizar con Dios. Eso se parece a alguien que quiere escuchar la radio. La enciende. Sintoniza. Pero no aparece la emisora previamente buscada. ¿Por qué? Simplemente, se ha movido el dial, se ha desintonizado, y no se oye el programa deseado. Hay que volver a mover el dial hasta dar con la emisora deseada.

Jesús, el hombre perdió la frecuencia de trasmisión que le unía con el Creador desde que se apartó de él por el pecado. Desde entonces trata de sintonizar con el Creador. Y no lo logra. Se pasa el día buscando. Piensa que el instrumento para conectar con Dios es la religión y ahí tenemos al hombre, varón y mujer, en afán de búsqueda.

Toda religión ayuda a una búsqueda continua de Dios. Pero el esfuerzo del hombre se vuelve ineficaz. ¿Por qué? Porque el hombre, que fue quien inventó las religiones, en plural, las inventa como el recurso último y titánico de encontrar lo más preciado que ha perdido: Dios. Y resulta que Dios no aparece. Surge entonces, una tras otra, muchas, religiones. El fin es el mismo: buscar.

Jesús, por más que el hombre ha tratado de encontrar a Dios, no lo ha conseguido. Es verdad que las religiones tienen un componente de humildad y de búsqueda del Dios desconocido. Pero el culto que el hombre trata de dar a Dios, surge muchas veces desde el factor psicológico del miedo. En el fondo el hombre busca por miedo. A lo desconocido. Al más allá.

En definitiva, Jesús, que el hombre busca a Dios y no lo encuentra. Pero demos vuelta a la moneda. Veamos la otra cara de la moneda. Y nos encontramos, curiosamente, con que también Dios busca al hombre. Pero, mira por dónde, mientras el hombre no ha encontrado a Dios, Dios sí ha encontrado al hombre. Y lo encuentra por tu medio, Jesús. De mod que tú eres el punto de encuentro con Dios.

Jesús, entiendo que una vez establecida una religión, comienza un proceso de revestimiento de la misma. Y comienza por promulgar normas, leyes, culto, sacrificios. Una parafernalia, en suma, para darle cuerpo y consistencia, y de paso atraer y amalgamar adeptos.

De esa manera, no de extrañar lo que nos dices de tu propia religión, en cuanto judío, sin olvidar tu condición de Hijo de Dios al mismo tiempo: *"En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen"* (Mt 23, 1-3).

Esto significa, Jesús, que hay una deformación de la religión. En vez de ser el cauce adecuado para rendir culto al Creador, se han ido infiltrando obligaciones y cargas que terminan por ser insoportables. Se establecen entonces títulos, jerarquías, y gremios separados unos de otros. De un lado la jerarquía, de otro lado el pueblo.

Pero tú hablaste de una comunidad unida en el amor. Tú hablaste de un rebaño bajo un solo pastor. Por eso haces la separación entre lo que se dice, que es bueno, y lo que se hace. Eso es harina de otro costal.

***

Jesús, es evidente que el hombre es un buscador. Pero el que encuentra es Dios. Bien, por ser Dios el que encuentra y ser tú el punto de encuentro, con el *Salmo 63* quiero exclamar: *"Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote"* (Sal 63,5). Por lo mismo, quisiera que mi vida fuera como un poema. Sí, un poema. Un poema enhebrado con sentimientos. Porque los sentimientos son parte importante de uno mismo. Y, si me pregunto a mí mismo, y uno ¿qué es? La Biblia me responde: Tierra. Bíblica tierra. Eso sí, amasada con las manos del Artífice divino donde florece la vida. *"Mi alma está unida a ti y tu diestra me sostiene"* (Sal 63,9).

Mi vida, amasada de tierra, es también geografía labrada por el tiempo y los días, donde nadie jamás podrá suplantar mi indigencia, ebria de claridad, diáfana de luz. Jesús, tú eres la Luz que guía mis pasos.

Admiro del árbol su cósmica canción en el pentagrama verde del paisaje, embrujado en la recóndita fuente que cautiva y alimenta su ser. Río me sé, nacido en el mismo venero, que lo mismo da de beber al desierto que riega la selva agreste y salvaje. *"Mi alma está sedienta de ti"* (Sal 63,2).

Me siento solidario de todas las estrellas que navegan sin fin por el mar sin límites de las galaxias infinitas, ecuménicas viajeras de sueños hibernados para siempre en los inabarcables espacios siderales. *"Mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua"* (Sal 63,2).

Hombre me veo, de divina hechura revestido, calzado apenas con sandalias ligeras para caminar mi fe. Y, sin embargo, mendigo a destajo soy que otea oropeles fatuos de felicidad. *"En el lecho de acuerdo de ti y velando medito en ti"* (Sal 63,7).

Las raíces de mi ser arden también, Jesús, en el mismo crepitar del fuego que quema, poco a poco, la savia del árbol genésico de mi ser a la par

de mi poema, del cosmos, y la luz. *"A la sombra de tus alas canto con júbilo"* (Sal 63,8).

Tener ansío la libertad del mar abierto, o de la gaviota que vuela y planea, entre la sal de la ola y la arena, el ancho azul del horizonte. Y así, hasta plantar mi tienda bajo un cielo copioso de estrellas, y adentrarme, por fin, en la órbita elíptica de mis sueños. Contemplar tu rostro por siempre jamás quiero. Porque *"Mi alma tiene sed de ti"* (Sal 63,2). Jesús, *"Toda mi vida te alabarán mis labios"* (Sal 63,4).

DESDE EL SALMO 64

ENHEBRAR UN CANTO A LA VIDA

Jesús, es evidente que no hacías buenas migas con los fariseos. Llegaste a llamarlos ¡hipócritas! Así, sin pelos en la lengua. Contundente. Los encuentros con los fariseos eran prácticamente a diario. La palabra fariseo *"hasidim"* (devotos), tiene un sentido positivo. Pero en sentido negativo, y en nuestras latitudes, representa a alguien que actúa con doblez. Actuar con doblez es el colmo de la desfachatez. Eso es la hipocresía. No tolerabas que alguien actuara con doblez.

Por desgracia, los fariseos no son sólo de ayer, también hoy abundan. De modo que, la invitación que hiciste a que lanzara la primera piedra aquel que estuviera sin pecado, vale también para hoy. ¿Quién de nosotros podrá tirar la primera piedra? Ni la primera ni la última. Porque en mayor o menor medida, en cada uno de nosotros subyace un fariseo, y no en sentido positivo, precisamente.

Los fariseos se ponen un día a criticar a tus apóstoles porque no se lavaron las manos antes de comer. ¡Hombre!, la higiene es importante. Pero el asunto va más allá de un comportamiento social, o de educación, o de higiene. Naturalmente que todos tenemos derecho a que las personas se presenten aseadas, limpias. No es agradable a tratar con una persona sucia, desaseada, mal educada. Pero el asunto va por otro lado. Aquello tan nimio como el no lavarse las manos, fue sólo un pretexto. Querían armar camorra. Y tú, Jesús, les plantaste cara.

En el libro del Levítico, Antiguo Testamento, se dice: *"El Señor se dirigió a Moisés y Aarón, y les dijo: Decid a los israelitas que, de todos los animales que viven en tierra, pueden comer los que sean rumiantes y tengan pezuñas partidas; pero no deben comer los siguientes animales, aunque sean rumiantes o tengan pezuñas partidas…"* (Lev 11, 1s). Y va señalando una serie de animales puros e impuros, es decir, que se pueden o no, comer.

La Biblia especifica tres tipos de animales: *Terrestres:* todos los que se mueven o arrastran por el suelo. *Volátiles:* todos los que tienen alas, incluidos los insectos voladores. *Acuáticos:* todos los que nadan en el agua, cetáceos incluidos.

No deja de sorprender que habiendo creado Dios todas las cosas, y después de decir que todo era bueno, ahora el Levítico haga excepciones. ¿A qué se debe? Quiero pensar que se trata de una cuestión cultural. Pues siendo la Biblia un libro religioso, pero no científico, es natural que se acomode a la cultura de los distintos períodos de la historia. Ahora bien, en aquel tiempo no tenían los conocimientos en medicina que se tienen hoy. Entonces, si ven que un animal hace daño si se come, y desconociendo por qué hace daño, lo

más lógico es que prohíban su consumo. Y punto. Desconocían, por ejemplo, la triquinosis, enfermedad causada por el consumo de carne que contiene quistes o parásitos que pueden encontrarse en la carne de animales como el cerdo, el oso, y otros. El remedio, prohibir comerlos. De esta manera, pasaban a ser animales impuros.

Pero todo eso, Jesús, eran preceptos humanos. Y lo que tú les dices es que no se trata de quedarse en preceptos puramente humanos. Que no se trata de observar ciertos ritos religiosos, y luego ser, por ejemplo, explotadores de los demás, usurpadores, aprovechados, avariciosos, injustos, etc. Porque cuando esto ocurre, el culto está vacío. Todo se convierte en rutina. O en apariencia. Y Dios no está en la rutina, o en las apariencias.

Bien está, la higiene corporal, como lavarse las manos antes de comer, pero es más necesaria la higiene del espíritu. No se puede jugar con las cosas de Dios. Ni de la religión.

Jesús, hoy te pido que nos ayudes, a mí y a los demás, a quitarnos esa parte de fariseo malo que llevamos en nosotros, y a quedarnos con la parte buena, que también la hay, como es el ser piadosos de verdad.

***

Jesús, al llegar la noche, y antes de entregarme al sueño, tengo por costumbre hacer balance del día que termina. Otros lo llaman examen de conciencia. Da igual. Pues bien, de un lado van los logros, las metas conseguidas, los deberes cumplidos. Del otro los incumplimientos, los fracasos, las cosas que quedaron a medias, o ni siquiera se empezaron. El resultado, tú lo ves antes que yo. Con el *Salmo 64*, sólo quiero decirte: *"Escucha, oh Dios, la voz de mi lamento"* (Sal 64,2).

Y más te digo, Jesús; yo que en mis fantasías líricas he soñado más de una vez con columpiarme, como un niño, en los fríos cuernos de la luna, ni siquiera he llegado a completar, en el juego necesario de la vida, los tantos ganadores de la honradez, la honestidad, la sinceridad, la lealtad. No se puede ir por la vida en plan romántico. Por lo cual, te digo: *"Protege mi vida del terrible enemigo"* (Sal 64,2). ¡Cuántas veces el enemigo es uno mismo!

Pero el balance al llegar cada noche, de lo acontecido en el día, me recuerda otra noche, que llegará. Entonces no habrá tiempo ni para completar las cuentas. Inconclusas quedarán en la bitácora de mis días. No así en el libro de mi vida. Ese libro que sólo tú guardas, Jesús. Por eso, *"Escóndeme de la conjura de los perversos"* (Sal 64,3). Es decir, escóndeme de mí mismo.

Y mientras va llegando la tarde, y antes que por fin mi ser se escore y encalle, inexorable y firme, en el redil sereno del ocaso, déjame, Jesús, refugiarme en ti. *"El justo se alegra con el Señor, se refugia en él"* (Sal 64,11).

Caída que sea la tarde, y llegue la noche, permite que un carrusel de luz las estrellas formen a mi alrededor para alumbrar de azul celeste mi muerte. Esas estrellas serán tus ángeles del cielo, capitaneados por mi ángel de la guarda, el mismo que tantas veces me ha librado de caer en las garras de mis adversarios, que *"Afilan sus lenguas como espadas y disparan como flechas palabras venenosas para herir a escondidas al inocente"* (Sal 64,4-5).

Deja que entonces yo, bajo protesta formal de hombre que ha amado la vida, y cual árbol hendido por el rayo, muera vertical como un soldado en guardia. Mi protesta, Jesús, quiero que sea que sigo amando la vida. Tú eres la Vida. *"Todo el mundo se atemoriza, proclama la obra de Dios y medita sus acciones"* (Sal 64,10). Pero yo no tendré miedo, porque cuando todo quede en silencio, yo, más allá, o más acá de las estrellas, tú lo sabes, Jesús, seguiré enhebrando por siempre mi canto agradecido a la vida. La Vida eres tú, Jesús.

DESDE EL SALMO 65

TÚ MERECES UN HIMNO EN SIÓN

Jesús, habías vuelto del desierto, donde tuvo lugar el episodio de las tentaciones. Estás de nuevo en Galilea. Tu fama se extendió por toda la comarca, como dice el Evangelio (Lc 4.14). Te dedicas a predicar, a enseñar, en las sinagogas. La gente te recibía encantada. Y por fin, en este recorrido llegas a Nazaret, tu pueblo. El sábado vas a la sinagoga, *"como era su costumbre los sábados",* dice el Evangelio (Lc 4,16). Lo que significa que eras fiel cumplidor de los preceptos religiosos.

Fiel cumplidor de los preceptos religiosos. Importante dato. Jesús, esto me hace pensar cómo, según pasa el tiempo, y a medida que la gente goza de más y mejor economía y bienes materiales, nos alejados de cumplir con nuestros deberes religiosos. Dicho de otra manera, ¡ay que ver!, cómo nos acercamos a Dios sólo cuando nos va mal, y cómo nos alejamos de él cuando la vida nos sonríe. ¡Qué egoístas somos! ¡Y qué vacíos de espíritu! Porque eso de acudir a Dios sólo en las penurias, indica que a Dios lo tenemos como recurso de emergencia. De ese modo, Dios no puede estar satisfecho de nosotros. El culto que le damos es entonces un culto vacío, porque es un culto desde el egoísmo y la conveniencia.

Tú nos diste ejemplo, Jesús, de cómo debemos actuar en todo, comenzando por nuestros deberes para con Dios. Allí, en la sinagoga, te señalaron a ti para hacer la lectura. Fue un detalle que tuvieron para contigo. Era darte, también y al mismo tiempo, la bienvenida. Y quién sabe si, de paso, solucionar el problema de la falta de lectores. Porque mucha gente no sabía leer. En cuanto a ti mismo, muchos se extrañaban al ver lo mucho que sabías. *"Se admiraban de las palabras que salían de su boca"* (Lc 4,22). Otros entraron en sospecha: *"¿No es este el hijo de José?"* (Lc 4,22). Era clara alusión, en su desconocimiento, de que no tuviste estudios. O eso pensaban ¡Qué mal te conocían! ¡Y qué mal seguimos conociéndote muchos! Total, aquella reunión, tan bien como había comenzado, terminó en trifulca.

Efectivamente, todo había comenzado muy bien. Veamos. Te entregaron el rollo del profeta Isaías. Vale. Y leíste el pasaje: *"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido"* (Lc 4,18). Este pasaje te lo aplicaste a ti mismo, ¡y con qué razón! Porque tú habías venido "*a evangelizar a los pobres, a proclamar la libertad a los cautivos, a devolver la vista los ciegos*, como decía el pasaje de Isaías que leíste en la sinagoga.

Pero somos tan cambiantes, y tan metepatas, dicho sea, vulgarmente… Viste que, mientras unos te expresaban aprobación, otros no solamente dudaban, es que se pasaron a la oposición, como suele ocurrir en la política. Tanto, que les dijiste: *"Sin duda me diréis aquel refrán: médico cúrate a ti*

mismo" (Lc 4,23). La cosa fue a mayores. Terminaron por ponerse todos furiosos. Te echaron de la sinagoga. Y no sólo eso, es que además quisieron despeñarte por un barranco. Aunque tú, valiente y pundonoroso, te abriste paso y seguiste tu camino dejándolos plantados.

Todo había comenzado tan bien, tan bonito. Y todo terminó en un desastre. Pero el mensaje liberador quedó para siempre grabado en los corazones de la gente de bien. Y en evidencia ante la historia quedaron también las actitudes de la gente mala, retorcida, que no son capaces de ver más allá de sus propias narices. ¡Cuánto daño hacen las posturas intransigentes, la falta de diálogo, y los apriorismos! Cuando hay posturas tomadas con antelación al acontecimiento de los hechos es imposible seguir adelante.

Jesús, que no seamos tan intransigentes como lo fueron tus paisanos. Ayúdanos a romper nuestras intransigencias, las mías y las de los demás, que sólo hacen evidenciar nuestro detestable egoísmo.

***

Jesús, veo en el *Salmo 65* un antídoto contra nuestras intransigencias. Nos dice que la Creación entera canta la gloria y la grandeza de Dios. *"Oh Dios, tú mereces un himno en Sión"* (Sal 65,2). Y lo mejor de la Creación es, a pesar de los pesares, el Hombre, pues ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Es el hombre quien dirige la batuta de la mejor orquesta sinfónica: la maravillosa Creación.

Me siento parte, como no podía ser de otro modo, de esta universal Acción de Gracias a tu majestad, Jesús. Por eso, cantar quiero agradecido la canción universal de la vida. Y lo mismo que un enamorado, yo también abriría en la piel rugosa del árbol de la vida, una estría donde grabar un corazón reverberado, enamorado, agradecido. En él escribiré dos nombres: el tuyo, Jesús, y el mío. *"Los habitantes del extremo del orbe se sobrecogen ante tus signos" (Sal 65,9).*

Por ti, Jesús, abriré los balcones de mi alma para que entre a raudales la brisa refrescante de tu gracia. Dejaré que baje, en tirabuzones de llanto, ladera abajo de mis ojos, la emoción contenida en mi corazón agradecido. *"Que nos saciemos de los bienes de tu casa"* (Sal 65,5).

Como se filtra la luz en la floresta columpiándose radial entre las ramas y reverbera en el agua que a los pies del árbol corre, así quiero, Jesús, que tu gracia llene de luz mi alma. *"Con portentos de justicia nos respondes, Dios, salvador nuestro"* (Sal 65,6). De este modo podrá romper la tozudez de las intransigencias.

Quisiera que mi alma fuera como el pergamino donde se escribe un poema de amor. Le pondría el sonido melodioso de la música antigua,

rasgada armónicamente en el arpa por manos de los ángeles. *"Los valles se visten de mieses, que aclaman y cantan"* (Sal 65,14).

Y con el salmista, te digo: *"Tú cuidas la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida; la acequia de Dios va llena de agua, preparas los trigales"* (Sal 65,10). Esa acequia de agua viva, es la misma que cruza la avenida ancha de mis días como bendición abundante, para no agostarme ni morirme de sed en la aridez de las intransigencias. *"Riegas los surcos, igualas los terrones, tu llovizna los deja mullidos"* (Sal 65,11).

Jesús, uno mi pobre voz a la voz sonora de la Creación, porque quiero expresarte mi más ferviente acción de gracias. Porque tú, *"oh Dios, tú mereces un himno en Sión, y a ti se te cumplen los votos en Jerusalén"* (Sal 65,2).

Jesús, venciste en el desierto las tentaciones. Regresaste a tu tierra. Confirmaste tu identidad en la sinagoga ante tus paisanos. Sólo te pido que no tengas que marcharte, como tuviste que hacerlo allí.

DESDE EL SALMO 66

DESCALZOS ANTE DIOS

Jesús, creo que veces tenemos los humanos un concepto de Dios como de un Dios un tanto lejano. En ti se nos hace visible y cercana tu humanidad. Nos pasa lo mismo que les pasó a los apóstoles. Sólo tras la Resurrección captaron tu Divinidad. Y creyeron. Necesitamos afinar la fe.

Igual que antes de tu muerte, ibas y venías por el lago. Desayunabas, comías, y seguías alternando con ellos. ¡Qué cercano y humano te muestras tras la resurrección, como si no hubiera pasado nada! Pero se dieron cuenta que había habido un cambio radical. Y, sin embargo, seguías con ellos, a su lado. Esto también lo captaron.

Eso nos indica que no estás lejano, sino bien cercano. Que estás en nosotros mismos. No hemos, pues, de mirar a la lejanía. Dios está con nosotros, en nosotros mismos.

Dios, encarnado en ti, nos dice por boca tuya: *"Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la Creación"* (Mc 16,15). ¿Por qué esta tarea y mandato? Tú has cumplido la misión que el Padre te ha encomendado. Has proclamado la Buena Nueva. Has sembrado la semilla del Evangelio en una parcela pequeña como es la tierra que hoy llamamos Tierra Santa. Pero es preciso que esa semilla crezca y se ramifique en el mundo entero. Para eso has elegido a unos pocos jornaleros a tiempo completo. Son los apóstoles. Así los llamas, porque son *enviados*.

Aquellos humildes pescadores del lago de Galilea pasan a ser también sembradores. En sus manos llevan la semilla del Evangelio. Son sembradores, y al mismo tiempo siguen siendo pescadores. Ahora pescadores de hombres.

Esa tarea no es exclusiva de ellos o para ellos. Es tarea de todo cristiano, de todo bautizado. Es la consecuencia de la Resurrección. Aquel que pendía en la cruz como si fuera un réprobo, abandonado y vilipendiado por todos, ha sido ahora exaltado a la gloria de Dios.

En la cruz, Jesús, sentiste la más profunda soledad y el más absoluto abandono. Piensas que hasta el Padre te ha abandonado. Es decir, quisiste pasar por la experiencia que nosotros tenemos muchas veces, como es el pensar que Dios está lejos, allá en la estratosfera. Y no. Dios no está lejos. Dios está en la cruz, identificado contigo, agonizando en la misma cruz contigo. Dios no puede morir, pero sí agonizar. En ti, no muere la divinidad, muere la parte humana. Y Dios, que no puede morir, sí puede agonizar, es decir, asumir el dolor de todos los crucificados del mundo. Puede asumir el dolor de toda la humanidad. Ese dolor redentor aposentado en tu Corazón de Redentor de toda la Humanidad. Dolor que se transforma en Vida.

El Evangelio es Vida. Nos mandas pues a propagar la Vida. Vida que es como un nuevo, esplendoroso, radiante amanecer. Al alba, cuando el nuevo día se levanta, tú te levantas del sepulcro. Y te paseas por el jardín, ¡oh glorioso jardín del Huerto de los Olivos! Y te apareces a María Magdalena.

¿No trae este *jardín* reminiscencias de otro jardín? Claro que sí. El primer jardín, llamémosle paraíso terrenal, fue destruido, asolado, arrasado, por el pecado. Eva nunca más pudo volver y pasear por él.

Este otro jardín, el de la Resurrección, pasa a ser metáfora en el tiempo. María Magdalena, más allá de la realidad personal, también es metáfora en el tiempo. Quiero decir, se ha rehecho el jardín, vuelve la vida, hay un nuevo amanecer para la humanidad. Y tú, Jesús, pasas a ser el nuevo Adán, pero que no tiene que esconderse de Dios, y nos dices: *"Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la Creación"* (Mc 16,15)

***

Jesús, hay un texto precioso en el libro del Éxodo: *"Descálzate las sandalias que estás en tierra sagrada"* (Ex 3,5). Quiero figurarme la escena. La zarza ardiendo, Moisés que se acerca. Y la voz de Dios echándole el alto. Luego todo quedó en silencio. Sólo la voz de Dios se oyó.

Jesús, toda la tierra es sagrada. Toda ella es obra de Dios. Pero aquí sucede algo más. Fue el modo de decirle a Moisés que pusiera atención, que algo importante tenía que escuchar. Y la actitud de Moisés fue de adoración.

Dios metido en el alma de Moisés, el pastor que apacentaba el rebaño, sin más visión en el horizonte que la llama de una zarza incombustible. Y la voz de Dios flotando en el ambiente.

Jesús, hasta los enemigos de Dios lo reconocen. Lo dice expresamente el *Salmo 66*: *"Por tu inmenso poder tus enemigos te adulan"* (Sal 66,3). Pero Dios prefiere la aclamación sincera y limpia: *"Aclamad al Señor, tierra entera, tocad en honor de su nombre, cantad himnos a su gloria"* (Sal 66,1-2).

Descálzate las sandalias, le dice el Señor a Moisés. La misma voz sigue resonando hoy. Despójate también del cayado. Vuélvete manso, como la oveja, que tú también eres parte del rebaño: Yo soy tu Pastor. *"Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor, que toquen para tu nombre"* (Sal 66,4).

Todo quedó en suspenso, hasta la respiración. El fuego fue un signo de Dios. Hoy, Jesús, quiero adentrarme en silencio en el desierto de mi alma, por ver si arde aún la zarza de mi fe. *"Los que teméis a Dios, venid a escuchar, os contaré lo que ha hecho conmigo"* (Sal 66,16).

A veces la llama se tambalea. Pero queda siempre entre la ceniza la brasa que la mantiene. Por eso, Jesús, descalzo, sin sandalias, sin cayado, y

despacio, busco en la noche, a tientas, tu presencia. Quizá no atino a oír tu voz diáfana. Quizá tan sólo el eco. Son mis oídos sordos. No obstante, queda en pie tu voz. Y las brasas, para avivar la hoguera. Tú eres fuego que transforma.

De otro lado, no busco hallar evidencias de la presencia de Dios, pues todo me habla de él. Mas sí, necesito y quiero arrimarme a la luz que quema por dentro, para decir, en adoración profunda: *"Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica ni me retiró su favor"* (Sal 66,20). Tú, Jesús, eres mi única certeza.

DESDE EL SALMO 67

VERDADERA Y FALSA MÍSTICA

Jesús, entiendo que *Mística* significa algo así como experiencia de lo divino. Pero *divino* no es lo mismo que *Divinidad*. Esta se refiere en exclusiva a Dios. Pero lo que llamamos divino, no tiene que ver necesariamente con la Divinidad. Aunque por *divino* puede entenderse aquello que queda encerrado en el misterio, en cuyo caso sería una aproximación a la Divinidad, también puede referirse a que algo está muy bien. Esto está divino, decimos. Quiere decir que está muy bueno. Pero en esto de la *mística* cabe mucha fantasía y mucha subjetividad. Y no digamos cundo mística equivale a *beatería*. En sentido negativo, por supuesto.

Cualquier persona que se acerque a ti, Jesús, sea creyente o no, enseguida se da cuenta de que tú de místico no tenías nada, entendiendo místico en el sentido de fantasía. Y menos aún en sentido de beatería. En cambio, sí eras místico, si tomamos el término como sinónimo de santidad.

No fuiste alguien encerrado en sí mismo. Por el contrario, unido en total y constante sintonía con el Padre, sintonizabas al mismo tiempo con la naturaleza y con la gente. No te andabas por las ramas. Metido de lleno en la realidad del mundo, de las personas, y del ambiente en general, amabas cuanto te rodeaba. Comprometido de lleno con las personas, "*pasaste por el mundo haciendo el bien"* (Hech 10,38). Enviado por el Padre, viniste al mundo para salvarnos a todos. En la totalidad de la persona. No viniste a salvar "*almas*", como tantas veces se oye decir, sino "*personas*" concretas, en su totalidad individual.

Brillantemente lo expresó Juan Pablo II en su Encíclica programática, *"Redemptor Hominis".* Cristo el *Redentor del Hombre* es *"el centro del Cosmos y de la Historia".*

Por consiguiente, amas cuanto te rodea. Hay que ver, por ejemplo, con qué delicadeza y ternura amabas a los niños y a los que sufren. Te admirabas ante la belleza de los lirios del campo. Evocabas bucólicamente al rebaño que pasta en el campo, imagen que te sirvió para conceptuar la unidad que quieres que haya entre tú y nosotros: *"Yo soy el buen pastor…"* (Jn 10,11-18). Sintonizabas con las personas y con la naturaleza, lo mismo que con el Padre. Y al revés.

En cambio, sí eras místico en el sentido tan original y bellamente expresado por el papa Francisco en la Encíclica *"Laudato si'": "El universo se desarrolla en Dios, que lo llena todo. Entonces hay mística en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro del pobre"* (nº 233).

Y aquí, atinadamente, el papa añade una cita, como nota a pie de página, de un poeta sufí. Nota muy elogiada, por cierto, por el Islam: *"Un*

maestro espiritual, Ali al-Khawas, desde su propia experiencia, también destacaba la necesidad de no separar demasiado las criaturas del mundo de la experiencia de Dios en el interior. Decía: «No hace falta criticar prejuiciosamente a los que buscan el éxtasis en la música o en la poesía. Hay un secreto sutil en cada uno de los movimientos y sonidos de este mundo. Los iniciados llegan a captar lo que dicen el viento que sopla, los árboles que se doblan, el agua que corre, las moscas que zumban, las puertas que crujen, el canto de los pájaros, el sonido de las cuerdas o las flautas, el suspiro de los enfermos, el gemido de los afligidos…». (Eva de Vitray-Meyerovitch [ed.], *Anthologie du soufisme*, París: Editions du Seuil, 1978, 200). Porque la mística, más que misterio, es evidencia.

Jesús, fuiste compasivo y misericordioso. Metido de lleno en la realidad de las personas, sabías *descubrir la acción de Dios no sólo en el alma, sino en todas las cosas,* como prosigue la Laudato si'. De ahí también que, con tanta fuerza, resalte el evangelio tu *misericordia* para con todos. Buenos y malos. Pero tu misericordia se acentúa más cuando se trata de personas necesitadas, al nivel que sea. Te dolía el dolor y el sufrimiento de la gente. Y afirmas: *"No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"* (Mc 2,17).

Tus sentimientos para con las personas, sobre todo las más necesitadas, fueron siempre de compasión. No quieres que nadie sufra. Por eso tratabas de suprimir, o al menos aliviar, el sufrimiento, y el dolor.

Y hablando de dolor, San Pablo dirá que el dolor entró en el mundo por el pecado. Desde el enfoque y contexto teológico que el apóstol le da, sin duda. Se trata, por lo demás, del dolor moral y espiritual. Otra cosa es el dolor a nivel humano y físico, que no contradice para nada la teología. En tal caso, el dolor es ajeno al pecado. El dolor es constitutivo de la naturaleza, no del pecado. Valga un ejemplo. Supongamos, tomando prestada la comparación desde la biblia, que Adán y Eva estuvieran un día jugando los dos a columpiarse en las ramas de algún árbol del paraíso. De pronto, la rama se desgaja, y ellos se caen. Qué duda cabe de que en el topetazo contra el suelo "verían las estrellas", como suele decirse. De modo que, una cosa es el dolor moral (teológico) y otra el dolor físico (naturaleza).

Tú trataste de aliviar tanto uno como otro. Por eso perdonabas los pecados (dolor moral), y también curabas a los leprosos, paralíticos, etc., (dolor físico).

De ahí que la *compasión* no es una virtud más en nuestra vida, sino una manera de parecernos a Dios. Repetías: *"Sed compasivos como vuestro Padre Dios es compasivo"* (Lc 6,36). Por consiguiente, la compasión tiene que ser una actitud configurante, tanto del creyente, en lo individual, como de la Iglesia en su globalidad. Cualquier obra hecha sin el aval de la misericordia, de poco o nada sirve. Terminarán siendo obras buenas,

altruistas, propias de una ONG, pero no de una Iglesia que, para serlo, necesita ser una prolongación tuya en el mundo.

Jesús, no me cabe duda de que los falsos místicos carecen del don de la realidad. Flotan en una nube autocomplaciente. Les falta la dimensión de los grandes soñadores. Los verdaderos místicos son hombres y mujeres, clarividentes en ideas, utópicos donde los haya, porque ven más allá de lo que los demás ven. Se adelantan a los acontecimientos y hacen historia. Es el caso de los profetas bíblicos. Es tu caso, Jesús. Fuiste el gran Soñador. Pero tu utopía está anclada en la realidad. Por eso fuiste capaz de construir una humanidad nueva, donde *"el vino nuevo hay que echarlo en odres nuevos"* (Mt 9,17). Por eso fuiste capaz de redimir al mundo. Y de hacer nueva la Historia.

Queda claro, pues, por qué digo que hay mística a lo divino y mística a lo humano. Buena, si es a lo divino; vacía, si es a lo humano.

***

Jesús, dicho esto, tomo el *Salmo 67*, para decir con él: *"Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben"* (Sal 67,4). Esta alabanza expresada en el salmo, recoge el sentir de todo hombre y mujer de buena voluntad.

Junto al deseo unánime de que todo el mundo alabe el nombre del Señor, hay también una súplica: *"Que Dios tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros"* (Sal 67,2). Ni siquiera podríamos iniciar una alabanza al Señor sin su ayuda.

Por eso, Jesús, también yo quiero en todo momento alabar a Dios. Lo mismo da que sea primavera, como invierno. Que esté despierto o dormido. Si dormido, quiero alabarlo con el instante efímero que soy en el tiempo. Si despierto, quiero alabarlo con el canto alegre del jilguero y la sonrisa de las flores. *"Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia y gobiernas las naciones de la tierra"* (Sal 67,5).

Quiero alabar a Dios con la blancura de la nieve y el rigor del hielo. Con las personas que trabajan la tierra, y con las abejas que fabrican la rica miel. *"La tierra ha dado su fruto, nos bendice el Señor, nuestro Dios"* (Sal 67,7).

Quiero alabarlo con música de ensueño, y con las lágrimas de una madre que no logra rescatar a su hijo del demonio de la droga o de las amistades malsanas.

Quiero alabarlo con mi vida entera, y quiero amarlo siempre, y especialmente en el momento de mi muerte. Quiero alabar a Dios cuando estoy cerca de él y también cuando me alejo. *"Que le teman todos los confines de la tierra"* (Sal 67,8).

Jesús, déjame vivir por siempre en tus brazos, acunado como un niño en el regazo de su madre. *"Conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación"* (Sal 67,3). Que todos los pueblos alaben a Dios, en sintonía con el conjunto espléndido de su radiante Creación.

DESDE EL SALMO 68

LA EPOPEYA DE ISRAEL

Jesús, todo cristiano incorporado a ti por el bautismo y consciente de ser seguidor tuyo es como la síntesis más hermosa de lo humano y lo divino. Lo que significa que el cristiano es en verdad ciudadano a partes iguales de dos reinos. De un lado, pertenece a la *"ciudad terrena",* si empleamos el símil agustiniano. Y de otro, a la *"ciudad celestial*", en términos del Apocalipsis.

El cristiano, hombre o mujer, tiene la doble nacionalidad: la temporal y la eterna. Su tarea es construir la ciudad eterna comenzando por construir primero la ciudad terrena. Es, entiendo, llevar a cabo el mandato que Dios le señaló al hombre ya en el primer capítulo del Génesis: gobernar la creación.

Para llevar a cabo esta empresa magnífica y colosal, la persona humana necesita estar en armonía consigo mismo. Para lo cual, es preciso conjugar la vida espiritual y la acción. Sin la fuerza y gracia del Espíritu Santo con que tú actúas, Jesús, tal conjunción sería imposible. Si no tiene experiencia de Dios, el hombre no podrá tener la experiencia de sí mismo. Sintonizar con Dios es garantía de sintonizar con los demás. Necesitamos, por lo mismo, colocar nuestro dial en la onda de Dios. Igual que hacemos con un aparato de radio: sintonizar.

El cristiano, primero por vocación, es decir, porque tú, Jesús, lo has llamado; y luego, haciendo honor a su nombre de *cristiano*, es un seguidor tuyo. De este modo, está llamado a trabajar para hacer posible un mundo más humano. Con razón, y en referencia al ser humano el Salmo 8 dice: *"Lo hiciste apenas inferior a un dios"* (Sal 8,4).

En el ser humano hay una parte de la divinidad de Dios. Al haberlo convertido en imagen y semejanza suyas, Dios le tiene reservada su gloria. Por consiguiente, tanto individual como socialmente, el hombre tiene que impulsar un humanismo tal que todo adquiera transcendencia; que revalorice, no sólo al mismo hombre, sino a toda la creación. Pues por designio de Dios, la creación está sometida al hombre. Esto es un gran honor para la persona humana, pero también una intransferible responsabilidad. No llevar a cabo esta misión sería lo mismo que frustrar el plan de Dios sobre la creación.

Jesús, siendo tú la síntesis y culminación de la Creación, los cristianos en primer lugar, y también todos los hombres y mujeres de buena voluntad, necesitamos colocar nuestro dial en la onda de Dios. De lo contrario, las cosas no resultarán. No podemos salirnos del modelo que eres tú. En ti reside la plenitud del Espíritu. En ti se une lo divino con lo humano, bajo la soberanía y fuerza del amor de Dios.

Además, el cristiano necesita ser un comunicador de vida. No puede archivar o esconder su fe. Sin santidad de vida no se es verdadero cristiano. Ahora bien, la santidad no consiste en andar vegetando y flotando como una nube. Por ser imagen de Dios, hechura de Dios, se parece a Dios. Esa es la dignidad gratuita que Dios le ha conferido. Por consiguiente, está llamado a la santidad.

La verdadera santidad lleva al hombre, varón o mujer, a luchar por ayudar a salir del subdesarrollado, a todo nivel. Para eso Dios nos ha dado la inteligencia, la libertad y la voluntad. Cuanto más plenamente humano sea el hombre más cerca estará de Dios.

Jesús, también está claro que el cristiano está llamado a mantener vivo el sentido de la esperanza. Y a trabajar por un mundo más humano, donde todos puedan vivir, al menos mínimamente bien. Y a ser testigo de la Verdad. Dios es la Verdad. Y a tener encendida la lámpara de la fe; a pesar de que nos toque vivir en un mundo zarandeado por las guerras y la violencia. Donde hay desorden y agresividad necesitamos responder con la paz. El Amor siempre vence al odio.

***

Jesús, la epopeya bíblica la vivió el Pueblo de Dios. Bien claramente lo refleja el *Salmo 68: "Oh Dios, cuando salías al frente de tu pueblo y avanzabas por el desierto, la tierra tembló, el cielo destiló ante Dios, el Dios del Sinaí; ante Dios, el Dios de Israel"* (Sal 68,8). Eso es, fue la epopeya bíblica. La epopeya de Israel, vivida con valentía, con honor, con sufrimiento, pero guiado por Dios. Israel atravesó el desierto, Dios lo acompañaba. Y el Pueblo llegó a la tierra prometida.

Estoy pensando que todos necesitamos ir al desierto, en sentido bíblico, a purificar los pecados. A liberarnos del lastre de las cosas vanas y triviales, y borrar de la memoria ese trozo de nostalgia que aún guardamos oculto en algún rincón del alma.

Israel supo dejar atrás el Egipto tentador. *"Los carros de Dios son miles y miles: Dios marcha del Sinaí al santuario"* (Sal 68,18).

Reflexionando en este salmo, te diré, Jesús, que me siento reo, confeso y culpable, por dejarme envolver en la tela de araña de las cosas de este mundo hipócrita y burgués. *"Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación. Nuestro Dios es un Dios que salva"* (Sal 68,20.21).

Deberíamos poner poemas que salpiquen de gozo la vida. Poemas que canten a la vida y al amor. Pero hemos puesto epitafios, por las muertes dolorosas del odio, la guerra, el aborto, y el chantaje. *"Dios aplasta las cabezas de sus enemigos"* (Sal 68,22).

Ante tanto epitafio, ¿qué decirte, Jesús? Pues, ¡a mí me pesa, pésame, Señor...! Sí, me pesan todos los pasos dados en falso a lo largo de los años.

Me pesa haber puesto desiertos baldíos donde debería haber puesto vergeles. Me pesa toda ofensa contra ti. *"Lleguen los magnates de Egipto, Etiopía extienda sus manos a Dios"* (Sal 68,32).

Pero el salmo invita*: "Tocad para Dios, que avanza por los cielos, los cielos antiquísimos, que lanza su voz, su voz poderosa"* (Sal 68,33-34). Tú, Jesús, a pesar de los pesares, sigues estando en el desierto de mi vida y guías pasos. *"Sobre Israel resplandece su majestad"* (Sal 68,35).

La epopeya bíblica de Israel es también tu epopeya, Jesús.

DESDE EL SALMO 69

CON EL AGUA AL CUELLO

Jesús, la experiencia me dice que el ser humano suele acudir a la oración de modo casi instintivo. ¿Será que estamos acostumbrados a rezar porque desde pequeños así nos enseñaron y se nos ha hecho costumbre?

Esta actitud se asemeja a como el tierno infante busca el pecho de su madre. Lo busca por instinto natural, cuando siente la necesidad de alimentarse. Creo que el ser humano se mueve en el campo del espíritu por una especie de instinto. Añado más: y de miedo.

Nos guste o no, el miedo es un componente a tener en cuenta. Muchas cosas nos asustan, o perturban. Es entonces cuando buscamos refugio. Y lo primero que hacemos, instintivamente, es acudir a Dios. Lo hacemos sin formularios prefabricados. La necesidad nos hace acudir a él. El mecanismo del miedo actúa como un resorte automatizado.

Esta es la realidad, sobre todo cuando nos sentimos desvalidos, indigentes, desprotegidos, necesitados. Aquello que nos rebasa, muchas veces nos sobrecoge. Hasta cierto punto, es bueno tener un cierto miedo. Porque es como una alarma siempre conectada.

Pero el hecho de acudir a Dios, no significa que se esté orando, ni que se esté pensando en Dios, propiamente. Más bien se piensa en uno mismo y cómo librarnos de aquello que nos causa el miedo. Ahora bien, cuando conscientemente nos ponemos en actitud de oración, puede ocurrir que más que a orar nos dispongamos a rezar.

No es lo mismo *orar* que *rezar*. Dos verbos sinónimos en español. Pero en este caso, los sinónimos empobrecen el significado. Para rezar, podemos echar mano de los *devocionarios*; en ellos encontramos *oraciones*. O de rezos que aprendidos de memoria. En cambio, para orar sobra todo devocionario. Rezar, en cierto modo, también es orar. Pero orar de verdad es abrir el corazón a Dios y hablar con él como un hijo habla con su padre, de tú a tú. A Dios se le habla con el corazón.

La oración es comunicación. Tú, Jesús, estabas en constante comunicación con el Padre. Para alabarlo, para glorificarlo. La oración es fundamentalmente alabanza a Dios. Y también para suplicarle, en medio de tu angustia: *"Padre, si es posible pase de mí este cáliz"* (Lc 22,42).

Jesús, nos dijiste que el culto que debemos dar a Dios ha de ser en *espíritu y en verdad*. Por consiguiente, hay que hacerla desde la más absoluta confianza. Hablabas con el Padre con total confianza. En primer lugar, porque te sabías y sentías Hijo de Dios. Tu oración era, pues, de filial confianza. Y desde esa confianza amabas y te dejabas amar. Creo que aquí

está la clave para que lo que nosotros llamamos oración no se confunda con el simple hecho de rezar. La oración es hablar con Dios con total confianza.

Y en esto, Jesús, eres, una vez más, modelo único. La oración es cuestión de amor.

***

Jesús, si de pronto, alguien es acusado de un robo que no ha cometido, qué difícil es poder demostrar su inocencia. ¡Cuántas falsas acusaciones! ¡Cuántas calumnias! El mal actúa sin pudor. El mal puede volverse incontrolable. En este sentido, el *Salmo 69* es muy orientador: *"¿Es que voy a devolver lo que no he robado?"* (Sal 69,5).

Habrá quien pueda entablar un proceso para demostrar su inocencia acudiendo a un buen y experimentado abogado, porque su economía se lo permite. Pero, un pobre, ¿cómo va a poder contratar un abogado, cuando quizá carece hasta de lo imprescindible para vivir? A la pobreza puede unirse también la ignorancia, en el sentido de no tener preparación académica, una elemental cultura. *"Dios mío, tú conoces mi ignorancia, no se te ocultan mis delitos"* (Sal 69,6).

Puede ocurrir también que siendo inocente en lo que a uno se le acusa, no lo sea en otras. *"Estás viendo mi afrenta, mi vergüenza y mi deshonra; a tu vista están los que me acosan"* (Sal 69,20).

A la vista de Dios está todo. Lo bueno y lo malo. Nuestra inocencia y nuestra culpa. Cuántas veces andamos con el agua al cuello. *"Dios mío, sálvame, que me llega el agua al cuello"* (Sal 69,2).

Los cielos y tierra cantan la gloria de Dios. En cambio, cuántas veces hay que nuestra garganta está afónica, de tanto gritar pidiendo auxilio. Preocupados de nosotros mismos, no pensamos en Dios sino en nosotros mismos. *"Estoy agotado de gritar, tengo ronca la garganta; se me nublan los ojos de tanto aguardar a mi Dios"* (Sal 69,4).

Jesús, con la mano en el corazón, ¿podremos afirmar siempre que aguardamos a Dios? ¿No será que acudimos a él como último recurso? No es buen ejemplo. *"Que por mi causa no queden defraudados los que esperan en ti, Señor, Señor del universo"* (Sal 69,7).

Sentirnos con el agua al cuello nos puede ayudar también, y sin duda nos ayuda, a acudir a Dios, pero en ese caso, en plan de súplica humilde. *"Mi oración se dirige a ti, Señor, el día de tu favor; que me escuche tu gran bondad, que tu fidelidad me ayude"* (Sal 69,14).

Jesús, con el salmo en la mano te digo: *"Acércate a mí, rescátame, líbrame de mis enemigos"* (Sal 69,19).

DESDE EL SALMO 70

AL FINAL DE LA CALLE

Jesús, lo mismo que los coches tienen que pasar periódicamente revisión, lo que llamamos el ITV, creo que también la Iglesia necesita pasar de vez en cuando su *ITV*. Es decir, una buena *"revisión de vida".* Preguntarse si muchas de sus obras llegan a alcanzar la línea de flotación de la *compasión*, de la *misericordia*, en el sentido del Evangelio.

Las obras buenas, entre las que incluyo la limosna, son, a veces, un puro sucedáneo. Una forma de aquietar la conciencia, más que una obra de *"compasión evangélica".*

Sabes, Jesús, que la sociedad en general, y las personas en particular, necesitan -necesitamos- orientación moral. Y también atención concreta, personalizada. Las personas no somos entes de razón, sino gente concreta con sus gozos y alegrías, con sus sufrimientos, soledad, marginación, incomprensión, dolor, esperanza, etc. Por eso, tanto la Iglesia en general, como los cristianos en particular, estamos urgidos de ser signos de la misericordia del Padre. Así nos lo has enseñado en el Evangelio.

Tu constante experiencia y cercanía con los pobres, los enfermos, los parias del mundo, te hizo exclamar: *"No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"* (Mt 9, 12). Ciertamente, el Evangelio, es decir, tú mismo, se mueve no en lo espectacular, sino en la línea de la cercanía concreta, personal. Es lo que hiciste tú, Jesús, estar siempre cercano a la gente, desde tu persona y desde tu predicación y actuación.

Sabes bien, por otra parte, que en nuestro mundo el tema religioso, en sí mismo, es siempre tema de acuciante actualidad. ¿Por qué? Porque es un tema controvertido. Y lo es, porque parece ser que cada quien tenemos interpretaciones diferentes del mismo.

Yo lo entiendo en este momento como *utopía*, en la mejor acepción de la palabra. La utopía empuja a perseguir un fin desde la realidad. Sabemos que una utopía es algo inalcanzable. Pero se trata de que lo religioso de verdad, nos sitúe en la realidad del día a día. Estamos condicionados por el ambiente, por la cultura que nos rodea, que no siempre es la mejor. Pero la realidad es la gente que nos rodea. Necesitamos entonces trabajar por alcanzar la meta marcada por el Evangelio. Una buena revisión, el ITV, nos ayudará a ver si estamos en sintonía con el Evangelio. Es así como lo religioso tendrá sentido transcendente. No importa que no alcancemos el cien por cien de lo programado. Pero habremos pasado satisfactoriamente nuestra ITV.

***

Jesús, ¿qué somos ante ti? La respuesta la encuentro el *Salmo 70*: *"Yo soy pobre y desgraciado, oh Dios, socórreme, que tú eres mi auxilio y mi liberación. ¡Señor, no tardes!"* (Sal 70,6). Esta es la verdad. Por consiguiente, nada sería sin ti.

Más de una vez, estando la noche horizontal y en sombra, me he imaginado en medio de mis sueños que caminaba rumbo a una fuente con mi cántaro vacío. ¿Qué buscaba? Agua. Simplemente agua, para llenar el cantarillo. Luego fui comprendiendo que era más que agua lo que buscaba. De pronto el agua se convertía en aceite. Luego el aceite se convertía en llama. Y, por último, la llama resultaba ser la fe.

Los sueños son parábolas del subconsciente. Y los sueños suelen tocar temas reales. En este caso, la fe. Una fe que hay que alimentar de continuo, para que no se apague, como se apaga la llamita de un candil cuando el aceite se acaba.

El sueño seguía. En silencio caminaba por las calles solitarias donde las sombras asustan. A solas, dialogando conmigo mismo, aterido de frío. Me faltaba el calor de tu presencia. *"Sufran una derrota ignominiosa los que me persiguen a muerte"* (Sal 70,3).

Además, el viento soplaba recio golpeándome en la cara, más fuerte contra más larga se iba haciendo la calle. Yo seguía caminando con el cántaro vacío, todo aterido de frío, a solas conmigo mismo, llena de dudas mi alma. *"Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme"* (Sal 70,2).

Llegando estaba al final de la calle, tan larga como mi sueño, cuando, de pronto, todas las sombras me asaltaron juntas. Y yo, que iba distraído, meditando a solas conmigo mismo, solté del susto el cántaro que, roto y esparcido, quedó el pobre sobre el asfalto. *"Retírense avergonzados los que se ríen de mí"* (Sal 70,4).

Menos mal que el cántaro iba sin agua y por fortuna vacío, pensé. Las sombras habían desaparecido. En ese momento desperté. Fue un sueño de búsqueda. El sueño había sido una metáfora perfecta. Mi cántaro vacío indicaba una realidad. Yo estaba vacío. Me faltabas tú, Jesús. Pero yo seguí caminando. Era la calle larga de la vida. De noche y con sombras.

Al despertar, vi con claridad que al final de la calle estabas tú, Jesús. Yo te buscaba, y te encontré. *"Que digan siempre: Dios es grande, los que desean tu salvación"* (Sal 70,5).

DESDE EL SALMO 71

DESDE EL SENO MATERNO

Jesús, qué importante es el agua, ¿verdad? Sin ella no podríamos vivir. Y menos si nos situamos en el desierto. La deshidratación nos llevaría a una muerte rápida. Pues bien, te encontrabas en el desierto de Judea. Y no era por casualidad. Es cierto que andabas en tu misión permanente, consistente en predicar el Evangelio. Hacía calor, estabas cansado, tenías sed. Todo eso es muy humano, muy natural. Y al llegar al pozo de Jacob hiciste un alto en el camino. Además, era hacia el mediodía. Hora de comer. Mientras tus discípulos iban a comprar comida tú que quedaste sentado en el brocal del pozo.

Es el mediodía. Tú, buscando un poco de descanso, te habías sentado en brocal. Sé que varias veces hemos hablado de este tema. Pero a mí me viene una y otra vez a la cabeza. Vale. En esto, llega una mujer con su cantarillo en busca del agua. Su sorpresa fue grande. No porque alguien estuviera sentado en el brocal. Sino porque le pediste agua a ella. Era samaritana. Y tú judío. Tu acento te delataba.

En definitiva, su resistencia, tú le respondiste: *"Si supieras quién es el que te pide de beber…, tú me la pedirías a mí"* (Jn 4,10). Hubo un mohín en su rostro. Dejó escapar una sonrisa: *"Si no tienes con qué sacar el agua…"* (Jn 4,11).

Jesús, si de nuevo te hablo de ese encuentro que tuviste con la samaritana en el pozo de Jacob, es porque lo que comenzó con un diálogo, aparentemente intranscendente, no fue tal. El pozo terminó siendo manantial de Vida eterna. Y yo me pregunto: ¿No estaré yo más de una vez, como aquella mujer, yéndome por la tangente para no abordar los temas en serio? ¿No estaré como una mariposa dando vueltas en torno a la lámpara, pero sin entrar en la luz?

Fuiste al grano, como se dice, y le hiciste ver que su vida necesitaba un cambio radical. El cambio se produjo, la conversión se hizo realidad. Y del pozo brotó el Agua de vida eterna.

La verdad es, Jesús, que, aferrados como estamos a nuestro entorno, entretenidos en nuestros cuatro cachivaches, apegados a lo material, nos mantenemos en la superficialidad. Pero es necesario entrar al trapo, dicho sea coloquialmente. Hasta que de pronto nos haces comprender nuestro error, nos haces ver nuestro vacío espiritual.

Me gusta el detalle. Es como si la viera. Abandona el cántaro y corre al pueblo para anunciar su descubrimiento. Acaba de encontrar la felicidad, por fin. La que antes no tenía. Radiante, va a anunciar el gran descubrimiento. Ha encontrado al Mesías. Te ha encontrado a ti, Jesús.

En ella tuviste una discípula más. El punto de encuentro estuvo en el pozo. Jesús, eres genial.

***

Jesús, al leer el Salmo 71, debo reconocer que: *"Tú fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud"* (Sal 71,5).

Mi juventud. Alas de niebla, como palomas blancas, subían por las laderas del alba camino de la alborada. Era como recordar mis primeros tiempos. La luna se columpiaba, eso me parecía, en las cumbres de la sierra. Amanecía el desierto, a medida que crecía la luz de la alborada. En la estepa, la selva, y el río, todo cobraba vida. Todo invitaba a alabar a Dios. *"Llena estaba mi boca de tu alabanza y de tu gloria todo el día"* (Sal 71,8).

Iba cobrando fuerza la sinfonía de la vida. Espejos de luz a todo ponía la mañana. Juventud. Yo contemplaba la algarabía del trabajo, y el pulular de la vida. *"No me rechaces ahora en la vejez; me van faltando las fuerzas, no me abandones"* (Sal 71,9). ¡Qué rápidamente pasa la vida!

Jesús, al rebobinar la película de la vida, uno va viendo cómo tú siempre has estado presente. *"Me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas; ahora, en la vejez y las canas, no me abandones, Dios mío"* (Sal 71,17-18). Hay más. *"En el vientre materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sostenías"* (Sal 71,6).

Y al pasar el testigo a las generaciones venideras, es preciso antes recordar el pasado, donde se afianzan las raíces. Es preciso contar *"tus hazañas a la nueva generación*" (Sal 71,18). Porque *"tu justicia, oh Dios, es excelsa, porque tú hiciste maravillas"* (Sal 71,19). Por eso, *"Dios mío, ¿quién como tú?"* (Sal 71,19).

Nadie como tú. *"Sé tú mi roca de refugio, el alcázar donde me salve, porque mi peña y mi alcázar eres tú"* (Sal 71,3). *"Tú eres mi fuerte refugio"* (Sal 71,7). Sin ti, Jesús, ¿qué sería yo? Nada. Absolutamente nada. Es necesario, por consiguiente, darte gracias, estar eternamente agradecido a tu amor para agradecérselo al Padre. *"Yo te daré gracias, Dios mío, con el arpa, por tu lealtad; tocaré para ti la cítara, Santo de Israel"* (Sal 71,22).

¡Cómo no estar agradecido, Jesús, si desde el seno materno me has sostenido! Sólo te pido, que mis labios te bendigan siempre. Eternamente *"Te aclamarán mis labios, Señor; mi alma, que tú redimiste; y mi lengua todo el día recitará tu justicia"* (Sal 71,23-24).

DESDE EL SALMO 72

QUE HAYA TRIGO ABUNDANTE

Jesús, hablemos hoy sobre los profetas. En primer lugar, el pueblo te tenía por profeta. Estaba en lo cierto. El Evangelio dice: *"Cuando El entró en Jerusalén, toda la ciudad se agitó, y decían: ¿Quién es éste? Y las multitudes contestaban: Este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea"* (Mt 21,10-11).

Eres el verdadero profeta. Pero voy más allá. La Biblia nos presenta una serie, no muy grande, por cierto, de profetas. Sin duda que hubo muchos más, cuyos nombres desconocemos. Para mi entender, los profetas son como mojones indicadores de la Historia. Paradigmas luminosos que iluminan la conciencia de la humanidad.

Pero además de los profetas verdaderos, que la Biblia preconiza y consagra, también nos dice que había falsos profetas. Jesús, tú mismo nos lo advertiste: *"Cuidaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis"* (Mt 7,15-16).

Entiendo que el verdadero profeta es aquel que, mirando al pasado, desde el presente, analiza la realidad y, a continuación, lanza su voz como conciencia universal al futuro. En la Iglesia, ha habido profetas fehacientes, intrépidos, valientes, en todos los tiempos. Ahí están sin ir más lejos los miles de mártires de todos los tiempos del cristianismo. Todo un paradigma, hombres y mujeres, de fe y entrega generosa.

Jesús, ¿qué te parece? A la lista de profetas, en el sentido habitual del término, yo añadiría otros más: los pobres. Los pobres, en general, fueron siempre los predilectos de Dios, en el Antiguo Testamento. Y los tuyos. Tu primera bienaventuranza fue para ellos: *"Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos"* (Mt 5,3). Pero podríamos añadir otros pobres, en particular, y tan de actualidad. Me refiero a todas esas criaturas que nunca verán la luz porque son exterminadas, cruel y criminalmente, por el aborto, abanderado por los promotores nefastos de la cultura de la muerte. Tan en boga. Negación nefanda de la conciencia, tanto individual como social.

Dicho esto, quiero referirme a uno de los profetas bíblicos: Jeremías, profeta bíblico donde los haya. Se le castigó acusado de haberse pasado a los caldeos. No era verdad. Era una traición. El profeta le comunicó al rey Sedecías, abiertamente: *"Tú no escaparás de su mano, sino que ciertamente serás capturado y entregado en sus manos del rey de Babilonia, Tus ojos verán los ojos del rey de Babilonia, y él te hablará cara a cara, y a Babilonia*

irás" (Jer 34,3). ¿Motivo? La falta de arrepentimiento de los pecados. Del propio rey y del pueblo.

Decir la verdad, sobre todo cuando ésta duele, ya se sabe que es "políticamente incorrecto". Esto ocurre hasta en la historia no bíblica. Por poner, a modo de ejemplo, está el caso de Casandra. Se le tilda de enajenada por atreverse a vaticinar que aquel caballo de madera colocado a las puertas de Troya, a modo de regalo de los aqueos, sería la destrucción de la ciudad. Y así fue. Y es que, la idolatría embrutece, y no acalla las conciencias.

Jesús, también la Iglesia es profeta. La Iglesia, hoy por hoy, y siempre, es quizá ya casi la única defensora de la vida. Sus mejores profetas han sido y serán siempre los pobres. Lo proclamaba Benedicto XVI, *la Iglesia, no debe renunciar al don de profecía*. Dejaría de ser Iglesia. Su voz es siempre una voz de esperanza y de vida. Es necesario, pues, *"un cambio de ruta individual",* y social. Y es necesario *"el trabajo humilde y cotidiano de la conversión de los corazones".* Palabras muy atinadas del papa.

Pero *"escuchar"* no es lo mismo que *"oír".* Pasa una ambulancia por la calle, pongamos por caso, *oímos* el ulular de la sirena, pero nos quedamos impasibles. Tantas veces la oímos. En cambio, *escuchar* es poner atención; es abrir no sólo el oído, también el corazón. Se escucha más con el corazón que con los oídos.

Abrir el corazón, sin prejuicios, a los demás, preocuparnos e interesarnos por sus problemas, es muy importante. Naturalmente, esto no es posible si estamos encerrados en nosotros mismos, en nuestros individuales problemas.

Me pregunto, ¿sabe el mundo actual escuchar? ¿No estaremos perdiendo el don de escuchar? El Dios en el que todos creemos es un Dios de amor, Padre de todos. Pero sus hijos no hacemos honor a esta maravillosa realidad. Y lejos de abrir el corazón, es decir, escuchar al otro, lo golpeamos sin piedad. ¿Qué es si no, la guerra y la violencia? ¿Acaso Dios quiere la guerra? ¿Acaso Dios quiere la muerte de gente inocente?

Lo dicho, Jesús, se necesitan profetas de verdad.

***

Jesús, cuando hay que defender a alguien es porque está siendo atacado. Si hay pelea, hay falta de paz. De Perogrullo, pero es la triste verdad. Se necesita que haya paz a todos los niveles, y en todas partes. Que la paz, nos dice el *Salmo 72*, *"Dure tanto como el sol, como la luna, de edad en edad"* (Sal 72,5). Pero para que haya paz debe haber también justicia. *"Que en sus días florezca la justicia y la paz hasta que falte la luna"* (Sal 72,7).

Este es un salmo que proclama la paz. *"Que los montes traigan paz, y los collados justicia"* (Sal 72,3). Tenemos millares y millares de siglos de existencia los humanos; pues nacimos antes, inabarcablemente antes, de la

civilización griega o romana. Inventamos el calendario mucho antes que los aztecas o los mayas, pueblos, por lo demás, bíblicamente desconocidos. Hemos contemplado, acampados por siglos, el relente abismal de las estrellas. Y apenas sabemos balbucir tu nombre, Jesús. Muchos ni te conocen. Pero el niño que aún no sabe hablar, bien conoce quién es su padre y quién es su madre. Sabemos que tú *"defiendes a los humildes del pueblo"* (Sal 72,4).

Quienes te conocemos, Jesús, es justo que ante ti doblemos toda rodilla. *"En su presencia se inclinen las tribus del desierto; sus enemigos muerdan el polvo"* (Sal 72,9). Repito, muchos no te conocen.

Me hago una pregunta: ¿Nos conocemos a nosotros mismos? Cierto es que hemos nacido en el planeta azul, mismo que llaman de los civilizados. Lo malo es que hemos inventado la guerra antes que la democracia. Y si no es en un sitio es en otro, pero siempre hay alguna guerra de por medio. Pareciera que no podemos estar en paz si no hay guerra. Somos demasiado frívolos. Rodeados de tanto progreso y tanto cachivache, hemos optado por la cultura de la incultura. Extraña libertad la nuestra. Somos traficantes obsesivos de la droga, del petróleo, y de la guerra. *"Él librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector"* (Sal 72,12).

Nos urge cambiar el mundo. Necesitamos que baje la paz *"como baja la lluvia sobre el césped, como llovizna que empapa la tierra"* (Sal 72,6). Necesitamos que nadie pase hambre. "*Y habrá trigo abundante en los campos, y ondeará en lo alto de los montes"* (Sal 72,16).

Sí, Jesús, trigo abundante, real y no metafórico. Pero seguimos empeñemos en ser artífices de la guerra, no de la paz. Pues bien, ya que el salmo nos invita a la paz, olvidemos las guerras. Entonces podremos decir: *"Bendito sea el Señor, Dios de Israel, el único que hace maravillas; bendito por siempre su nombre glorioso"* (Sal 72, 18-19). Amén.

DESDE EL SALMO 73

QUE NO SE APAGUE LA LUZ

Jesús, en tu tiempo no había luz eléctrica. Hoy que la tenemos, quizá no sabemos valorarla. Tan acostumbrados estamos a la luz que puede que hasta perdamos de vista la dimensión de la oscuridad. Hoy casi todo funciona, gracias a la energía eléctrica. Tan familiar es la luz eléctrica que, hasta la frase aquella que los padres decían a los hijos: "pórtate bien que, si no, viene el coco"; o bien: "que te meto en el cuarto oscuro", ha caído en el olvido. No hay cuarto oscuro.

¿Por qué tomo el símil de la luz? Trataré de explicarme. La Iglesia es una Comunidad que tiene la misión de testimoniar y concretizar tu proyecto liberador, Jesús. Sin ti, la Iglesia no sería Iglesia. Sería un club, una sociedad de a saber qué. Pero es una Comunidad, un Cuerpo vivo, cuya Cabeza eres tú. Este es el motivo por el que, cuando a los apóstoles los llamaron al orden las autoridades de Jerusalén, el apóstol Pedro dando testimonio de ti, el Resucitado, dijo: *"Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres"* (Hch 5,29). De este modo, estaba testimoniando tu soberanía universal.

Algo que llama a la reflexión es el hecho de que los apóstoles tuvieron que bregar en doble dirección. Por una parte, seguían siendo los mismos a nivel humano. Debían continuar ganándose el pan con el trabajo ordinario. Por otro lado, ahora eran apóstoles, *enviados*, debían proclamar la Buena Nueva. Esto fue lo que les acarreó problemas con las autoridades. Ellos *"salieron del Sanedrín, dichosos por haber sido considerados dignos de padecer ultrajes a causa del Nombre de Jesús"* (Hch 5,41). Es decir, su vida cambió. Eran los mismos, sí, pero con una tarea añadida: la de dar testimonio de ti. Por consiguiente, llevar la Luz; luchar contra las tinieblas que envolvía a la humanidad.

En todo el tiempo que estuvieron contigo, aquellos alrededor de tres años, seguro que aprendieron mucho. Pero les faltaba lo principal: creer en ti de modo transcendente y transcendental. Creer en ti como el Hijo de Dios. Esto sólo fue posible a partir de la Resurrección. Tú, Jesús, habías dicho: *"Yo soy la luz del mundo"* (Jn 8,12). ¿Lo entendieron cuando te lo oyeron decir? Supongo que no. Sus mentes estaban enredadas en las redes y en las barcas que tenían varadas a la orilla del lago. Y de pronto, en el lago de Tiberíades, precisamente, fueron descubriendo el sentido de esta frase. No deja de ser conmovedora la escena, en realidad repetida, a la orilla del idílico lago de Tiberíades. Ellos andaban faenando. Tú apareciste en la orilla. Te vieron. Sólo Juan se percató: *"¡Es el Señor!"* (Jn 21,7). Les dijiste que echaran la red a la derecha de la barca. Lo hicieron. Y la captura de peces fue superabundante. (Jn 21,4-14).

Esa *pesca milagrosa* estaba simbolizando la Misión de la Iglesia, misión que tú, Jesús, les habías encomendado: ser pescadores de hombres. Pero, además de decirles que echaran las redes a la derecha, fuiste tú quien les invitó a almorzar. No almorzaron de la pesca abundante que acababan de arrastrar en la red hasta la orilla. Tú tenías preparado fuego en la playa, y sobre las brasas, asándose, un pez; también tenías pan. Sabroso almuerzo, de enorme significado simbólico: pescado, pan, el fuego mismo, que calienta, te representaban a ti, con sabor eucarístico.

La noche, en la que no habían pescado nada, representaba la oscuridad, la ausencia de luz. Faltabas tú, Jesús. Tu Palabra cambió la situación. Se hizo la Luz. La Resurrección iluminó su existencia. La de ellos, los apóstoles; y de la Comunidad. Pero hay otra conclusión más, que es preciso tener muy en cuenta, y es que, el éxito no depende del esfuerzo humano, sino de ti. Que la Iglesia guiada por Pedro, según tu voluntad, no se rompe, como no se rompió la red. Y tu Palabra es Palabra de eternidad.

A continuación, les dices: *"Venid a comer"* (Jn 21,12). ¡Qué entrañable fraternidad! Luego se produce un diálogo, la mar de interesante e importante. Preguntas a Pedro: *"¿Me amas?"* (Jn 21,15). De modo muy significativo y cariñoso, y no sin cierta ironía, se lo preguntas tres veces. Tres veces te había negado. Aunque, bien que lo reconoció, y cómo le dolió al bueno de Pedro el haberte negado. Con lo buenazo que era. Pero así es la vida. Cuando menos se espera se da uno el coscorrón.

"Tú sabes que te amo..." (Jn 21,17). Conmovedora la actitud humilde y sincera de Pedro. Triple pregunta, triple respuesta, triple prueba de amor. *"Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas…"* (Jn 21,15-17). Y una lección aprendida: Lo esencial no es ejercer la autoridad, sino servir en el amor. A partir de ahí, todo es Luz. Señor, que no se apague la Luz.

***

Jesús, suele decirse: A veces trae más cuenta no conocerse. Los desconocidos, por lo mismo, no se interfieren ni se molestan. Cuando hay cierta proximidad amistosa, es cuando pueden surgir las desavenencias. La estabilidad emocional pende de un hilo. Y la confianza puede devenir en tirantez. Surgen los chismorreos, y la paz pasa a ser tensión. A propósito, el *Salmo 73* manifiesta: *"Insultan y hablan mal"* (Sal 73,8).

La paz. Una palabra en boca de todos, y siempre incumplida. La paz, un bien que escasea. Sí, Jesús, la paz escasea. El caso es que, todos los días y en las mismas calles, solemos cruzarnos los mismos transeúntes. A veces pasamos de largo, a veces nos saludamos. Cada quien va a sus asuntos. Mil pensamientos revolotean en nuestra mente, como abejas junto a la colmena. Solemos decir que vamos distraídos. A veces no tan distraídos. *"Su collar es el orgullo, y los cubre un vestido de violencia"* (Sal 73,6).

Más de una vez, al cruzarnos en la calle, y pasar de largo sin saludarnos, sea por la causa que sea, he pensado: Somos habitantes anónimos en el tiempo. Vivimos posiblemente en la misma calle, somos paisanos habituales de las mismas aceras. Las mismas noches y días nos contemplan. Y no nos conocemos. Casi no sé quién es el que pasa a mi lado todos los días, por más que me encuentre a diario con él. *"Meditaba yo para entenderlo, porque me resultaba muy difícil"* (Sal 73,16). Sí, Jesús, resulta difícil entender la distancia emocional que a veces nos creamos los humanos.

Me gustaría entenderme con todo el mundo. A fin de cuentas, vivimos en un mundo civilizado. ¿Cómo podemos decir que estamos cerca de ti, Jesús, estando tan lejos emocionalmente, unos de otros? *"Para mí lo bueno es estar junto a Dios, hacer del Señor mi refugio"* (Sal 73,28). Qué correcto es esto, en un sentido. Pero, desde otro punto de vista, ¿no será una escapatoria? Porque refugiarse en Dios, resulta más que difícil si vamos huyendo del trato de los demás, del amor debido a los demás.

¿Somos tan civilizados los habitantes de este extraño mundo? Del dicho al hecho hay un gran trecho, reza el refrán. ¿No habrá que decir, más bien, *"yo era un necio y un ignorante"?* (Sal 73,22). Conclusión: nos falta Luz. Sólo tú, Jesús, puedes iluminarnos, porque *"Me guías según tus planes"* (Sal 73,24).

DESDE EL SALMO 74

ENDÉMICA VIOLENCIA

Jesús, todos los días, al comenzar la misa hacemos un reconocimiento público de nuestra condición de pecadores. Pedimos perdón por *"haber pecado mucho, de pensamiento, palabra, obra y omisión".* Pero por más que pidamos perdón, cada día tenemos que repetir la misma cantinela: *"…he pecado mucho…".*

El pecado es una realidad que no se puede ocultar. Ha estado presente en el mundo desde que el hombre quiso *"ser como Dios",* pero prescindiendo de Dios. El hombre usó mal su inteligencia y su libertad. Y lo pagó y sigue pagando muy caro. Y así, el pecado se convierte en una realidad lacerante y omnipresente.

Jesús, al asumir sobre ti todo el peso del pecado de la Humanidad terminaste en la cruz. Ingente tarea, porque el pecado está presente a lo largo de toda la historia de la humanidad, hasta que al final, como se expresa la 1ª Carta a los Corintios, sean vencidas *"las dominaciones y potestades"* (1 Cor 15,24), y todos los poderes hostiles al Reino de Dios.

Diríase que la humanidad es un árbol con las raíces dañadas por el gusano de *la arrogancia* (Rom 1-3). *La concupiscencia* (Rom 7). *La codicia* (1 Tim 6,10; Col 3,5). Y un largo etcétera. Son gusanos que, como en el caso de Jonás, roen y secan la raíz del arbolillo donde se guarecía del sol inclemente. En ese largo etcétera caben también: *La comodidad. La indiferencia.* Y *el miedo.* La indiferencia llega cuando se pierde la sensibilidad ante el dolor ajeno.

Es necesario, pues, meditar en la realidad del pecado. Hay que ser realistas. Pero no para quedarse enfangado en ese pozo de iniquidad. Es genial la frase de san Pablo: *"Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia"* (Rom 5). Así es. Y San Pablo, alude también al *"misterio de iniquidad"* (2Tes 2,7); porque ve el pecado introducido en el mundo. Pero al mismo tiempo, ve el *"misterio de salvación"* en el Dios que es misericordioso, que es Amor. Si el hombre cambió la libertad por la esclavitud, Dios no ha cambiado: sigue siendo el Dios Amor, el Dios Padre.

Jesús, da gusto leer y saborear lo que dice tu apóstol san Pablo. Qué bien lo captó: *"En Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de la reconciliación"* (2Cor 5, 19).

Siendo tú, Jesús, el Mediador entre Dios y el hombre, el puente de unión entre Dios y la humanidad, el Redentor, tu Cruz es Cruz de salvación. Jamás podremos agradecerte lo que has hecho por la Humanidad. La reconciliación sólo ha podido ser llevada a cabo desde el Amor. Dios es

amor. Y tú el Hijo amado de Dios. Eres el Camino, la Verdad y la Vida. Camino único que conduce a Dios. Verdad que se proclama asumiendo los valores de: justicia, perdón, sinceridad, etc. Hay que desenmascarar la *ceguera culpable* (Jn 9,41) de quienes no quieren ver la luz. La *hipocresía* (Mt 7, 3; 23, 1-35; Lc 11, 37-53). La *manipulación* que tantas veces se hace de Dios (Mc 7,1-13; Mt 7,21) y de las personas. La *mentira institucionalizada*. El *cinismo*. La *hipocresía y abuso de poderes* (Mt 23, 13-32; Mc 12, 40; Lc 11, 37-52). La *deshumanización*, en una palabra, que nos lleva a un mundo sin sentido.

Jesús, por tu parte ya has cumplido. Ahora nos toca a nosotros arrimar el hombro. Porque la reconciliación es necesaria, no sólo como ideal cristiano, sino como necesidad vital para poder sobrevivir. Nos toca pues la tarea de meter al Dios de la Historia en nuestra historia personal. Esto ocurrirá cuando el hombre sea capaz de alzar y hacer desaparecer todas las ominosas tiendas de campaña de la guerra y del odio que ha plantado en el mundo. Y, a cambio, colocar una mesa bien surtida donde todos puedan acercarse a saciar el hambre, no sólo del pan material, también del espiritual y cultural.

***

Jesús, es motivo de lamento toda devastación. Toda guerra produce devastación, muerte y ruina. El pueblo de Dios se lamenta de esta situación, como apunta el *Salmo 74*, y una vez más acude a Dios. *"¿Hasta cuándo, oh Dios, nos va a afrentar el enemigo? ¿No cesará de despreciar tu nombre el adversario?"* (Sal 74,10).

En pie queda la pregunta dolorida que toda persona de buena voluntad se hace: ¿Cuándo entraremos en razón? ¿Cuándo dejaremos de odiarnos, de matarnos, de fabricar guerras que sólo hacen agrandar los odios entre los pueblos y las gentes? ¿Qué tanto mal producen? Sí, ya se sabe que las guerras son un negocio económico para muchos. Pero es que, ¿en tan poco valoramos la vida humana, que con tanta saña la destruimos? Jesús, *"dirige tus pasos a estas ruinas sin remedio; el enemigo ha arrasado del todo el santuario"* (Sal 74,3). El santuario, lugar de oración. Y el santuario, que debe ser inviolable, de toda persona humana.

Qué hermoso sería que un día nos pusiéramos a dialogar, a charlar un rato a la sombra, alargada ya, de la era industrial y postmoderna, tan arañada de atajos de violencia y muerte. Pero el hombre se ha creído rey omnímodo de la entera Creación. Que hasta ahí llega nuestra soberbia y desmedida ambición. Deberíamos pastorear con la luz de la inteligencia, el cosmos, la vida, la ciencia. Deberíamos ser los granjeros de la Osa Mayor y la Osa Menor. Pero no pasamos de ser roedores del bien ajeno. Depredadores del

bien común y del bien particular. *"Ya no vemos nuestros signos, ni hay profeta; nadie entre nosotros sabe hasta cuándo"* (Sal 74,9).

Estamos apagando la luz de la inteligencia, que siempre es humilde, y la estamos sustituyendo por la soberbia. Así, no vamos a ninguna parte. *"No olvidemos sin remedio la vida de los pobres"* (Sal 74,19). En cambio, estamos arrasando los bosques, a base de incendios que sólo buscan saciar el insaciable afán de la ambición sin entrañas de las grandes compañías explotadoras del patrimonio de la humanidad. *"Levántate, oh Dios, defiende tu causa: recuerda los ultrajes continuos del insensato"* (Sal 74,22).

Apiádate de nosotros, Jesús, *"que los rincones del país están llenos de violencias"* (Sal 74,20).

DESDE EL SALMO 75

EL DÍA DE LAS CUENTAS

Jesús, más de una vez hemos hablado de aquel gesto tuyo dentro del recinto del Templo de Jerusalén. Fue un gesto provocativo. Fue un gesto valiente, comprometedor, y arriesgado. ¡Qué griterío debió resonar en todo el Templo al volcarles las mesas a los de la banca y expulsar a los vendedores a fuerza de látigo!

Tu inusitado gesto, Jesús, iba más allá de la provocación por el abuso de poder de los dirigentes. Denunciabas al mismo tiempo que la religión por sí misma no es sinónimo de santidad. Que el simple hecho de acudir al Templo no es garantía de salvación. Lo ilustras en aquella parábola: *"Subieron al templo dos hombres a orar: uno era fariseo, el otro publicano…"* (Lc 18,9-14).

Naturalmente, la fuerza profética con que actuaste desencadenó tu detención y rápida ejecución. Atacar al Templo suponía, según la élite dominante y gobernante, atacar el corazón mismo del pueblo. ¡Mentira! Jamás atacaste la vida religiosa de nadie. Lo que sí atacaste fue la política corrupta, escudada en la religión, de quienes detentaban el poder. Dejaste en evidencia que el Templo no es patrimonio de nadie, ni la coartada de intereses personalistas. Y dejaste en evidencia también a quienes quieren manipular para sus intereses al mismo Dios, reduciéndolo a un lugar geográfico concreto. El templo debe ser casa de oración, no almacén de diezmos y primicias. Debe ser lugar del perdón de Dios, no justificación de cualquier clase de injusticias tapándolas con el manto de una piedad hipócrita.

Me gustaría saber por qué universal mecanismo psicológico de *complejo de poder*, quien se instala en el mando tiende, y de hecho lo consigue, a separarse del pueblo, mientras el pueblo queda en un teledirigido e irrelevante segundo plano.

La religión puede tapar muchas miserias. De hecho, mientras en el entorno del Templo de Jerusalén se acumulaba la riqueza, en el pueblo, sobre todo en las aldeas, crecía la miseria. Todo aureolado por la bandera de una religión vacía de espiritualidad. Naturalmente Dios no podía legitimar una religión como aquella, que crea las clases sociales de dominadores y dominados. Como no puede legitimar una religión que proclame la *guerra santa* como sistema y método de avasallamiento, dominio y conquista. Dios es Dios de paz.

Pues bien, ante tu actuación, Jesús, cabe preguntarse por el papel que desempeñan las religiones. Está claro que cada religión tiene sentido y vale en la medida que ayuda a las personas a llevar un estilo de vida en

consonancia con la santidad de Dios. De lo contrario, no es religión. La religión, si no lleva a la santidad que nos adentra en el reino de Dios, no es religión. Los ritualismos y ciertas prácticas religiosas, por regla general no pasan de ser simples sucedáneos de la realidad. Por eso, religión no es necesariamente sinónimo de santidad.

***

Jesús, con demasiada frecuencia los humanos vivimos del cuento y las apariencias. Me remito a la realidad. La mediocridad y la duda, nos invaden. Aparentamos. Pero, aunque queramos disimularlo, jamás podremos evitar llevar pantalón de diario remendado con parches de metafísica indigencia. Lo señala muy bien el *Salmo 75*: *"Digo a los jactanciosos: no os jactéis"* (Sal 75,5).

¡Qué pena, Jesús, qué pena! Hemos sido capaces de construir la civilización y la banca, la burocracia, el trasto frívolo de la televisión, el internet, y no sé cuántas cosas más. ¡Y el paro! ¡Qué dolor, tanta gente sin trabajo! ¡Tanta familia sin medios económicos! Gente en el paro. Y todo a ritmo de democracia.

Hemos convertido la vida en poco menos que una novela, culebrón de sueños y mentiras; pues implantado hemos el silencio, en vez de la charla amena de sobremesa. El silencio nos invade en la era en que más intercomunicados estamos. Nos hemos pegado, como lapas, al móvil. Toda comunicación es a través de él. Nos pasamos el día como zombis tecleando el móvil. Ya casi no hablamos de tú a tú. Es la era del silencio. Cada rato tenemos que andar cargando la batería del móvil. Pero, me pregunto, Jesús, ¿cuándo cargamos nuestras pilas interiores, como son la oración, el encuentro contigo, y el encuentro amistoso con los demás? ¿Nos acordamos de rezar diciendo: *"te damos gracias, oh Dios, te damos gracias invocando tu nombre, contando tus maravillas"?* (Sal 75,2).

El día de saldar cuentas con Dios, ¿saldremos absueltos? El salmo dice: *"Cuando elija la ocasión, yo juzgaré rectamente"* (Sal 75,3). Menos mal que, siendo tú el Juez justo, sabes distinguir bien cuándo el reo actúa por ignorancia, y cuándo lo hace por maldad. El salmo advierte: *"Sólo Dios gobierna: a uno humilla, a otro ensalza"* (Sal 75,8).

Jesús, me queda claro que necesitamos, cuanto antes, comenzar a cambiar las cosas. Insiste el salmo: *"Derribaré el poder de los malvados, y se alzará el poder del justo"* (Sal 75,11).

Jesús, que el día de las cuentas no quedemos humillados. ¡Sálvanos!

DESDE EL SALMO 76

CRECER EN LA FE

Jesús, sé que la vida, toda vida, por principio, está llamada a desarrollarse, a crecer. En términos cristianos, me refiero al Sacramento de la Confirmación. Decimos que es la edad adulta en Cristo. Me parece que conviene matizar un poco este término. Esto de estar maduro en Cristo me parece muy difícil. Porque de ti a nosotros, Jesús, hay una distancia infinita. Otra cosa es que tratemos de ir creciendo. Es diferente. Ahora, que debemos esforzarnos por crecer en la fe, eso, sí.

En la naturaleza, el crecimiento acontece sin sentirlo. En la vida de fe, por el contrario, aunados por la gracia de Dios, que da el crecimiento, tiene que actuar también la propia responsabilidad personal. En el Bautismo, se trata de nacer para Dios. Y en la Confirmación, de que la Vida divina impresa en nosotros llegue a la plenitud más alta posible. De este modo, la Confirmación es al mismo tiempo Sacramento de madurez cristiana.

La responsabilidad que no se le puede exigir a un niño, hay que exigirla, por el contrario, al adulto. En el Bautismo, poco se le puede pedir al neófito. En cambio, en la Confirmación, sí.

En el modo habitual de explicar tu mensaje, por medio de parábolas, hablas de la fe como de un crecimiento. Y lo aplicas al Reino. Curiosamente, pones el ejemplo del *grano de mostaza*. Semilla pequeña, pero que crece, se desarrolla, y hasta los pajarillos vienen a anidar en sus ramas (Mc 4, 31-32). Esto lo entendemos muy bien. Los Sacramentos van produciendo en nosotros una transformación continua. En este crecimiento no estamos solos, porque tu Espíritu actúa en nosotros para ir configurándonos a ti.

De esta manera, la Iglesia, que es como un cuerpo, en la bella expresión paulina, cuya cabeza, la parte más importante, eres tú, y cuyos miembros somos nosotros los bautizados, también va creciendo. Tú creces en nosotros, y nosotros en ti. Esto es fascinante y maravilloso. Resulta muy atinado lo que dice el autor de la Carta a los Efesios: *"Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error, antes bien, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo"* (Ef 4, 14-15).

Ser adultos en la fe, no significa que nos estacionemos en la misma. Aquí es cuando tienes que hacer horas extras, Jesús. Porque a veces caemos en la rutina, o en el cansancio, y nos olvidamos de que tenemos que ser *"la fragancia de Cristo"* (2Cor 2,15). Sin olvidar que el aceite, símbolo de la fortaleza hay que llevarlo en la alcuza de la fe para que la luz de ésta nunca se nos apague.

La luz de nuestra fe tiene que brillar e iluminar con potencia, pues estamos llamados a ser testimonio y fautores de la evangelización. Nos urge ser testimonio de la verdad de Dios y llevar el evangelio a todos los ambientes donde la vida del cristiano se desenvuelve normalmente.

Jesús, qué hermoso resulta remontarnos al día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo inaugura oficialmente tu obra, la Iglesia. Quisiste tu Iglesia como comunión de unidad y de amor. A partir del momento en que los apóstoles reciben el Espíritu Santo, se lanzan al mundo entero a llevar la Buena Nueva que tú les encomendaste. Pentecostés supuso la madurez en la fe para los apóstoles.

Hasta después de tu Resurrección no te conocieron de verdad. Te habían confundido, pues pensaron que tú eras un líder político. Seguían pensando en categorías humanas y políticas. Incluso, momentos antes de la Ascensión, aún te pregunta algún despistado: *"¿Es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel?"* (Hch 1,6).

Pero tu Reino transcendía el tiempo y el espacio. Tu Reino, configurado por ti, era el Reino de la Verdad, del Amor, de la Justicia, de la Santidad, alimentado por Dones del Espíritu Santo.

En ti, Jesús, todos somos sacerdotes, profetas y reyes. Sacerdote: para la santificación propia y de los demás. Profetas: para difundir la Verdad del Evangelio. Y Reyes: para servir a los demás, poniendo en práctica el Mandato del Amor que tú nos diste.

***

Jesús, tras recordar estos momentos bellísimos, tomo el *Salmo 76*. Dice: *"Tu fama es grande en Israel"* (Sal 76,2). Y añade esta preciosa exclamación: *"Tú eres deslumbrante, magnífico"* (Sal 76,5).

Sin embargo, el tono general de este salmo es bélico. Y es que, hemos querido ensalzar nuestras batallas implicando en ellas al mismo Dios. Pero Dios es un Dios de paz.

En los tiempos antiguos, en las justas celebradas como juegos, o deportes olímpicos, al vencedor se le coronaba con ramitas de laurel, y en las manos se le ponía una rama de olivo. Signos de paz, y de prosperidad. Los tiempos cambian. Las costumbres y circunstancias, también. Mientras en determinados momentos sacamos lo mejor de nosotros mismos y aparecemos como gente de paz, en otros momentos exhibimos la violencia que habita en nosotros. Es decir, damos una de cal y otra de arena. *"La tierra teme sobrecogida"* (Sal 76,9).

Ya ves, Jesús, el olivo, árbol noble donde los haya, ha sido siempre un símbolo magnífico de paz. Y su aceite, unción curativa, esplendor y belleza. También los poetas eran laureados con laurel, de ahí la expresión. Pero también con ramos de olivo.

Me temo que hoy hayamos olvidado el sentido de los olivos. Y lo peor, hemos olvidado su significado: la paz. Cuando no es uno es otro, casi no hay día en que algún país no esté en guerra. Los heridos, si sobreviven, van a los hospitales. ¿Pero quién curará las heridas que quedan en el alma? *"Los que sobrevivan al castigo harán fiesta en tu honor"* (Sal 76,11).

¿Y qué me dices de los poetas? Los poetas, como los profetas, hace tiempo que se han ido. Quedan los políticos de turno, malabaristas de promesas incumplidas, malabaristas halagadores de masas.

Tú, Jesús, diré con el salmista, *"dejas sin aliento a los príncipes, y eres temible para los reyes del orbe"* (Sal 76,13).

Jesús, ayúdanos a encontrar la paz. Porque, *"¿Quién resiste frente a ti al ímpetu de tu ira?"* (Sal 76,8).

DESDE EL SALMO 77

ALUMBRAR EL MUNDO DE ESPERANZA

Jesús, para seguirte lo primero que se necesita es decisión. Nadie que vaya a la fuerza será buen seguidor. Tú nos has hecho esta invitación: *"Quien quiera seguirme..."* (Lc 9,23). No obligas. Quien quiera. Y no obligas porque respetas totalmente la libertad de cada persona. Un amor forzado no es amor. El seguimiento se realiza desde el amor. Quien esté dispuesto a seguirte tendrá que hacerlo bajo la fuerza del Espíritu. Tú prometiste enviarnos al Espíritu Santo. Lo hiciste el día de Pentecostés. Es el Espíritu quien sostiene la fe del creyente.

De este modo, el cristiano es alguien que, sostenido y animado por el Espíritu, tiene la experiencia de Dios. Y la experiencia de Dios consiste en dejarse amar de Dios. De ese amor nace lo que llamamos la *espiritualidad cristiana*, que está iluminada por el Evangelio. Para un cristiano no hay más espiritualidad que la del Evangelio. Todo lo demás son añadiduras.

El Evangelio no se puede sustituir por nada ni por nadie. No hay línea de espiritualidad más clara y diáfana que el Evangelio. Desde él se comprende la cercanía de Dios. El Evangelio es el centro radial de toda vida cristiana, sostenida por el Espíritu.

Resulta sorprendente y maravilloso constatar cómo tú, Jesús, cuando realizas, por ejemplo, una curación, siempre dices: *"Tu fe te ha salvado".* Es decir, estás pidiendo la actitud cooperativa del enfermo. Una voluntad de cambio. La fuerza para cambiar está dentro de uno mismo. Tú lo único que haces es impulsar esa voluntad, ayudando a la indigencia de cada ser humano, con tu amor infinitamente misericordioso.

Encontrarse contigo, Jesús, es un auténtico regalo. Los cristianos no caminamos solos. De ahí que hayas ideado la Iglesia como una Comunidad de fe, de esperanza y de amor. De acompañamiento. La Comunidad engloba a todos, sin diferencia ni distinción de edad, sexo, cultura, y hasta religión. Cuando se es capaz de captarte como alguien que pasa haciendo el bien, que nos acompaña a lo largo y ancho de la vida, entonces es cuando se es capaz de tirar el manto, como el ciego aquel de Jericó, y salir corriendo a tu encuentro y seguimiento. Tirar el manto, tan distinto de nuestro lenguaje coloquial de *tirar la toalla*. Tirar el manto significa ir a tu encuentro. Tirar la toalla es darse por vencido.

En tu seguimiento, Jesús, no llevamos un ramo de rosas, sino una cruz. "*El que quiera seguirme que tome su cruz y me siga*" (Mt 16,24). Seguirte a ti es todo lo contrario de andar en una nube. Fuiste hombre de oración. Y es que, la oración abre a la comunicación con Dios, a la confianza en Dios. Es lo mismo que acontece con los niños. Los niños no aprenden ni preparan de

memoria un discurso cuando van a hablar con su madre o con su padre. Lo hacen espontáneamente, con las palabras que en ese momento le vengan a la boca, y aunque sea con su media lengua de trapo, el niño pequeño se hace entender.

Recordando a Moisés cuando le dijo a Dios que no sabía hablar, que era medio tartamudo, también yo te digo, Jesús, que no sé hablar. Pero sí sé que tú entiendes perfectamente el lenguaje de mi corazón, aunque mi lengua tartamudee. Porque la oración no es recitar fórmulas estereotipadas, sino abrir el corazón a Dios. Además, tú nos has marcado la ruta a seguir, cuando nos dices: *"Yo soy el Camino..."* (Jn 14,6).

De este modo resulta que el vivir del cristiano es un vivir nuevo. Ser cristiano consiste en ser hombres o mujeres nuevos. Ir en tu misma dirección. O, mejor dicho, ir tú junto a nosotros, como lo hiciste con los discípulos de Emaús. De esta manera aprenderemos a organizar la propia vida. Y al mismo tiempo, a formar comunidad.

Jesús, el listón de la santidad nos lo pusiste muy alto: *"Sed perfectos como el Padre celestial es perfecto".* (Mt 5,48). Como el Padre celestial…, ¡casi nada! Pero lo entiendo, Jesús, lo entiendo. Nadie puede llegar a ser tan santo como Dios. Eso es una utopía. Pero de este modo nos indicas que tenemos que ser como el artista que se pasa la vida esculpiendo una obra de arte sobre una roca inerte. No importa si al morir no hemos concluido la obra. Lo importante es que no dejemos de estar manos a la obra en cuestión de santidad. Se trata de que llevemos una vida digna, a fin de que se realice en nosotros *"El Reino de Dios".*

Llevar la cruz significa que no se puede tener la cabeza en el cielo si los pies no están bien asentados sobre la tierra. Se trata de ser realistas. Y tú, Jesús, fuiste profundamente realista. Y así sintonizaste perfectamente con la gente. La gente captó perfectamente tu comportamiento, y te seguía. No importa que no entendieran o supieran que además de ser Hombre también eras Dios. Tampoco los discípulos lo entendieron. Incluso a última hora, antes de irte a los cielos, aún te preguntan: *"¿Es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?"* (Hch 1,6). Una pregunta que no tenía un sentido precisamente religioso, sino político. A partir de la Resurrección lo comprendieron todo, iluminados por el Espíritu Santo.

***

Jesús, en momentos de angustia o peligro, como dice el *Salmo 77*, enseguida acudimos a Dios. *"En mi angustia busco a Dios; de noche, extiendo las manos sin descanso, y mi alma rehúsa el consuelo"* (Sal 77,3). Es natural. No hay nada más seguro que Dios. Al mismo tiempo, cada vez que acudimos a Dios nos viene a la memoria las veces que nos ha ayudado, que ha venido en nuestro auxilio. Y también, las veces que nos hemos

olvidado de él. Es cuestión de hacer memoria: *"Repaso los días antiguos, recuerdo los años remotos"* (Sal 77,6).

Mira, Jesús, me gustaría hacer un brindis por la sinceridad y la vida, por la risa alegre de los niños, por la libertad y el color, tan original y espectacular, de las flores. Y por tantas cosas hermosas como nos rodean: *"Medito todas tus obras y considero tus hazañas"* (Sal 77,13).

Pero hasta hemos tenido, a veces, la osadía de pensar que se había terminado la misericordia de Dios para con nosotros. *"¿Se ha agotado ya su misericordia, se ha terminado para siempre su promesa? ¿Es que Dios se olvidado de su bondad?"* (Sal 77,9-10). Así lo hemos pensado. Bien sabemos, sin embargo, que no; que no se ha acabado ni la misericordia ni la bondad de Dios para con nosotros. *"Dios mío, tus caminos son santos. ¿Qué Dios es tan grande como nuestro Dios?"* (Sal 77,14).

Jesús, en tu tiempo no había fotografías. No existían las cámaras fotográficas, ni móviles con los que todo se puede captar. Pero existían los pintores. Tal vez en tu casa había algún lienzo colgado en la pared. Doy por hecho que no. Nosotros tenemos la costumbre de colgar en las paredes cuadros con fotografías de seres queridos. Momentos especiales de la vida que quedan para el recuerdo. Y cuántas veces pasan de generación en generación. Colgamos también cuadros de paisajes hermosos. Alegran la vista. Nos ponen en sintonía con la naturaleza. Y si hemos obtenido algún trofeo, en algún certamen, lo colocamos en una vitrina. Nos llena de orgullo. Así deberíamos colgar, para una catequesis permanente, las grandes hazañas de Dios. *"Tú, oh Dios, haciendo maravillas, mostraste tu poder a los pueblos"* (Sal 77,15).

Con un fondo de olivos, podríamos también colocar un lienzo, donde se viera un trozo de la humanidad caminando hacia Dios. *"Mientras guiabas a tu pueblo, como a un rebaño, por la mano de Moisés y de Aarón"* (Sal 77,21).

Jesús, a sabiendas de que tú eres nuestro verdadero guía y Pastor, yo colgaría en lo alto de la noche miles y miles de estrellas, para alumbrar de esperanza nuestra humanidad, recordando todo lo que tú has hecho por nosotros.

DESDE EL SALMO 78

SEISCIENTOS TRECE IGUAL A UNO

Jesús, quiero decirte, desde mi evidente indigencia y fragilidad humana que me topo con personas que, a veces, no me caen bien. Otras veces es al revés. Entre las personas que me caen bien está Nicodemo. Sí, aquel que una noche se entrevistó contigo. Se ve que es un hombre honesto. Él tenía la misma inquietud que tantas personas tenemos: ¿Me salvaré? Porque, si después de bregar en esta vida con tantos avatares no nos salvamos, ¡apañados estamos!

Y te digo, Jesús, que Nicodemo me cae bien porque su honestidad le lleva a buscar respuesta a su acuciante pregunta. Era hombre de estudios, pero viendo que la ciencia en general, o la teología rabínica en particular, no aclaran su inquietud, acude a ti. A buen seguro que te conocía; ya sea por haberte escuchado cuando hablabas a la gente, o por haberse informado acerca de tu persona. O por ambas cosas. Total, acude a ti. Lo hace por la noche, cuando sabe que estás más libre y desocupado. Y tiene una distendida charla contigo. La conclusión de la misma fue que "hay que volver a nacer". *"El que no renace de lo alto no puede ver el Reino de Dios"* (Jn 4,3). Es decir, hay que dar un vuelco total a la vida.

En otra ocasión, un doctor de la ley te pregunta: *"Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?"* (Lc 10,26). Este no llevaba la rectitud de Nicodemo, porque la pregunta era para ponerte a prueba. No obstante, pasando por alto sus segundas intenciones, le respondiste: *"¿Qué está escrito en la Ley?"* (Lc 10,26). ¡Ay, la ley! ¡Cuántas trampas y mentiras pueden contener las leyes! ¡Cuánta inmoralidad esconden, a veces, las leyes! No todo lo que es legal es moral.

Sigamos. Siendo doctor de la Ley, se sabía de carretilla los mandamientos. Los recitó al pie de la letra. Y tu respuesta fue: *"Obra así y alcanzarás la vida"* (Lc 10,28). No es cuestión de saberse de memoria los Mandamientos, sino de practicarlos.

Y bien, Nicodemo sabe perfectamente que, con el correr del tiempo, los teólogos rabínicos no se han contentado con la Ley de Moisés, los Diez Mandamientos, sino que han ido acumulando más leyes. Llegaron a promulgar 613 leyes. ¡Casi nada! ¿Quién puede cumplirlas? El primer escollo es que habría que aprendérselas de memoria; luego ahondar en la comprensión de la materia de que se trate. Y por último practicarlas.

En este momento, dejando la vía de la intelectualidad, por inconsistente, vas directo al corazón. Vienes a decirle que se olvide de tanta ley. Que esos 613 preceptos se sintetizan en dos: *el Amor a Dios y el Amor al Prójimo*... (Dt 6,5; Lev 19,18). Dos mandamientos que, en realidad, no

son dos, sino uno solo: *¡Amar*! Eso es lo que hay que hacer para asegurar la salvación: ¡Amar!

Repetidas veces, el Evangelio constata que había gente, generalmente los fariseos, que te hacían preguntas. Esas preguntas solían llevar una malintencionada segunda intención. Andaban buscando ponerte a prueba. Tú, Jesús, no rehusabas el diálogo. Y aprovechabas cada pregunta, no importa la mala intención que llevaran, para tratar de evangelizarlos. Como aquella vez que alguien te preguntó acerca del *"prójimo"*. Seguro que te alegraste de que te hiciera esa pregunta, ya que con esta expresión se designaba a los miembros del Pueblo de Dios, excluyendo a los enemigos, y a los pecadores, y a los no practicantes. Pues bien, con tu característico estilo pedagógico, respondiste con una preciosa parábola. La del *buen samaritano*. (Lc 10,25ss)

Fue marcada tu intención al elegiste a un samaritano como protagonista de la parábola. Se trataba, por consiguiente, de un enemigo, de un disidente. Resulta que al pobre samaritano lo asaltan los bandidos, lo muelen a palos, le roban…, ¡Vamos!, que quedó para el arrastre. Lo dejaron más muerto que vivo. En esto, comienzan a pasar por allí los *"buenos":* un sacerdote, por consiguiente, fariseo. Un levita, ¡tal para cual! Pero se van de largo. Tocar al herido hubiera supuesto quedar *impuro*, es decir: incumplir alguno de esos 613 preceptos. Una vez más, ¡la ley! ¡La hipócrita ley! No les importa que el pobre malherido se desangre y muera. Para ellos la ley es más importante que la vida humana. Esa hipocresía es de ayer y de hoy.

Sólo el samaritano, el *"enemigo",* tuvo entrañas de caridad. ¡La cosa no tiene bemoles! Me figuro que sabría poco de leyes el pobre samaritano. Pero sí, de sentimientos, Sí, de humanidad. Sí, de compasión.

No te limitaste a contarles la parábola, de singular realismo y belleza. Entablaste diálogo: *"¿Cuál de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado…"?* (Lc 10,36). Al doctorcito de la ley, fariseo él, no le quedó más remedio que responder: *"El que tuvo compasión de él".* Pues, *"¡Anda, ve, y haz tú lo mismo"!* (Lc 10,37).

***

Jesús, "la historia es maestra". Cuánta encierra este dicho popular. Repasar la historia es enterarse. La historia guarda, al menos una parte de la memoria de un pueblo. No es para archivarla, sino para transmitirla. Y si no, que nos lo recuerde el *Salmo 78*: *"Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron, no lo ocultaremos a sus hijos, lo contaremos a la futura generación"* (Sal 78,3-4).

La historia, a diferencia de una fotografía, no es la captación de un instante, es el sedimento que el tiempo va dejando en la memoria histórica de los pueblos. La historia guarda retazos grandes de vida, porque es parte

de la vida. No se capta ni aprende en un momento. Hay que tratar de asimilarla poco a poco: *"Que surjan y lo cuenten a sus hijos, para que pongan en Dios su confianza y no olviden las acciones de Dios, sino que guarden sus mandamientos"* (Sal 78,6-7). La historia es vida.

Ya que la historia hay que asimilarla y digerirla poco a poco, yo te pido, Jesús, si bien te parece: Prolóngame la vida como la estructura justa de la yedra, que, en verde oscuro, trepa y se agarra a la pared, y crece hasta dar cobijo a los pájaros bullangueros del atardecer. Si llueve, relampaguea, o truena, encuentran cobijo entre la yedra. *"Hendió la roca en el desierto, y les dio a beber raudales de agua"* (Sal 78,15).

Dios no sólo dio agua abundante en el desierto al pueblo sediento, les dio también abundante comida. *"Hizo llover sobre ellos maná, les dio pan del cielo; y el hombre comió pan de ángeles, les mandó provisiones hasta la hartura"* (Sal 78,24-25). Nada faltó al pueblo.

Jesús, en el desmayo biológico de la edad, en el ocaso de mi vida, tú eres mi refugio. Antes de que mi luz se apague, inexorable, para dar paso a otra Luz y mi ser llegue, atravesado el quicio de las sombras a tu descanso, que pueda también yo asimilar, agradecido, algo al menos, de la historia sagrada. Una historia de amor y desamor. *"¡Qué rebeldes fueron en el desierto enojando a Dios en la estepa! Volvían a tentar a Dios, a irritar al Santo de Israel"* (Sal 78,40-41).

Pero siempre vence el amor: *"Los hizo entrar por las santas fronteras hasta el monte que su diestra había adquirido"* (Sal 78,54). Tu Historia, Jesús, es Historia de Amor.

DESDE EL SALMO 79

REINO EN CONSTRUCCIÓN

Jesús, el Libro del Génesis contiene una metáfora que enmarca toda la bellísima catequesis sobre la Creación, al decir que Dios no creó todo de golpe. Sino poco a poco. Y va poniendo días. A cada día le asigna una tarea. Y el mundo fue hecho en seis días. Y al séptimo Dios, el Creador, descansó. Había sido una semana de intenso trabajo. Dios necesitaba descansar. Esa es la metáfora.

Efectivamente, el Génesis presenta un Dios antropomorfo. Y, naturalmente, se fatiga y necesita descansar.

¿Qué nos dice esta catequesis? En primer lugar, que el mundo no es autónomo, sino que procede de Dios. En segundo lugar, que el mundo no ha surgido de golpe, sino que hay un proyecto, un proceso, una evolución. En tercer lugar, que Dios, presentado como si fuera capaz de cansarse, es un Dios amigo, cercano al hombre. Y que su descanso, no es tanto el cansancio físico ni mental, Dios no se puede cansar, sino que deja que el hombre entre al relevo, entre en acción. Que asuma su propia responsabilidad. El hombre es el lugarteniente de Dios.

Eso es, Jesús. El mundo no está terminado, sigue en construcción. Por tanto, el Reino de Dios, que no es ningún ente extraño, o ajeno al mundo, también está en construcción. El mundo y el Reino, son obras inacabadas. Y si Dios, siguiendo la metáfora bíblica, descansó el séptimo día fue para que el hombre entrara en acción. Así pues, el séptimo día bíblico es el día del Hombre.

Qué hermosamente concluye esta catequesis sobre la Creación: *"Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno"* (Gn 1,31). Y todo sigue siendo bueno. ¿Podía ser mejor? No necesariamente. De las manos de Dios el mundo surgió hecho un pincel, como solemos decir. Suficientemente perfecto. ¿Que el hombre emborró el cuadro? Por desgracia, sí. Así fue. Pero el defecto no es de fabricación, sino de quien no supo estar a la altura de las circunstancias y dañó el original: el hombre.

Entonces, ¿qué debe hacer el hombre? No dormirse. Vigilar. Donde hizo un roto, aplicar un zurcido. Estar en vigilante espera de los acontecimientos de cada día. Dios no se fue a hacer la siesta. Dios sigue codo con codo a la par del hombre. Lo que el hombre tiene que hacer, es estar siempre listo para responder al susurro sugerente de Dios que le indica cómo debe trabajar en la construcción del Reino. Exactamente, así. Esa actitud se llama vigilancia.

El Reino de Dios comienza con la Creación. Y sigue con la Redención, que es donde entra de lleno tú, Jesús. Y también nosotros, puesto que somos hijos de Dios, discípulos míos.

Al estar el Reino en constante construcción, no podemos dormirnos. Tenemos una tarea ineludible que hacer. donde yo vivo también. El Reino es un don del Padre, donde hay que trabajar poco a poco, pero sin pausa. Y sin miedo.

Nos lo has dicho en el Evangelio: *"No temas, pequeño rebaño: porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino"* (Lc 12,32). Pero, hay que estar en constante vigilancia, para que nadie dañe la Obra.

***

Jesús, los pueblos terminan por ser castigados por culpa de sus maldades. El mal puede venir de dentro, también de fuera. El mal es un bumerang que termina por volverse contra el que lo lanza. Hemos dicho que el hombre estropeó la maravillosa obra de Dios, la Creación.

En este sentido, acudo al *Salmo 79*. Nos dice que el pueblo se queja, aunque el castigo que está recibiendo es merecido: *"Dios mío, los gentiles han entrado en tu heredad, han profanado tu santo templo"* (Sal 79,1).

El salmo testifica también las atrocidades cometidas contra el pueblo de Dios. Y el pueblo, afligido, pide el castigo contra los causantes del mal. *"Derrama tu furor contra los gentiles que no te reconocen y sobre los reinos que no invocan tu nombre, porque han devorado a Jacob y han asolado su mansión"* (Sal 79,6-7).

Jesús, también yo quiero exclamar con el salmo: *"Socórrenos, Dios, Salvador nuestro, por el honor de tu nombre; líbranos y perdona nuestros pecados a causa de tu nombre"* (Sal 79,9). Por eso, Jesús, déjame hundir mis endebles raíces de hombre en el cuenco de tus manos bondadosas de Padre, hasta adentrarme en las fronteras de tu luz inmarcesible. *"Llegue a tu presencia el gemido del cautivo"* (Sal 79,11). Déjame, Jesús, acariciar tus manos, como la yedra acaricia la estructura de la piedra, y trepar sin miedo a tu encuentro: *"No recuerdes contra nosotros las culpas de nuestros padres; que tu compasión nos alcance pronto, pues estamos agotados"* (Sal 79,8). Y líbrame de toda tentación de venganza. La venganza no redime. Es el perdón, la misericordia, el amor, lo que debe prevalecer. Sólo el amor es capaz de juntar el tiempo y la eternidad. La finitud del presente y lo eterno. Nuestro destino es vivir.

Así, *"Nosotros, pueblo tuyo, ovejas de tu rebaño, te daremos gracias siempre, cantaremos tus alabanzas de generación en generación"* (Sal 79,13).

Sí, Jesús, te daremos gracias siempre por venir en nuestra ayuda, al tiempo que imploramos, humildemente, el perdón de nuestras culpas. De las mías. Cuántas veces se ha dicho: dos no riñen si uno no quiere.

Hemos de reconocer pues, nuestros errores, enmendar nuestros fallos. Pero también a trabajar por hacer crecer en nosotros esa semilla de bondad que Dios puso en cada uno de nosotros. Somos parte activa en el devenir de la Creación.

DESDE EL SALMO 80

LA VIÑA TRASPLANTADA

Jesús, decimos a menudo que el tiempo vuela. Con este dicho popular, nos referimos a la brevedad de la vida. Hasta el salmo lo dice: "*Aunque uno viva setenta años y el más robusto hasta ochenta, su afán es fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan"* (Sal 90,10). Cierto. Pero, la verdad es que no nos conformamos con nada. Cuando se es niño, hay prisa por hacerse adulto. Y cuando se es adulto, comienzan los lamentos por lo breve que es la vida. ¿En qué quedamos? ¿Por qué estamos tan apegados a la vida temporal y no sentimos ni atracción ni prisa por la eterna? ¿No será que nos falta fe en la vida del "*más allá"*?

Jesús, ¿no se deberá esta nuestra actitud a que no tenemos certeza metafísica de si hay, o no hay, un después más allá de la muerte? ¿O no será más bien a que tenemos que avivar y afianzar más la fe?

Es cierto que la fe no da seguridades ni evidencias absolutas. Sin embargo, es nuestro salvavidas. A diferencia del niño, al adulto se le presentan muchos interrogantes en la vida. El niño vive feliz en su particular paraíso infantil. No se plantea problemas. La metafísica no va con él. Y a los adultos no nos da evidencia.

Tampoco la gente sencilla que a través de los siglos ha habitado el planeta Tierra se ha planteado mayores problemas en este sentido. Nacer, vivir, reproducirse y morir, ha sido el esquema básico para la inmensa mayoría de las personas. Conformismo y naturalismo iban de la mano. Hasta que la gente comienza a tener estudios. Éstos, al abrir nuevos y amplios horizontes, hacen que la gente comience plantearse los grandes y serios interrogantes.

Jesús, demos un salto de siglos. Vayamos a un periodo concreto, más cercano a vosotros. Ahí nos encontramos con una corriente filosófica: el *existencialismo*. Eso es. Pues bien, cuando el ser humano comienza a pensar, está haciendo filosofía. ¿Qué por qué? Porque es cuando analiza los temas que le son fundamentales. Es entonces cuando le surgen al hombre, varón y mujer, preocupantes interrogantes. Se esfuerza por dar con las soluciones correspondientes. Pero, ¡amigo!, querer ver desde esta vida el *más allá*, eso le está vedado al hombre. ¿Entonces?

Yo diría que el hombre se juega el tipo a una sola carta. Y cambiaría el *ser o no ser* shakesperiano por *creer o no creer*. ¿Y? ¿Queremos una pista orientadora? Tendremos entonces que apearnos de nuestra soberbia humana. No intentar regresar al paraíso perdido de Adán y Eva. Y optar por la humildad. Eso, entiendo, Jesús, nos ayudará a confiar plenamente en Dios.

Nos queda, pues, movernos en el campo de la fe. Lo que significa que debemos aferrarnos a ti, Jesús.

Curiosamente, es la Biblia la que airea los grandes interrogantes que el hombre se plantea sobre la tierra. El hombre. Unos se decantan por Dios. Otros por los ídolos, sustitutivos de Dios. Otros por nada.

Pero necesitamos estar abiertos y sintonizar con lo transcendente. Hoy, y a medida que hemos afinado más nuestra sensibilidad intelectual, en vez de acercaros a Dios, muchos se apartan de él, o lo niegan. Tremendo error.

Los pensadores existencialistas, al centrarse en el análisis de la condición del ser humano, se han fijado sobre todo en dos aspectos fundamentales: la *libertad* y la *responsabilidad* individual. Analizan las emociones. El por qué y el significado de la vida. Es un avance significativo. Pero no es homogéneo. Y choca con la filosofía tradicional. Esto ha dado lugar a tres movimientos existencialistas. Uno de tipo cristiano, otro de tipo agnóstico, y el tercero claramente ateo.

Si por un casual se dieran cita en una tertulia representantes de las tres opciones, estoy seguro que no serían capaces de ponerse de acuerdo en nada, o en casi nada. Excepto en el dicho popular: *"El tiempo corre que vuela".*

La brevedad de la vida impresiona. El célebre cordobés Séneca, alude a ella cuando dice: *"Vivir es morirse cada día, y nos equivocamos en eso de ver la muerte como algo futuro: gran parte de ella ya ha transcurrido, cualquier momento de la vida pasada lo posee ahora la muerte"* (Cartas 1.2). *"Nada es tan útil para la templanza como el pensar continuamente en una existencia que es breve e insegura: en cada acción el hombre debe tener en cuenta la muerte"* (Cartas 114.27).

Pues yo diría, y digo, Jesús, que es la vida lo que hay que tener en cuenta. Es así como se puede estar abierto al *"más allá".* Sin miedo alguno. Pero con humildad y confianza. Y contando contigo, Jesús.

***

Jesús, verde es el color de las manzanas doncella, exquisito el aroma del nardo florecido, fragante el olor de las viñas en flor. Vaya esto por delante, porque hubo un tiempo en que el pueblo de la promesa lo pasó mal en Egipto. Fue esclavo en Egipto. El pueblo clamó a Dios. El *Salmo 80* se expresa así: *"Dios del universo, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve"* (Sal 80,8).

Dios oyó el clamor, se apiadó de ellos, y los sacó de Egipto, guiados por Moisés. Fue como un trasplante que hace que la planta mejore. *"Sacaste una vid de Egipto, expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste; le preparaste el terreno, y echó raíces hasta llenar el país"* (Sal 80,9-10). Preciosa metáfora, de singular realeza.

Una planta. Me viene a la mente la imagen de una viña. La vid. Era una vid joven, fuerte, con sabor a muchacha entera, como la del Cantar de los Cantares. Echó raíces y llenó el país. Más. *"Su sombra cubría las montañas, y sus pámpanos, los cedros altísimos; extendió sus sarmientos hasta el mar, y sus brotes hasta el Gran Río"* (Sal 80,11-12). Era tu viña, que tú sacaste de Egipto. La cuidaste con tierno amor.

De pronto, la viña fue arrasada, saqueada. *"¿Por qué has derribado su cerca para que la saqueen los viandantes, la pisoteen los jabalíes y se la coman las alimañas?"* (Sal 80,13-14). La viña era tu pueblo escogido. El pueblo no supo estar a la altura. Y fue saqueado. Olvidó su pasado. Olvidó el tiempo de la esclavitud. Olvidó que era la viña que con tanto amor tú trasplantaste.

Pero la viña, el pueblo, supo reaccionar. El pueblo acudió a ti. El salmista se hace eco: *"Dios del universo, vuélvete, mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña"* (Sal 80,15).

Jesús, qué hermosas son las viñas. Y los olivares. A veces ambos comparten el mismo terreno. Olivos plantados en medio de las viñas. Verde plata es el color verde de los olivos. Y verde intenso el color verde de las viñas. Es un primor ver sestear las ovejas en la cercanía mientras el pastor cuida de ellas. *"Cuida la cepa que tu diestra plantó y al hijo del hombre que tú has fortalecido"* (Sal 80,16). Tú eres el Pastor.

Tu cayado nos guía, tu voz nos anima, tu presencia nos da total seguridad. Con decisión firme el salmista da su palabra: *"No nos alejaremos de ti; danos vida para que invoquemos tu nombre"* (Sal 80,19). Y añade: somos tu viña. *"Señor, Dios del universo, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve"* (Sal 80,20).

Jesús, la viña trasplantada dio fruto. Es obra de tus cuidados. Gracias, Jesús.

DESDE EL SALMO 81

LA TEOLOGÍA HUMANIZA

Jesús, más de una vez ha salido a luz este tema, que Dios, más que por el cielo, anda por la tierra. Quedó claro, Dios se ha metido en la Historia. Y está en cada ser humano. Sufre con los que sufren. Ama con los que aman. Perdona a quien se arrepiente. *"Dios es amor"* (1Jn 4,8).

No tengo seguridad de que los hombres y mujeres hayamos entendido esto. Si acaso, muy a medias. Menos lo entenderá la gente que se ha apartado de Dios.

Me gusta leer los clásicos. Se aprende mucho de ellos. El pensamiento racional, sometido al laboratorio de la Historia, comenzó un proceso imparable de reflexión, de divulgación y de éxito. La cultura es patrimonio de todos. Aunque no todos llegamos a alcanzar un nivel razonable de la misma. Dicho esto, apunto un peligro. Me refiero a la costumbre de dogmatizar. Algo muy propio si nos metemos en el terreno teológico. Por cierto, el primero en usar el término *teología* fue Platón, en *La República.* Se refería a la comprensión que los humanos podemos tener de la naturaleza divina por medio de la razón.

Jesús, recuerdo que hasta no hace muchos años cuando se hablaba, o se escribía de teología, el pueblo creyente respondía *amén*. Nada se ponía en cuestión. Y menos aún si lo decía la Biblia. Como el saber teológico lo impartían precisamente los teólogos, que eran los *entendidos*, la gente llana declinaba en ellos la confianza. Decían: *Doctores tiene la santa Madre Iglesia*. Con lo cual, paraban el motor del pensamiento personal para delegarlo en otros. Y tan tranquilos. ¿Para qué esforzarse más? Para eso estaban los doctores. Con lo cual, el nivel teológico del pueblo era, por regla general, muy bajo.

¿A dónde llevaba esta postura? Al inmovilismo y a la fijación mental. Aún hay gente que se empeña en tomar al pie de la letra todo lo que dice la Biblia. Pues apañados andamos. Por poner un ejemplo, imaginemos que Noé hubiera metido en el Arca una pareja de todos los animales de la tierra. De todos. Y de todas las especies, como dice la Biblia. El resultado hubiera sido que Noé hubiera necesitado un arca tan grande como de aquí a la luna. Y lo gracioso, Jesús, es que habría terminado con algunas de las especies nada más salir del arca y poner pie en tierra firme. Fíjate, releo el Génesis. Dice: *"Luego Noé levantó un altar al Señor, tomó animales puros de todas clases y ofreció holocaustos sobre el altar"* (Gn 8,20).

Vamos a ver. ¿No habían sucumbido todos, hombres y animales, excepto los que metió en el arca? Pues si nada más salir de la misma, sacrificó animales puros de todas clases, ¿qué queda? Se podía haber

ahorrado el trabajo de meterlos en la nave cuando iba a comenzar el diluvio. ¡Vamos, digo yo! Es decir, en la Biblia lo importante no es la letra, sino el espíritu, el mensaje que encierra. Y más tratándose de una catequesis.

Me pregunto: los asuntos de la Biblia son asuntos teológicos, ¿no? ¡Y mira que se han escrito miles de libros sobre teología! Aclaremos. Hay una teología erudita, a veces un tanto enrevesada. Bien miradas las cosas, hay veces que no pasa de ser literatura, más que teología.

La teología es teología si es vida. Esa es la teología. Y porque es vida, llega al corazón. Y el corazón sintoniza con Dios. Y esto sí lo capta hasta la gente más sencilla. Gente que con un simple catecismo es capaz de sintonizar muy bien con Dios. Por el contrario, hay grandes tratados teológicos, rebosantes de erudición, que no llegan al corazón. Les falta vida. Es que, Dios no es objeto de estudio. Dios es Vida.

Jesús, un día, contemplando el magnífico templo de Jerusalén, aprovechaste para referirte al templo físico, de piedra. Pero también al templo de tu Cuerpo. Templo que iba a ser destruido por la muerte. Y reconstruido por la resurrección. No lo entendieron. Se burlaron de ti. Los judíos pensaron, como es lógico, en el templo material de Jerusalén, del que estaban muy orgullosos. Ni por asomo se les ocurrió pensar que ellos mismos son templos.

Más tarde, esta hermosa metáfora la tomó san Pablo al decir: *"¿No sabéis que sois templo del Espíritu Santo?"* (1Cor 6,19). ¿Ves? Esta es la buena teología, ver a Dios en cada ser humano. Por supuesto, verlo también en el templo maravilloso del cosmos. Dios es el Creador, el maravilloso artífice de la Creación.

En su momento, leí con deleitación las obras de *Teilhard de Chardin*. Era en mis años de estudiante. Teilhard de Chardin, defensor del *evolucionismo teleológico*, tenía una cabeza bien amueblada, como se suele decir. Rechazaba, en contra de Darwin, una interpretación puramente mecanicista y materialista del cosmos. El cosmos tiene vida. Todo él es vida.

De veras, disfruté leyendo, por ejemplo, *El fenómeno humano*, *El grupo zoológico humano*, *La aparición del hombre*, *La visión del pasado*, *El medio divino*. Y me fascinó, desde el primer momento, su convicción de que hay una *conciencia pensante del cosmos*. Y su credo: *Creo que el Universo es una Evolución. Creo que la Evolución va hacia el Espíritu. Creo que el Espíritu se realiza en algo personal. Creo que lo Personal supremo es el Cristo-Universal.*

En suma, Jesús, que la materia originaria, según Teilhard, contiene ya en sí una *"conciencia"* que hace que la evolución no sea un proceso puramente mecanicista, como diría Darwin, sino teológico. ¿No es esta una buena teología donde Dios aparece metido de lleno en el cosmos, en la Historia, dando vida a todo? ¿Un Dios real, vivo, en vez de un Dios lejano del que nadie sabe nada y del que tantos libros se han escrito?

Es más, la verdadera teología humaniza. Se hace entendible en ti, Jesús, que nos has acercado y hecho visible en ti al Dios que es Padre de todos.

***

Jesús, el *Salmo 81* se hace eco de esta presencia viva de Dios. Y con entusiasmo proclama: *"Aclamad a Dios, nuestra fuerza; dad vítores al Dios de Jacob: acompañad, tocad los panderos, las cítaras templadas y las arpas; tocad la trompeta por la luna nueva, por la luna llena, que es nuestra fiesta"* (Sal 81,2-4).

Me imagino al Pueblo de Dios, Israel, en medio del desierto en una noche de verano. Espléndida estaba la luna llena en lo alto del cielo, esparciendo luz por el firmamento. Abajo la tierra, iluminada por la luz blanca grisácea de la luna que alegraba la noche, mientras el pueblo danzaba en litúrgica alegría bailes de ritual religioso. El pueblo hacía fiesta. Sentía la presencia de Dios.

Guardaban la memoria histórica, la salida de Egipto, su liberación de la esclavitud. El pueblo estaba agradecido, infinitamente agradecido. *"Porque es una ley de Israel, un precepto del Dios de Jacob, una norma establecida para José al salir de Egipto"* (Sal 81,5-6). El pueblo había clamado a Dios. *"Clamaste en la aflicción, y te libré, te respondí oculto entre los truenos, te puse a prueba junto a la fuente de Meribá"* (Sal 81,8).

Jesús, el salmo habla de poner a prueba. Siento que esto es importante. El pueblo de Dios se había comprometido a ser fiel. Pero la tentación de la idolatría ha estado presente en todas las religiones. Los pueblos vecinos eran una tentación constante. Como enjambre de pequeñas mariposas en torno a la luz, no dejaban de incordiar.

Dios les había advertido: *"No tendrás un dios extraño, no adorarás un dios extranjero"* (Sal 81,10). Era un mandato, una orden expresa. *"Yo soy el Señor, Dios tuyo, que te saqué de la tierra de Egipto"* (Sal 81,11).

Pero el pueblo claudicó. Y bien que lo lamentó. Pero esa claudicación, esa infidelidad, le dolió más a Dios. *"Pero mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no quiso obedecer"* (Sal 81,12). Y como ovejas sin pastor, el pueblo andaba a la deriva por el páramo, el desierto, la estepa, arrastrando sus infidelidades. Las de ellos. Y las de todos nosotros. Todos somos Israel.

Deambulaban por caminos perdidos. No había alegría en los corazones, los campos se agostaban, las flores de la amistad no crecían, el amor se marchitaba en los corazones. ¿Dónde habían quedado las cítaras templadas y las arpas? ¿La danza festiva a la luz de la luna llena? Dios insistía: *"¡Ojalá me escuchase mi pueblo y caminase Israel por mi camino! En un momento humillaría a sus enemigos y volvería mi mano contra sus*

adversarios" (Sal 81,14-15). Esta sí es buena teología: Dios en medio de nosotros.

DESDE EL SALMO 82

RECONCILIACIÓN NECESARIA

Jesús, solemos seguir con mucho interés los partes meteorológicos en la tele. Si hay temporal, si va a llover, si va a nevar, si va a hacer frío o calor. El hombre, o la mujer del tiempo, dicen a veces: *"Pero esta mejoría es transitoria porque sobre el Atlántico se presenta un frente de bajas presiones".* Con lo cual, abemos si al día siguiente va a llover o no.

En tu tiempo no había tele. La gente miraba el horizonte. Se guiaban por el aspecto del cielo. Pronosticaban, y acertaban. Con esto, voy a lo siguiente. Ni el hombre, ni la mujer del tiempo, magníficos informadores de la meteorología en la tele, ni nadie, podemos cambiar el tiempo. Lloverá, o no, si tiene, o no, que llover. Independientemente de si nos gusta o no. Ya sabemos que nunca llueve a gusto de todos.

Bien. Hablamos mucho del cambio climático, del efecto invernadero, del recalentamiento, y no sé cuántas cosas más. Vale. El asunto es que hay cosas que sí podemos cambiar. Otras, no. Nadie puede impedir que salga el sol, por ejemplo. Pero sí se puede evitar que alguien se achicharre en la playa bajo sus rayos, exponiéndose a enfermar de cáncer. Bastaría con darle un buen consejo.

Jesús, e los momentos actuales de la humanidad hay una imperiosa necesidad de cambiar muchas cosas. Muchas. La más urgente es la reconciliación de todos con todos. Reconciliación. Una palabra que, me parece, usamos poco. La cosa es que, por hache o por be, andamos como el perro y el gato. Guerras por aquí, guerras por allá. Que si la economía, que si la política... Y mientras tanto, mucha gente muriéndose de hambre.

Reconciliación. A todos los niveles. También a nivel religioso. Resulta increíble que, gentes que dicen creer y adorar a Dios, y teniendo en cuenta que Dios es uno solo, se peleen y se maten como moscas. Y eso en nombre de Dios. ¿De qué Dios? Desde luego, del verdadero no

Me pregunto, Jesús, ¿Qué idea tiene esa gente de Dios? ¡Increíble que se mate en nombre de Dios! Si de verdad creyeran en Dios, no matarían. Dios está en el corazón, y no en las armas de guerra.

Ahora bien, si se necesita la reconciliación es porque previamente ha habido una ruptura, un enfrentamiento. Cuando esto sucede, sucede también que se degrada la civilización. La civilización es cultura, es organización, es respeto a uno mismo y a los demás. Sólo así se puede alcanzar una razonable cuota de bienestar y de paz. Pero, ya ves, Jesús. Mientras de un lado, parte de la humanidad se esfuerza por conseguir al menos un poco de bienestar y de paz, la otra mitad va en dirección contraria. Es necesario un esfuerzo por la paz. Y que la política sea un ecualizador de la sociedad.

Pero es que, además, hemos centrado el poder en la economía. Craso error. Por ese camino vamos a la ruina. El mundo no puede depender de la economía, sino de los valores humanos. La economía está teledirigida. Produce desencanto, desconfianza, crispación, y en definitiva violencia. Creo que quienes manejan la política necesitan revisar su escala de valores. La política está para servir, no para servirse.

Jesús, estamos hablando de civilización. La civilización se construye. Es una conquista basada en el esfuerzo conjuntado. Lo cual lleva también una fuerte dosis de humildad. Con humildad es más fácil llegar a la conversión. Pero difícilmente se emprende un proceso serio de conversión si no hay, previamente, una labor evangelizadora. El Evangelio es la primera fuente de cultura.

Otro punto, Jesús. Me refiero a la justicia. Es necesario que se reconozcan los derechos humanos fundamentales de la persona. Creo que no basta con la *Carta de la Declaración Universal de los Derechos Humanos*, de Naciones Unidas. Está muy bien. Pero da la impresión de que se ha guardado en los anaqueles de alguna biblioteca. Y ahí está, muerta de risa. Y así andamos, como *"ovejas sin pastor"* (Jn 9,36). Poco hemos avanzado. San Pablo lo entendió muy bien, y escribió: *"Dejaos reconciliar con Dios"* (2 Cor 5,20).

Ciertamente, es de imperiosa necesidad la reconciliación. Fue lo primero que dijiste al comenzar la predicación: *"Convertíos y creed en el Evangelio"* (Mc 1,14). Jesús, échanos una mano para que seamos capaces de comenzar la tarea de reconstruir los auténticos valores humanos.

***

Jesús, el *Salmo 82* alude a los malos jueces; aquellos que, lejos de hacer justicia, buscan lucrarse. Jueces vendidos. *"¿Hasta cuándo daréis sentencia injusta?"* (Sal 82,2). Esto que el salmo aplica a los jueces, creo que hay que extenderlo también a la política en general. La corrupción se daba entonces y se da hoy.

Hablando de jueces. Creo que, en general, todos tenemos vocación de jueces, pero en causa propia. Por una extraña patología, siempre nos vemos inocentes. Los malos son siempre los demás. ¡Qué casualidad! Ahora, tampoco hace falta que, en una falsa humildad, vayamos por la calle diciendo: soy pecador, soy pecador. Porque eso es más que evidente. Todo el mundo lo sabe. Pero sí es bueno confesarse pecador en orden a resaltar la misericordia y el perdón de Dios. *"Dios se levanta en la asamblea divina; rodeado de ángeles juzga"* (Sal 82,1). Y tu juicio es de misericordia.

A los jueces malos, que no son justos, que delinquen, les dices: *"Proteged al desvalido y al huérfano, haced justicia al humilde y al necesitado, defended al pobre y al indigente"* (Sal 82,3-4).

Pero a la hora de la hora, sólo tú velas por los indigentes. ¿Quiénes son los indigentes? Los que carecen de todo. Pero indigentes son también los pecadores. ¿Y quién no es pecador? Me uno al salmista para decir: *"Levántate, oh Dios, y juzga la tierra, porque tú eres el dueño de todos los pueblos"* (Sal 82,8). Sé que en ese juicio triunfará tu misericordia, Jesús.

DESDE EL SALMO 83

EL SANTUARIO DE LA CONCIENCIA

Jesús, creo que la inmensa mayoría de la gente tiene claro algo tan elemental como esto: Cada persona es sagrada. E inviolable. Y creo también que lo más sagrado de cada persona es la conciencia.

Lo que hay en la conciencia, sólo Dios y la propia persona lo saben. Incluso, a veces ni la persona. Siempre caben espacios nebulosos. Cuando va en el coche, ocurre más de una vez encontrarte con bancos de niebla. En tal caso, no cabe más remedio que aminorar la marcha. De otro modo, el accidente puede estar a la vuelta de la esquina. Es decir, en una simple curva. En un imprevisto. La vida está llena de imprevistos. La conciencia es lugar sagrado, santuario personal.

Tengo entendido, Jesús, que lo primero que el ser humano descubrió, antes que el fuego, o que el sentido del universo, fue su propio yo personal. Y en su yo, la conciencia. La misma que le decía: esto está bien, o está mal. Haz esto, o no lo hagas.

Desde la conciencia el hombre llegó a Dios. Y desde ese santuario que es la conciencia, pudo adentrarse en el santuario del universo. Entablar una relación íntima, personal, con la Divinidad. Se la imaginara como se la imaginara. Eso en un primer momento. Sólo al correr del tiempo, de siglos y siglos, el ser humano ha ido afinando su conciencia. Ese afinamiento de la conciencia, igual que se afina un violín, aún no está logrado del todo. En mucha gente persiste la niebla.

Me ha tocado vivir la mayor parte de mi vida en el siglo XX. Un siglo funesto en muchas cosas, como las dos guerras mundiales, y otras; las hambrunas en algunos países, etc. Pero también ha sido un siglo glorioso en muchas otras cosas, como los grandes avances en la ciencia, etc.

Y, como un gran regalo, la celebración del Concilio Vaticano II. Lástima que, documentos brillantes, importantes, estén algunos de ellos semi olvidados por las distintas mentalidades partidistas que también se dan en la Iglesia.

Jesús, quiero fijarme en un punto concreto, que no se refiere al Concilio, salvo como punto referencial a un antes y a un después. Mira. Una de las grandes cuestiones que ha ocupado a la Teología Moral Católica durante el siglo XX, ha sido hacer un cambio, entre el antes y el después del Concilio. Se ha llamado el cambio de paradigma. Hasta el Concilio, prevaleció un paradigma legalista. La Moral prevalente era la casuista. ¿En qué consiste?, podrá preguntar alguien. Fundamentalmente, en obedecer a la ley. Si cumplías la ley, bien. Y si no, mal. Hasta que, mediado el siglo y como referente el Concilio, los teólogos más críticos advierten que la

obediencia a la ley se estaba convirtiendo en una *"idolatría de la norma".* Es decir, cumplir las normas era para muchos más importante que la relación personal con Dios. Y mira, Jesús, me interesa este tema. Porque atañe directamente a la conciencia personal. Sé que es responsabilidad de la persona formar bien su conciencia. ¿Por qué? Pues en vista al Reino de los cielos. En la conciencia, reitero, hay también oscuridades. Hay niebla, igual que en las carreteras, como digo. ¿Solución? El arrepentimiento. Sí, porque las nieblas de la conciencia suelen aparecer por culpa del pecado.

Entiendo, pues, Jesús, tu llamada: *"¡Arrepentíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado!"* (Mateo 4,17).

¿Que las leyes morales son importantes? Sin duda. Son un referente imprescindible para que el discernimiento moral no pierda objetividad. Si alguien me pregunta, ¿qué significa esto? Pues ni más ni menos, actuar en conciencia no es hacer lo que a uno le venga en gana, sino buscar el bien de todos y en todo, en cada situación. La conciencia, sin duda, es anterior a la ley. Por eso, la tradición más sólida de la Iglesia sostiene que en la búsqueda del bien, la última palabra no la tiene la ley, sino la conciencia.

La conciencia es el núcleo más secreto y el santuario de la persona, en el que ésta se siente a solas con Dios. La voz de Dios resuena en el recinto más íntimo de persona. Esa es la voz que debemos obedecer. Y esa voz nos llama siempre a ir más allá. A mejorar. La conciencia personal es un buen árbitro.

***

Jesús, tomo el *Salmo 83* y encuentro lo siguiente: *"Mira que tus enemigos se amotinan, y los que te odian levantan la cabeza"* (Sal 83,3). Vale.

De pronto resulta que los amotinados no son únicamente los enemigos. El miedo estresa, y acuden a Dios. *"Se conjuran contra tu pueblo, conspiran contra tus protegidos"* (Sal 83,4). Son los argumentos esgrimidos. Argumentos que corresponden, sin duda, a la realidad, también al miedo, al ver que los enemigos se nos vienen encima. *"Dicen: Vamos a borrarla como nación, que nunca se recuerde el nombre de Israel"* (Sal 83,5).

El miedo, Jesús, hace que acudamos a Dios. Así somos los humanos. *"Oh Dios, no estés callado, no estés mudo e inactivo"* (Sal 83,2).

Cuánta irreverencia hay a veces en nuestros comportamientos. Buscamos a Dios como aliado para que arregle nuestros desaguisados. Hacemos de Dios el dios tapagujeros. Le vamos con exigencias y argumentos de presión. *"Así han decidido unánimemente concertar un pacto contra ti"* (Sal 83,6).

Como si Dios no supiera lo que sucede, y cómo está la situación. Pero buscamos forzar su intervención, y reforzamos el argumento: *"Las tiendas de Edón y los ismaelitas, Moab y los agarenos, Guebal, Amón y Amalec, los*

filisteos con los habitantes de Tiro; también Asur se alió con ellos" (Sal 83,7-9).

Jesús, tú no estás callado, somos nosotros, por el contrario, los que no te escuchamos. O lo hacemos cuando nos conviene. O sea, creyentes de conveniencia. Y, para colmo, exigimos revancha. *"Cúbreles el rostro de ignominia; para que busquen tu nombre, Señor"* (Sal 83,17).

¿De verdad que somos sinceros al decir eso? ¿Buscamos la conversión? ¿O no será la revancha lo que buscamos? *"¡Avergonzados y aterrados para siempre, queden humillados y perezcan!"* (Sal 83,18).

Eso se parece más a nuestros mezquinos sentimientos. Sin embargo, dejando atrás todo odio y resentimiento, con corazón humilde y sincero, y entrados en razón, sí hemos de decir: *"Reconozcan que tu nombre es "el Señor", que tú solo eres Altísimo sobre toda la tierra"* (Sal 83,19).

DESDE EL SALMO 84

MORADA DE DIOS Y DEL HOMBRE

Jesús, desde el Evangelio que proclamaste se pueden construir caminos luminosos de convivencia, de reconciliación y de paz. La paz es un bien escaso. Nos soliviantamos por cualquier cosa. Nos destrozamos, y luego pasamos a los acuerdos de paz. Se restablece la paz. Pero, ¿cuánto os dura? Esa es la cuestión.

Las casi dos décadas que llevamos de siglo, estamos en el siglo XXI, están resultando salvajes. La deshumanización en algunos países, bestial. Como quiera que los países más castigados pertenecen en su mayoría al islam, a la guerra la revisten con tintes claramente religiosos. Islam contra cristianismo. Que también. Pero la realidad, todo el mundo lo sabe, es de índole política. De otro modo no se daría esa inhumana crueldad. Crueldad que clama al cielo. Hay un ataque frontal a los cristianos. A la vista está. Pero los islamistas golpean también, y de qué manera, a seguidores del propio islam.

Necesitamos un buen baño de humanismo. Necesitamos poner a trabajar el sentido común. Aun así, la paz seguiría siendo precaria. Es difícil la paz. Cierto. Y es difícil porque lo que realmente nos cuesta es aunar la suficiente buena voluntad por parte de todos. De todos, sin excepciones. El islam es el primero que debe frenar el comportamiento bestial de quienes, amparados en ese credo, van sembrando el terror y la desolación.

Jesús, siento enorme tristeza al ver que no se respeta la vida, ni la cultura. Esa cultura acumulada en siglos de civilización y de historia. No importa desde qué, o por qué razas o religiones hayan sido levantados esos sensacionales monumentos arqueológicos. Antes de venir tú al mundo, la tierra había sido habitada por incontables razas y religiones. Todas dejaron huella de su paso por el mundo.

Duele este claro retroceso actual en humanización y humanidad que tenemos, sobre todo en ciertos sectores de la sociedad actual. Pero a pesar de todo hay que apostar por la paz. En el Evangelio lo dejaste muy claro: *"La paz os dejo, mi paz os doy*" (Jn 14,27). Aunque añadiste: *"Pero no como la da el mundo"* (Jn 14,27). Jesús, ¿qué paz da el mundo? Nadie da lo que no tiene.

El día en que por fin comencemos a escribir la política con letras mayúsculas habremos dado un gran paso hacia la paz. La hegemonía de la economía y del poder partidista, de seguir así, terminarán por machacar a todos y estancar la evolución y desarrollo normal. La civilización no se consigue en un día, pero en menos tiempo somos capaces de terminar con ella.

No basta concertar la paz. Hay que construirla. Que es diferente. Sobran, por tanto, las armas. Las químicas y las de todo tipo. De lo contrario, todo quedará en parches efímeros que infectan todavía más las heridas.

Jesús, solías repetir, como un estribillo: *"El que tenga oídos para oír, que oiga".* (Mt 13,9), (Mc4,23). Los estribillos se graban fácilmente en la memoria. Es como cuando de niños, aprendíamos en la escuela la tabla de multiplicar, canturreando todos a coro: "Dos por una es dos, dos por dos son cuatro…". Sin duda que eso intentabas, que a base de oír el estribillo lo aprendiéramos, y actuáramos.

Jesús, tú nos enseñaste a construir caminos luminosos de convivencia, de reconciliación y de paz. Ayúdanos a poner manos a la obra.

***

Jesús, cundo observamos la naturaleza, sobre todo al llegar la primavera, quedamos maravillados por la pujanza que se advierte en los campos. Como si estuviéramos en el comienzo mismo de la Creación, vemos surgir la vida a borbotón, espléndida. Queda uno como extasiado viendo, por ejemplo, cómo hacen sus nidos las golondrinas, bajo los aleros de las casas. Arquitectura sabia, poema de barro, para un nido de amor. O ver a otros pajarillos tejer sus nidos en las enramadas, sin más herramientas que sus picos. Maestros del bordado para una cuna de ensueño. El milagro de la vida. Lo resalta el *Salmo 84: "Hasta el gorrión ha encontrado una casa; la golondrina, un nido donde colocar sus polluelos"* (Sal 84,4).

Ante esta maravilla de la naturaleza, uno piensa en Dios y de inmediato exclama: *"Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo"* (Sal 84,3).

Tú eres el Dios de la vida, del gozo, de la alegría. *"Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre"* (Sal 84,5). Y *"dichoso el que encuentra en ti su fuerza y tiene tus caminos en su corazón"* (Sal 84,6).

Jesús, cuánto nos queda aún por aprender de la naturaleza que nos rodea. Sin más herramienta que el pico, qué maravillosos ingenieros y arquitectos resultan ser los simples pajarillos. Cuánta sabiduría y cuánta belleza ha puesto Dios en su pequeña estructura. Y cuánta alegría. A los pajarillos se les ve siempre contentos. Alegran con sus trinos el ambiente. Ellos con sus trinos, las flores con su esplendor, la madre tierra con toda su pujanza, alaban sin cesar a Dios. Cuánto nos queda por aprender de ellos.

Pero es el hombre, dotado de naturaleza y Gracia, quien debe de verdad glorificar el nombre de Dios. *"Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa, y prefiero el umbral de la casa de Dios a vivir con los malvados"* (Sal 84,11).

Decimos que el universo es la casa del hombre. cierto. Aquí nos has colocado Dios, en medio de su espléndida Creación, para ser los guardianes

felices de tanta belleza. *"El Señor da la gracia y la gloria; no niega sus bienes a los de conducta intachable"* (Sal 84,12).

Jesús, tú eres el Rey del Universo: *"Señor del universo, dichoso el hombre que confía en ti"* (Sal 84,13). *"Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor"* (Sal 84,3).

Si en vez de andar peleándonos en guerras infames nos pusiéramos a leer los salmos, por ejemplo, éste en el que estamos, las cosas serían muy diferentes. ¿A que sí, Jesús?

DESDE EL SALMO 85

LA PASCUA NUEVA

Jesús, llegó la Hora. Tu Hora. Como en el mejor brindis de la mejor amistad les diste a probar el Vino Nuevo de la Redención. Fue la noche del Jueves Santo. Compartiste con los apóstoles el Pan. Luego el Vino. En realidad, tu Cuerpo y Sangre de Redención. Fue al mismo tiempo la Acción de gracias más auténtica al Padre. Eucaristía permanente de tu presencia para siempre en la Iglesia. Estabas enormemente emocionado. Tus discípulos también. Fue una cena distendida, amigable, agradable, en un ambiente muy familiar. Estaba próximo el final. Pero tus discípulos ni se lo imaginaban. No fueron capaces de entender la magnitud de tu gesto. Que aquel era el Vino Nuevo. Que aquel era el Pan que da la Vida eterna.

En un ambiente entrañablemente familiar, hiciste lo que debías hacer. Tomaste un pan normal. Diste gracias al Padre por el pan de cada día, y en especial por el Pan de esa noche. Pan de Eucaristía. Lo bendijiste, y en gesto de amigo, lo partiste y lo compartiste. Todos lo comieron. Excepto Judas que ya se había marchado. No te importó que en ese momento no lo entendieran. Era lo lógico y normal. Pero al darles el Pan les dijiste: *"Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía"* (Lc 22,19). A continuación, llenaste un cáliz de vino. Lo fui pasando uno a uno. Les dijiste: *"Este cáliz es la Nueva Alianza sellada con mi sangre, que es derramada por vosotros"* (Lc 22,20).

Eras consciente de que se aproximaba el momento de tu muerte. Y a nadie le gusta morirse. Una especie de tensión interna, sí, claro que sí. Tenías tensión, o más bien emoción. Y al mismo tiempo una enorme serenidad. También gozo. Se aproximaba el momento del triunfo definitivo del Amor. Te despedías. En unas pocas horas estarías junto al Padre. Y al mismo tiempo te quedabas para siempre en el Sacramento de la Eucaristía. Sacramento de Amor. Pero, además, eras consciente, plenamente consciente, de que *"el Padre había puesto todo en tus manos, que venías de Dios y a Dios volvías"* (Jn 13,3).

La Cena con tus discípulos era una despedida. Para ellos, en cambio, una pascua más. Ya ves, Jesús, las cosas que de tanto repetirlas se convierten en rutina. Pero para ti era la Pascua, nueva y definitiva. También para ellos, por supuesto. Aunque en ese momento no estaban capacitados para entenderlo. A partir de la Resurrección lo entenderían. Y entenderían también que la Eucaristía, eterna e infinita acción de gracias al Padre, a partir de ese instante, era el Sacramento del Amor. *"Amaos unos a otros como yo os he amado"* (Jn 13,34). Fue tu mandato.

Para que nunca lo olvidaran, hiciste un gesto, simbólico y real al mismo tiempo, de esos que entran por los ojos y mueven el corazón. Te pusiste a lavarles los pies.

Es como si lo viera, porque lo cuenta el Evangelio con mucho realismo. ¡Qué gesto de extrañeza! Sobre todo, en Pedro. Su actitud le honra. Se puso terco. Dijo que ni hablar. Que no se dejaría lavar los pies por nadie. Jamás. Y menos por ti. *"Tú jamás me lavarás los pies a mí"* (Jn 13,8).

En cuanto le amenazaste con romper toda amistad con él, no sólo consintió que le lavaras, es que estaba dispuesto a que le lavaras de cuerpo entero. Ya sabes, Jesús, si es que Pedro era bueno como él solo.

La Eucaristía es memorial de la Ultima Cena y, sobre todo, de la Resurrección. Mientras, ese interregno entre la Muerte y la Resurrección, lo dejaste caer como quien no hace nada. *"Un poco y ya no me veréis y otro poco y me volveréis a ver"* (Jn 16,16).

La Eucaristía es también el Sacramento del perdón y de la misericordia. Tu Sangre es *"la Sangre de la Alianza que se derrama por muchos para la remisión de los pecados"* (Mt 26,28). Quien haya experimentado en su corazón lo que es el amor de verdad, por pasiva y por activa, entenderá estas palabras: *"Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él tenga Vida eterna"* (Jn 3,16).

Jesús, desde tu Pascua entendemos también el profundo sentido de la Pascua judía. Lo que comenzó en el Éxodo, fíjate hasta dónde ha llegado. Hasta la Pascua nueva y definitiva.

***

Jesús, llama la atención en algunos salmos, y el *Salmo 85* es un ejemplo, ver que las pasiones, y sentimientos humanos, tan nuestros, también te los achacamos a Dios. *"Restáuranos, Dios Salvador nuestro; cesa en tu rencor contra nosotros"* (Sal 85,5). Tu rencor.

Siendo Dios Amor, Padre, ¿cómo podemos, y con qué derecho, achacarle rencor? Qué inmensa es nuestra osadía. Así que, cuando te decimos: *restáuranos*, razón tenemos en decir que, efectivamente, nos restaures. En primer lugar, necesitamos ser restaurados de nuestra estupidez. De nuestra osadía. De nuestro lenguaje, tantas veces obsceno.

Por eso, y por tantas cosas, tendremos que pedir perdón a Dios. No sabemos lo que decimos. Pero Dios sabe olvidar nuestro agravio: *"Señor, has sido bueno con tu tierra, has restaurado la suerte de Jacob, has perdonado la culpa de tu pueblo, has sepultado todos sus pecados…, restáuranos, Dios Salvador nuestro"* (Sal 85,2-5).

Las cosas que decimos, podemos decirlas de viva voz; con la palabra. O también por escrito. Si por escrito, podría ser en una carta. En este caso, yo lo haría en una carta imaginaria. La escribiría en pergamino antiguo, a la

luz gris del invierno. En ella pondría, uno a uno, todos mis recuerdos, emborronados por mis lágrimas furtivas. Una carta se lleva al correo. Bien, por timbre postal pondría, en un recuadro arriba, a mi derecha, un corazón arrepentido. El mío. Más abajo, donde va la dirección, garabatearía a bolígrafo en negro, señal de luto y arrepentimiento, unos rasgos. Pondría en letra miniada, simplemente: Dirección conocida. Al Dios Amor. Luego, una vez cerrada la carta, la depositaría con cuidado en el buzón del tiempo, para ser entregada en la eternidad

Sí, Jesús, así lo haría, porque estoy seguro que tú serías el cartero. Al pie del buzón, sentado, yo estaría esperándote. Sé que me sonreirías. Y yo me llenaría de paz. *"Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos y a los que se convierten de corazón"* (Sal 85,9).

El contenido de la carta, tú lo conoces. Igual que Pedro, también yo te pido que laves de arriba abajo no tanto mi cuerpo, cuanto mi conciencia. Y en la postdata va una sincera acción de gracias por el don de la Eucaristía. Tienen mucho sentido las palabras del salmo: *"La fidelidad y la misericordia se encuentran, la justicia y la paz se besan"* (Sal 85,11).

DESDE EL SALMO 86

CLAVE DE LA FELICIDAD

Jesús, al comienzo de año, todo son parabienes. Nos deseamos mucha felicidad. Y, una por una, dice la gente, que haya salud. ¡Felicidades por muchos años y que todos nos volvamos a ver! Es decir, deseos buenos no faltan.

Otra cosa será eso de que "todos nos volvamos a ver". El futuro no está en nuestras manos. ¿Quién puede asegurar que el próximo año estará con vida? ¿Y si hay una conflagración apocalíptica en el planeta, provocada por la belicosa mano del hombre? A fin de cuentas, el planeta de nuestros sustos diarios no deja de ser una cáscara de nuez en el espacio.

Pero optemos por el optimismo. Y también por el esfuerzo de volvernos un poco más civilizados. Volvemos a lo de siempre, Jesús. ¿Para qué queremos tanto artefacto de guerra y de destrucción? Optemos por la civilización y el buen entendimiento de todos los países. Gastemos el dinero en comida y no en armas. Sabes que en cierta ocasión me preguntaron sobre el final del mundo.

Y como no hay que ser catastrofistas, prefiero ver las cosas desde otro ángulo. Desde el Evangelio. Cuando te preguntaron sobre el fin del mundo, respondiste: *"En cuanto a ese día y esa hora, nadie los conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre"* (Mt 24,36).

Ni el Hijo, sólo el Padre. En todo caso, es bueno que sigamos deseándonos buenos augurios en cada comienzo de año. Sólo que no hay que dejarlo en puro formulismo. La palabra *feliz* es una de las palabras bonitas que brotan del corazón. Y hasta la decimos con sinceridad, qué duda cabe. A fin de cuentas, hemos sido creados para ser felices.

Ahora bien, Jesús, la felicidad es efímera, no existe a tiempo completo. La felicidad es como un juguete abollado que un niño arrastra por la calle. ¿Sabemos cuándo se os abolló el juguete? Si lo tomamos como metáfora, respondo que sí sabemos. Se abolló el día aquel cuando en el paraíso pretendimos arbitrariamente ser dioses omnímodos prescindiendo de Dios. Ahí se abolló el juguete de la felicidad. Desde entonces somos mendigos. Buscadores incansables de una felicidad inalcanzable.

De otro lado, tampoco hay que confundir la felicidad con el placer. No le faltaba razón a Epicuro al decir que *en la búsqueda del placer hay que actuar con prudencia*. Predicaba que la naturaleza es fruto del azar. Con esto, echaba por tierra los mitos religiosos. De ellos decía que lo único que hacen es amargar la vida del hombre sobre la tierra.

Entonces, digo yo, ¿habrá que acudir al dicho de ¡*ancha es Castilla*!? Veamos. Afirmaba también Epicuro que el placer es lo mejor para evitar el

dolor. Vale. Pero si de pronto le entrara un terrible dolor de muelas, o un cáncer muy doloroso, ¿con qué placer podría quitar el dolor? Como no sea con morfina… Sin embargo, Epicuro no era un degenerado. Al contrario. Decía que hay que *actuar de manera racional*. Más aún, superponía los placeres del espíritu a los del cuerpo. En el fondo, tenía alma de poeta. Era sensible a las cosas bellas. Simplemente, era un buscador de felicidad.

Tu doctrina, en cambio, es bien distinta, Jesús. La felicidad que tú ofreces no está exenta de la cruz de cada día. *"El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga"* (Mt 16,24). Es una felicidad que transciende. Va más allá de todo lo efímero. Con razón nos dijiste: *"Hay más felicidad en dar que en recibir"* (Hechos, 20, 35).

Gran verdad. La prueba al canto. Das un regalo a un niño. Lo de menos es el costo del regalo. Lo que no tiene precio es la cara de felicidad y alegría que pone el niño. Con un simple regalo. Una sonrisa puede ser un buen regalo para alguien en un momento oportuno.

Pero la felicidad debemos construirla entre todos. ¿Cuánta gente no se necesita para levantar una catedral? Es una labor artesanal, personal, y comunitaria. Se necesita la colaboración de todos.

***

Jesús, si siempre es necesaria la oración, más se necesita cuando las cosas no van bien, cuando estamos afligidos, cuando nos sentimos solos, desamparados. En una palabra, cuando no somos felices, como venimos hablando. Dando un vistazo al *Salmo 86*, veo que refleja una determinada situación del hombre. *"Inclina tu oído, Señor, escúchame, que soy un pobre desamparado"* (Sal 86,1).

La oración es al mismo tiempo implorar protección. *"Protege mi vida, que soy un fiel tuyo; salva, Dios mío, a tu siervo, que confía en ti"* (Sal 86,2).

También es el momento de reconocernos pecadores y pedir perdón a Dios. *"Piedad de mí, Señor, que a ti te estoy llamando todo el día"* (Sal 86,3).

Jesús, dice la Biblia que *"hasta el justo peca siete veces"* (Prov 24,16). Es decir, muchas veces. ¿Y los que no somos justos?

Esto de siete, yo lo reflejo así: Siete pecados, siete. Son muchos, son cantidad. Siete pecados, siete, son los que cada día cometo. Por eso, Jesús, pecador ante ti me confieso. Y, por pecador, ya ves, vagabundo ando, como un perro sin dueño. Soy un soñador de quimeras. Necesito poner los pies en el suelo. Asentar cabeza. *"Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad; mantén mi corazón entero en el temor de tu nombre"* (Sal 86,11). Hermano soy de todos los despropósitos, náufrago de mil codicias, juguete de las olas en el mar de la vida. *"Dios mío, unos soberbios se levantan contra mí, una banda de insolentes atenta contra mi vida, sin tenerte en cuenta a*

ti" (Sal 86,14). En este mar abundan los tiburones, depredadores insaciables a tiempo completo. *"Mírame, ten compasión de mí. Da fuerza a tu siervo, salva al hijo de tu esclava"* (Sal 86,16).

Sí, Jesús, porque soy pecador, a ti. *"Señor, escucha mi oración, atiende a la voz de mi súplica. En el día del peligro te llamo, y tú me escuchas"* (Sal 86,6-7).

Sé que al arrepentimiento de quien se declara culpable, debe seguir el cambio de vida, acompañado de la oración sincera. *"Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor; bendecirán tu nombre"* (Sal 86,9).

Jesús, aquí está la clave de la felicidad: tener el alma limpia de pecado y estar en paz con Dios, con todos, y con uno mismo.

DESDE EL SALMO 87

LA HORA DE DIOS

Jesús, por larga que sea vuestra vida, esta pasa en un santiamén. Lo hemos comentado varias veces. Y menos de un santiamén duró tu vida. Fue tronchada en plena lozanía. No dejaron que madurara. Bien es verdad que la entregaste voluntariamente. Lo cual no significa que no te costara. Morir cuesta. Y a ti, una enormidad, tanto que hasta le pediste al Padre que si posible fuera te evitara ese cáliz de amargura.

Por otra parte, la vida no depende de la edad. No hay una edad específica para morir. Más bien se trata de que, igual que el trigo se siega cuando está maduro, la vida esté también lista para la cosecha. Y eso, no es cuestión de edad. Uno se muere a su debida hora.

Pues, hablando de hora, Jesús, quiero referirme a un personaje que, para bien o para mal, tuvo una larga edad. Me refiero a Fidel Castro. No vamos a entrar a discutir a cerca de él. Me refiero sólo a un detalle. Cuando la guerra sandinista en Nicaragua, por cierto, yo andaba misionando por tierras centroamericanas, Fidel dijo a los sandinistas: *"No se metan con la Iglesia".* Por Iglesia entendía él, es de suponer, los curas. En cambio, en El Salvador, donde también me tocó estar en plena guerra, vaya que si asesinaron sacerdotes. Y no digamos laicos.

Y ya que aludimos a Fidel Castro. Cuando el Papa Juan Pablo II visitó Cuba, los medios publicaron una foto que a mí me llamó la atención. Aparecen juntos Juan Pablo II y Fidel. En dicha foto, los dos están mirando, se supone que la hora, en el reloj de Fidel. Curiosa escena. La foto dio la vuelta al mundo. Todo un símbolo. Era el reloj de Fidel, no en el del papa. Es como si el mundo estuviera pendiente de la hora que marcaba Fidel. Ese viaje papal fue seguido por el mundo entero con marcado interés. Se trataba del encuentro de dos personajes históricos, aunque por motivos bien distintos.

La hora. Remarco el detalle. El lenguaje de los signos es muy expresivo. Ese mirar el reloj no pasó desapercibido. El Papa preguntó por la *"Hora",* no preguntó por el *"tiempo".* Fidel entonces miró su reloj. Pero Fidel y el Papa miraron juntos el reloj. El de Fidel. En ese momento era más protagonista Fidel que el Papa. Los dos miraban la *"Hora".* Y el mundo entero los miraba a ellos. Fue un mirar convergente, muy significativo.

Jesús, esta escena me lleva a pensar: ¿Esperaba el Papa una respuesta en el momento? Yo quiero imaginarme que desde el silencio el reloj le decía: *"Es hora de cambiar".* ¿Cambiar qué? ¿La Revolución? La de Fidel estaba hecha. Quedaba, pues, la del Papa. La verdadera. La del Amor. Y ésta sólo es posible desde el Evangelio.

Ahí quería yo llegar. La revolución de la opresión, de la persecución, de los atropellos e injusticias, estaba caduca. Caduca de necesidad. Pero la *Revolución de la dignidad de la persona y sus derechos*, estaba por hacer.

He querido, Jesús, recordar esta anécdota que, por cierto, me sirvió para el editorial en la revista Icono, que entonces como sabes yo dirigía, porque la verdadera Revolución sólo es posible desde el Amor. Qué distinto sería el mundo si hubiéramos seguido tu consejo: *"Amaos unos a otros como yo os he amado"* (Jn 13,34). El papa Pablo VI, con anterioridad, había lanzado una frase, un tanto poética, pero significativa y que tuvo éxito: *"Es necesario construir la civilización del amor".*

Hoy, Fidel ya no está. Pero el mundo sigue mirando el reloj. Es la *"Hora"*. ¿De qué? De mirar en el reloj de Dios la hora de la Reconciliación: *la Hora de Dios*.

***

Jesús, si de veras pusiéramos nuestros relojes en sintonía con el reloj de Dios, nos sería muy fácil de entender el *Salmo 87*: *"¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios!"* (Sal 87,3). Esa ciudad de Dios es Sión: *"Él la ha cimentado sobre el monte santo; y el Señor prefiere las puertas de Sión a todas las moradas de Jacob"* (Sal 87,1-2). Sión. Punto de encuentro. Metáfora que trasciende el tiempo. Símbolo de eternidad. Jerusalén del cielo.

Jesús, me quedo con el simbolismo. Todo símbolo indica una realidad. Sión, símbolo de salvación. Punto de referencia a tu infinito amor, que nos convoca para la salvación.

Jesús, amas al hombre. En ti, todo es amor. El amor se amasa, muchísimas veces, con llanto. Es evidente. A la experiencia me remito. También se llora de amor. Incluso, hay amor en el dolor, hay amor en el silencio, hay amor en la oración, amor es el silencio. Y hasta en el susurro de la voz.

Amor, el de la madre que sufre y llora, y al llorar, sólo externa el amor que en su alma lleva. El niño que juega y canta, y al rato se acongoja y llora, sólo manifiesta la abundancia, carencia o ansia del amor que le falta o sobra, o que aún espera. *"Se dirá de Sión: Uno a uno, todos han nacido en ella; el Altísimo en persona la ha fundado"* (Sal 87,5). Sión. Una vez más. Pero Sión indica dos realidades, bien diferenciadas. Sión es Jerusalén, ciudad terrena. Ciudad de la paz. Una paz siempre en camino. Y Sión es la Jerusalén celestial. La de la paz definitiva. La paz, fruto del amor.

Las cosas que nos rodean están, o deberían estar, impregnadas de amor. El amor es comunicativo: *"Contaré a Egipto y a Babilonia entre mis fieles; filisteos, tirios y etíopes han nacido allí"* (Sal 87,4).

A Sión se llega desde todos los puntos habitados de la tierra. Por aire, por tierra y por mar. Sión, concentración de amor. Sión, lugar de fiesta: *"Y cantarán mientras danzan: todas mis fuentes están en ti"* (Sal 87,7).

Jesús, cuando todos podamos decir que estamos en fiesta, es que hemos puesto a punto nuestro reloj con el de Dios.

DESDE EL SALMO 88

TRAUMAS Y AFLICCIÓN

Jesús, es un hecho a la vista que a veces te buscamos por intereses un tanto egoístas, no me cabe la menor duda. Se cumple el viejo adagio: quien pide es porque necesita. Necesitados los estamos. El problema radica en cuanto a la intencionalidad que nos mueve al acudir a ti. ¿Acudimos sólo para pedir? Es lo habitual. Error por nuestra parte. Pedimos y volvemos a pedir. Pero ¿cuándo nos acercamos para agradecer?

También habrá que analizar por qué tenemos tanta prisa en pedir. Se supone que al médico no vamos por cualquier tosecilla que nos entra, o que nos sale. Al médico se va cuando hay una enfermedad seria.

En cierta ocasión oí decir a alguien que sólo *los imposibles* hay que dejárselos a Dios, pero que *los posibles* debemos solucionarlos nosotros mismos. Gran verdad. Todo se lo dejamos a Dios. ¿Y cuándo nos ponemos nosotros manos a la obra?

Si acudimos a ti, Jesús, ha de ser, en primer lugar, por ti mismo. Sólo más tarde, y cuando vemos que por nosotros mismos no podemos resolver las cosas, es cuando debemos acudir a ti. Lo dijiste con mucho amor: *"Venid a mí los que estás cansados y agobiados y yo os aliviaré"* (Mt 11,28). ¡Hombre!, técnicamente, digámoslo así, siempre estamos cansados, agobiados. Pero a veces, lo que estamos es perezosos. Muchas otras veces miramos más a nuestro egoísmo que a la ecuanimidad. Además, parece que vamos sólo de visita, sin decisión de quedarnos contigo, de hacerte compañía, de aprender de ti a valorar la vida, a valorar a los demás, a tratar de enmendar nuestros errores y mejorar nuestro comportamiento cristiano, a cumplir tu mandamiento de que nos amemos más unos a otros. Nuestro egoísmo queda, pues, al descubierto, a la intemperie.

Esta reflexión viene a cuento del pasaje del Evangelio. Habías dado de comer a una ingente muchedumbre. Saciada el hambre se marcharon a sus casas. A los apóstoles les dijiste que se fueran en la barca. Tú te quedaste solo, en oración. La gente advirtió que teníais una sola barca, y que tú no te habías ido con los apóstoles en la barca. Pero tampoco estabas allí, es decir, en el lugar donde habías estado con la gente. Donde había sido la multiplicación de los panes. ¿Dónde se habrá metido?, decían. Optaron por irse a Cafarnaúm.

Al encontrarte, te preguntan: *"Maestro, ¿cuándo has venido aquí?"* (Jn 6,25). Pero tú eres directo. Les respondes: *"Me buscáis, no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros"* (Jn 6,26).

No te duelen prendas. Es un claro reproche el que les haces. Te buscan y te buscamos por egoísmo. Es decir, no te buscamos por ser tú quién eres,

sino que te buscamos interesadamente. ¡Cómo no te va a doler nuestro egoísmo! Te duele y nos lo echas en cara.

Y a continuación, tu lección práctica para nuestro diario vivir: *"Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que perdura, el que os dará el Hijo del Hombre"* (Jn 6,27).

Jesús, ¿cuál es ese alimento que perdura, y que tú nos das? Está muy claro. Tú mismo. Te nos das en Pan de Vida en la Eucaristía. Te nos das en tu Palabra. Te nos das en tanta gente que, con el ejemplo de su vida, son un estímulo para seguirte. De tantas maneras te nos das. ¿Y nosotros? Despistados.

Y añades más. Nos indicas qué es lo que el Padre Dios quiere de nosotros: *"La obra que Dios quiere es esta: que creáis en el que él ha enviado"* (Jn 6,29).

La fe, por consiguiente, es el mejor camino, Jesús, para ir a ti. A ti, que eres el Enviado del Padre. Jesús, ayúdanos a ir a ti sin intereses creados, sin egoísmos.

***

Jesús, si seguimos siendo egoístas no somos libres. El *Salmo 88* dice: *"Estoy libre, pero camino entre los muertos, como los caídos que yacen en el sepulcro"* (Sal 88,6). Extraña libertad. Podríamos calificar esta situación como aflicción y soledad.

Muchos tipos de soledad nos envuelven. La peor, la interior. Si navegamos por el mar, lejos de tierra, tenemos una soledad envolvente. Y si, para colmo, nuestra barquichuela es frágil, el miedo puede convertirse en mal compañero de viaje. Por más que el mar, con sus olas, su espuma, sus gaviotas, sus peces de plata, y peces de colores, y sus puestas de sol, un sol dulce color naranja, nos alegre la travesía.

El miedo nos envuelve y atenaza tantas veces…, a pesar de sentirnos libres. *"Mi alma está colmada de desdichas, y mi vida está al borde del abismo; ya me cuentan con los que bajan a la fosa, soy como un inválido"* (Sal 88,4-5).

Jesús, tengo la impresión de que hay un enorme pesimismo en este salmo. Por otra parte, es un salmo de aflicción y lamento. *"Has alejado de mí a mis conocidos, me has hecho repugnante para ellos: encerrado, no puedo salir, y los ojos se me nublan de pesar"* (Sal 88,9-10).

¿Dónde radica, Jesús, tanto pesar, tanta angustia y aflicción? Es el miedo a que tú nos rechaces. *"¿Por qué Señor, me rechazas y me escondes tu rostro?"* (Sal 88,15). Cuántos traumas puede haber en cada uno de nosotros que nos condicionan. Hay traumas que vienen desde la niñez. *"Desde niño fui desgraciado y enfermo, me doblo bajo el peso de mis terrores"* (Sal 88,16).

Los traumas son como fantasmas que nos envuelven, igual que un bosque en la noche, henchido de silencio, de sombras y celajes. Los traumas están tejidos de inquietudes. Causan desasosiego, zozobra, desolación. Pero pueden vencerse a base de esperanza y voluntad. Sólo así es posible ir superando inquietudes, desesperanzas y sinsabores.

El salmista reacciona: *"Pero yo te pido auxilio, Señor; por la mañana irá a tu encuentro mi súplica"* (Sal 88,14). Jesús, *"llegue hasta ti mi súplica, inclina tu oído a mi clamor"* (Sal 88,3).

DESDE EL SALMO 89

ELEGIR BIEN LA MEDIDA

Jesús, tan preocupados andamos a veces por causar buena imagen, buena impresión, que nos olvidamos de nuestra escueta realidad. Hay que ser realistas. Aparentamos una cosa y somos otra. Efectivamente, somos lo que somos. Y nada más. Una cosa es parecer y otra ser. Cualquier maquillaje es postizo, pasajero y revelador de carencias. Me gustaba aquella canción antigua. Decía: "Con qué te lavas la cara. Me lavo con agua clara".

Digo esto, Jesús, porque veo que hay mucho maquillaje en la vida, en general. Maquillaje en los negocios. Maquillaje en las relaciones sociales. Maquillaje también en nuestra vida como cristianos. Nos gusta que nos tengan por buenos, pero la realidad es la que es.

Jesús, tú no andabas con maquillajes. Tu lenguaje fue siempre llano. Como se dice: "al pan, pan, y al vino, vino". Ibas con la verdad por delante. Utilizabas palabras, comparaciones, ejemplos, parábolas, que todo el mundo entendía. Sabías que mucha de aquella gente que te seguía con entusiasmo y fervor era gente sin mayor cultura. Me figuro que muchos analfabetos. Tu lenguaje se acomodaba perfectamente al entendimiento del pueblo. Así, por ejemplo, hablabas del candil. Es lo que había para alumbrar una estancia. Y preguntabas: *"¿Se trae el candil para ponerlo debajo del celemín o debajo del lecho? ¿No es para ponerlo sobre el candelero?"* (Mc 4,21).

Me imagino la respuesta de la gente. ¡Sí, para ponerlo sobre el candelero…! Y en un diálogo sencillo, pero muy vivo, donde todos podían hablar, preguntar, salir de dudas, la gente quedaba flipada de tu figura y de tu palabra.

La luz no se puede esconder. Más, es que no se debe esconder. Todo llega a saberse. Sin necesidad de acudir a la policía. Sin necesidad de ir haciendo averiguaciones. La luz termina por abrirse paso ella sola según van cayendo las sombras.

De la gente, querías que fueran sinceros. Nada de dobleces. La verdad por delante. Y de este modo, con palabras sencillas, les ibas enseñando las grandes verdades. Hasta concluir: *"La medida que uséis la usarán con vosotros, y con creces"* (Mc 4,24).

Nos gusta que nos traten bien. ¿Tratamos igualmente bien a los demás? El bien y el mal vuelven, como un bumerang, sobre nosotros mismos. Y es curioso, Jesús, siempre recibimos más de lo que damos. Por ejemplo, en el apostolado. Por un poco de bien que tratamos de hacer, recibimos cien veces más, en bondad, agradecimiento, testimonio de vida cristiana. Es el efecto luz. La luz se expande. La verdad también.

Tú querías que tus discípulos vivieran de tal modo que no tuvieran nada que ocultar. Si algo te molestaba en serio, era la hipocresía. La hipocresía, eso de llevar doble vida. Aparentar una cosa, siendo otra.

Callamos las cosas, unas veces por vergüenza, otras para no quedar mal ante los demás. ¿Pero es que acaso podemos escaparnos de nosotros mismos? ¿Podemos huir de nuestra conciencia?

Jesús, ayúdanos a recordar que: *"Con la medida con que midáis, se os medirá a vosotros"* (Mc 4,24). Que la Luz de tu Verdad nos ilumine siempre, para que sepamos elegir bien la medida.

***

Jesús, el universo es como un libro abierto. En él están escritas todas las maravillas que Dios ha creado. Es como un canto, de melodía sublime, que ensalza sus grandes obras. Basta ver lo que nos dice el *Salmo 89*: *"Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades"* (Sal 89,2).

¿Quién como Dios? *"El cielo proclama tus maravillas, Señor, y tu fidelidad en la asamblea de los santos"* (Sal 89,6). La santidad es prerrogativa de Dios. La santidad debe ser también la nuestra. *Sin santidad nadie verá a Dios.* Hasta lo decimos en un canto. El salmo añade. *"¿Quién sobre las nubes se compara a Dios? ¿Quién como el Señor entre los seres divinos?"* (Sal 89,7).

Jesús, el libro del universo está abierto a todas horas, todos los días. Siempre. Es un sublime e inacabado poema, que va surgiendo de la luz inmarcesible del rostro de Dios. El rostro de Dios eres tú.

También contiene la prosa de nuestras pequeñas obras. *"Tuyo es el cielo, tuya es la tierra; tú cimentaste el orbe y cuanto contiene"* (Sal 89,12). *"Justicia y derecho sostienen tu trono, misericordia y fidelidad te preceden. Dichoso el pueblo que sabe aclamarte: caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro"* (Sal 89,15-16).

Por el libro abierto del universo van pasando las horas y los días. Pasan también las calles de nuestra cotidianidad. Son calles engalanadas de gozo. *"Tu nombre es su gozo cada día, tu justicia es su orgullo"* (Sal 89,17).

Muchos capítulos están escritos en ese libro maravilloso del universo. Y los que quedan por escribir. El argumento central es único. Se resume en una sola palabra: Santidad. Tú, Jesús, eres el Hijo de Dios, tres veces santo. David fue ungido para guiar al pueblo. *"Encontré a David, mi siervo, y lo he ungido con óleo sagrado; para que mi mano esté siempre con él y mi brazo lo haga valeroso" (*Sal 89,21-22). *"Su linaje será perpetuo, y su trono como el sol en mi presencia"* (Sal 89,37). El nuevo David, quien nos guía de verdad, eres tú, Jesús.

Con la misma voz con que David invocaba a Dios: *"Tú eres mi Padre, mi Dios, mi Roca salvadora"* (Sal 89,27), y con más fuerza si cabe, también yo gritaré: *"¡Bendito el Señor por siempre! Amén, amén"* (Sal 89,53).

DESDE EL SALMO 90

EL HOMBRE ES FRÁGIL

Jesús, tuviste diversos encuentros con los fariseos. Su problema no era, que también, estar anclados en el pasado, sino el haber hecho de la religión un modus vivendi. Rechazaban abiertamente la Buena Nueva que tú presentabas. Es evidente que la intransigencia nos vuelve cerriles.

En cambio, no aparece ningún enfrentamiento con las mujeres. En ellas había otra sensibilidad. Eran más intuitivas. Algo veían en ti que los fariseos eran incapaces de ver. Les llegaba al corazón tu mensaje de salvación. Es el caso de la samaritana, de María Magdalena de Marta y María. Y tantas otras. San Lucas lo cuenta sí: *"Poco después, Jesús comenzó un recorrido por las ciudades y aldeas cercanas, predicando y anunciando la Buena Noticia acerca del reino de Dios. Llevó consigo a sus doce discípulos, junto con algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y enfermedades. Entre ellas estaban María Magdalena, de quien él había expulsado siete demonios; Juana, la esposa de Cusa, administrador de Herodes; Susana; y muchas otras que contribuían con sus propios recursos al sostén de Jesús y sus discípulos"* (Lc 8, 1-3). Se veían liberadas, valoradas en su dignidad de personas. Y muchas de ellas te siguieron en el mismo grupo que los apóstoles.

Cuando, como en aquella ocasión, curaste a una niña (Mc 5), al llegar a la casa y decir que no estaba muerta, sino dormida, la gente lo tomó a broma. Se burlaron de ti. Tú, impasible. Se trataba de la hija del jefe de la sinagoga. Una niña apenas. No sabemos qué enfermedad tenía. Sólo que la dieron por muerta.

Según ibas hacia la casa del jefe de la sinagoga hiciste otras curaciones. Al padre de la niña, desconsolado como no podía ser de otro modo, le pediste sólo una cosa: te tuviera fe. El buen hombre se fió de tu palabra. Al llegar a la casa, ya habían comenzado la parafernalia del funeral. Plañideras, alboroto, lloros. Mandaste salir a todos. Y entraste a la casa con los padres de la niña y tres de tus apóstoles predilectos, Pedro, Santiago y Juan. *"Talitha Kum", que significa: Contigo hablo, niña, levántate"* (Mc 5,41). ¡Y vaya que si se levantó! Estaba curada. Me figuro la sonrisa que le dirigiste a la niña. Y la alegría de los papás.

Cabe preguntarse: ¿Por qué tanta discriminación contra la mujer, entonces y hoy? Necesitamos revisar los parámetros mentales de una sociedad machista, clasista, acomodada en principios pseudoculturales y religiosos que poco o nada tienen que ver con el plan de Dios.

Cierto es que no todas las mujeres saben salvaguardar su dignidad como personas, y se dejan manipular como objeto de reclamo publicitario

con fuerte carga erótica. Y también es cierto que muchos varones las explotan como fuente de negocio.

Jesús, ¿no habrá llegado la hora de tomar más en serio tus enseñanzas con respecto a la dignidad de las mujeres y también de los varones?

***

Jesús, la vida es breve. A la vista está. Muy atinadamente lo señala el *Salmo 90*: *"Aunque uno viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta, la mayor parte son fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan"* (Sal 90,10). Vuelan. A la experiencia me remito. Sólo parece larga cuando se es niño. Uno desea hacerse grande y pareciera que eso nunca llega. Pero llega. Vaya que si llega. Y cuando llega, parece haberse pasado en un soplo.

Pero mientras tanto, gracias, Jesús, por vida y por cuanto y cuantos la hacen posible. Gracias por mis pies que aún pueden caminar tus caminos sembrados de la luz, que nos llevan a la gloria de la salvación. Gracias, por la flor que mira al sol, adorna y alegra el camino que como peregrino debo recorrer, hasta llegar a ti. Gracias, por quienes siembran de amistad los caminos que un día otros han de andar. *"Nuestros años se acabaron como un suspiro"* (Sal 90,9).

Frágil es el hombre. Inestable, más que una veleta. Pero tú, Jesús, *"sácianos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo"* (Sal 90,14). *"Danos alegría, por los días en que nos afligiste, por los años en que sufrimos desdichas"* (Sal 90,15). Llena tú, Jesús, el vacío que hemos dejado sin llenar. El bien que deberíamos haber hecho, y no lo hemos hecho.

Tú nos estimulas con tu acción. Sólo bienes recibimos de ti. Inmensa es tu acción. Que aprendamos la lección. Ayúdanos, Jesús, a encontrar en ti la fuerza que necesitamos, para que no sucumbamos en nuestra fragilidad. *"Que tus siervos vean tu acción y sus hijos tu gloria"* (Sal 90,16). *"Antes que naciesen los montes o fuera engendrado el orbe de la tierra, desde siempre y por siempre tú eres Dios"* (Sal 90,2).

Inmensa es tu bondad, *"Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos. Sí, haga prósperas las obras de nuestras manos"* (Sal 90,17).

Y, a la par, grande es nuestra fragilidad de hombres, pero nuestras manos aún son aptas para bendecir y darte gracias, Jesús. Así, pues: *"Ayúdanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato"* (Sal 90,12). Más allá de nuestra fragilidad.

DESDE EL SALMO 91

EL ALTÍSIMO ES MI DEFENSA

Jesús, hay una alegría que yo llamaría laica, empleada esta palabra en su sentido negativo. Y hay una alegría que nace desde dentro, desde una conciencia en paz. La alegría laica, exterior, es superficial y pasajera. Vacía. La alegría que nace desde dentro es auténtica, es sana.

Sucede exactamente lo mismo con la paz. La externa, tiene mucho de artificial. La que nace del corazón, es verdadera. Es fácil hacer, y constatar, esta división. En el ser humano hay mucho de artificio. Podemos usar máscaras, disfraces, con suma facilidad. La ley del disimulo parece inherente al ser humano, por lo que tiene de comediante. No obstante, lo que es artificial, los maquillajes, tarde o temprano desaparecen. Más temprano que tarde. Lo auténtico, permanece.

Jesús, cuando comenzaste a anunciar a los apóstoles que ibas a marcharte, que ibas a pasar, tras la pasión muerte y resurrección, al Padre, posiblemente no entendieron lo que les decías. Te veían invencible. La muerte en cruz ni la soñaban. No obstante, te ibas, pero les dejabas tu paz: *"La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo"* (Jn 14,27). "Mi paz". Tu paz. A diferencia de la paz mundana. El mundo da baratijas, quincalla. Lo cual es lógico, porque nadie puede dar lo que no tiene.

La verdadera paz nace donde hay amor. La fuente del amor verdadero está en ti. Por eso pudiste decirles en verdad a los apóstoles que les dabas tu paz. La paz se convierte de este modo, lo mismo que el amor y la unidad, en uno de los principios fundantes del cristianismo.

Cuando fracasamos en algo tan fundamental como es la paz, no tenemos más remedio que reconciliarnos cuanto antes. De no ser así, mal podremos llamarnos cristianos. Tendríamos una careta, de apariencia cristiana, pero careta, al fin y al cabo. Y cuando la paz consiste en un equilibrio de fuerzas, que a su vez consiste en guardar lo que se ha dado en llamar el *orden establecido*, en cuanto el fiel de la balanza se desvía todo se viene abajo.

Ahora bien, y usando la palabra *mundo* en el sentido que tú la usaste en tu despedida, el mundo no es algo ajeno a nadie, sea de la raza, cultura, o creencia que sea. También las religiones, toda religión, están impregnadas de mundo, en lo que éste tiene de negativo. Quieras que no, en toda organización hay poder. Toda religión tiene por fuerza una estructura de poder, y el poder tiene como vecino asociado la violencia.

Es fácil de entender. Habiendo visto, valorado y distinguido entre paz y paz, y si queremos tratar de ser cristianos coherentes, no nos queda más remedio que acudir a quien es de verdad el Príncipe de la Paz, tú, Jesús.

Pero hay más, el cristiano recibe la paz, y está obligado a su vez a transmitirla a los demás. Será la mejor evidencia de que estás en medio de nosotros, Jesús.

***

Jesús, he puesto atención al *Salmo 91*. El salmista exclama*: "Refugio mío, alcázar mío, Dios mío, confío en ti"* (Sal 91,2). El salmista se siente protegido por Dios, y expresa su total confianza en él. También yo quiero hacer mías estas palabras y decirte: Jesús, confío en ti.

Así, cuando la tarde esté tranquila y el sol se tienda cansado en el ocaso, como un toro bravo en la arena, desearía pintar acuarelas llenas de luz que recorran el paisaje de mi vida. Sé que tú, Jesús, me protegerás en todo momento. *"Te cubrirá con sus plumas, bajo sus alas te refugiarás: su verdad es escudo y armadura"* (Sal 91,4). Cierto. Tú eres mi única verdad. La razón de mi existir. Faro de luz en el acantilado de mi vida, surcado de atajos de ensueño. Quisiera ser como la hiedra, eternizada sobre los muros en canción de primavera. *"Con él estaré en la tribulación, lo defenderé, lo glorificaré, lo saciaré de largos días y le haré ver mi salvación"* (Sal 91,15-16). La yedra adosada al muro ve caer la lluvia y no teme, al contrario, se siente fuerte.

Jesús, quisiera que mi casa fuera casa de puertas y ventanas abiertas, engalanadas de geranios y guirnaldas, metáfora de la ternura que se respira en un hogar lleno de vida. Quisiera al mismo tiempo que en la casa de mi ser entrara a raudales la brisa purificadora de tu amor. *"No se acercará la desgracia, ni la plaga llegará hasta tu tienda, porque a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos"* (Sal 91,10-11).

Es también mi deseo, Jesús, que el humo sepa a leña, la que arde en el hogar. Y cuando mi vida esté por fin madura para ti, quiero que tú, Jesús, me sonrías desde el cielo. Entonces, con el silencio escanciado en el relente de la noche, mi tiempo se unirá a tu eternidad. *"No temerás el espanto nocturno, ni la flecha que vuela de día"* (Sal 91,5).

Será ese el momento en tú y yo, Jesús, brindaremos por la Vida, con el vino nuevo del lagar perenne de tu Redención. Porque tú has sido, Jesús, mi amparo y refugio. *"Hiciste del Señor tu refugio, tomaste al Altísimo por defensa"* (Sal 91,9). Jesús, gracias por haberme *llevado siempre en tus palmas (Sal 91,12).*

DESDE EL SALMO 92

LA PUERTA DE ENTRADA

Jesús, hubo gente que no entendió bien tus palabras. Por supuesto, me refiero a los fariseos. Según tu modo de hacerte entender con la máxima facilidad, les pusiste un símil, una parábola. Les hablaste de un aprisco de ovejas. Dijiste que hay que entrar por la puerta. El pastor entra por la puerta. Quien salta por la tapia es un ladrón.

Para que no hubiera dudas a qué te referías, y puesto que los fariseos daban señales de no seguir ni entender el hilo del tema, de no entender, dijiste abiertamente: *"Yo soy la puerta"* (Jn 10,9). Debieron poner cara de sorpresa mayúscula. ¿Que éste es la puerta? ¿De un aprisco o corral de ovejas? ¿Qué nos está diciendo? Debió entrarles la risa. Pues les bajaste los humos, al añadir: *"Todos los que han venido antes que yo son ladrones y bandidos, pero las ovejas no los escucharon"* (Jn 10,8).

Tontos no eran, así que entendieron. ¡Vaya que sí entendieron! A buen seguro que no debieron quedar muy satisfechos con tus palabras, Jesús. Porque, bien a las claras les estabas cuestionando la religión. Y no por la religión en cuanto tal, sino por el giro que ellos le habían dado. Quienes debían ser los guardianes de la pureza e integridad de la religión habían terminado por convertirse en ladrones y bandidos. En lobos. La acusación era fuerte y valiente al mismo tiempo. Y como no era cuestión de lanzar la piedra y esconder la mano, ni se trataba sólo de denunciar el delito, aportaste soluciones. Así lo hiciste. Aceptaran, o no, les diste la solución: *"Yo soy la puerta. Quien entra por mí, se salvará, y podrá entrar y salir, y encontrará pastos"* (Jn 10,9).

Jesús, se me ocurre que con esta alegoría dejabas entrever en el fondo más cosas. Por ejemplo, el tema de la libertad. Nadie está obligado, nadie puede ser cristiano por decreto, o a la fuerza. Cada quién es dueño de su libre albedrío. Entonces les garantizaste que quien te sigue como el verdadero Pastor *"encontrará pastos",* es decir, la salvación. Supongo que en ese momento ya ni te escuchaban. Estaban cerrados a tu plan de Salvación.

Jesús, no hay desperdicio en el Evangelio. Todo está concatenado. Según lo vamos leyendo vemos el hilo interno que une cada hecho y cada palabra tuya. Si aquí nos hablas del rebaño, y de quién es el verdadero Pastor, y nos hablas de que tú eres al mismo tiempo la puerta para entrar en esa comunidad de salvación que es la Iglesia, en otro momento nos dirás también que tú eres *"el camino, la verdad y la vida"* (Jn 14,6). Añadiendo: *"Nadie va al Padre sino por mí"* (ídem).

Aquella conversación, y explicación al mismo tiempo, con los fariseos, la concluiste con una frase que, además de ser la solución, estaba

plena de esperanza: *"El ladrón no entra sino para robar y matar, y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante"* (Jn 10,10). Ofreces la Vida. Lástima, la desaprovecharon.

Jesús, ayúdanos a trabajar con ahínco en la necesaria tarea por conseguir que todos los hombres y mujeres del mundo participemos de tu Vida para tener vida en nosotros.

***

Jesús, muchos salmos expresan alegría, alabanza, acción de gracias. Por ejemplo, el *Salmo 92* reconoce la actitud que se debe tener con Dios: *"Es bueno dar gracias al Señor y tocar para tu nombre, oh Altísimo"* (Sal 92,2).

Nuestra alabanza, nuestra acción de gracias, nuestra oración, debe ser un estallido de gozo. ¿Hay algo más maravilloso que alabar a Dios? Toda la naturaleza alaba a Dios, por el hecho mismo de existir. El ser humano, además de existir, es consciente de que existe. Por eso, bien despiertos nuestros sentidos, reconocemos, Jesús: *"Tus acciones, Señor, son mi alegría, y mi júbilo, las obras de tus manos. ¡Qué magníficas son tus obras, Señor, qué profundos tus designios!"* (Sal 92,5-6).

Me figuro que en tu tiempo no habría "fuegos artificiales" en las grandes fiestas. Eso que los chinos ya conocían la pólvora unos dos mil años antes. Otra cosa es cómo la utilizaban. En la actualidad es inconcebible que se celebren unas fiestas populares sin pólvora, sin fuegos artificiales. Por mi parte, uniéndome al salmo, diría: Que se me rompa la flor de la imaginación y estalle en fuegos artificiales de pétalos y melodías oracionales; que quiero andar por la vida libre, como el pájaro que va saltando de rama en rama, y alegra la floresta con sus trinos y melodías, porque *"Tú, Señor, eres excelso por los siglos"* (Sal 92,9). Que se pueble el cielo de estrellas y se encienda de luz brillante la noche; que el universo sea una plegaria que sube vertical al cielo, tu eterna morada, *"como una palmera, que se alzará como un cedro del Líbano"* (Sal 92,13).

Sí, Jesús, quiero alabarte, y darte gracias porque al ser humano, creado a tu imagen y semejanza, lo has plantado en el jardín del universo, y lo has hecho poco inferior a los ángeles. *"El justo, plantado en la casa del Señor, crecerá en los atrios de nuestro Dios"* (Sal 92,14). Entonces, ¿cómo no sentir felicidad, sabiendo dónde nos has colocado? En tus atrios, junto a ti, Jesús.

Hay que encender, pues, todas las avenidas y rincones del jardín donde florecen las sonrisas de todos los rostros al sentirte tan cercano. Y como se arrojan las monedas de un deseo a las fuentes de la ilusión, yo quiero arrojar la luz de la esperanza al pozo infinito de tu amor. *"Para proclamar que el Señor es justo, mi Roca, en quien no existe la maldad"* (Sal 92,16).

Jesús, quiero que mi vida sea tan agradecida como la del náufrago que alcanza, sano y salvo, la orilla. Porque al llegar, sé que me encontraré con tus brazos amigos que con infinito amor me abrazarán. Tú eres la Puerta del redil donde cabemos todos.

DESDE EL SALMO 93

LAS PARÁBOLAS SON CONVINCENTES

Jesús, en esta ocasión tu charla iba dirigida directamente a tus discípulos. También a ellos les hablabas en parábolas. Es notorio en el Evangelio que te gustaba y amabas la naturaleza. Disfrutabas paseando por el campo, viendo los sembrados, las viñas, los trigales. Te fascinaba la belleza de los lirios. Y te encantaba el colorido múltiple de las flores.

Fijándote en los árboles frutales, como puede ser la higuera, les dijiste a tus discípulos que también ellos debían dar fruto. Por si no lo habían entendido, añadiste: *"Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto"* (Jn 15, 1-2).

Acostumbrados como estaban a escuchar de tus labios hablarles del Padre, testigos como eran de ver que pasabas muchas noches en oración con el Padre, a buen seguro que les cayó bien que compararas al Padre con un viñador. Más, que dijeras que el Padre era el viñador. Y sin duda que se llenarían de satisfacción cuando te oyeron decir: *"Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado"* (Jn 15,3). ¡Cómo disfrutaban con tus palabras y con tu presencia! En ti encontraban seguridad, amistad sincera, alguien con quien poder sincerarse, abrir el corazón.

Pero la charla no tenía como finalidad pasar un rato entretenidos. No se trataba simplemente de una tertulia de amigos. De amigos, sí. Pero se trataba de algo más. Tú ibas más allá. Así que les dijiste: *"Permaneced en mí y yo en vosotros"* (Jn 15,4).

¿Había peligro de que el grupo se disolviera? ¿Llegaron lo mismo ellos? Añadiste: *"Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí"* (Jn 15,4). Muy claro. La permanencia y perseverancia del grupo dependía de que permanecieran unidos a ti. Permanecer unidos, en las buenas y en las malas. El símil era perfecto. Sarmiento que se separa, que se desgaja de la cepa, se seca. No da fruto. Y el cristiano por libre, tampoco da fruto. Termina por secarse.

Dar fruto no significa tener éxito. Dar fruto es permanecer, como el sarmiento, unido a la cepa, unido a ti, Jesús. Cuántos grupos surgen de tiempo en tiempo con la etiqueta de cristianos que nada tienen que ver contigo, Jesús. Pero se evaporan luego como chaparrón de verano.

Tampoco se es cristiano por saberse la Biblia de memoria. La biblia está al alcance de todos. Cualquiera puede tener una biblia y citar pasajes como se pueden citar pasajes de cualquier otro libro, y no pasa nada. Puedo

citar pasajes de cualquier libro, de literatura, filosofía, o de lo que sea, y no por eso soy literato o filósofo.

Es necesario que nos planteemos muy en serio eso de dar fruto. ¿Estamos dando fruto los cristianos? Si no damos fruto no somos cristianos. Y en el caso de que sí, cabe también preguntarse: ¿Qué clase de frutos?

No es ociosa la pregunta. Puede que nuestros frutos no sean tan buenos como deberían. Las uvas agraces, ni son buenas al paladar ni son buenas para hacer vino.

Pero entre los frutos, hay uno importante: construir una sociedad mejor, donde haya armonía, paz, buenas relaciones sociales, ausencia de violencia, respeto a los demás. Y tú, Jesús, en medio de nosotros.

***

Jesús, efectivamente, debemos estar unidos a ti si queremos dar frutos de santidad. Pero estar unidos a ti es estar también unidos al Padre. La palabra Padre la llevo grabada en el fervor de mis días. Por eso, qué bien está la expresión del *Salmo 93* cuando dice: *"El Señor reina, vestido de majestad; el Señor, vestido y ceñido de poder: así está firme el orbe y no vacila"* (Sal 93,1). Vestido de majestad. Qué bien suena.

La Creación entera, no puede acallar su voz agradecida. Toda ella expresa su reconocimiento al Señor. *"Tu trono está firme desde siempre y tú eres eterno"* (Sal 93,2).

Jesús, si de pronto todo el universo puesto en pie se tambaleara y se desplomara, el ruido sería apocalípticamente ensordecedor. Sin embargo, la naturaleza sigue un orden y un ritmo maravilloso. Dios ha ordenado sabiamente todas las cosas. *"Levantan los ríos, Señor, levantan los ríos su voz, levantan los ríos su fragor; pero más que la voz de aguas caudalosas, más potente que el oleaje del mar, más potente en el cielo es el Señor"* (Sal 93,3-4). Pero la potencia de Dios no es estruendo, sino sonoridad de amor.

Por otra parte, la santidad debe ser también el adorno y meta de los hijos de Dios. *"La santidad es el adorno de tu casa, Señor, por días sin término"* (Sal 93,5).

Jesús, a veces nos pasamos la vida entre sueños y sobresaltos. Somos notas discordantes, desafinadas, en la gran sinfonía del universo. Pero basta un suave movimiento de la batuta con que amorosamente nos diriges para volver a entonarnos.

Nada debe distorsionar la santidad de la que está envuelto el universo entero. Ángeles y querubines sobrevuelan los cielos, cantando glorias y loas al Creador. Las estrellas, el sol y la luna, lanzan chorros de luz sobre el techo de este mágico universo, donde tú, Jesús, reinas con el Padre y el Espíritu Santo para siempre.

DESDE EL SALMO 94

LO QUE CUENTA ES HACER EL BIEN

Jesús, lo mismo que sucede con las monedas, en el mundo que nos toca vivir nos encontramos, a mi parecer, con que todo tiene cara y cruz. Eso es. Cara y cruz. Salud, y enfermedad. Vida, y muerte. Placer, y sufrimiento. Y así sucesivamente.

Como por instinto, tratamos de huir de las enfermedades, evitar el mal. Y, no obstante, y aun sin querer, a veces provocamos el mal. Quizá es un momento que nos pilla con el pie cambiado. Cuando nos damos cuenta de que nos hemos pasado ya es tarde, el mal ya está hecho. De modo que el mal lo provocamos nosotros mismos, a veces. Otras, el mal viene sin llamarlo ni esperarlo.

Tú mismo, Jesús, pediste escapar de la muerte que se te venía encima. No era una muerte natural, es cierto, sino violenta. Y a todas luces injusta. En la carta a los Hebreos está escrito: *"Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial"* (Heb. 5,7). ¡A gritos y con lágrimas!

¡Cómo no recordar la noche de Getsemaní! San Lucas certifica: *"En medio de la angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre"* (Lc. 22,44). Y, sin embargo, y a pesar de tu angustia mortal, dijiste al Padre: *"Hágase tu voluntad"* (Mt. 25,39).

¿Quería el Padre tu muerte? ¿No escuchó tus gritos? ¿Puede un padre no compadecerse del sufrimiento de un hijo?

El Evangelio es muy realista cuando describe los hechos. No los oculta. Refleja fidedignamente tu angustia. Y es que, por muy Dios que seas, eres también Hombre. Y la angustia, el terror de morir ajusticiado, te dio pánico.

La muerte sobrecoge. Y más cuando se es consciente de que a uno le arrebatan la vida, injustamente, y en plena juventud. ¡Cómo no ibas a clamar! Pero al mismo tiempo te sometiste a la voluntad del Padre. *"Pero no se haga mi voluntad"* (Lc 22,42).

Es claro que Dios no quiere el sufrimiento de sus hijos. Dios es un Dios bueno. Entonces, ¿cómo hemos de entender lo que dice la carta a los Romanos de que Dios *"entregara a su Hijo a la muerte"?* textualmente dice: *"El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?"* (Rom 8,32).

La respuesta a estas inquietantes preguntas, de si el Padre quiso tu muerte, Jesús, es que no. Dios no quiso tu muerte. ¿Qué es entonces lo que

quiso? Dios te quiso al frente de todos los que sufren por culpa de quienes son causa del sufrimiento ajeno. Tú habías optado por los pobres, por los parias del mundo. Habías denunciado las injusticias, los abusos. Abusos que suelen venir desde quienes ostentan el poder de mando, político, económico, etc. No aguantabas la injusticia de que mientras unos tienen tanto, otros carezcan de todo. A la vista estaba el emporio del templo nacional en Jerusalén, del que no quedó, tal como lo vaticinaste, piedra sobre piedra.

Nadie ha constituido a unos por encima de los demás. La ostentación, la riqueza mal habida, es una grave ofensa a la humanidad. Diste la cara y te la partieron. Te colgaron de la cruz. Entonces, y hoy. A fin de cuentas, nadie estamos ajenos al devenir de los hechos.

No es, pues, que el Padre quiera tu muerte. La quisimos los hombres. Te sometiste a la voluntad del Padre porque sabías que el Padre no tenía la culpa. La culpa es nuestra. Y a pesar de todo el horror que la muerte te producía, la aceptaste. Y la aceptaste para enseñarnos algo que es fundamental: la solidaridad, desde el perdón y el amor. No los sacrificios. Ni de animales, ni humanos. La Carta a los Hebreos dice: *"No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente; esos son los sacrificios que agradan a Dios"* (Heb 13,16).

***

Jesús, si pudiéramos ver a fondo y por dentro la opinión personal de cada quien, seguramente encontraríamos un denominador común: los malos siempre son los otros. ¡Qué casualidad! Y, por deducción, los buenos somos nosotros.

Pues no. En cada persona hay siempre un reducto para la bondad, lo mismo que hay otro reducto para la maldad. El *Salmo 94* reclama: *"Levántate, juzga la tierra, para su merecido a los soberbios"* (Sal 94,2). Si somos sinceros, la misma soberbia que vemos en los demás, la tenemos también nosotros. Y quizá aún mayor. Nos quejamos: *"¿Hasta cuándo, Señor, ¿hasta cuándo triunfarán los culpables?"* (Sal 94,3). ¿A qué llamamos triunfar? ¿Quiénes son los culpables? Sólo triunfa el bien. Y en cuanto a los culpables, mejor será mirarnos primero a nosotros mismos.

Jesús, si pudiéramos entrar en la mente de un niño, veríamos un mundo maravilloso, lleno de fantasías, todas bonitas, de ensueño. El niño sueña, por ejemplo, que el mundo es grande, muy grande, como un palacio encantado, con almenas de oro y muros de chocolate y azúcar. Una varita mágica hace que todas las hadas, todas, sean blancas y azules; y todas revolotean al ritmo de una música suave, donde suenan muchas campanillas. Mundo de fantasía, mundo sin malicia, mundo de la niñez.

Es una pena que la niñez pase tan pronto. El mundo de la inocencia se difumina de golpe. Y comenzamos a llenar la mente de otro tipo de fantasías.

Nada románticas, por cierto. *"Sabe el Señor que los pensamientos del hombre son insustanciales"* (Sal 94,11). Por más que nos creamos grandes sabios, nuestros pensamientos son insustanciales. *"Dichoso el hombre a quien tú educas, al que enseñas tu ley"* (Sal 94,12).

A pesar de todo, Jesús, tú no nos rechazas. *"El Señor no rechaza a su pueblo, ni abandona su heredad"* (Sal 94,14). Muchas preocupaciones nos asaltan. A veces nos devora la prisa. Vamos como locos por la vida. Como si el mundo ya no pudiera funcionar sin nosotros. El mundo de las fantasías infantiles lo hemos sustituido por el mundo de los horrores. Y nos entra el miedo, el estrés, los nervios. Y, ¡ay!, nos olvidamos de ti. Sin ti no podemos nada. Bien lo expresa el salmo: *"Si el Señor no me hubiera auxiliado, ya estaría yo habitando en el silencio"* Sal 94,17).

Definitivamente, Jesús, lo que cuenta es hacer el bien.

DESDE EL SALMO 95

LIMITACIONES DEL LENGUAJE

Jesús, cuánto conforta, y cuánto se aprende leyendo el Evangelio. Resulta que, y valga la comparación, cuando nos miramos a nosotros mismos, nos pasa como a los apóstoles. Se dieron cuenta, nos damos cuenta, de que no sabían orar. Para aprender, acuden a quien podía enseñarles, al Maestro, acuden a ti: *"Señor, enséñanos a orar..."* (Lc 11,1). Y les enseñaste.

Primero, y acomodado a su corto alcance, mediante una fórmula preciosa, el Padrenuestro. Que era mucho más que un simple rezo, o un recitar en la sinagoga pasajes de la *Torá*. Fue la mejor fórmula condensada para luego poder *orar en espíritu y en verdad* (Jn 4,23).

La liturgia, en cuanto oración oficial de la Iglesia, debe realizarse en ti y por ti, Jesús. Todo lo que va vinculado a ti, será aceptado por el Padre. De ahí que dijeras: *"Lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederá"* (Jn 16,23). Toda oración, por muy en privado que se haga, está siempre en sintonía con toda la Iglesia. Así, por ejemplo, la lectura asidua de la *Palabra de Dios* nos ayudará, sin duda, a sintonizar con el Padre.

Resulta magnífica la escena, varias veces traída a nuestra conversación, Jesús, del encuentro que tuviste con la samaritana en el brocal del pozo de Jacob. Tú le pediste agua. Ella trató de desviar la conversación hacia el sentido religioso de la vida. No iba desencaminada: *"Nuestros padres adoraron a Dios en este monte..."* (Jn 4,20). ¿Era una forma de evitar que siguieras ahondando en su vida íntima y personal? Parece obvio. Se dio cuenta de que estabas dando muestras de conocer su vida mejor que ella misma. Optó por la evasión, tratando de evitar la trampa que le estabas tendiendo. Aceptaste la presunta evasión. No tuviste inconveniente en entrar al trapo, como se dice. Y fuiste derecho al grano: *"Llega la hora en que, ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Llega la hora (ya estamos en ella) en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad"* (Jn 4, 21-24). Quería tema religioso, pues al tema religioso fuiste. Y por él, al tema moral, que era su verdadero problema

Dices, Jesús, que hay que *orar siempre* (Lc 18,1). Toda oración va dirigida al Padre, el Dios inefable, cuyo rostro no vemos. Lo expresa muy bien el Éxodo: *"Mi rostro no lo puedes ver, porque nadie puede verlo y quedar con vida". "Podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás"* (Ex 33, 18-23).

Y el apóstol Juan en el Evangelio, dirá: *"A Dios nadie lo ha visto. El Unigénito, que estaba al lado del Padre, lo ha explicado"* (Jn 1,18).

Jesús, las teofanías, o manifestaciones de Dios, son presentadas bíblicamente, a través de símbolos, el mejor modo de expresar lo inefable, lo inenarrable. Con los símbolos se expresa lo que para el ser humano es una intuición, que no una visión, de la divinidad. Un símbolo recurrente es el de *"la nube luminosa*" (Ex 24,16-18). Hoy, que predomina la cultura de la imagen, estamos sometidos a las mediaciones. El más mediatizado de todos los lenguajes es seguramente el religioso. Todo lenguaje, y más el referido a Dios, tiene sus límites. Es profundamente humano. De ahí que, atribuimos a Dios situaciones, estados, pasiones, que son de los humanos. Decimos, por ejemplo: *"Dios padece"; "Dios lo ha querido", "Dios monta en cólera", "Dios va al frente de los ejércitos",* etc. Expresiones que abundan sobre todo en el Antiguo Testamento.

Por eso se necesitan criterios para configurar una imagen sana y auténtica de Dios. Pero está también la imagen que nos aleja de Él. ¿Cuál? Aquella que conlleve connotaciones fundamentalistas, racistas, o clasistas. En cambio, cuando tú, Jesús, hablas de Dios empleas la palabra *Padre*. Un Padre presentado como *misericordioso*, tanto que, además de Padre bien podríamos llamarlo también *Madre*.

Nuestra oración será estupenda si tenemos la idea de Dios como un Padre cercano, lleno de amor, de ternura, compasivo. Un Padre con corazón de Madre. Y siendo la oración al mismo tiempo búsqueda de la voluntad de Dios, habrá que buscarla como busca el amado a la amada, tan lírica y hermosamente expresada esa búsqueda, en el *Cantar de los Cantares.* (1,7; 3,1-4…).

***

Jesús, leyendo el *Salmo 95*, me viene a la mente la grata experiencia que uno experimenta al participar, o contemplar, una procesión religiosa en las aldeas o pueblos pequeños. Recorren los caminos de alrededor de la localidad, en medio de los campos. Una delicia cuando es en primavera. En los campos verdean los trigales, crecen las amapolas. Al borde del camino hay una alfombre de margaritas y otras flores. Una belleza. *"Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la Roca que nos salva; entremos a su presencia dándole gracias, aclamándolo con cantos"* (Sal 95,1-2). Y de cantos se llenan los campos por donde pasa la procesión.

Esa misma realidad es la que recuerda el salmo. La gente va en procesión, en acción de gracias. Todo el mundo aclama con cantos. *"Porque el Señor es un Dios grande, soberano de todos los dioses"* (Sal 95,3). Sí, Jesús, el Señor es un Dios grande, magnífico.

Si esas escenas, de tipo religioso, las hemos presenciado de niños, seguro que quedaron muy grabadas en la mente. La infancia pasa pronto. Los recuerdos permanecen. *"Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro"* (Sal 95,6). Y los cantos procesionales contribuyen, con su algarabía, a aumentar el gozo y la alegría que, de por sí, ya se experimenta en el contacto con la naturaleza. Y todo porque *"el Señor es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía"* (Sal 95,7).

Ni en el mundo de la fantasía, ni en el mundo real, podemos prescindir de Dios. Somos tu pueblo. Él nos va indicando lo que debemos hacer en todo momento. *"Ojalá escuchéis hoy su voz"* (Sal 95,7). *"No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras"* (Sal 95,8-9).

El salmo nos recuerda, para nuestro bien, momentos puntuales, hechos reales. Lo bueno y lo malo, para que aprendamos la lección y no reincidamos en los errores. Así que, Jesús, terminando esta charla, me uno a la invitación del salmista: *"Demos vítores a la Roca que nos salva"* (Sal 95,1). En espíritu y verdad, a pesar de los límites de nuestro lenguaje.

DESDE EL SALMO 96

SER CÁNTICO NUEVO

Jesús, nuestra sociedad está enferma. Gravemente enferma. ¿A que sí? El cáncer de la violencia, despiadada y criminal, incurable hoy por hoy, es el primer diagnóstico. Si rebobinamos nada más que unos pocos años atrás en el tiempo, tenemos: las inauditas masacres del 11 S del 2001, del 11 M del 2004, del 7 J. del 2005 Nueva York, Madrid, Londres... Por este orden. Y todo el horror bestial del terrorismo islámico actual, sin sentido y demencial. Irak, Siria… Estúpidas inmolaciones suicidas que causan tantísimas muertes de gente inocente. ¡Horror…!

Mentes capaces de idear, o de llevar a ejecución, semejantes atrocidades, son mentes satánicas. Por desgracia, conviven con la raza de los civilizados. Cierto es que en el ser humano cohabitan, permanentemente enfrentados, dos instintos: el instinto de muerte y el instinto de vida. Contra el primero, no se ve solución. Hoy, quien quiera hacer el mal por el mal, lo puede hacer impunemente. No hay quien pueda frenarlo.

La naturaleza, siendo como es, genéticamente depredadora, no está programada para actuar con esa irracional brutalidad. El ser humano nació para proclamar la vida, no la muerte. Es verdad que en la naturaleza nos devoramos unos a otros. Por más que sea duro constatarlo, y aunque parezca contradictorio, es ley de vida. Para alimentarnos, nos fagocitamos unos a otros. Es la ley de la supervivencia. Es la ley del equilibrio ecológico. Es la cadena de destrucción irremediablemente necesaria. Cada especie cumple su ciclo vital individual. Y al mismo tiempo colabora en el conjunto vital. Y todo sucede de modo tan natural que ni cuenta nos damos de que todos vivimos a costa de otros. Habrá quien diga: yo tengo tanto amor a los animales que jamás como carne. Soy vegetariano. Muy bien. Pero nadie podrá negar que también las plantas son seres vivos.

Y bien, más allá de esta elemental lógica ecológica que se advierte en la naturaleza, se constata, por desgracia, que nuestra sociedad está gravemente enferma. Y una de dos, o la curamos o se nos muere. Es urgente que, comenzando por los dirigentes de las naciones y siguiendo por los demás ciudadanos, haya una concienciación para empezar una labor pedagógica y urgente a favor de la vida. Urge también que, en las universidades, colegios mayores, y hasta en simples colegios o escuelas, los docentes hagan esta labor pedagógica para concienciar a los alumnos en pro de la vida. La misma labor incumbe a los padres de familia en cada hogar, ya que la primera escuela de valores es la familia.

Hoy, más que nunca, querido Jesús, urge acudir a Dios. Sólo él es el dueño de la vida. Y urge acudir al Evangelio, que tú proclamaste. Pasaste

por el mundo *"haciendo el bien y curando toda enfermedad"*; pues bien, hoy más que nunca necesitamos que nos eches una mano, para salir de esta situación absurda en que la humanidad está metida por culpa de la violencia. ¿De qué nos sirve una sociedad sin humanidad? ¿De qué nos sirve una sociedad sin corazón? ¿Qué nos está pasando con una sociedad que crea tales monstruos?

***

Jesús, te necesitamos con toda urgencia. Por eso, porque necesitamos una sociedad con corazón. De otro modo, ¿cómo podríamos decir con el *Salmo 96* que cantamos al Señor? ¿Qué le podemos cantar? *"Cantad al Señor un cántico nuevo"* (Sal 96,1). Pues tendremos que renovar el corazón.

Una cosa es nueva cuando se estrena. El mejor canto para Dios es el que nace del corazón. Nuestro corazón, Jesús, debe concitar tu atención. Para eso, necesitamos estar cada día de estreno. Un corazón rutinario no sirve. Un amor rutinario tampoco. El amor debe ser nuevo cada día.

Jesús, eres la luz que, aunque a veces oculta en los repliegues del alma, ilumina todo nuestro ser. Eres el candor que, oculto como el aroma en los repliegues de una azucena, llena el ambiente de fragancia. Eres el canto de la primavera que, cimbreándose en los trigales, es un poema de vida. Eres, en definitiva, nuestro milagro de existir. Por tanto, es justo que con el salmo exclamemos: *"Cantad al Señor, bendecid su nombre, proclamad día tras día su victoria"* (Sal 96,2). *"El Señor ha hecho el cielo; honor y majestad lo preceden"* (Sal 96,5-6).

Déjame, Jesús, ser como el niño que estrena cada día la sorpresa gozosa de vivir. Deja que, desde mi barro quebradizo, pueda florecer de luz nueva en tu presencia. *"Alégrese el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena; vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque, delante del Señor"* (Sal 96,11-12).

Si la tierra se goza en tu presencia, con mayor motivo, el ser humano, nosotros, hemos de gozarnos en tu presencia. *"Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor; aclamad la gloria del Señor"* (Sal 96,7-8). Porque tú, Jesús, eres la Vida. Camino, Verdad y Vida. Siempre estás con nosotros.

Haz que seamos un cántico nuevo para Dios capaz de sanar nuestra sociedad.

DESDE EL SALMO 97

TENSIÓN Y AMBIGÜEDAD

Jesús, sabemos que el cristiano experimenta y vive constantemente entre la tensión y la dialéctica de las tentaciones. La razón es que el ser humano tiene que moverse muchas veces en la ambigüedad, la misma que la vida le presenta. Me explico. Tú, Jesús, pasaste por el trance de las tentaciones en el desierto. Pues bien, en el desierto los caminos están difuminados. Es fácil perderse. Es lo que podríamos traducir como ambigüedad. Si esto lo aplicamos a la vida habrá que decir que la vida está llena de ambigüedades.

Quizá sea ésta, la ambigüedad, la mayor tentación que se le plantea al hombre, varón y mujer, de hoy. Y más concretamente al cristiano. En parte, porque se mueve siempre en el camino de la fe. Y la fe nunca es evidente. Como tampoco Dios es evidente. Los caminos de la fe, como los del desierto, muchas veces se diluyen. Y hay que ir a tientas. Lo cual crea tensiones unas veces, desalientos otras. Pero hay que afrontar las tentaciones. Tú, Jesús, las afrontaste. Y venciste. En ti tenemos el ejemplo a seguir.

Cuando nos enseñaste la preciosa oración del *Padre nuestro*, no dijiste que *no tengamos tentaciones*, sino que *no caigamos* en ellas. Las tentaciones siempre estarán junto a nosotros. Y hay que andar con ojo avizor. Tampoco podemos evadirnos de ellas. Al respecto, el mismo desierto, puede convertirse en la evasión de uno mismo. Porque es más fácil dejarse llevar de las tentaciones que luchar contra ellas. Tú, Jesús, fuiste al desierto a enfrentarte con tu propia realidad. Y salir triunfador.

Una de las tentaciones cotidianas es la del *consumismo*, tan insidiosa. Es dejar que las cosas nos dominen, olvidándonos de la primacía del reino de Dios. Por eso, Jesús, nos dijiste, dirigiéndote al diablo: *"No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"* (Mt 4,4). Hasta la misma religión puede ser una tentación, cuando se la convierte en algo mercantil, mágico o supersticioso. O en fuente de dominio sobre los demás. Todo eso no deja de ser una pretendida manipulación de Dios.

Otra enorme tentación son *los ídolos*, de los que muchas veces hacemos sucedáneos de Dios, como pueden ser, de un lado, la increencia; de otro, el agnosticismo. Y no digamos. la política: ídolo con muchos adoradores. Están también las tentaciones de *la ciencia*, de *los falsos profetas*, del *hombre por el hombre*, infatuado de sí mismo, donde no hay cabida para Dios. La referencia indicativa puede ser el grito: *"Dios ha muerto, paso libre al superhombre*" que pregona Zaratustra, de Federico Nietzsche. ¡Qué bien respondiste al diablo, aplastando su orgullo!: *"Al Señor tu Dios adorarás"* (Mt 4,10).

Jesús, en el desierto no sólo tomaste conciencia de ti mismo, sino que nos dejaste muy claro que sólo Dios debe ocupar el primer plano en nuestra vida, y en la de los demás. Junto a nuestras falsificaciones de Dios nos presentaste a Dios como el Padre cercano y amigo, al que hay que adorar *"en espíritu y verdad"*. Evidentemente, Dios no es el Dios manipulable que termina desapareciendo paulatinamente del horizonte de nuestra vida. Es el Dios que envía a su Hijo, a ti, al mundo para salvar al mundo. Tuviste la conciencia clara de tu mesianismo. Siempre la habías tenido. Pero querías que también nosotros la tuviéramos de ti.

A diferencia de los ídolos, Dios no es un Dios tirano, sino el Dios de la revelación, el *Abbá*, el Padre. El Dios de la dignidad y de la grandeza del hombre que, habiéndonos creado a su imagen y semejanza, quiere que no seamos esclavos de las cosas. Las tentaciones, por otra parte, son también una lección elocuente de las distintas y múltiples esclavitudes que a diario nos acechan. Entre las cuales, quedar atrapado entre la tensión y la ambigüedad. Hay que vencer.

***

Jesús, hay acontecimientos que son motivo de gozo y alegría. Y digo esto desde la lectura del *Salmo 97*. Viene muy bien a propósito de lo que estamos comentando. Tú venciste las tentaciones. No te quedaste en la ambigüedad. ¿Te parece poco motivo de gozo y alegría? Gozo y alegría es, por supuesto, que Dios reina sobre nosotros. *"El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables"* (Sal 97,1).

Mira, solemos acostumbrarnos a un determinado acervo de palabras. En realidad, son pocas las palabras que usamos con más frecuencia. Cuando nuestro vocabulario personal es deficiente, echamos mano del diccionario. Qué remedio. Buscamos progresar en todo sentido.

Hay palabras a las que nunca deberíamos acostumbrarnos. Por ejemplo, la palabra amor, la palabra Dios. Porque la costumbre hace la rutina. Y la rutina es pérdida de sensibilidad. Con el mismo cariño y novedad con que el niño, que acaba de aprender a decir sus primeras palabras, dice: *¡papá!, ¡mamá!;* así deberíamos decir: *amor, Dios*. Como si fuera la primera vez que las pronunciásemos. Las palabras *amor* y *Dios*, son palabras de estreno. Siempre de estreno. El estreno es novedad. La rutina trivializa.

Cuando dos personas están enamoradas se miran con ternura a los ojos, sin decirse nada. Su silencio es el mejor lenguaje del amor. Así, Jesús, debemos mirarte a ti, porque así es como tú nos miras a nosotros, en el silencio del más profundo amor. *"Los montes se derriten como cera ante el Señor, ante el Señor de toda la tierra"* (Sal 97,5). El gozo que se experimenta en una mirada tierna de amor desemboca muchas veces en lágrimas de

alegría y gratitud. Que también de alegría se llora. Es la mejor demostración de que aún nos queda amor en el corazón.

Si al mirarte fijamente a los ojos, sin más palabras que la mirada, y las lágrimas afloran a nuestro rostro, es porque aún nos queda amor en el alma, Jesús. A una mirada de amor sincero, sigue una caricia tierna, un beso agradecido que sabe a vida. *"Amanece la luz para el justo, y la alegría para los rectos de corazón"* (Sal 97,11).

En silencio, sin decir nada con la boca, pero posesionado de tu amor, sí diré con el corazón al mundo entero: *"Celebrad su nombre"* (Sal 97,12). Y, ¡venced la tentación de quedarse en la ambigüedad!

DESDE EL SALMO 98

TRES TIENDAS VACÍAS

Jesús, cuánta gente se pregunta, ¿cómo llegar a Dios? Hay muchos caminos, sin duda, para llegar a Dios. Pero, antes de nada, creo que habría que cambiar la frase y decir, ¿cómo llega Dios al hombre? Porque por más que el hombre se esfuerce por llegar a Dios, no lo consigue. Basta ver la historia de todas las religiones. Todas se han esforzado por llegar a él, y no lo han conseguido. En cambio, Dios es el que viene al hombre, y ¡vaya que sí nos encuentra!

Pero situándonos en la pregunta, ¿cómo llegar a Dios? Creo que el primer camino es uno mismo. Nuestras carencias nos impulsan a la búsqueda de aquello que necesitamos y no logramos alcanzar. Nuestra mente trabaja, ve, atisba, intuye. Nos vemos metafísicamente necesitados, no de algo, sino de Alguien que llene nuestros inmensos vacíos. Y que los llene a plenitud. Sólo Dios puede llenar, colmar a plenitud nuestro ser que ha sido creado con sed de lo infinito, sed de eternidad.

Nuestra realización plena está en Dios. Porque, Jesús, tenemos consciencia de *"tener el sentido de nuestra propia vida".* Es entonces cuando nos hacemos las tres preguntas básicas de nuestra existencia humana: ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Qué sentido tiene mi presencia en este mundo? Y la respuesta que sale en ayuda de nuestras peguntas, eres tú, Jesús. Nos dices: *"Soy el Camino, la Verdad y la Vida"* (Jn 14,6).

En consecuencia, tú eres quien nos da la pista para solucionar nuestra ansia y sed de eternidad. Y de poder llenar nuestra carencia existencial. Si no, estaríamos en crisis permanente si no damos con la solución.

Pero no podemos vivir estancados en la crisis. El Evangelio nos deja entrever que también los Apóstoles estaban en una profunda crisis. Su fe era vacilante. Dudaban. ¿Y qué hiciste, Jesús? Llevarlos al Tabor para reavivar su fe. Llevarlos a la montaña, símbolo de lo sagrado, de las teofanías de Dios. Dios se manifiesta en la montaña; como en el Horeb a Abraham, o en el Sinaí a Moisés. Y en el Tabor, además de orar, te trasfiguraste a la vista de Pedro, Santiago y Juan. (Lc 9:28-36; Mt 17,1-9; Mc 9,2-10). Tu rostro dejó que se transparentara la presencia de Dios. Y escucharon la voz de Dios: *"Este es mi hijo amado, escuchadlo"* (Lc 9,35).

De repente, como si hubieran entrado en éxtasis, los apóstoles sienten tal paz y bienestar, que Pedro exclama: *"¡Qué bien se está aquí! ¡Hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías!"* (Lc 9,33). Esa felicidad era tan sólo intuición. Había algo, o Alguien, más allá de ellos mismos, que los colmaba de una felicidad que los transportaba a otra

dimensión. No vieron a Dios, pero lo intuyeron. Fue una experiencia intuitiva, pero suficiente para que su crisis desapareciera. ¡Hay un más allá pleno de felicidad!

El recurso a las hipotéticas tiendas fue la puerta de emergencia para dar salida a un sentimiento de gozo que los desbordaba, tanto a Pedro como a Santiago y Juan. Bajarían a la cotidianidad. Debían seguir enfrentando los avatares del día a día, pero sabiendo ahora dónde está la meta que sí saciará todas sus ansias de eternidad. Las suyas y las nuestras.

De otro lado, la experiencia que han compartido les ayuda a aceptar lo que se resisten a creer: que tu triunfo, Jesús, pasa por el sufrimiento y por la cruz; y que la cruz no nos es ajena: *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame"* (Lc 9,23). Es decir, no se puede vivir de espaldas a la realidad personal o del mundo en que vivimos. Y, además, que este mundo ni es la meta final, ni lugar de acampada permanente.

***

Jesús, puedo figurarme el mar, ancho y dilatado. Sobre el mar un barco. Y el barco arribando a la bocana de un gran río navegable. En la cubierta del barco mucha gente, toda engalanada. Van a una fiesta. Hay danzas y canciones festivas. Así funciona mi imaginación al abrir el salterio y toparme con el *Salmo 98*: *"Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas"* (Sal 98,1). Es un barco fletado para que todos puedan unirse a la fiesta de aclamación a Dios: *"Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad"* (Sal 98,4).

El barco ha fondeado en la ensenada del río. De pronto, la cubierta ha quedado convertida en un jardín lleno de azucenas y flores. Huele a azahar y jazmín. Reluce su oro el sol. *"Tañed la cítara para el Señor con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor"* (Sal 98,5-6).

El paisaje es magnífico. Me he puesto a pintar un mapa grande, a colores, por donde corra libre la vida. El mar, de azul; no tiene límites. *"Retumbe el mar y cuanto contiene, la tierra y cuantos la habitan"* (Sal 98,7). De blanco y azul marino he revestido las bodegas. De las jarcias he colgado relojes de sol y de arena. Y en el blanco impoluto de las velas he colgado un pergamino para que estampen en él su firma de visita las gaviotas y los peces.

Jesús, ¿es mi imaginación? Pues sí. Con ella pretendo simplemente expresar mi deseo de que toda la Creación te glorifique. Y reconozca al Dios victorioso. *"Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia"* (Sal 98,1-2).

Tu victoria desde la cruz es el triunfo del bien sobre el mal. Por eso, toda la Creación debe aclamar: *"Aplaudan los ríos, aclamen los montes al Señor, que llega para regir la tierra" (*Sal 98,8-9).

Mi metafórico barco se ha unido a la fiesta. Quisiera, Jesús, que en él cupiera toda la humanidad y a voz en grito clamara: *"Con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor"* (Sal 98,6). Con el batir de mis palmas también yo quiero proclamar: *"El Señor regirá el orbe con justicia y los pueblos con rectitud"* (Sal 98,9).

Ya ves, Jesús, las tres tiendas de Pedro seguirán vacías. Nuestra morada está más allá. Mientras tanto, que no cesen las canciones: *"Cantad al Señor, porque ha hecho maravillas"* (Sal 98,1).

DESDE EL SALMO 99

TRIGO Y CIZAÑA

Jesús, dicen que nuestra sociedad está enferma. Ahora bien, si hay enfermedad es porque también existe la salud. Es de perogrullo. Lo sé. Pero es que, salud y enfermedad van juntas. En distintas proporciones, pero juntas. Según de qué lado se incline el fiel de la balanza, tendremos una u otra.

Dicho esto, quiero fijarme en una de las parábolas del Evangelio: *"El Reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo..."* (Mt 13, 24-30). Así comenzaste a narrar la parábola del trigo y la cizaña. ¡Buen diagnóstico de nuestra sociedad! O sea, enfermedad y salud, pero en sentido moral.

El labrador había sembrado trigo, sobre tierra bien preparada. De pronto notó que, junto a los tallitos del trigo que al nacer iban formando una preciosa alfombra verde que el viento ondulaba, crecían también otros tallos que no eran de trigo precisamente, sino de hierbas que robaban tierra y alimento al trigo. Cundió la preocupación. Había que poner remedio. ¿Qué hacer? ¿Arrancar las malas hierbas? Corría peligro de ser arrancado el mismo trigo. ¿Dejar que crecieran juntos el trigo y la mala hierba? Mala compañía suponía la mala hierba para el trigo. Habría menos cosecha de trigo de la esperada. Pero era la solución menos mala. Y el trigo y la cizaña crecieron juntos. Es el crudo reflejo de lo que pasa en nuestro mundo.

Jesús, se me ocurre aplicar una moraleja apócrifa a la parábola del trigo y la cizaña. Y es que, el labrador, además de sembrador, sería también el terreno sembrado, la tierra que espera dar una cosecha abundante. De pronto este labrador, viéndose a sí mismo como tierra de gran porvenir, de cosechas copiosas, se recrea mirándose a sí mismo, y se dice: ¡Hay qué ver...! ¡Qué buena tierra soy! ¡Qué espléndidas cosechas producto! ¡Soy el número uno en todo! Y entonces, sin apenas darse cuenta, prácticamente, de repente se llena de soberbia, de vanidad, y de ambición. Y donde había semilla limpia y buena de trigo, comienza a mezclar otras semillas de, digamos, negocios turbios, asuntos nada claros.

Pero, a diferencia del sembrador de la parábola, (entendemos que es el mismo Dios), a este otro sembrador no sólo no le importa que haya cizaña entre el trigo, es que quiere que haya toda clase de malezas. Contra más, mejor. Lo cual es una inmoralidad. ¿Y qué le interesa a este sembrador que puedo ser yo mismo o el vecino? Fundamentalmente, acumular, tener. Cuanto más se tiene, mejor. La sociedad actual está diseñada para tener. La personalidad de mucha gente hoy se va configurando desde el tener. Todo gira en torno al tener. Sólo que, cuanto más se tiene menos se es. Esto es

susceptible de aplicarse a infinidad de campos y situaciones. Lo mismo a la economía, a la cultura, que a la religión. La cuestión es tener. Una pena.

¿Tener qué? ¿Tener dinero, tener riqueza...? Vale. Pero el dinero no lo es todo, aunque abre muchas puertas. Eso, sí. ¿Tener conocimientos? Es importante. Pero es más importante poseer una cultura. La cultura echa y tiene raíces. Los simples conocimientos, a la larga, tienen menos consistencia. ¿Tener fe? La fe es necesaria. Pero no como posesión, sino como crecimiento. Creerse en posesión de la fe resulta, cuando menos, sospechoso, y sin duda peligroso. Quien se instala en una fe acomodaticia difícilmente puede crecer en la fe auténtica.

Jesús, sé que la posesión lleva a la manipulación y a la deformación. Desde el momento en que la fe se convierte en la seguridad en uno mismo, se deja de buscar el camino luminoso del evangelio, que es siempre nuevo, sorprendente y fascinante. Pero hay que recorrerlo. No basta ser grano de trigo. Por supuesto que en el grano de trigo ya está contenida virtualmente la futura espiga, la harina, el pan. Hace falta, sin embargo, que el trigo se desarrolle, crezca en el día a día de la tierra. Entonces sí, entonces es cuando la fe consiste en orientar toda la persona hacia Dios. Porque la fe es búsqueda, es crecimiento.

En definitiva, Jesús, no podemos perder de vista que el Sembrador, con mayúscula, es Dios. No nosotros. No se puede suplantar a Dios.

***

Dicho esto, Jesús, tomo el *Salmo 99*, dice: *"Ensalzad al Señor, Dios nuestro, postraos ante el estrado de sus pies: ¡Él es santo!"* (Sal 99,5). La santidad de Dios, su prerrogativa principal, lo llena todo. Dios es santo. ¿Y nosotros? Dios nos dio el don sublime de la libertad, y no supimos emplearla. La libertad fue como un juguete, que muy pronto se rompió en nuestras manos. Y nos alejamos de Dios.

El mundo, comenzando por el paraíso terrenal, se convirtió en un zoológico lleno de serpientes. Serpientes por todas partes. Alegóricas serpientes, cuyo significado real es el pecado. Un mundo empecatado. Por desgracia, esa sí ha sido siembra nuestra. Y, naturalmente, en nuestro entorno comenzaron a crecer las malas yerbas del odio, la violencia, la lujuria, la soberbia y todos los pecados habidos y por haber. Le hemos fallado, a Dios. Pero, *"El Señor reina, tiemblen las naciones; sentado sobre querubines, vacile la tierra. El Señor es grande en Sión".* (Sal 99,1-2).

Sí, Jesús, el Señor es grande. Y así, el firmamento resplandeció de estrellas. Belleza y vida. Pero, de pronto, la tierra se oscureció. Los hombres la hemos oscurecido. La puerta del paraíso se cerró una vez desalojado del mismo el hombre. Y éste, vagó a la deriva. *"Reconozcan tu nombre, grande y terrible: ¡Él es santo!"* (Sal 99,3). Tú eres santo. El único santo. Por eso,

"Tú has establecido la rectitud, tú administras en Jacob la justicia y el derecho" (Sal 99,4).

A pesar de su pecado, el hombre supo reconocer su culpa, e implorar el perdón. Y así, también hay hombres santos que han intercedido por los demás. *"Moisés y Aarón con sus sacerdotes, Samuel con los que invocan su nombre, invocaban al Señor y él respondía. Dios hablaba desde la columna de nube"* (Sal 99,6-7). Moisés y Aarón son dos modelos de intercesión.

Aquella columna de nube, nube que ilumina, y que aparece en el Éxodo, es símbolo de la luz increada de Dios. Esa columna que iluminó al pueblo en el desierto nos invita a estar despiertos. *"Oyeron sus mandatos y la ley que les dio"* (Sal 99,7). Cumplir los mandatos. Que se resumen, como muy bien nos lo has explicado en el Evangelio, Jesús, en uno: Amar.

Tu ley, Jesús, es ley de amor y de perdón. *"Señor, Dios nuestro, tú les respondías, tú eras para ellos un Dios de perdón"* (Sal 99,8). Y aunque el pecado merece el castigo correspondiente, y Dios nos sacó del paraíso, *"un Dios que castiga sus maldades"* (Sal 99,8), ese castigo es corrección que salva. Por eso, gritemos todos a una con el salmista: *"Ensalzad al Señor Dios nuestro, postraos ante su monte santo: ¡Santo es el Señor, nuestro Dios!"* (Sal 99,9). En definitiva, aunque el trigo y la cizaña crecen juntos, al final quedará el trigo. Un trigo candeal, ampo de Eucaristía, porque el verdadero sembrador es el Padre, Dios.

DESDE EL SALMO 100

EL VERDADERO TESORO

Jesús, has venido al mundo para salvarnos. Abiertamente, nos has hablado del Reino de Dios. Esa es nuestra meta. Y para que nos quede claro y lo entendamos bien, nos has hablado en parábolas. Elocuente lenguaje, perfectamente entendible. Las parábolas son sugerentes. Estimulan nuestra imaginación y nos meten de lleno en el tema que desarrollas. Eres el mejor pedagogo de la Historia.

Una de esas preciosas parábolas, entre otras varias, la recoge san Mateo. Me refiero a la Parábola del Tesoro escondido. (Mt 13,44). El descubrimiento del tesoro provoca, en quien los encuentra, dos actitudes: Alegría por encontrarlo, y prudente silencio. Esto se entiende fácilmente. Es como cuando a alguien le toca la lotería *"primitiva"*. La alegría inmensa, para el agraciado ganador. Y más si esta persona está en el paro, y lleno de deudas hasta la coronilla. Ve de pronto solucionados un montón de problemas. La vida resuelta. Pero, prudentemente, se calla, no lo divulga. De otro modo, en primer lugar, la prensa lo atosigaría a entrevistas. Y hasta pudiera tener problemas con los amigos de lo ajeno.

El Reino anunciado por ti, Jesús, más allá de la parábola ilustrativa, es una preciosa realidad. No hay tesoro más precioso que el Reino de los cielos. Es un tesoro escondido, sí. Pero fácil de encontrar. Es como si nos hubieras convertido en zahoríes y dotado del instrumental adecuado para buscar y poder encontrar el tesoro. En este caso, más que la inteligencia, es nuestro corazón inquieto el instrumento de búsqueda. Nuestro corazón está insatisfecho. Así nos ha hecho Dios: insatisfechos. Con lo que no nos queda más remedio que ponernos a buscar aquello que puede llenar nuestro vacío interior.

En esa necesidad imperiosa de búsqueda, buscadores como somos, has querido que encontremos el Tesoro escondido. Y una vez hallado, nos dices que debemos renunciar a todo, con tal de poder quedarnos con el mismo.

Está claro, Jesús, que el Tesoro eres tú. Por ti debemos estar dispuestos a pagar cualquier precio. Ese precio nos va hacer cambiar nuestras rutinas de vida. Es hora de espabilarnos. Esto nos lleva a una pregunta necesaria. ¿En qué gastamos nuestra vida diaria? ¿En qué empleamos nuestro tiempo? ¿Cuánto tiempo dedicamos a la oración, a la formación, a la cultura, a hacer el bien a los demás? Y en la medida en que podamos respondernos positivamente, encontraremos una alegría mucho mayor que ninguna otra cosa. Si un comerciante, valga el ejemplo, ha realizado un buen negocio, se siente feliz. Pues el Reino de Dios es un tesoro por el que bien vale la pena renunciar a todos los bienes de este mundo.

Me pregunto, Jesús, si los cristianos hemos captado la importancia de esta parábola. Y, si tenemos conciencia de ese tesoro encontrado, ¿por qué permanecemos muchas veces abrumados, tristes o desanimados? ¿Por qué hay tantos hombres y mujeres que viven como si no hubieran encontrado el Tesoro del Reino de los cielos? ¿Por qué, los que nos llamamos cristianos, no lo somos tanto? ¿Por qué no hacemos más para que desaparezca del mundo la violencia, que nace no sólo del empleo de las armas, sino también del mal uso de las riquezas materiales, del sarcasmo de los poderosos y de la indolencia de los débiles?

Jesús, tú, y sólo tú, eres nuestro verdadero Tesoro. Aunque a veces te tenemos demasiado escondido.

***

Jesús, desde tu ancho cielo, el mejor palco de honor, nos miras con ternura y amor. Nos ves marchar en procesión. Con el *Salmo 100* nos oyes gritar: *"Aclama al Señor, tierra entera, servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores"* (Sal 100,1-2).

Nuestro Dios es uno solo. No hay otro. Por más que muchas veces nos inclinemos a los ídolos de la conveniencia, de la comodidad, del materialismo. *"Sabed que el Señor es Dios, que él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño"* (Sal 100,3).

Jesús, tú nos miras desde el cielo que nos tienes prometido. Por eso, cuando me mires, mírame con esos ojos de Padre, donde cabe el universo; y con mayor motivo cabe el pequeño universo de cada uno de los humanos. Mírame así, con esos ojos tan grandes, de Padre, que abarcan el universo entero, las infinitas galaxias, y que me miran con tanta comprensión y cariño.

Tus ojos, Jesús, son como puertas para entrar a tu eterna morada. Que no nos falte nunca el agradecimiento, una sonrisa agradecida. *"Entrad por sus puertas con acción de gracias"* (Sal 100,4).

Cuando me mires, mírame así, como siempre, con esos ojos de comprensión. Veré el cielo en plenitud, veré luceros y el sol, veré ángeles y serafines, tronos y querubines. Sí, yo los veré. Los veré saltar de alegría por toda la eternidad. Los veré jugar con cuantos habitan la bola del mundo y llenarla de la luz celestial, mientras tus ojos de Padre lo miran todo con complacencia. Cuando me mires, mírame así. Veré el tiempo y la eternidad. Te veré a ti, Dios mío, por toda la eternidad.

"Entrad por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre: el Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades" (Sal 100,4-5). Procesión de eternidad. *"El Señor es Dios"* (Sal 100,3). Sí, Jesús, porque al encontrarte a ti hemos encontrado el verdadero Tesoro.

DESDE EL SALMO 101

UNA BARCA EN LA PLAYA

Jesús, sabes que la mente de un niño está llena de fantasías. Esto le hace viajar por mundos fantasiosos, y llegar mucho más lejos de lo que llegamos los adultos. De hecho, tú nos has dicho que hay que *ser como niños para poder entrar en el Reino de los cielos* (Mt 18,3). Pero aludo a este pasaje del Evangelio en otro sentido, el siguiente: quién pudiera seguir siendo niño para continuar viviendo en ese mundo de fantasías, donde todo es limpio, donde la maldad no existe, donde todo es luz.

Ya sé que es imposible. Por eso, esto también es fantasía. La niñez biológica dura poco. Luego, toca enfrentarse con el mundo real, a veces en circunstancias muy duras. Qué pronto dejamos de ser niños. Y más pronto aún nos olvidamos de que hemos sido niños, constructores de mundos fantásticos donde todo era hermoso.

Jesús, digo esto porque de vez en cuando me vienen a la mente recuerdos de aquella infancia ida. Hasta los siete años no conocí el mar. Cuando pude verlo por vez primera me quedé fascinado. Desde entonces nunca me canso de ver el mar, inmenso, inabarcable, la majestuosidad de sus olas, los barcos navegando. Un día, siendo ya misionero, en aquella playa del Pacífico vi varada una barca. Mi mente voló entonces a otro mar, en realidad un lago: Genesareth. El lago cuyas riberas tantas veces recorriste. Me imaginé la escena.

Lo primero que vi, era un lago lleno de luz. Luz natural, sí; pero otra luz lo embargaba. *"El Pueblo que vivía en tinieblas vio una luz grande"* (Is 9,2). La profecía de Isaías encajaba perfectamente. La luz surgió en el lago. Tú eras la luz, el amanecer del *Pueblo*. La Luz estaba en el lago. Luz que anunciaba la llegada del Reino.

Y, de pronto, aquella barca varada comenzó a llenarse de pescadores. Pero, más que peces, pescaban hombres de todas las razas y culturas. Subido en la barca, tú, Jesús, anunciabas a todos los hombres la Buena Nueva.

Era el comienzo de tu actividad, en una región pobre y oprimida, lejos de los centros económicos, políticos y religioso de su tierra. Tu programa evangelizador nada tenía que ver con eslóganes políticos, o económicos. Tu apertura del Evangelio fue muy diferente: *"Convertíos, porque está el Reino de Dios"* (Mt 3,2). Y para llevar a cabo tu programa salvífico, elegiste unos colaboradores que nada tenían que ver con el mundo de las finanzas o de la intelectualidad. Simples pescadores. Gente sencilla, ruda, sin estudios, hombres trabajadores que sabían lo que es luchar por la vida. Sin más medios que una barca. Oyeron tu llamada y te siguieron. *"Venid, seguidme y os haré pescadores de hombres"* (Mc 1,17).

El Reino de Dios, si es correcto decirlo así, comenzó en una barca. "*Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron"* (Mc 1,18). Esa barca era la del Reino de Dios.

Qué mundo más maravilloso, si pudiéramos verlo con ojos de niño, donde cada fantasía es real. Con razón nos dijiste que tenemos que hacernos niños.

***

Jesús, al crearnos Dios *nos insufló aliento de vida*. Es decir, santidad. Dios nos creó santos. Así que con el *Salmo 101* diré: *"Voy a cantar la bondad y la justicia, para ti es mi música, Señor"* (Sal 101,1).

Los hombres de todos los tiempos hemos buscado a Dios. Hemos oteado el cielo y la tierra. Hemos oteado las estrellas, las fugaces y las fijas, en el cielo. Hemos recorrido infinitos caminos de búsqueda, en la tierra. Y esto no era fantasía. Pero nos hemos olvidado de buscar más cerca, en nosotros mismos. Ahí es donde tú habitas, Jesús, dentro de nosotros mismos. Sólo se necesita una cosa: vivir con rectitud. *"Andaré con rectitud de corazón dentro de mi casa"* (Sal 101,2). Y, en consecuencia: *"No pondré mis ojos en intenciones viles"* (Sal 101,3).

Se dice popularmente que todos los caminos llevan a Roma. Vale. Pero no todos los caminos llevan a Dios. El salmo advierte: *"Voy a explicar el camino perfecto"* (Sal 101,2). ¿Cuál es ese camino perfecto? La rectitud del corazón, sin duda. La sinceridad. *"Aborrezco al que obra mal, no se juntará conmigo"* (Sal 101,3). Un corazón pervertido no lleva a Dios.

El odio, la difamación, el orgullo, la soberbia, no llevan a Dios. Por el contrario, la sencillez sí es un camino de aproximación a ti, Dios mío. *"Lejos de mí el corazón torcido, no aprobaré al malvado. Al que en secreto difama a su prójimo lo haré callar; ojos engreídos, corazones arrogantes no los soportaré"* (Sal 101,4-5).

Nuestros caminos son a veces tortuosos, enrevesados. Podemos perdernos. Por lo mismo, no conviene ir en solitario, sino bien acompañado. *"Pongo mis ojos en los que son leales, ellos vivirán conmigo; el que sigue un camino perfecto, ése me servirá"* (Sal 101,6).

La rectitud de corazón, tiene que ser nuestra primera actitud. *"No habitará en mi casa el que actúa con soberbia; el que dice mentiras no durará en mi presencia"* (Sal 101,7).

Jesús, subidos en tu barca, que nuestra primera providencia sea la rectitud de corazón.

DESDE EL SALMO 102

FE ES VIVIR A DIOS

Jesús, qué duda cabe que cada persona, consciente de su entidad y realidad cristiana, trata de serlo desde unos parámetros de responsabilidad y de vivir activamente la fe. Pero me parece que vivir la fe activamente no es fácil. Lo habías advertido. Para seguirte se necesita llevar la cruz. Hay muchas maneras de llevar la cruz. Una, suavizando su peso y su dureza. Otra, llevarla con el realismo que conlleva siempre una cruz, en cuanto a negación de los propios gustos o intereses, de ir contra corriente, y de saber que quien se determina por ser consecuente con la fe será, muchas veces, el hazmerreír de los incrédulos. Y también de los mismos cristianos menos comprometidos, y menos valientes a la hora de dar testimonio.

Llevar la cruz supone también atenerse al cumplimiento de leyes y normas que, tantas veces, no dejan de ser un fastidio. Un semáforo, pongamos por caso, no deja de ser un freno a la prisa, a la velocidad. Nos come la prisa y quisiéramos llegar rápidamente a cualquier lugar. Pero ahí está el semáforo, frenando, "fastidiando", entre comillas, nuestra prisa. Y, sin embargo, lejos de fastidiar, es garantía de seguridad y de protección. Algo así sucede con las leyes, comenzando por los Mandamientos de la Ley de Dios. Vistos en frío son un fastidio, porque son un freno a los instintos más primarios, si se miran de un modo desenfocado. Pero en su espléndida sabiduría son un inmenso bien para la humanidad en general y para la persona en particular. Nos ayudan a actuar con inteligencia y con racionalidad.

La fe, Jesús, sé que no es una entelequia. La fe es vivir a Dios. Hay que llevarla a la práctica real de la vida en el día a día. Esto supone poner en práctica un código determinado de normas. Supone ajustar nuestro comportamiento a unas normas morales, y también eclesiásticas. En la sociedad, cuanto más y mejor organizada está, más leyes aparecen. Son en bien de la misma organización.

También la Iglesia se organiza como una sociedad. Formada, por hombres y mujeres, necesita una trabazón, una coyuntura interna. No se puede ir por libre. Pongamos por caso algo tan familiar como un partido de fútbol. Funciona gracias a que hay unas determinadas normas de juego. De otro modo, sería el caos o sería otra cosa.

Jesús, cuando mandas a los apóstoles ponerse en camino para ir a proclamar la Buena Nueva, lo primero que necesitan es tener voluntad de ponerse en camino. Lo segundo, es que haya camino, lo que significa que haya un mínimo de medios para poder cumplir la misión encomendada. Esos medios serán la palabra, el mensaje, y los mismos receptores del mensaje. Y

habrá una meta. Es decir, el por qué se hacen las cosas, por qué se proclama el Evangelio. Se proclama para construir el Reino de Dios.

Necesitamos, entonces, escuchar tus palabras, Jesús; hacerlas propias, asimilarlas, para poder luego transmitirlas a los demás. Nadie da lo que no tiene. Como creyentes, situados en medio de una sociedad, muchas veces adversa, necesitamos redescubrir la verdadera dimensión y misión de la fe: *"Id y proclamad que el Reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido. Dad gratis"* (Mt 10,8).

Qué difícil, sin duda, resulta poner en práctica esto último, *"dad gratis",* cuando nuestra sociedad, cada día más, desconoce la gratuidad. Cuando son cada día menos hasta las mismas ONGs que trabajan desinteresadamente. Cuando la pobreza de unos se convierte en explotación y riqueza para otros.

El Evangelio es proclamación y es tarea. Nuestra primera tarea hoy es proclamar que Dios está cerca del hombre, que está empeñado en salvarlo. Dios busca la felicidad de todos y de cada ser humano.

Por otro lado, Jesús, el Evangelio no son palabras, ni discursos lanzados al viento por las ondas de la radio o de la televisión, aunque éstos sean medios que ayudan; ni puede quedarse en mera catequesis. Es trabajar por infundir a los hombres y mujeres de hoy una nueva vida. Tu Vida, Jesús, que a su vez va a significar curar enfermos, liberar a las personas de todo aquello que las paraliza, o les roba vida y la ilusión de vivir.

Ser creyentes nos exige luchar para tratar de erradicar el mal y el sufrimiento. Y, sobre todo, infundir esperanza en quienes necesitan sanar el alma o el cuerpo y están destruidos por el dolor y la dureza misma de la vida diaria, o la soledad. Una sociedad donde muchos de sus miembros se mueren de hambre, es una sociedad injusta. Es preciso resucitar muertos, es decir, liberar a las personas de todo aquello que bloquea sus vidas o mata su esperanza.

El Evangelio es despertar de nuevo el amor a la vida. Es ayudar a que las personas pongan su esperanza y confianza en Dios. Por eso la fe, llevada a la práctica, no puede tener complejos. No se puede ser cristiano en cuanto a las ideas y el convencimiento personales, y luego no serlo en la práctica. Donde se vive la fe se anuncia a Dios.

***

Jesús, el *Salmo 102* lanza esta súplica: *"Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti; no me escondas tu rostro el día de la desgracia"* (Sal 102,2-3). Porque siempre hay algún miedo dentro de nosotros que anda suelto, como un tornillo desajustado. Los miedos crean problemas. Desestabilizan. Miedo a lo desconocido. Miedo a perder la salud. Infinidad

de pequeños miedos, que no por pequeños dejan de incomodar. Entonces, nos refugiamos en la oración. Me pregunto, ¿es válida la oración hecha desde el miedo? Desde luego, oración perfecta no es.

No deja de ser llamativo que, a la imperfección de nuestra oración, añadimos la prisa. *"Inclina tu oído hacia mí; cuando te invoco, escúchame enseguida"* (Sal 102,3). Enseguida. Vamos con prisas y, además, con exigencias. Porque *"mis días se desvanecen como humo"* (Sal 102,4).

Jesús, me gustaría volver mis ojos a los días idos de la infancia. Tiempo lejano, lleno de sabiduría. Se dice del anciano que acumula sabiduría. Vale. Pero en el niño está la sabiduría que no nace del conocimiento, sino de la apertura a la vida. Y la mejor puerta que se abre a la vida, es la inocencia. *"Quede esto escrito para la generación futura, y el pueblo que será creado alabará al Señor"* (Sal 102,19).

Pero volver al pasado, no se puede hacer desde la nostalgia que, en el fondo, es una enfermedad solapada. Debe hacerse desde la inocencia. Es decir, con los ojos de ayer. Ojos limpios, de mirada limpia. Los ojos con que el niño mira cuanto hay a su alrededor. Personas, árboles, montes, ríos, las nubes que corren por los cielos, la sonrisa de la madre. Mas, esos ojos se han gastado. Las cosas se ven de otra manera. *"Tú, en cambio, eres siempre el mismo, tus años no se acabarán"* (Sal 102,28).

De ese pasado, me quedaría con la gente. ¿Por qué? Pues por lo mismo que el niño que, al no tener malicia, todo lo ve con buenos ojos, y ve a la gente como gente buena, por eso mismo, yo me quedaría con la gente, por buena. Además, siempre hay más gente buena que mala. Esto no significa olvidar las desgracias, sino confiar en ti, Jesús. *"Los hijos de tus siervos vivirán seguros, su linaje durará en tu presencia"* (Sal 102,29).

DESDE EL SALMO 103

BIENAVENTURANZAS Y BIENAVENTURADOS

Jesús, la Biblia recoge los Mandamientos de la Ley de Dios en el Antiguo Testamento. Y las Bienaventuranzas en el Nuevo, como todo el mundo sabe. Las Bienaventuranzas son, sin duda, tu carta programática. Pues bien, veo una diferencia notable entre los Mandamientos promulgados por Moisés, y las Bienaventuranzas que tú nos predicaste. Mientras *los Mandamientos* son de ley natural, es decir, están impresos en la misma Naturaleza, *las Bienaventuranzas*, por el contrario, son de ley positiva. Es decir, algo que no viene marcado por la Naturaleza sino que se propone como un ideal que supera a los Mandamientos.

Fuiste desgranando las Bienaventuranzas, una a una. Son nueve. La novena dice: *"Bienaventurados seréis vosotros cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros"* (Mt 5, 11-12).

Al hablar de Bienaventuranzas, habrá que hablar también de Bienaventurados. Por ejemplo: *"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos"* (Mt 5,3). Aquí no hablas de la gente que lo pasa bien, que al no carecer de nada son, supuestamente, felices. Ricos, poderosos, gente religiosa. No. Dices pobres de espíritu. Es una felicidad que se ve desde la *sensibilidad*. Quien carece de todo, y es consciente de que sólo a Dios puede acudir, que sólo Dios es lo que le queda, tiene más sensibilidad para captar la realidad. El pobre de espíritu, Jesús, ve la vida como la veías tú.

¿Cómo la veías? Pues viendo la realidad de los que sufren y lloran; desde los que se afanan por construir un mundo de justicia y de paz; desde los que tienen corazón de niño, es decir, sin malicia, y son limpios de corazón; desde los que son perseguidos por ser buena gente, y por lo mismo, son humillados o masacrados; desde los que son constructores de paz.

Todo eso hace que se tenga el espíritu más afinado, más sensible. Es como el director de una sinfónica, que sabe perfectamente cuándo el primer violinista ha desafinado, ha dado una nota falsa. Ocurre también cuando nos dejamos llevar por la inercia. La inercia, el no auto-exigirnos, nos vuelve insensibles y vagos.

El pobre de espíritu es el que no desafina la realidad. Ya ves, Jesús, me estoy refiriendo a todas las Bienaventuranzas, en general, y a la primera en particular. Hay que afinar mucho el espíritu con el diapasón de Dios para

ser de verdad pobres de espíritu, y que nuestras lágrimas no sean simples lamentaciones.

Y siguiendo por las demás Bienaventuranzas, seremos gente pacífica, y nuestra hambre no será sólo del pan material, sino también del Pan de Dios. Sólo así podremos ser misericordiosos y limpios de corazón, constructores de una paz que los ahítos de todo no pueden dar. Sólo así alcanzaremos la alegría de haber optado por ti, Jesús.

***

Díme, Jesús, por qué. ¿Por qué la vida se nos va tan pronto, sin casi, ni tan siquiera sentirla, si el vino de la madurez no ha fermentado aún en el lagar de este mundo? ¿Por qué el silencio rebota a cada pregunta de cuestiones que no entiendo? ¿Por qué tantas veces tropiezo en las mismas piedras del camino? ¿Por qué mis pasos vacilan en cada golpe, en cada paso incierto, de mi andar peregrino? *"Los días del hombre duran lo que la hierba, florecen como flor del campo, que el viento la roza y ya no existe, su terreno no volverá a verla"* (Sal 103,15-16). Sí, Jesús, echo mano del *Salmo 103* porque expresa perfectamente el sentimiento que hoy me invade.

Díme, Jesús, si es hora ya de escanciar el vino nuevo de una nueva humanidad. Porque el amor debe vencer al odio, a pesar del barro del que estamos hechos. *"Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por los que lo temen; porque él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro"* (Sal 103,13-14).

Recordaré por siempre tu mirada, pues con amor me has mirado siempre, Jesús. En la penumbra de la noche, al rezar. En cada nuevo amanecer, y siempre. Siempre te he sentido a mi lado, Maestro del alma *"Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades"* (Sal 103,3).

Contigo a mi lado, Jesús, nada temeré, pues sé que no voy a oscuras, porque tú has encendido los cirios de la fe y de la esperanza en mi corazón. *"El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia"* (Sal 103,8).

Mas sé también que el perdón, que tú, Jesús, me otorgas, debo yo también concederlo a mi vez a los demás. El perdón, como el amor, es gratuito. Se da. Dando es como se recibe. *"No nos tratas como merecen nuestros pecados ni nos pagas según nuestras culpas"* (Sal 103,10).

Jesús, que mi plegaria sea como el pan, que conforta, que alimenta, que da vida. *"Aleja de nosotros nuestros delitos"* (Sal 103,12). Llena mi alma de perdón y de paz. Para que también yo pueda ser instrumento de perdón y de paz para los demás. *"Tu justicia pasa de hijos a nietos"* (¡03,17).

Que tu luz ilumine siempre la brevedad de mi caminar por el mundo. *"Bendice, alma mía, al Señor"* (Sal 103,22).

DESDE EL SALMO 104

DENARIO E IMPUESTOS

Jesús, si un gobierno quiere arruinar a un pueblo, lo tiene muy fácil, basta que lo machaque a impuestos. Eso es, por lo visto, lo que hizo Herodes. Si, por el contrario, hubiera repartido mucho dinero al pueblo, el pueblo habría progresado. Si hay dinero se mueve todo el engranaje social. Se compran cosas, las tiendas a su vez tienen que abastecerse. Hay que acudir entonces a los productores. Se construyen fábricas. Surgen nuevas empresas. En una palabra, la maquinaria, el engranaje industrial se mueve a tope. Y el pueblo deja de pasar miserias.

Riqueza genera riqueza, pobreza genera pobreza. Los malos gobernantes son precisamente los que generan pobreza. Y, si para colmo, se enriquecen a base de robar a los pobres, apaga y vámonos.

En tu tiempo, Jesús, los poderosos atormentaban al pueblo a base de impuestos. ¿Y hoy? Sabemos que la riqueza hace amigos de conveniencia. Herodes y el César, se hicieron amigos. Los dos tenían mucho que ganar. Y vaya que si ganaron a base de impuestos.

Y como siempre, donde hay una gota de miel allí acuden las moscas. Había mucho dinero en torno a Herodes, y en torno a él se juntaban los parásitos aprovechados, que por eso son parásitos. De esta riqueza salía beneficiado el templo y sus guardianes, sacerdotes, fariseos, y otros.

La pregunta que te hacen entonces los fariseos y los partidarios de Herodes, estaba hecha con mala uva, como decimos vulgarmente. *"Maestro, sabemos que eres sincero…"* (Mc 12,14). ¡Uyyy…! Malo. Ya el comienzo es sibilino. La adulación. El pasar la mano por el lomo, como se dice vulgarmente. No hay peor cosa. De entrada, pues, quieren ganarse tu confianza y atención. Y concluyen donde querían aterrizar: *"¿Es lícito pagar el impuesto al César o no? ¿Pagamos o no pagamos?"* (Mc 12,12).

La trampa estaba tendida. Si respondes que *sí*, significa estar de acuerdo con los estafadores y explotadores fiscales. Si dices que *no*, ¡buena la hubieras armado!, te hubieran tachado inmediatamente de subversivo.

Pero, una vez más, los dejaste con un palmo de narices. Pides una moneda. Sabes perfectamente que la moneda que corre es romana. Los romanos, como dominadores, habían impuesto su moneda y sus leyes. *"¿De quién es esta cara y esta inscripción?"* (Mc 12,16), les preguntas. *"Del César"* (Mc 12,16), responden. ¡Ah, vaya! ¡Conque del César! Muy bien, pues si es de él: *"Devolved al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios"* (Mc 12,17). ¡Vamos, eso es un k.o. fulminante en el primer asalto! No supieron qué más decir. *"Y se quedaron admirados"* (Mc 12,17).

Con tu respuesta les estabas diciendo claramente, lo captaran o no, que el César te importaba un comino. Que cogiera lo suyo y se fuera por donde había venido. Y al mismo tiempo les dijiste que no tomaran a Dios por un títere. Que con Dios no se juega. No se puede estar adorando a Dios y al mismo tiempo explotando a los pobres y humildes. Una religión así no tiene sentido.

No se puede explotar al extranjero, ni dejarse explotar por él. El extranjero ahí era el César, un extranjero explotador, que no explotado. De otro lado, urgía restablecer la honra y el honor debido a Dios.

A Dios se le quita el honor que le es debido cuando explotamos al pobre, al necesitado. Cuando en vez de crear fuentes de trabajo, nos guardamos el dinero. Así que, Jesús, ayúdanos a actuar con honradez y honestidad. Por favor.

***

Jesús, en el *Salmo 104*, exclama el salmista: *"¡Dios mío, qué grande eres!"* (Sal 104,1).¡Qué gran verdad!

Por eso, desde lo más hondo del corazón, con todo mi ser te digo: Jesús, ¡qué grande eres! El salmista prosigue: *"Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. Extiendes los cielos como una tienda, construyes tu morada sobre las aguas; las nubes te sirven de carroza, avanzas en las alas del viento"* (Sal 104,1-3). De veras que hay belleza y lirismo en esta estrofa del salmo.

En esta reflexión, quiero figurarme, Jesús, que estoy en un desierto. Pese a la aparente soledad, en el desierto hay mucha vida. Y una enorme paz. Eso sí, faltan también muchas cosas. Pero el espacio, y la luz, lo llenan todo. El desierto es envolvente. Es entonces cuando el corazón se eleva a Dios. *"Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría"* (Sal 104,24).

En el desierto, el agua es esencial para poder sobrevivir. Me imagino un aljibe. Me acerco. Está seco. Quizá el último sorbo de agua se la bebió un camello. Arde la arena bajo el sol canicular. A solas, en la extensión del desierto, medito. Me digo a mí mismo: Pozos resecos somos, sin gota de agua. La falta de agua puede amargarme la vida. Pero no dejo que me abata la tristeza. *"De los manantiales, sacas los ríos, para que fluyan entre los montes; en ellos beben las fieras de los campos, el asno salvaje apaga su sed; junto a ellos habitan las aves del cielo, y entre sus frondas se oye su canto"* (Sal 104,10-12).

En este pensamiento estoy, Jesús. Ha comenzado a soplar el viento. Y, oigo al salmista decir: *"Los vientos te sirven de mensajeros"* (Sal 104,4). Bella imagen. Los mensajes, normalmente, son de ida y vuelta. Tú me hablas, yo te hablo.

Saliendo de mí mismo, doy un paso al frente, y otro paso, y otro, avanzando a la par del viento. Las huellas de mis pies quedan dibujadas en la arena. Miro arriba, al firmamento. *"Hiciste la luna con sus fases, el sol conoce su ocaso"* (Sal 104,19). Si sigo avanzando encontraré selvas y ríos. No todo es desierto. *"La tierra se sacia de tu acción fecunda, y haces brotar hierba para los ganados, y forraje para los que sirven al hombre. Él saca pan de los campos"* (Sal 104,13-14). La tierra da de comer a todos. No es egoísta.

Toda la naturaleza trae mensaje de Dios. *"Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas"* (Sal 104,24). Y tú en medio. Esto sí pertenece a Dios. Dad a Dios lo que es de Dios. Gracias, Jesús.

DESDE EL SALMO 105

TENER Y SENTIR LA SED

Jesús, a veces hay expectativas, surgen esperanzas, que luego terminan por defraudar. Es el caso de aquel, parece que se trataba de un joven, que te sale al encuentro. Tiene un corazón de oro, a juzgar por el desarrollo de la conversación. Hay respeto en él. Te pregunta: *"Maestro bueno, ¿qué haré para heredad la vida eterna?"* (Mc 10,17). Le has escuchado atentamente. Hasta le has mirado con bondad y gratitud. Con cariño, en una palabra. Le respondes: *"¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios" (Mc 10,18).*

Viendo que habla con humildad y sinceridad, respondes a su pregunta con la misma llaneza con que él ha preguntado. Además, es una buena pregunta. La misma que en el fondo todos nos la hacemos: ¿Me salvaré o me condenaré? Nos importa, y mucho, nuestra salvación. *"Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre"* (Mc 10,19). Simplemente le recuerdas los mandamientos. Cumplirlos es suficiente para salvarse.

Él, a su vez, responde con una respuesta testimonial que sin duda a más de uno dejaría descolocado. *"Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud"* (Mc 10,20). Ojalá que todos pudiéramos responder lo mismo.

Jesús, te quedaste mirándole con cariño. Y con ese cariño, le invitas a dar un paso adelante. Un paso difícil, ciertamente, pero importante y trascendente. *"Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme"* (Mc 10,21). Dáselo a los pobres. Sígueme.

¡Ay, Jesús! Ahora sí que la hemos liado. *"A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico"* (Mc 10,22). Muy rico. En superlativo. No simplemente rico. Era *muy* rico. Se fue. No regresó. Nunca más hemos sabido de él. ¡Qué habrá sido de su vida!

Qué pena. Habías puesto tanta esperanza en él. Era bueno. Cumplía los Mandamientos. Tenía buen corazón. Le hiciste la invitación mejor que podías hacerle: seguirte. Pero se dio media vuelta. Te defraudó. Salió a relucir el tema del dinero y ahí terminó todo.

¿Qué tendrá el dinero, que a tanta gente pervierte? Una cosa está clara: quien pone su confianza en el dinero, no puede seguirte, no es digno de ti.

Yo me pregunto, ¿dónde está nuestro corazón? ¿Está con Dios o con el dinero? No basta, pues, con creer en Dios, con cumplir los Mandamientos, con ser bueno. Hay que ser *muy bueno*, que se traduce en algo tan sencillo como *seguirte*, Jesús.

El dinero atrae, fascina, seduce. Como si el dinero tuviera propiedades mágicas. Pensamos en el dinero como si con él pudiéramos comprar la felicidad. Con el dinero podemos comprar, o conseguir, poder, fama, negocios. Todo. Todo menos la felicidad. Todo menos a Dios. A Dios no lo compramos con dinero.

Ya nos lo recordó Job: *"Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá"* (Job 1,21). Nada nos vamos a llevar al otro barrio. Y tú mismo, Jesús, nos lo has recordado con absoluta claridad: *"¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?"* (Mc 8,36).

Otra aplicación más podemos sacar de este pasaje: No es con el dinero como vamos a evangelizar, ni salvar al mundo. *"No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias…"* (Lc 10,4). Nos basta tu Palabra. Nos bastas tú, Jesús.

***

Dios está siempre presente en el horizonte de cada persona. Más cerca aún; en el corazón de cada ser humano. Sólo hace falta descubrirlo. Ahora bien, ¿cuándo buscamos agua? Obviamente, cuando tenemos sed. A veces, podemos estar deshidratados y no sentir sed. Grave situación. Eso mismo nos puede pasar con Dios. Creer que podemos pasar sin él. Grave error el nuestro, Jesús.

Sin más carta de presentación que mi endémica sed, tomo el *Salmo 105* y, imaginándome ser un árbol, te digo: Jesús, mándame una nube cargada de agua, que quiero ser un árbol, de ramas hermosas y frutos jugosos. Los vientos lo cimbrearán, pero a su sombra todos podrán cantar: *"Cantadle al son de instrumentos, hablad de sus maravillas, gloriaos de su nombre santo, que se alegren los que buscan al Señor"* (Sal 105,2-3).

Si se planta un árbol, al tiempo otros muchos nacerán. El desierto se habrá convertido en vergel, y a medida que el tiempo trascurra, un manantial surgirá, que regará todos los árboles surgidos. El páramo habrá florecido. Habrá vida. Y tú, Jesús, sonreirás. *"A ti te daré el país cananeo como lote de vuestra heredad"* (Sal 105,11). ¿Es esto una alegoría? Sí. Alegoría y verdad.

Dios nos manda la lluvia, a nosotros nos toca transformar nuestro mundo en verde oasis, en medio del arenal del desierto. Con la verticalidad de una oración que sube hasta ti en acción de gracias, Jesús, Señor de la Historia, recurro al salmo: *"Hendió la peña, y brotaron las aguas, que corrieron en ríos por el desierto"* (Sal 105,41).

Jesús, sólo tú eres la fuente de la Salvación. Tú eres el agua viva que transforma nuestro páramo personal en vergel de eternidad. *"Sacó a su pueblo con alegría, a sus escogidos con gritos de triunfo"* (Sal 105,43). *"Para que guarden sus decretos, y cumplan su ley"* (Sal 105,45). Jesús, haz que comprendamos que tenemos sed y necesitamos de ti.

DESDE EL SALMO 106

LA HORA UNDÉCIMA

Jesús, la muerte no es el final. Me refiero a las víctimas de la violencia. Su muerte termina en Vida. Terminan en Dios. A los ojos del mundo han fracasado. Pero no ante Dios. Por eso, bien pudiste decir: "*Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar"* (Jn 17,4). ¿Por qué pudiste hacer tal afirmación? La respuesta: Porque ibas a ser glorificado. E ibas a ser glorificado porque la Víctima por excelencia, entre todas las víctimas, eres tú.

Habías asumido el dolor del mundo. El dolor de todas las víctimas de este mundo. Tú eras la Víctima verdadera, síntesis y culminación de todas las demás. Y sabías que había llegado tu *Hora*. Tuya y de todos tus hermanos, hombres y mujeres, que sufren. Pero, curiosamente, tu *Hora* no era la muerte, tan próxima, sino la *Hora* de tu glorificación. Porque tú, Jesús, eres el primogénito de la Vida. El primogénito de los que triunfan sobre todas las injusticias del mundo. *Primogénito de los que mueren* (1Cor 15,20). Y de los que resucitan.

Tu glorificación no fue cuestión de un éxito pasajero, temporal, sino la culminación de una misión bien realizada. La que el Padre te encomendó. El Padre te mandó al mundo para salvarnos. Hiciste bien la labor. Con razón puedes decirle: *"Padre, te he glorificado sobre la tierra"* (Jn 17,4). Misión cumplida.

Efectivamente, misión cumplida. Es justo, pues, que le digas al Padre: *"Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti"* (Jn 17,1). Es cierto que no sabemos si este discurso que recoge san Juan, lo pronunciaste tal cual, o si, por el contrario, se trata de una plegaria teológica que sintetiza toda una cristología. Cabalmente, la que manejaba la comunidad de los discípulos de tu apóstol predilecto, el evangelista san Juan.

Cualquiera sea la interpretación que pueda darse a este pasaje, eras muy consciente de que no estabas solo. Eras el primero. Y el que representaba a otros muchos hermanos. Todos hijos del mismo Padre Dios. Tú, Jesús, el Unigénito de Dios. De acuerdo. Pero junto a ti, un sinfín de hijos adoptivos, y muy queridos también del Padre.

Lo sabes, y de esta forma le dices al Padre: *"Tuyos eran, tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra"* (Jn 17,6). Han sido fieles, han perseverado. No se han desviado, sino que *"han guardado tu palabra"*. Justo es, pues, que ellos estén contigo, porque son parte de ti. Y en tu oración sacerdotal ruegas por ellos.

Haces una distinción precisa. Señalas a los que son y a los que no son. Separas los que te han seguido, de los que no han querido saber nada contigo:

"Te ruego por ellos, no te ruego por el mundo, sino por estos que tú me diste, porque son tuyos". (Jn 17,9).

Ese mundo no es el cosmos, el universo, ni tan siquiera esa mínima parte del mundo, el pequeño país donde trascurrió tu vida terrenal. Se trata del mundo del pecado. *"En ellos he sido glorificado"* (Jn 17,10). También en ellos y con ellos eres glorificado.

***

Jesús, traigo ahora, para añadir a esta reflexión que antecede, el *Salmo 106*. Y clamo a ti desde el grito abismal que invade mi ser. Mi llanto es como un aspa de esos molinos antiguos, de cangilones, movidos por el viento. De pronto, el molino se ha parado. Mis lágrimas ya no brotan. Han cesado, agotadas. Pero siento que una mano templada, complaciente, acaricia mis ojos. Son tus manos. Y te digo: Escucha, Jesús, mi terca plegaria. Escucha esta congoja tibia que resbala superflua y desdeñable por mi carne. *"Acuérdate de mí por amor a tu pueblo, visítame con tu salvación para que vea la dicha de tus escogidos"* (Sal 106,4-5). Destierra de mi rostro el sopor de la indolencia intransferible; despeña entre tus manos este dolor mediocre. Soy pecador. *"Hemos pecado como nuestros padres, hemos cometido maldades e iniquidades"* (Sal 106,6).

Hazme, Jesús, huérfano inútil de todas las codicias, para que nadie pueda usurpar ni mi nombre ni el tuyo, cuando la escueta estructura de mi ser descanse en las tierras baldías del olvido; pues quiero ostentar en la sombra el apellido ingenuo de las cosas: noche, ciudad, viento y escarcha, nieve y rocío. Y tu nombre, Jesús. Tu nombre. *"Provocaron a Dios con sus perversiones, y los asaltó una plaga"* (Sal 106,29). *"Lo irritaron junto a las aguas de Meribá"* (Sal 106,32).

Cuando a la hora undécima me llames, regrésame, Jesús, a tu regazo, para que el caminar nómada y frágil de mi existencia, no se estanque en las arenas movedizas de la muerte. *"Adoraron sus ídolos y cayeron en sus lazos"* (Sal 106,36). Déjame entonces ver tu rostro y que, al mirarte, mis ojos se enreden en tus ojos, para que pueda desgranar la canción jubilosa del encuentro. *"Pero él miró su angustia, y escuchó sus gritos"* (Sal 106,44).

Déjame, Jesús, ser río en el cauce de tu amor, y que el agua de la vida mis labios saboreen en la limpia y desnuda inmaterialidad de cada cosa. Y si el amor desertara de mi vida, alárgame, todavía un poco más, la vida. Para poder seguir amándote más allá de la hora undécima cuando ésta llegue. *"Recordando su pacto con ellos, se arrepintió con inmensa misericordia"* (Sal 106,45).

Jesús, muchas son nuestras perversiones, las mías y las de los demás. Pero tu amor es infinitamente mayor. Por eso, *"daremos gracias a tu nombre, y alabarte será nuestra gloria"* (Sal 106,47).

DESDE EL SALMO 107

MUNDANIDAD VERSUS CRISTIANDAD

Jesús, la lógica del mundo no es tu lógica. Esto es algo evidente. Los afanes del mundo no son tus afanes. El lenguaje del mundo es un lenguaje agresivo. Tu lenguaje es de amor. El mundo busca conquistar bienes materiales, honra, prestigio, poder. Tú ofreces una cruz. En consecuencia, el mundo y tú sois las antípodas.

Un día dijiste a los apóstoles, y en ellos a todos nosotros, que la señal de identificación como seguidores tuyos era el amor. Entendieron muy bien el mensaje, y se esforzaron por llevarlo a la práctica. La gente quedaba admirada. Eran un ejemplo a seguir. ¿Qué hacían? *"Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado"* (Hch 2,42-43).

No podía ser de otro modo. Les habías prometido enviarles el Espíritu Santo: *"Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos"* (Hch 1,8). Y con la asistencia del Espíritu Santo fueron testigos fidedignos del Evangelio.

Sólo el amor puede transformar el mundo. Nunca la violencia. Pero amor y odio, guerra y paz, fe e increencia, trigo y cizaña, crecen juntos, Jesús. Lo predicaste en la preciosa parábola del trigo y la cizaña. Cuando los jornaleros ven que en la finca ha crecido cizaña a la par del trigo, dicen al amo que la van a arrancar. El amo contesta que no. Porque hay peligro de arrancar, sin querer, también el trigo. Calma, que todo tiene su momento. *"Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; y el trigo guardadlo en mi granero"* (Mt 13,30).

Hay, pues, un antagonismo total entre el bien y el mal. El mundo tiene, y es por lo que se guía, el llamado *orden establecido*. En ese orden establecido, entran en juego muchos intereses creados, como la economía, la política, la cultura laica y antirreligiosa. Es natural entonces que este orden de cosas no concuerde, e incluso choque frontalmente, contra otro modo de ver las cosas y de actuar. El bien, siempre molesta al mal. ¿Por qué? Porque el bien se convierte, automáticamente, en conciencia delatora y acusadora del mal. Honradez y maldad se contraponen. El agua y el aceite no se mezclan, son incompatibles.

Así las cosas, era natural, Jesús, que pronto comenzaran las persecuciones a los cristianos. Por el hecho de serlo se constituían, aun sin pretenderlo, en conciencia acusadora contra una sociedad descreída. Los cristianos trataban de vivir como tú les habías indicado. Por lo mismo, eran considerados antisistema, un peligro social. Siendo todo lo contrario.

La moral y la ética cristianas son un peligro para el *orden establecido*. Sin duda. Y, sin embargo, si nos esforzáramos todos por seguir la ley de Dios, y vivir el Evangelio, ¿estaría el mundo como está? ¿Habría esta violencia, despiadada y satánica, como la estamos viendo a diario?

Es cierto, Jesús, que un mundo ideal no existe. El bien aséptico no existe. La naturaleza humana está dañada interiormente casi desde sus comienzos. Es cierto. Pero de ahí a los extremos de violencia desatada, hay un abismo. Y lo peor, que hemos perdido hasta el mínimo de sensibilidad que se requiere en un ser humano.

Jesús, ayúdanos a tener un poco más de sensibilidad y de humanidad. Que no nos dejemos arrastrar por el pecado satánico de la violencia. Que donde hay odio, pongamos amor.

***

Jesús, si por mí fuera, quisiera que siempre fuera primavera. ¿Por qué? Porque es cuando todo resurge. Resurge la naturaleza, resurgen los sueños, resurge el canto de los jilgueros. Todo es hermoso. Todo es alegría. Y brota del corazón aquel agradecimiento que señala el *Salmo 107*: *"Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia"* (Sal 107,1). Pero también porque la pujanza de la primavera quizá por ayude a ser un poco mejores de lo que somos. Menos mundanidad y más cristiandad.

Hay otro por qué, para la gratitud. Dice el salmo: *"Erraban por un desierto solitario, no encontraban el camino de ciudad habitada; pasaban hambre y sed, se les iba agotando la vida"* (Sal 107,4-5). Es en ese momento, tan difícil, tan dramático y extremo, cuando el pueblo vuelve los ojos y el corazón hacia Dios. *"Gritaron al Señor en su angustia, y los arrancó de la tribulación"* (Sal 107,6). ¿No será éste el momento de arrancar de nuestros corazones la mundanidad?

Tú, Jesús, siempre vienes en nuestra ayuda. *"Los guió por un camino derecho, para que llegaran a una ciudad habitada"* (Sal 107,7). La vida, muy bien podría ser una eterna primavera, radiante de luz, de vida, de ganas de vivir, si pusiéramos nuestro corazón en sintonía y hora con la primavera. Es decir, ponerse en sintonía con Dios. Dejar atrás, y para siempre, todo aquello que no sintoniza con la vida. *"Yacían en oscuridad y tinieblas, cautivos de hierros y miserias; por haberse revelado contra los mandamientos, despreciando el plan del Altísimo"* (Sal 107,10-11).

Pero, ya ves, Jesús, la realidad es la que es. Sin embargo, en cada instante de nuestra vida, hay algo que no podemos eludir y que hemos de saber aprovechar: la realidad misma. Aceptar la realidad. Y de este modo, aunque no sea primavera, aunque no sintamos el renacer de las cosas, sino el

cansancio causado por nuestros pecados y mundanidad, podríamos sintonizar con Dios y volver a una verdadera cristiandad.

Y si en nuestra vida se ha metido de lleno el otoño, también el otoño tiene cosas buenas, de las que hay que saber sacar partido. Es el tiempo de recoger los frutos. Incluso las tempestades. *"Él habló y levantó un viento tormentoso, que alzaba las olas a lo alto: subían al cielo, bajaban al abismo"* (Sal 107,25-26). Entonces acudieron a Dios. *"Pero gritaron al Señor en su angustia, y los arrancó de la tribulación"* (Sal 107,28).

Fíjate, Jesús, qué bien nos advierte el salmo: *"El que sea sabio, que recoja estos hechos y comprenda la misericordia del Señor"* (Sal 107,43). La misericordia del Señor para volver al buen camino.

DESDE EL SALMO 108

LIBERTAD Y DEMOCRACIA

Jesús, hay dos palabras que utilizamos con frecuencia: *Libertad* y *Democracia*. Vamos con la primera: *Libertad*. Es el don más grande que Dios os ha dado, después de la vida. La segunda: *Democracia*. De marchamo griego, con esta palabra se nos llena la boca. La usamos con frecuencia, pero sirve para casi nada. Del uso teórico a la práctica, va un abismo. ¿Por qué? Porque no es constitutiva del ser humano. Puedo estar equivocado, pero así lo veo yo.

Algo me llama la atención en la Biblia. Dios no quería que Israel tuviera reyes. Pero Israel no quería ser menos que los pueblos circunvecinos, y pidió y optó por la monarquía. Surgió así Saúl. *"El Señor dijo a Samuel: escucha al pueblo en todo lo que ellos digan, porque no es a ti a quien rechazan: me rechazan a mí, para que no reine más sobre ellos"* (1Sm 8,7).

Muy fuerte suena esto: *"Me rechazan a mí, para que no reine más sobre ellos"* (1Sm 8,7). Es decir, se desentendieron de Dios, el único verdaderamente Soberano. Y buscaron sucedáneos. Vale.

Pero Dios explica a Samuel que comunique al pueblo cómo lo van a tratar los reyes. Cómo les va a ir. Y, en efecto, los reyes los trataron de modo despótico.

Sí, Jesús, vale la pena leer y releer el capítulo 8 del primer libro de Samuel. Entiendo así el por qué, del dicho popular, *"en el pecado va la penitencia*. Las monarquías, salvo raras excepciones, históricamente han sido dictaduras.

La dictadura es una de las formas más inaceptables de mando. A la experiencia me remito. Es más, me resulta también erróneo poner al mismo nivel los conceptos *Libertad* y *Democracia*. Cuando en aras de la libertad se apela a la democracia, se produce una especie de sinécdoque. Se desubstantiviza el concepto mismo de libertad, que pasa entonces a ser descarado y vulgar libertinaje.

Efectivamente, Jesús, hablamos mucho de libertad. ¿Por qué?, me pregunto. Quizá porque nunca como hoy hemos estado tan vacíos de valores. Hay quien se abroga derechos que no les pertenece. Pero nadie está por encima de los demás. Por supuesto, tampoco los políticos. *"Los derechos de uno terminan donde empiezan los de los demás"*. Así de bien lo expresó el papa Pablo VI.

Con qué impunidad se invaden áreas que no nos pertenecen. Por ejemplo: una mujer que aborta voluntariamente, porque no quiere tener el hijo, está conculcando los derechos de la criatura que está gestando. ¿A eso llaman libertad?

Convendrás entonces conmigo, Jesús, que importa resaltar el concepto de libertad ante el magnífico avance de la ciencia, de la técnica, de la electrónica, y de no sé cuántas cosas más. *La libertad tiene que ser siempre para bien*. De esta manera, aquí el binomio sería, *libertad e inteligencia*. Con los descubrimientos de la ingeniería biogenética, por ejemplo, estamos ante un mundo fascinante, maravilloso, pero de impredecible futuro. Sí, de impredecible futuro. ¿Por qué? Porque más allá de la eticidad, o no de, por ejemplo, la clonación humana, tan debatido hoy, está la posibilidad de un holocausto total de la humanidad.

En juego están la libertad y la inteligencia. Y su aplicación correspondiente a la realidad. Ni una ni otra deben hipotecarse. De lo contrario, seguirá el sinsentido de las guerras, de la violencia, del hambre.

Cuando dentro de unos cuantos años se escriba la historia de este nuestro tiempo, ¿nos gustaría que nos calificaran de salvajes, de despiadados?

Al leer *León el Africano*, recuerdo aquella frase: *"Nunca he visto de cerca tanta bestialidad, tanto odio, tanto sanguinario encarnizamiento, tanto placer en la matanza, la destrucción, el sacrilegio" (*Amín Maalouf, *León el Africano)*. Creo que es un diagnóstico certero, y un señalamiento cabal, por desgracia.

El instinto de vida debe ser, no solamente por la sobrevivencia personal, sino por el respeto total a la vida ajena. ¿No nos dio Dios el libre albedrío, la inteligencia, la libertad, la voluntad? Pues tendremos que ponerlos en práctica. Siempre al servicio del bien.

Jesús, desde lo más alto de la cruz, cuando estabas ya agonizando, gritaste: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* (Lc 23,34). ¿No sabíamos? Creo que te pasaste de bueno.

***

Jesús, los salmos son una fuente inagotable de reflexión. Hacen un retrato muy cabal de lo que es el ser humano. Sin Dios el hombre no es nada. Por más que diga, como en el *Salmo 108* se dice: *"Mi corazón está firme, Dios mío, mi corazón está firme, para ti cantaré y tocaré, gloria mía"* (Sal 108,2), vemos que la realidad es muy otra. El ser humano es débil. Sucumbe a las primeras de cambio.

Sin embargo, y como contrapartida, los salmos también nos hablan ¡y con qué fuerza!, de la infinita misericordia de Dios. Efectivamente, Dios no se cansa de perdonar y de amar. Por eso, con el salmista, diré: *"Te daré gracias ante los pueblos, Señor, tocaré para ti ante las naciones: por tu*

bondad, que es más grande que los cielos; por tu fidelidad que alcanza a las nubes" (Sal 108,4-5).

Jesús, deja que me imagine a mí mismo como la corteza de un árbol donde los enamorados labran un corazón traspasado por la flecha del amor. Corteza donde esculpir pueda tu nombre. Corteza del tronco añejo del árbol de mi vida. Ahí grabaré tu nombre, Jesús, para que cuantos lo vean al pasar, vean que, a pesar de ser leña que el fuego puede consumir, sepan la denominación de origen. Tú eres mi denominación de origen. Cada ser humano somos objeto de tu amor. *"Llene la tierra tu gloria, para que se salven tus predilectos, que tu mano salvadora nos responda"* (Sal 108,6-7).

Tu nombre está en mi frente. Tu amor en mi corazón. La fe es luz que me guía hasta ti. Sin más calzado que mis sandalias nómadas, impregnadas de certeza y esperanza, porque tú, Jesús, eres quien me salva. *"Auxílianos contra el enemigo, que la ayuda del hombre es inútil"* (Sal 108,13). Tú eres mi libertad. Y tu Reino es: la democracia del amor.

DESDE EL SALMO 109

NADA HAY NUEVO

Jesús, el Eclesiastés dice: *"No hay nada nuevo bajo el sol"* (Ecl 1,9). Es decir, todo está ahí. No todo está a la vista. Por eso hay que descubrirlo, destaparlo. Cuando aparece algo nuevo decimos: se ha *inventado* tal o cual cosa. Supongo que tal vez sea más apropiado decir: se ha *encontrado* o descubierto, esto o aquello. Por ejemplo, en tu tiempo no había luz eléctrica. La gente se valía de candiles. Pero, de pronto alguien descubre cómo tener luz eléctrica y cómo utilizarla. Ha sido un gran descubrimiento.

Pero dicho esto, voy a lo siguiente. Tú hablaste de la luz. Vale. Lógicamente lo hiciste con palabras acomodadas a como estaban las cosas entonces. De ahí que en el Evangelio emplearas términos que hasta la gente más sencilla pudiera comprender, porque nombrabas las cosas tal como estaban a esa altura del tiempo. Para iluminar la estancia usaban candiles. Y hablaste del candil. Hoy, en cambio, es de suponer que ni lo hubieras mencionado. Utilizaban la sal. Y hablaste de la sal. Esta palabra era válida entonces y lo es hoy.

Bien. Tenemos la luz y la sal. Dos elementos bien conocidos, en cuanto tal. Pero, ¿a dónde quiero llegar? A que ambos elementos los presentaste como símbolos del Reino de Dios. Ahora bien ¿qué es el Reino de Dios? O, si quieres, ¿quién lo constituye? El Reino de Dios no es un ente de razón, sino que está constituido por personas. Al aplicar estos símbolos a las personas, estás haciendo que nos impliquemos en este Reino. *"Vosotros sois la sal de la tierra. Vosotros sois la luz del mundo"* (Mt 5,13-14). Perfecto.

Fijémonos en la sal. ¿Para qué sirve? Por obvia, pareciera que sobra la respuesta. Pues no. No sobra. Tu lenguaje, tus comparaciones, los elementos de que te servían en la explicación, era para implicárnoslo a nosotros. Nosotros somos la luz, nosotros somos la sal que tiene que sazonar la realidad que nos toca vivir como cristianos.

Jesús, está muy claro. Lo primero que debemos iluminar o sazonar es la persona misma. Luego, la sociedad, el mundo en el que vivimos. Para que el mundo sea más agradable. Que la gente sea feliz.

Naturalmente, aquí entra también la religión. Hay que hacerla más atrayente. Que la gente disfrute del encuentro con Dios y con los hermanos. Es así como la vida tendrá otro sabor. Garantizado. Te dolía ver a la gente triste y aburrida. La gente que languidece, sobre todo, por falta de sintonía con Dios. Bien es verdad que hay gente que languidece porque otros les impiden acercarse a Dios. Por eso, debemos respetar la religión, toda

religión. Profanar la religión es profanar a Dios mismo, y al hermano. La religión, toda religión, tiene que ser fuente de alegría.

Lo mismo sucede con la luz. Cuando los espeleólogos bajan a las grandes simas en la profundidad de la tierra, van equipados de buenas y potentes linternas. Otra gran cosa. Hemos conseguido meter la luz en unas simples pilas o baterías. Basta dar al contacto y se hace la luz. Una maravilla, ¿verdad? Pues bien, la luz sirve para mostrar el camino cuando cae la noche. Sirve para romper las tinieblas. Las mismas que impiden ver que el camino está henchido de la belleza radiante de la creación. No podemos dejar que las tinieblas nos envuelvan.

Y, por último, dijiste: *"Yo soy la Luz del Mundo, el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida"* (Jn 8,12). Es tu deseo que siempre tengamos la luz encendida. Siempre. Para poder ver con total claridad el camino de la vida, de la libertad, del amor, de la fraternidad... Por eso nos dijiste que no metamos la luz debajo del celemín. Lo que significa que debemos tener un amor sin límites.

***

Jesús, con el *Salmo 109*, y por cuantas veces no he sabido mantener encendida la luz, mi lamento podría ser éste: *"Yo soy humilde y pobre, y mi corazón ha sido traspasado; me desvanezco como sombra que declina"* (Sal 109,22-23). Es la pura verdad. Hay veces que me siento atrapado. *"Me cercan con palabras odiosas y me combaten sin motivo. En pago de mi amor me acusan, aunque yo oraba por ellos; me devuelven mal por bien y odio a cambio de mi amor"* (Sal 109,3-5).

Y haciendo examen de conciencia, cuántas veces tendré que preguntarme si mi amor es sincero, noble, desinteresado. Cuando una persona se siente amada por otra, difícilmente va a devolver mal por bien.

Ya ves, Jesús, lo que hago no siempre me parece bueno. De ahí mi lamento y mi pena. Y me pregunto: ¿Por qué veo lo malo en los demás y no en mí? ¿Acaso no hay cosas buenas en los demás? ¿Acaso no soy tan malo como aquellos a los que yo llamo malos? ¿O peor?

Necesito, bien lo sabes, pasar por el taller de reparaciones. Ese taller es tu amor y misericordia. *"Pero tú, Señor, Dueño mío, trátame conforme a tu nombre, líbrame por tu bondadoso amor"* (Sal 109,21).

Con el salmista añadiré: *"¡Ayúdame, Señor, Dios mío; sálvame según tu misericordia!"* (Sal 109,26). Solemos decir, contra maldiciones, bendiciones. Y como haciéndose eco, el salmo añade: *"Maldigan ellos, mas tú bendecirás"* (Sal 109,28).

Jesús, mis manos, mi boca, todo mi ser, están hechos para bendecir y para amar. Nunca para maldecir ni odiar. Y, sin embargo, cuántas veces, mientras la razón me dicta una cosa, los sentimientos van por otro lado. La

razón me dice que debo amar y perdonar. Pero los sentimientos optan por la revancha. Sin caer en la cuenta de que lo malo que yo deseo para otros, ellos lo pueden desear para mí. No puedo hacer a otros lo que no quiero para mí. Puro Evangelio.

Por eso, Jesús, también con el salmo: *"Daré gracias al Señor a boca llena, y en medio de la muchedumbre lo alabaré, porque él se pone a la derecha del pobre para salvar su vida de los que lo condenan"* (Sal 109,30-31).

DESDE EL SALMO 110

AMAR NUESTRAS RAÍCES PATRIAS

Jesús, amaste a tu Pueblo. Lo amaste entrañablemente. Amaste sus tradiciones, su religión, sus gentes. Como hombre judío, conocías y estudiaste a fondo las Escrituras. En las numerosas diatribas que sostuviste con los fariseos les demostraste el perfecto conocimiento que tenías, no sólo de las Escrituras, también de las tradiciones. Tus padres fueron muy religiosos. Fieles cumplidores de los preceptos y normas litúrgicas.

Recuerdo aquel episodio, apenas cumpliste los doce años, que tanto desconcertó a tu madre. Subisteis a Jerusalén a cumplir las obligaciones religiosas. Fue por la Pascua. De regreso, te quedaste en Jerusalén, en el templo, sin avisarles. No fue por desobediencia a tus padres. Y, si les hubieras dicho el motivo, no lo hubieran entendido. Tú debías hacer la voluntad del Padre. Así que te quedaste en Jerusalén.

Cuando tu buena y amadísima Madre te llamó la atención, entonces sí, entonces les dijiste claramente por qué te habías quedado en el templo sin avisarles previamente. *"¿No sabíais que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les decía"* (Lc 2,49-50). Aún así, no debieron entender demasiado, pero comprendieron. De hecho, tu madre, humilde y buena como ella sola, y como anota el Evangelio: *"Guardaba todas estas cosas en su corazón"* (Lc 2,19).

Pero deja, Jesús, que te diga algo más. Por lo mismo que amabas a tu Pueblo, y conocías sus leyes y tradiciones, conocías la *Misná* y en el *Talmud*. Sí, ya sé que la Misná es posterior a ti. Que fue redactada unos doscientos años después de ti. De acuerdo. Pero, de algún modo era anterior a ti, por tratarse de una tradición oral. Y bien. La *Torá*, o ley escrita, abarca los cinco primeros libros de la Biblia. Lo que conocemos como el Pentateuco. Era la ley escrita, a partir de Moisés. Pero está también la ley no escrita, conocida como ley oral. Es la que se conoce como Misná, material de estudio exegético de las leyes judías recopiladas, y que recogen la tradición oral judía de siglos.

Esa recopilación fue, sin lugar a dudas, un trabajo arduo realizado por el rabino Yehudá Hanasí, de finales del siglo II. La Misná, como cuerpo jurídico, forma parte del Talmud. Y junto con la Torá, forman la *Halajá*. Es decir, el *cuerpo de reglas religiosas judías* provenientes de las leyes escritas en la Torá. Y de las no escritas, o sea, orales. La Halajá indica las formas de comportamiento. Por ejemplo, vamos por la vida, estemos donde estemos, hemos de saber estar. Saber comportarnos.

En cuanto al Talmud. Recoge, sobre todo, las discusiones rabínicas referentes a las leyes judías, tradiciones, costumbres, historias, leyendas, etc. Sé que existen dos versiones del Talmud: el llamado *Talmud de Jerusalén*, por el lugar de redacción. Y el *Talmud de Babilonia*, por haberse redactado en Babilonia, Mesopotamia. Fue elaborado a lo largo de varios siglos por gente erudita.

Hoy, cualquier judío que se precie, sea hombre o mujer, debe conocer a fondo, tanto la Biblia hebrea, como la Misná y el Talmud. Es correcto, ¿no? Además, este conocimiento se presta a un diálogo intenso y muy interesante. Esto, Jesús, me resulta muy interesante. Porque si un rabino considera justa la aplicación de una norma, otro encontrará, probablemente, el modo de refutar. La dialéctica del saber.

Por otra parte, Jesús, fuiste considerado por tus contemporáneos como maestro. Muchos me llamaban *"rabí".* Con frecuencia tenías acaloradas discusiones con los auténticos rabinos sobre cómo aplicar la Ley a la vida real. Por ejemplo, no matar, no cometer adulterio, no dar falso testimonio, etc. Son mandamientos del Decálogo. Columnas básicas de la moral. Vale. Pero tu estilo de discutir era provocador. Por ejemplo, sacaban a relucir cualquier mandamiento, y tú, de inmediato, les argüías: *"Habéis oído que se dijo… pero yo os digo…"* (Mt 5,21-48). Es decir, llevabas los mandamientos al límite, para mostrarles que Dios no se conforma con el mero cumplimiento de la ley. Lo que podríamos llamar un cumplimiento mecánico. Dios quiere que pongamos el corazón. Hacer, o cumplir, las cosas por amor.

Que se estudie la Biblia, la Misná, el Talmud, es elemental para cualquier judío. Y ojalá que otros, sin serlo, hiciéramos lo mismo. Es importante conocer las raíces de donde cada quien proviene. Conocer la Historia del Pueblo del que uno procede y forma parte. Y sentirse orgulloso de esa Historia. Con sus luces y sombras. Por eso, Jesús, cuán agradecidos debemos estar al ejemplo que nos das de amor a la Patria, que es el mejor modo de amar al mundo entero.

***

Jesús, el *Salmo 110* nos habla del Sacerdocio eterno. Dios, además de haber creado al hombre con amor eterno, lo cuida, lo mima, y lo pone a su derecha, como un príncipe. *"Siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies"* (Sal 110,1).

Ni en el mejor de sus sueños podía imaginar el hombre tanto honor. ¡Cómo ennoblece Dios nuestra frágil arcilla! ¡A qué alto honor, Jesús, ha elevado Dios al ser humano, que lo sienta a su derecha!

Jesús, al ver el amor que tenías, en cuanto hombre, a tus raíces judías, me gustaría grabar con el cincel del viento, tu nombre sobre el firmamento

de mis sueños, como signo de mi gratitud, y decirte con el salmista: *"Eres príncipe desde el día de tu nacimiento"* (Sal 110,3).

Tu trono, Jesús, siendo tú Rey eterno, es hereditario. No para que alguien asuma tu lugar, como si se tratara de una dinastía humana. No. Sino para compartirlo. Hasta ahí ha llegado tu amor a nosotros. Hasta convertirnos en *sacerdotes*, *profetas* y *reyes* por el bautismo. Esa ES LA Herencia que nos haces compartir contigo.

Has hecho un juramento del que no te has echado atrás. *"El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec"* (Sal 110,4).

Además de príncipe, símbolo de autoridad, has hecho del hombre un sacerdote, es decir, alguien consagrado a ti, que te pertenece para siempre. Eso es lo mismo que si de pronto, se encendieran todas las luces para una gran celebración. Como si una legión de mariposas azules, reflejadas en el marco intemporal de los espejos diáfanos del agua, se convirtieran en estrellitas de luz cayendo sobre los invitados al gran acontecimiento. *"Entre esplendores sagrados, yo mismo te engendré, desde el seno, antes de la aurora"* (Sal 110,3).

Has hecho del hombre un ser consagrado. Eres Sacerdote eterno. Misteriosa grandeza, ante la cual sólo cabe el anonadamiento, y el silencio contemplativo. *"Desde Sión extenderá el Señor el poder de su cetro"* (Sal 110,2).

Déjame, Jesús, quedarme un momento en silencio, columpiando en mi mente tu mirada que, con amor, se ha posado en mi mirada. Esto que has hecho por nosotros en muy grande.

Sigo dando vueltas en el carrusel de mi mente para ver si encuentro palabras adecuadas con que agradecerte tanto honor. Al tiempo que te pido, Jesús, que me revistas, a mí y a todos, de inocencia. Y que en mi caminar hacia ti pueda beber el agua limpia del torrente de tu gracia.

DESDE EL SALMO 111

LA MUJER FUENTE DE LA VIDA

Jesús, no haría falta decirlo porque parece una tautología, pero es así. La mujer es la fuente de la vida. Nadie puede negarlo. Todos, y tú también, Jesús, hemos venido al mundo, y bendita la hora, por medio de una mujer: nuestra madre.

Esta fue la tarea que Dios asignó a la mujer. Ser la fuente de la vida. Es su vocación más sublime. Aunque no fuera más que por esa excelsa vocación, era motivo más que suficiente para darle todo el respeto del mundo. La maternidad le hace parecerse en gran medida a Dios. ¿Por qué? Dios es el Creador de cuanto existe. Los creyentes tenemos esto muy claro. La vida viene de Dios. ¿Y los no creyentes? Pues tendrán que esforzarse por encontrar otra fuente sustitutiva de la primordial de donde brotó la vida. No la encontrarán fuera de Dios. Dios es la vida. Y si el mismo Dios quiso que el hombre, varón y mujer, fuera su lugarteniente en la tierra, a la mujer le asignó el don sublime de la maternidad. Y punto.

Desde esta base, y partiendo del rol universal asignado a la mujer, en general, de ser guardiana de la vida, podríamos fijarnos ahora en determinadas mujeres que han destacado en la Historia de la Humanidad.

Jesús, empecemos por Eva. Sí, Eva en su escueta realidad personal, más allá de todo simbolismo. Ella fue la primera, la madre de todos los vivientes. Arquetipo universal de la Creación. De acuerdo. Muchas otras mujeres concretas, de carne y hueso, aparecen en la Biblia, y cuya labor ha sido fundamental y sublime. Pero hay otra, importantísima en la Historia de la Salvación: es María, tu Madre. Sé que la amas entrañablemente. Pues dímelo a mí que soy su hijo.

El Padre Dios la eligió para la misión más sublime que ninguna mujer, ni ella misma, hubiera podido jamás soñar. Ser la Madre del Redentor. Y Dios la hizo Inmaculada. Al llegar el momento en tenías que venir al mundo, el Padre envió al arcángel Gabriel para anunciarle la sorprendente noticia. Ella era la elegida. No se lo podía creer. Humilde como ella sola, y puesto que no alcanzaba a comprender la misión que Dios le asignaba, preguntó, pidió una explicación, con la mayor humildad del mundo.

No buscaba honor alguno para ella. Ni se consideró digna de tan sublime misión. Pero al comprender cuál era la voluntad de Dios, con total sumisión respondió al ángel: *"Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho"* (Lc 1,38). Maravillosa la joven virgen nazarena.

¿Otra mujer destacada? Isabel, la madre de Juan, más conocido como *Juan el Bautista*, por su labor pastoral ejercida en el río Jordán. Juan fue el que te preparó el camino para lanzarte a proclamar el Evangelio.

Curiosamente, Jesús, y como sucede con varias otras mujeres del Antiguo Testamento, Isabel era estéril. Me pregunto, ¿por qué Dios elige a mujeres estériles para misiones sumamente extraordinarias? Me parece que la respuesta está clara. Para recordarnos que toda mujer es fuente de vida, aunque sea estéril, pero que la vida procede y es de Dios. La auténtica fuente de vida es Dios. ¿Puede haber más maravilloso que la vida?

Lo que estaba siendo una frustración para Isabel, el no poder tener hijos por ser estéril, se convierte de pronto en gozo inenarrable. Hasta el mismo Juan lo celebró en el seno materno, saltando de alegría. *"Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno"* (Lc 1,44). Fue por el encuentro de las dos mujeres, María e Isabel. Y sin duda que también, por la alegría de la propia madre. Al mismo tiempo, se juntaron los dos Testamento, el Antiguo y el Nuevo. Isabel representaba el Antiguo, y tu Madre el Nuevo.

Jesús, siempre tuviste un respeto y un amor grande y sincero a toda mujer, por el hecho de ser mujer. No importa si se trataba de una mujer buena o mala. Cada mujer, lo mismo que todo varón, es hija de Dios. Por consiguiente, tiene una dignidad intrínseca. Motivo, pues, más que suficiente para amar a la mujer. De este modo, dejaste que una pobre pecadora te lavara los pies, escándalo incluido de los fariseos, cuando estabas comiendo como invitado, precisamente en la casa de un fariseo. (Lc 7,37-40). ¿Alguien pudo acusarte de algún desliz con alguna mujer? Nunca. Jamás. Y eso que cultivaste la amistad humana con mujeres. Recordemos, por ejemplo, tu amistad con Marta y María (Lc 10,38-42). Es natural, por consiguiente, que viendo tu comportamiento limpio y honesto ante cada mujer, nadie pudiera reprocharte nada al respecto. Anduviste siempre a la luz del día. Todos sabían por dónde andabas en cada momento. De esta manera, se comprende también que las mujeres te tuvieran respeto y confianza. Y se te acercaran. Unas para ser curadas. En el cuerpo o en el alma. ¿Qué hiciste con María Magdalena cuando te lavó los pies en la casa del fariseo, sino perdonarle los pecados?

Hubo también mujeres formando parte del grupo que formabais los apóstoles y tú. Viajaban con vosotros. Vivían con vosotros. Hasta os ayudaban con sus bienes. A ninguna se la discriminó. San Lucas testifica en el Evangelio: *"Jesús recorría las ciudades y los pueblos, predicando y anunciando la Buena Noticia del Reino de Dios. Lo acompañaban los Doce y también algunas mujeres que había sido curadas de malos espíritus y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, esposa de Cusa, intendente de Herodes, Susana y muchas otras, que los ayudaban con sus bienes"* (Lc 8,1-3).

En consecuencia, toda mujer debe ser comprendida, valorada, y amada. María Magdalena es el prototipo de mujer que se sintió valorada y amada. Por eso supo también corresponder con su agradecimiento. ¿Quién si no, fue la primera en acudir el domingo temprano al sepulcro? Ella, María Magdalena. La mujer con el amor más limpio que he visto en mi vida. Al

verte resucitado, en un primer momento no te reconoció. Sus lágrimas eran un velo que le impedían verte. Eran las lágrimas de un amor verdadero, agradecido, sin egoísmos. El premio, como agradecimiento, fue hacerla mensajera de la más novedosa y sublime noticia: que habías resucitado. Así que, la mujer fuente y guardiana de la vida.

***

Jesús, tras esta consideración, quiero adentrarme en el *Salmo 111*. Si me preguntas por qué, te respondo: porque me siento hijo del barro y de la Gracia. Nacido en libertad. Nacido del amor de Dios, en primer lugar. Y de unos padres instrumentos de tu mismo amor.

Del barro modeló Dios la raza humana. Del barro nos formó. Libres nos formó. Así pues, fruta en sazón de la raza humana me siento, palabra estirada en el tiempo, para poder retomar las palabras del salmista: *"Doy gracias al Señor de todo corazón, en compañía de los rectos, en la asamblea. Grandes son las obras del Señor, dignas de estudio para los que las aman"* (Sal 111,1-2).

Hijo de la madre tierra, madura de partos, arrastrada de dolor y de alegría por tantos hijos, yo, Jesús, soy uno de ellos, y con ellos diré: *"Esplendor y belleza son tus obras"* (Sal 111,3).

"Has hecho maravillas memorables" (Sal 111,4). Efectivamente, todo cuanto nos rodea es prueba de ello. Por lo mismo, igual que un atlante lleva a hombros su destino, yo llevo a cuestas la tarea de no perder las huellas o el sendero por donde un día huyó la paz, hace tiempo victimada y desterrada de una sociedad que, tantas veces, ha sido capaz de alejarse de Dios, a pesar de que *"justicia y verdad son las obras de tus manos"* (Sal 111,7), y de que *"todos tus preceptos merecen confianza"* (Sal 111,7). La vida está por encima de todo. *"¡No matarás!"* (Ex 20,13).

Sí, Jesús, hijo del barro y la libertad soy, lo reconozco agradecido; vagido apenas de hombre, ya lo sé. Pero insuflado del aliento divino. Por lo mismo, orgulloso me siento del barro del que Dios, Artífice Divino, me formó. Barro, por lo demás, que amo; y por eso, desde lo más profundo de mi ser, amo el don sagrado de la vida. Amo y agradezco a Dios mi libertad. *"Principio de la sabiduría es el temor del Señor, tienen buen juicio los que lo practican; la alabanza del Señor dura por siempre"* (Sal 111,10).

Hijo del barro para no olvidar que tú, Señor, *"das el alimento a los que te temen, recordando siempre tu alianza. Mostraste a tu pueblo la fuerza de tu obrar, dándoles la heredad de los gentiles"* (Sal 111,5-6). Tú, y sólo tú, eres quien nos sostiene. *"Tu nombre es sagrado y temible"* (Sal 111,9). Por eso, tus preceptos *"se han de cumplir con verdad y rectitud"* (Sal 111,8).

Gracias, Jesús, por el don de la vida, y de cada mujer como fuente de la misma.

DESDE EL SALMO 112

RELIGIOSIDAD POPULAR

Jesús, suele decir la gente que los apóstoles fueron más afortunados, porque te pudieron ver. Estar conmigo. Escucharte directamente. En ti veían un amigo. Pero no veían la divinidad. Hay quien dice que le hubiera gustado vivir en tiempos de tal o cual otro personaje de la historia. Pero mira. Entiendo que los personajes importantes de la historia han quedado perpetuados en sus obras. A ti te conocemos a través del Evangelio. Sin embargo, y por desgracia, el Evangelio puede colocarse en los anaqueles de la biblioteca. Y dejarlo ahí, archivado.

Pienso, sin embargo, y bien pudo ocurrir que el Evangelio no se hubiera escrito. De hecho, tú no mandaste escribir nada. En cambio, y esto sí es importante, nos mandaste amarnos los unos a los otros. *"Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros"* (Jn 13,34).

Fue tu mandato. Lo mismo que diste orden a los apóstoles de que fueran por el mundo entero y proclamaran la Buena Nueva. *"Id por todo el mundo, anunciad la buena nueva a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará. El que no crea, se condenará"* (Mc 16,15-16). Esto sí es importante. Ya ves que mucha gente te conoció, y quedó indiferente. ¿No pasaría hoy lo mismo? De modo que, en conclusión, los de entonces no llevan ventaja a los de ahora.

Jesús, te conocemos por la fe. Si en el Antiguo Testamento hubo una Alianza que, por cierto, el pueblo muchas veces incumplió, y de ahí que el profeta Jeremías llegara a hablar de Nueva Alianza: *"Llegarán los días -oráculo del Señor- en que estableceré una nueva Alianza con la casa de Israel y la casa de Judá"* (Jr 31,31). Y más adelante añade: *"Estableceré con ellos una alianza eterna, por la cual nunca dejaré de seguirlos para hacerles el bien"* (Jr 32,40). Sin embargo, la verdaderamente Nueva Alianza la sellaste con tu sangre. Es san Lucas quien, al narrar la última cena, recoge tus palabras: *"Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía. Después de cenar, hizo lo mismo con la copa, diciendo: Esta copa es la nueva alianza, sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros"* (Lc 22, 19-20). De esta manera, te has quedado con nosotros para siempre. Eres la Buena Nueva. Te has quedado en la Eucaristía, te has quedado en la comunidad creyente, y en el Amor que nos tengamos unos a otros.

Ahora bien, Jesús, mucha gente no frecuenta la Eucaristía. ¿Y lo de amarnos unos a otros? A medias, o casi nada. ¡Cuánto nos cuesta perdonar! ¡Cuántos nos cuesta amar!

Así las cosas, mucha gente acude a una especie de sucedáneos, donde se entremezclan religión, fe, devociones piadosas. Y mucha agua bendita. ¿Es esto lo ideal? No. Bien es cierto que a mucha gente tampoco se le puede exigir mucho. El ambiente, la falta de cultura, el desconocimiento, y hasta la falta de interés y de esfuerzo personal, que se sustituye por una postura acomodaticia, influye. ¿Gente inmovilista? En parte, sí. Pero lo peor es que muchos se vuelven, nos volvemos, inmovilistas, o ultraconservadores. ¿Qué hacer?

Se habla mucho de *la religiosidad popular*. Para mucha gente es la mecha que aún humea. Que no hay que apagar. Es lo único que les queda. En el Evangelio se citan palabras del profeta Isaías (Is 42,3). *"No quebrará la caña doblada y no apagará la mecha humeante, hasta que haga triunfar la justicia; y las naciones pondrán la esperanza en su Nombre"* (Mt 12,20-21).

Hay una religiosidad popular de poco peso. Pero, debo al mismo tiempo puntualizar, hay también una religiosidad que vale la pena. ¿En qué consiste? En exteriorizar lo que hay dentro. La fe. Es bueno manifestarla, yo diría en forma de catequesis. Por ejemplo: los belenes, que tanta gente coloca en sus hogares en Navidad. Las procesiones por las calles con imágenes sagradas, en tiempo de la Semana Santa. Y así. Es una catequesis viva que ayuda a la fe.

***

De esta manera, Jesús, déjame asomarme a tu presencia, y que, desde el pretil endeble de mi vida, pueda yo decirte en forma de plegaria agradecida, y valiéndome del *Salmo 112*: Gracias, por tanta gente buena como puebla la faz de la tierra; por tanta gente que te ama, que sigue tus preceptos, que cree en ti. *"Dichoso quien teme al Señor y ama de corazón sus mandatos"* (Sal 112,1).

Lo mismo que un árbol frondoso hunde sus raíces en lo profundo de la tierra, lo mismo sucede con quien ama tus preceptos y los guarda. *"Su linaje será poderoso en la tierra, la descendencia del justo será bendita"* (Sal 112,2). Quisiera tener siempre en mi boca el sabor dulce de tu nombre, que se pronuncia con gozo: ¡Padre! Porque aprendiz de niño me sé. Y jugar quisiera, como juega el niño, a columpiar mi vida en las ramas umbrosas del árbol de la vida, manteniendo la inocencia de los días que aún me queden. *"Su caridad dura por siempre"* (Sal 112,3).

Tengo el alma taladrada del paisaje de tu luz eternal, Jesús. Y veo, estremecido, el universo envolvente de tu presencia. Te digo ¡Padre!, con la ternura del barro de mi ser recién horneado en el cuenco infinito de tus manos, que amasaron con amor, sabiamente, las galaxias, para vestir de

relente el misterio de la noche fantástica del tiempo. *"En las tinieblas brilla como una luz, el que es justo, clemente y compasivo"* (Sal 112,4).

Raíz del tronco de la vida, en figura de hombre, me sueño; y correr quisiera, puesto que soy peregrino, lo mismo que un profeta, sin sandalias, sin cayado, sólo con la voz y la palabra, el desierto. Y proclamar, a pleno pulmón, el himno de la gratitud, a ti, Jesús, mi Dios, por la gente buena que me rodea. *"El recuerdo del justo será perpetuo"* (Sal 112,6).

De pronto, envuelto me veo en el palpitante aleteo de tu mágica voz, que fue creando a retazos la luz, el cosmos, la vida. Y al hombre, imagen de tu ser. *"Su corazón está seguro, sin temor, hasta que vea derrotados a sus enemigos"* (Sal 112,8). Así, esta savia de mi viejo árbol seguirá reverberando por las venas intercomunicadas del pensamiento, de la fe, y de la esperanza, que alienta y empuja mi ser. El justo, *"alzará la frente con dignidad"* (Sal 112,9). Jesús, que podamos alzar la frente con dignidad para proclamar la fe.

DESDE EL SALMO 113

LA SUAVE BRISA DEL PERDÓN

Jesús, es mucha la gente que dice, *¿dónde está Dios?* Gente creyente, pero que quisieran ver. Buscan, buscamos, seguridades. Tienen fe. Al menos una cierta fe. Pero, al mismo tiempo, saben y experimentan que la fe no ofrece seguridades. La fe, por sí misma no puede mostrar evidencias. No hace visible lo invisible. ¿No sería más lógico preguntar, *¿dónde lo podemos encontrar?* Esta segunda pregunta la veo más razonable. Más acertada. ¿Que por qué? Te lo diré, Jesús. Pero para eso echo mano del pasaje de *1Re 19,9a.11-13*. Elías, el profeta, sabe que Dios va a pasar, por más que siempre está pasando. Dios siempre está pasando. Elías había pasado a espada a los falsos profetas, los profetas de Baal. Ahora, perseguido por Jezabel, huye, y llega a Bersebá de Judá. Ahí dejó a su sirviente. Exhausto y desesperado, se adentra en el desierto deseándose la muerte. Pero un ángel del Señor vino en su ayuda. *"Levántate y come, porque todavía te queda mucho por caminar"* (1Re 19,7). Una vez reconfortado, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb.

Fue en el Horeb donde tuvo la más sensible experiencia de Dios. Sabía que Dios iba a pasar. Vale. Pero fijémonos en esto. Mucha gente piensa que Dios está en lo espectacular. Pues no. Elías, al sentir la fuerza de un huracán, pensó: aquí está Dios. No. Dios no estaba en el huracán. Luego vino un terremoto. Tan fuerte que hubo hasta incendios. Tremendo. Tampoco estaba Dios en el terremoto. Debió pensar que Dios le estaba tomando el pelo. En esto, *"se oyó el rumor de una brisa suave"* (1Re 19,12). ¡Justo!, ahí estaba Dios.

Jesús, ¿cómo supo Elías que Dios estaba en la suave brisa, imperceptible apenas? Claro. Porque estaba atento. Es decir, que más que andar buscando lo llamativo, lo espectacular, hay que estar atento a la *suave brisa*. Lo espectacular se presta a fantasías, campo preferido de los agoreros. Hay otro lugar para encontrar a Dios. ¡En la propia conciencia!

La gente busca seguridades. Pienso que, lo que hay que buscar son verdades. ¡Qué mayor verdad que la conciencia! La misma que no nos deja ni a sol ni a sombra. La conciencia te dice, al instante, si estás actuando bien o mal. Así que, a la pregunta dónde podemos encontrar a Dios", esta es la respuesta. Por cierto, la conciencia no es algo espectacular. No es un huracán, no es un terremoto. Es como la brisa, tenue, suave, pero que entra hasta los entresijos del alma.

Creo, Jesús, que Elías fue un buen profeta. Por eso, bien pudo decir: *"Me consumo de celo por el Señor"* (1Re 19,14). ¿Y por qué profeta? Porque el profeta es siempre voz para las conciencias. Es el que deja en evidencia el

pecado. Cuanto más grande es el pecado, o más importante el que lo comete, más evidente resulta, más a la vista está. Ya nos lo advertiste: *"Todo lo que habéis dicho en la oscuridad, será escuchado en pleno día; y lo que habéis hablado al oído, en las habitaciones más ocultas, será proclamado desde lo alto de las casas"* (Lc 12,3).

En conclusión, Jesús, que lo mejor es ir por la vida honestamente. No hay mayor tranquilidad que una conciencia en paz. Lo que no significa carecer de problemas. Elías fue un buen profeta. Un profeta, además, valiente. Pero tuvo enormes problemas. Salió huyendo, su vida corría grave e inminente peligro. Dios nunca lo abandonó. La triste realidad actual es al revés. Hay mucha gente que abandona a Dios.

En la vida hay abandonos y hay ausencias. Y enormes sustos. Como el que se llevaron tus discípulos aquella noche. Te habías quedado rezando, mientras ellos se iban en barca a la otra orilla del lago. También aquí ocurrió que vino un viento fuerte. No fue como el huracán de Elías. Pero lo suficiente para poner nervioso a cualquiera que vaya en una frágil barca por la mitad de un lago, y más de noche, cuando la gente suele mostrarse más miedosa. Terminaste la oración, y te fuiste a su encuentro. ¿Cómo? Caminando sobre el agua. Me imagino la escena. El viento de un lado, el miedo por el otro. Y la imaginación envolviéndolo todo. ¡Un fantasma! No se imaginaron otra cosa. *"Es un fantasma"* (Mt 14,26).

¡Que no hombre, que no, que soy yo, no tengáis miedo!, les dijiste. Que si quieres. Hasta que el bueno de Pedro, eso sí, temblando de miedo, te dice: *"Señor, si eres tú mándame ir a tu encuentro sobre el agua"* (Mt 14,28). ¡Claro que se vino hacia ti! Pero su miedo fue en aumento. Seguía viendo un fantasma en la neblina de su mente. Y de este modo se hundió. ¡Bueno!, quizá fue entonces debió ver las cosas con más claridad, porque gritó: *"Señor, sálvame"* (Mt 14,30). Los reflejos que da el miedo.

Jesús, lo malo no es el miedo físico, que es inherente a la naturaleza humana, sino el otro. El miedo a la propia conciencia. Sólo que, en la conciencia no entran los fantasmas. Todo es realidad, la escueta realidad. Mientras tanto, habrá que estar atentos a la *suave brisa*.

***

"Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre, de la salida del sol hasta su ocaso" (Sal 113,2). Eso dice el *Salmo 113*, Jesús. Palabras que nunca deberían faltar en nuestros labios y en nuestro corazón. Tu nombre es bendito ahora y siempre y por los siglos de los siglos. *"Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor"* (Sal 113,1). Porque el Señor es único. No hay otro Dios.

Y porque eres único, quiero alabarte *"de la salida del sol hasta su ocaso"* (Sal 113,3). Quiero alabarte con el sol y con todos los astros. En los

días nublados y en los llenos de luz. Con la nieve, con la lluvia y con la niebla. Y en la suave brisa. *"Alabado sea el nombre del Señor"* (Sal 113,3). Quiero alabarte en la noche y en el día. Siempre.

Jesús, si me ves desorientado en la niebla, no me dejes. No dejes que deambule perdido. Cobíjame en ese refugio seguro que es tu corazón de Padre. Cerraré entonces mis ojos para no romper el momento, y abriendo la puerta de mi corazón te mostraré un jardín florecido con mis mejores sentimientos. El más abundante lo llamaré *sentimiento de alabanza*. Es flor que brota espontánea. Porque tú eres el Señor. *"El Señor se eleva sobre todos los pueblos, su gloria sobre los cielos"* (Sal 113,4). Alabanza a ti, Señor Jesús.

En mi corazón brota también otra flor. La que más necesito. Es la flor del perdón. Sí, Jesús, la flor del perdón. La más aromática. La que más necesito. Me veo en la necesidad de acudir a ella constantemente. A diario debo pedir perdón. Unas veces, por exceso de palabras. Otras, por exceso de silencio. Hablo cuando debo callar y callo cuando debo hablar. Perdón, Jesús, perdón por cuantas veces la alabanza a ti no ha estado a punto en mis labios. *"¿Quién como el Señor, Dios nuestro, que habita en las alturas y se abaja para mirar al cielo y a la tierra?"* (Sal 113,5-6). Perdón por sentir el huracán, el fuego o el temblor, y olvidarme de la suave brisa.

Siempre es hora de volver al camino de la reconciliación y del perdón. Siempre es hora de volver al camino andado ayer, donde alguien quedó malherido en su honor y reputación, para pedirle perdón. *"Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre"* (Sal 113,7). Y con el corazón reconciliado, sentir la suave brisa de tu amor, Jesús.

DESDE EL SALMO 114

LA MORAL DESDE EL EVANGELIO

Jesús, el Evangelio es sumamente claro, diáfano. ¿Qué quién lo ha complicado? No es que alguien lo haya complicado. Lo que pasa es que, la tentación de añadir cosas paralelas al mismo nos ha llevado a convertir las acotaciones en norma. Cuántas veces damos más importancia a escritos, documentos, y libros paralelos, que no siempre reflejan *la nitidez* del Evangelio. O, dicho de otra manera, no siempre reflejan *con nitidez* el Evangelio. Por ejemplo, la Moral. Me refiero a la de los libros. Mira que se han escrito libros y más libros de moral. ¿Qué ha pasado con la moral? Pues que, al convertirla en una ciencia autónoma, automáticamente se ha convertido en un tratado extenso de casuística, de actos concretos. Mientras que el Evangelio presenta un camino a seguir. Naturalmente que es un proceso. Pero es que, la persona, toda persona, es un proceso. Un hacerse día a día. No se nace hecho de una vez. Hay un proceso. Y el Evangelio es la gran luz que ilumina y ayuda a ese proceso.

Entiendo, Jesús, que ese proceso está avalado por la libertad. La libertad es inherente a cada persona. Pero la libertad es precaria. ¿Por qué? Muy sencillo. La libertad humana está condicionada, por ejemplo y entre otras cosas, por la formación que cada persona ha tenido. Por supuesto que el ambiente condiciona. Los rápidos cambios del mundo actual son un condicionante muy a tener en cuenta. Lo mismo sucede con las dificultades, sobre todo psíquicas, que cada persona pueda tener. No es lo mismo el estado psíquico de un apóstol Pedro, o Pablo, por poner un ejemplo, que el del pobre loco de los sepulcros.

Cito: *"Apenas Jesús desembarcó, le salió al encuentro desde el cementerio un hombre poseído por un espíritu impuro"* (Mc 5,2). Es decir, un pobre desquiciado. Un loco. Sólo que, en tu tiempo, con menos conocimientos en cuestiones psíquicas, se etiquetaba a estas personas como *endemoniados*, o *poseídos por espíritus impuros*. Por consiguiente, dentro de los condicionantes que rodean a cada persona, hay sin embargo una jerarquía de verdades en la fe cristiana. Esta culmina en la Resurrección. Quien no cree que estás vivo, y que, además, vives en cada creyente, se cierra a la esperanza. Carece de un futuro cristiano. Y entonces buscará cimentar su fe en sucedáneos, como pueden ser las imágenes. He observado que mucha gente cuando entra a una iglesia, lo primero que hacen es ir a rezar ante la imagen de un santo. Los veo pasar delante del sagrario. Nada, ni una venia. Menos, una genuflexión. Te desconocen, Jesús.

Pero sigamos con el tema de la moral. ¡Cuántos tratados de moral sobre la sexualidad! Convertida en tabú, se ha hecho de la sexualidad, y

además en plan negativo, asunto central de la inmensa mayoría de los libros sobre moral. ¡Todo es pecado…! ¡Hombre…! ¿Cuál ha sido la consecuencia? Que hemos pasado el péndulo al lado contrario. ¡Ancha es Castilla! Pues ni una cosa ni otra.

Desde el siglo XVI, en materia de moral sexual, pareciera que no hubiera otro tipo de pecados. Pero es importante tener en cuenta lo que dijiste en el Evangelio: *"Si el ojo está sano, todo el cuerpo estará iluminado"* (Mt 6,22). También el cuerpo es obra de Dios. Cierto es que hay que tener cuidado para no caer en la lujuria. Somos de barro. Pero de ahí, a que todo sea pecado mortal, va un abismo. Por supuesto que hay una jerarquización en los principios morales. Y pregunto, ¿dónde quedó el tema de la justicia?

La justicia es la base de la caridad. ¿Dónde está la preocupación por tanta gente que tan mal lo pasa teniendo que huir de sus países para salvar la vida? Ese sí es un gravísimo pecado, dejar que mueran a diario miles de adultos y niños, sobre todo, por causas que son evitables. Y nadie se rasga las vestiduras.

Clama al cielo, Jesús, la situación de tantas personas desplazadas. Muchas mueren por el camino. Unas ahogadas en el mar, otras porque se les cierran las fronteras. Repito, clama al cielo. Y clama aún más, la actitud indiferente, pasiva y vergonzosa, en una palabra, de quienes teniendo en sus manos los medios para poder solucionar tan trágica situación no lo hacen.

Jesús, esto que estamos comentando sobre la moral, creo que se llama discernimiento. El discernimiento es la principal categoría moral en el Nuevo Testamento. Es ahí cuando entra en acción la conciencia personal. Cada quien es responsable de sus actos, de su comportamiento, y de su vida.

Vamos a ver. Lo hemos comentado en alguna otra ocasión. Pregunto. ¿No habrá nadie que, al igual que se rechazó el comunismo en su día, no sea capaz de levantar la voz y pedir que se rechace el capitalismo? Comunismo y capitalismo son igual de perversos. Ni uno ni otro están en la línea del Evangelio. Cuando el dinero, o las finanzas por las finanzas, cobran protagonismo, malo. Economía que no humanice, es inmoral. Como inmoral es toda guerra. Y peor aún, si para justificarla invocan a Dios. ¿A qué dios? En minúscula. Porque el Dios verdadero es Dios de amor y de misericordia.

Jesús, ¿cuándo volveremos a las raíces mismas del Evangelio?

***

Jesús, vamos a ver si ilustramos esto de la moral con el *Salmo 114*. Siempre es bueno, hasta necesario, mirar por el retrovisor, volver la vista atrás. Volver la vista al Egipto que quedó atrás, dicho bíblicamente. Ver el pasado para poder atisbar el futuro, y estar bien situados en el presente. Saber quiénes fuimos, qué hicimos, qué buscamos, qué queremos, a dónde vamos. Y el porqué de cada cosa, y de cada momento. Bueno es también liberarse

de toda nostalgia. La nostalgia crea espejismos. En cambio, el Evangelio ilumina.

Tu pueblo, Jesús, había permanecido en Egipto mucho tiempo. Dios lo sacó con mano fuerte, bajo la guía de Moisés. Le había prometido tierra donde poder asentarse en libertad. *"Cuando Israel salió de Egipto, los hijos de Jacob de un pueblo balbuciente, Judá fue su santuario, Israel fue su dominio"* (Sal 114,1-2).

Hubo momentos difíciles, momentos de mucha tensión en la travesía del desierto. No faltó quien añorara el pasado. Quien, mirando hacia atrás, se olvidó de mirar hacia adelante. Los ojos, cerrados por la arena del desierto se volvieron tristes. El mar, que todo lo purifica, limpió a muchos su ceguera, les devolvió la esperanza. *"El mar, al verlos, huyó; el Jordán se echó atrás; los montes saltaron como carneros; las colinas, como corderos"* (Sal 114,3-4).

Al retroceder en la historia, vemos, Jesús, que, mientras unos sucumbieron al desánimo, apoderándose de ellos incluso la rebeldía, otros permanecieron fieles. Pero incluso los que fueron fieles a Dios, llegó un momento en que también sucumbieron a la tentación de los ídolos. La idolatría. Tan arraigada en tantos y tantos pueblos. En tantos y tantos corazones. Consiste en querer manipular a Dios. Consiste en querer dominar a Dios, al que hemos convertido en un trozo de madera, de bronce, o de cualquier otro material. ¡Qué necios somos! ¡Confundir a Dios, al Altísimo con un trozo de madera…! *"En presencia del Señor se estremece la tierra"* (Sal 114,7). ¿Qué moral es esa?

Hoy, muchas cosas siguen igual. O peor. La falta de fe está invadiendo a una gran parte de la humanidad. ¿Qué nos está pasando? El pueblo llegó a añorar las cebollas de Egipto. Pero, no todos claudicaron. En cambio, hoy, una inmensa cantidad de personas, no añoran nada, es verdad. Pero tampoco buscan nada. Nuestro corazón se ha vuelto duro como el pedernal. Qué lástima. Egipto quedó atrás. Y nosotros, ¿a dónde vamos, Jesús? Mal está una moral obsesionada por determinados temas. Pero es peor carecer de toda moral.

DESDE EL SALMO 115

UN MUNDO HERIDO

Jesús, hay mucha gente buena, lo hemos comentado más de una vez. Gente piadosa, te visitan en el sagrario, hacen el bien que pueden. Y, a pesar de todo, el mundo está lleno de heridas. A ti también te llenaron de heridas. Dicho con más propiedad, te llenamos de heridas. Nadie es inocente. El mundo está herido de pies a cabeza.

La gente, al fijarse en tus llagas, habla de cinco llagas. Se quedan cortos. Todo tu cuerpo era una llaga. Los treinta y nueve azotes te dejaron la espalda en carne viva. Lo relata san Juan: *"Pilato mandó entonces azotar a Jesús"* (Jn 19,1). Y eso después de declarar que no veía culpa alguna en ti. ¿Pues qué justicia es esa? En el ritual judío eran treinta y nueve azotes. No todos los aguantaban. El dolor terrible. Pero eras fuerte.

Cuando alguien se compadece de tus heridas es porque tiene sentimientos de compasión. Nadie tendríamos derecho a proclamarte como nuestro Redentor, si no somos capaces de tocar tus heridas. El apóstol Tomás fue el primero que quiso tocarlas. No se lo creyó cuando le dijeron que habías resucitado. *"Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré"* (Jn 20,27). Su actitud es comprensible. Quiso verificar por sí mismo que no estaba ante una alucinación. Que aquello no era un sueño. Ni que tú eras un fantasma. Ante la evidencia, al verte, no necesitó tocar tus llagas. Creyó. Pero, cuando digo que tenemos que ser capaces de tocar tus llagas, es en sentido figurado. Son otras las llagas donde debemos meter las manos: las llagas del mundo.

El papa Francisco habla mucho de que debemos ir a *las periferias del mundo*. Es posible que más de uno no seamos capaces de captar el dramatismo de esta expresión. Y peor aún si la acuñamos como una frase bonita. Hay que temer a las frases bonitas cuando se quedan en bonitas. Puro lirismo, campo en el que se mueven los poetas. Pero el mundo actual necesita sobre todo profetas.

Sí, Jesús, hay mucha distancia entre poetas y profetas. El poeta sale al mundo a pasear su fantasía. El profeta sale a palpar y denunciar las tremendas llagas que hieren y martirizan a la humanidad. Una de esas llagas es la falta de solidaridad ante tanta pobreza. Tus llagas están reproducidas, están vivas en la gente que sufre. El apóstol Pedro nos lo recuerda: *"Cristo padeció por vosotros, y os dejó un ejemplo a fin de que sigáis sus huellas"* (1Pe 2,21). *"Él llevó sobre la cruz nuestros pecados, cargándolos en su cuerpo, a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia"* (1Pe 2,24). Justicia. ¿Hay justicia en el mundo de hoy?

Es urgente que escuchemos a los más pobres, a los más abandonados. Y que, en vez de fijarnos tanto en las distintas religiones, tratando de imponer una religión sobre otra, lo cual es prepotencia y flagrante alarde de falsedad, nos fijemos y trabajemos porque se imponga el sentido humanitario.

Tú no viniste a fundar religión alguna. Viniste a enseñarnos el camino para construir un mundo nuevo y posible. Un mundo donde haya amor. Religión que carezca de amor al prójimo, es religión alejada de Dios. Se impone, pues, la realidad. Y la realidad es que el mundo sufre. Que el mundo está herido.

Pero, lo dicho, Jesús. Faltan profetas, y sobran demagogos. Escasean las personas con autenticidad, sobre todo en determinados gobernantes. ¿Cómo conseguir esta autenticidad? Es fundamental una íntima comunión contigo. Eres el Redentor, que has dado tu vida por todos. No basta con ver las heridas. Hay que curarlas. Necesitamos, pues, crear la cultura del diálogo, del entendimiento, de una convivencia pacífica.

Nos lo ha recordado reiteradamente el papa Francisco, cuando anima a todos a *"salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio"* (Evangelii Gaudium 20). En estas periferias están los emigrantes, los más desfavorecidos, muchos adultos que, enfriada su fe, se han ido alejando de ti. Y una vez lejos de ti, no han transmitido a los jóvenes el don de la fe.

Muchos jóvenes están en estas periferias. Abandonados a su suerte, como ovejas sin pastor. Quienes, por tu gracia, Jesús, aún conservamos el don sagrado de la fe, debemos tratar de ser testimonio de cercanía y amor para todas las personas. ¿Cómo? Siendo instrumentos de la misericordia de Dios para los demás. Manteniendo la fidelidad al Evangelio. Siendo profetas de la verdad y la misericordia en medio del mundo.

***

Pobreza no es miseria, ni el pobre, por serlo, un miserable. Pobreza es esperanza, y es libertad. Pero el pobre, quizá porque tiene más sensibilidad, está más cualificado para ser protagonista en la construcción de un mundo de paz.

Al decir esto, estoy pensando, Jesús, en el *Salmo 115*. Precisamente, el pobre, por pobre, es más propenso a abrir sus brazos a Dios, que es su única esperanza.

Los pobres confían en ti, Jesús. No en la fuerza de los poderosos. Otros, por el contrario, pretenderán hacer de ti un ídolo manejado a su antojo. *"Sus ídolos son plata y oro, hechura de manos humanas. Tienen boca, y no hablan; tienen ojos, y no ven; tienen orejas, y no oyen; tienen nariz, y no huelen; tienen manos, y no tocan; tienen pies, y no andan; no tiene voz su*

garganta: que sean igual los que los hacen, cuantos confían en ellos" (Sal 115,4-8). Los ídolos.

Eso es, Jesús, los ídolos. El mundo está lleno de ídolos, comenzando por el poder y el dinero. Y aunque pensemos que somos nosotros quienes manejamos a nuestro antojo los ídolos, es al revés; los ídolos nos manejan a nosotros. El ídolo del dinero nos envuelve, y de qué modo. Los ídolos del poder y el dinero tienen una codicia insaciable. Son insaciables. Es de esta manera como surgen las guerras. Las guerras buscan la hegemonía del poder. Están también los ídolos de la estupidez y de la barbarie humana. En cambio, *"Israel confía en el Señor, él es su auxilio y su escudo. La casa de Aarón confía en el Señor: él es su auxilio y su escudo. Los que temen al Señor confían en el Señor: él es su auxilio y su escudo"* (Sal 115,9-11).

Da vergüenza y sonrojo ver las guerras, atroces guerras, sin paliativos, las que últimamente estamos produciendo los seres humanos. ¿Qué nos está pasando, Jesús? ¿Por qué el colmillo cainita nos ha crecido tanto? ¿Por qué nos estamos deshumanizando? *"No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria, por tu bondad, por tu lealtad"* (Sal 115,1). Nunca mejor dicho: a tu nombre hay que dar la gloria. En ti está la bondad, Jesús. Pero mucha gente no te conoce. Además de profetas, faltan evangelizadores de a pie que vayan sanando las heridas del mundo.

DESDE EL SALMO 116

LA PALABRA NO ES MONOPOLIO DE NADIE

Jesús, sólo Dios tiene la última palabra de las cosas. Lo mismo que nadie tiene el monopolio de la verdad, nadie tiene el monopolio de las palabras. La palabra trasmite conceptos, ideas, deseos, aseveraciones. ¿Alguien tiene la plena seguridad de estar en lo cierto? Solemos decir que las palabras se las lleva el viento. Y que los hechos permanecen. Para bien o para mal. Pero el poder de Dios está por encima de las cosas.

Echando mano del libro de los Números, encontramos que Moisés comunicó al pueblo lo que Dios le decía. Era Moisés enlace entre Dios y el pueblo. A su vez, el poder de trasmitir el mensaje de Dios, Moisés a su vez lo infundió sobre setenta ancianos. Entonces, ellos también podían hablar en nombre de Dios. Y aquí hay algo curioso. Resulta que este poder le fue conferido también a Eldad y Medad. Pero, no eran del grupo de los setenta. Entonces *"un muchacho vino corriendo y comunicó la noticia a Moisés: Eldad y Medad están profetizando en el campamento"* (Num 11,27). Josué se puso de parte del muchacho, y pidió a Moisés: *"Moisés, señor mío, no se lo permitas"* (Num 11,28). ¿Qué hizo Moisés, hacerle caso, darle la razón? Al contrario. Contestó: *"¡Ojalá todos fueran profetas en el pueblo del Señor, porque él les infunde su espíritu!"* (Num 11,29).

Me lleva esto a pensar, Jesús, que a veces hay gente que tiene celos, envidia, del bien que otros hacen. Incluso están dispuestos a comprar el poder de hacer el bien. Como es el caso de aquel hombre llamado Simón. Se dedicaba a las artes mágicas. En esto, los apóstoles Pedro y Juan bautizaron a unos samaritanos para que recibieran el Espíritu Santo. *"Porque todavía no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente estaban bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo"* (Hech 8,16-17). Simón, el mago, no salía de su asombro. ¿Qué hace? *"Al ver que por la imposición de las manos de los Apóstoles se confería el Espíritu Santo, Simón les ofreció dinero, diciéndoles: Les ruego que me den ese poder a mí también, para que aquel a quien imponga yo las manos reciba el Espíritu Santo"* (Hech 8,18-19).

Es evidente que no pretendía colaborar con los apóstoles en la extensión del Reinado de Dios, sino aumentar la cantidad de artimañas para atraer gente y aumentar sus ganancias. La respuesta de Pedro fue contundente: *"Maldito sea tu dinero y tú mismo, porque has creído que el don de Dios se compra con dinero"* (Hech 8,20). *"Tu corazón no es recto a los ojos de Dios"* (Hech 8,21).

San Pedro le instó a que se arrepintiera de su pecado. Que pidiera perdón a Dios. Simón fue lo suficientemente humilde para reconocer su

error: *"Rueguen más bien ustedes al Señor, para que no me suceda nada de lo que acaban de decir"* (Hech 8,24).

Pues bien, la Palabra de Dios es de Dios. Y sólo de Dios. Ahora bien, él elige a quien quiere, por ejemplo, a Moisés, para difundirla. La Palabra de Dios es Palabra de Salvación. Y quien es elegido para tal misión debe hablar, no la palabra de hombre, sino la de Dios. De otro modo, sólo serían palabras de un charlatán de feria.

Jesús, nosotros, por el bautismo, hemos recibido la misión de ser profetas. Por consiguiente, de proclamar la Palabra. Y también el ser sacerdotes y reyes para anunciar el Reino de Dios. ¿Crees que muchas de las personas bautizadas son conscientes, o conocen siquiera, esta hermosa realidad? ¡Ay, Jesús!, si la conocieran, nadie se daría de baja. Nadie iría, mal informado por los enemigos del cristianismo, a que borraran de los archivos su acta bautismal. Por ignorancia, en unos; por mala fe, en otros, hasta ahí llega el absurdo.

A otros, tal dignidad se les puede subir a la cabeza, como si se tratara de un derecho propio, o tuvieran una misión en exclusiva.

Jesús, salvando las distancias. ¿no les pasó algo parecido a tus discípulos? Les diste poder no sólo de predicar, también de echar demonios. Y mira por dónde, y con qué te salen un día. *"Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu Nombre, y tratamos de impedírselo porque no es de los nuestros"* (Mc 9,38).

No es de los nuestros. ¿Qué pensaron, que les hacían la competencia? ¿O que sólo ellos tenían la exclusiva del don de Dios? ¡Habrase visto! Les regañaste, y les dijiste: *"No se lo impidáis, porque nadie puede hacer un milagro en mi Nombre y luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros, está con nosotros"* (Mc 9,39-40).

Esa es la clave, estar en sintonía conmigo. El Reino de Dios no es exclusividad de nadie. El Reino de Dios no es un redil cerrado, sino bien abierto, donde tienen cabida todas tus ovejas, Jesús. Lo que cuenta es la gloria de Dios, del cual tú eres su Palabra viva. El Verbo.

***

Jesús, veo en el *Salmo 116* que son infinitas las causas por las que debemos amar a Dios. Una de ellas, la señala el salmista: *"Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco"* (Sal 116,1-2). Dios nos escucha siempre.

Pero es bueno saber cuándo y por qué lo invocamos. Sin duda, muchas veces lo hacemos por amor, desde lo más profundo de nuestra fe creyente. Otras, pidiendo auxilio, pidiendo su ayuda. *"Me envolvían redes de muerte, me alcanzaron los lazos del abismo, caí en tristeza y angustia"* (Sal 116,3). Pues, aunque estuviéramos en medio de un jardín, rodeados de la fragancia

de las rosas, aun así, corremos el riesgo de llevarnos algún arañazo. Que también las rosas tienen espinas. Y las heridas pueden enconarse. *"Alma mía, recobra tu calma, que el Señor fue bueno contigo"* (Sal 116,7). Un amor herido, de poco sirve. Un amor sincero, da vida. Y la vida es como una rosa, también tiene espinas.

Jesús, un amor sincero es aspirar, como en una rosa, su suave aroma, y al contemplar la armonía que forman la luz y el color, en irisada policromía, darte gracias a Dios por tanta belleza. Bella es la vida, bello es el amor. *"Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos"* (Sal 116,9).

Las rosas se parecen a la vida. Son hermosas, radiantes, pero a veces, te clavan también las espinas. *"Yo decía en mi apuro: los hombres son unos mentirosos"* (Sal 116,11). Y tanto. Así que, no nos queda más remedio que acudir a quien puede sacarnos del apuro. Ese eres tú, Jesús. Porque eres el único que nos ama de verdad. En tu amor no hay espinas. *"El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo"* (Sal 116,5).

Rendidos, pues, a tu amor, nos preguntamos: *"¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?"* (Sal 116,12). He aquí la respuesta: *"Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo"* (Sal 116,13-14).

DESDE EL SALMO 117

NACER DE NUEVO

Jesús, uno de los pasajes que me resultan más hermosos en el Evangelio es la entrevista que mantuviste con Nicodemo. Hombre culto, preparado, religioso, de nobles y buenos sentimientos, tenía el mismo problema que toda persona que tenga dos dedos de frente. Le preocupaba, ¡y a quién no!, su salvación.

No creo que su preocupación por los problemas espirituales se debiera a escrúpulos de conciencia. Más bien, a que tenía sensibilidad espiritual. Como buen judío, creyente y practicante, quiere saber con exactitud qué medios debe poner y practicar para asegurar la salvación.

Era hombre preparado. Pero se dio cuenta de que, en cuestiones del espíritu, no andaba tan seguro. Y acude a ti, Jesús. Ha visto los signos que haces y se ha convencido de que el único que puede dar respuesta a sus inquietudes eres tú. En un primer momento queda sorprendido y descolocado ante tu respuesta. Le dices que tiene que volver a nacer. *"El que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios"* (Jn 3,3). Tuerce el gesto. Sigue descolocado, y pregunta: *"¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?* (Jn 3,4).

Nacer de nuevo significa ser una persona distinta. No quedarse en deseos de tipo nostálgico, que nunca se cumplen, como cuando decimos: *si yo volviera a nacer…* ¡Pues nace…!

¡Qué buenos seríamos si volviéramos a nacer! Eso pensamos. Eso decimos. Sin darnos cuenta de que esos deseos insatisfechos sí pueden ser satisfechos. ¿Cómo? Pues poniéndonos en la piel de Nicodemo. Actuar como actuó él. Acudir a ti, Jesús, como acudió él. Es cuestión de voluntad, de decisión. Y de fe.

Tú le invitaste a cambiar. ¿Y qué iba a cambiar, si era hombre bueno? No basta ser bueno. Hasta nos podemos acostumbrar a ser buenos. Hay gente que, pensando en cambiar, y para cambiar, lo que hacen es cambiar de religión. Católicos que para cambiar se pasan a las sectas. Error, pues no se trata de cambiar de religión, sino de mentalidad.

Tú no invitaste, Jesús, a Nicodemo a que dejara su religión, sus creencias, ni su cultura judía. Nada de eso. Le invitaste a ser hombre que ahonda en el *espíritu*. Que se deja poseer de Dios. Cuántas veces nos atrincheramos en la periferia, en lo externo de las cosas. La primera de esas cosas puede ser, y muchas veces lo es, la misma religión. Cumplidores de ritos, ceremonias y devociones, nos quedamos en una religiosidad superficial

que no penetra más allá de la piel. No llega al espíritu y por eso no cambiamos.

Incluso puede ocurrir que nunca nos hayamos hecho la pregunta que se planteó Nicodemo. ¿Qué debo hacer para salvarme? Porque es claro que con cuatro rezos rutinarios no basta. Sólo un hombre, varón o mujer, de espíritu, es libre. Igual que el viento, que va donde quiere. Es el símil que empleas con Nicodemo: *"No te extrañes de que te haya dicho que hay que nacer de nuevo; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va"* (Jn 3,7-8).

Ser libre es todo lo contrario de ser esclavo. Podemos ser esclavos de muchas cosas, tanto de orden material como espiritual: bienes materiales, o pasiones, que van en contra del espíritu. A veces podemos pensar que con hacer lo que nos da la gana somos libres. Libertinaje. Nada más lejos de la libertad.

La libertad brota del espíritu. Y del espíritu, tal como quieres tú, Jesús, nace todo lo que proviene de Dios, comenzando por el amor y la misericordia. Por eso hay que volver a nacer.

***

Dios es fiel. El *Salmo 117* lo dice: *"Tu fidelidad permanece por siempre"* (Sal 117,2). Un Dios fiel. Lo contrario a nosotros, los humanos. Antes, y de esto no hace tanto, una compraventa no se hacía por medio de papeles. Bastaba la palabra, que se rubricaba con un apretón de manos. Era el único certificado válido y seguro, que los hombres hemos tenido por siglos. La palabra era garantía de fidelidad y validez en los compromisos. La palabra dada era sagrada. No había papeles. La palabra era el verdadero aval.

Y de pronto…, ¡ay, Jesús!, de pronto, hemos fallado. Hemos sustituido la palabra por papeles. Pero los papeles, por más que nos empeñemos, no tienen la fuerza de la palabra. Van de oficina en oficina, de tribunal en tribunal. Con la palabra sobraban los tribunales.

Jesús, la fidelidad va en retroceso. Menos mal que tu fidelidad y misericordia son eternas. Muy bien lo dice el salmista: *"Firme es su misericordia con nosotros, su fidelidad dura por siempre"* (Sal 117,2).

Desde la claridad de este salmo, ayúdame, Jesús, a ser hombre de palabra. No quiero ser una veleta a merced del viento. Y sí que mi vida sea como un poema enhebrado para ti. Mi vida, amasada de tierra y luz divina, geografía labrada en las horas del tiempo y los días, donde nadie jamás podrá suplantar mi fe o mi verdad. Pobre soy, Jesús, pero eres tú mi única verdad. Me diste los sentidos para disfrutar la belleza de toda la Creación. Por eso, admiro la canción de los árboles al reverdecer en primavera. Toda la Creación invita a alabarte. *"Alabad al Señor todas las naciones"* (Sal 117,1).

Río me sé, nacido de humilde fuente, pero que debe dar de beber, lo mismo al inhóspito desierto, que a las fértiles tierras. Solidario soy de todas las estrellas que navegan sin fin por el cielo inabarcable de las galaxias infinitas, como ecuménicas viajeras de sueños hibernados para siempre en los azules espacios siderales. Desnudo me veo en mi pobreza de hombre, aunque de divina hechura estoy revestido. Calzado voy apenas con sandalias ligeras, recorriendo aprisa los caminos misteriosos de la fe. Caminos compartidos con tantos hijos de Dios que, lo mismo que yo, vitorean: *"Alabad al Señor todas las naciones, aclamadlo todos los pueblos"* (Sal 117,1). Que mis caminos sean firmes como tu palabra, Jesús, y así, pueda alabarte por siempre y para siempre.

DESDE EL SALMO 118

LA VIOLENCIA DESTRUYE

Jesús, en la conciencia universal de la humanidad y en la de cada uno en particular, está bien grabado el mandamiento: no matarás. La primera muerte violenta, según la Biblia, fue perpetrada por Caín. La víctima, su hermano Abel. *"Caín dijo a su hermano Abel: vamos al campo. Y cuando estaban en el campo, Caín atacó a su hermano Abel y lo mató"* (Gén 4,8). Así, a sangre fría. Caín mató a su hermano Abel. Fue la muerte símbolo, y puerta a su vez, de todas las muertes violentas que se producen en el mundo.

Jesús, condenaste ésta y todas las muertes violentas. De hecho, estaban condenadas por el quinto mandamiento de la Ley de Dios. Tú fuiste muy explícito, y fuiste aún más lejos: *"Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás; y el que mate será procesado. Pero yo os digo: todo el que esté peleado con su hermano, será procesado"* (Mt 5,21-22). Una pelea puede ser preludio de una muerte. Por eso hay que evitar hasta las peleas.

No condenabas sólo la muerte violenta. Condenabas también la enemistad entre hermanos. Y en ti la palabra hermano tenía un sentido muy amplio. No sólo es el hermano carnal, también el prójimo en general. Porque todos somos hermanos. Dios es el mismo para todos. Padre de todos.

Tanto énfasis hacías condenando todo tipo de violencia que, en realidad, nos estás diciendo que para llegar a Dios primero hemos de acudir al hermano. En paz y armonía. Nuestra relación con Dios pasa primero por el hermano.

Esto nos lleva a un serio examen de conciencia. Y a una pregunta que urge dar respuesta: ¿Qué queda, Jesús, de todo esto que nos dices en el Evangelio, en nuestra sociedad actual? Pregunta que congela la sangre. Porque entre los muchos que matan, también hay cristianos.

Las guerras matan indiscriminadamente. Pero hay también muertes que se engloban en la mal llamada *violencia de género*. Muchos hogares destruidos por la violencia. Machista, pero también feminista. Y no digamos las muertes por miles sobre criaturas indefensas asesinadas por el aborto criminal.

Jesús, hemos caído en el sin sentido más absoluto cuando compaginamos violencia y fe. O violencia y religión. Porque la violencia es ejercida también por creyentes, sin importar la religión a la que pertenecen.

La violencia es de todos los tiempos. Pero tú nos recuerdas que cuando tenemos algo pendiente contra otros, si en ese momento se nos ocurre ir al templo a presentar una ofrenda ante el altar, primero vayamos a reconciliarnos. *"Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu*

ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda" (Mt 5,23-24).

No dices si el hermano me ha ofendido, sino si él tiene quejas. Lo que significa que el ofensor soy yo. De otro modo, aquel no tendría quejas contra mí.

El Antiguo Testamento se expresa muy claro. Por ejemplo, en Oseas. Dice: *"Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios más que holocaustos"* (Os 6,6). Y en Proverbios: *"El señor detesta el sacrificio del malvado"* (Prov 15,8).

Jesús, tú que nos dijiste que nos amáramos, y que estuviéramos unidos, líbranos de las plagas del odio y la violencia

***

Caminando por las montañas se tiene oportunidad de contemplar rocas inmensas. Hay veces que toda la montaña es rocosa. Y hay rocas de gran dureza, como las de granito. Las hay más areniscas, menos fuertes, por consiguiente. Ambas sirven para construir. La solidez no es la misma.

Jesús, a estas rocas podríamos añadir una tercera. En plan figurado, podríamos llamarla la roca del despiste. ¿A qué llamo yo roca del despiste? A aquella que fue desechada por los arquitectos y que luego se convierte en piedra angular. *"La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente"* (Sal 118,22-23). ¿Cómo se puede desechar una piedra que luego va a constituir la base de la construcción? Por despiste. Está claro que nuestros criterios no son los de Dios. No sabemos valorar las cosas. En cambio, Dios sí sabe valorar cada cosa por lo que es y vale.

Ilustrando este ejemplo, podría imaginarme aquel hombre cuyas cualidades no son valoradas en su tierra. Y queda sin trabajo. Sin trabajo no hay sustento. Así que un día, se rodeó al cuello un pañuelo grande, con la gracia de un revuelo de gaviotas, y se lanzó a la libertad de cruzar los mares. Nadie salió al puerto a darle un adiós de despedida. Ni por sus mejillas rodó una lágrima que delatara la emoción de su congoja, de su tristeza y de su amargura. Enfiló su corazón derecho a la aventura, surcando, a la par que el barco, el mar y la neblina. Por compañía llevaba su fe en Dios.

Fue en tierra extraña donde encontró quien valorara sus cualidades. De su corazón agradecido brotaron entonces las palabras aprendidas en el salmo: *"Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia"* (Sal 118,1).

No faltaron peligros, y contrariedades, como es natural. Pero él siguió aferrado a Dios. *"En el peligro grité al Señor, y el Señor me escuchó, poniéndome a salvo. El Señor está conmigo: no temo"* (Sal 118,5-6).

Saltó el primero al llegar a puerto. Con su pañuelo insignia atado al cuello, y sin volver la vista atrás, echó a andar tierra adentro con la decisión audaz de conquistar el mundo ignoto. *"¿Qué podrá hacerme el hombre? El Seños está conmigo y me auxilia"* (Sal 118,6-7).

Su fe estaba bien arraigada. Triunfó en tierra extraña. La fe obra milagros. *"Pero el Señor me ayudó; el Señor es mi fuerza y mi energía; él es mi salvación"* (Sal 118,13-14). Desde lo hondo del corazón le brotó aquel: *"Tú eres mi Dios, te doy gracias; Dios mío, yo te ensalzo"* (Sal 118,28).

¿Qué conclusión podemos sacar, Jesús? Pues que, para triunfar no se necesita acudir a la violencia. Se necesita fe.

DESDE EL SALMO 119

EL SAQUE DE HONOR

Jesús, una cosa es el pecado y otra es el delito. Valga la distinción, porque no todo pecado es delito. Pecado es todo quebrantamiento de la ley de Dios. En cambio, el delito lo marcan, sobre el quebrantamiento de determinadas leyes, los tribunales.

Con esto me estoy refiriendo al pasaje que presenta el evangelio de san Juan, donde una mujer ha sido sorprendida en adulterio. Para empezar, ¿y al hombre no lo sorprendieron? ¿O tuvo tiempo de largarse? El caso es que, te traen a la mujer en cuestión para ver qué sentencia le das tú. ¿Sentencia, tú? ¡Vaya!, te acaban de nombrar juez a dedo. Está claro que lo único que buscaban era probarte. Sobre todo, eso, probarte. Quieren indagar tu conocimiento de las normas marcadas en el Antiguo Testamento. Y quieren saber, por supuesto, tu decisión. En realidad, han juntado dos cosas: la sentencia que, de hecho y amparados en la Biblia, han dado ya a la mujer. La otra cosa, es ponerte una trampa.

Vamos por partes, Jesús. Te dicen que ha sido sorprendida en adulterio. No es improbable. Pero cabe también la duda, porque esas cosas suelen acontecer muy en secreto. El adulterio no es cualquier cosa. Pero, en fin. Tampoco aparece el marido que debería ser el primer acusador, puesto que él era el primer ofendido directo.

Pero bueno, dejemos las cosas estar, y vamos al relato del Evangelio. *"Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras: tú ¿qué dices?"* (Jn 8,4-5). A continuación: *"Le preguntaron esto para comprometerlo y poder acusarlo"* (Jn 8,6). Es decir, lo que menos les importaba era el caso en sí, o el pecado, de la mujer adúltera. Ellos llevaban segundas intenciones: probarte.

No les importaba el pecado de la mujer. Pecado del que ellos mismos, los acusadores, no debían estar libres, a tenor de lo que sigue a continuación en el Evangelio. Lo primero, te inclinaste, te pusiste a garabatear algo en el suelo, sin hacerles el menor caso. Crecía su nerviosismo. Insisten. Están impacientes.

Entonces te levantas, con pasmosa serenidad, y como si estuvieras de acuerdo en apedrearla, les invitas a hacer el saque de honor, que consiste en lanzar la primera piedra. Todo un honor. ¡Veamos a quién corresponde tal honor!

En ese momento es cuando pronuncias la sentencia más famosa de todos los tiempos. ¡Ahí va el saque de honor! ¡Atención!: *"El que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra"* (Jn 8,7). ¿La primera? ¡Ni la primera ni la última! ¡Qué frustración! ¡Ni que hubiera caído una granizada

del cielo! Hubo que suspender el saque de honor. *"Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos, hasta el último"* (Jn 8,9). Fueron por lana y salieron trasquilados, como se dice.

Jesús, esta página del Evangelio es como un espejo. Refleja toda la hipocresía que tenemos y usamos los humanos. ¡Qué buenos somos para ver el pecado en los demás, y no verlo en nosotros!

La pobre mujer, por muy "traviesa" que fuera, ese día volvió a nacer. Por ellos hace tiempo que estaría criando malvas. Pero tú, Jesús, no la condenaste. Con lo cual, además de tu misericordia, podemos sacar otras conclusiones. El libro del Levítico, ya que ellos vienen con el cuento de que, si Moisés mandó o dejó de mandar apedrear a las adúlteras, dice: *"Si un hombre comete adulterio con la mujer de su prójimo, serán castigados con la muerte: el adúltero y la adúltera"* (Lev 20,10). Igualmente, el Deuteronomio dice: *"Si sorprenden a uno acostado con una mujer casada, los dos deben morir: el que se acostó con ella y la mujer"* (Dt 22,22).

¿Dónde estaba el adúltero? Si tan *in fraganti* los habían pescado, ¿dónde estaba él? ¿Se trataba de una parodia que han montado para burlarse de ti? Todo es posible. Pero se pillaron los dedos.

***

Jesús, una simple barandilla en el balcón nos ayuda a vencer el vértigo. Un mirador sobre el abismo de una montaña, en cuyo borde se ha colocado una baranda, nos defiende en todo sentido: de una posible caída, sea por un descuido, o por una ráfaga de viento. Y del vértigo. Parece ser que el vértigo es algo de tipo psicológico. Pero es difícil sobreponerse al mismo. Pues bien, Jesús, los preceptos de Dios, que tantas veces podemos verlos como un incordio, en realidad son todo lo contrario. Son esa barandilla para no caer al abismo. *"Quiero guardar tus decretos exactamente, tú no me abandones"* (Sal 119,8).

La vida, a veces, puede presentarse también como un precipicio. Los precipicios entrañan peligros. Y la vida está llena de ellos. Pasamos, necesariamente, muchas lunas, muchas noches, acampados a la intemperie. Porque la fe no es evidente. Evidente es lo que se ve y se palpa. Por lo mismo, Dios tampoco es evidente. Y, sin embargo, sentimos su presencia envolvente. Está siempre a nuestro lado. En la vida hay que cruzar desiertos y montañas, selvas y ríos. Peligros sin pausa. La ley de Dios nos protege. Lo vemos en el *Salmo 119*: *"Guíame por la senda de tus mandatos, porque ella es mi gozo"* (Sal 119,35).

Los peligros no desaparecen. Y el salmo manifiesta: *"Inclina mi corazón a tus preceptos, y no al interés; aparta mis ojos de las vanidades, dame vida con tu palabra"* (Sal 119,36-37).

Todo aquello que está por debajo del pretil protector es el abismo. Y el abismo tiene nombres: idolatría, soberbia, orgullo, avaricia, lujuria, y un largo etcétera. Todo eso son nombres conocidos. El pecado es una caída. Pero los mandamientos nos guardan de la caída. *"Los insolentes me insultan sin parar, pero yo no me aparto de tu ley"* (Sal 119,51).

Viendo, pues, el peligro que me rodea y nos rodea por doquier, te diré, Jesús, con el salmista: *"Mi porción es el Señor; he resuelto guardar tus palabras"* (Sal 119,57). *"Si tu ley no fuera mi delicia, ya habría perecido en mi desgracia; jamás olvidaré tus mandatos, pues con ellos me diste vida"* (Sal 119,92-93).

Que la Ley divina que con amor nos enseñaste, Jesús, nos ayude a llegar a ti, sanos y salvos. Eres el pretil seguro que impide que caigamos en el abismo. Por eso, *"siete veces al día te alabo por tus justos mandamientos; mucha paz tienen los que aman tu ley, y nada los hace tropezar"* (Sal 119,164-165). Y que, si no podemos lanzar la primera piedra, tampoco tengamos que salir de estampida.

DESDE EL SALMO 120

DE RAÍZ CRISTIANA

Jesús, si bien es cierto que el cristianismo tiene sólo algo más de dos mil años, no menos cierto es que Europa tiene más años. Sin embargo, *las raíces de Europa* son cristianas. Este es el tema que me interesa abordar hoy contigo.

Hablo, lógicamente, de las raíces cristianas y culturales. La cultura europea es muy anterior al cristianismo. ¿No decimos que la antigua Grecia es la cuna de la cultura occidental? Sabemos que con la caída del Imperio Romano de Occidente se produjo el fin de la Edad Antigua. Esta dio paso a la Edad Media. Luego vendría el Renacimiento, rico en humanismo. Y por fin, la Edad Moderna. Vale. Esto es historia elemental. Pero deseo fijarme en lo siguiente. Cuando llega la llamada Revolución Industrial, ¿dónde estaba su base? En el Reino Unido, ¿no? Pues bien, nos situamos en el siglo XVIII. Es cuando se produce un cambio radical, a muchos niveles. Sobre todo, económico, cultural y social. Como el tiempo corre que vuela, llega el siglo XX. ¿Y qué tenemos en el siglo XX? Pena da decirlo: dos vergonzosas Guerras Mundiales. A partir de 1917 se implanta el *comunismo*, sobre todo en la Unión Soviética. Vale. Y me pregunto yo, Jesús, ¿dónde quedó el *cristianismo*? No me refiero en cuanto *religión*, sino como referencia cultural.

Escuchando un día las noticias, decía el locutor: *"El 40% de los españoles no leen un libro al año".* ¡El 40%! Me quedé viendo visiones. No es para menos. ¿Y esto?, me dije. ¿A qué se debe? Llegué a la conclusión de que hemos sustituido en muchos casos la cultura que tramiten los libros por la pseudocultura de la economía. La economía hace ricos, pero no sabios. Eso, por un lado. Y si de otro lado, añadimos la moda borreguil de andar todo el santo día con el móvil en la mano interconectados a las redes sociales, donde se transmite tanta bazofia, ¿qué nos queda?

En fin, no hay que desesperar. Estoy seguro, Jesús, que vendrán tiempos mejores. Pero no deja de ser preocupante que haya bajado tanto el número de lectores. Porque, la lectura, además de ser fuente elemental de cultura, es la mejor receta contra el aburrimiento. Se ve mucha gente aburrida por la calle. Hay gente que, para no abandonar completamente la lectura, la dejan aparcada para las vacaciones. Menos es nada.

Y hablando de vacaciones. Hoy se viaja mucho. Cómo han facilitado el desplazamiento los aviones. La alta velocidad de los trenes. Y la facilidad de obtener préstamos en los bancos, aunque luego haya que estar entrampados por mucho tiempo. La gente trata de disfrutar, de pasarlo bien. El turismo mueve personas y economía.

Gracias al turismo la gente conoce, conocemos, otros países, otras culturas, monumentos arqueológicos. ¡Qué bonito! Fotografía va y fotografía viene. Si se supiera aprovechar bien, el turismo es un libro abierto, precioso, que muestra la naturaleza. Cultura visual. Todo entra por los ojos. Pero qué bueno sería, antes de contemplar monumentos, llevar una información previa, la que se adquiere en los libros.

Pero sigamos, Jesús, con el tema de las raíces de Europa. ¿Cuáles son las raíces de Europa? Son raíces que tienen más profundidad de lo que muchos creen. El cristianismo comenzó en Oriente próximo, donde predicaste el Evangelio. Enseguida llegó el cristianismo a Roma, la capital del imperio. Se me ocurre una idea. Cuando se corta un árbol, a ras de tierra, éste desaparece. Llegan las nuevas generaciones y desconocen que ahí hubo un árbol. Lo talaron y no quedó ni rastro. Pero, bajo tierra quedaron las raíces. Algún día brotarán. ¿No fue Turquía el primero y más pujante país cristiano? En Turquía, la Asia menor de tu tiempo, fue donde se desarrolló el cristianismo de modo colosal. Donde tuvieron lugar los primeros grandes Concilios de la Iglesia. ¿Qué queda hoy en Turquía de sus orígenes cristianos? *Las raíces*. Esas raíces son cristianas. Ya llegará el momento, cuando brotarán con pujanza, y el árbol volverá a estar en su sitio.

La Europa cristiana extendió sus ramas por América, y por otros Continentes. Fue el resultado de tu mandato: *"Id al mundo entero y predicad el Evangelio"* (Mc 16,15). Las ramas producen frutos, cuya semilla se hunde en tierra. Hasta que llega el momento de germinar y brotar. Esas semillas propagan la especie. Todas las religiones tienen cosas buenas. ¡Cómo no! Pero la Redención no la hizo Buda, ni Mahoma. Ni ningún otro fundador de religiones. La hiciste tú, Jesús.

Espero, Jesús, que llegue pronto el momento de repasar y conocer a fondo la Historia. De conocer nuestras raíces. De que no nos dejemos despersonalizar por la sociedad del bienestar. Bienestar del que, por cierto, no todos se benefician. De que desaparezca el becerro de oro de nuestra economía actual, que deja pequeño al becerro aquel que cuenta el capítulo 32 de Éxodo. De que retomemos el verdadero humanismo, donde reine el respeto, la convivencia, el intercambio de ideas, la cultura. Donde nuestra vieja Europa se rejuvenezca.

***

"¡Ay de mí, desterrado en Masac, acampado en Cadar!" (Sal 120,5). Es el lamento de un desterrado. Así se expresa el Salmo 120. El destierro implica soledad, alejamiento de los seres que uno ama, sufrimiento, abandono. Tantas cosas al mismo tiempo, Jesús.

Como si lo hubiera soñado, permíteme expresarme así, Jesús, me figuré la escena. Era una isla solitaria, perdida en el inmenso mar. Un

pañuelo ajado ondulaba colgado de una rama señalando dónde estaba su cabaña, dónde dormían, casi sin descorchar aún, los sueños de su juventud, tan lejana ya. Había emigrado a probar fortuna. Le fue bien. Hizo fortuna. Se hizo rico. Decidió que era hora de volver a su tierra. Pero el barco en el que regresaba fue abatido por una furiosa tempestad. Se hundió. El hundimiento supuso la pérdida de personas, enseres, y riquezas, acumuladas a través del trabajo ímprobo de muchos años. Firmemente asido a un tablón, fue arrastrado hasta la playa de una isla perdida en el mar y casi deshabitada. Milagrosamente, logró sobrevivir. Lo perdió todo. Todo, menos la vida. Si aquel hombre conocía los salmos, se acordaría, sin duda, de aquel versículo: *"Demasiado llevo viviendo con los que odian la paz"* (Sal 120,6).

Un día, al caer la tarde, arrió el pañuelo ajado, que aún conservaba de cuando vino a hacer fortuna en tierra extraña, y que ahora colgaba de una rama. Lo anudó a su cuello enflaquecido. *"Cuando yo digo: paz, ellos dicen: guerra"* (Sal 120,7). El salmo golpeaba sus recuerdos. La riqueza fue ausencia de paz para él. Y la guerra no consistió en ninguna batalla campal, sino en la lucha del día a día por amasar una pequeña riqueza. Y cuando la tuvo vino la desgracia.

Luego se tumbó, mirando fijamente al cielo, como queriendo acompasar su corazón con el latir de los luceros. Lo rodearon sus amigos más queridos: los monos y periquitos de la isla. De pronto, se hizo el silencio, mientras dos lágrimas como dos estrellas surcaban sus mejillas, y sus ojos, ya cansados, lentamente se cerraban, al tiempo que en plegaria póstuma su alma de emigrante al cielo subía.

Es sólo una parábola, Jesús. Seguramente, en su tránsito a la eternidad, su oración más acertada fue: *"En mi aflicción llamé al Señor, y él me respondió"* (Sal 120,1). Todo lo perdió, menos sus raíces. Era un cristiano.

DESDE EL SALMO 121

SANDALIAS DE PROFETA

Jesús, hoy en día se ha puesto muy de moda llevar zapatos tenis. Son muy cómodos. En tu tiempo, y tiempos anteriores, parece ser que lo que se estilaba eran las sandalias. Desde luego, resultan cómodas para andar por lugares de desierto donde abunda el polvo. Si te hablo de calzado, es por lo siguiente. Cuando en la Biblia se habla de los profetas, suele aludirse también a las sandalias, calzado habitual en ellos por lo visto. Las sandalias eran, pues, el calzado más habitual de los profetas. Calzado muy común en tu tiempo. Tú mismo calzabas sandalias. Este dato se lo debemos a Juan el Bautista. Cuando alguien lo comparó contigo, respondió: *"Yo no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias"* (Jn 1,27).

Dicho esto, voy más allá. Los profetas fueron grandes caminantes. Basta leer la Biblia. La gente antigua caminaba mucho. Necesariamente. Ho había aviones, no había coches. De modo que, a lomo de camello, de burro, o de caballo, se hacían grandes recorridos. Bien, el profeta es caminante en el sentido propio de la palabra. Y caminante en sentido figurado.

Me explico. Los profetas caminan en pos de la justicia. Los profetas buscan la honra de Dios. Buscan que la gente cambie su vida torcida y acuda a Dios. Buscan la conversión, consistente en desandar el camino equivocado, y retomar el buen camino. Ejemplo al canto: Juan el Bautista. Tú mismo, Jesús, diste testimonio de él: *"¿Qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Os aseguro que sí, y más que un profeta"* (Lc 7,26). Y puntualizaste: *"Os aseguro que no ha nacido ningún hombre más grande que Juan"* (Lc 7,28). Vaya piropazo.

Si retrocedemos en el tiempo, otro que calzaba sandalias: Moisés. Basta leer el episodio de *la zarza ardiendo* (Ex 3,1-8.13-15). Dios se le manifestó, y le mandó *quitarse hasta las sandalias*. Porque estaba pisando tierra sagrada. Equivalía a decirle que no era digno de estar en la presencia de Dios. Nadie lo es. Nadie lo somos. Y, mira qué curioso, es Dios quien se acerca al hombre.

En primer lugar, porque Dios ama al hombre. Y también cuando quiere encomendarle alguna misión. ¿Cuál era la misión que Dios quería encomendar a Moisés? Está claro. Dios, siempre misericordioso, había escuchado el clamor del pueblo. Había escuchado el sufrimiento de la pobre gente, esclavizada por la tiranía del faraón. *"He visto la opresión de mi Pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor"* (Ex 3,7). Y nombra a Moisés como su embajador ante el faraón. ¿Contenido del mensaje de esta embajada? Inequívoco: la liberación del pueblo. Es la Palabra de Dios lo que Moisés transmite. Pero, la soberbia del faraón hizo que esta primera

embajada fracasara. No hizo caso alguno a lo que Dios le decía por medio de Moisés. Dios, con infinita paciencia, vuelve a insistir. Hasta que el faraón no tuvo más remedio que acatar el mensaje de Dios. No lo hizo de buena gana. Todo lo contrario. Pero las cosas se le complicaron de tal manera, sobre todo por los castigos en forma de *plagas*, que al fin no le quedó otra alternativa que dejar libre al Pueblo hebreo.

Es entonces cuando el Pueblo comienza la travesía por el desierto, hacia la Tierra Prometida. Travesía que es un símbolo muy real de la vida. ¿Qué es la vida sino una travesía en medio de un desierto? Ahora bien, también el desierto está lleno de vida. Y hay que vivir, y saber vivir. La vida es el tesoro más grande que Dios ha concedido a todos los seres vivos. A veces hay que soportar penurias. Cierto. ¿Hambre? También. Pero Dios no deja desamparado a nadie. En el desierto les dio el *maná*. Acompañó al pueblo.

Se me viene a la mente una reflexión personal. ¿No crees, Jesús, que los emigrantes de hoy, los sin papeles, los de las pateras, los que huyen de la guerra, no están haciendo, como entonces los hebreos, la travesía de un desierto muy duro? Ya ves, hay un enorme paralelismo. Sólo que el pueblo hebreo tenía por delante la ilusión de la libertad. El llegar a la Tierra Prometida. La ilusión, como la esperanza, no se pierde. Pero, Jesús, ¿qué Tierra Prometida ven hoy quienes huyen de la guerra? Se encuentran con fronteras, alambradas, y gente nada acogedora. Es terrible la cerrazón de los corazones.

Sin embargo, tiene que llegar el momento en que el sentido común se imponga. Y la justicia. ¿Por qué unos vamos a estar tan bien, y otros tan mal? Se impone la justicia. Lo equitativo. Nadie puede adueñarse de derechos y privilegios a costa del sufrimiento de los demás. ¿Acaso unos seres humanos son más importantes que otros?

Yo sé, Jesús, que a ti como a mí, nos gustaría que los poderosos de hoy repasaran, leyeran, el Evangelio. Salvando las distancias, estamos como en aquella ocasión cuando te vinieron con el famoso caso de la torre de Siloé, que se hundió y mató a dieciocho personas. Se pensaban que la desgracia les había acaecido por malos. Con lo cual, daban a entender que ellos, los que vinieron con la pregunta, eran buenos. No señores, no. Nada de eso. Les dijiste: *"Creéis que las dieciocho personas que murieron cuando se desplomó la torre de Siloé eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén. Os aseguro que no*" (Lc 13,4-5).

Sería muy bueno, y hasta urgente, que quienes gobiernan los países, todos, se acostumbraran a calzar sandalias. Al estilo de los profetas.

***

"El auxilio me viene del Señor" (Sal 121,2). Jesús, son muchos los descubrimientos que el hombre ha hecho en la naturaleza, a través del tiempo. Ha logrado grandes avances en la ciencia. Ha logrado dominar la técnica. Unas veces, esos descubrimientos han sido casi casuales. Otras veces, con grandes esfuerzos. Hay, sin embargo, un descubrimiento que no le ha costado el mínimo esfuerzo. Ha visto que cuando se ha quedado abandonado de todo y de todos, sólo Dios mío ha venido en su ayuda.

El hombre sabe que no está solo. Pero está a la expectativa. Así que, qué mejor que el *Salmo 121* para ilustrar lo dicho. *"Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?"* (Sal 121,1). Si se tratara de dos ejércitos enfrentados, el que fuera perdiendo, y necesitara ayuda, es natural que mirara a los montes. Tal vez tras una colina apareciera otra ala de ejército viniendo en ayuda. Pero en este caso, el hombre no está pensando en un ejército que llega en el momento de más necesidad, como sucedía en las guerras antiguas. Sus ojos miran más lejos. Más arriba. Mirarán a Dios. *"Tú hiciste el cielo y la tierra"* (Sal 121,2).

Jesús, el hombre te necesita de Dios. Te necesita a ti. A nivel global, y a nivel personal, o individual. Dios no duerme. Está siempre pendiente de todas y cada una de sus criaturas. En la mente del hombre ha encendido rutas de luz para que sus pasos tenues, de niño apenas, puedan ser seguros. El hombre es propenso a tropezar. Tú lo sostienes. *"No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme"* (Sal 121,3).

Jesús, que cuando mis pasos se asomen el abismo, no permitas que resbale y caiga. Sin ti, la vida no tiene sabor. La esperanza da sabor y color a la existencia. Ese maravilloso color azul del firmamento nos habla de Dios. Tú eres quien nos guarda a todos y a cada uno. *"El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha"* (Sal 121,5).

Cuando las cosas se tuercen, cuando la misma vida se nos hace cuesta arriba, cuando el desánimo nos puede, eres tú, Jesús, quien acaricia nuestra frente, para que no nos duela el alma. *"El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu alma"* (Sal 121,7). Jesús, tus manos son palomas de paz que acarician mi frente y me dan tranquilidad en los momentos más difíciles. Pero el hombre necesita, por su parte, poner toda la carne en el asador, como se dice vulgarmente. Necesita caminar. Calzar las sandalias de los profetas y anunciar buenas nuevas. Necesita actuar como profeta para anunciar que sólo Dios vale la pena.

DESDE EL SALMO 122

ANTÍTESIS

Jesús, hay una palabra clave que se repite muchas veces en la Biblia. La palabra *Alianza*. Dios hizo Alianza con el Pueblo. ¿En qué consistió dicha Alianza? Pues en presentar al Pueblo de Israel los Mandamientos. El Pueblo, por su parte, se comprometía a cumplirlos, que era lo mismo que guardar fidelidad a Dios. Y Dios a su vez se comprometía a guardar y proteger al Pueblo. La acogida fue unánime y entusiasta. Israel era consciente de que necesitaba la protección de Dios.

Comprometerse, incluso siendo en la forma solemne de una Alianza, como ésta, es fácil. Pero, mantener el compromiso contraído, es harina de otro costal. La santidad es la máxima y necesaria aspiración y compromiso de cualquier ser humano, para darle el sentido total y definitivo a su vida. Sin santidad nadie verá a Dios. Pues bien, el amor y la fidelidad a la Alianza, donde se enmarcaban los Mandamientos, garantizaban la justicia y la santidad para el pueblo de Israel. Al principio todo iba bien. ¡Hombre!, no faltaban repetidas infidelidades. Dios, que tiene una paciencia infinita con sus hijos, hacía un poco la vista gorda.

Fue pasando el tiempo. Todo se devaluó. Sí, sí, la Ley la mantuvieron en pie. Pero, la habían convertido en mera observancia, externa, de marchamo ritual. Sin alma. Me pregunto, Jesús, ¿de qué sirve una ley sin alma? Era un cumplimiento mecánico, exterior, sin convencimiento interior.

Naturalmente, esto había que arreglarlo. Los fariseos, y otras gentes, guardaban la fidelidad a la Ley. Pero era una fidelidad puramente material. Fidelidad, nunca mejor dicho, farisaica. Es el término que mucha gente emplea hoy, como sabes, dando a entender que esto o aquello no es serio.

Viste, Jesús, que era necesaria una fidelidad más profunda. Interior. Personal. Así que, dicho y hecho. Me encaraste con los fariseos y les censuraste su actitud. *"¡Si no sois mejores que los letrados y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos!"* (Mt 5,20). Y, a fin de que te entendieran bien, fuiste citando situaciones que ellos conocían perfectamente. Pero lo hiciste en el sistema que podríamos denominar *antitético*. Es decir, mencionaste lo que la misma Biblia dice, para aterrizar en lo que es realmente correcto. Así, por ejemplo: *"Habéis oído que se dijo a los antiguos... Pero yo os digo..."* (Mt 5,21ss). La moral, y el comportamiento ético que propusiste es más exigente. Las posturas acomodaticias caen en la rutina. No sirven. ¿Por qué? Porque no comprometen a la persona. Quedarse en la Ley, por la ley, es caer en un pasotismo vegetativo.

Este modo antitético de presentar las cosas compromete a la persona. Hace que la persona tome cartas en el asunto. No es suficiente con no matar.

Hay que amar. De ahí que: *"Todo el que esté peleado con su hermano será procesado"* (Mt 5,22). Hay gente que no mata una mosca, pero cuya lengua es viperina. Lo mismo mienten, que calumnian, que denigran. Hay muertes *físicas*, producidas por la violencia. Pero hay también otro tipo de muerte, que podríamos denominar *psíquica*.

Hablando de muerte. Jesús, basta con que miremos las estadísticas. ¡Qué cantidad de abortos no se provocan! Incontables. Son muertes físicas. Se mata impunemente a seres totalmente inocentes e inofensivos. ¿Por qué se producen? Normalmente, por gestaciones indeseadas debidas a múltiples causas. Suelen ser la consecuencia de una relación donde sólo se buscaba el placer, y no el hijo. El placer por el placer. Máximo egoísmo. O el resultado de una fornicación, o aún peor, de un adulterio. Así que, en este tema, como en los otros, te pusiste muy serio y les dijiste tajantemente: *"Habéis oído que se dijo: no cometerás adulterio...",* pero yo os digo: *"El que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior"* (Mt 5,27-28).

También en cuanto al divorcio dejaste muy claro cuál era, y sigue siendo, el plan de Dios. Te argumentaron que Moisés permitió el divorcio. Vale la pena fijarse en el detalle: Moisés, no Dios. ¿Acaso Moisés desconocía la Ley de Dios? ¿O no fue más bien que lo apabullaron, lo acorralaron, se vio impotente ante tanta presión y cedió? Cierto es que Moisés no concedió un divorcio al vapor, o sea, a la ligera. Basta ver el capítulo 24 del Deuteronomio, versos del 1 al 5. Sin embargo, con todo y las excepciones que se quieran aducir, no dejaba de ser una ley machista. Así que, te opusiste a la tolerancia de la Ley de Moisés, que no de Dios. Y les dijiste, por más que no les supiera nada bien: *"Pero yo os digo: El que se divorcie de su mujer, la induce al adulterio y el que se casa con la divorciada comete adulterio"* Mt 5,32).

No debió gustarles tu actitud. Sin embargo, al afirmar la indisolubilidad del vínculo matrimonial, no sólo retomabas la Ley de Dios, sino que, de paso, también rebajabas el machismo imperante en ellos, y defendías el honor de la mujer. Vale. Este modo de actuar es lo que podríamos llamar *Antítesis*. Las situaciones antitéticas son esclarecedoras en cualquier debate

.

***

El *Salmo 122* anima a la alegría. *"¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!"* (Sal 122,1). Jesús, me imagino la tierra como un inmenso altar. El universo es el templo que a todos nos cobija. Tú eres el Señor. Y en procesión ingente de multitudes incontables, felices y alegres,

allá nos dirigimos. Seguimos cantando: *"¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!"* (Sal 122,1).

El universo, templo de la majestad de Dios, es el regazo virgen de una intercósmica maternidad, cuyos hijos fluyen, como río impetuoso, por el insondable camino de la vida. Van hacia tu altar. *"Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén"* (Sal 122,2).

A este altar caminan y se asoman las raíces de las razas todas, como río rumoroso, desde la noche de los tiempos, hasta formar un mar infinito de gente creyente. *"Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta"* (Sal 122,3).

Vienen, venimos, de todas partes, cautivos de atávica soledad, contemplada en silencio desde la arcilla noble que moldea nuestra humanidad. *"Allá suben las tribus, las tribus del Señor"* (Sal 122,4). ¡Ay, mi raza, esparcida por la estepa, el desierto, el valle y la montaña, mi raza, tan castigada de soledad!

Ayúdame, Jesús, a abrir los ojos en la galáctica arena del cosmos metafísico e inabarcable, y que adentrarme pueda en el templo del misterio insondable que envuelve a la Humanidad. Tú eres el Señor.

Venimos *"a celebrar el nombre del Señor"* (Sal 122,4). En la ciudad celeste, Jerusalén del cielo. *"En ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David"* (Sal 122,5). Sólo en ti, Jesús, está la salvación. Sobre tu altar depositaremos el incienso de nuestra plegaria. Que suba hasta el cielo en olor de santidad, cuya humareda nos envuelva en la paz. *"Vivan seguros los que te aman, haya paz dentro de tus muros, seguridad en tus palacios"* (Sal 122,7).

Y cuando la multitud de multitudes haya entrado en la inmensidad de tu templo, todos nos daremos el abrazo de la paz. Que se acaben las guerras. *"Por mis hermanos y compañeros voy a decir: la paz contigo. Por la casa del Señor, nuestro Dios, te deseo todo bien"* (Sal 122,8-9).

Jesús, qué hermoso salmo para que los humanos acabemos con nuestras rivalidades. Que no tengamos que movernos en la *antítesis*, por no ponernos de acuerdo. La paz y la unidad son posibles. Y un mundo más alegre, también. *"¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!"* (Sal 122,1).

DESDE EL SALMO 123

SER SOLIDARIOS

Jesús, necesitamos asumir el reto de vivir, y la necesidad de cimentar y construir la verdadera solidaridad. Con las personas y también con nuestro mundo. Con la creación, en definitiva. Primordialmente, con los hombres y mujeres que habitamos el planeta tierra.

Ahora bien, como por algún lado habrá que empezar, comencemos por los más pobres. Entiendo que por ahí empieza la solidaridad. En el mundo existen enormes estructuras de pecado. Injusticias flagrantes. Abusos de todo tipo. Escandalosos gastos en armamento bélico. ¿Y para qué? El caso es que, si se pregunta a cualquier gobernante que para qué compra armamento bélico, responde: para estar preparado, por si me atacan. Nadie dice que lo hace para atacar. Pues mira, si nadie ataca, no hace falta defenderse. Y si nadie llevara armas, no habría esos hechos delictivos en escuelas, colegios, y otros lugares, donde mueren niños, jóvenes, gente inocente, en definitiva.

Que gasten el dinero en alimentación, y no en armamentos bélicos. Pero está más que visto que el ser humano es el mayor depredador de la naturaleza. Voraz insaciable, no se contenta con nada. Y para colmo, el ser humano es, emocionalmente, inestable. Cambia de parecer con una facilidad pasmosa. Hoy firma armisticios de paz, y a la media hora los rompe.

Pero también hay gente buena, Jesús. No digo, impecable. Ni perfecta. No. Nadie es perfecto. Sólo Dios. Pero, y no obstante todas las limitaciones posibles, hay también artífices de solidaridad. Estoy pensando en la disponibilidad de tantos y tantos misioneros, ellos y ellas, con qué entrega y generosidad se entregan a la causa del bien. Cómo entregan su vida a los demás. Muchas veces aun a riesgo de perderla.

Los misioneros no son una ONG. Tampoco la Iglesia es una ONG. Los misioneros son artífices de la mejor solidaridad. Es una lástima que vayan disminuyendo. En muchos sitios están siendo sustituidos por ONGs. Sin duda que éstas hacen una labor social buena. A veces, imprescindible. Aunque también cabe la picaresca. Puro negocio. Con lo cual, no son solidarios. Y desde luego, nada evangelizadores. Cierto que no es éste su cometido. El problema radica en que donde antes había un misionero, o misionera, ejerciendo una labor social y evangelizadora encomiable, hoy las ONGs los van desplazando.

Los misioneros están llamados a llevar el Evangelio a todo el mundo. "*No sólo de pan vivirá el hombre, sino también de toda palabra que salga de los labios de Dios"* (Mt 4,4). Los misioneros están llamados a pregonar la historia de la redención. La realidad de un Dios que se ha hecho presente en ti, Jesús. Urge llevar *"un anuncio renovado que ofrece a los creyentes,*

también a los tibios o no practicantes, una nueva alegría en la fe y una fecundidad evangelizadora" (Evangelii Gaudium 11). Así lo ha recordado el papa Francisco.

Los misioneros son un testimonio vivo de cercanía y amor con todas las personas. Dios actúa en ellos. Y ellos actúan al servicio de Dios. La misericordia de Dios que han experimentado en sus propias vidas, procuran llevarla a sus hermanos, los hombres y mujeres del mundo actual. Ponen en práctica tu mandato: *"Id al mundo entero y proclamad la Buena Nueva"* (Mc 16,15).

Así es como se construye la solidaridad, mediante el Evangelio. Esta solidaridad abarca a hombres y mujeres, ancianos, jóvenes y niños. Los misioneros son presencia profética en el mundo. Testigos de tu Evangelio, Jesús. Instrumento muy valioso para hacer efectiva tu presencia en cada persona bajo la guía del Espíritu se construye la solidaridad que el mundo necesita.

Por mi parte, Jesús, sólo te pido que des a los misioneros y misioneras la fuerza suficiente para ser perseverantes en la evangelización. Que sigan siendo solidarios.

***

Jesús, hay escenas entrañables. Un cachorrillo está a los pies de su amo, mientras éste está tomándose un bocadillo. El cachorrito, con los ojos fijos en su amo, muy atento a sus movimientos, no se mueve. Espera que el amo se acuerde de darle algo, aunque sea unas migajas. Si ve que el amo se demora en darle algo, lanza un ladrido. Es un simple aviso. Como diciendo: estoy aquí, tenme en cuenta. Y continúa mirando fijamente al dueño.

Algo así, salvando las distancias, ocurre en lo que el *Salmo 123* cuenta. *"Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores, como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora, así están nuestros ojos en el Señor, Dios nuestro"* (Sal 123,2).

¿Por qué miran nuestros ojos? ¿Qué esperan? Están *"esperando tu misericordia"* (Sal 123,2). Por las laderas del alma va subiendo nuestra plegaria, apenas empieza a amanecer el alba. El corazón tiene prisa por encontrarte, Jesús, antes que despunte el día. Nuestros ojos te buscan. *"A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo"* (Sal 123,1).

Espabilando nuestra fe, tantas veces dormida, nuestra alma despierta, te busca, te necesita. E implora. *"Misericordia, Señor, misericordia"* (Sal 123,3).

¿A qué se debe nuestra urgencia? A que, *"Estamos saciados de desprecios"* (Sal 123,3). Y corremos hacia ti, Jesús.

Nuestros ojos miran, igual que el cachorrillo, pacientemente. La paciencia termina por alcanzar lo que desea. Sólo que tú, Jesús, no nos haces

esperar. Y el cachorrillo recibe, no solamente unas migajas, recibe también las caricias del amo. Y se siente agradecido, feliz y contento.

Nuestro corazón, Jesús, está agradecido, contento, feliz. Nuestros ojos no te pierden de vista. Están atentos a cada movimiento de tus manos. Y tus manos son manos que acarician, que dan mucho más de lo que te pedimos o necesitamos. Al mirar de nuestros ojos, respondes con amor. Eso es solidaridad.

DESDE EL SALMO 124

FANTASMAS EN LA NOCHE

Jesús, no fue en un restaurante de lujo. No había que ir de etiqueta. Fue un día cualquiera, pero que ha pasado a la historia. En pleno campo, como un picnic. A todos les diste de comer, en medio de la más franca camaradería. El menú, pan y pescado. Nunca lo comieron más sabroso. Comieron hasta hartarse, y aún sobró. Inolvidable.

Una vez comidos, los despediste. Hasta otro día. Que además de oír sermones, hay que ocuparse en la faena del campo, o en los deberes familiares. Despediste a todos, incluidos los apóstoles. Y tú, Jesús, te quedaste solo, para orar y meditar. A solas. Necesitabas recogimiento, concentración.

Pero, ¡qué ocurrencias tienes, Jesús! Resulta que a medianoche vas al encuentro de los apóstoles. ¿Cómo? Caminando sobre las aguas del lago.

¡Cómo no se iban a asustar! Ver a medianoche a alguien caminando sobre el lago no es lo normal. Parece de ciencia ficción. Pero no era ciencia ficción. Eras tú, en persona.

Cuando te vieron, se asustaron. No era para menos. Gritaron de miedo. Al grito de los apóstoles, respondes: *"¡Animo!, que soy yo, no temáis" (Mc 6,50).*

¿Quién iba a ser, si no? Los fantasmas no existen, a no ser en nuestra imaginación. ¿En qué irían pensando para no reconocerte? ¿Qué sueños de grandeza se estarían imaginando tras haber sido testigos del banquete que les diste en pleno despoblado? Tanto que, la gente quería hacerte rey. *"Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo"* (Jn 6,15).

Posiblemente, en esta decisión de la gente participaron también los apóstoles. Lo vieron muy claro: si al jefe lo hacen rey, nosotros seremos los primeros ministros de su reino y gobierno. Sueños de grandeza. Es decir, todo lo contrario de lo que tú, Jesús, pensabas. Por eso los despediste y te fuiste a orar. *"Después que se saciaron los cinco mil hombres, Jesús enseguida apremió a los discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran hacia la orilla de Betsaida mientras él despedía a la gente"* (Mc 6,45).

Jesús, dicen que apremiar es incitar, es acelerar. Que se fueran cuanto antes. Te resultaba más fácil despedir a cinco mil hombres que a un puñado de discípulos. ¿Por qué? La gente es dócil. Los discípulos, según iban viendo los acontecimientos, me figuro que comenzaron a tomar posiciones. Pensaban en escalar puestos. Mentalidad política, a todas las luces. Lo vemos perfectamente cuando aquella buena madre, preocupada por sus hijos,

buscando un buen futuro para ellos, se te acerca y te dice, en directo y a todo color, como sucede en la tele: *"Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino uno a tu derecha y el otro a tu izquierda"* (Mt 20,21).

Quien tal petición te hace es la madre de Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo. Algo habrían hablado en familia cuando sus planes son ya, abiertamente, estrategia política. ¡Hala…! ¡Toda la familia a chupar del bote! La política no ha cambiado de entonces a hoy.

Pero tú los bajaste pronto del pedestal al que se habían subido por su cuenta y riesgo. La tentación del poder es recurrente. El poder por el poder, no convierte a nadie en persona culta, humilde o servicial. Más bien todo lo contrario. Cada quien es lo que es. La cosa es trepar, ascender en el escalafón social.

Pero tú, Jesús, buscabas gente para hacer el bien, no para mandar. *"El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor"* (Mt 20,26). Les costó entender tu mentalidad. Tus planes no eran sus planes. Ellos soñaban con grandezas. Tú, en cambio, despojado de toda apetencia terrenal, te imbuías de una fuerte espiritualidad, a través de la oración y el servicio a los demás.

¡Cómo no iban a gritar de miedo cuando, de pronto, todas las quimeras y sueños de grandeza les explotaron de golpe desvaneciéndose en su cabeza! Con tu presencia, los hiciste volver a la realidad. Su grandeza iba a consistir en ser pescadores de hombres. Les dijiste: *"¡No temáis, que soy yo!"* (Mc 6,50). Eras tú, y siempre estarías con ellos en la tarea de la evangelización.

***

Jesús, las palomas mensajeras han servido de correo, por cierto, bastante rápido, en tiempos pasados. Han sido un medio eficaz de comunicación. Tanto entre amigos, como entre enemigos. Los mensajes son de todo tipo. A veces, llevan noticias agradables. Otras, desagradables. Pueden llevar alianzas de entendimiento y paz. Y pueden llevar una declaración de guerra.

Los tiempos han cambiado. Han cambiado los sistemas de comunicación. Refrendando lo dicho, el *Salmo 124* dice: *"Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte cuando nos asaltaban los hombres, nos habrían tragado vivos"* (Sal 124,2-3).

Me explico, Jesús, explayando mi pensamiento. Cuando no haya que enviar más palomas mensajeras buscando armisticios porque llegó la paz, y las aguas vuelvan a su cauce, nos quedará, como aroma de azahar, el aroma fragante de la paz para construir nueva humanidad. Sonrisas de inocencia brotarán en nuestros corazones. Se habrán acallado los gritos de todas las tragedias del mundo. Y, felices, diremos: *"Hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador"* (Sal 124,7).

Jesús, tus discípulos gritaron de miedo en medio del lago. Creían ver un fantasma. La violencia, tan de moda, no es un fantasma. Estos no existen. Pero necesitamos gritar gritos de paz. Me pregunto: ¿He alzado mi voz alguna vez exigiendo paz? ¿He gritado por los que no tienen voz y son víctimas inocentes de la violencia? Ya ves, Jesús, he sido cobarde, lo confieso.

Es necesario, pues, alzar la voz y gritar, a tiempo y destiempo, y protestar ante cualquier ruin mandatario que da su aval a cualquier aberrante guerra, que es urgente la paz. ¿En nombre de quién, Jesús, alguien puede lanzar el chupinazo que indica el comienzo de cualquier guerra?

El salmo opta por la paz: *"Bendito el Señor que no nos entregó en presa a sus dientes"* (Sal 124,6). La violencia es propia de degenerados. Nuestro grito no debe ser de miedo. Debemos gritar por la paz. Jesús, tú salvaste a los apóstoles. Tú nos has librado *"de la trampa del cazador"* (Sal 124,7). Si no hubieras estado de nuestra parte, *"nos habrían arrollado las aguas, llegándonos el torrente hasta el cuello"* (Sal 124,4). Agradecidos proclamamos: *"Nuestro auxilio es el nombre del Seños, que hizo el cielo y la tierra"* (Sal 124,8).

DESDE EL SALMO 125

CIUDAD AMURALLADA

Jesús, cuando les anunciaste a los apóstoles que había llegado la hora de marcharte al Padre, ellos se quedan muy pensativos. Leyendo el Evangelio se ve enseguida que no te conocían bien. Con lo cual, menos podían conocer al Padre. De modo que, el bueno y candoroso Felipe, te dice: *"Señor, muéstranos al Padre y nos basta"* (Jn 14,8).

Encima, les habías dicho que ya sabían el camino. Interviene entonces Tomás, y arguye que no, que no saben ni a dónde vas ni conocen el camino. *"¡Cómo podemos saber el camino!"* (Jn 14,5). Les respondes: *"Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí"* (Jn 14,6).

Se quedaron boquiabiertos. Te diriges entonces directamente a Felipe: *"Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: muéstranos al Padre?"* (Jn 14,9). Les dices que crean en ti. *"Si no, creed a las obras"* (Jn 14,11). Además, les lanzas un reto: *"El que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y aún mayores"* (Jn 14,12).

Jesús, se te nota un tanto decepcionado, casi enfadado. Después de tanto tiempo de estar juntos, de tanto explicarles todo en particular, resulta que no se han aprendido la lección. Está visto que no han sido discípulos espabilados. *"Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado"* (Mc 4,34). Más claro, agua. Se ve que andaban distraídos.

Jesús, eres la imagen del Padre. No te diriges a Dios con la palabra Dios. Resulta un tanto abstracta. Usas el vocablo Padre; resulta cercano, atrayente, familiar. Es una palabra henchida de ternura.

Por otra parte, hay que disculpar a los buenos de Felipe, Tomás y demás compañeros. En ti veían un simple hombre. No habían sido capaz de ver en ti más allá del hombre. No habían caído en la cuenta, ni Felipe, ni Tomás, ni los demás, que viéndote a ti estaban viendo a Dios.

Es cierto, en descargo de ellos que, aunque te identificabas con el Padre, *"Yo y el Padre somos uno"* (Jn 10,30), nunca dijiste que tú eras Dios. Por otra parte, ¿qué idea podían tener de Dios? Pues la que presenta el Antiguo Testamento, obviamente. Un Dios potente, guerrero, infinito, absoluto. Pero también el Dios fulminante del Sinaí, con truenos y centellas. Un Dios, en definitiva, que infundía temor, cuando no, miedo.

En ti, Jesús, veían mansedumbre, cercanía, bondad. Te pasabas el día haciendo el bien. Curando los males del cuerpo y del alma. Ni por asomo se les ocurrió hacer una comparación. Y es que, el Antiguo Testamento no había descubierto a Dios como Padre, tal como tú lo presentas. Posiblemente

porque, aunque se sentían Pueblo de Dios, y a Dios lo sentían como su Dios, no habían caído en la cuenta de ser imagen de Dios. Por el contrario, como suele ocurrir en algunas religiones, habían convertido a Dios a imagen de ellos. Sus pasiones y sus venganzas, sus cóleras y su afán guerrero, se lo habían colgado a Dios. De este modo, Dios resultaba un Dios temible. Enormemente parecido a los humanos en lo negativo. Un Dios vencedor en las batallas, sí; pero un Dios lejano, en definitiva.

Tú, en cambio, Jesús, siempre cercano, siempre cariñoso, que compartes techo y comida, transmitías una imagen bastante diferente de la que presenta de Dios el Antiguo Testamento. Eres *el Dios-con-nosotros*. El Enmanuel. Siempre cercano, siempre amigo.

***

Jesús, le dijeron que era primavera, y sonrió. Le dijeron que las flores hablaban, y se lo creyó. Le dijeron que por qué soñaba..., se puso triste, y sin saber por qué, lloró. Pero cuando le dijeron que confiara en el Señor, abrió de par en par los ojos, y gritó: Confío en ti, Señor. ¿Verdad que tiene sabor a poema?

Pues con sabor, no a poema, sino a realidad el *Salmo 125* dice. *"Los que confían en el Señor son como el monte Sión: no tiembla, está asentado para siempre"* (Sal 125,1).

Antiguamente, cuando las guerras eran a golpe de espada, o con catapultas, las ciudades estaban amuralladas. Era el mejor modo de ser defendidas. El salmo se refiere a la situación geográfica de la ciudad emblema de todas las ciudades: *"Jerusalén está rodeada de montañas"* (Sal 125,2).

Jerusalén estaba también, y está, bien amurallada. Pero, nuestra verdadera defensa. Como muralla protectora, *"El Señor rodea a su pueblo ahora y por siempre"* (Sal 125,2).

¿De quién se defiende uno? Obviamente, de los enemigos. Pero no basta con defenderse de los enemigos externos. No es suficiente con estar bien amurallados. Puede que también dentro haya enemigos. Y los hay. Ahí tenemos los siete pecados capitales: La lujuria, la gula, la avaricia, la pereza, la ira, la envidia, la soberbia, son enemigos poderosos, infiltrados dentro de nuestra muralla interior. *"No descansará el cetro de los malvados sobre el lote de los justos, no sea que los justos extiendan su mano a la maldad"* (Sal 125,3). Nunca podemos estar seguros de nosotros mismos. Sólo tú, Jesús, eres nuestro defensor. Y, estando contigo, ya sabemos el camino para llegar al Padre.

DESDE EL SALMO 126

CANCIÓN DEL SEMBRADOR

Jesús, pescadores eran y pescadores continuaron siendo, tus amados apóstoles. Primero en el lago local de Galilea. Luego en el universal lago del mundo, donde otros peces con ideas propias necesitaban, y necesitamos, ser atrapados en sus redes. *"Os haré pescadores de hombres"* (Mc 1,17). Y de la pesca en frágiles barcas, pasaron a lanzar las redes de la evangelización por todo el mundo. Y la metáfora de ser pescadores de hombres se convierte en vocación, en realidad de cumplimiento, y en el gozo del éxito por el deber cumplido.

Contigo, Jesús, termina una etapa en el devenir religioso de la humanidad, y empieza otra y definitiva etapa. Termina el Antiguo Testamento. Comienza el Nuevo. Se ha cumplido el tiempo de las promesas. Ha llegado el tiempo de dar entrada a su cumplimiento. Anuncias, en consecuencia, que ha llegado el Reino de Dios. *"Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio"* (Mc 1,15).

Nos pides conversión y fe. No hablas de Dios. Nos hablas del Reino de Dios, que nos involucra a todos. Y por lo mismo, nos exige un cambio de mentalidad y de vida. Conversión. Tu presencia en medio de nosotros es presencia del Reino de Dios. Dios con nosotros. Emmanuel. No estamos subiendo a una montaña para divisar el horizonte. Antiguo Testamento. Estamos ya arriba de la montaña desde donde vemos a toda la humanidad acampada, congregada, como un inmenso rebaño, en torno a un único Pastor. Nuevo Testamento.

Somos una humanidad sedienta de recibir el agua de la Vida. Una humanidad agobiada por los diarios desencuentros, cansada, enferma, que ha encontrado al Médico que cura toda dolencia del alma y del cuerpo. Entendemos de este modo por qué el Evangelio es Buena Noticia. Porque tú, Jesús, has llegado, estás ya en medio de nosotros. Y de tal modo nos asocias a ti que formamos un solo cuerpo. *"Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo"* (1Cor 12,13). Un solo Pueblo. Una sola Familia.

A los apóstoles los invitaste a seguirte: *"Venid en pos de mí"* (Mc 1,17), para continuar siendo pescadores, pero en otra línea y dimensión transcendente. Ellos te siguieron y nosotros te seguimos. Te siguieron. Quizá de modo un tanto idílico en un primer momento. No pensaron que lo dejaban todo, No pensaron en el día de mañana. Simplemente, te siguieron. Más tarde fueron cambiando. Comenzaron a ver las cosas de otra manera. Comenzaron a preocuparse por la familia, por el día de mañana, por tantas cosas.

"Entonces dijo Pedro a Jesús: Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?" (Mt 19,27).

Buena pregunta la de Pedro. Y, sin embargo, contigo no nos falta nada. Tu respuesta, Jesús, no exenta de ironía, tranquiliza a Pedro. *"Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna"* (Mt 19,29).

Elegiste gente sencilla, precisamente porque les ibas a encomendar una inconmensurable y difícil tarea. Te fiaste de ellos. No te defraudaron. Fueron, y con ellos nosotros, pescadores de hombres.

***

Qué bien suenan, al caer de la tarde, las canciones de los segadores sobre los campos de trigo recién segado. En el otoño sembraron, con ilusión y esperanza. En el invierno, esperaron con ansia las lluvias y las nieves que dan de beber y fecundan la tierra. Llegó la primavera, y los sembrados se vistieron de verde. Y el verano convirtió en oro los trigales. Precioso el *Salmo 126*: *"Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares"* (Sal 126,5).

Un campo de trigo tiene un enorme parecido con la vida. Las cuatro estaciones están bien marcadas. Hay un tiempo para sembrar, para que la semilla germine, crezca, se desarrolle. Hay un tiempo para cosechar.

La vida no está exenta de peligros. La alegría y la tristeza se alternan con mucha facilidad. Los grandes errores pueden darnos grandes disgustos. Y si de pronto nos vemos carentes de libertad. La tristeza y el miedo nos quitarán el sueño. Al recobrarla, la alegría de estar en libertad reconfortará nuestro corazón. *"Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sión, nos parecía soñar"* (Sal 126,1). Sagrado don de la libertad.

Como la espiga dorada en medio de los trigales, y como las rojas amapolas en medio del trigal, así es nuestra vida. Lejos quedó el invierno. Con su frío y sus incomodidades. Pero necesario. La semilla sembrada, va madurando bajo la tierra helada del invierno. Ya vendrá la primavera. Y lo mismo que los jilgueros, que alegran la enramada ensayando sus trinos, nuestra vida tiene también que ensayar cantos de alabanza en tu honor, Dios mío. *"La boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares"* (Sal 126,2). La primavera es tiempo de vida.

Y llegó el verano. Y con el verano el calor, el tiempo de la siega. Cuando las alondras, de vuelo grácil, trazan entre las nubes requiebros de amor en los atardeceres. *"Hasta los gentiles decían: el Señor ha estado grande con ellos. El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres"* (Sal 126,2-3).

Y suenan los cantos de los segadores. La ilusión de vivir. Y de volver a casa, para descansar del duro trabajo de la siega; y al mismo tiempo, con

el gozo grande de recoger la cosecha. *"Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas"* (Sal 126,6). Canción agradecida del segador, Jesús, a ti, Amo de nuestras labores.

DESDE EL SALMO 127

LAS HERIDAS DEL ALMA

Jesús, leyendo el Evangelio, además de empaparse de vida y humanismo, y de encontrar el sentido de la vida, uno aprende también otras cosas. Por ejemplo, que tú fuiste un buen gestor. Como suena. Un buen gestor. Tus tiempos eran otros. Todo ha cambiado, es verdad. Hoy hay grandes empresas. Están las multinacionales. En fin, un mundo en constante movimiento. Para que todo funcione bien es necesario que al frente de las distintas empresas haya gente capaz.

¿Por qué digo que fuiste un buen gestor? Por lo bien que organizaste la comunidad cristiana, base de lo que sería la Iglesia. Organizaste la sociedad y la convivencia entre las gentes más dispares en lenguas, razas y culturas, desde la clave del amor fraterno y universal. Para eso, nos dejaste el ejemplo personal de tu vida.

No hiciste las cosas desde una oficina, o despacho de mando, ni desde un organigrama técnica y sociológicamente bien estructurado. No. Sino que lo hiciste desde la base del ejemplo personal: la humildad y el servicio. *"Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo"* (Jn 13,15).

Fue antes de Pascua. Sabías que había llegado tu hora de pasar de esta vida al Padre. Reuniste a los apóstoles, en una cena de amigos, que era también de despedida. De pronto, se te ocurre algo que dejó atónitos a tus amigos. Vas y te pones a lavarles los pies. Eso era tarea propia de los esclavos. Hubo quien se negó a que le lavaras los pies. El bueno de Pedro. Tenía la cabeza sobre los hombros. Hombre sensato, sabía guardar las distancias. Sabía distinguir entre amo y criado. Te dijo: *"Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? No me lavarás los pies jamás"* (Jn 13,6-8).

Ante la amenaza de que si no se dejaba lavar los pies perdería tu amistad, accede. Se dejó lavar los pies, bien que a regañadientes. Y de los hechos, pasas a la lección que querías que se la aprendieran bien: *Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.* (Jn 13, 13-15).

Fue una lección práctica. Nada de enunciados teóricos. Les lavaste los pies físicamente. Pero bien entendieron que con ese gesto estabas yendo más lejos. Lavar los pies pasaba a ser el signo de humildad con el que debían ir por la vida, y de no sentirse superiores a los demás. Estar al servicio de todos.

Jesús, en la vida hay muchas más cosas que lavar, no sólo los pies. Están *las heridas del alma*. Las heridas de la incomprensión. Las heridas de

la injusticia, de la falta de honradez, de la convivencia desajustada. Hay tantas heridas, hay tantos pies que lavar.

Ejemplo de humildad y servicialidad. La mejor fórmula para una buena gestión. Además, válida para todos los tiempos. *"Lo que yo he hecho con vosotros es para que también vosotros lo hagáis"* (Jn 13,15).

No es fácil ser humilde ni servicial en un mundo lleno de egoísmo. Se necesita mucho amor, sin el cual, todo lo demás no funciona. Por eso, en la base y centro de todo, y condición indispensable para seguirte y ser cristiano, pusiste el Amor. *"Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros"* (Jn 13,34-35).

Aplicación al canto: si queremos que las cosas marchen bien, debemos tener actitud de lavar los pies. Servir a los demás.

***

La casa de nuestra vida no la construimos nosotros. Infatuados de vida, en la juventud somos capaces de ponernos el mundo por montera. Y lanzando un brindis a los ruiseñores que cantan en libertad, nos lanzamos por la vida con la libertad intacta en el pecho. Pero, el mayor error que podemos cometer es olvidarnos de ti, Jesús.

El *Salmo 127* nos advierte de que sólo Dios es el que cuenta, o debe contar, en nuestra vida. *"Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles"* (Sal 127,1). Podrá ser muy bueno el albañil, pero es el arquitecto quien dirige la obra.

Podremos creernos muy seguros, porque gozamos de buena salud, de buen nivel económico, de talento suficiente, pero sólo Dios es nuestra verdadera seguridad. *"Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas"* (Sal 127,1).

Al vaivén de nuestra vida joven, podemos jugar, como juegan los juncos con el agua que los rodea en la orilla del río, donde se rasga el viento sobre un fondo de cuchillos verdes que se mecen en remolino. Cada junco es un cuchillo afilado, que rasga el viento. Debemos rasgar nuestras pasiones. La vida no depende de nosotros. No nos pertenece. Es de Dios. *"La herencia que da el Señor son los hijos; su salario, el fruto del vientre"* (Sal 127,3). Los hijos, regalo de Dios. Pero a medida que ellos crecen, también crece en años nuestra vida. Pronto la juventud queda muy atrás. ¿Y luego? A depender de los hijos. ¿Dónde quedaron las ramas jubilosas del deseo, del tiempo, y de los proyectos que anidan en nuestro ser? *"Son saetas en manos de un guerrero los hijos de la juventud. Dichoso el hombre que llena con ellos su aljaba"* (Sal 127,4-5).

La juventud, Jesús, es un misterio hondo, caliente, sincero. Transparente como el agua. La juventud es para cantar a Dios en la alegría

anónima del viento, sin retornos, sin recuerdos, junto a la orilla, junto a los juncos finísimos de la sangre, mirando siempre al frente. Sin olvidar que sólo somos albañiles. El Constructor es Dios.

DESDE EL SALMO 128

ALREDEDOR DE TU MESA

Jesús, te presentaste como el Buen Pastor. Hablaste del rebaño, y hablaste del pastor. Dijiste: *"Tengo también otras ovejas, que no son de este redil"* (Jn 10,16). Viniste a implantar el Reinado de Dios. Se trataba de derrotar al maligno. De poner las cosas en su sitio. De dar sentido a la vida. De sacar a la gente de la opresión en que vive por culpa del pecado, alias *el maligno*. Porque no hay mal peor que el pecado. Pero el pecado es sibilino. Se cuela con apariencias de bien y de bienestar. Sabe vender bien la mercancía. De ese modo, mucha gente vive, en apariencia, bien. Parece ser que se vive mejor tumbado en la poltrona del pecado. La realidad resulta luego ser muy distinta.

Como te das por convencido y buscas la salvación de todos, fuiste claro: *"También a ésas las tengo que conducir y escucharán mi voz"* (Jn 10,16). Y escucharán tu voz. Sí, Jesús. Escucharán tu voz. Tu voz resuena dentro y fuera de la majada.

Ojalá que quienes hemos tenido la suerte inmerecida de pertenecer a tu rebaño no nos volvamos sordo a tu voz. Y ojalá que quienes aún no la han oído, o se han hecho los desentendidos, recapaciten y entren a formar parte de tu rebaño.

Este rebaño tiene un nombre: la Iglesia. En ella has puesto un lugarteniente tuyo: el apóstol Pedro. Tú le pusiste ese nombre pétreo. *Piedra*. La piedra tiene consistencia. A Pedro tú lo elegiste, conociendo sus fallos. Él sabe que no está solo, que tú lo vas guiando. A él, y todos nosotros, tus ovejas.

Resulta idílico y precioso, Jesús, el símbolo que has empleado. No es nuevo. Ya en el Antiguo Testamento se empleó. *"El Señor es mi Pastor"* (Sal 23), dice el salmista. El pueblo del Antiguo Testamento lo entendió muy bien. Igualmente, los profetas. Sólo Dios es mi pastor.

Hay que hacer notar que hubo falsos pastores, que no supieron guiar al pueblo. Reyes que no dieron la talla. Con una total falta de ética, se aprovecharon del pueblo. Se enriquecieron a costa del pueblo. Y los profetas los denunciaron, por ser pastores infieles.

Cuando tú, Jesús, te presentas como el Buen Pastor, no es en realidad porque haya pastores malos. Sino peor aún. Porque son mercenarios. No les interesa el rebaño. No buscan la oveja descarriada, o enferma, o necesitada. Se buscan a sí mismos. Se aprovechan del rebaño. Lo dicho, son mercenarios.

Menos mal que, a pesar de los muchos mercenarios, nadie podrá con tu rebaño. Bien claro se lo dijiste a Pedro: *"Ahora yo te digo: tú eres Pedro,*

y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará" (Mt 16,18). Pero mientras tanto, hay que atender a las muchas ovejas que están lisiadas, sobre todo por culpa de los malos pastores.

Por eso, Jesús, quiero pedirte por las ovejas fieles del rebaño, pero también por las que han sucumbido a causa de los pastores indignos.

***

Jesús, una de las bendiciones más queridas e importantes que un ser humano puede recibir de Dios es el de la familia. La familia don de Dios. La familia procede de Dios. Él ha creado al hombre varón y mujer, para ser fuente de nuevas vidas.

Si a una persona honrada, en este caso dos, el varón y la mujer, la sentimos feliz por la alegría de estar en paz con todo el mundo, y está en paz a causa de su honradez, le añadimos el don y bendición de poseer una buena familia, la dicha es completa. El *Salmo 128* se expresa así: *"Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos"* (Sal 128,1). Quien está con Dios es feliz.

La honradez y honestidad son fuentes seguras de felicidad. El pan ganado con el trabajo honrado es el más sabroso. *"Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien"* (Sal 128,2). Y más sabroso aún, cuando se comparte con los seres queridos. *"Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa"* (Sal 128,3). El mejor altar para alabar y darle gracias a Dios por sus beneficios, es la mesa familiar. Dios en medio de la familia.

Para un hombre bueno, ¿qué mejor bendición que unos hijos buenos, y una esposa igualmente buena y honesta? *"Esta es la bendición del hombre que teme al Señor"* (Sal 128,4).

Cada hogar es, debe serlo, un templo de Dios. El adorno de ese templo son los hijos. La más bella oración, la que sube directa hasta Dios, es la alegría que la familia siente de verse reunida alrededor de la mesa. *"Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida"* (Sal 128,5).

¡Ay que ver, Jesús! Cómo defendiste a la familia. A los fariseos les soltaste a quemarropa la frase del Génesis: *"Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre"* (Mt 19,6). La esencia de la familia es el amor. Naciste en el seno de una familia. Y en ella fuiste feliz. Y es que, cuando hay amor, hay unión. Hay calor de hogar. En las penas y en las alegrías, y también en los dolores. El amor es la clave para que la familia esté unida y se sienta feliz.

Una familia honrada se convierte en ejemplo y modelo para toda familia. *"Que veas a los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel!"* (Sal 128,6). Y es, al mismo tiempo, la familia es un templo donde tú, Jesús, has encontrado el mejor sagrario donde quedarte.

DESDE EL SALMO 129

EL CRISTIANISMO NO ES UNA CONTINGENCIA

Jesús, muchas veces me he preguntado qué sería el mundo si no te hubieras encarnado. Por lo pronto, no seríamos cristiano. No estaríamos redimidos. A saber, qué sería de nosotros los humanos. Cuánta gente hay que ha dejado huella precisamente por ser cristiana. Huella de santidad, impregnación en el mundo de una gran espiritualidad. En fin, aporte inconmensurable a la cultura en obras arquitectónicas, humanismo y civilización.

El cristianismo no es una *contingencia*. Desde antes de los siglos el Padre Dios lo tenía previsto todo. Tú, Jesús, eres el Verbo, la Palabra. Lo expresa de modo precioso san Juan: *"En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios"* (Jn 1,1). Dice también: *"En ella (la Palabra) estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres"* (Jn 1,4). Y continúa: *"La luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la recibieron"* (Jn 1,5). Aquí está la clave. He dicho que el cristianismo no es una contingencia, como tampoco lo es el mundo. Precisamente, porque hay tinieblas, viniste a romperlas, viniste a iluminarnos. Y te encarnaste. Te hiciste hombre.

Pero la luz y las tinieblas son, y seguirán siendo, dos realidades antagónicas. Es el juego de la libertad. Dios nos ha hecho libres. Por eso, hay gente que acepta el cristianismo, mientras que otros lo rechazan. La alternativa consiste en decantarse por una o por otra opción. El cristianismo no es una contingencia. Es una realidad. Qué bien lo expresa san Juan: *"La gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo"* (Jn 1,17). Subrayado queda, en pie está la libertad. Unos te aceptan, otros no. Cada quien, por el don de la libertad, responde de sus obras. Para bien y para mal. Pero tú, Jesús, amas a todos por igual.

Pues bien, siguiendo con el tema, el cristianismo no es una contingencia, sino la realidad mistérica de la salvación, es al mismo tiempo un hecho histórico. Son incontables las personas que te han seguido y han dejado huella. Por recordar algunos. Ya en los primeros años del cristianismo, está san *Clemente de Roma*. Es de los llamados Padres apostólicos, por su proximidad en el tiempo a los apóstoles. Fue como la voz amplificada de los apóstoles. Fue obispo de Roma. Y desde allí escribió una preciosa, larga y espléndida *Carta a los Corintios*. Les recuerda a los corintios lo que fueron sus buenos tiempos. Que no los olviden. Y les hace un repaso amplio de pasajes importantes de las Escrituras, exhortándoles a volver al buen camino. Insiste en que sean humildes. Que eviten las divisiones entre ellos, como ya el apóstol Pablo se lo había advertido. Que

depongan todo orgullo. Hacia el final de la carta les dice: *"Pues es mejor que seáis hallados siendo poca cosa en el rebaño de Cristo y tener el nombre en el libro de Dios, que ser tenidos en gran honor y, con todo, ser expulsados de la esperanza de Él*". Piensa.

Jesús, ¿qué hubiera sido de Clemente, de no haberte seguido? Posiblemente un pagado desconocido. Y bien, si acudimos a la Patrística, encontramos hombres de la talla de un san Justino, por ejemplo. De un Tertuliano. De un san Agustín. Su quehacer filosófico dominó hasta el siglo XIII. Sin salirnos del siglo II y III, no se puede olvidar la importancia de la Escuela cristiana de Alejandría. ¿Qué hizo esta Escuela? Su cometido era ilustrar y formar a los cristianos. Ahí tenemos dos figuras importantes, como son san Clemente de Alejandría y Orígenes. Y en el siglo IV, en la Capadocia, en la actual Turquía, están san Basilio, san Gregorio Nacianceno y san Gregorio de Nisa.

San Basilio tuvo gran sensibilidad para con los pobres. Creó las *basileias*, un equivalente a nuestra Cáritas, para atender a los pobres. Si pasamos a la península Ibérica, en el siglo VI destaca san Isidoro de Sevilla. Su preocupación, que el clero estuviera bien formado. *"No pueden ser buenos pastores de su grey los clérigos sin cultura".* Y si nos vamos a los siglos IX al XIV, tenemos la Escolástica. El renacimiento carolingio con Carlomagno. Si san Isidoro se preocupó de la formación del clero, Carlomagno se preocupó de la formación de los gobernantes. Fue un tiempo de un gran desarrollo cultural. Con figuras importantes como Juan Escoto Erígena, san Anselmo, la Escuela de Chartres con Juan de Salisbury, o la de San Víctor, con Hugo de san Víctor. Y el siglo XIII, con hombres de la talla de san Alberto Magno, santo Tomás de Aquino, san Buenaventura y Duns Scoto.

Pero, ya sabes Jesús, que la historia funciona como las olas del mar. Suben y bajan. Así que, vino luego un tiempo de decadencia. De bajada. Y llegó la Reforma, que va del siglo XV al XVII. Sin embargo, hay también hombres importantes, como Erasmo de Rotterdam, Francisco de Vitoria, o Juan Luis Vives.

Llega a continuación la Ilustración, en el siglo XVIII. El Siglo de las Luces. Y aquí tenemos, me honra decirlo, a san Alfonso María de Liguori. El hombre más prestigioso en Teología Moral. En contra de los jansenistas, Alfonso aplicó en su teología moral, y sobre todo en el confesonario, la *benignidad pastoral*. Tuvo muy en cuenta lo que habías dicho en el Evangelio de la pobre gente, de que *"andaban como ovejas sin pastor"* (Mt 9,36).

En fin, Jesús, el mundo da muchas vueltas. Motivo más que suficiente, pues, para que nos preocupemos y ocupemos de la gente, sin mirar si son o no creyentes. Porque el cristianismo no es contingente, sino la manifestación del amor de Dios.

***

Jesús, es bien sabido, y tú te haces eco de ello en el Evangelio, que si una casa está bien cimentada aguanta las embestidas de la tempestad. No la derriba el huracán.

El *Salmo 129* viene a decirnos que nuestra vida es esa casa sobre la que muchas veces se abate inclemente la fuerza del huracán. *"¡Cuánta guerra me han hecho desde mi juventud"!* (Sal 129,1). *"Pero no pudieron conmigo"* (Sal 129,2).

Hay árboles que sucumben bajo la fuerza de la tormenta, y el río los arrastra. Árboles convertidos en una elegía del verano. Los arrancó de cuajo, los tumbó impotentes la tormenta, y el agua los fue arrastrando, hasta dejarlos tumbados sobre la arena. Yacen ahora sin flor, sin fruto, sin nada, a la orilla del río, en quietud silente, sobre la arena, sin hojas, sin piel, desnudos. Olvidados, mudos y secos. *"En mis espaldas metieron el arado y alargaron los surcos"* (Sal 129,3).

Me pregunto, Jesús, si no seré yo también uno de esos árboles arrastrados por el río. Espero que no, porque: *"El Señor, que es justo, rompió las coyundas de los malvados"* (Sal 129,4). Muchos envites, *"Pero no pudieron conmigo"* (Sal 129,2).

Después de la tormenta llega la calma. *"Retrocedan avergonzados los que odian a Sión; sean como la hierba del tejado, que se seca y nadie la siega"* (Sal 129,6). El árbol de raíces hondas no sucumbe. La casa bien cimentada, no se hunde. Tampoco nuestra vida es una contingencia.

DESDE EL SALMO 130

BUENOS Y MALOS

Jesús, eres muy realista y vas por lo derecho. En cierta ocasión nos dijiste que somos *malos*. Así. Tal cual. *"Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos se las dará también a quienes se las pidan"* (Mt 7,11). Pero al mismo tiempo nos resaltaste lo positivo.

Pues bien, al decirnos que somos malos, mi imaginación se ha disparado. Te cuento. En todo tiempo y lugar, la gente ha buscado divertirse. Lo ha hecho mediante el juego y el teatro. Los griegos, fueron expertos en teatro. Los romanos, como gladiadores en el circo. Los mayas, tenían el juego de la pelota. Recuerda las ruinas mayas. Nosotros, el fútbol del que hemos hecho una especie de religión de masas. Vale. Pues imagina, Jesús, que nos ponemos a organizar un partido de fútbol. El equipo A contra el equipo B. Once contra once. El equipo *A*, lo forman los *buenos*. El equipo *B*, los *malos*. Ahora nos falta fichar los jugadores. Para el equipo B, abundan y sobran candidatos. El problema es el equipo A. ¿Por qué? Por lo siguiente. ¿Qué le pasó a Abraham? Pues eso. Aquí sucede lo mismo. Por más que fue rebajando el número de *buenos*, de los cuarenta que tenía que reunir, no logró alinear ni a diez, (Gn 18). Hoy diríamos, se tuvo que suspender el derbi.

Necesitamos volver a la edad de la inocencia. Por ejemplo, cuando de niños, los domingos por la tarde nos proyectaban unas películas la mar de emocionantes en aquel cine que era expresamente para niños. Se pasaba bomba con aquellas películas de indios y de vaqueros, de buenos y de malos. Inolvidables *películas del oeste*. Con una mínima trama había mucha acción. Y mucha emoción. Hasta nos levantábamos de la butaca, como un resorte, espoleados por el correr de los caballos tras la *diligencia*. Tiempos idos, Jesús. Éramos niños.

Y bien, siempre ha habido buenos y malos. Los malos juegan siempre con ventaja. Porque son más que los buenos. Y porque meten más ruido. En el Evangelio, también aparecen buenos y malos. Pero aquí, lo de bueno hay que ponerlo entre comillas. Los fariseos eran buenos, porque eran los piadosos. Pero, ¿qué nos descubres con la parábola del fariseo y el publicano? Veamos. Los dos subieron al templo a orar. *"Un fariseo y un publicano subieron al templo a rezar"* (Lc 18,10). Los dos. Pero resulta que sólo uno hizo verdadera oración. Este fue cabalmente el publicano, el pecador, *el malo*, que no lo era tanto.

Fue el motivo por el que dije abiertamente: *"He venido a llamar a los pecadores"* (Mc 2,13; Lc 5,32). Y estos se dieron por aludidos. Y se acercaban a ti con una fe increíble. Te volcaste en ternura hacia ellos,

hombres y mujeres. Cuando dijiste: *"Yo soy le camino, la verdad y la vida"* (Jn 14,6), vieron los cielos abiertos. Comprendieron que Dios nos ama. Que Dios es Padre para todos.

***

Jesús, me estoy imaginando un viejo barco que se está hundiendo en medio del mar. Angustia. Zozobra. Gritos de terror. Pero también gritos de súplica, elevados en forma de oración, desde la fe y la esperanza. Quien tiene fe, afronta el peligro con una visión transcendente. Acude a Dios. Sabe que la oración, aparte de dar seguridad, calma los nervios. Y, que es el nexo que nos une a ti, como en el *Salmo 130*. *"Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz"* (Sal 130,1).

Nuestra vida viaja en barco, imaginario. No está asegurada. Necesitamos cuidarla, protegerla. Y no debemos meternos en cualquier barco. Tiene que ser uno en buen estado, que dé seguridad. Se trata de nuestra vida. *"Estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica"* (Sal 130,2).

En este barco imaginario, llevamos con nosotros un bagaje muy surtido y diverso. Con nosotros viajan también nuestros sentimientos, afectos, esperanzas, amores. En fin, nuestra exacta realidad. No cabe duda de que habrá cosas que no necesitamos; sobran y entorpecen la carga. En definitiva, habrá que tirarlas por la borda, como son: nuestros delitos, nuestro contrabando, nuestros pecados; todo aquello que no es legal ante ti. *"Si llevas cuenta de nuestros delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?"* (Sal 130,3).

Una vez que hemos tirado por la borda todo aquello que nos impide llegar a buen puerto; una vez que nos sentimos ligeros de equipaje, podremos decir: *"Pero de ti procede el perdón"* (Sal 130,4). Obtenido tu perdón, podrá venir la tempestad, tantas hay en la altamar de nuestra vida, y golpear con fuerza el barco en que viajamos. No hay peligro. *"Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora"* (Sal 130,5-6).

Desde lo hondo de nuestra vida clamamos a ti, *"porque de ti viene la misericordia, la redención copiosa"* (Sal 130,7), sobre buenos y malos.

DESDE EL SALMO 131

AJEDREZ DE LA VIDA

Jesús, es san Mateo el que presenta tu Carta programática: las Bienaventuranzas. No dudo de que practicarlas es como recorrer un camino mal asfaltado, pedregoso. Lo reconozco. Pero es un camino seguro. Por eso, completas las ocho Bienaventuranzas con ésta: *"Alegraos y regocijaos porque tendréis una gran recompensa en el cielo"* (Mt 5,12). Sabes, Jesús, que a todos nos cuesta cumplir los Mandamientos de la Ley de Dios. Y eso que son de ley natural. Es decir que, aunque Moisés no los hubiera presentado al Pueblo en las famosas tablas de piedra, los Mandamientos están impresos en la naturaleza. Por consiguiente, son de ley natural. Como es de ley natural que una madre ame a su hijo.

Las Bienaventuranzas, en cambio, no son de ley natural. No están impresas en la naturaleza, ya que, lo que es congénito a la naturaleza no necesita leyes. Las Bienaventuranzas son de ley positiva. Es decir, van más allá de los Mandamientos. Son más exigentes que los Mandamientos.

Todo mundo busca la felicidad. El problema es dónde encontrarla. Como hormigas alborotadas, todos corremos a buscar la felicidad. Hay quien piensa encontrarla en la riqueza. Otros en el bienestar, como puede ser el status social. Otros se inclinan por el poder. Pero tanto afán de búsqueda puede incluso convertirse en causa de mucho sufrimiento.

Sabemos que la felicidad, a tiempo completo, no existe. Pero al mismo tiempo, sabemos también que hay un camino seguro. Pedregoso, eso sí. Pero seguro. Es el de las Bienaventuranzas. Practicarlas, nos llevará a una felicidad que nada tiene que ver con la felicidad mundana, material. Naturalmente, el programa de las Bienaventuranzas choca frontalmente con el espíritu mundano. Pongo un símil. Imaginemos un pugilato: Bienaventuranzas versus felicidad mundana. Para los incautos, las Bienaventuranzas llevan siempre las de perder. Pero se equivocan. Porque no hay mayor felicidad que estar en paz con Dios, con los demás, y consigo mismo.

Es bien sabido, Jesús, que el espíritu está siempre por encima de la materia. Por eso, los aparentemente perdedores, los que optan por las Bienaventuranzas, al final serán los auténticos ganadores. Se trata de una felicidad interior, espiritual, que está por encima de todo lo demás. De ahí que, como culminación, sentencias: *"Tendréis una gran recompensa en el cielo"* (Mt 5,12).

Cuando dices, por ejemplo: *"Bienaventurados los pobres en el espíritu",* el mundo en general, sobre todo el de las finanzas, responderá: "Bienaventurados más bien los que tienen dinero, porque con él se pueden

comprar influencia, comodidad, poder, seguridad y bienestar". Y no sé cuántas cosas más. Se equivocan.

La verdad es, Jesús, que tú no tenías *"dónde reclinar la cabeza"* (Mt 8,20). Cuando formaste el pequeño grupo de los apóstoles, naturalmente que necesitaste establecer un mínimo al menos de organización. Nombraste a Judas Iscariote administrador del grupo. A buen seguro que la bolsa de los dineros andaba más escurrida que una bota de vino. Y, sin embargo, érais felices. Cierto que en algún momento algunos pensaron que siguiéndote iban a conseguir un status social alto. Pronto se desengañaron. Sus miras, en ese momento, eran mundanas. Pensaron con criterio humano. Y pensaron, concretamente, en la política. Según algunos de ellos, uno estaría a tu derecha, el otro a tu izquierda. O sea, ministro de gobernación el uno, y ministro de no sé qué, el otro. Claro, a ti te ponían en el centro, porque daban por hecho que serías rey. No sabían lo que decían. Hubo también quien se ofreció a seguirte. (Mc 10, 17-30; Mt 19, 16-26; Lc 18,18-30). En cuanto le dijiste que se desprendiera de su riqueza, desapareció del mapa.

Otra de las Bienaventuranzas dice: *"Bienaventurados los mansos"*. Qué bonito sería el mundo si esta Bienaventuranza se practicara. Pero seguimos a cuestas con la violencia. Guerras por aquí, guerras por allá, guerras por todas partes. Y todo por intereses puramente económicos. El petróleo, eje de la discordia.

***

Te hablo, Jesús, desde mi escueto ser. Hombre soy, que extiende la estructura llana de su ser en los cuatro puntos cardinales de la vida. Cuando se nace, bien los sabes, el llanto es santo y seña de nuestra presencia en el mundo. Viene luego la hermosa aventura de vivir. Y por fin, el enigma de morir. Pero está también la soledad. Experiencia necesaria para saber quiénes somos, y hacia dónde nos caminamos.

La soledad. Vamos peregrinando por la vida sin más compañía que el latir de la conciencia y el chasquido de la grava que suena al pisarla las sandalias. Caminamos en la noche, tantas veces oscura, luminosa tantas otras, de la vida, hasta sentir la tibia luz de la esperanza sobre las páginas manoseadas del tiempo. Con el *Salmo 131* me pregunto: ¿Quién soy? ¿Un grito en el tiempo? Eso que *"Mis ojos no son altaneros"* (Sal 131,1). Veo entonces mi escueta, pero agradecida, estructura de hombre, y grito: Hijo soy de Dios.

Jesús, quiero figurarme la vida como un tablero de ajedrez. Cuadros blancos y negros. De pronto me siento como un peón anónimo del ajedrez. Veo las jugadas pensadas, y la mano que acaricia la pieza ganada por el rival. La verdad es, Jesús, que he tenido que deshojar páginas enteras de mi vida, como se arrancan impunemente los pétalos gráciles de una rosa, tratando de

purificar y enderezar mi conciencia. Jugadas mal ejecutadas, jugadas equivocadas. Y los cuadros que debían ocupar, sigamos la metáfora, las piezas importantes del amor, la fe, y la esperanza, están vacíos. Jesús, sólo tú puedes evitar el jaque mate.

Mientras sigo recorriendo el tablero del ajedrez de la vida, quisiera que me acompañara la ingenuidad inmaterial de cada cosa, con su nombre y apellido: noche, ciudad, viento, escarcha y amigos; porque son las cosas que amé. Y cuando, al fin, llegue la tarde, la hora inexorable del jaque mate definitivo, que seas tú, Jesús, el ganador para que, al igual que *"el niño descansa en los brazos de su madre"* (Sal 131,2), mi alma descanse en ti, tras haber recorrido el camino pedregoso, pero seguro, de las Bienaventuranzas.

DESDE EL SALMO 132

TU CASA SON LOS POBRES

Jesús, Juan y Andrés te buscaron, los invitaste a tu casa, y se sintieron muy a gusto contigo. No tuvieron prisa por irse. Dice el Evangelio que se quedaron contigo toda la tarde. Bueno, y contigo siguen. Y con ellos, también nosotros seguimos contigo.

Nosotros, cuando llega una visita, empleamos una frase de arraigada cortesía: *"Está usted en su casa".* Es una manera bonita de decir a esa persona que se sienta a gusto, cómoda. Juan y Andrés se sintieron muy cómodos. Como en su propia casa. Y no fueron por conocer tu humilde casa. Otra motivación más profunda los movía.

A Juan y Andrés les llenó de paz interior la visita que te hicieron. Una paz que ya nadie se la quitaría. Fue precisamente Juan quien, unos años más tarde, quiso transmitirnos lo que sentía por dentro. Sentía a Dios. Y se atrevió a hablar de Dios, empleando una proverbial expresión: *"Dios es amor"* (1Jn 4,8). No es una definición, porque Dios no cabe en una definición. En cambio, sí cabe en el corazón del hombre, varón y mujer.

Yo sé, Jesús, que a veces tenemos de Dios un concepto tan abstracto, o a nuestra medida, que se nos va de las manos. Dios, lo más inmenso. Claro, Dios es inmenso. Por supuesto. Pero, a pesar de ser tan inmenso, cabe en nuestro corazón. Hablamos de la omnipotencia de Dios. Muy bien, Dios es omnipotente. Y de pronto, le da por hacerse hombre, y nace tan desvalido como cualquier criatura. Se hace hombre como nosotros en ti. Dios es inmensamente rico. Eso solemos decir. Pero, *"no tiene dónde reclinar la cabeza"* (Mt 8,20). Sucede que nos imaginamos a Dios como un ser antropomorfo, a nuestra imagen y medida. Y es al revés. Nosotros somos imagen de Dios. *Dios es Amor*. Y porque es Amor, Dios es también pobreza. Dios se ha hecho pobreza. Sí, pobreza, para enriquecernos a nosotros. San Pablo dice: *"Dios se anonadó a sí mismo tomando la condición de esclavo"* (Flp 2,7). Dios Padre ha tomado la condición de esclavo en ti, Jesús. Es su manera de demostrarnos su amor.

De esta manera, creo que bien se puede decir que Dios es propiedad del hombre. Patrimonio de todos. Lo que pasa es que tenemos, como digo, un concepto antropomorfo de Dios, pero al mismo tiempo lo alejamos tanto de la realidad que lo convertimos en algo ambiguo. Creo que hasta lo cosificamos. De tal manera que nuestra relación con Él deja de tener el sentido transcendente y original de su significado. Dios es amor.

Es cierto, Jesús que *"vuestros pensamientos no son los pensamientos de Dios"* (Is 55,8), decía el profeta Isaías. Resulta muy diferente dirigirse a *Dios* en abstracto, a dirigirse a Dios como *Divinidad*. Y aún mejor, como

Padre, como tú nos has enseñado. Nos has enseñado a personalizar nuestra relación con Él. *"Ciérrate en tu cuarto y habla con Él, que es tu Padre"* (Mt 6,6). Con la confianza de un hijo.

Cuando tu discípulo más entrañable y de más confianza, escribió: *"Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros"* (Jn 1,14), bien podía haber añadido también: *la Palabra se hizo casa*. Porque tu casa es de puertas abiertas. Tu corazón es de puertas abiertas.

***

Jesús, el universo es tu casa. Y no nos falta razón, al contemplar la magnificencia de la Creación. Dios ha creado el universo. Son tuyas todas las cosas, Jesús. Pero tu casa es el corazón del hombre. Tú habitas en el corazón del hombre. Tomo el *Salmo 132*. En él se dice: *"El Señor ha elegido a Sión, ha deseado vivir en ella"* (Sal 132,13). Hay un doble sentido en la frase: el real y el figurado. Sión es una ciudad. Y Sión es también la eternidad. Esa es tu casa. *"Esta es mi mansión por siempre, aquí viviré porque la deseo"* (Sal 132,14).

También expresa el salmo el deseo de que te fijes en David y tengas en cuenta todos sus afanes. *"Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes; cómo juró al Señor"* (Sal 132,1-2). ¿Qué es lo que juró David? *"No entraré bajo el techo de mi casa, no subiré al lecho de mi descanso, no daré sueño a mis ojos, ni reposo a mis párpados, hasta que encuentre un lugar para el Señor"* (Sal 132,3-5). No sé si David lo encontró. Pero tú, Jesús, sí. Nuestro corazón es tu casa.

Nos olvidamos que no somos nosotros quienes te vamos a construir una casa. No habitas en casa hecha por hombre. La casa que tú quieres es un corazón sincero. Y, hablando de casa, nos pides algo más. Quieres que, antes de nada, busquemos casa, y en este caso es casa material, para los sin techo. Para tanta gente que vive a la intemperie, en las inseguras calles de nuestras ciudades. Que les consigamos dónde poder vivir con dignidad. Es el modo de abrir el corazón a nuestros hermanos más necesitados. Porque, en definitiva, quieres un corazón misericordioso. *"A sus pobres los saciaré de pan"* (Sal 132,15).

Jesús, tu casa material era humilde. Sin embargo, en ella se estaba a gusto. Que lo digan, si no, tus discípulos Juan y Andrés. Tú quieres que todos puedan vivir a gusto. Que nadie tenga que pasar la noche a la intemperie. Hay mansiones, tan lujosas, que ofenden la dignidad de los pobres y de los no tan pobres. Hay casas sencillas. Y hay chabolas. De todo hay. Lo más triste es cuando no se tiene ni una chabola para vivir porque cerramos nuestro corazón a las más elementales necesidades del prójimo necesitado.

Que con el salmo podamos decir: *"Levántate, Señor, ven a tu mansión"* (Sal 132,8). Tu mansión, Jesús, son los pobres.

DESDE EL SALMO 133

TRES DIRECCIONES

Jesús, los humanos, para orientarnos trazamos los cuatro puntos cardinales: Norte, Sur, Este, Oeste. Es una orientación geográfica. No obstante, y bajo otro enfoque, yo trazaría sólo tres direcciones. Así: *Dirección Dios, Dirección los demás, Dirección uno mismo*. ¿Qué te parece?

En la liturgia cristiana, al celebrar los momentos más importantes del Misterio Pascual, es decir, tu Vida, Pasión, Muerte, Resurrección, y Glorificación, puede resultar una catequesis muy viva de cada uno de esos acontecimientos. Por ejemplo, para explicar la Navidad, montamos el *belén.* Es un modo muy sencillo de que los niños comiencen, desde pequeñitos, a captar el significado del anonadamiento que supone que todo un Dios que se haya hecho Hombre para salvarnos. Bella catequesis que entra por los ojos, mueve la imaginación y mueve a la ternura.

Lo mismo digo de la Semana Santa. Celebramos los Oficios litúrgicos dentro de los templos, y seguimos por la escenificación en las calles por medio de los *pasos* de las procesiones. El misterio de la Redención entra por los ojos, y mueve el corazón.

Jesús, hablando de las procesiones de Semana Santa, me viene el recuerdo de aquellas que se celebran en Guatemala. ¡Qué bellas, ¿verdad? ¡Impresionante la música que acompaña las procesiones! Y ¿qué decir del *paso* más grande del mundo, que se conserva en *Antigua*, la ciudad colonial por excelencia de las Américas? Es memoria viva de la evangelización que llevaron los misioneros.

Pues bien, volvamos a las direcciones que he señalado. La primera: *Dirección a Dios*. Nos ayuda a asumir, consciente y personalmente, el camino que nos señalaste para poder llegar hasta la Pascua, hasta la Resurrección. El hombre, varón y mujer, sin *Dirección a Dios,* no es nada.

La segunda: *Dirección a los demás*. Tú, Jesús, te identificas con el hombre. Dijiste: *"Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis"* (Mt 25,40). Es decir, has tomado partido por el hombre, varón y mujer. Lo has hecho por puro amor. Consecuentemente, nosotros debemos tomar partido por Dios y por el prójimo. Necesitamos poner en práctica tu mandato de que nos amemos. Hemos de romped nuestras esclavitudes. Y valorar y respetar nuestra propia dignidad.

Llegamos a la tercera: *Dirección a uno mismo*. La verdad es, que general, poco nos valoramos como personas. Más bien, valoramos las cosas materiales que nos rodean. Nos falta visión de la realidad. Y, a veces, olvidamos que el hombre tiene más derechos de los que se imagina. También tiene obligaciones, por supuesto. La primera obligación, buscar esos

derechos. ¿Quién nos los proporciona? Está claro, Dios. Pero sucede que nos acordamos de Dios, como de santa Bárbara, sólo cuando truena. Es decir, cuando nos conviene, cuando nos vemos con la soga al cuello.

Jesús, está claro que necesitamos hacer una inversión de valores. Andamos a todas horas tras la felicidad. Y la verdad es que no hay felicidad sin sintonía con Dios, sintonía con los demás, y sintonía con uno mismo.

Cualquier fallo en cualquiera de estas tres direcciones es un fracaso. De nada sirve rodearnos de cachivaches. Pura bisutería. Urge encontrar la triple dirección: *Dirección Dios, Dirección los demás, Dirección uno mismo*. Sin duda alguna que las Bienaventuranzas que proclamaste nos ayudarán a no perder la brújula que ha de orientarnos.

***

Jesús, nada más reconfortante y hermoso que ver a la gente feliz. Ver que los hermanos se quieren. Siendo la convivencia un bien necesario, ¡ay que ver!, ¡cómo nos cuesta vivir unidos!

¿No será que nos falta educación para el diálogo? El lenguaje de los gritos, suena a primitivo. La diplomacia, a un equilibrio de fuerzas. Pero el diálogo sincero es buen camino para poder llegar a buen entendimiento. El amor, es el verdadero motor que mueve el engranaje de una buena convivencia. Por eso, me atengo al *Salmo 133* que dice: *"Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos"* (Sal 133,1).

Cuando ocurre una desgracia, digamos un terremoto, y ha habido víctimas, infortunios de todo género, nuestro corazón se conmueve. Y salta el resorte de la solidaridad. Porque en el ser humano siempre hay un resquicio de bondad, y de sentido común. Si alguien sufre, y hay que echarle una mano, lo socorremos. Y cuanto más indefensa haya quedado la persona en cuestión, más nos conmueve su estado. Más aún, si se trata de un niño.

La fraternidad es como la brisa que refresca en el estío. Como el perfume que aromatiza el ambiente. *"Es ungüento precioso en la cabeza"* (Sal 133,2). La fraternidad se manifiesta en los momentos más dramáticos y duros que pueden ocurrir en el trascurso de nuestra vida. Se manifiesta en la orfandad del destino, es decir, en las cosas que no entendemos.

Ya ves, Jesús, los humanos hemos caminado por las noches del tiempo, por días llenos de vacío y ausencia. Hemos visto muchos ojos tristes. Ojos de niños huérfanos. O de madres, cuyos hijos han sido arrebatados por la violencia, por la guerra, o por el sin sentido de una sobredosis. Miradas perdidas.

En cada latido del alma, hemos visto deshojarse, una a una, páginas enteras e incipientes del libro inédito de muchas vidas. Pero hemos visto también, ternura, solidaridad, fraternidad. Y eso, *"Es rocío del Hermón, que*

va bajando sobre el monte Sión. Porque allí manda el Señor la bendición: la vida para siempre" (Sal 133,3).

Muchas direcciones. Jesús, que no nos desviemos de las verdaderas.

DESDE EL SALMO 134

LOS LIRIOS DEL CAMPO

Jesús, por instinto maternal, una madre se preocupa de que a su hijo no le falte nada. En particular, el alimento. Por desgracia, en la historia ha habido madres que han sido excepción a esta regla universal. ¿Desnaturalizadas? Tal vez. A sabiendas de que esto puede ocurrir, el profeta Isaías llega a decir: *"¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo* (Dios) *no te olvidaré"* (Is 49,15). Quien no puede olvidarse es Dios. Dios es como una madre llena de ternura. Es además como un Padre providente. *"No andéis agobiados con el día de mañana"* (Mt 6, 34).

Cuando uno se agobia, se pone nervioso, nada le sale bien. Es entonces cuando comienza a dar vueltas en su cabeza. Ideas van, ideas vienen. Y posiblemente, ninguna acertada. Y lo primero que se le ocurre es que tiene que sobrevivir. Entonces amarra su corazón a los bienes materiales. El dinero se le convierte en obsesión. Hasta hacerse esclavo del mismo. Por eso nos has dicho: *"Nadie puede estar al servicio de dos amos. No podéis servir a Dios y al dinero"* (Mt 6,24). La preocupación excesiva por los bienes materiales hace que desaparezca la confianza debida a Dios.

El estado de agobio y de nervios nos puede hacer caer en depresión. En una crisis de angustia. Se nos va la alegría de vivir. Vamos a la ruina, a todos los niveles. Pero tú quieres, Jesús, que no perdamos la alegría de vivir, pero que demos primacía al Reino de Dios y a su justicia. Y en tono un tanto poético, nos dijiste que nos fijáramos en *los pájaros y en los lirios del campo* (Mt 6,28). Todos ellos son objeto del cuidado de Dios. *"Ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vistió como uno de ellos"* (Mt 6,29).

Jesús, esto de los lirios me trae recuerdos muy bonitos de otros tiempos. Hasta se me ha ocurrido personalizarlos y convertirlos en un pequeño poema: *Lirios del alma*. Ahí va. *Tiempo ha, que no saco a pasear mis sentimientos / por las riberas reverdecidas del alma / donde en otro tiempo cantaban los cenzontles al alba / y las alondras al caer la tarde. / Tiempo ha, que lucho por impedir / que se cuele en mi mente la insidiosa nostalgia del pasado / por los recuerdos de las cosas buenas que pasaron / y en un santiamén se esfumaron, / o de aquellas que debieron suceder / pero nunca cuajaron. / Tiempo ha, que a los pocos amigos que aún me quedan / les sucede exactamente lo mismo que me sucede a mí, / -sin contar los que ya se fueron la víspera de hoy, / como ocurre siempre con los seres más queridos-. / Pero hoy, quiero pasear y respirar el aroma limpio de los lirios / y el canto alegre de los pájaros cantores / que aún anidan en la enramada de mi alma.*

Y bien, Jesús, antes de concluir, quiero recordar: *"No estéis agobiados por la vida pensando qué vais a comer, ni qué os vais a vestir, ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso"* (Mt 6,25-34). *"Buscad sobre todo el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura"* (Mt 6,33).

El *Reino,* del que tanto nos hablaste en el Evangelio, tiene que ser transparencia de Dios en nuestra vida. Es importante el trabajo para poder alimentarnos. Importante la salud, etc. Pero lo más lo importante es construir el Reino de Dios.

***

Jesús, también quieres que amemos y respetemos la vida. Amar la vida es como buscar en cada instante rimar la prosa laica de cada día con el verso resultante de poner música nueva en las cuerdas de una lira. Amar la vida es poner en el carcaj de la historia la flecha que deberemos lanzar a la diana del horizonte para defender la vida.

Amar la vida es cantar la canción nueva, sin letra, del amor siempre nuevo, que deben saber interpretar todos los enamorados, y poder decir con el *Salmo 134*: *"Bendecid al Señor los siervos del Señor"* (Sal 134,1).

Amar la vida es tener la ilusión por alcanzar las estrofas del agua en la cima de la ola, cuando el mar inicia un vals al compás de los caireles que trazan miles de peces haciendo caminos en la mar.

Amar la vida es trazar caminos nuevos, no andados, por donde poder sacar a pasear la ilusión diaria de vivir, a la par de otra gente que estrena a diario el traje de la amistad. *"Levantad las manos hacia el santuario y bendecid al Señor"* (Sal 134,2).

Amar la vida es amar. Simplemente amar. Sí, Jesús, amar. Como se ama a los lirios del campo por su candor y belleza. *"Bendecid al Señor los que pasáis la noche en la casa del Señor"* (Sal 134,1).

Amar la vida es amarte a ti, Jesús, y reconocer que tú eres el Señor. Que no hay otro. Es reconocer que te pertenecemos, y que tú nos sostienes en la palma de tus manos. Es reconocer que tú, Jesús, eres el Dios que no se cansa de amar. Dios es Amor. Y aunque nuestro amor es un amor pequeño, con el salmo diremos: *"El Señor nos bendiga desde Sión, el que hizo cielo y tierra"* (Sal 134,3).

DESDE EL SALMO 135

PONERSE EN CAMINO

Jesús, querías a la gente en acción. Así que, convocaste a los discípulos. Setenta y dos. Y los mandaste de dos en dos. Salieron y se repartieron por las aldeas. ¿Razón del envío? Los enviaste porque, *"La mies es abundante y los obreros pocos"* (Lc 10,2). Urgía la tarea. Tarea, por lo demás, ingente. La mies estaba en sazón. La gente, hambrienta de la Palabra. Y todos necesitados de salvación. Así que se pusieron en camino.

Eso sí, les advertiste que el trabajo estaba difícil, complicado. Peligroso, incluso. *"Mirad que os mando como corderos en medio de lobos"* (Lc 10,4). Así de claro. Que vieran que no los engañabas. Que la tarea era ardua. Que si alguno no tenía agallas, que no fuera. Todos fueron. Ninguno se echó atrás.

También les dijiste que su presencia era de paz. Lo mismo que su mensaje. No iban de turismo. Tampoco iban a sobornar a nadie. Llevaban una misión seria, importante. Pero todo bajo el signo de la paz. *"Cuando entréis en una casa, decid primero: ¡Paz a esta casa!"* (Lc 10,5).

Otra cosa importante que les recalcaste, Jesús, es que fueran con humildad. De tal manera que no anduvieran fisgoneándolo todo. *"Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan, porque el obrero merece su salario"* (Lc 10,7). No iban cobrando un sueldo. Pero la comida la necesitaban. Un misionero muerto de hambre poco o nada puede hacer. Era justo. No era mucho pedir un plato de comida. No se trataba de un trueque, pero ellos a cambio daban mucho más. Consigo llevaban la paz. Y algo más. *"Curad a los enfermos que haya, y decidles: El Reino de Dios ha llegado a vosotros"* (Lc 10,9).

A ti, Jesús, al enviar a los discípulos, no te preocupaba la exposición, más o menos ortodoxa, que pudieran hacer de tu doctrina. Sí un cierto orden al distribuirse por las aldeas. No iban en masa, en aluvión, sino ordenadamente, de dos en dos. Tampoco te preocupaba qué iban a llevar consigo. De hecho, nada. *"No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias; y no saludéis a nadie por el camino"* (Lc 10,4). Ligeros de equipaje, por consiguiente. Y en cuanto a no saludar, se entiende que ahí no entraba el negar los buenos días, o buenas tardes. Se entiende que no debían perder el tiempo en pláticas vacías, o distraerse en otros asuntos que no venían a cuento. Ellos llevan una misión concreta que cumplir.

Querías, en suma, total trasparencia en ellos y en la misión encomendada. De otro modo, la paz transmitida estaría vacía.

Esto es una gran lección para nosotros. La preocupación de un cristiano no es, no puede ser, tener una cuenta corriente en el banco. Cuanto

más dinero se tiene en el banco, menos creíble se es. El cristiano que se precie de serlo, tiene que ser gente de paz. Y entendemos que paz no significa que todo esté tranquilo, sino que haya equidad, justicia, buen rollo entre todos. Las divisiones rompen la unidad que tú nos mandaste. Y por encima de todo esto, tomando las mismas palabras del Evangelio, lo más fundamental: el amor. *"Y por encima de todo esto el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta"* (Col 3,14).

Sabemos que volvieron encantados de haber cumplido, y con éxito, la misión encomendada. Es lógico. Tú estabas con ellos. Tu Espíritu los guiaba.

Jesús, hoy como entonces, nos sigues diciendo que la mies es mucha, pero que hacen falta brazos que se apliquen para recoger la cosecha. Te pedimos que envíes muchos y buenos trabajadores al campo inmenso de la vida, donde crece en paz la mies sembrada por el Evangelio.

***

"Señor, tu recuerdo de edad en edad" (Sal 135,13). Palabras del *Salmo 135*. El recuerdo, o recuerdos, es una realidad palpable. Tiene doble significado: el recuerdo es memoria de hechos, acontecimientos, experiencias, etc. Pero también aplicamos esta acepción a los objetos que, a su vez, activan nuestra memoria histórica. Así, si hacemos un viaje a un país distinto del nuestro, pongamos, procuramos traer algún recuerdo; pequeños objetos con que obsequiar a nuestras amistades. Siempre es agradecer el pequeño detalle que un amigo pueda tener con nosotros. Que alguien se acuerde de nosotros.

Jesús, el recuerdo es una realidad que me lleva a la siguiente reflexión: Si el agua por el río no corriera, ¿dónde la mar estaría?, ¿dónde la nube su sed abrevaría? No podemos impedir el curso normal de la naturaleza. En consecuencia, dejemos correr el agua por el río, dejemos que la nube corra por esos cielos por donde también la luna y las estrellas corren. Dejemos correr los recuerdos, dejemos que la mar se beba el río. Dejemos que a la mar mis recuerdos se lleve el río, no importa que la mar no lo sepa, ni lo sepa el río. Yo me sentaré a la orilla del río para ver qué recuerdos de los que he vivido se van. Y qué recuerdos se quedan conmigo.

En la experiencia histórica y perenne de la humanidad está presente, no un recuerdo, Jesús, sino la realidad de Dios dando sentido a todo. *"Señor, tu nombre es eterno"* (Sal 135,13). En cambio, los ídolos, esos sí son recuerdos que el río de nuestra vida conviene que se los lleve. *"Los ídolos de los gentiles son oro y plata, hechura de manos humanas: tienen boca y no hablan, tienen orejas y no oyen, no hay aliento en sus bocas"* (Sal 135,15-17).

Dios está eternamente presente en nuestra historia, tanto personal como colectiva. Nuestro deber, por consiguiente, es alabar su nombre.

"Alabad el nombre del Señor, alabadlo, siervos del Señor, que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios" (Sal 135,1-2).

Jesús, podremos de verdad alabar a Dios, como dice el salmo, si puestos en camino, como los discípulos, cumplimos la misión que tú nos encomiendas.

DESDE EL SALMO 136

DEMOS GRACIAS AL SEÑOR

Jesús, a ningún padre o madre, en sus cabales, se le ocurriría dar una piedra en vez de pan al hijo que pide comida. Sería el colmo de la desnaturalización. *"Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?"* (Mt 7,9). Pues no. Suele decirse que un vaso de agua no se le niega a nadie. Menos todavía a un hijo.

Todo ser viviente, sea de la especie que sea, tiene amor a sus criaturas. Y, sin embargo, hay aquí una expresión que llama la atención: *"Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos…"* (Mt 7,11). Que sois malos. Nos llamas malos, Jesús. Por algo será. Porque lo somos.

Mira, Jesús, cuando escalamos una montaña y hay niebla, es muy frecuente al llegar a cierta altura encontrarnos con que, por debajo de nosotros, se ha formado un mar de nubes. Situados por encima de esas nubes no vemos lo que hay por debajo de las mismas. Por encima, curiosamente, sobresalen unas como isletas, como sucede en el mar. Son los picos de otras montañas. Es un espectáculo fascinante.

Si vale el símil de la niebla, algo así pasa con nosotros. Somos malos. Cierto. Pero tenemos picos que sobresalen. Esos picos equivalen al poco de amor que aún queda en nosotros y que de vez en cuando aflora. Ya sea hacia los hijos, hacia los amigos, o hacia quien sea. Siempre hay un poquito de amor. Sí. *"Sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos"* (Mt 7,11).

Jesús, igual que es evidente que el grado de maldad no es el mismo en todas las personas. Igualmente sucede con el grado de amor. Hay un mal adherido a nuestra constitución humana. Tan adherido como nuestra propia piel. Es molesto. No lo quisiéramos tener. Pero ahí está. Pero hay otro mal más hondo, distinto del habitual. Ese depende de nosotros mismos. El timón de nuestra vida, de nuestros actos, lo manejamos cada uno. De nosotros depende entonces qué hacemos con nuestra vida, con nuestros actos. La responsabilidad es inherente y exclusiva de cada quien. No es lo mismo en un momento de enfado, de estrés, dar un puñetazo a alguien que clavarle un puñal actuando con cinismo y sadismo.

Ahora bien, admitiendo que somos malos, que lo somos, tú, Jesús, nos sigues amando. Y porque sabes que estamos faltos de muchas cosas nos dices: *"Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide obtiene; y el que busca encuentra; y al que llama, se le abre".* (Mt 7, 7-8).

Desde este punto de vista, somos como el niño pequeñito que, sintiendo su desvalimiento, y a falta de otros recursos, echa mano del lloro.

Es el modo de hacerse notar, de llamar a su madre para que venga a ayudarlo. Y vaya que sí. La madre acude, lo acaricia, lo besa, lo colma de ternura.

Dios es el Dios de la ternura. Sabe lo que necesitamos. Pero le gusta oír nuestro llanto. Llanto que es petición, que es oración, que es súplica.

Jesús, que no nos falte esa gotita de ternura cuando, por tu medio, nos dirigimos al Padre para exponerle nuestras carencias.

***

Para dar gracias a Dios, los motivos son infinitos. El primero, por su bondad. El *Salmo 136* invita a: *"Dad gracias al Señor porque es bueno"* (Sal 136,1). Además, *"Porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,1).

Jesús, el tema de la misericordia de Dios es un tema constante, recurrente. *"Dad gracias al Dios de los dioses: porque es eterna su misericordia. Dad gracias al Señor de los señores: porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,2-3). Ningún dios hay fuera de Dios. Los que hemos fabricado nosotros son, obviamente, sólo ídolos. O sea, nada.

Dios ha derramado su misericordia en abundancia a lo largo del tiempo y de la historia. *"Él hizo sabiamente los cielos: porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,5). Y el salmista va haciendo un recuento donde resaltar la misericordia. De un lado la Creación. *"Sólo él hizo grandes maravillas: porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,4). Entre esas grandes maravillas, está la creación de los cielos, de las aguas, de las lumbreras gigantes, como son el sol, la luna y las estrellas.

Jesús, ¿y qué decir de las maravillas que Dios mostró a Israel sacándolo de Egipto? *"Y sacó a Israel de aquel país: porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,11). El salmo nos va recordando la travesía por el desierto, hasta llegar a la tierra prometida, venciendo todos los obstáculos, habidos y por haber. *"Y nos libró de nuestros opresores: porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,24).

Siempre el estribillo: *"porque es eterna su misericordia".* Así es y no puedes ser de otra manera. Dios es el Dios misericordioso. Y por serlo, se compadeces de nosotros, nos trata con infinito cariño y amor.

Es natural, por consiguiente, es justo y necesario, Jesús, que por tu medio demos infinitas gracias al Padre. Por su misericordia, por su amor, por su comprensión con nuestra fragilidad de hombres, por su paciencia para con nosotros, por el perdón que nos concede, por el don sagrado de la vida, por habernos hecho a su imagen y semejanza, por tantas y tantas cosas, que imposible sería numerar. Sigamos, pues, dando gracias a Dios. *"Dad gracias al Dios del cielo: porque es eterna su misericordia"* (Sal 136,26).

DESDE EL SALMO 137

DEVOLVER LA DIGNIDAD

Jesús, hay por ahí una canción: Siempre hay a quién amar, y por quién llorar. Vale. La vida es como es. Y amar y llorar, es parte de la vida. Es la parte más hermosa de nuestra sensibilidad: amar y llorar.

Cuando se llora por alguien es porque ese alguien es un ser amado. Llorar es una forma de amar. Así expresó María Magdalena el amor entrañable que te tenía. Lo sabías muy bien. Sabías que te amaba. Era mujer agradecida. La habías liberado de sus demonios. Recobró su libertad. Se sintió, a partir de ese instante, mujer de verdad.

Pues bien, Jesús, acababas de resucitar. El sepulcro vacío. María llorando a lágrima viva junto al sepulcro. Te plantas delante de ella y le das la gran sorpresa. Te apareces junto a ella, pero sin darte a conocer. Por eso era sorpresa. Doble sorpresa: por ser tú, y porque habías resucitado. Naturalmente, no te reconoció en el primer momento. Ella pensó que eras el jardinero en el Jardín donde tuvo lugar la Resurrección. Eso pensó ella. Entre sus lágrimas te pide que le digas dónde has colocado el cuerpo, que ella se hará cargo.

Le habías preguntado: *"Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?"* (Jn 20,15). Bien lo sabías. ¿A quién iba a buscar, sino al amado de su corazón? Te conmovió su ternura. Y es en ese momento cuando te diste a conocer. La sorpresa dio paso a la alegría. *"¡María!"* (Jn 20,16). Alegría mutua. *"¡Maestro mío!"* (Jn 20,20). En realidad, estaba diciendo: ¡*Amor mío!*

Les haces comprender que estás en otra dimensión. Que eres el mismo, y al mismo tiempo diferente. Que tu cuerpo ya no es el cuerpo frágil que hace unas horas pendía de una cruz entre el cielo y la tierra. Que tu cuerpo ahora es glorioso, resucitado. *"No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero anda, ve a mis hermanos y diles: Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro"* (Jn 20,17). Mayor fraternidad imposible.

Y en ese momento la conviertes en la apóstol número uno. La "*envías"* ve *"a mis hermanos"*. Fue tu primera embajadora ante el mundo universo, para llevar la mejor y radiante exclusiva: ¡Has resucitado! ¡Vives!

Jesús, fuiste el gran liberador de la mujer. De toda mujer. Siempre habías tratado con deferencia a las mujeres. Te preocupaste de ellas. Las tuviste en cuenta, en gran aprecio. Supiste valorarlas. Les devolviste la dignidad que los hombres les habían, -habíamos-, quitado.

Con esto volvías a la primera página de la Creación, cuando Dios creó al Hombre varón y mujer, de igual dignidad. Con el correr del tiempo,

muchas cosas habían cambiado. Muchos valores se habían perdido. Tú venías a poner cada cosa en su sitio. De este modo, María Magdalena se convierte en la mujer líder de toda mujer liberada. De toda mujer valorada.

¿Por qué una cultura impregnada de puritanismo había caído tan bajo? ¿Por qué? ¿Podemos seguir dando pábulo a una cultura que ha perdido color? ¿Nos hemos olvidado de aquella mañana radiante, primaveral, de la Resurrección? Fue la mañana donde la Mujer recobró, desde ti, Jesús, su dignidad. No se la quitemos. Aquellas fueron lágrimas de amor. Ayúdanos, Jesús, a hacer memoria de tu Resurrección.

***

A este respecto, conmueve, Jesús, encontrarse con el sentimiento y nostalgia de un pueblo que sufre destierro, lejos de su tierra, y en el destierro, una serie de sinsabores, opresiones y calamidades. Magnífico el *Salmo 136*: *"Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión"* (Sal 137,1). Se comprende que suenen cantos; que la música haya enmudecido. Que se nieguen a cantar para un pueblo que los oprime. *"En los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. Allí los que nos deportaron no invitaban a cantar"* (Sal 137,2-3). El pueblo tiene una dignidad.

Cuánto sentimiento y nostalgia. Cuánto recuerdo de días idos. Cuando eran libres, cuando la vida era apacible. Cuando a la sombra larga del verano podían ventear los sueños del otoño, ya cercano; sueños florecidos en mazorcas color ámbar que encienden de oro los maizales. Cuando recogían, para encender el fuego, las hojas ocres, caídas de los árboles y sauces llorones. Cuando al resplandor y calor de la hoguera podían rememorar las épicas hazañas de sus antepasados. *"Cantadnos un cantar de Sión"* (Sal 137,3). Y recordaban vívidamente los bíblicos cantos, y los rituales bailes, de los que David fue predecesor.

Cada cosa tiene su momento. Hay situaciones en que el ánimo no está para cantos. *"¡Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera!"* (Sal 137,4). Imposible.

El flash de la noche ha plasmado la llama cautiva en los corazones. El sentimiento los embarga. No se pierde, así como así, el sentido de la historia y de la dignidad. Tampoco la esperanza. Algún día el destierro acabará. Cuando termine, habrá llegado de nuevo la primavera. Más allá de las cenizas dormidas, quedarán aún resquicios de brasas no apagadas, las brasas de la esperanza, que volverán a avivar el fuego. Entonces sí; entonces proseguirá la danza; y otra vez recobrarán vida las cítaras. Eso será más allá de los tiempos idos, y los recuerdos. *"Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha; que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías"* (Sal

137,5-6). Nostalgia de Sión. Se trata de recobrar la dignidad que nadie puede arrebatar a nadie. La misma que tú, Jesús, has devuelto a la mujer. Testigo, María Magdalena.

DESDE EL SALMO 138

PERDÓN Y SANACIÓN

Jesús, la vida nos enseña que hay muy distintas dolencias. Solemos dar en general mucha importancia a las dolencias del cuerpo. Hay enfermedades menos graves, pasajeras, y las hay graves. En cuanto sentimos un malestar, y desconociendo el nivel de gravedad, corremos en busca del médico. Y esperamos su diagnóstico.

Pero hay enfermedades peores que las corporales. Son las enfermedades del alma. Las que, aparentemente, no se curan con nada. Al no ser enfermedades corporales, acudimos a otro tipo de médicos, como son los psicólogos, o los psiquíatras. ¿Resultado?

Parece ser un hecho cierto. Hasta no hace mucho tiempo, y en un ambiente de cristiandad, la gente acudía a los templos. Se acercaban al confesonario. Confesaban sus pecados y salían con una enorme sensación de libertad. Sus pecados habían sido perdonados. Se sentía la alegría de una liberación interior que, efectivamente, hacía a la persona sentirse libre. Lo era.

Al paso del tiempo, y en la misma proporción que la gente ha dejado de acudir al sacramento de la reconciliación, han aumentado los bufetes de psicólogos y parapsicólogos. También han aumentado los enfermos que necesitan del psicólogo. Enfermos del alma.

Sí, Jesús, enfermos del alma. Tú te los encontrabas a cada paso. Como aquel día en Cafarnaúm. Se enteraron que estabas en casa y comenzó la gente a llegar trayendo toda clase de enfermos. Aquejados de distintos males, sólo buscaban la curación. Y es que, todos queremos estar sanos. Tener salud.

En esto, ocurrió algo totalmente inusual. Llegaron cuatro trayendo en una camilla a un paralítico. Por el gentío, no podían entrar en la casa. Entonces, *"Levantaron la techumbre encima de donde él (tú) estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el paralítico"* (Mc 2,3-4). Desde luego, le echaron valor. La fe mueve montañas.

El Evangelio no lo dice, pero se supone, la cara de asombro que todos debieron poner. Tú, por el contrario, te fijaste en la fe que tenían. Y fuiste directo al grano, mejor dicho, al paralítico: *"Hijo, tus pecados te son perdonados"* (Mc 2,5). ¡Buena la armaste! Ahora el asombro cambió de dirección. Lograste escandalizar a los escribas que andaban por allí. *"Por qué habla este así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?"* (Mc 2,7). Razón no les faltaba. Ciertamente, sólo Dios puede perdonar los pecados. Pero, se adelantaron en su sentencia.

Y te encaraste con ellos: *"¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil, decir al paralitico tus pecados te son perdonados, o decir, levántate, coge la*

camilla y echa a andar?" (Mc 2,8-9). Se hizo un silencio tenso. Nadie perdía detalle. Todos pendientes de tus palabras y de tus gestos. Entonces te diriges a todos: *"Pues, para que comprendáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados, dices al paralítico: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa"* (Mc 2,10.11). ¡Vaya que si se levantó! De un salto. Feliz, contento. Se sintió curado. Lo estaba. Se fue más contento que unas pascuas, dando gloria a Dios.

Así es. Hay males del cuerpo y hay males del alma. En este caso, el cuerpo y el alma estaban enfermos. Jesús, comenzaste por curar lo más importante y urgente: el alma. Cuantos te rodeaban esto no lo podían entender. Pero tú querías la salud total de aquel hombre. Y su plena felicidad. Así que, le curaste también el cuerpo. El que fue traído en camilla, ahora se marchó por su propio pie. Perdón de los pecados y sanación corporal fueron a la par.

***

"El Señor es sublime, se fija en el humilde y de lejos conoce al soberbio" (Sal 138,6). Esto dice el *Salmo 138*. Tú, Jesús, lo sabes todo, lo ves todo, lo conoces todo. Nos conoces a cada uno, hasta en lo más profundo de nuestro ser. Sin embargo, te fijas más a fondo en el humilde.

El humilde puede serlo de dos maneras: humilde, porque carece de todo; y humilde, porque sabe reconocerse en su escueta realidad, y no deja que el orgullo o la soberbia se apoderen de él.

Nosotros conocemos muchas, muchísimas cosas de la naturaleza. Sabemos que el verano puede matar el tacto de los árboles, que son sus hojas. Pues el calor hace que las hojas se agosten, y tiemblen de sed bajo un sol tórrido. El verano puede posar su mano inclemente en los pechos enfermos, en las sienes delgadas del anciano. Puede cerrar los párpados de los moribundos con un roce de mármoles callados que aguardan en el camposanto a la sombra honda, estilizada, de los cipreses inhiestos. Sin embargo, *"cuando camino entre peligros, me conservas la vida; extiendes la mano contra la ira de mi enemigo, y tu derecha me salva"* (Sal 138).

Todas las estaciones del año son hermosas, mas no están exentas de peligros. Así, el verano; puede cruzarse ante nosotros como un lebrel cansado, sediento, y cruzado de piernas, mientras espanta, por oficio y por rutina, los tábanos imaginarios, taladrantes como el canto chirriante, desafinado, rayado, inaguantable, de mil cigarras en paro. Y como a ellos, también a nosotros nos entra la modorra, y por indolencia, podemos resecarnos y asfixiarnos como árboles que languidecen.

Jesús, todo eso lo sabemos, lo conocemos. Conocemos muy bien lo exterior a nosotros, como es la naturaleza y sus fases. Pero, ¿nos conocemos a nosotros mismos? Hemos nacido porque Dios nos has dado la vida. Y nos

la conserva. Justo es, pues, que seamos agradecidos y le demos gracias. *"Te doy gracias, Señor, de todo corazón, porque escuchaste las palabras de mi boca; delante de los ángeles tañeré para ti, me postraré ante tu santuario, dando gracias a tu nombre, por tu misericordia y tu lealtad"* (Sal 138,1-2).

Jesús, te fijas en el humilde. Líbranos de la soberbia, la misma que agosta y seca nuestra alma. *"Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos"* (Sal 138,8). El humilde está más anclado en la fe. Como el paralitico, y quienes lo portaban en la camilla.

DESDE EL SALMO 139

TU PALABRA ES LIBERTAD

Jesús, lo peor que podían llamarte: endemoniado. Y te lo llamaron. Fueron los judíos mismos. Una lástima, porque tú también, en cuanto hombre, eras judío. Ocurre que cuando se cae en el fanatismo, o la intolerancia, de poco sirve la nacionalidad. Les dijiste: *"Os aseguro que quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre"* (Jn 8,51). No había, por tu parte, menosprecio ni la más mínima falta de respeto. Pero la tenían tramada contra ti. Empecinados. Posturas tomadas. Intransigencia.

Los ánimos estaban caldeados. En la polémica suscitada, les habías dicho: *"Si permanecéis en mi palabra, seréis discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres"* (Jn 8,31). Esta frase iba, mira por dónde, *a los judíos que habían creído en ti* (Jn 8,31). Debían ser pocos. Y una de dos, o no estaban tan seguros en cuanto a creer en ti, y se callaron. O se pasaron a los contrarios, que debían ser bastantes más, porque gritaron: *"Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie"* (Jn 8,33). No coincidisteis tampoco en el significado de libertad. Tú hablabas de la verdadera libertad: No ser esclavos del pecado. Ellos la asociaban a la estirpe y raza. Con tan dispar interpretación, poco acuerdo podía esperarse.

Una cosa es ser hijo y otra ser esclavo. Les aclaraste la diferencia: *"El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Pero si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres"* (Jn 8,35-36). No les negaste ser descendientes de Abrahán. Pero valientemente, añadiste: *"Sin embargo, tratáis de matarme porque mi palabra no cala en vosotros"* (Jn 8,37). ¡Tratáis de matarme! Se dice pronto. ¡Pues mira que se habían tomado las cosas por la tremenda!

Siguiendo su argumentación, les argüiste: *"Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme, a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios; y eso no lo hizo Abrahán"* (Jn 8,39-40). La cosa se ponía cada vez peor. Ahora cabe preguntar, Jesús, ¿qué concepto tendrían ellos de Dios? No atendieron a razones. Y tú, Jesús, no bajaste la guardia. Les soltaste un golpe directo a la mandíbula, que diríamos en el argot boxístico: *"Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre"* (Jn 8,44).

Te llamaron endemoniado. Pero mira quiénes eran los endemoniados. Sois hijos del diablo. Les retaste: *"¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?"* (Jn 8,46). No podían acusarte de pecado, desde luego. Y añadiste: *"El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no escucháis, porque no sois de Dios"*

(Jn 8,47). Mucho alegar que eran hijos de Abrahán, cosa que no les negaste. Pero resultó que *tampoco eran de Dios.* Así se escribe la historia.

Viéndose derrotados, acudieron entonces a la salida fácil: *"¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y que tienes un demonio?* (Jn 8,48). Te negaban hasta la nacionalidad. Ahora te tachaban de samaritano. Sólo les faltó darte el pasaporte de samaritano. Cierto que andaban a la greña judíos y samaritanos, pero de ahí a que tú fueras samaritano hay un gran trecho. Y que eras judío, hasta la samaritana te lo había echado en cara: "*¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana?; porque los judíos no se tratan con los samaritanos"* (Jn 4,9).

Les hablabas de la Verdad. En mayúscula. La misma que nos hace libres. Y de que guardaran tu Palabra: *"Quien guarda mi palabra, no sabrá lo que es morir para siempre".* (Jn 8,51). Pero no aprendieron la lección.

***

Jesús, cuánta música hay encerrada en un pentagrama. Basta que un violín haga saltar las notas desde esos barrotes en forma de cárcel que es el pentagrama para que suene la más hermosa melodía en las cuerdas del violín.

Nosotros somos como esas notas encerradas en el pentagrama. Es necesario que alguien les abra la puerta y todo cambia. No somos nada por nosotros mismos, pero tú nos conoces, Jesús, y sabes la música que llevamos dentro del alma. *"Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos, distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares"* (Sal 139,2-3).

He tomado estas palabras del *Salmo 139* porque reflejan lo que estamos comentando. Los judíos no te conocían. Tú, Jesús, sí los conocías. Quisiste sacarlos de esa cárcel donde su estrecha mentalidad los había encerrado. No hubo modo.

En el pentagrama de mis días, cuántas veces quedó encerrada mi voz. Debería haber colgado de alguna estrella endechas enhebradas al son del tic-tac del reloj que marca las horas de la verdad, pero desafinó mi voz. *"¿A dónde iré lejos de tu aliento, a dónde escaparé de tu mirada?"* (Sal 139,7). Cerré la puerta a tu música de libertad, Jesús, que debe vibrar en todos los corazones, y dejé que el mío se me encogiera de vergüenza. Porque en vez de dar la cara por ti, me dejé quemar como se queman las alas de una mariposa devorada por el éxtasis de la luz. *"Si vuelo hasta el margen de la aurora, si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha"* (Sal 139,9-10).

Quisiera guardar, Jesús, el lirismo de una melodía arrancada a las cuerdas de un violín y desgranarla en la isla desierta de los días perdidos. Anudaría un pañuelo de seda al mástil de un barco ligero de vela varado en la playa, donde viajaron inéditas melodías, hasta que alguien las encuentre

cuando escampe la niebla de la fe. *"Si digo: que al menos la tiniebla me encubra, que la luz se haga noche en torno a mí, ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día, la tiniebla es como luz para ti"* (Sal 139,11-12).

También quisiera colocar faros de esperanza en la rosa inestable de los vientos, para que todos los náufragos del mundo puedan orientar su vida y no encallen en los acantilados de las falsas libertades. *"Sondéame, oh Dios, y conoce mi corazón"* (Sal 139,23).

Sondéame, Jesús, y purifícame de mis errores. Que aún me quedan por estrenar endechas en el pentagrama inalámbrico del último atardecer de mi vida, con las mismas notas que me plagió el tic-tac inexorable del reloj.

Mírame, Jesús, y *"si mi camino se desvía, guíame por el camino eterno"* (Sal 139,24), tú, que conoces el pentagrama que encierra las notas discordantes de mi vida, porque quiero andar en la verdad que es donde está la verdadera libertad. Tu Palabra, Jesús, es Libertad.

DESDE EL SALMO 140

QUIÉNES SON MI MADRE Y MIS HERMANOS

Jesús, querían hablar contigo. Te pasaron aviso: *"Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan"* (Mc 3,32).

No sabemos si fue o no oportuno que te interrumpieran en ese momento. De todos modos, antes de atender a tu madre y ver qué le traía por allí, aprovechaste la interrupción para preguntar a tus oyentes: *"¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?"* (Mc 3,33).

Tu pregunta debió dejar un tanto desconcertados a los oyentes. Posiblemente muchos no conocían a tu familia. Pero tu pregunta iba más allá. Llevaba muy marcada intención, mucho más allá de la simple familia biológica. Señalabas a otra familia, más transcendente. Y aprovechaste la oportunidad para explicar: *"Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre"* (Mc 3,34-35). El que cumple la voluntad de Dios. A partir de ahí podremos hablar de otras cosas.

Hay dos frases, Jesús, en esta oración gramatical. La primera es la que señala a todos en general: *"Estos son mi madre y mis hermanos"* (Mc 3,34). Todos. ¿Por qué todos? Porque tú has venido a llamar *a todos* al Reino de los Cielos. Has venido a hacer de todos una gran familia, nueva y universal. Todos somos hijos de Dios.

La segunda frase tiene unos destinatarios más concretos, más específicos: *"El que cumple la voluntad de Dios"* (Mc 3,35). En cuanto a cumplir la voluntad de Dios, sin duda alguna, la primera había sido tu madre biológica, la santísima Virgen María. Ella acogió con fe la palabra que el ángel le comunicaba de parte de Dios. Había dado el *"Sí"* más transcendente y transcendental de la Historia y para la Historia. Por consiguiente, no hablabas como si ella no hubiera cumplido la voluntad de Dios. Todo lo contrario. Es más, ni siquiera te estabas refiriendo a ella. Te referías a ellos, a los que te estaban escuchando. Les dijiste claramente que si no hacían la voluntad de Dios todo lo demás caía en saco roto.

Pero hay algo más. Ocurre que, de cuando en cuando, comienzan a correr rumores sobre alguien. Cuando corren rumores, suelen ser de índole negativa. Y de pronto, ya puede tratarse de la persona más inocente, como le cuelguen un sambenito esa persona está perdida. Algo de esto ocurrió contigo, Jesús. Porque el Evangelio señala un punto muy delicado y concreto: *"Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque se decía que estaba fuera de sí"* (Mc 3,21).

Estar fuera de sí significa estar pirado, estar loco, o algo semejante. ¡Lo que te faltaba, Jesús! ¿Mira que dijeron cosas de ti! ¡Vamos!, que no te

dejaban ni a sol ni a sombra. Quiero creer que la ojeriza que te tenían era fruto de la envidia. Un rencor enconado. Estabas dejando en evidencia sus malas conciencias. Y eso no lo toleraron.

En fin, vaya usted a saber qué chismes le habrían ido a contar a tu buena madre. La pobre debió asustarse enormemente. Tanto que, llena de preocupación y angustia, va corriendo a buscarte. No quiere que seas el hazmerreír de nadie. ¡Qué le habrían contado! ¡Mamma mía!

Total, te habían tachado de loco, y encima añadieron: *"Tiene dentro a Belzebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios"* (Mc 3,22). ¡Vamos!, es para reírse. Simplemente por la contradicción *in términis.* O sea, que estás endemoniado, pero al mismo tiempo mandas a paseo a los demonios. ¡El colmo!

Dicho lo cual, queda en pie tu pregunta: *"¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?"* (Mc 3,33). El que cumple la voluntad de Dios. A partir de ahí queda establecida la jerarquía de valores.

***

Jesús, de padres a hijos, de generación en generación, se van transmitiendo los grandes valores que Dios ha impreso en nuestro corazón. Primero, por lo que significan y son en sí mismos, como valores. Segundo, porque es la más rica herencia que los padres pueden dejar a sus hijos. Tercero, porque son un patrimonio universal, recibido de Dios, que se debe seguir transmitiendo a las futuras generaciones. Transmitir el bien, misión cumplida. Mientras que el mal hay que erradicarlo de inmediato y para siempre, si posible fuera. Sí, porque la raíz del mal no desaparece nunca del todo. *"Líbrame, Señor, del malvado, guárdame del hombre violento: que planean maldades en su corazón y todo el día provocan contiendas; afilan sus lenguas como serpientes"* (Sal 140,2-4).

Eso es. Lo expresa muy bien el *Salmo 140*. Líbrame del malvado. De todo mal.

Mira, Jesús, me fijé en aquel abuelo que con su nieto ambos contemplaban la inmensidad del mar; veían batirse las olas al son de la pleamar. Olas venían, olas se iban, y abuelo y niño seguían mirando la pleamar. El niño miraba hacia fuera. Sus ojos se llenaban de paisaje; trataban de captar todo cuanto ocurría a su alrededor. La vida entraba por sus ojos de niño abierto a todo lo desconocido. La inmensidad del mar. El niño estaba fascinado.

A su vez, así me lo imaginé, el abuelo miraba hacia dentro, tratando de revivir los grandes valores de la vida, y de la historia, recibidos de sus mayores, y que ahora debía transmitir al niño. Pero los valores no están asépticos, no están solos; el mal ronda su proximidad. Y el abuelo hablaba

al niño de Dios, y le hablaba de los enemigos de Dios. Los malos, le decía, son *"veneno de víbora"* (Sal 140,4).

El niño, en su todavía escaso entender, asimilaba poco a poco, las enseñanzas del abuelo. *"Pero yo digo al Señor: Tú eres mi Dios"* (Sal 140,7). Y le hablaba de ti, Jesús. La enseñanza de cada día. Una catequesis de paciencia y días, y el niño asimilaba las grandes intervenciones de Dios en la Historia. A la par que le disuadía de acercarse a los que obran el mal. *"Los soberbios me esconden trampas; los perversos me tienden una red y por el camino me colocan lazos"* (Sal 140,6).

No dejes que el mal te domine, decía el abuelo al niño. Pensé, es lo mismo que tú, Jesús, constantemente nos estás indicando. Debemos huir del mal como de las serpientes. *"No arraigue en la tierra el deslenguado, el mal persiga al violento hasta desterrarlo"* (Sal 140,12). *"Yo sé que el Señor hace justicia al afligido y defiende el derecho del pobre"* (Sal 140,13).

El abuelo insistía: *"Los justos alabarán tu nombre, los honrados habitarán en tu presencia"* (Sal 140,14).

Jesús, ayúdanos a escuchar bien tu Palabra. Sólo así podremos entender el alcance de tu pregunta: *"¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?"* (Mc 3,33).

DESDE EL SALMO 141

QUIERO VER

Jesús, quienes por favor de Dios gozamos del don de la visión, quienes podemos ver las cosas con nuestros propios ojos, difícilmente podremos imaginarnos cómo, a su vez, un invidente se imaginará, o podrá "ver", entre comillas, las cosas. ¿Y los colores? Quien nunca ha visto la luz, ni los colores, ¿cómo se los imaginará? A fin de cuentas, las cosas se pueden tocar, no así los colores. Tengo amigos invidentes. Una cosa sé. A falta de la luz externa, otra luz más íntima les ilumina. Es la luz de tu amor.

Estoy acordándome de aquel pobre ciego, Bartimeo. Fue en Jericó. Al enterarse que eras tú quien pasaba, comenzó a gritarte: *"Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí"* (Mc 10,47). Sabía tu nombre. Conocía tu poder de sanar y, sobre todo, tenía fe y esperanza. Quería ver.

Ver, porque no veía. En cambio, su voz estaba en buen estado. Y comienza a gritar. Desea vivamente que le atiendas. Tiene fe en ti, Jesús. Por supuesto que le atendiste. Algunos estaban molestos por los gritos que daba el pobre ciego. Pobre, en el doble sentido de: cariñosamente. Y en el real. Era pobre. Por eso andaba pidiendo limosna, para poder sobrevivir. ¡Cómo no ibas a tener misericordia de él, si los pobres fueron siempre tus preferidos!

En cuanto supo que te interesabas por él, que lo llamabas, dio un salto y corrió a tu encuentro. No le importó que podía caerse y romperse la crisma. Otra luz le guiaba por dentro. La luz de la fe y de la esperanza. Y el milagro se hizo. Se hizo la luz en sus ojos, y sus ojos vieron.

"¿Qué quieres que haga por ti?" (Mc 10,51). Bien sabías lo que quería. *"Maestro, que pueda ver"* (Mc 10,51). Y tu respuesta, inmediata: *"Anda, tu fe te ha salvado"* (Mc 10,52).

Y, al mismo tiempo, le dices algo que no pasa desapercibido, que va más allá de una simple curación: *"Tu fe te ha salvado".* Aquí hay algo más que el hecho de recobrar la visión: la salvación.

Fue en Jericó, la primera ciudad conquistada por Josué al entrar en la Tierra Prometida. Jericó, asentada en la fértil llanura del Jordán. No eran infrecuentes tus visitas a esta ciudad. Se está bien allí. Pero nunca te quedaste más de lo necesario. Y menos para instalarte en ella. Sabías que tu meta final estaba en Jerusalén. La ciudad sobre la que un día llorarás, echándole en cara:*"¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a los polluelos bajo sus alas, y no habéis querido"* (Lc 13,34). En Jerusalén consumarías la Pasión.

Pero sigamos con el ciego. *"Al momento recobró la vista y lo seguía por el camino"* (Mc 10,52). Y no solamente el camino, en el sentido literal,

que también, sino el Camino en sentido figurativo. Porque tú, Jesús, eres el Camino, la Verdad, y la Vida.

¿Y quién es el que te sigue? No es un simple ciego que ha recobrado la vista. Es algo más. Es el hijo de Timeo. Nombre griego. Significa *honrado*. No deja de tener trasfondo esta palabra. ¡Qué casualidad! Los *honrados* de este mundo son los que andan en desamparo y pobreza. Son, por lo mismo, los que están más cerca del Reino de Dios.

¡Gran lección la que, sin él darse cuenta, nos dio Bartimeo, el hijo de Timeo! Por consiguiente, Jesús, no nos queda otra que, igual que Bartimeo, acudir a ti. Y a pleno pulmón gritar: ¡Señor, quiero ver! ¡Queremos ver! Que no nos falte la luz de la fe y de la esperanza.

***

"Señor, Dios mío, mis ojos están vueltos a ti" (Sal 141,8). Ya ves, Jesús, el *Salmo 141* nos habla de ojos. Son ojos que ven, que miran en la dirección que hay que mirar. Mirar con los ojos y con el corazón, para alabarte y bendecirte, para darte gracias, infinitas gracias, por tu inmensa bondad. Deseo, Jesús, que mi oración llegue a ti. *"Suba mi oración como incienso en tu presencia, el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde"* (Sal 141,2).

Jesús, si echo la vista atrás, veo que vengo de tiempos pasados, vengo no sé de dónde, vengo a salto de generaciones, vengo al compás del tan-tan, bajo la luz opaca de la luna. No soy único en la especie. Soy parte de una ingente muchedumbre, de hombres y mujeres que han habitado y habitarán la tierra. Soy parte de los sueños y anhelos de tantos soñadores, constructores de una historia. Vengo, pues, de pintar sueños fabulosos con los pinceles de la noche en las márgenes del tiempo. *"Coloca, Señor, una guardia en mi boca, un centinela a la puerta de mis labios; no dejes inclinarse mi corazón a la maldad"* (Sal 141,3-4).

Vengo de la nada y la existencia, vengo de almacenar experiencias en la memoria de la historia. Vengo como apócrifo y pecador. Y hasta soy a veces "ateo", entre comillas, Jesús, por conveniencia tantas veces. Pero siempre creyente. A veces soy animista y budista, librepensador impenitente, musulmán y reformado, ortodoxo, judío, y cristiano. *"Pero que el ungüento del impío no perfume mi cabeza"* (Sal 141,5).

Vengo de ser currante, y ecuménico estudiante, vengo de ser perseguido por amoríos fugaces en corazones consumidos por cenizas seculares. Vengo de otear fracasos en currículums rechazados por proyectos caducados. Vengo de ser chamán y rezador en cementerios clandestinos de nonatos abortados -¡oh, memorial vergüenza la de los abortos!-. Vengo de ser Poseidón en los mares tenebrosos donde se hunden por siempre las pateras de la muerte de frustradas ilusiones. Vengo, Jesús, sabiendo que de

Dios vengo y a Dios voy. *"Señor Dios, mis ojos están vueltos a ti, en ti me refugio, no me dejes indefenso; guárdame del lazo que me han tendido, de la trampa de los malhechores"* (Sal 141,8-9).

Que mi oración, Jesús, suba a tu presencia en continua acción de gracias. *"Suba mi oración como incienso en tu presencia, el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde"* (Sal 141,2). Porque en ti está la luz de la eternidad.

DESDE EL SALMO 142

SÁCAME DE LA PRISIÓN

Jesús, la lepra sigue siendo, todavía hoy, una enfermedad muy dura. Aún no se ha logrado erradicar. En tu tiempo había muchos leprosos. El Evangelio lo constata. Su vida era terrible. Tenían que vivir en descampado, fuera de las poblaciones. No podían vivir en sociedad. Era el modo de evitar contagios. La pobreza consecuente se unía a su forzada soledad.

Pero también ellos, los leprosos, sabían de ti. A más de uno y de dos no les importó saltarse las severas normas que sobre ellos pesaban para acercarse a ti. Nunca los rehuiste. Por más que la presencia de muchos de ellos, con sus rostros desfigurados, produjera escalofríos. A unos les faltaban los pómulos, a otros la nariz. Las llagas eran repugnantes.

Tú, Jesús, no te preocupaste de la repugnancia que pudiera producir su aspecto. Tampoco te importó el posible contagio. Por encima de todo estaba la misericordia, la compasión, la sensibilidad humana para hacer el bien. Ellos lo sabían, te tenían confianza, y acudían a ti.

Aquel día se te acerca un leproso, y de rodillas, con suma humildad, y con esperanza profunda, te dice: *"Si quieres, puedes limpiarme"* (Mc 1,40). No exige, simplemente implora. Con profunda humildad, eso sí. ¡Cómo no vas a querer! ¡Si has venido al mundo para hacer el bien! Tu respuesta: *"¡Quiero, queda limpio!"* (Mc 1,41). Sentiste lástima por él. Era un símbolo de todos los parias de la humanidad. No solamente dejaste que se te acercara. Es que, tú mismo extendiste la mano y lo tocaste. ¿Quién que no fueras tú lo habría hecho? Y lo curaste. *"La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio"* (Mc 1,42).

Jesús, según tu costumbre, y en gesto de profunda humildad, sin hacer alarde de tu poder curativo, le dices que no divulgue el hecho. Eso sí, que vaya al sacerdote para que le dé el acta correspondiente que acredite que está curado y pueda volver a la familia, y hacer vida social. Pero un favor tan grande, cómo quieres que no se divulgue. Imposible. Está exultante de gozo y alegría. Está curado. Una nueva vida se le abre de par en par. *"Pero cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo"* (Mc 1,45).

Un corazón agradecido no puede estar silenciado. Es cierto que a ti te complicó la vida, porque *"ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes"* (Mc 1,45). Valió la pena. Imagínate la alegría de aquel pobre hombre. Pobre, pero feliz.

Acudían a ti de todas partes. Pero esto no es ninguna novedad. Por más que trataras de pasar desapercibido, no lo lograbas. Es que, Jesús, la gente

tiene un olfato exquisito para distinguir dónde está el bien y dónde está el mal. No acudían a los sacerdotes del templo, ni a los escribas y fariseos. No acudían a quienes ostentaban la autoridad. Ellos no curaban. Por eso, nadie los buscaba. Te buscaban a ti, Jesús. Y siempre te encontraban. Eso es lo bueno, siempre te encontraban. No había que pedir audiencia, ni te parapetabas en ningún castillo inexpugnable.

La gente acude hoy a los médicos. Es lógico. Son los profesionales de la medicina. Y ésta, por suerte, ha avanzado mucho. Pero cabe reflexionar que no solamente hay enfermedades del cuerpo. Para estas enfermedades se va al médico. Es lo correcto. Hay también otras enfermedades que no son del cuerpo, sino del alma. Enfermedades cuya curación no está en las manos experimentadas de los médicos. Enfermedades, en suma, que sólo tú, Jesús, puedes curar. Sin embargo, cuánta gente que te desconoce, que no acuden a ti. Grave error. ¡Cómo cambiaría la vida de mucha gente con sólo acudir al sacramento de la reconciliación!

Jesús, hoy que tanto se ha debilitado la fe, que no te demos la espalda. Necesitamos acudir a ti y escuchar: *"¡Quiero! ¡Queda limpio!". (Mc 1,41).*

***

Jesús, en las celdas de las cárceles suelen verse nombres grabados en las paredes. Suelen corresponder al recuerdo y la nostalgia, por ausencia, de seres queridos. Familiares y amigos que se llevan en el corazón. Que los presos siguen siendo personas..., y tienen sentimientos. A veces carecen hasta de una fotografía que acorte la distancia de un ser querido. Les queda, al menos, el nombre escrito en la pared de la celda. Cuánto amor puede haber tras un nombre garabateado en una pared.

El *Salmo 142* refleja de algún modo esto que comentamos: *"Nadie me hace caso; no tengo a dónde huir, nadie mira por mi vida"* (Sal 142,5). Triste situación la del preso.

Otras veces, y con impunidad a toda estética, aparecen nombres en los frontales de edificios, en plena calle. Grafitis. Los grafitis no responden a ninguna añoranza. Son signo, por el contrario, de una educación ausente.

En otras ocasiones, hay quienes manifiestan sus sentimientos románticos grabando en la corteza de los árboles un corazón traspasado por la flecha de cupido, y los correspondientes nombres de los enamorados.

Por el contrario, el salmista no invita a andar con romanticismos, sino a clamar al Señor. *"A voz en grito clamo al Señor, a voz en grito suplico al Señor; desahogo ante él mis afanes, expongo ante él mi angustia, mientras me va faltando el aliento"* (Sal 142,2-4).

Jesús, yo sí quisiera grabar tu nombre en mi corazón, porque eres el único camino de salvación, por donde debo andar. *"Tú conoces mis senderos"* (Sal 142,4). Hay también senderos que muchas veces me apartan

del verdadero camino. *"En el camino por donde avanzo me han escondido una trampa"* (Sal 142,4). Sí, Jesús, necesito grabar tu nombre y dirección en mi corazón.

Y una vez escrito tu nombre en mi corazón diré con el salmista: *"Tú eres mi refugio y mi lote en el país de la vida. Atiende a mis clamores, que estoy agotado; líbrame de mis perseguidores, que son más fuertes que yo. Sácame de la prisión"* (Sal 142,6-8). Que hay muchas prisiones. La enfermedad de la lepra es una. La cárcel es otra. Y el alejamiento de ti es la peor.

DESDE EL SALMO 143

RECIBID EL ESPÍRITU SANTO

Jesús, fue el mismo día de la Resurrección, a la tarde-noche. Los discípulos andaban asustados, con las puertas bien trancadas. De repente, te presentas ante ellos. No ha hecho falta llamar a la puerta. Ahora tu cuerpo es ya glorioso, inmortal. Es el mismo, y no es el mismo. Eres tú, pero tu cuerpo ya no es de carne mortal. Ahora es inmortal. Pertenece a la glorificación. Por la mañana te apareciste a María Magdalena. Escena idílica, preciosa. Encuentro en el jardín de la Resurrección. El más limpio y sublime amor. Luego a los de Emaús. Ahora, ya al anochecer a los once, que están reunidos, encerrados, llenos de miedo. Hay un momento de sorpresa y estupor. Silencio absoluto. No se oye ni la respiración. Y tu saludo: *"Paz a vosotros"* (Jn 20,19).

Este será en adelante y para siempre tu signo: Paz a vosotros. A continuación, les enseñas las manos y el costado. Ellos ven las llagas. Llagas que ya no son tales. Tu cuerpo está glorificado. Jamás podrá sentir dolor. Pero dejas que te vean como si tu cuerpo fuera aún mortal. La alegría es inmensa. Han visto que eres tú. Repites: *"Paz a vosotros"* (Jn 20,21).

Es en este momento cuando les haces el mejor regalo: *"Recibid el Espíritu Santo"* (Jn 20,22). Y cuando oficializas el envío, convirtiéndolos por consiguiente en *apóstoles*. Serán a partir de aquí tus enviados. No irán solos. El Espíritu Santo estará con ellos. Además, les das el inmenso poder de perdonar los pecados. Hasta ahora ese poder lo habías ejercitado tú solo, Jesús. En adelante, ellos serán quienes ejecuten el perdón. Solemnemente, con toda tu majestad de resucitado, proclamas ante ellos: *"Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo"* (Jn 20,21). Y: *"Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos"* (Jn 20,22).

Ellos son el núcleo principal y primero de la nueva Comunidad, llamada a crecer para llevar al mundo entero el mensaje de la salvación. Los envías para que sean ellos quienes continúen tu labor misionera: evangelizar a todas las gentes. Les das tu Espíritu. Tú te vas. Pero con ellos queda tu Espíritu.

En breve será Pentecostés, importante fiesta judía que tanta gente congrega en Jerusalén. Ese día enviarás al Espíritu Santo que será irradiado a todas las gentes del universo mundo partiendo de Jerusalén. Bajo el símbolo el fuego: *"Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos"* (Hch 2,3), todo va a ser purificado. El Espíritu Santo es Fuego que purifica, que calienta, que transforma, que ilumina, que se reparte, y se comparte.

A partir de Pentecostés la Comunidad comenzará a actuar, a expandirse, a crecer como núcleo esencial de la Iglesia. Esta, la Iglesia, será memoria viva de tu presencia a través de los siglos. Bajo la presencia y guía constante del Espíritu Santo la Iglesia irá progresando en el aprendizaje de la Verdad plena. Y ejercitará el ministerio evangélico, como testigo fidedigno de tu Evangelio, Jesús.

Los discípulos han quedado marcados para siempre bajo el signo de tu Paz.

***

Jesús, bien lo dice el salmista: *"Ningún hombre vivo es inocente frente a ti"* (Sal 143,2). Y porque somos conscientes de esta realidad, desde el *Salmo 143* acudo a ti: *"Señor, escucha mi oración; tú que eres fiel, atiende a mi súplica; tú, que eres justo, escúchame"* (Sal 143,1).

Lo expresó muy bien san Juan. Estamos rodeados de enemigos por todas partes: *el mundo, el demonio, y la carne*, necesitamos, pues, acudir a ti Jesús. Y lo hacemos desde la fe y desde la memoria histórica. *"Recuerdo los tiempos antiguos, medito todas tus acciones, considero las obras de tus manos y extiendo mis brazos hacia ti: tengo sed de ti como tierra reseca"* (Sal 143,5-6).

Es bueno recordar, y no olvidar, las cosas buenas del pasado. Todo él está lleno de tus portentos, de tu amor, de tu misericordia. El pasado es como un edificio hermoso que otros comenzaron a levantar y nosotros tenemos que seguir edificando.

Jesús, hablando figuradamente, diré: donde antes alguien colocó la puerta de salida al jardín, yo una enredadera pondré, toda cubierta de flores, donde siempre sea primavera. Y donde había ventanas, yo geranios verdes pondré, para que alegren todos los amaneceres. *"En la mañana hazme escuchar tu gracia, ya que confío en ti. Indícame el camino que he de seguir, pues levanto mi alma a ti"* (Sal 143,8).

Una fuente pondré también, Jesús, donde puedan beber las palomas de la paz. Y un jardín con tulipanes, que embelesen con su aroma. Y si posible es, también unos sueños sembraré, que florezcan en cada madrugada. *"Enséñame a cumplir tu ley, ya que tú eres mi Dios. Tu espíritu, que es bueno, me guíe por tierra llana"* (Sal 143,10).

Es bueno recordar el pasado para así aprender a vivir el presente: *"Por tu nombre, Señor, consérvame vivo; por tu clemencia, sácame de la angustia"* (Sal 143,11). Tiempos antiguos, que nos recuerdan la fidelidad de Dios para con nosotros. *"Por tu fidelidad, dispersa a mis enemigos, destruye a todos mis agresores, pues soy tu siervo"* (Sal 143,12). Porque los tiempos nuevos están marcados por la gracia santificadora del Espíritu Santo.

DESDE EL SALMO 144

UN SOPLO DE LUZ

Jesús, el pecado era la gran barrera que se interponía para que pudiéramos alcanzar nuestro destino final y natural, que es Dios. Tú has venido al mundo a salvarnos. Tu venida, por otro lado, nos ha dejado muy claro que Dios no puede estar satisfecho con nuestro comportamiento. Que lo único que ofende a Dios es el pecado. Dios estaba ofendido. Eso es obvio. Pero si el Padre te ha enviado a salvarnos ha sido por puro amor. No porque estuviera ofendido, que también, sino por puro amor.

En la plática que mantuviste aquella noche con Nicodemo, la mar de interesante y, además, de enorme trascendencia, le dijiste con suma claridad: *"Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el cree en él no perezca, sino tenga vida eterna"* (Jn 3,17). No hay pues lugar a equívocos. Dios actúa por amor. Es un Padre. El verdadero Padre. Jesús, no te cansaste de decírnoslo en el Evangelio. Efectivamente, *"Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él".* (Jn 3, 17).

Pero en el comportamiento que cada uno tengamos va también nuestro destino. La salvación no va a depender de la religión que cada quien profese, sino del amor que cada quien sea capaz de dar. Estamos hechos de amor y para amar. Amarnos unos a otros. Fue tu consigna, Jesús. Fue tu mandamiento. En consecuencia, se nos pide ser transparentes en nuestro comportamiento. Ser honrados, honestos. Hacer el bien. Es, al mismo tiempo, cuestión de ética. Por la vida debemos movernos dejándonos iluminar por la luz del Evangelio.

La carta a los filipenses nos recuerda: *"Es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor"* (Flp 2,13). Quien actúa con amor está realizando las obras según Dios. Cada religión motiva a sus seguidores a ser buena gente, buenas personas. La religión cristiana, no sólo motiva, tiene también un modelo de vida y santidad: tú, Jesús.

A Nicodemo, además de decirle que Dios no envió a su Hijo para condenar, también le dijiste. *"El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios"* (Jn 3,18). Es decir, nos pides responsabilidad personal a la hora de optar, o no, por la fe. Lo has dicho bien claro: *"La luz vino al mundo y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz"* (Jn 3,19). ¿Cuándo se huye de la luz? Cuando actuamos mal. *"Porque sus obras eran malas"* (Jn 3,19).

Me pregunto, Jesús, ¿realmente sabemos lo que hacemos? Cuando estabas en la cruz, nos exculpaste ante el Padre, diciendo que no sabíamos lo

que hacíamos. *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* (Lc 23,34). Jesús, te pasaste de bueno. Pero es que, así eres tú, todo amor.

***

Jesús, ¿qué es el hombre, varón o mujer? El *Salmo 144* se pregunta: *"Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él? ¿Qué los hijos de Adán para que pienses en ellos?"* (Sal 144,3).

Jesús, la pregunta que se hace el salmista, es la misma que podemos hacernos todos. Y la respuesta: *"El hombre es igual que un soplo; sus días, una sombra que pasa"* (Sal 144,4). Sí, una sombra que pasa. Y, sin embargo, tenemos un destino eterno. Esa sombra no se desvanece, se transforma en luz. Luz de eternidad. Pero es bueno que se nos recuerde la fugacidad de la vida y de las cosas. Y que estemos listos para vivir el día a día, con dignidad. Y que con esa dignidad, arrostremos el combate diario contra todo aquello que nos impide acercarnos a la luz. *"Bendito el Señor, mi Roca, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la pelea"* (Sal 144,1). La vida es una lucha diaria de las tinieblas contra la luz. Pero la luz siempre vence.

Jesús, si pudiera, me gustaría pintar la vida en un cuadro. Sería un cuadro muy grande; tan grande como en universo. Comenzaría por pintar la luz. La luz sería como una sinfonía desmayada en verde, igual que una selva tropical. Pintaría la rosa inestable de los vientos para que silabeara la canción azul de la brisa. *"Señor, inclina tu cielo y desciende; toca los montes y echarán humo"* (Sal 144,5). Deslizaría los pinceles jugando a policromar aún más los colores, hasta que la luz taladrara el universo indómito del tiempo. *"Extiende la mano desde arriba: defiéndeme, líbrame de las aguas caudalosas"* (Sal 144,7). Metería dentro del cuadro una balada cautiva para enmarcar al óleo la canción de los días y las horas. *"Dios mío, te cantaré un cántico nuevo, tocaré para ti el arpa de diez cuerdas; para ti que das la victoria a los reyes, y salvas a David, tu siervo, de la espada maligna"* (Sal 144,9-10).

Finalmente, Jesús, asomándose al pretil del cuadro, trazaría caricias de luz sobre la inmensidad galáctica de los cielos por donde las estrellas van y vienen, ecuménicas mensajeras de buenas nuevas. Y si al asomarme al borde del cuadro ves escapárseme una lágrima, déjala estar. No es un desliz del pincel, es el color transparente de mi emoción agradecida. *"Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor"* (Sal 144,15). Tú, Jesús, que llenas de luz nuestras sombras, como llenaste de luz el alma de Nicodemo.

DESDE EL SALMO 145

REPETIRÉ TUS MARAVILLAS

Jesús, nos urges a que seamos compasivos, misericordiosos. *"Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso" (Lc 6,36).*

La verdad es que, si te hubiéramos tomado más en serio, otro gallo nos cantara. Estamos finalizando la segunda década del siglo XXI. Es cierto que mucha gente ha tratado de seguirte a lo largo de los siglos, y de vivir según el Evangelio. Y se han santificado. Otros, hemos dejado muchos resquicios, muchas gateras abiertas, por donde se nos han colado otras cosas que nada tienen que ver con el Evangelio. Por ejemplo, las guerras. La mayor barbarie imaginable. Las guerras son una ofensa a la razón. Cuando no han surgido de las mismas religiones, éstas, por desgracia, las han amparado, al menos indirectamente. Se ha llegado a bendecir las armas. Me pregunto: ¿Es que los del bando contrario no son tan hijos de Dios como los del que ostentan armas bendecidas? ¿Es que se puede bendecir los instrumentos que está hechos expresamente para matar?

Las guerras han estado siempre presentes sobre la piel del planeta. Han sido, y siguen siendo, la mayor prostitución de la razón. Lo más salvaje e incivilizado. Deshonra de la inteligencia humana. Pero tú, Jesús, ya nos habías indicado el buen camino a seguir: *"No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados"* (Lc 6, 37). Somos demasiado fáciles para juzgar y condenar. Con el agravante de que la culpa siempre la tienen los otros.

Será concomitancia de nuestra flaqueza humana, pero no cabe duda de que somos cínicos con ganas. Como quien al barrer la basura de su acera la echa a la acera de enfrente. Los enemigos no están sólo en un bando. Están en los dos. Si nuestros contrarios son nuestros enemigos, ellos sienten lo mismo de nosotros.

Jesús, necesitamos que se nos quiera. Todos lo necesitamos. Por eso nos has hablado del amor por activa y por pasiva. Incluso nos has dicho que debemos amar también a los enemigos. En la arcilla de la que estamos hechos existe el bien y el mal. Es indudable. Con razón nos hablas entonces, Jesús, de enemigos. Pero tú, divino Alfarero, eres quien quitas las motas del mal infiltradas en nuestra arcilla. ¿Cómo? Con el amor y el perdón. *"Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada"* (Lc 6,35).

Amor universal. Y dices más. *"Y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos"* (Lc 6,35). Algo de ración nos toca en eso de *malvados y desagradecidos*.

Bueno sólo Dios. Lejos de reprendernos, o echarnos en cara nuestros comportamientos malos, nos trata con misericordia. El catecismo nos

recuerda las obras de misericordia: *"Dar de comer al hambriento, y de beber al sediento. Vestir al desnudo. Acoger al forastero. Liberar al cautivo. Visitar al enfermo. Enterrar a los muertos. Poner en el buen camino al pecador. Enseñar al que no sabe. Aconsejar bien a quien duda. Consolar al triste. Soportar con paciencia a quien nos molesta. Perdonar de corazón. Orar por los vivos y los difuntos"*. Y un largo etcétera. Jesús, ayúdanos a ser misericordiosos, como el Padre.

***

Jesús, se quedan cortos nuestros días para poder bendecir el nombre de Dios. *"Te ensalzaré, Dios mío, mi rey; bendeciré tu nombre por siempre jamás. Día tras día, te bendeciré y alabaré tu nombre por siempre jamás"* (Sal 145,1-2). Y es que, nuestros días se diluyen como se diluye la nieve en la montaña, y comienza a bajar el agua en regatos, hasta convertirse en río al deshielo inexorable del estío. Pero ojalá podamos hacer nuestras de verdad las palabras del *Salmo 145*.

El hombre es flor de invierno. Ya sabes, como el trigo que verdea en el paisaje nuevo de la primavera hasta hacerse poema de fraternidad al compartirlo en la mesa hogareña. *"Grande es el Señor, merece toda alabanza, es incalculable su grandeza"* (Sal 145,3). No todo es negativo en el ser humano. Siempre llega la primavera. *"Alaban ellos la gloria de tu majestad, y yo repito tus maravillas"* (Sal 145,5). Todos tenemos que repetir tus maravillas, de generación en generación.

Por mi parte, Jesús, ojalá pudiera plasmar, como queda plasmado el paisaje en un cuadro, el relente perenne de mis recuerdos, y tantas cosas, tantas, que en un libro no caben. Pero me contentaré con remitirme al salmista que, entre tantas maravillas por las que se ensalza, alaba y bendice el nombre de Dios, dice: *"El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas"* (Sal 145,8). Efectivamente, con todas sus criaturas.

Sí deseo, Jesús, expresarte el júbilo de sentir tu presencia y tu amor: *"Que proclamen la gloria de tu reinado, que hablen de tus hazañas; explicando tus hazañas a los hombres, la gloria y majestad de tu reinado. Tu reinado es un reinado perpetuo"* (Sal 145,11-13).

Uno queda sin palabras al sentir de cerca tu presencia envolvente, tu cariño de Padre, tu infinita bondad. *"Pronuncie mi boca la alabanza del Señor, todo viviente bendiga su santo nombre por siempre jamás"* (Sal 145,21). Quiero seguir repitiendo las maravillas de Dios por siempre jamás.

DESDE EL SALMO 146

REO CONFESO DE LA REALIDAD

Jesús, cuando le preguntaste al apóstol Pedro si te amaba, te respondió que sí. Tres veces le hiciste la misma pregunta. No porque dudaras de su sinceridad al responder. Querías que no respondiera al tun-tun, sino que fuera muy consciente de que la pregunta, y en consecuencia la respuesta, tenía una enorme transcendencia.

Muchas veces nos has hecho a cada uno la misma pregunta. Siempre te hemos respondido, como Pedro, que sí, que te amamos. ¿Será verdad? Teóricamente, y a primer golpe de vista, sí. Luego viene la práctica. Ahí es donde patinamos. Hacemos una meditación seria, vamos a unos Ejercicios espirituales, y salimos encandilados con tu figura. Todos son buenos propósitos. ¿Cuánto nos duran?

Se dice que la triple pregunta estaba conectada con la triple negación que de ti había hecho el bueno de Pedro. El nerviosismo, el miedo escénico al verse descubierto e identificado, paralizaron su libertad. Y te negó. Pudieron más las circunstancias. Pero bien sabes, Jesús, que su corazón seguía estando contigo. Nunca tuvo las aviesas intenciones que tuvo Judas. En otras circunstancias nunca te hubiera negado.

Pero ibas más allá. Lo habías elegido para ser el líder del grupo. Por eso, a cada respuesta de Pedro le vas diciendo: *"Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas"* (Jn 21,15-16). No se trataba, pues, de restablecer una amistad, aparentemente rota, cuando en realidad nunca se había roto de verdad. Ni de mentira. No se había roto. Tampoco desconfiaste de él. Cuando le haces la famosa triple pregunta, fue después de la resurrección. De hecho, era la tercera vez que te aparecías a los apóstoles después de la resurrección. Y como si aún tu cuerpo fuera mortal, te pones a "comer" con ellos. Aunque tu comida consistía en hacer la voluntad del Padre: *"Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra"* (Jn 4,34).

El bueno de Pedro, viendo que tres veces le haces la misma pregunta, se mosquea un poco. No estaba sordo para que le preguntaras por tres veces si te quería. *"Señor, tú lo sabes todo, bien sabes que te quiero"* (Jn 21,17). Fue su respuesta humilde y final. Hasta es posible que alguna lágrima asomara a sus ojos. ¡Cómo no te iba a querer si estaba dispuesto a dar la vida por ti! *"¡Yo daré mi vida por ti!"* (Jn 13,37).

Y es entonces cuando lo nombras, de manera oficial, responsable del rebaño cuyo Pastor eres tú. Deberá cuidad de los corderos y de las ovejas. Es decir, de la comunidad y de sus dirigentes o responsables. La responsabilidad global acabas de ponerla sobre los hombros de Pedro. Él será, a partir de este momento, tu lugarteniente, tu mano derecha, el que prolongue a través de la

Historia el servicio del Buen Pastor. *"El buen pastor da su vida por las ovejas"* (Jn 10,11). Tú, Jesús, fuiste el primero en dar la vida por tus ovejas. También Pedro la dará a su debido tiempo.

Quien está dispuesto a dar la vida es porque está despojado de todo interés personalista. Es porque cree de verdad en la tarea encomendada, y en quien se la encomendó. Es cuestión de amor.

Jesús, que con la misma fe y firmeza que Pedro también nosotros te digamos de verdad: ¡Señor, sabes que te amo!

***

Jesús, sabes que los gritos del corazón son gritos que se oyen sólo en el silencio sincronizado del alma. Hay que estar atento a tu presencia. Pero tú nos hablas como en leve susurro, que sólo el alma atenta escucha. Cuando hay fuego en la noche, los ojos se vuelven gacelas saltando por los rastrojos. Hay que arrimarse a tu fuego, Jesús, que purifica y transforma. Y transformados, con el *Salmo 146* hemos de alabarte por siempre. *"Alaba, alma mía, al Señor: alabaré al Señor mientras viva, tañeré para mi Dios mientras exista"* (Sal 146,1-2).

Sin más compañía que el latir de mi conciencia, Jesús, cuántas veces he caminado y, por supuesto, sigo caminando la noche de la fe, hasta sentir cercana la tibia luz de la luna, que me ha ayudado a repasar, una a una, las páginas amarillentas del libro de mi vida, ya en huida. *"No confiéis en los príncipes, seres de polvo que no pueden salvar"* (Sal 146,3).

He tenido que rasgar, por honor y por hombría, páginas enteras, con la impunidad con que se rasgan los pétalos gráciles de una rosa, para poder entrar temblando en el vacío cautivo que debieron ocupar, en este orden, el amor, la fe, y la esperanza. *"Exhalan el espíritu y vuelven al polvo, ese día perecen sus planes"* (Sal 146,4).

En cada página emborronada encontré egoísmo, soledades, amores no correspondidos, y más de un remordimiento, patrimonio reservado a los momentos de ausencias evidentes y culpables de conciencia. *"Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor, su Dios"* (Sal 146,5).

He visto el caudal emancipado de las heridas que deja la vida y que sangran por las ventanas abiertas del costado de las dudas. Y he resultado imputado y *reo confeso de la realidad*. Por eso, Jesús, te suplico poder escanciar en tus manos las pocas gotas de fe que aún guardo en el recinto amurallado del alma, esperando el día en que rasgada sea la niebla de los sentidos, y presentarme deba ante ti a rendir el parte final de mi vida. *"El Señor liberta a los cautivos, el Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan"* (Sal 146,7-8).

DESDE EL SALMO 147

SÍGUEME

Jesús, andabas por Cafarnaúm. Habías curado, por dentro y por fuera, en este orden, a un paralítico. Primero le habías perdonado los pecados y luego restituido la salud al curarlo de la parálisis. Aquello fue motivo de escándalo para los escribas que por allí merodeaban. ¿Tenían realmente interés por tus pláticas, o simplemente iban en plan de espías? Más bien, lo segundo. No obstante, la gente estaba admirada, encantada. *"Nunca hemos visto una cosa igual"* (Mc 2,12). Eso decían. Luego saliste a dar un paseo por la orilla del lago. Necesitabas un descanso. Difícil lo tenías. No te dejaban ni a sol ni a sombra. *"Toda la gente acudía a él y les enseñaba"* (Mc 2,13).

En esto, viste a Leví. *"Al pasar vio a Leví, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dice: Sígueme"* (Mc 2,14). Así que, sin más, sígueme, le dijiste. Él tenía su oficina de impuestos en Cafarnaúm. Y tú ibas mucho por Cafarnaúm. Algo debió ver en ti, porque con sólo decirle a alguien sígueme, paree que no es suficiente. El caso es que: *"se levantó y lo siguió"* (Mc 2,14).

Terminasteis en casa de Leví. Erais bastantes, porque *"mientras estaba él (tú) sentado a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores se sentaban con Jesús y sus discípulos, pues eran ya muchos los que le seguían"* (Mc 2,15). Te seguían. Muchos. Adverbio de cantidad.

No faltó quien se extrañara de que te juntaras con determinada gente. *"Los escribas de los fariseos, al ver que comía con pecadores y publicanos, decían a sus discípulos: ¿Por qué come con publicanos y pecadores?"* (Mc 2,16). Eso demuestra que tenían buen concepto de ti, al menos por el momento. Pero eso de juntarte con esa chusma, pecadores y publicanos, como que comenzó a darles cierto tufillo nada agradable.

A publicanos y pecadores los metían en el mismo huacal. Publicanos, la gente que trabajaba para el gobierno. Pecadores, gente no deseable, no practicante. Los fariseos no querían ni a los unos ni a los otros.

A ti te traía al pairo tal comentario. No te importaba en absoluto lo que pensaran. Ni de ellos, publicanos y pecadores, ni de ti. Tú habías venido a lo que habías venido. A salvar a los pecadores. Los fariseos se tenían por buenos. Como aquel que subió al templo para orar. (Lc 18,9-14). No obstante, no te quedaste callado, y les soltaste aquello de: *"No necesitan de médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores"* (Mc 2,17). Punto.

Leví, por oficio, era publicano. A juzgar por los hechos, buena persona. Que los fariseos lo miraran de reojo por culpa de su oficio, allá ellos. Se ganaba el pan honradamente. No había, pues, nada que decir.

Tú, Jesús, simplemente le dijiste: *"Ven, sígueme"* (Mc 2,14). Y te siguió. ¡Vaya que si te siguió! Terminó siendo uno de tus apóstoles y evangelista, conocido como Mateo.

***

"Alabad al Señor, que la música es buena; nuestro Dios merece una alabanza armoniosa" (Sal 147,1). Jesús, una de las más bellas artes es la música. Hasta lo dice el *Salmo 147*. Me figuro que el cielo es música sin fin. Ángeles, serafines, y demás coros celestiales, de esto deben saber mucho. Se les representa con arpas, cuyos arpegios son música celestial. Si a la vida le ponemos música, nuestra alabanza será más hermosa.

La vida, ¡ay la vida, tan amada!, sólo cuando se nos va, nos damos cuenta que valió la pena nacer y vivir. ¡Ay, la vida, tan divina, y tan corta! ¿Por qué se tendrá que ir?

Sí, Jesús, nos apegamos a esta vida. Es la mejor señal de que vale la pena. Y nos cuesta desprendernos de ella. Pero cabe preguntarse, ¿no será que el árbol de enfrente nos impide ver el bosque? Es decir, nos impide darnos cuenta de que esta vida es temporal. Y no nos damos cuenta de que la eternidad es vida sin final. *"Entonad la acción de gracias al Señor, tocad la cítara para nuestro Dios, que cubre el cielo de nubes, preparando la lluvia para la tierra"* (Sal 147,7-8).

He pensado, a veces, ser como un potro salvaje de la pradera, que alcanzaba con su galopar al viento, y al alcanzarlo, el viento decía: no corras, que cuanto más corras antes se va la vida. Disfrútala. De pronto, bramó la tempestad con toda su furia y derribó por tierra al potro, que se llenó de heridas.

La vida es como es, y viene como viene. Es cierto que a veces nos encontramos con situaciones difíciles. Y recibimos muchos golpes. Leo entonces el salmo, dice: *"Él sana los corazones destrozados, venda sus heridas"* (Sal 147,3). Tú, Jesús, curas nuestras heridas, y nos llamas por el nombre, igual que llamas por su nombre a las estrellas. *"Cuenta el número de las estrellas, a cada una la llama por su nombre"* (Sal 147,4).

La vida no está en nuestras manos. *"El Señor sostiene a los humildes, humilla hasta el polvo a los malvados"* (Sal 147,6). Lo importante es seguir interpretando nuestra alabanza a Dios con nuestra mejor música. *"Entonad la acción de gracias al Señor, tocad la cítara para nuestro Dios"* (Sal 147,7).

Jesús, lo mismo que Leví no dudó en dejarlo todo y seguirte al instante, que también nosotros te sigamos entonando nuestra mejor música de acción de gracias.

DESDE EL SALMO 148

ALABADLO TODOS SUS ÁNGELES

Jesús, estaba tenso el ambiente, muy tenso. Tan tenso que *"los judíos agarraron de nuevo piedras para apedrear a Jesús"* (Jn 10,31). No se andaban con chiquitas. ¡Y dale con las piedras! ¡Qué manía ésta, de recurrir a la violencia! ¿Es nunca vamos a ser capaces de dirimir los pleitos por las buenas? ¿Para cuándo dejamos el diálogo? El Evangelio dice que, *de nuevo*, así que no era la primera vez.

Sucede este altercado en la fiesta de la Dedicación del Templo. *"Era invierno, y Jesús se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón"* (Jn 10,23). Se veía venir la tormenta. Y no por ser invierno. Los judíos estaban intrigados, y molestos al mismo tiempo. Querían, de una vez por todas, saber quién eras, en definitiva. *"Si tú eres el Mesías, dínoslo francamente"* (Jn 10,24). ¿Y para qué querían saberlo, si a juzgar por todo el conjunto de cosas, ellos ya tenían tomada su determinación, que no era precisamente creer en ti? Y menos seguirte.

Se lo habías dicho, pero ellos habían hecho oídos sordos. Sin embargo, por enésima vez, se lo volviste a decir. *"Os lo he dicho, y no creéis"* (Jn 10,25). Es inútil. Para el que no quiere creer no hay ningún argumento. Sobran las palabras. Pero tú, Jesús, con infinita paciencia, insistes: *"Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas"* (Jn 10,25-26). ¿Entenderían tu metafórico lenguaje? Desde luego, no eran de tus ovejas. Tenían la mente obtusa. Así que, su contra-argumento consistió en acudir a las piedras. La violencia es el arma contundente de los cobardes.

"Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿Por cuál de ellas me apedreáis?" (Jn 10,32). No huiste para ponerte a salvo ante las piedras que estaban a punto de ser estampadas en tu humanidad. No eras cobarde, y no les tuviste miedo. Seguiste dialogando. Estaban más que acelerados. Te contestaron, no obstante: *"No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios"* (Jn 10,33).

Se supone, aunque quizá sea mucho suponer, que conocían la Biblia. Así que les citaste el pasaje del salmo 82,6, al tiempo que, en forma de pregunta, decías: *"¿No está escrito en vuestra ley: Yo os digo: sois dioses?"* (Jn 10,34). Y seguiste argumentando: *"Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y no puede fallar la Escritura, a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros: ¡Blasfema!?"* (Jn 10,35).

Tu lenguaje les resultaba muy elevado. Inalcanzable. Diálogo de sordos. Tú actuabas con bondad, ellos con tozudez. De Dios se habían formado una imagen inaprensible. No les entraba en la cabeza que Dios podía humanizarse y, en consecuencia, encarnarse profundamente en lo humano. Y en lo humano está porque procede de lo divino, la bondad, la belleza, el amor. Y la capacidad de sufrimiento hasta dar la vida por los demás. Eso exactamente es lo que hiciste: entregar la vida por nosotros.

Había que dar fin a un diálogo de sordos. Así que, finalmente, añadiste: *"Si no me creéis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre"* (Jn 10,37). Con qué ojos de odio debieron mirarte. Estaban que te comían. *"Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos"* (Jn 10,39).

Pero no había llegado tu Hora. Y te fuiste al otro lado del Jordán. Era invierno. Soplaban malos vientos. Los dejaste rumiando su enfado, su odio y su terquedad. Pero la lección ahí les quedó, por si un día se les ocurría reflexionar, y entrar por el buen camino.

***

Jesús, hasta la palabra es bonita: ángeles. Lo digo tomando en las manos el *Salmo 148*. Son criaturas espirituales que sirven a Dios. Espíritus celestiales que lo alaban eternamente en el cielo. *"Alabad al Señor en el cielo, alabad al Señor en lo alto. Alabadlo todos sus ángeles"* (Sal 148,1-2).

Jesús, también yo quiero alabarte con todo mi ser. Quiero que mi alabanza sea como bengala de colores que ilumina la noche hasta la orilla radial de la alborada. *"Alabadlo, sol y luna; alabadlo, estrellas lucientes. Alabadlo, espacios celestes"* (Sal 148,-4).

En cada palabra, en cada sílaba, quiero que mi alabanza a ti sea un mensaje escrito con el azul de la mañana y el color de los tulipanes, que enciende de colores la calzada. Que cada palabra de mi sea como la esencia más radiante de la vida, desmayada en la luz de cada día. *"Alabad al Señor en la tierra, cetáceos y abismos del mar, rayos, granizo, nieve y bruma"* (Sal 148,7-8).

Y cuando con la tarde caiga el sol, que el silencio esté envuelto en la luz que es capaz de iluminar la firmeza de la fe con el amor callado del que ama de verdad. *"Viento huracanado que cumple sus órdenes, montes y todas las sierras, árboles frutales y cedros, fieras y animales domésticos, reptiles y pájaros que vuelan"* (Sal 148,8-10), todos a una, alabad al Señor.

Quiero, Jesús, buscar sólo la verdad, y recorrer los caminos inocentes sobre el perfil transparente de tu luz. No dejaré que mi pensamiento y mi palabra dejen de alabar tu nombre. *"Los jóvenes y también las doncellas, los ancianos junto con los niños, alaben el nombre del Señor, el único nombre sublime"* (Sal 148,12-13).

Que todos mis pasos estén precedidos por tus ángeles, Jesús. Ellos seguirán encendiendo de música divina el universo. *"Tu majestad sobre el cielo y la tierra"* (Sal 148,13). Y a la celeste voz de tus ángeles cantores quiero unir la mía: *"Alabadlo todos sus ángeles"* (Sal 148,2). Porque tú, Jesús, estás en el Padre, y el Padre en ti.

DESDE EL SALMO 149

UN CÁNTICO NUEVO

Jesús, los llevaban en unas parihuelas o camillas, los dejaban en el sitio más adecuado posible, y ahí quedaban. A su suerte. Con su dolor a cuestas. Con su ración de sufrimiento diario. Gente que no se podía valer por sí misma. Paralíticos. Este es el caso que quiero comentar contigo. Ocurre en Jerusalén. Los detalles los da el Evangelio. *"Hay en Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, una piscina que llaman en hebreo Bethesda"* (Jn 5,2).

Era el lugar de concentración de todos los enfermos y desahuciados de la ciudad. ¿Por qué los llevaban allí? Había la creencia de que, de cuando en cuando, un ángel removía el agua de la piscina. Entonces, el primero que se metía al agua quedaba curado. Era la creencia. La fe obra milagros.

Y bien, pasabas por allí, Jesús. Entre tantos que había, ciegos, cojos, paralíticos, te fuiste a fijar en uno en concreto. Le hiciste una pregunta, sencilla y amable. *"¿Quieres quedar sano?"* (Jn 5,6). Qué otra cosa iba a querer el pobre. Pero en su situación, lo tenía difícil. *"Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado"* (Jn 5,7). ¡Pobre! No podía valerse por sí mismo. Y ¿quién iba a estar pendiente de si el agua era removida o no?

El Evangelio precisa: *"Estaba allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo"* (Jn 5,5). ¡Total, nada! ¡Treinta y ocho! Toda una vida. Y tú, Jesús, sin más, a bocajarro: *"¡Levántate, toma tu camilla y echa a andar!"* (Jn 5,8).

Ni él mismo debió creerse estas palabras. ¿Levantarse? Pero si no podía moverse. No obstante, tu voz le sonó a mandato. Y obedece. Se levanta. Siente que puede moverse, que puede andar. ¡Dios mío! ¿Pero qué esto? ¡Puedo moverme, puedo andar! Hay que imaginar la alegría de aquel hombre al sentirse curado después de treinta y ocho años sin poder valerse por sí mismo.

Pero mira por dónde, resulta que aquel día era sábado. Ya estamos a vueltas con el sábado. Tú, Jesús, eras un tanto provocador. O por mejor decir, muy psicólogo. Muy a posta escogías el sábado para realizar las curaciones. Un buen día, por ser día en que no se podía trabajar, y había más gente. Buen día para catequizarlos.

Me figuro que se armó revuelo entre la gente al ver al enfermo curado. Entonces se dieron cuenta y, de inmediato, los guardianes de la ortodoxia se le echan encima al pobre pero feliz enfermo, ahora sano. *"Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla"* (Jn 5,10).

Si tan atentos estaban para que se cumpliera la ley, ¿por qué no lo estaban cuando se removía el agua, y ayudar al pobre enfermo a meterse en

la piscina? La ortodoxia tiene a veces ribetes de hipocresía. Total, que le echan la bronca. El buen hombre no sabía ni quién era el que lo había curado. Mientras tanto, tú, Jesús, te escabulliste. Más tarde, te haces el encontradizo con él en el templo, y le dices: *"Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor"* (Jn 5,14). Al buen hombre, le faltó tiempo para decir a los judíos quién le había curado. *"Por esto los judíos perseguían a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado"* (Jn 5,16). ¡El colmo! O sea, que el día de descanso no se puede hacer el bien. Lo que nos faltaba.

Cuánto peligro corremos, Jesús, de dar prioridad a las prácticas y deberes religiosos, y dejar de lado cosas que son más urgentes, como es atender a quienes lo necesitan.

***

Toda la Creación está llamada a cantar la gloria de Dios. Jesús, tú eres el Señor. El *Salmo 149* nos invita: *"Cantad al Señor un cántico nuevo, resuene su alabanza en la asamblea de los fieles"* (Sal 149,1).

Dice, un cántico nuevo. Es una invitación a renovarnos. Necesitamos estar amaneciendo a la vida a cada momento. Ante esto, Jesús, me presento ante ti para decirte: Por los años hurtados al tiempo, por cuantas veces mi palabra quedó atrapada en el silencio, apenas iniciada, sin llegar a ser del todo pronunciada. Por cuantas veces mi palabra no ha sabido cantar el cántico nuevo de la vida, de la gratitud, del acercamiento a tu bondad de Padre, quiero pedirte perdón con un rotundo: ¡Te quiero! Abriré la puerta del alma a tu Amor. *"Alabad su nombre con danzas, cantadle con tambores y cítaras"* (Sal 149,3).

Como un hijo sigue a su padre, pude hacerlo yo, y no lo hice. No supe alabarte, porque al no seguirte, me distancié de ti. Por eso, perdón, Jesús, perdón. *"El Señor ama a su pueblo"* (Sal 149,4). Y en su amor, *"Adorna con la victoria a los humildes"* (Sal 149,4).

Sé que no debo olvidar aquello de, *"Que los fieles festejen su gloria y canten jubilosos en filas"* (Sal 149,5). Quiero, pues unirme a cuantos te celebran con júbilo por tu inmenso amor. Tú me amas, Jesús. Y yo te amo. Que no falte la alabanza en mi boca. Que mi vida sea un cántico nuevo, como nueva fue la vida de aquel paralítico que no necesitó meterse en la piscina desde el momento en que tú, Jesús, entraste en su vida.

DESDE EL SALMO 150

QUE TODO MI SER ALABE AL SEÑOR

Jesús, eres el Dios hecho Hombre. Viniste al mundo para implantar el Reino de Dios. Eres nuestro Redentor. Te gusta llamarte *el Hijo del Hombre*, como vemos tantas veces en el Evangelio. Pues bien, siendo Dios y Hombre al mismo tiempo, pero fijándonos sólo en tu condición de Hombre, de inmediato descubrimos que eres hombre de oración. Hombre de profunda espiritualidad. La espiritualidad es la quintaesencia de la oración.

Pues bien, Jesús, la escena que nos sirve de fondo para esta reflexión se desarrolla a unos metros de la sinagoga de Cafarnaúm. Tus apóstoles predilectos, Pedro, Santiago, Juan, y algunos más, te acompañan. Da la casualidad, o más que casualidad realidad, de que Pedro vive en la casa de su suegra. A unos metros de la sinagoga. Está casado, obviamente. Suele decirse, *el casado casa quiere*. Que es como decir que, al casarse, la nueva pareja se va a vivir a otra parte, o a otra casa. No obstante, cada nueva pareja tiene sus circunstancias personales, marcadas muchas veces por la economía, conveniencias familiares, etc. Posiblemente fuera la misma suegra quien quiso que se quedaran a vivir en su casa. Tal vez por no quedarse sola. Sea como sea, ahí vive Pedro.

En la sinagoga habías expulsado un demonio, o más de uno, pues parece que se habían concentrado en uno. De hecho, cuando increpas al espíritu inmundo, éste responde en plural: *"¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros?"* (Mc 1,24). Por lo visto, a los malos espíritus también les gustaba ir a la sinagoga. ¿A qué? ¿Qué pintan allí? El diablo no duerme. El apóstol Pedro nos advierte: *"Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar"* (1Pe 5,8).

De la sinagoga te diriges a la casa de Pedro. Está a un paso. Resulta que su suegra está enferma. Y tú, Jesús, como siempre: *"Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles"* (Mc 1,31). Con qué facilidad solucionabas los problemas. Por donde quiera que pasaras, ibas haciendo el bien. La gente se enteraba enseguida. Y corriendo te traían a todos los enfermos que tenían. *"La población entera se agolpaba a la puerta"* (Mc 1,33). A todos los curaste.

La noche fue tranquila. Pudiste dormir tranquilamente aquella noche. Madrugaste y te fuiste temprano fuera de la población, a orar. En cuanto se dieron cuenta de que no estabas en casa, fueron en tu busca. Te encontraron enseguida, y se acabó la calma. Te dijeron: *"Todo el mundo te busca"* (Mc 1,37). Vale. Y tú: *"Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he venido"* (Mc 1,38).

La gente te buscaba por los milagros, porque los curabas. Pero tú, Jesús, sabías que necesitaban también del Pan de la Palabra. Una buena catequesis. Que conocieran a Dios. Que pensaran en algo más que en el pan material, o en una solución momentánea de sus problemas. Debían pensar también en su vida espiritual.

La espiritualidad. Profundamente espiritual, trataste de infundir tu espiritualidad a la gente. Es la base del verdadero humanismo. Por eso fuiste tan humano, porque eras profundamente espiritual.

***

Pues bien, Jesús, todo el mundo te buscaba. Es lógico. Todos andamos necesitados de algo. En este caso te buscaban para que los aliviaras de sus enfermedades. Hay dolencias del cuerpo y hay dolencias del alma.

Creo, y es imperativo de justicia, que te busquemos también para alabar y dar gracias a Dios. *"Todo ser que alienta alabe al Señor"* (Sal 150,6). Para eso nos viene muy bien el *Salmo 150*. Es el colofón al *Libro de los Salmos*. Es la plegaria envolvente, hecha alabanza eterna a Dios. Es, en definitiva, lo que brota espontáneo del corazón. *Que todo ser alabe al Señor*. Alabar a Dios con todo nuestro ser. A Dios alaba la entera Creación. Lo alaban todos los seres vivientes y, con mayor razón, el Hombre, varón y mujer. En todas partes y en cualquier situación: *"Alabad al Señor en su templo, alabadlo en su fuerte firmamento"* (Sal 150,1).

Jesús, alabarte a ti es alabar a Dios. Tú y el Padre sois uno. Quiero alabar al Padre alabándote a ti. Y quiero hacerlo desde el barro opaco de mi ser, modelado por las manos divinas. *"Alabad al Señor por sus obras magníficas"* (Sal 150,2). Te alabaré, Jesús, entrelazando mis manos en plegaria silente, mientras revistes de luz la escueta realidad de mi ser. *"Alabadlo por su inmensa grandeza"* (Sal 150,2).

Y mientras lenta, sugerente, va subiendo hasta Dios mi oración, como el incienso de la tarde, subirá también el susurro suave del agua que mana alegre en la fuente. Será parte del salmo de mi alabanza. Subirá el olor a leña que arde y crepita en el fuego de cada hogar. Subirá el balar tierno de los corderillos con querencia de madre. Subirá la fragancia sutil de cada flor, el verde de los trigales, el rojo de las amapolas, y el olor crujiente del pan recién horneado. Y subirán en mi oración, Jesús, mis hermanos los hombres todos. La entera creación subirá. *"Todo ser que alienta alabe al Señor"* (Sal 150,6). Subirán los paisajes luminosos de mi infancia, sin olvidar los paisajes claroscuros de la juventud ardiente. Subirá mi vida toda en madurez consciente. Y así, con todo mi ser gritaré: *"Alabadlo por su inmensa grandeza"* (Sal 150,2). En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén. ¡Aleluya!